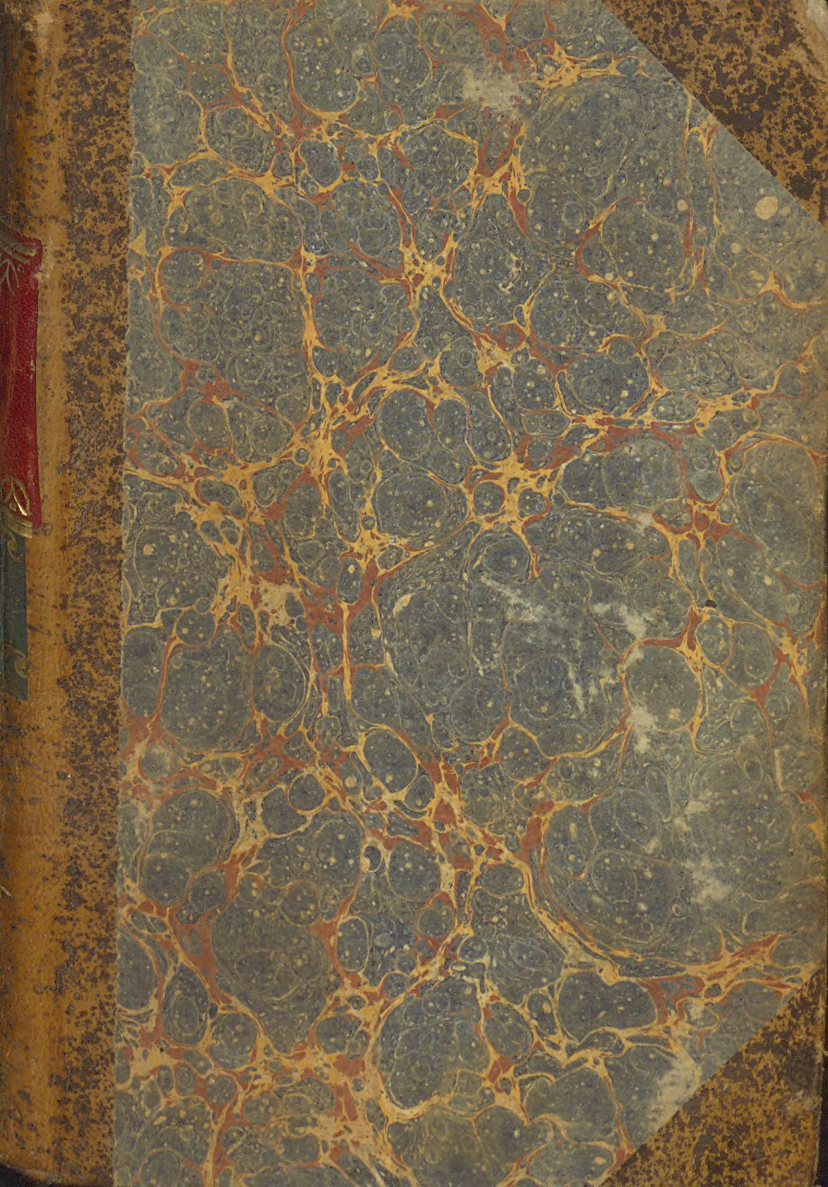
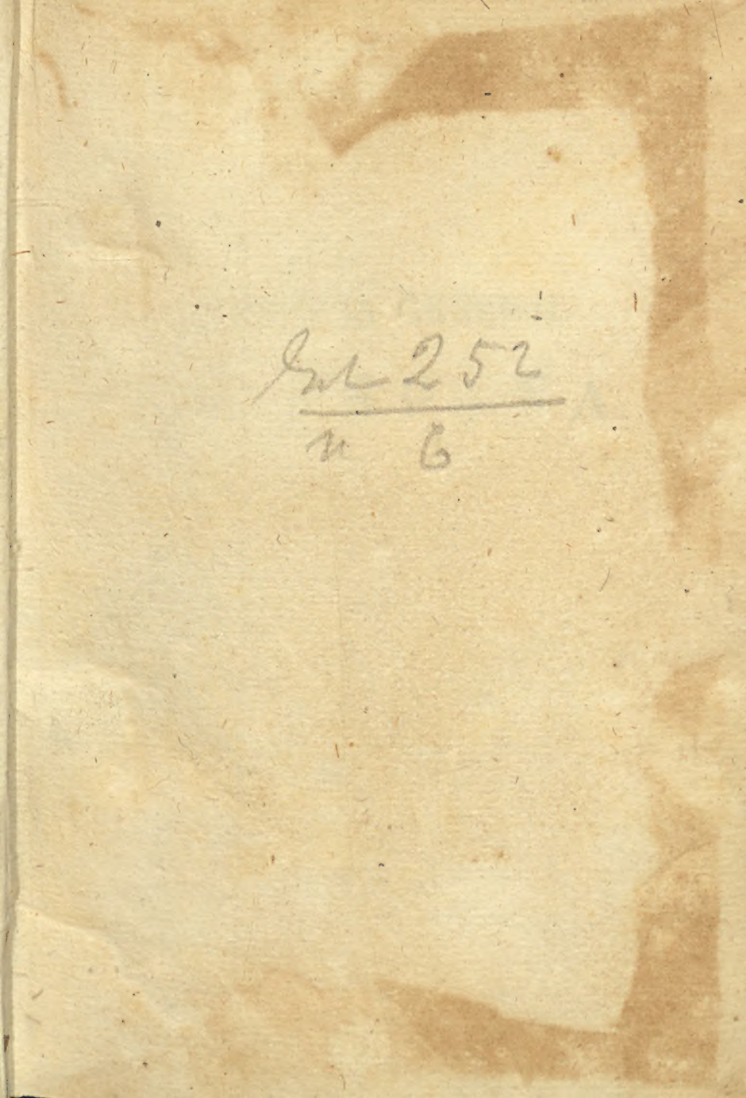




HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

TOMO VI.



HISTORIA GENERAL

de España,

COMPUESTA,

EMENDADA Y AÑADIDA

por el P. Juan de Mariana

de la Compañía de Jesus.

NUEVA EDICION

Que contiene ademas el sumario y las tablas, escritos por el autor, la continuacion del P. Miñana traducida, y la narracion de los sucesos principales desde el año 1600, en que acaba dicha continuacion, hasta el de 1808.

TOMO SEXTO.

MADRID: 1828.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO SEXTO.

LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

LIBRO XXVIII.

LIBRO XXIX.

LIBRO XXX.

FIN DE LA TABLA DE LOS CAPÍTULOS.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De la muerte del príncipe don Juan.

A un mismo tiempo las cosas de los españoles en Italia se aventajaban; en España conforme á la costumbre y naturaleza de las cosas humanas iban mezcladas de dulce y de amargo. Concertáronse los casamientos de dos hijas del Rey don Fernando de España, es á saber de la infanta doña Cathalina con Artus príncipe de Gales heredero de Enrique Seteno Rey de Inglaterra, y el de la princesa doña Isabel no solo se acabó de concertar despues de algunas dificultades y dilaciones, sino se concluyó y efectuó con don Manuel Rey de Portugal. Era negocio muy importante tener con estos casamientos y con los de Austria trabados con deudo tan estrecho príncipes tan poderosos y grandes, con que las cosas dentro y fuera de España grandemente se aseguraban. El casamiento de Inglaterra se acabó de concertar dia de la Asuncion de

1497. nuestra Señora deste año de mil y quatrocientos y noventa y siete; y el doctor Ruy Gonzalez de Puebla como procurador de la infanta en el palacio de Wodestochio en presencia del Rey y Reyna y otros grandes señores de Inglaterra hizo los autos y ceremonias que en semejante solemnidad se acostumbran. Para apretar las práticas que se traían sobre el casamiento de Portugal, vino á Castilla por aquel Rey su hermano de leche y muy privado don Juan Manuel. Con su venida se acordó que los Reyes don Fernando y doña Isabel llevasen á la princesa su hija á la raya de Portugal, y que alli viniese el Rey don Manuel para concluir aquel matrimonio postrero de setiembre. Concertóse primero que los Reyes se juntasen en Ceclamin; despues por ser aquella comarca muy esteril señalaron á Valencia de Alcántara que sería mas á propósito, donde los Reyes estuvieron juntos tres dias. Aguóse mucho la alegria de la fiesta con la nueva que vino de la enfermedad del príncipe don Juan, el qual á cabo de tres dias que con la princesa su muger llegó á Salamanca, adoleció de una fiebre que le acabó en trece dias. Partió el Rey de Valencia á toda priesa, y llegó á Salamanca á tiempo que el príncipe le pudo conocer: en fin falleció á quatro dias de octubre, que fue grande dolor y lástima no solo para sus padres sino para todo el reyno. Dexó la princesa preñada: alivio pequeño, por causa que dentro de poco tiempo malparió. El cuerpo del príncipe llevaron á Avila para le sepultar en el monasterio muy célebre de Dominicos llamado de Santo Thomás. Llegaron las nuevas deste triste caso á Valencia en tiempo que la alegria de las bodas, que se celebraron despues de partido el Rey don Fernando, se continuaba. El Rey don Manuel pidió á la Reyna su suegra no dixese nada á la princesa ya Reyna de Portugal; y asi partió

luego con ella para la ciudad de Evora. Alli al fin fue avisada de la muerte del príncipe su hermano, cosa que le dió pena muy grande como era razon por el amor que le tenia, y por la grande falta que hacía á toda España. Sus padres como príncipes tan christianos y prudentes llevaron este golpe con señalada paciencia, en que mostraron no menor valor que en las muchas victorias que ganaron de sus enemigos; y es cosa muy natural que lo que es mortal, y lo que es frágil se quiebre y muy justo que dexemos á Dios hacer de nuestras cosas, que mas verdaderamente son suyas, lo que á su Magestad agradare. El reyno de Nápoles no sosegaba del todo á causa que el príncipe de Salerno con los de su valía y casa no se fiaban del nuevo Rey, y ponian en defensa sus castillos y plazas. La primera muestra que el príncipe dió desta mala voluntad, fue que como quier que se hallase presente quando en Nápoles alzaron por Rey á don Fadrique, no quiso acudir á su coronacion: el color, que se hallaba muy gastado. Solo el príncipe de Bisiñano acudió un dia despues para dar razon de sí, y se interpuso por medianero para concertar al de Salerno con el Rey y traelle á su servicio. No aprovecharon ningunas de las muchas diligencias que se hicieron, hasta tanto que el Rey con su gente hobo de salir contra él y cercalle dentro de Diano, que era una muy fuerte plaza de las muchas que aquel príncipe tenia. Trataba el gran Capitan á la sazon de volverse á España por tener aquella guerra de Nápoles por concluida. Con este intento habia dado vuelta á Calabria, y pasado á Sicilia: al presente vino á Nápoles para despedirse de aquel Rey y Reynas. Hiciéronle instancia se fuese á hallar en aquel cerco, en que resultaban dificultades á causa de los muchos que dentro el lugar tenia, y de la poca lealtad con que los

naturales servian á su Rey. Recogió pues el gran Capitan como quinientos españoles, y con otros tantos alemanes que el Rey le dió, se arrimó tanto á la muralla que él se puso á mucho peligro, y apretó tanto á los cercados que el príncipe fue forzado de rendirse. Capitularon que el príncipe saliese seguro del reyno y todos los que quisiesen ir con él, con facultad de llevar consigo sus bienes: que todos los castillos y estado del príncipe se entregasen al Rey á tal que pagase la artillería y bastimentos que tenian. Con esto se entregó Diano á los veinte y ocho dias de diciembre, y el príncipe se puso en poder del duque de Melfi para que le llevase seguro á Senagalla, ciudad del prefecto en la Marca, que seguía las partes del Rey de Francia. De sus aliados los condes de Conza y Lauria le hicieron compañía; el de Capacho por ser muy viejo se quedó á merced del Rey. En este mismo año por el otoño don Juan de Guzman duque de Medina Sidonia envió una armada á Africa para poblar á Melilla, que está enfrente de Almería, y los moros por ciertos respetos la habian despoblado: hízose asi, y dióse esta plaza por juro de heredad y por merced del Rey á aquel duque y sus sucesores en recompensa del gasto que hicieron en poblalla. Asi mismo el xeque de los Gelves, que se habia levantado contra el Rey de Tunez su señor, por valerse de los nuestros entregó aquella isla y puerto al Rey cathólico, y en su nombre á Juan de Lanuza que á la sazon era virrey de Sicilia, principio que fue de grandes cosas que los años adelante se hicieron en Africa. Quedó el capitan Margarit con gente española para guarda de aquella isla.

CAPITULO II.

De la muerte de Carlos Octavo Rey de Francia.

Continuábanse las práticas para concertarse los Reyes de Francia y de España, y para este efecto vino de Francia una solemne embaxada, cuya cabeza era el señor de Clarius, en sazon que los Reyes cathólicos se hallaban en Alcalá de Henares. La suma era que con las fuerzas de entrambos reynos hiciesen la guerra á toda Italia, y que quanto al reyno de Nápoles, quedase por el Rey cathólico lo de Calabria con tal que cada y quando que el Frances le diese en trueque el reyno de Navarra, y treinta mil ducados cada un año por lo que mas valía Calabria, fuese obligado á dexársela: quanto á lo demas, que lo de Milán y Génova quedase por el Frances, y los otros potentados se repartiesen igualmente entre los dos. El Rey cathólico, si bien daba orejas á lo de Nápoles, en lo demas no queria entremeterse, en especial sin dar parte al César que tanto derecho pretendia á las cosas de Italia; en fin se resolvió que el Rey cathólico enviaria sus embaxadores á Francia para proseguir lo desta concordia. Esto era en el mismo tiempo que con todas sus fuerzas procuraba que los monasterios claustrales de España se reduxesen á la observancia, y se hizo en toda Castilla. Los Dominicos y Augustinos y Carmelitas fácilmente vinieron en lo que era razon; los Franciscos hicieron resistencia, pero en fin pasaron por lo que los demas. Despachó el Rey desde Alcalá conforme á lo que tenian acordado, á Hernan duque de Estrada con otros dos compañeros para tratar y concluir lo de la concordia con Francia. Llegaron en sazon que se tuvo por cierto el Frances pretendia con todas sus fuerzas romper

por lo de Ruysellon, y ponerse sobre la villa de Perpiñan: miedos y revoluciones que atajó la muerte que le sobrevino en su villa de Amboesa á los siete
1498. de abril del año mil y quatrocientos y noventa y ocho. Falleció de aplopexía que le sobrevino viendo jugar á la pelota. Era de veinte y siete años: no dexó hijo alguno. Sucedió porende en aquella corona el duque de Orliens como pariente mas cercano por via de varon: llamóse Luis Doceno. Pretendió Ana, madama de Borbon, que debia suceder á su hermano en aquel reyno como la parienta mas cercana. La gente como tan aficionada á la ley Sálica no daba lugar á esta demanda: por esto apretaba que á lo menos en lo que no pertenecia á la corona, antes de nuevo en tiempo de su padre y abuelo se habia ayuntado á los demas estados, debia ser preferida, como en el ducado de Anjou y condado de Proenza. Fueron los embaxadores del Rey cathólico á Bles, do estaba el nuevo Rey. Alli y en Orliens se trató de la concordia, á que él se mostraba muy inclinado, y á todos daba muy buenas respuestas, y los entretenia con intencion de arraygarse en el reyno, y que de ninguna parte se le hiciese contradiccion en el divorcio que pensaba efectuar con su muger hermana del Rey muerto, por casar con la duquesa de Bretaña, que muerto su marido, trataba de volverse á su casa y estado; todo lo qual al fin se executó como aquel Rey lo pensaba y deseaba. Las razones que por parte del Rey para el divorcio se alegaban, eran que el Rey su suegro le sacó de pila, y que si casó con su hija, fue por temor y fuerza. En la duquesa de Bretaña no tuvo mas que dos hijas, la mayor fue Claudia que casó con Francisco su sucesor; la menor Renata casó con el duque de Ferrara, y vivió muchos años en Francia viuda, grande favorecedora de la

secta de Calvino. Antes que falleciese el Rey Carlos de Francia, se trataba muy de veras que César Borgia renunciase el capelo y estado eclesiástico: nueva y estraña resolucion, encaminada para revolver á Italia y escandalizar á todo el mundo. Venia bien aquel Rey en ello como mozo, y con deseo de grangear al Papa le ofrecia estado en Francia; y aun se movió plática de sacar de la iglesia el condado de Aviñon para dársele. Juntamente prometia de casalle con Carlota hija del Rey don Fadrique de Nápoles y de su primera muger, que la tenia á la sazon en Francia. El padre de la doncella avisado desto no quiso venir en deudo que tan mal le estaba, mayormente que pretendian le diese en dote el principado de Taranto, con intento á lo que se entendia, de apoderarse de todo el reyno de Nápoles. El duque de Milán y el cardenal Ascanio su hermano hacian grande instancia sobre ello con aquel Rey: decian que debia contentar al Papa porque no tuviese ocasion de hacer que los franceses otra vez volviesen á Italia, que sería sin duda su total ruina, como al fin lo fue. El Rey cathólico no aprobaba estos intentos, si bien se le dió intencion que proveeria á su voluntad las iglesias de Pamplona y Valencia que tenia en su cabeza el dicho César Borgia: la primera le proveyó el Papa Inocencio Octavo, como queda tocado; y la segunda el mismo Alexandro se la traspasó luego que salió con el pontificado. Todo el mundo se escandalizaba que se intentase una cosa tan fea, especial que pocos años antes en tiempo de Inocencio no quisieron dar licencia al cardenal de Aleria para que renunciado el capelo se metiese frayle, y agora pretendian se diese á un cardenal de orden sacro libertad para casarse. A la verdad la disolucion de la corte romana era tan grande que daba lugar á

todo desorden, y ocasion á los que tenian celo, de pensar y aun hablar mal. Asi Gerónimo Savanarola frayle de Santo Domingo, y que tuvo gran parte en el gobierno de la ciudad de Florencia los años pasados, por la grande libertad con que mucho tiempo predicó contra los desórdenes del Pontífice, por su mandado fue con dos compañeros quemado públicamente en la plaza de aquella ciudad el mismo domingo de Ramos, que fue otro dia despues que falleció el Rey de Francia: si con razon, ó á tuerto, aun entonces no se pudo del todo averiguar: muchos hasta el dia de hoy en Florencia le tienen por mártyr, y otros condenan su atrevimiento, cuyo parecer tengo por mas acertado. Basta que no solo en Florencia pasó esto, sino en sus propias barbas del Pontífice el embaxador del Rey cathólico Garci Lasso reprehendió en presencia del Papa aquellos desórdenes, y le requirió con una carta de su Rey sobre el caso los reformase; mas qué presta querer sanar á quien Dios desampara, y por sus justos juicios le da en presa de sus apetitos desordenados? El Papa se alteró grandemente de aquellas amonestaciones, sin que se sacase otro fruto; antes poco despues el mismo cardenal César Borgia en público consistorio propuso que por fuerza tomó el orden de diácono, y suplicó dispensasen con él, y aceptasen la renunciacion que hacía del capelo y de las iglesias y beneficios que tenia. Muchos de los cardenales eran de parecer que fuera muy justo no por via de renunciacion, que era muy honrosa, condescender con él, sino privalle por sentencia de aquellas dignidades quier fuese por la mala entrada que tuvo quando se le dió el capelo, quier por su mala vida y notorias deshonestidades, que aun para lego eran muy grandes, como solia decir el embaxador de España; ninguno empero se atre-

vió á chistar por la fuerza del Pontífice, y por los tiempos tan miserables. Finalmente aquella renunciacion se aceptó por el colegio, y el nuevo Rey de Francia le dió en el delphinado el condado de Valencia con título de duque: estado que en un tiempo fue de la iglesia romana, y está cerca de Aviñon, y de años atrás le poseían los Reyes de Francia. Desta Valencia se llamó adelante el duque Valentin, como de la de España se llamaba antes el cardenal de Valencia. Con esto y con intencion que todavia le daban de casalle con la hija del Rey don Fadrique, mudado el hábito, aunque no mejorado en costumbres, se partió para Francia, dado que lo del casamiento salió incierto á causa que la doncella nunca quiso venir én él; de que estuvo muy despechado y á punto de salirse de aquella corte: al fin le aplacaron con dalle en trueco por muger á Carlota de Fox hija del señor de Labrit y hermana del Rey de Navarra, con buen dote y acostamiento que le señalaron, sin otras ventajas que le hicieron. Deste matrimonio dexó una hija, que los años adelante por muerte de su padre quedó en poder del Rey de Navarra su tio. Este mismo año el gran Capitan al fin del verano en una armada que juntó en Nápoles, se hizo á la vela para volver á España: gran gloria de nuestra nacion por su mucho valor y grandes victorias que ganó hasta dexar aquel reyno allanado y compuestas todas sus revueltas.

CAPITULO III.

De la muerte de la princesa doña Isabel.

Luego que falleciò el príncipe don Juan, los Reyes sus padres entraron en gran cuidado de asegurar la sucesion destos reynos, como cosa en que tanto

iba. Entreteníalos la preñez de la princesa Margarita para ver en qué paraba: aumentóseles el dolor y el cuidado quando en Alcalá de Henares, donde tuvieron el invierno, malparió una hija. Con esto avisaron al Rey de Portugal del derecho que por razon de su muger tenia á la sucesion destos reynos, y le instaron viniese luego con ella á Castilla para ser jurados como era de costumbre. Juntamente porque el archiduque y su muger se intitulaban príncipes de Castilla, sin que se sepa con qué fundamento, les avisaron desistiesen de aquella pretension y apellido, pues conforme á las leyes destos reynos solo pertenece aquel título al hijo ó hija mayor y herederos de los Reyes. Entraron pues los Reyes de Portugal en Castilla por Badajoz, do los esperaban los duques de Medina Sidonia y Alba con otros muchos señores. De alli fueron á tener la semana Santa en Guadalupe, y entraron en Toledo á veinte y seis de abril, do los esperaban los Reyes cathólicos, y por su orden el domingo luego siguiente, que fue á los veinte y nueve, los juraron con las ceremonias y homenages que se acostumbran en semejante caso. Lo de Aragon no parecia tan llano á causa que el infante don Enrique duque de Segorve era vivo, y pretendia que conforme á las leyes de Aragon no podia entrar muger en aquella corona, y por el consiguiente él y su hijo don Alonso eran los que tenian derecho á la sucesion como nieto y bisnieto que eran del Rey don Fernando de Aragon por via de varon, es á saber por su padre que fue del mismo nombre que él, y uno de los que en Castilla llamaron infantes de Aragon. Para prevenir esta y otras dificultades, y allanar las voluntades de todos, los Reyes cathólicos y los de Portugal fueron á Zaragoza con toda brevedad. Alli á catorce del mes de junio se hizo

la proposicion, y el Rey cathólico declaró la obligacion y necesidad que corria de jurar á los Reyes sus hijos por príncipes de Aragon. Hobo sobre esto grande alteracion, ca los aragoneses pretendian que nunca en aquel reyno muger fue jurada por princesa, antes que por la disposicion de muchos Reyes no debian ser admitidas á la sucesion: que si bien en esto se hallaba diversidad, por lo menos por el testamento del Rey don Juan el postrero constaba que las hijas y nietas no debian ser admitidas á la corona, sino en caso que su hijo, que fue el Rey don Fernando, muriese sin dexar nietos, aunque fuesen por via de muger; y que pues no se sabía lo que Dios haria en este caso, no se debian apresurar, sino aguardar la disposicion divina. Particularmente ponian dificultad en jurar por príncipe al Rey de Portugal por los inconvenientes que en Navarra resultaron de hacerse lo mismo con el Rey don Juan, por estar casado con doña Blanca heredera y infanta de aquel reyno. Otros eran de contrario parecer, y pretendian que las mugeres podian heredar aquella corona, de que era bastante exemplo la Reyna doña Petronila hija de don Ramiro el Monge, junto con el testamento del Rey don Alonso su hijo, en que se hizo ley perpétua sobre este punto, y se admitieron las mugeres á la sucesion. Entre los demas un famoso jurista aragones por nombre Gonzalo García de Santa María escribió un tratado en esta sustancia, y le presentó al Rey don Fernando. En estas alteraciones se gastaba tiempo: la Reyna doña Isabel lo llevaba con tanta impaciencia, que un dia se dexó decir sería mas honesto conquistar aquel reyno que aguardar sus cortes y sufrir sus desacatos. Hallóse presente á estas palabras Alonso de Fonseca, replicó con libertad: «No tengo yo señora que los aragoneses hagan mal

»en mirar por sus privilegios, y procurar de mante-
»nerse en la libertad que sus mayores les dexaron;
»antes como son considerados en lo que deben jurar,
»asi son en guardar lo que juran constantes, y en
»el servicio de sus Reyes muy leales; que como es
»esta la primera vez que juran hija de Rey por prin-
»cesa, no es maravilla si reparan algun tanto, y se
»recelan de introducir cosa que para adelante les
»pueda perjudicar." Fue nuestro Señor servido que la princesa á los veinte y tres de agosto dia jueves parió un hijo que llamaron don Miguel, y del parto murió ella dentro de una hora; que fue alegria mezclada con mucho acibar. El arzobispo de Toledo, que acompañó á los Reyes en esta jornada, se halló presente al parto y á la muerte, y con muy prudentes razones la confortó en aquel aprieto. Luego el Rey su marido se partió para su reyno. El cuerpo de la princesa se depositó en San Francisco, y de alli le llevaron á Toledo, y sepultaron en Santa Isabel, monasterio de monjas fundado por el Rey su padre en unas casas que fueron de su abuela materna. Hechas las exèquias de la princesa, se volvió á lo del juramento, y sin dificultad sea por la compasion que tuvieron al Rey, sea porque las objeciones propuestas cesaban en gran parte, á los veinte y dos de setiembre juraron todos los estados aquel niño por príncipe de Aragon entretanto que el Rey cathólico no tuviese hijos varones; que en tal caso daban desde entonces aquel juramento por ninguno y de ningun valor y efecto: poco despues le juraron asi mismo en Ocaña por príncipe de Castilla. Antes que el Rey cathólico partiese para Zaragoza, despachó á don Alonso de Silva clavero de Calatrava para dar el parabien al nuevo Rey de Francia, y para que junto con los demas embaxadores que alli tenia, apretase

lo de la concordia; en que se dieron tan buena maña que en breve la asentaron: lo mismo hizo el archiduque por su parte, que sin comunicallo con su suegro y padre hizo sus capitulaciones y acuerdos con aquel Rey. Mucho ayudó para concluir estos conciertos Luis de Amboesa arzobispo de Ruan por la gran cabida que tenia con el Rey de Francia. El Papa por el mes de setiembre le hizo cardenal por contemplacion de aquel Rey, que mucho deseaba, compuestas las demas cosas, pasar á Italia, por el derecho que pretendia tener al ducado de Milán principalmente, y tambien al reyno de Nápoles. Desde Zaragoza otrosí envió el Rey á don Iñigo de Córdova hermano del conde de Cabra, y al doctor Philipe Ponce para que requiriesen al Papa restituyese á la iglesia la ciudad de Benevento, y reformase los abusos de aquella corte, y la disolucion de su casa que era grande. El Rey de Portugal, vuelto á su reyno, á persuasion de su suegro despachó á Roma para el mismo efecto á don Rodrigo de Castro y don Enrique Coutiño. Hicieron ellos, llegados á Roma, sus diligencias y sus requerimientos segun el orden que llevaban, y llegaron á término que en cierto auto el mismo Garci Lasso hizo oficio de notario apostólico para testificar el instrumento y dar fé de lo protestado. El Papa se sintió mucho desto, y amenazó de castigar aquella insolencia; pero en fin respondió que Benevento, si bien tenia el consentimiento del consistorio para dalle al duque de Gandía, no le tenia enagenado ni lo queria hacer. Quanto á la reformacion de su casa, aunque se mostró áspero en la respuesta, dentro de pocos dias con cierta ocasion salieron del sacro palacio y de Roma (á lo que se entendió, por orden del Papa) el príncipe de Esquilache y su hermana Lucrecia con su muger y marido que eran tambien her-

manos, es á saber hijos del Rey don Alonso de Nápoles; y su disolucion y la de César Borgia era lo que mucho al pueblo escandalizaba. Fue tanto el odio que el Papa concibió contra Garci Lasso por estas libertades, que hobo de salirse de Roma; y aun los embaxadores de Portugal se partieron poco adelante al
1499. principio del año mil y quatrocientos y noventa y nueve de aquella corte con disgusto asaz de lo poco que allí negociaron. Los del Rey cathólico se entretuvieron algun tanto hasta que llegase Lorenzo Suarez de Figueroa, que venia nombrado en lugar de su hermano Garci Lasso para hacer allí el oficio de embaxador como en Venecia le hacía con mucha satisfaccion por su mucho valor y conocida prudencia.

CAPITULO IV.

Que Ludovico duque de Milán fue despojado de aquel estado.

Muchos y graves cuidados cercaban al Rey cathólico por todas partes. Lo de Italia corria gran peligro por las pretensiones tan viejas y á su parecer tan fundadas que tenia el Rey de Francia. Sopláhanle por una parte el Pontífice de secreto con intento de satisfacerse del Rey don Fadrique que le tenia ofendido, y de aumentar y engrandecer los de su casa, en particular al duque Valentin: por otra al descubierto los venecianos resabiados grandemente contra el duque de Milán primero compañero en la defensa de Pisa, y despues contra ella amigo de florentines y fautor suyo, hicieron liga con el dicho Rey, y se obligaron de ayudalle con mil y docientos hombres de armas, y seis mil suizos ó alemanes contra el duque de Milán. El Rey ofreció de dalles á Cremona y la

Geradada, pueblos principales de aquel estado. El duque visto el peligro que sus cosas corrian, y la poca ayuda que entre christianos podia tener, acudió al gran Turco, y negoció con él que con su armada hiciese daño en tierras de venecianos: cosa que puso en cuidado á toda la christiandad, y al duque hizo muy odioso. Sucedió en el mismo tiempo que Antonelo príncipe de Salerno falleció en el estado del duque de Urbino que era su deudo. Sucedióle en el título y pretension de aquel estado, y en el odio contra la casa de Aragon Roberto su hijo. En España por el mes de julio en Zaragoza se cometió cierto insulto contra Gonzalo García de Santa María letrado insigne: no se pudo averiguar quién lo hizo, dado que todos cargaban al vizconde de Ebol por grandes congeturas que resultaban. Demas desto los Reyes de Navarra movieron una nueva demanda al Rey cathólico. Fue asi que quando se vieron cerca de Bayona Luis Onceno Rey de Francia y Enrique el Quarto Rey de Castilla, el Frances como juez árbitro nombrado por las partes para componer ciertas diferencias que andaban entre los Reyes de Castilla y Navarra, por su sentencia mandó que por los gastos que en defensa de don Carlos príncipe de Viana hizo el de Castilla y su padre el Rey don Juan, á la paga de los quales se obligó el dicho príncipe don Carlos, se diese al Rey de Castilla la ciudad de Estella con toda su merindad: verdad es que la ciudad nunca se entregó, y otros lugares se recobraron por los navarros; solo quedaron por Castilla los Arcos, y la Guardia y San Vicente. Estos pretendian aquellos Reyes se los entregasen por razones que para ello alegaban, es á saber que la sentencia fue en sí ninguna, y que el Rey cathólico los años pasados dió intencion de restituir aquellas plazas. Temíase algun rompimiento

por la parte de Francia con aquella ocasion; pero el Frances con la pretension de Italia no tenia lugar de entrar en otras contiendas, ca por el mismo tiempo un grueso exército de Francia pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste, que de años atrás era de los duques de Orliens: dióla á Carlos duque de Orliens el duque de Milán Philipe su tio porque le ayudase en la guerra con que al fin de su vida venecianos le trabajaron. Desde allí por el mes de agosto del año
1499. mil y quatrocientos y noventa y nueve salieron á hacer la guerra aquellas gentes, y por generales el señor de Aubeni y Juan Jacobo Trivulcio: todo lo hallaron facil, y en pocos dias se apoderaron de Alexandría, y de Pavía y Placencia con otros muchos lugares. Por otra parte los venecianos no con menos prosperidad hacían la guerra: tomaron á Cremona y la Geradada, y á Lodi y todo lo que del ducado de Milán por aquella parte caía: con esto el comun de Milán se alborotó, tocaron al arma, y el pueblo comenzó á apellidar el nombre de Francia. El duque por no poder mas se retiró al castillo: desde allí envió con su vicechânciller y el cardenal su hermano sus hijos y tesoros á Alemaña, y poco despues á dos de setiembre de noche sin dar parte á su gente él mismo los siguió, que parece le faltó el entendimiento y traza en todo. Iban en su compañía el cardenal de Este y Galeazo de Sanseverino general de sus gentes. Tras esto á seis de setiembre se entregó Génova al vencedor sin ponerse en resistencia. Acudió el Rey de Francia desde Leon, do se quedó, á gozar de la victoria y componer las cosas de Italia. Hízole compañía el duque Valentin, al qual para la guerra que pretendia hacer en la Romaña, ofreció ayudar con trecientas lanzas á su costa debaxo la conducta de monsieur de Alegre, y quatro mil suizos al sueldo

del Papa: concertó asi mismo de ayudar á los florentines para recobrar á Pisa. Concluida aquella empresa de Milán tan á voluntad del Frances, luego puso la mira en conquistar el reyno de Nápoles: empresa á que demas de estar de suyo muy inclinado, el Papa mucho le animaba, dado que pára rehacerse de fuerzas primero quiso dar la vuelta á Francia. Dexó en Génova por gobernador á Philipe Ravestain, y en Milán á Juan Jacobo Trivulcio. Llevó consigo al hijo de Juan Galeazo, verdadero duque de Milán, que se llamó Francisco, y hecho clérigo los años adelante murió en Borgoña de la caida de un caballo en que andaba á caza. El Rey cathólico procuraba con todas sus fuerzas estorbar las guerras de Italia, y ofrecia al Frances qualquier buen partido de parte del Rey don Fadrique; y como quier que no bastase diligencia alguna, se resolvió de volver á las pláticas que los años pasados se movieron por parte de Francia, es á saber que pues el Rey don Fadrique por la bastardía de su padre no tenia derecho á aquel reyno, los dos Reyes de España y Francia se concertasen y le conquistasen y repartiesen entre sí. Estaba el Rey cathólico en Granada en sazon que por el mismo tiempo su hermana la Reyna de Nápoles doña Juana que venia de Italia le halló alli, y la princesa doña Margarita partió para su tierra y pasó por Francia: acompañóla hasta la raya de España don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago. Desde alli despachó el Rey un contino de su casa con instruccion que junto con Miguel Juan Gralla su embaxador á la sazon en Francia moviesen como de suyo esta plática. Hízose asi, y el cardenal de Ruan que podia mucho con aquel Rey, la oyó de muy buena gana. Monsieur de Clarius, que podia tambien mucho, terció bien en todo con intencion que se le dió de entregalle á Cotron en

Calabria, cuyo marquesado pretendia, y aun se llamaba marques de Cotron. Túvose por cierto que con tales medios en breve se concluiria esta concordia, sin embargo que el Rey don Fadrique amenazaba que si el de Francia le acometia, traeria la armada de los turcos contra Italia para valerse dellos. Y por otra parte intentó de concertarse con el Papa hasta ofrecer al duque Valentin el principado de Theano, y ducado de Sessa que eran del duque de Gandía, con una gran suma de dineros; y á don Alonso de Aragon su sobrino, y yerno del Papa, queria dar á Salerno y Sanseverino con título de Príncipe: partidos avantajados, pero desbaratólos el duque Valentin que escribió al Papa desde Francia, do era ido, la alteracion que allá habia causado la plática de aquella concordia movida tan fuera de sazon. Al fin deste año nació en Flandes doña Leonor hija primogénita del archiduque, que fue primero Reyna de Portugal y despues de Francia.

CAPITULO V.

Los moros de las Alpuxarras se levantaron.

Al tiempo que los Reyes cathólicos partieron para Granada, el arzobispo de Toledo se quedó en Alcalá con intento de fundar en aquella villa una universidad á la traza y modelo de la de París, que salió con el tiempo obra muy señalada. Abriéronse las zanjas del colegio mayor que se llama de San Ildefonso, y echóse la primera piedra á catorce del mes de marzo. El trazador se llamó Pedro Gumiel, famoso en aquella arte, dado que la obra por entonces fue toda de tapiería; y despues se edificó la delantera de piedra blanca muy hermosa. Los Reyes deseaban con cuida-

do asegurar aquel nuevo reyno: parecióles importaria para todo si los moros que eran muchos, se hiciesen christianos. Para dar orden en esto llamaron al dicho arzobispo, y ordenado lo que se debia hacer, le dexaron alli, y ellos se fueron á Sevilla. Juntáronse para adelantar la conversion de los moros los dos arzobispos de Toledo y Granada, como personas que eran muy semejantes en la reformacion de sus vidas y en el celo del servicio de Dios. Súpose que cierto número de moros, que llamaban Elches, fueron primero christianos: trataron con permision de los inquisidores á quien tocaba este caso, de proceder contra ellos, y en particular de tomalles los hijos pequeños, y por fuerza bautizallos. Por otra parte trataron con mucha blandura con los alfaquíes; los quales vencidos de aquella benignidad, y mas de lo que les daban, persuadieron á muchos se hiciesen christianos. De todo esto se alteraban mucho los moros del Albaycin que eran muchos: tomaron las armas que tenian escondidas, barrearon sus calles, y salieron un dia ya tarde á cercar al arzobispo de Toledo en sus casas; fue grande el temor de aquella noche, y el alboroto de la gente. Venida el alba, el conde de Tendilla, como el que era capitan general del reyno y alcayde del Alhambra, dió orden que entrasen en la ciudad soldados de fuera para que ni de la parte de los christianos ni de la otra de los moros no se pudiesen hacer daño. Avisaron á los Reyes de aquel peligro, en que avino una cosa notable. Dió el arzobispo de Toledo las cartas á un negro, que le dixeron las llevaria á las veinte leguas, que fue un yerro muy grande, ca el negro en la segunda ó tercera venta comió y bebió de tal manera que se estuvo durmiendo un dia sin pasar adelante. Las nuevas llegaron por otra via: los Reyes se maravillaban cómo el

arzobispo no avisaba; la Reyna estaba corrida, que le favoreció para subir á aquella dignidad. El Rey enfadado desto, ca pretendió aquella dignidad para su hijo don Alonso de Aragon, como de suso se tocó, dixo á la Reyna sobre el caso palabras pesadas. En fin el negro llegó; y el arzobispo corrido envió á su compañero fray Francisco Ruyz para que por menudo relatase todo el suceso, porque todos le cargaban que su mal orden fue ocasion de aquel desman. En Granada y en Toledo se hace fiesta de la conversion de tres mil moros que se bautizaron á diez y ocho del mes de diciembre. Envió el Rey un pesquisidor para que hiciese informacion del caso, y averiguada la verdad castigase á los mas culpados; por otra parte mandó pregonar perdon general á los que se volviesen christianos. Este justició algunos, prendió á otros, que le enviaron á decir querian ser christianos, y á exemplo destos todos los del Albaycin hicieron lo mismo, y sus mezquitas fueron bendecidas en iglesias: lo mismo hizo otro barrio de moros en Granada y los de las alquerías, por todos hasta en número de cincuenta mil almas. Los moros de las Alpuxarras como se publicase entre ellos que por fuerza los mandaban bautizar, se alborotaron: los primeros á levantarse fueron los de Huejar, que estan en lo mas fragoso de la sierra. Acudieron con presteza el conde de Tendilla y el gran Capitan que á la sazon se halló alli: tomaron por fuerza aquel lugar con muerte de algun número de los alzados; los mas alzada su ropilla, se recogieron á la sierra. Tomaron los nuestros otras plazas; no pudieron empero sosegar aquellos movimientos á causa que poco á poco todas las Alpuxarras se levantaron. Pusiéronse los moros sobre Marxena, que era una fortaleza del comendador mayor. Don Pedro Faxardo, que á la sazon asistia en Almería,

con poca gente se puso sobre Albumilla, pueblo que está cerca de Marxena: ganóles la villa por fuerza y la fortaleza, que fue ocasion que los moros se levantasen de sobre Marxena. Esto sucedió en el principio del año que se contaba de nuestra salvacion de mil y 1500.
quinientos justamente, en sazon que el Rey cathólico, dexando á la Reyna en Sevilla, dió la vuelta á Granada con deseo de allanar aquellos alborotos que le tenian en cuidado asi por miedo no sucediese algun mal en España por aquella parte que tiene á Africa muy cercana, de donde los levantados se pensaban valer, como porque le podian embarazar sus empresas y fines en lo de Italia. Hizo pues llamamiento general de los pueblos y caballeros del Andalucía, con que se juntó un exército muy grande: y con él partió el mismo Rey en persona primero de marzo la vuelta de Lanjaron, que está en un sitio muy áspero. Los moros estaban obstinados sin dar muestra de quererse allanar: fue aquel lugar entrado por fuerza y puesto á saco. El conde de Lerin y otros caballeros se derramaron por la sierra y tomaron á los moros otras plazas, que fue ocasion de rendirse los alzados. Fueron recebidos á misericordia con condicion que dentro de quatro dias entregarian á Castil de Ferro, á Adra y Buñol, fortalezas de que se apoderaron al principio de las revueltas, y aunque flacas, las pusieran en defensa; y entregarian todas las armas ofensivas y defensivas, y que en dos pagas contarian cincuenta mil ducados: para cumplimiento desto pusieron en poder del gran Capitan hasta treinta y quatro de los mas principales y ricos moros. Hecho esto, el Rey despidió y derramó la gente. Entretúvose en Granada por dar calor á la conversion, y asi poco adelante los moros de las Alpuxarras, los de Almería, Baza y Guadix y los de otros lugares se bau-

tizaron. Enviáronse predicadores por todas partes con gente de respeto que los guardase: esto, y tornarse á publicar que los hacian christianos por fuerza, dió ocasion á los moros de Belefique y Nixar, que estan en lo mas áspero de las Alpuxarras, de se levantar el invierno adelante; por el atrevimiento destos hicieron lo mismo los mas lugares de aquella serranía. Nombró el Rey, que todavia asistia en Granada, por general contra ellos al alcayde de los Donceles, el qual juntó sus gentes, y con otros señores y caballeros se puso sobre la villa y fortaleza de Belefique. Defendiéronse los de dentro muy valerosamente: murieron muchos de los nuestros, y entre ellos hombres de cuenta; duró el cerco algunos meses hasta tanto que por la falta de agua que padecian los cercados, se rindieron á partido que les dexasen las vidas, y que las haciendas y libertad quedasen á merced del Rey. Atemorizados con esto los de Nixar hicieron lo mismo, que se rindieron y entregaron las armas y pertrechos, las haciendas y libertad á merced del Rey, pero que se pudiesen rescatar por precio de veinte y cinco mil ducados. Con esto y con la diligencia que se ponia en la conversion, se bautizaron mas de diez mil moros de Seron, Tijola y otros lugares comarcanos. Por otra parte los moros de la serranía de Ronda y de Villaluenga, tierra no menos fragosa, se alzaron. El Rey para acudir á todo, si bien mandó pregonar que los moros de aquellas serranías que andaban levantados, dentro de diez dias saliesen de la tierra y se fuesen á Castilla, de secreto ordenó que los que de su voluntad se volviesen christianos, quedasen en sus casas y haciendas. Por otra parte se dió orden al conde de Ureña y á don Alonso de Aguilar hermano mayor del gran Capitan, y á don Juan de Silva conde de Cifuentes, á la sazon asistente de Sevilla, que hi-

ciesen la guerra á aquella gente: los moros de la tierra fácilmente se sosegáran; pero los Gandules que andaban entre ellos, moros de Berbería, procuraban que no se rindiesen: con todo eso muchos vinieron á Ronda, y se bautizaron por miedo de no ser maltratados; los otros, especial los que vivian en lugares flacos, se recogieron á la sierra Bermeja, que es muy áspera. Acudieron los nuestros ácia aquella parte, y asentaron su real cerca de Monarda, pueblo muy fuerte al pie de aquella sierra: los moros se pusieron en una ladera para defender el paso. Algunos christianos sin orden ni concierto tomaron una bandera, y con intento de robar pasaron un arroyo que alli está, y comenzaron á subir la sierra: siguiéronles los demas, porque no recibiesen algun daño. Los moros pretendian defendelles la subida, y peleaban con grande esfuerzo: quando se veían apretados mejorábanse de lugar, y recogíanse á ciertas partes que tenian allanadas como fuertes; los nuestros los apretaban, y los moros se retiraban hasta un gran llano que está en lo mas alto de la sierra, en que tenian sus mugeres, hijos y haciendas. Como alli llegaron, sin mucha resistencia los moros desampararon el puesto por la parte que los nuestros cargaban sobre ellos. Iban en la delantera don Alonso de Aguilar y el conde de Ureña con sus dos hijos, matando y hiriendo en los que huían: entretanto la demas gente se puso á robar los despojos sin cuidado de seguir la victoria. Era ya muy tarde, cerró la noche. Acaudillaba los demas un moro muy valiente y diestro, que llamaban el Feri de Benastepar. Este moro recogió los que huían, y visto el mal orden de los christianos, habló á los suyos en esta sustancia: «Amigos y soldados, dónde »vais? dónde dexais vuestras haciendas, mugeres y »hijos? Si no os valen vuestras manos, quién os po-

»drá remediar? dónde ireis que no os alcancen? Lo»cura es poner la esperanza en los pies los que tie»nen espadas en sus manos: á los valientes todo es »fácil; los cobardes de todo se espantan. Mirad el »desorden de vuestros contrarios (acaso un barril de »pólvora de los nuestros se encendió que dió lugar á »que se viese lo que pasaba) cerraos pues y herid en »los que estan derramados y cargados de vuestras ha»ciendas. Yo iré delante de todos y os abriré el ca»mino: si en mí no viéredes obras, nunca mas creais »mis palabras." Animados con esto los moros vuelven á la pelea y cierran con los christianos. El caudillo acometió á don Alonso que solo con pocos todavia peleaba: tenia las corazas desenlazadas, asi el moro le hirió por los pechos malamente. Acudieron otro y cargaron sobre él tantos golpes que apenas despues pudieron reconocer el cuerpo muerto que quedó en poder de los moros: con él fueron muertos mas de docientos hombres, y entre ellos Francisco Ramirez vecino de Madrid, caudillo muy valeroso, y que sirvió mucho en toda aquella conquista de Granada. Apenas pudieron sacar á don Pedro de Córdova hijo de don Alonso de aquella matanza para recogelle á las banderas del conde de Ureña, que reparó con mas gente para hacer resistencia. El conde de Cifuentes con el pendon de Sevilla reparó un poco mas baxo en la ladera de la sierra. Alli se recogieron muchos de los que huian: él los detuvo y animó, y hizo rostro á los moros que venian en su seguimiento, hasta tanto que venida la mañana los moros se recogieron á lo alto de la sierra. Desta manera pereció uno de los mas valerosos caballeros que tuvo España en este tiempo: los enemigos le quitaron la vida, la fama de su valor nunca perecerá. Estaba el Rey á la sazon en Ronda: trató de ir en persona á castigar aquella gente.

Representábansele dificultades: en fin se resolvió que el duque de Najara fuese sobre Daydin que era mas facil de combatir, y los condes de Ureña y Cifuentes diesen muestra de querer volver á subir la sierra por la parte que antes subieron. Los moros que se vieron perdidos, acordaron de mover concierto. Asentóse que los que quisiesen, pasasen allende con seguro y embarcacion que se les dió en el puerto de Estepona, con tal condicion que por cabeza pagasen diez doblas, los demas que se volviesen christianos. Hízose asi, muchos fueron los que se pasaron á Berbería, muchos mas los que quedaron, puesto que recebido el bautismo, tan malos como los que se ausentaron. Con esto se concluyó esta guerra que fue larga, y amenazaba mayores males, y tenia puesta á toda España en mucho cuidado. La muerte de don Alonso sucedió el año siguiente. Volvamos á lo que se queda atrás conforme á la razon de los tiempos.

CAPITULO VI.

De las cosas de Milán.

Al mismo tiempo que los moros de las Alpuxarras andaban alborotados, el Rey cathólico mandó aprestar con toda diligencia una armada y por su general el gran Capitan: esto para ayudar á venecianos contra la armada del Turco que los apretaba y amenazaba á lo demas de Italia. El duque de Milán y Rey de Nápoles le habian llamado, segun se decia, para valerse dél contra sus enemigos y defender sus estados. Era asi mismo necesario acudir á lo de Sicilia, do decian se enderezaba principalmente esta tempestad. El duque Valentin al tanto con gentes de á pie y de á caballo que traxo de Francia, hacía la guerra en la

Romaña como general de la iglesia para quitar los tyranos que de diversas ciudades de aquella comarca estaban apoderados: tomó á Imola y á Forli, cuya condesa hobo en su poder. Enderezábase principalmente contra el señor de Pésaro, que estuvo casado con su hermana: él visto el peligro que corria, puesta en defensa la ciudad, se ausentó y puso en salvo. Principios de grandes revueltas fueron estas, tanto mas que Ludovico Esforcia procuraba con todas sus fuerzas de recobrar su estado: solicitó al Emperador y príncipes de Alemaña que le ayudasen. Juntó gentes de suizos y grisones, y con ellos envió delante por el mes de enero al cardenal Ascanio su hermano, que lo halló todo muy llano, tanto que á porfia se le rendian pueblos y castillos por todo el camino, hasta la ciudad de Como con todos los pueblos que estan junto á aquel lago. A la fama desto los milaneses tomaron las armas en favor del duque, y forzaron á Trivulcio á retirarse al castillo, de donde al tercero dia se salió con la gente de á caballo la via de Pavía. Aquel mismo dia entró el cardenal en Milán, y tras él el duque con grande alegria de todo el pueblo, dado que el castillo se tenia por Francia. Pavía, Lodi, Dertona y Placencia hicieron lo mismo, por lo menos trataban de rendirse al duque y echar las guarniciones que tenian de franceses. La fuerza del exército frances se recogió en Novara con intento de reforzarse, y si pudiesen, hacer rostro al duque. Alli acudieron al tanto las gentes de Francia que andaban en la Romaña, despidiéndose del duque Valentin, que fue la causa de no proseguir aquella empresa por entonces ni tomar á Pésaro, antes se fue á Roma, do ya eran vueltos sus hermanos. El Papa se le mostraba tan rendido, que ninguna cosa se hacía sino lo que ordenaba ó aprobaba el duque Valentin: era un estado mi-

serable de las cosas. En Gante la infanta doña Juana parió á don Carlos hijo mayor del archiduque el mismo dia de Santo Mathia: el cielo le tenia aparejados muy grandes estados y señoríos. Ocho dias despues de su nacimiento llegó á Gante la princesa Margarita y le sacó de pila junto con la duquesa Margarita segunda muger que fue del duque Carlos. Diéronle título de duque de Lucemburg, como quier que antes los hijos mayores de los duques de Borgoña se intitulasen condes de Caroloes. Esta nueva dió en España mucha alegria, y la Reyna cathólica dixo: caido há la suerte sobre Mathia. Aludió al dia de su nacimiento, y tambien á la poca salud que tenia el príncipe don Miguel, que falleció poco adelante en Granada; por cuya muerte el archiduque y su muger quedaron por príncipes de Castilla y de Aragon. Despues de la vuelta de Vasco de Gama para continuar la navegacion de la India partió de Lisboa á los ocho del mes de marzo con una flota de trece naves Pedro Alvarez Cabral. Descubrió de camino el Brasil. Fue bien recebido en Calicut al principio: despues vino á las manos con aquella gente por su poca lealtad. Un hijo bastardo de don Diego duque de Viseo hizo el Rey don Manuel su tio condestable de Portugal, que murió mozo, y una sola hija que dexó, casó adelante con el conde de Villareal. La guerra de Lombardía se continuaba, y el duque poco á poco se hacía señor de todo. Alzóse por él Alexandría, y tomó á Novara, do estaba primero la masa del exército frances. Deseaba dar la batalla á los enemigos, y concluir de una vez: con este intento sacó su gente fuera de aquella ciudad, que eran todos suizos y alemanes, hasta en número de diez y seis mil. Ordenadas las haces al romper en los contrarios, los suizos no quisieron pelear contra los franceses y contra los que de su

nacion seguian su partido. Retiróse el duque á la ciudad para persuadilles diesen la batalla: ellos con grande deslealtad le tenian ya vendido por gran dinero á los franceses; asi se le entregaron, y fue llevado á Francia, en que pasó lo que le quedó de la vida en duras prisiones. Con esta triste nueva el cardenal Ascanio su hermano, alzado el cerco que tenia sobre el castillo de Milán, con quinientos de á caballo tomó la via de Placencia. Encontróse con Carlos Ursino, caudillo de la gente que andaba de venecianos en aquella comarca: fueron los del cardenal rotos y él preso; estuvo algun tiempo en poder de venecianos, y al fin le entregaron al Rey de Francia, que le puso primero en prision en Burges, y despues en libertad algunos años adelante. Los hijos del duque Maxîmiliano y Francisco, residian á la sazon en Alemaña y en la corte del César: esto les valió para que por entonces no participasen de la ruina y desastre de su padre y de su casa y estado, que quedó con gran facilidad todo por Francia. Las ciudades que con tanta facilidad se dieron al duque, fueron castigadas en dineros; que era proveer á los franceses del sueldo necesario para se apoderar de lo que restaba de Italia, y hacerse ella asi misma la guerra con sus mismas armas. El cardenal de Ruan residia en Milán: desde allí gobernaba todo lo de Italia á su voluntad. El Papa por tenerle de su parte le concedió la legacía del reyno de Francia, sacada Bretaña, por tiempo de año y medio. De los Reyes de Navarra tenia el Rey cathólico sospechas por la aficion que mostraban á Francia, y las muchas alianzas que tenian con aquella gente. Por tanto los años pasados fuera de los homenages que se concertó hiciesen los alcaydes de las fortalezas de aquel reyno á los Reyes de Castilla, para mas seguridad se pusieron en tercería por espacio de

cinco años las villas de Sangüessa y Viana; los quales pasados, pretendian aquellos Reyes se les restituyesen, y el Rey cathólico se entretenia. Para concertar esto y allanar otras malas satisfacciones el Rey de Navarra por el mes de abril vino en persona á Sevilla, do asistian los Reyes cathólicos. Con su venida todo se allanó: las plazas que pedian, se restituyeron, y al conde de Lerin que andaba desterrado en Castilla, recibió aquel Rey en su gracia, y le restituyó la mayor parte de su estado, y juntamente el oficio que solia tener de condestable, dado que don Alonso de Peralta conde de Santistevan que tenia aquella dignidad, mostró gran sentimiento que se la quitasen sin algun demérito suyo y sin dalle recompensa, de que se temian nuevos daños y turbaciones. Para mayor seguridad destos conciertos se acordó que la infanta doña Madalena hija del Navarro, aunque muy pequeña, se criase en la casa y corte de la Reyna doña Isabel: prenda muy segura de la buena voluntad de sus padres.

CAPITULO VII.

Que el gran Capitan volvió á Italia.

Era este año de jubileo, en que concurrió á Roma para ganar la indulgencia gran número de gente de todo el mundo: los de cerca y los de lexos pretendian hallarse en un tiempo tan santo en aquella ciudad, cabeza de la religion y maestra de la verdad. La disolucion de las costumbres era grande, y mas en los eclesiásticos; que parece quiso nuestro Señor castigar con un caso extraordinario que sucedió á la persona del Papa. Fue asi que el dia de San Pedro y San Pablo quatro horas despues de medio dia se levantó un recio temporal de agua y granizo: el viento tan

furioso y bravo, y el torbellino tan grande, que abatió un cañon de una chimenea sobre una sala en que se halló el Papa, que llamaban de los Pontífices, y posaba encima el duque Valentin. Cayó con el golpe el enmaderamiento del aposento del duque, y de tres florentines que alli esperaban al duque para que les pagase cierta deuda, los dos con el segundo suelo cayeron muertos delante el Papa, y el otro muy mal herido. Muchos ladrillos y tablas dieron delante del Papa, que hacían menos golpe por dar en la vuelta del dosel do estaba asentado; y aun para que el polvo no le ahogase, le valió cubrirse la cabeza con el mismo dosel. Con todo eso le hallaron sin sentido, y mal herido en la cabeza y una mano. El cardenal de Cápua y Mosen Po, que solos le acompañaban, se salvaron en los arcos y huecos de las ventanas. Muchas cosas se dixeron, y grandes mysterios sobre el caso, como suele el pueblo discurrir largamente en materias semejantes, y mas en Roma. Era el Papa de setenta años, y las heridas empeoraban: asi todos le tuvieron por muerto, y el duque Valentin se pretendia apercebir de gentes de Francia y otros de otras partes para sacar Papa á su modo. Quiso Dios que las heridas sanaron: con que todos aquellos ruidos cesaron en tiempo que el gran Capitan con veinte y siete naves, veinte y cinco carabelas, algunas galeras y fustas en que llevaba quatro mil infantes y trecientos hombres de armas, se hizo á la vela del puerto de Málaga. Iban en su compañía hombres de cuenta, y entre los demas don Diego Lopez de Mendoza hijo del cardenal de España, y don Alonso de Silva, clavero de Calatrava. Tocaron en Mallorca y en Cerdeña, tuvieron muchas calmas; en fin llegaron al puerto de Mecina en Sicilia á diez y ocho de julio. Alli le acudieron los soldados españoles que estaban en Italia, gente muy

escogida, y se proveyó de algunos otros baxeles. La armada del Turco tenia sitiada á Modon, ciudad de venecianos en la Morea, que hacían grande instancia al gran Capitan se fuese á juntar con ellos. Sin embargo no pudo partir hasta los veinte y siete de setiembre en sazon que ya Modon era perdída. Trataba con el gran Capitan el xeque de los Gelves y hacía instancia se le enviase mas gente de socorro, porque los naturales estaban desabridos con los soldados de Margarit por agravios que les hacían, y toda Berbería alterada contra él por haber llamado á los christianos. No le acudieron, y asi tuvo orden de prender á Margarit con toda su gente; bien que despues los soltó y quedó apoderado del castillo y isla de los Gelves. Llegó pues la armada española á la isla de Corfú: que era de venecianos, el segundo dia de octubre, con su venida los turcos mudaron el propósito que tenian de venir sobre aquella isla y se determinaron de ir sobre Nápoles de Romania. Esto era en el mismo tiempo que se asentaron las paces entre España y Francia con muy honestas condiciones. Quanto al reyno de Nápoles concertaron que le quitasen al Rey don Fadrique, y la Pulla y Calabria quedasen por el Rey cathólico, lo de Abruzo y Campaña por el de Francia: que la aduana del ganado se repartiese por partes iguales; y aun de todas las demas rentas reales hecha una masa, llevase el uno tanto como el otro: confederacion que no podia durar mucho ni ser firme. El color que tomaron para hacer este asiento, demas del derecho que alegaban á aquel reyno, fue que pretendian hacer la guerra á los turcos, y para esto despojar aquel Rey para que no les impidiese tan santos intentos, por estar confederado con ellos y tratar de valerse de sus armadas. Al principio se tuvo este asiento muy secreto, despues se dió parte dél

al Papa, que holgó mucho dél y dió á cada uno de los Reyes la investidura de su parte, al Frances con título de Rey de Nápoles y Jerusalem, al Rey cathólico de duque de Pulla. Vino el Papa en esto sea por el odio que tenia al Rey don Fadrique, sea por la esperanza á rio vuelto de aumentar su casa, de que se le daba tambien intencion de hacelle parte en la presa. De Corfú pasó la armada de España á la isla de Zazintho, do llegó á los siete de octubre: alli vino la armada veneciana para juntarse con la nuestra; vinieron al tanto dos carracas de Francia con ochocientos soldados, por haber aquel Rey prometido enviaria socorro á venecianos quando le entregaron al cardenal Ascanio. Los turcos, que por mar y por tierra tenian muy apretada á Nápoles de Romania, se levantaron del cerco sea por estar el tiempo muy adelante, sea por temor de los nuestros; y la armada turquesca que solia invernar, por estar mas cerca de Italia y tierras de venecianos en el golfo de Lepanto, se recogió al canal de Negroponte de la otra parte de la Morea. En aquella isla de Zazintho ó Zante hobo diversos acuerdos sobre lo que se debia hacer. El gran Capitan se inclinaba á acometer á Modon, y le parecia la empresa facil. La resolucion fue que echasen los turcos de Cephalonia, isla que boxa ciento y cincuenta millas, y tiene á la parte de Poniente uno de los mejores puertos del mundo: está puesta entre las islas de Corfú y Zante enfrente de la boca del golfo de Lepanto. Hízose asi, y partidos los franceses de Zante con color que no les pagaban, los demas se pusieron sobre San Jorge, el pueblo mas principal de Cephalonia. Tenia dentro trecientos turcós gente escogida que se defendieron con mucho esfuerzo, y en el combate que se dió el mismo dia que asentaron sus estancias, algunos de los fieles quedaron heridos, y el lugar no se pudo entrar. El tiempo

era muy áspero: asi el cerco se prolongó algunas semanas hasta tanto que un dia que fue vigilia de Navidad, se dió al lugar un muy bravo combate, con que se entró en espacio de una hora. Murieron en él ciento y setenta turcos, y cincuenta que se hicieron fuertes en una torre, al fin se rindieron á merced del gran Capitan. El primero que entró en el lugar, fue el capitan Martin Gomez, y aunque le hirieron al entrar, peleó muy bien con los turcos y los echó del portillo que guardaban. Fue aquella isla de Leonardo Tocco griego de nacion: á un hermano deste la quitaron los venecianos los años pasados y la dieron al Turco. Al presente el gran Capitan la dexó á aquella señoría á causa que cae muy lexos de España, y era muy á propósito para las armadas de venecianos, especial despues que Modon se perdió. Con tanto el gran Capitan lo mas presto que pudo, dió la vuelta á Sicilia; y aunque por ser el tiempo tan recio algunas naves se derrotaron, él con la mayor parte llegó á Siracusa, donde despues se recogió lo demas de la armada. Los venecianos por el servicio que el gran Capitan hizo á aquella señoría, le enviaron á Sicilia título de gentilhombre de Venecia, y un rico presente de vaxilla y telas de precio: el presente envió á su Rey sin tomar para sí cosa alguna, contento con la honra que ganára, y la que de nuevo le hacía aquella ciudad. Todo esto pasaba á tiempo que el duque Valentin despues que en Roma mató malamente á su cuñado don Alonso de Aragon duque que era de Viseli, vuelto á la guerra andaba muy pujante en la Romaña, en que Pésaro y Arimiño sin ponerse en defensa se le rindieron. Faenza hizo grande resistencia con favor de Juan de Bentivolla y por su contemplacion: estaba apoderado de Boloña, y porque no le hiciesen guerra, queria entretener al duque fue-

servicio que despues de Dios fue gran parte para que quedasen con el reyno. Acompañaron á la infanta hasta Portugal don Diego Hurtado de Mendoza arzobispo de Sevilla y patriarchâ de Alexandría; y á la sazon le dieron el capelo y se llamó cardenal de España como su tio, y era hermano del conde de Tendilla: fueron asi mismo en compañía de la infanta el marques de Villena y otros muchos señores. Salió á recebilla hasta la raya el duque de Berganza, si bien andaba desabrido por el mucho favor que el Rey don Manuel hacía á don Jorge de Portugal, ca le hizo duque de Coimbra y le casó con doña Beatriz de Melo hija de don Alvaro de Portugal y doña Philipa de Melo su muger: iban con el duque de Berganza otros muchos señores. La entrada en aquel reyno fue un martes á veinte del mes de octubre, y á los treinta del mismo mes se celebraron en el alcázar de Sal, villa en que el Rey la esperaba, las bodas con grandes fiestas y regocijos. Fue este matrimonio muy fecundo en generacion y nacieron dél muchos hijos, como se señalará en sus lugares. Poco adelante se concertó y casó la princesa doña Margarita con Filiberto duque de Saboya: señora poco dichosa en casamientos, pues tambien este marido le vivió poco tiempo. El Soldan de Babylonia se mostraba estar sentido contra los Reyes cathólicos por la guerra que hicieron á los moros de Granada: temiase no maltratase los christianos que vivian en aquellas provincias, é impidiese la romería que se hacía á la casa santa de Jerusalem. Determinaron envialle una embaxada para dalle razon de todo. Para esto escogieron á Pedro Martir de Angleria su capellan, de nacion milanes: hizo él prudentemente aquel mandado, y alcanzó del Soldan todo lo que pidió; en ida y vuelta gastó un año: hiciéronle dean de Granada. Alli los años adelante falleció, y se mandó sepultar puesto en

una silla con una casulla hecha de una ropa rica que le dió el Soldan. Escribió décadas de la guerra de Granada y de su embaxada y del descubrimiento de las Indias mas verdaderas que elegantes.

CAPITULO IX.

De los capitanes que se nombraron para la empresa de Nápoles.

Suspensas estaban todas las provincias y con cuidado del fin que tendria la empresa nueva de Nápoles, y la guerra en que se empeñaban las fuerzas de España y de Francia en perjuicio del Rey don Fadrique y para despojalle de aquel reyno noble y rico. El Rey cathólico desde Granada envió al gran Capitan aviso desta resolucion primero de marzo del año mil y quinientos y uno: en conseqüencia le mandó desistiese de la guerra contra el Turco, y do quiera 1501.
que se hallase, volviese luego con su armada al puerto de Mecina. Poco despues le envió título de su lugarteniente en los ducados de Pulla y de Calabria. Para hacer rostro al Turco negoció que el Rey de Portugal enviase su armada á aquellas partes como lo hizo, y por capitan don Juan de Meneses su mayordomo mayor y conde de Taroca, que intentó de camino apoderarse del puerto de Mazalquivir junto á Oran; y como no pudiese salir con ello, pasó adelante, y sin hacer nada de la isla de Corfú dió la vuelta á Portugal. Lo mismo se trató con el Rey de Francia, que enviase su armada contra los turcos; mas él por otra parte para la empresa de Nápoles nombró por su general á Luis de Armeñac duque de Nemurs y conde de Armeñac y de Guisa. No quiso dar este cargo á Luis de Lucemburg conde de Liñi que mucho

le pretendia, porque no fuese ocasion de alguna revuelta, á causa del derecho que pensaba tener al principado de Altamura por estar casado con hija de Gisota, la hija mayor de Pyrrho de Baucio, á quien por causa de la guerra de los barones el Rey don Fernando el Primero despojó de aquel estado, y le dió á su hijo don Fadrique, que casó segunda vez con doña Isabel hija menor del mismo Pyrrho. El duque de Nemurs se entretuvo en Francia. Por esto el señor de Aubeni, que ya era gran condestable de Nápoles, movió desde Lombardía con la gente francesa la vuelta de Nápoles, en su compañía el conde de Gayazo persona principal y foragido de Nápoles. En esta sazon fue por embaxador á Roma en lugar de Lorenzo Suarez Francisco de Rojas, que era un caballero muy sagaz. Acerca del Emperador hacía el mismo oficio de años atrás don Juan Manuel persona de mucha cuenta, aunque algo bullicioso. En la corte de Francia todavia residia Juan Miguel Gralla, y Juan Claver era embaxador del Rey cathólico en Nápoles. Acudió el gran Capitan á Mecina con su armada conforme al orden que tenia: de alli pasó á Palermo para dar orden con el virrey Juan de Lanuza en recoger la gente y dinero que pudiesen en aquella isla, para ayudar á la nueva conquista, en fin para dar traza en todo. No faltaron repuntas entre los dos, como ni el tiempo pasado, que el mandar no sufre superior ni aun igual: pero al fin se allanaron al servicio de su Rey, y el gran Capitan recogido el socorro que pudo, en breve dió la vuelta á Mecina, do se juntaba la masa de toda la gente. Tenia el gran Capitan en la Pulla el ducado de Monte de Santangel por gracia que dél le hizo el Rey don Fadrique quando, acabada la guerra pasada, hizo merced á muchos caballeros italianos y españoles que le sirvieron, de diversos estados:

acordó antes que se diese principio á aquella conquista, enviar á Nápoles al capitan Gonzalo de Foces para que le escusase con aquel Rey, y en su nombre renunciase la fidelidad que por aquella merced le habia prestado, y juntamente le restituyese aquel estado. Dióle el Rey por libre, y no quiso admitir la renunciacion, antes dixo que le daba el estado, y quisiera fuera mayor por lo mucho que su persona merecia, con condicion empero que desde aquellos castillos no le hiciese guerra ni dañase á sus vasallos. Con esto, y con el aviso que sus embaxadores le enviaron de España, que el Rey cathólico no le queria acudir en manera alguna, acabó de entender el Rey don Fadrique quán cerca y quán cierta le estaba su perdicion: volvíase á todas partes, y no hallaba ni en los suyos lealtad, ni en su reyno fuerzas, ni en los de fuera arrimo ni esperanza. Acordó enviar á su hijo don Fernando á Taranto, que es plaza muy fuerte en lo postrero de la Pulla y de Italia; y aun se decia le enviaba á la Belona para solicitar el socorro que pretendia del Turco para contra aquella tempestad. Juntó otrosí la gente que pudo, que eran ochocientos hombres de armas y quatro mil infantes: mandó fortificar á Cápua donde puso á Fabricio Colona y don Hugo de Cardona con docientos hombres de armas y mil y seiscientos infantes. El gran Capitan como quier que era tan diestro y considerado, advirtió que aquel asiento entre los dos Reyes no podia ser durable asi por la condicion de los franceses que es altiva, como por dificultades que forzosamente se ofrecerian en aquel repartimiento: ademas que el mando é imperio nunca sufre compañero, ni un reyno puede sufrir dos señores. Parecióle que importaba mucho apresurarse para ganar por la mano á los franceses que no le pudiesen estorbar su conquista. Dió-

se grande priesa, y envió la mayor parte de la armada á las costas de la Pulla, y por general á don Diego de Mendoza para estorbar que los turcos no pasasen al reyno; la de Portugal no le acudió en tiempo conforme al orden que llevaba. Con la otra parte de la armada envió á Nápoles á Iñigo Lopez de Ayala con orden que llevase en ella la viuda doña Juana Reyna de Nápoles á Sicilia. El Rey don Fadrique la dexó ir, por verse tan apretado, si bien no queria antes venir en ello para con esta prenda mover al Rey cathólico su tio á que los ayudase. Pasó el gran Capitan el faro de Mecina con su gente, que eran trecientos hombres de armas y otros tantos ginetes, y tres mil y ochocientos infantes: sin estos el embaxador de Roma le envió otros seiscientos españoles, de los que en la Romaña sirvieron al duque Valentin; en Sicilia al tanto quedó orden que de la tierra le enviasen otras quatrocientas lanzas escogidas. Con esta gente allanó lo de Calabria en breves dias, que fuera de Girachi y Santa Agatha, plazas muy fuertes, todos los demas lugares alzaron banderas por España. Pasó la gente española á Calabria á los cinco de julio; y á los ocho los franceses por la via de Roma entraron en el reyno de Nápoles. Todos los lugares se les rendian sin ponerse en defensa hasta llegar á Cápua, sobre la qual se pusieron. En el Abruzo no hobo mas defensa que en lo demas, todo se allanaba á los franceses que fueron por aquella parte. Pudiérase Cápua defender mucho tiempo si no fuera que el conde de Palena natural de aquella ciudad dió entrada á los franceses, que pusieron á saco la ciudad y prendieron á Fabricio Colona y don Hugo con todos los demas capitanes que en ella se hallaron. Llegó esta nueva á Nicastro, do el gran Capitan se estaba, á los veinte y nueve de julio, que le fue ocasion de apresurarse

para tomar el castillo de Cosencia. Hízolo asi, y dexó en guarda de aquella ciudad á Luis Mudarra, y por gobernador de Calabria nombró al conde de Ayelo con intento de partirse para la Pulla, y allanar aquella provincia antes que los franceses acabasen con lo de Nápoles. En lo demas halló poca dificultad, que todos los pueblos á porfia se le rendian: últimamente se puso sobre Taranto, do se tenia el duque de Calabria, en sazon que ya Nápoles estaba en poder de franceses. El duque Valentin apoderado que se hobo de Faenza en la Romaña, y en la Toscana de Pomblin, vino á servir en esta jornada al Rey de Francia, cuyo tan servidor se mostraba que se llamaba don César Borgia de Francia, y en el quartel principal de sus armas traía las flores de lis; por el contrario se mostraba del todo averso de España. Concertaron los generales franceses con el Rey don Fadrique por fin de julio les rindiese á Nápoles y Gaeta con sus castillos; demas de sesenta mil ducados en que le penaban para los gastos: que con esto le dexarian ir con su tesoro y criados á Iscla, con término que le señalaron de seis meses para que dentro dellos determinase de su persona lo que por bien tuviese, y se fuese á la parte que mas le agradase. Todo se executó como lo concertaron. Recogióse aquel Rey con su muger é hijos á aquella isla, en su compañía la Reyna de Hungría y la duquesa de Milán. Alli acudieron Próspero y Fabricio Colona, ya rescatados por dineros: con que los franceses quedaron apoderados de todo lo que en el repartimiento de aquel reyno les pertenecia. Tras esto luego pusieron los ojos en lo demas; por qué quién podrá enfrenar la gente de guerra? quién poner tasa á la codicia de mandar? En Castilla por este tiempo hobo grandes diferencias entre doña María Pacheco condesa de Benavente y

el conde don Alonso de Pimentel su hijo sobre la tutela y casamiento de la marquesa de Villafranca nieta de la condesa. Pretendian este casamiento los duques del Infantado y de Alba para sus hijos, y el mismo conde de Benavente tio de la doncella para sí. En fin despues de muchas demandas y conciertos acordaron que doña Beatriz hija de la condesa casase con don García de Toledo hijo mayor del duque de Alba; y con don Pedro de Toledo hermano de don García casase la marquesa y asi se hizo.

CAPITULO X.

Descripcion del reyno de Nápoles.

Luego que los franceses se apoderaron de Nápoles, resultaron nuevos debates, como era necesario, entre españoles y franceses sobre algunas provincias de aquel reyno que no venian expresadas en el repartimiento. Estas eran la Capitinata, la Basilicata, y el principado de aquende y de allende. Los franceses iban tan resolutos en sus cosas que sin hacer ningun comedimiento á los confederados enviaron un hijo del conde de Capacho para que en aquel estado, que es en la Basilicata, hiciese alzar las banderas por Francia; y sobre el principado de Melfi, que está en la misma provincia, se concertaron con aquel príncipe, y aun el Rey de Francia tenia hecha donacion de aquel estado á Juan Jacobo Trivulcio. Salieron otrosi de prision algunos señores que tenian presos los Reyes de Nápoles, y entre ellos Juan Bautista Marzano á cabo de casi quarenta años de prision; el qual con ánimo denodado intentó de apoderarse del principado de Rosano que fue de su padre en Calabria. Lo mismo hizo Luis de Arsi capitan del Rey de Francia, que con

poder del señor de Liñi hizo alzar por él en la Pulla el principado de Altamura; que eran todas ocasiones de desabrimientos y gana de venir á las puñadas. Tratóse de atajar estos desgustos primero con el señor de Aubeni, y despues con el duque de Nemurs, que llegó acabada la guerra y tomada Nápoles. Acordaron que en las provincias en que no habia duda, ninguna de las partes se entremetiese en lo de los otros; y sobre las provincias que se dudaba, en tanto que la diferencia se determinase, los lugares que tuviesen alzadas banderas por Francia, alzasen juntamente las de España y al contrario: en el gobierno y rentas dieron asi mismo orden que poco se guardó. Para que mejor se entienda esta diferencia, y por quál de las partes corria la justicia, será bien hacer una breve descripcion del reyno de Nápoles y de sus partes. El reyno de Nápoles comprehende toda la tierra que desde Tarracina, ó Fundi, que estan á las riberas del mar Mediterráneo, y desde el rio Truento que descarga en el golfo de Venecia, corre hasta los postreros términos de Italia. Corta este reyno por medio, como todo lo restante de Italia, el monte Apenino que se desgaja de los Alpes. Luego que se entra en el reyno, á manderecha de aquel monte ácia nuestro mar está la parte mas principal de todo él, que se llama Campania, ó tierra de Labor, de los Liborios pueblos antiguos. Alli estan Gaeta, Nola, Cápua y la misma ciudad de Nápoles, cabeza de las demas y de todo el reyno. Antiguamente todo lo que hay desde el rio Tibre á Nápoles, se llamaba Campania; al presente la tierra desde Roma hasta la raya de aquel reyno se llama Marema. A mano izquierda está el Abruzo, que comprehende muchas de las naciones antiguas, es á saber los Sabinos, do está Ascoli; los Marrucinos, donde está Theate; y los Pelignos y Vestinos, donde

caen las ciudades del Aguila y de Sulmona: los Marsos en que está el lago Fucino, y el ducado de Tagliacozo, y parte de los Samnites, pueblos muy nombrados en la historia romana, tendidos hasta lo de Campania. Los mas modernos dividen el Abruzo en el de aquende y el de allende por el rio de Pescara que pasa por medio, y es aledaño de las dos partes. Estas provincias se adjudicaron en la particion al Rey de Francia. En el mismo lado del Abruzo mas adelante está la Pulla, que se divide en la Capitinata, y tierra de Bari (que tiene muchas ciudades, entre las demas Trani y Monópoli) y tierra de Otranto, que corre desde Brindez hasta Taranto, ciudad principal puesta en la postrera punta de Italia, y en los confines de Calabria entre Mediodia y Levante. Por el otro lado, pasada Nápoles, entra el principado, cuya cabeza es Salerno. Síguese ácia los montes la Basilicata, que fue Lucanía antiguamente, y lo que se llama Calabria al presente, que antiguamente fueron los Brucios, tendidos la mayor parte por las riberas de nuestro mar. Allí está Cosencia, ciudad la mas principal de Calabria, y Rhegio sobre el estrecho de Sicilia. Lo mas adentro se llamó Magna Grecia, á la parte que caen Rosano, Catánzaro y Cotron. Del principado pudo formarse con razon duda si se comprehende en Calabria. En lo de Basilicata corria la misma razon, y así veo que los Reyes venian en que se dividiesen estas provincias, dado que algunos pretendian que esta comarca, por estar en los montes que confinan con la Pulla y Calabria, no hacía provincia distinta de las dos, sino que la parte que caía ácia Levante, pertenecia á la Pulla, y la que caía ácia Poniente, á Calabria. Estan en la Basilicata Melfi, Atela, Barleta y otras ciudades. La Capitinata es lo que desde el rio Fertoro, término del Abruzo, llega hasta el rio Au-

sido ó Lofanto. En esta parte está Manfredonia, y el monte de Santangel y Troya. Quedóle este nombre de tiempo que los griegos poseían aquella parte de Italia, cuyo gobernador llamaron Catapan, y la provincia se dixo Catapania: de allí se formó el nombre que ahora tiene, y asi mismo el nombre de Capitan tan usado. No hay duda sino que aquella parte se contenia en la Apulia antigua, pues Ptolemeo el monte Gargano que allí está, famoso por el templo de San Miguel, le pone en Apulia, y los modernos siempre entendieron que la Pulla comenzaba desde el fin del Abruzo, y se dividia en las tres partes ó comarcas que ya quedan señaladas; y aun los autores que yo he visto, siempre cuentan la Capitinata por una de las provincias de la Pulla; y siempre la aduana de los ganados de Pulla se cobró en aquella provincia: qüestion en que cada qual podrá sentir lo que por bien tuviere. Para nuestro propósito basta que de aqui tomaron asa y ocasion los españoles y franceses para venir á las manos, y averiguar por el trance y filo de la espada lo que sus Reyes nunca acababan de resolver por mucha instancia que se les hizo para que lo determinasen antes de venir á rompimiento: en que daban á entender que no se contentaban con la parte, y que cada qual de los Reyes bastantemente se confiaba de sus soldados y fuerzas; pero á esto se volverá adelante. Por el presente el Rey don Fadrique despues que se pasó á Iscla como quedó asentado, por la mala satisfaccion que tenia del Rey cathólico, se concertó con el de Francia: con treinta mil francos que le prometió para sustentar su casa, se fue á poner en sus manos y meter por sus puertas, y en su compañía su muger é hijos, y el cardenal Luis de Aragon su sobrino. Su hermana doña Beatriz Reyna de Hungría se quedó en aquella isla, que despues fue á Sicilia.

Su sobrina doña Isabel, que fue casada con Juan Galeazo verdadero duque de Milán, de alli se fue á Bari en la Pulla. Al tiempo que andaban estas inteligencias entre los dos Reyes don Fadrique y el de Francia, en Flandes se hacía grande instancia con el archiduque para que él y su muger viniesen á España á ser jurados por príncipes como era de costumbre. Nació este año al archiduque una hija que se llamó Isabel. El Rey su suegro pretendia traelle á España para que aprendiese las costumbres de los naturales, y para quitalle algunos siniestros que de sus criados se le pegaron como mozo; mas ellos acostumbrados á la libertad de Flandes y gobernallo todo á su voluntad, no querian que el príncipe tuviese cerca de sí persona á quien debiese respeto. Fue para solicitar esta venida don Juan de Fonseca obispo de Córdova y capellan mayor de los Reyes; y de parte del Rey de Francia se le hizo grande instancia para que pasase por su reyno, como al fin lo hizo. De España partió en una armada que se aprestó en la Coruña, la infanta doña Cathalina para casar en Inglaterra como lo tenian concertado. Salió de Granada, do sus padres quedaron, con grande acompañamiento. Hízose á la vela á los veinte y cinco de agosto. Pasaron con ella á Inglaterra don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago, el conde y condesa de Cabra con otra gente de cuenta. Despues que salieron del puerto, cargó tanto el tiempo que las naves se derrotaron, y dado que algunas llegaron al puerto de Antona en Inglaterra, las mas se recogieron á Laredo: dende á dos de setiembre siguieron su viage, y con buen tiempo llevaron la infanta á Inglaterra. Celebráronse las bodas con Artus su esposo en Londres muy solemnemente. Quán poco durará este gozo! quántos trabajos, inocente doncella, te quedan por pasar solo por la locura de

un hombre desaforado! Este mismo mes concertó la Reyna doña Isabel que don Rodrigo Enriquez Osorio conde de Lemos casase su hija doña Beatriz de Castro con don Dionis hermano del duque de Berganza don Diego, é hijo del duque don Fernando el que mató el Rey don Juan el Segundo de Portugal. Para facilitar este matrimonio los Reyes les hicieron merced de Sarria, Castro, Otero, villas á que el conde de Lemos pretendia tener derecho. Por el mes de octubre en la ciudad de Trento se hicieron paces entre el César y Rey de Francia, cuya principal capitulacion fue que Carlos hijo del archiduque casase con Claudia hija del Frances: casamiento que otras veces se trató y concertó, y al fin nunca se concluyó.

CAPITULO XI.

De la venida del archiduque á España.

Las armadas que de Portugal y de Francia fueron á Levante á persuasion del Rey cathólico en defensa de venecianos contra el Turco, no hicieron cosa de momento. La de Portugal llegó á Corfú, y de alli en breve dió la vuelta: la de Francia pasó sobre la isla de Chìo, que era de ginoveses, y sin hacer otra cosa mas de embarazar el tributo que de alli llevaba el Turco, padecieron de pestilencia y del tiempo y de enemigos tanta mortandad que apenas de toda ella quedaron mil hombres; acudieron á la Pulla que cae cerca, do fueron muy bien tratados por orden del gran Capitan: los venecianos asi mismo se recogieron, que traían veinte y cinco galeras mal armadas. Hizo mucho al caso para todo que el Turco este año no sacó su armada; que de otra suerte hallára poca resistencia. En España por una parte los Reyes cathó-

licos pregonaron un edicto por el qual mandaron que los moros, que estaban esparcidos de años atrás por Castilla ó por Andalucía, y se llamaban Mudejares, ó se bautizasen, ó desembarazasen la tierra; por otra parte al fin deste año hobo algun ruido de guerra, que si no se atajára con tiempo, pudiera revolver el reyno. Fue asi que el duque de Medinaceli don Luis de la Cerda estando para morir se casó con su manceba por legitimar un hijo que en ella tenia por nombre don Juan. Pretendia suceder en aquel estado don Iñigo de la Cerda hermano del duque, cuyo hijo llamado don Luis casára con hija del duque del Infantado, que muerto el duque de Medinaceli, juntó su gente, y en favor de su yerno se puso sobre Cogolludo con intento de apoderarse de aquel estado; pero el Rey le hizo avisar que derramase aquella gente, que siguiese su justicia, y no le alborotase el reyno, con apercibimiento, si no se reportase, que se pondria el remedio como mas conviniese. Hobo de obedecer el duque, y don Juan quedó pacífico en el estado de su padre. Sosegados estos movimientos, se tuvo nueva que el archiduque y su muger venian por Francia, y que su llegada sería en breve. Fueron muy festejados por todo el camino: en París los recibieron con grande honra y fiesta; alli por entrambas partes á trece de diciembre se juraron las paces que poco antes se concertaron en Trento, y el archiduque hizo todos los actos necesarios para reconocer aquel Rey por superior suyo como conde de Flandes: la princesa estuvo muy sobre sí para no hacer acto en que mostrase reconocer alguna superioridad al Rey de Francia. De alli enderezaron su camino, y por Guiena llegaron á Fuente-Rabía á los veinte y nueve de enero del año de
1502. nuestra salvacion de mil y quinientos y dos. Estaban alli para recebillos por orden de los Reyes cathólicos

el condestable de Castilla, el duque de Najara y el conde de Treviño su hijo, y con ellos el comendador mayor don Gutierre de Cárdenas. Para muestra de mayor alegria, y que la gente estuviese para recebillos mas lucida, se dió licencia para que los que podian traer jubones de seda, sacasen tambien sayos de seda; y aun se dió á entender que holgarian los Reyes que los que se vistiesen de nuevo, hiciesen los vestidos de colores, que todo es muestra de la modestia de aquellos tiempos. En principio deste año casó Lucrecia de Borgia con el hijo heredero del duque de Ferrara: llevó en dote cien mil ducados sin otras ventajas y lugares. Los príncipes de Vizcaya llegaron á Burgos, á Valladolid, Medina, y por Segovia pasaron los puertos y llegaron á Madrid: los Reyes del Andalucía y de Granada, do asistian, por Estremadura vinieron á Guadalupe. Alli hicieron merced al duque Valentin por ganalle para su servicio, y por contemplacion del Papa, de la ciudad de Andría con título de príncipe, y de otras muchas tierras en el reyno de Nápoles. Tratóse otrosí que los Reyes el Cathólico y el de Francia acomodasen de rentas y vasallos al Rey don Fadrique y á su hijo. Llegaron los Reyes á Toledo á los veinte y dos de abril: hicieron asi mismo en aquella ciudad su entrada los príncipes á siete de mayo, ca por indisposicion del archiduque se detuvieron algunos dias en Olías. Alli fueron jurados sin dificultad alguna en presencia del Rey y de la Reyna por príncipes de Castilla y de Leon en la iglesia mayor de aquella ciudad á veinte y dos de aquel mes. Halláronse presentes el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza, el arzobispo de Toledo con otros muchos prelados; el condestable don Bernardino de Velasco, los duques de Alburquerque, Infantado, Alba y Bejar, el marques de Villena con otros mu-

chos señores. Púsose por condicion que caso que sucediesen en aquellos reynos, los gobernarian conforme á las leyes y costumbres de la patria. Por este mismo tiempo que España por la venida destos príncipes estaba muy regocijada, en Inglaterra se derramaban muchas lágrimas por la muerte que sobrevino al príncipe Artus. Quedó la infanta su muger á lo que se entendió, doncella, dado que cinco meses hicieron vida de casados; pero el príncipe era de catorce años solamente, y de complexion tan delicada que dió lugar á que esto se divulgase y se tuviese por verdad. Enviaron los Reyes cathólicos á Hernan duque de Estrada para visitar al Rey Enrique de Inglaterra, y tratar que la princesa casase con el hijo segundo de aquel Rey; él empero ni restituía el dote de la princesa, ni acababa de efectuar aquel matrimonio, que fue despues tan desgraciado. Vino esta nueva de la muerte deste príncipe en sazon que poco despues, es á saber á seis de julio, en Lisboa la Reyna doña María parió un hijo que se llamó don Juan, y vino á heredar como primogénito la corona de su padre: grande y valeroso príncipe que fue los años adelante.

CAPITULO XII.

Que el duque de Calabria fue enviado á España.

Púsose el gran Capitan sobre Taranto los meses pasados, como queda dicho: hallábase dentro asaz fortificado el duque de Calabria. Todavia el mismo dia que asentó su campo, trataron de tomar asiento; y al fin el duque por medio de Otaviano de Santis concertó treguas por dos meses para consultar al Rey su padre; con seguridades que se dieron de no alte-

rar cosa alguna. Despues por causa que los mensageros enviados al Rey don Fadrique no volvieron al tiempo señalado, se prorogó la tregua hasta fin del año pasado con las mismas condiciones. Este término pasado, porque la resolucion del Rey don Fadrique no venia, acordaron que la tregua se continuase otros dos meses, y la ciudad se pusiese en tercería en poder de Bindo de Ptolomeis vasallo del Rey cathólico, y de cuya persona el gran Capitan hacía mucha confianza, con promesa que pasado aquel nuevo plazo se daría la ciudad sin tardanza; pero que la persona del duque fuese libre y asegurada con todos sus bienes y servidores. En el mismo tiempo el castillo de Girachi que está á tres leguas de la marina, y era de mucha importancia, se dió; y el príncipe de Salerno vino á verse con el gran Capitan para tratar de mudar partido, á tal que á él y al príncipe de Bisiñano se les restituyesen sus estados. Pedia asi mismo para sí el condado de Lauria, y cinco mil ducados de renta que sus antecesores tiraban de los Reyes pasados; que eran demasias fuera de sazon, y muestra que los ánimos no sosegaban. Por el contrario muchos barones que con el Rey don Fadrique se recogieron á Iscla, se vinieron al gran Capitan: dellos acogió los que le parecieron mas importantes para el servicio del Rey, y entre ellos á Próspero y Fabricio Colona, porque le certificaban que venecianos los pretendian haber á su sueldo. Junto con esto don Diego de Mendoza y Iñigo de Ayala hobieron el castillo y ciudad de Manfredonia por trato con el alcayde, que se tenia por el Rey don Fadrique, si bien el señor de Alegre vino con gente á socorrer los cercados. La ciudad de Taranto en fin conforme al concierto se entregó con sus castillos al gran Capitan; y porque entre las condiciones del concierto una era

que el duque de Calabria pudiese libremente ir donde quisiese, por el presente se fue á Bari que todavia se tenia por su padre (bien que la ciudad no era fuerte y el castillo casa llana) para esperar allí lo que él le mandase, ca no queria apartarse de su voluntad. El gran Capitan tenia gran deseo de concertalle con el Rey cathólico porque no se fuese á Francia, de que podrian resultar incenvenientes. Moviéronse tratos sobre ello, y ofreciále treinta mil ducados de renta perpétua en vasallos parte del reyno de Nápoles, parte de España; que era todo lo que él pedia, y podia desear en el estado en que se hallaba. Veía el duque que le venia bien aquel partido, mas no se resolvia sin la voluntad de su padre. Poco adelante la viuda duquesa de Milán su prima por no ir á Sicilia, do la convidaban que fuese con la Reyna de Hungría su tia, se recogió en aquella ciudad. Esta señora pudo tanto con el duque que le hizo escribir una carta de su mano al gran Capitan, en que le pedia que sin embargo de la libertad que tenia concertada para su persona, por ver que la intencion de su padre era otra de lo que á él le convenia, le rogaba le enviase al servicio de los Reyes cathólicos, que esta era su determinada voluntad, dado que por respeto de su padre no se atrevia á publicalla. No parece que el duque perseveró mucho en este propósito, porque demas que su padre hizo grande esfuerzo con cartas y embaxadas que envió al gran Capitan para que conforme al asiento dexase ir libre á su hijo, que no era de caballero faltar en su palabra, y que se debia acordar de la amistad que le hizo en tiempo de su prosperidad; el gran Capitan que le tenia puestas guardas para que no se fuese, por atraelle á lo que deseaba, fuera de la renta que le ofreció antes, de nuevo le prometia de parte del Rey cathólico de ca-

salle ó con la Reyna de Nápoles su sobrina, ó con su hija la princesa de Gales, el uno y el otro partidos muy aventajados. Sospechóse que el conde de Potencia don Juan de Guevara, que andaba siempre á su lado, le mudaba del color que queria. Andaba el duque por aquellos pueblos de la Pulla, aunque parecia libre, tan guardado que no se podia ir á parte ninguna, tanto que apenas podia salir á caza. Por conclusion este negocio se rodeó de manera que volvieron al duque á Taranto. Desde alli se dió orden á Juan de Conchillos que en una galera le llevase á Sicilia y á España, por entender que en presencia las partes mejor acordarian todas sus haciendas, y el duque se confirmaria mejor en el servicio y aficion del Rey cathólico que tanto en deudo le tocaba. No parece se le guardó lo que tenian asentado: en la guerra quién hay que de todo punto lo guarde? en la guerra; y no tambien en la paz, y mas en negocio de estado?

CAPITULO XIII.

Del principio de la guerra de Nápoles.

Los generales de Francia y España puestos en el reyno de Nápoles comunicaban entre sí y con sus Reyes la forma que se podria tener en concordar aquellas diferencias para que se conservase la concordia, y no llegasen á rompimiento. Sobre esto poco antes que jurasen al archiduque por príncipe de Castilla, vino á Toledo de parte del Rey de Francia el señor de Corcon. La suma de su pretension era que las provincias que se adjudicaron á Francia, rentaban menos que la Pulla y Calabria; y que pues era razon se hiciese recompensa, quedase la Capitinata

por Francia. A esto respondió el Rey cathólico que sí el Rey de Francia se tenia por agraviado en la particion, sería contento que trocasen las provincias; y que si todavia queria recompensa, se hiciesen en el principado y Basilicata que restaban por partir: que la Capitinata era lo mejor de la Pulla, y no era razon que se desmembrase della; en conclusion que holgaria de dexar aquella diferencia al juicio y determinacion del Papa y de los cardenales. El Frances no venia en ninguno destos partidos, y el trueque no le estaba bien por no privarse de la ciudad de Nápoles y del título de Rey de Nápoles y Jerusalem que conforme á la concordia hecha le pertenecian, y amenazaba que usaria de fuerza, tanto que un dia como los embaxadores de España en este propósito le dixesen que el Rey su señor guardaba todo lo asentado, respondió que él hacía lo mismo, y que sobre esto, si fuese menester, haria campo con el Rey de España, y aun con el Rey de romanos. Respondió Gralla que el Rey su señor era tan justo príncipe como en el mundo le hobiese; y quando fuese conveniente lo defenderia por su persona á quien quiera que fuese. Replicó el Rey: El Rey de España no ha de ser mas que yo. Gralla respondió: Ni vos mas que el Rey mi señor. La verdad es que el Rey cathólico se mostró inclinado á la paz, y escribió á su general que por todas vias la procurase; que en esto le haria mas servicio que si con guerra le diese conquistado todo el reyno. El primer principio que se dió para venir descubiertamente á las manos, fuera de otras cosas menudas, fue quando el señor de Alegre que se intitulaba lugarteniente de Capitinata, entró con gente de guerra para desbaratar el cerco que los españoles tenian sobre Manfredonia, como queda apuntado, y no contentos con esto en el tiempo que

el gran Capitan se ocupaba en lo de Taranto, se apoderaron de la ciudad de Troya en la Capitinata y de otras plazas; que si bien los requirieron las restituyesen, y no contraviniesen á lo concertado, no hicieron caso. Antes que se pasase mas adelante, acordaron los dos generales de venir á habla. Para esto el gran Capitan compuestas que tuvo las cosas de Taranto, vino á Atela, el duque de Nemurs á Melfi, pueblos de la Basilicata. Está en medio del camino una ermita de San Antonio; allí acordaron de verse. Llevaron el uno y el otro sus letrados que alegasen del derecho de cada una de las partes. Los franceses decian que la parte de España rentaba setenta mil ducados mas que la de Francia, y que era justo conforme á lo acordado hobiese recompensa. Los españoles replicaban que debian ante todas cosas ser restituidos en la Capitinata, de que á tuerto los despojáran, y que hecho esto, serían contentos de cumplir con lo demas que tenian asentado. Despidiéronse sin concluir nada, dado que entre los generales hobo toda muestra de amor y todo género de cumplimiento. Visto que ningunas diligencias eran bastantes para acordarse, determinaron encomendarse á sus manos. Escribieron á sus Reyes esta resolucion: hicieron instancia cada qual de las partes para prevenirse de socorros de gente y de dineros. Junto con esto el gran Capitan por la falta que padecia de mantenimientos, repartió parte de sus gentes por las tierras del principado. El capitan Escalada con su compañía llegó al lugar de Tripalda: echó algunos franceses que allí alojaban, y se apoderó de aquella villa que está treinta millas de Nápoles; otros capitanes españoles se apoderaron al tanto de otras plazas por aquella comarca. Esto tuvieron los franceses por gran befa, tanto que llegó á oidos del Rey de

Francia, y mandó embargar todos los bienes que los españoles tenian en aquel su reyno: resolucion que parecia muy nueva y exôrbitante, que sin pregonar la guerra, ni dar término á los españoles para salirse de Francia, les quitasen sus bienes y mercadurías. El Rey cathólico hacía todavia instancia que los suyos se concertasen, aunque fuese necesario dexar á los franceses lo que tenian en la Capitinata, que era la mayor parte. Tornaron pues los generales á juntarse de nuevo en aquella ermita de San Antonio: nombraron personas que hiciesen el repartimiento de nuevo, de manera que los franceses mostraban contentarse, ca entraban en division el principado, Basilicata y Capitinata, que era todo lo que podian desear. Mientras este repartimiento se hacía, los franceses reforzaron su campo de mil suizos y docientas lanzas que les vinieron de Francia, junto con cantidad de dineros para paga y socorro de la gente: crecióles con tanto el brio. Acordaron con este socorro de romper la guerra de nuevo: apoderáronse de Venosa en que estaba el capitan Pedro Navarro que á instancia de sus soldados rindió aquella plaza á partido; tomaron á Quarata, que se la entregó Camillo Caraciolo: el uno y el otro pueblo estan á doce millas de Barleta, do á la sazon se hallaba el gran Capitan con la mayor parte de su gente. En el mismo tiempo se rebeló Viseli, pueblo del principado de Altamura. Acudieron los españoles á recobralle con las galeras; pero ya que le habian entrado por fuerza, fueron rebatidos por los franceses, que sobrevinieron en defensa de aquel lugar. El estío en esta sazon iba muy adelante, y el campo frances en Quarata padecia falta de agua y de mantenimientos, ca nuestra caballería les tomaba los pasos por donde les venian. Acordaron salir dende, y por la via que

antes lleváran, volvieron á ponerse á la ribera del rio Ofanto. Alli por estar muy cerca de Barleta á los últimos de agosto el gran Capitan con su gente muy en orden les presentó la batalla. Como no saliesen á ella, antes continuasen su camino la vuelta de Melfi, algunos capitanes de caballos los fueron picando en la retaguardia, de manera que los mataron alguna gente, y les tomaron buena parte del fardage, y parte de la recámara del duque de Nemurs y señor de Aubini caudillos principales de aquel campo. Esperaban los franceses otros mil suizos que eran llegados á Nápoles, y quatrocientas lanzas que llegáran á Florencia, y hasta su venida no se querian aventurar. El gran Capitan para prevenirse hacía instancia con el Rey le enviase con su armada gente y dineros, en particular pedia quatrocientos ginetes y dos mil gallegos y asturianos: al embaxador don Juan Manuel avisó en todo caso le encaminase dos mil alemanes para mezclallos con los españoles; y para recebillos y encaminallos por el mar Adriático envió á Ancona á Micer Malferit. El Rey cathólico no se descuidaba, antes mandó aprestar una armada, y por su general á Bernardo de Vilamarin, para que llevase dineros y gente, en particular docientos hombres de armas y otros tantos ginetes en algunas galeras, de las quales le nombró por almirante. Por otra parte persuadia al César hiciese la guerra en Italia á que tenia tanto derecho, y pusiese en posesion de Milán uno de los hijos del duque despojado, que andaban desterrados y pobres en su corte. Venia otrosí en que pusiese en Florencia al duque Valentin para que tuviese aquel estado por el imperio con título de Rey: esto por tener al Papa de su parte, que sumamente lo deseaba, con quien el Rey cathólico pretendia por medio de su embaxador aliarse.

CAPITULO XIV.

Que el archiduque partió para Flandes.

Entretúvose el Rey cathólico algunos dias en Toledo para festejar á los príncipes sus hijos que dexó allí con la Reyna, y él con intento de allanar los aragoneses partió la via de Zaragoza á los ocho del mes de julio. Tenia convocadas cortes de aragoneses para los diez y nueve del mismo mes: desde el camino envió prorogacion dellas. Hallábase en Zaragoza por principio del mes de setiembre. Allí por la priesa que el gran Capitan daba por la armada, dió orden que se acabase de aprestar otra de nuevo á toda diligencia, y que con parte della partiese Manuel de Benavides, y en su compañía quatrocientas lanzas por mitad hombres de armas y ginetes, y trecientos infantes. Poco adelante mandó que con el resto de la armada partiese Luis Portocarrero señor de Palma, caballero que mucho sirvió en toda la guerra de Granada, para que con igual poder al gran Capitan ayudase en aquella guerra. Fueron en su compañía en aquella jornada trecientos hombres de armas y quatrocientos ginetes, y tres mil infantes. Todo fue necesario por el mucho aprieto en que las cosas estaban en aquel reyno, especial en Calabria. Junto con esto trató el Rey de ligarse con venecianos, que mostraban inclinarse mucho á ello. Para mejor expedicion deste particular tornó á enviar á Lorenzo Suarez de Figueroa á Venecia para que lo concluyese, y ofreciese á aquella señoría de su parte ayuda para lo de Milán ó del Abruzo, provincias de que mucho deseaban apoderarse. Hízose la proposicion de cortes en Zaragoza el dia señalado. Pidió el Rey que pues el príncipe don Miguel era muerto, jurasen por príncipes á la archi-

duquesa doña Juana como hija mayor suya, y á su marido. Asi mismo pedia le sirviesen para la guerra de Nápoles, pues era tan propia de aquella corona. Vinieron los aragoneses fácilmente en lo que se les proponia. Entretanto que se trataba de la ayuda para la guerra, proveyó el Rey que los príncipes apresurasen su venida, que aun no eran llegados. Fueron recebidos con mucha alegria, y á los veinte y siete dias de octubre les hicieron el homenage con las ceremonias y prevenciones que los aragoneses acostumbran. Asi la princesa doña Juana fue la primera muger que en Aragon hasta entonces se juró por heredera, ca la Reyna doña Petronila no fue jurada por princesa, ni entonces se usaba, sino recebida por Reyna. Partióse poco despues el archiduque para Madrid, y tras él la princesa: hízola el Rey compañía. Para presidir en las cortes de Aragon hasta que se concluyesen, nombró á su hermana la Reyna de Nápoles, la qual de meses atrás publicó querer pasar á Italia, y con este intento se partió de Granada donde á la sazon residian los Reyes. Acordaron que todo el tiempo que en Aragon se detuviese, fuese gobernadora de aquel reyno como antes lo era don Alonso de Aragon arzobispo de Zaragoza hijo del Rey cathólico. El archiduque de mala gana se detenia en España; y de peor sus cortesanos, por los quales se dexaba gobernar, en especial por el arzobispo de Besanzon, que le hizo compañía en este viage, y falleció en España los dias pasados, y por el señor de Vere personas de aficion muy franceses. Tomó color para partirse que Flandes quedó á su partida desapercebida de gente: que por causa del rompimiento entre España y Francia podria recebir algun daño, si él no asistiese. Procuraron los Reyes apartalle deste propósito, mayormente que la princesa se hallaba muy preñada. No bastó diligencia

alguna ni para detenelle ni para que no pasase por Francia en tiempo tan revuelto. Decia él que sería parte con aquel Rey para que se viniese á concordia, de que por el mismo tiempo habia dado intencion, y propuesto se restituyese el Rey don Fadrique en su reyno con ciertas condiciones y tributo que queria le pagase; donde no, que los dos Reyes renunciasen sus partes, el Cathólico en su nieto don Carlos, y el de Francia en su hija Claudia, para que le llevase en dote y se efectuase el casamiento entre los dos como lo tenian concertado. Todo esto pareció entretenimiento, y á propósito para descuidar al Rey cathólico y tomar á sus capitanes desapercebidos. En conclusion el archiduque partió de Madrid, donde dexó con sus padres á la princesa: tomó el camino de Aragon y de Cataluña y por la villa de Perpiñan. Vínole allí el salvo conducto del Rey Ludovico, con que entró en Francia y siguió su camino hasta Leon en que á la sazon se hallaba el Rey de Francia y el cardenal de Ruan legado del Papa; pero esto fue al fin deste año y principio del siguiente: volvamos á la guerra de Nápoles.

CAPITULO XV.

Si fuera conveniente que el Rey cathólico pasdra á Italia.

Continuábase en esta sazon la guerra en el reyno de Nápoles, y el fuego se emprendia por todas partes. La mayor fuerza cargaba en lo de la Pulla y en Calabria. Los príncipes de Salerno y de Bisiñano y Rosano, y el conde de Melito estaban en aquella parte muy declarados por Francia. Acordaron los franceses de acudir á aquella provincia con mas fuerzas: para esto, que en la Capitinata quedase el señor de Alegre

con trecientas lanzas, en tierra de Bari monsieur de la Paliza con otras trecientas, y mil soldados; para guarda de la Basilicata nombraron á Luis de Arsi con quatrocientas lanzas y alguna gente de á pie. El duque de Nemurs pretendia ir á Calabria con docientas lanzas y mil infantes, y que monsieur de Aubeni quedase en Espinazola con toda la demas gente á veinte y quatro millas de Barleta. Porfió el de Aubeni que le consignasen lo de Calabria, ca pretendia el ducado de Terranova, de que hiciera merced el Rey cathólico al gran Capitan. Por esta porfia concertaron que ambos se enderezasen ácia la parte de Calabria; con todo el de Aubeni fue primero á la tierra de Bari con ciento y cincuenta lanzas y mil infantes. El de Nemurs dado que publicaba ir á Calabria, revolvió la via do Taranto. Tomó de camino á Matera y Castellaneta pueblos de poca defensa, y desbarató al conde de Matera y al obispo de Mazara que halló en Matera con alguna gente. Con esto se puso sobre Taranto, do pensó hallar al duque de Calabria, que nueve dias antes de su llegada era ya partido para Sicilia. Salieron algunas compañías de españoles que alojaban en aquella ciudad, cargaron con tal denuedo y dieron sobre las estancias de los contrarios, que los forzaron á levantar con vergüenza el campo, y pasalle á una casa fuerte distante á veinte y dos millas de Taranto, y esto con intento de revolver sobre el territorio de Bari, y alli juntarse con el de Aubeni y apoderarse de Bitonto ó encaminarse á Calabria. Sucedió que los franceses que alojaban en la Basilicata, que era el mayor golpe del campo frances, enviaron á Barleta un trompeta enderezado á don Diego de Mendoza, con un cartel en que once caballeros franceses desafiaban otros tantos españoles para hacer con ellos el dia siguiente á hora de nona campo. Señala-

ron lugar entre Barleta y Viseli, y aseguráronle. Ponian por condicion que los vencidos quedasen por prisioneros de los vencedores. Aceptó el desafio el gran Capitan, si bien el término era muy breve. Escogiéronse los once, y entre los demas el muy famoso Diego García de Paredes, que como muy valiente que era, sirvió en esta guerra muy bien y al principio della pasó en Calabria por coronel de seiscientos soldados. El dia siguiente luego por la mañana se pusieron en orden. El gran Capitan para animallos delante Fabricio y Próspero Colona y el duque de Termens y otros muchos caballeros les habló en esta manera: «La primera cosa que en el hecho de las armas deben »los caballeros hacer, es justificar su querella. Desta »no hay que dudar, sino que la justicia de nuestros »Reyes es muy clara, y que por el consiguiente será »muy cierta la victoria. Concertaos por tanto muy »bien, y ayudaos en el pelear como lo sabeis hacer, »y acordaos que en el trance desta pelea se aventura »la reputacion y honra de nuestra patria, el servicio »de nuestros Reyes, y el bien y alegria de todos los »que aqui estamos: títulos que cada qual dellos obli»ga al buen soldado á posponer la vida y derramar »por ellos la sangre. Que si no és con la victoria, »con qué rostro volvereis soldados? quién os mirará »á la cara?" A estas palabras respondieron todos que estaban prestos á perder las vidas antes que faltar al deber. Salieron con quatro trompetas y sendos pages. Entraron en la liza una hora antes que los contrarios. El combate fue muy bravo, el suceso que de los franceses quedó uno muerto y otro rendido, y nueve heridos, y muertos otros tantos caballos. De los españoles uno rendido, y dos heridos, y tres caballos muertos. Llegó el combate hasta la noche, no pudieron los españoles rendir á los franceses que peleaban

á pie, porque se hicieron fuertes entre los caballos muertos: asi aunque el daño que recibieron fue mayor, todos salieron del palenque por buenos; de que el gran Capitan mostró mucho descontento, que pretendia salieran del campo los españoles mas honrados, y no desistieran hasta tanto que á todos los contrarios tuvieran rendidos y quedára por ellos el campo. A esta sazon el Rey de Francia para dar mas calor á aquella guerra, y acudir de mas cerca á todo lo necesario, se determinó pasar en Italia, puesto que se detuvo en Lombardía: lo mismo pretendia hacer el Rey cathólico, y este intento llevaba quando fue á Zaragoza, á que le convidaban los exemplos de sus antepasados los Reyes de Aragon, que con su presencia en Cerdeña, Sicilia y Nápoles acabaron cosas que por sus capitanes no pudieran, ó con gran dificultad. Era este negocio muy grave: consultóse con grandes personages; los pareceres como suele acontecer eran diferentes y contrarios. El comendador mayor don Gutierre de Cárdenas, persona muy anciana y de grande experiencia, en una consulta que se tuvo sobre el caso, hizo un razonamiento en presencia del Rey desta sustancia: «Yo quisiera señor en negocio »tan grave oir antes que hablar; pero pues soy man»dado diré lo que siento con toda verdad. Todo hom»bre que quiere emprender alguna cosa grande debe »hacer balanzo de lo que en aquella pretension se »puede ganar, con lo que se aventura á perder: por»que como no acometer empresas dificultosas es de »baxo corazon, asi es temeridad por las de poco mo»mento poner á riesgo lo que es mas. En este nego»cio si miro la reputacion, que importa mucho con»servar, veo que será mayor si vuestros capitanes sa»len con la victoria, y si se pierde, menos daño que »ellos sean vencidos que su señor. Principalmente

»que la guerra podrá estar conclúida quando lleguemos allá, que forzaria á dar la vuelta con mengua y »sin hacer nada, pues si por los nuestros estuviese la »victoria, será suya la honra, y nuestro trabajo en »balde; y si fuesen vencidos, qué fuerzas bastarán á »comenzar de nuevo el pleyto, aunque se hallasen »juntas todas las de España? Las potencias de Italia »estan á la mira, inclinadas á seguir el partido de España: si se persuaden hay flaqueza de nuestra parte, y que no bastan las fuerzas, sino que es necesaria la presencia del Rey, podrán tomar otro camino. Yo no soy de parecer que los príncipes pasen en »ociosidad su vida, pero tampoco deben poner á peligro sus personas en casos no necesarios. Quién no »vee los peligros del mar en navegacion tan larga? »quién no mira quán grande es por la mar el poder »de ginoveses, y quán pujantes estan, en especial si »con ellos se juntan las armadas de Francia, como se »puede temer, para hacer rostro á las nuestras? »Quién será de parecer que la vida y salud del Rey »se aventure en el trance de una batalla naval, donde tanta fuerza tiene la ventura, y tan poco el valor? »como se puede considerar en vuestro tio el Rey don »Alonso quando fue vencido y preso con sus hermanos por pocas naves de Génova. No digo nada del »desgusto de los grandes, que podrán alterar el reyno, si se ausenta el que los enfrena y tiene á raya. »Quando todo lo demas cesase, cómo podreis dexar »á la Reyna que está doliente, y sentirá á par de »muerte semejante viage? Si algunos Reyes de Aragon »pasaron el mar, los tiempos y ocasiones eran diferentes, y no siempre nuestros mayores en sus hechos »acertaron. Que deseeis vestir arnés y hallaros en la »guerra, no me maravillo, pues os criastes en ella »desde vuestra niñez; pero mi parecer es que si esto

»pretendeis, la rompais por España, y forzeis al enemigo á volver sus fuerzas á estas partes, traza con »que enflaquecerá en lo de Nápoles, y aun porna á »riesgo de Milán. Este señor es mi parecer, si acer»tado, sean á Dios las gracias; si contra el vuestro, »merece perdon mi lealtad: lo que vos determináre»des eso será lo mejor y mas acertado; y si fuere de »ir á Italia, yo seré el primero que con esta edad y »canas os haré compañía, ca resuelto estoy de aven»turar vida y hacienda antes qué faltar en lo que soy »obligado; mas el que es consultado debe libremen»te decir lo que siente, y el que consulta oir con pa»ciencia y de buena gana al que habla." Grande fue el aplauso que los que se hallaron presentes, dieron á las razones del comendador mayor, que parecieron muy concertadas y dignas de persona tan avisada. Divulgóse este parecer, y un prelado, cuyo nombre no se dice, sin ser consultado sobre el caso dió al Rey escrito un papel en esta sustancia: «El atrevimiento »que tomo de dar consejo sin ser llamado, merece »perdon: pues el negocio es comun, todos tenemos »licencia de hablar. Si los inconvenientes y peligros »se deben considerar tan por menudo como el comen»dador mayor dicen los ha encarecido, nadie acome»terá hecho alguno que tenga dificultad. Ni el labra»dor se pondrá al trabajo de la sementera, ni el pilo»to á los peligros del mar, ni el soldado embrazará »las armas con riesgo de su vida, finalmente nadie »cumplirá con su oficio. Esta es la miseria de los »hombres, que ninguna cosa grande da Dios ó la na»turaleza á los mortales sino á costa de mucho afan. »No hay duda sino que el primer oficio y mas propio »de los Reyes es el cuidado de la guerra, de juntar »y gobernar sus huestes sea para defenderse, sea pa»ra acometer quando es necesario; y nadie puede ne-

»gar sino que esto se hace mejor en presencia del »Rey, que por otro, sea quien fuere. Acúdenle sus »vasallos y acompáñanle: los pequeños, los media»nos y los mayores tienen por cosa vergonzosa que»darse en casa quando su cabeza y su Rey se pone al »trabajo. Nadie se desdeña de seguille, como quier »que muchos tengan por afrenta ser gobernados por »los que son menos que ellos. El exemplo está en la »mano. Quál de los grandes, decidme, es ido á la »guerra de Nápoles, con tener el general partes tan »aventajadas en todo? Fuera desto el dinero, muni»ciones y todo lo demas se despacha mas en breve. »Las determinaciones en las dificultades son mas acer»tadas quando el Rey vee por sus ojos lo que pasa. »Lo que viene de tan lexos determinado y proveido, »tarde llega, y muchas veces fuera de sazon, por no »decir que las mas veces va errado. El amor de los »soldados para con su príncipe es la cosa mas impor»tante en la guerra: este nace del conocimiento, por»que son como los perros (y asi los llama Platon) que »halagan á los que conocen y ladran á los estraños (1). »En presencia de su príncipe que los ha de premiar, »los valientes se hacen leones, y los cobardes se aver»güenzan. Homero aludió á esto quando finge que los »mismos dioses se hallaban en las batallas, y que el »Rey Agamenon llamaba por sus nombres á todos los »soldados. Por cierto Alexandro y César nunca haza»ñas tan grandes acabáran, si quedándose en su rega»lo se encomendáran á sus capitanes. Quién echó por »el suelo la grandeza del imperio romano? los prín»cipes que se contentaron de dar orden en las cosas »de la guerra desde su casa? Y por dexar cuentos an-

---

(1) Synes. lib. de Regno.

»tiguos, yo creo señor que los moros se estuvieran »hoy en España, si vos mismo no fuérades á la con»quista de Granada. Carlos Rey de Francia quán en »breve allanó con su presencia todo lo de Nápoles? »su ausencia fue causa que se volviese á perder lo ga»nado. Los trabajos no son grandes á causa que á los »Reyes nunca falta el regalo y el servicio; y el aplau»so que todos les dan hace que se sientan menos las »incomodidades. Pues qué diré de los peligros del »mar? quándo vimos algun Rey ahogado? por cierto »muy raras veces; y si el Rey don Alonso quisiera »escusar aquella batalla naval con que nos espantan, »nadie le forzára á dalla. La mucha confianza de sí, »el desprecio de los enemigos fueron ocasion de aquel »desastre: del qual salió tan bien por el respeto que »á su persona se tuvo como á Rey, que fue casi el to»do para allanar sus contrarios. Que si todavia parece »duro que el Rey se halle en las batallas, y ponga á »riesgo su vida, por lo menos podrá ir á Sicilia, vi»sitará aquel su reyno, y dará asiento en sus cosas, y »con mas calor se acudirá como de tan cerca á la »guerra de Calabria y Pulla. Esto es lo que yo siento »en el caso presente: bien sé que mi parecer no agra»dará á todos; mas no son peores las medicinas que no »dan gusto al paladar." El voto del obispo, aunque libre, pareció á muchos muy acertado, aun á los mismos que deseaban lo contrario, y si no se conformaban con él, mas era por falta de voluntad que por no aproballe. Siguióse pues el del comendador mayor, que era mas á gusto de todos y mas recatado; en especial que se le arrimaron don Enrique Enriquez tio del Rey, don Alvaro de Portugal presidente del consejo real, Garci Lasso de la Vega, Antonio de Fonseca y Hernando de la Vega personas de grande autoridad y conocida prudencia. El mismo gran Ca-

pitan por sus cartas se conformaba con esto, y aun daba por muy cierta la victoria: seguridad que en los grandes capitanes no se suele tener por acertada. A la verdad las asonadas de guerra que por las fronteras de Francia se mostraban, no daban lugar á que la persona del Rey se ausentase.

CAPITULO XVI.

Que los españoles segunda vez presentaron la batalla á los franceses.

Al mismo tiempo que en Zaragoza se trataba de la jura de los príncipes archiduques, el partido de España iba muy de caida en Calabria. Acudió el virrey á Mecina, juntó la gente estrangera que pudo para socorrer á los suyos. De Roma don Hugo y don Juan de Cardona hermanos del conde de Golisano, dexado el cómodo que tenian muy honrado acerca del duque Valentin en la Romaña, á persuasion del embaxador Francisco de Rojas llevaron á la misma ciudad docientos y quarenta soldados, gente escogida. Luego que llegaron al puerto de Mecina, con su gente y la demas que pudieron recoger, pasaron el faro á tiempo que el conde de Melitó hermano del príncipe de Bisiñano, tomada Terranova, sitiaba el castillo y le tenia muy apretado. Don Hugo hizo marchar la gente ácia aquella parte, y desbaratado el conde que le salió al encuentro, hizo alzar el cerco, y aun los príncipes de Salerno y de Bisiñano que estaban sobre Cosencia, fueron forzados, dexado aquel cerco, por reparar el daño á baxar á la llanura de Terranova. Sucedió este encuentro quatro dias antes que Manuel de Benavides llegase con la gente que traia en quince naves, al puerto de Mecina. Entre

los demas capitanes vino Antonio de Leyva soldado muy bravo, y capitan muy prudente, y mas en lo de adelante: pasaron lo mas en breve que pudieron, á Calabria para juntarse con don Hugo y con los demas. Acordaron los príncipes, que se recogieron en Melito, que el conde con setecientos suizos y algunos caballos y gente de la tierra fuese á ponerse sobre Cosencia. Llegó á alojar á la Mota de Calamera que está tres millas de Rosano, do alojaba la mayor parte de los españoles, que amanecieron sobre aquel lugar, y como era flaco y abierto le entraron. De los contrarios unos fueron muertos, otros huyeron, algunos con el conde se retiraron al castillo. Y porque se tuvo nueva que el señor de Aubeni con todo su poder iba en socorro del conde, los españoles dieron la vuelta á Rosano. Por el mismo tiempo Fabricio de Gesualdo hijo del conde de Conza y yerno del príncipe de Melfi, que era frontero de Taranto, fue á correr la tierra de aquella ciudad. Salieron contra él Luis de Herrera y Pedro Navarro capitanes de la guarnicion en Taranto: esperaron en cierto paso á los contrarios, en que todos fueron presos ó muertos, que no escaparon sino tres; el mismo Fabricio quedó cautivo. En lo demas de la Pulla se hacía la guerra tanto con mayor calor que cada qual de las partes pretendia cobrar la aduana de los ganados, que es una de las mas gruesas rentas de aquel reyno. Los encuentros fueron diversos, que sería largo el relatallos por menudo; el daño de los naturales muy grande: españoles y franceses hacían presas en los ganados de la gente miserable. Por atajar estos daños, acordó el duque de Nemurs en Canosa, do estaba, de venir con todo su campo á romper una puente del rio Ofanto, distante quatro millas de Barleta. Parecíale que quitada aquella comodidad, los contra-

rios no podrian con tanta facilidad pasar á hacer correrías en la Pulla, en especial al tiempo que aquel rio con las lluvias coge mucha agua. Asi mismo el señor de Aubeni luego que entró en la Calabria fue sobre los contrarios que se hallaban en Terranova. El lugar era flaco y falto de bastimentos; acordaron dexalle, y por la sierra pasar á la Retromarina. Atajáronles los pasos los franceses: asi en aquellas fraguras hicieron huir de los españoles la gente de á pie, y de los caballos prendieron hasta cincuenta, parte hombres de armas, parte ginetes, los mas de la compañía de Antonio de Leyva que en aquella apretura peleó con mucho esfuerzo; los mas empero se retiraron á Girachi y otras fuerzas de aquella comarca. Con esta rota, que fue segundo dia de Navidad, ganó tanta reputacion el señor de Aubeni, que casi toda la Calabria se tuvo luego por él. Quatro dias adelante el de Nemurs, como lo tenia acordado, vino con su campo sobre la puente de Ofanto, y con la artillería abatió el arco de en medio junto con una torre que á la entrada de aquella puente quedó medio derribada desde que los dias pasados pasó otra vez por alli. Tuvo el gran Capitan aviso de la venida del duque de Nemurs. Hizo venir la gente que tenia en Andria, que era buen golpe. Tardaron algun tanto, pero en fin pudo salir á tiempo que descubrió los contrarios; mas ellos no quisieron aguardar, antes volvieron por el camino que eran idos. Envió el gran Capitan á decir al duque con un trompeta que ya él iba, que le aguardase: respondió que quando Gonzalo Fernandez estuviese tan cerca de Canosa como él llegó de Barleta, le daba la palabra de salir á dalle la batalla. A este mismo tiempo por la via de Alicante llegó á Madrid, do los Reyes se hallaban, el duque de Calabria, y maguer que iba

preso, el tratamiento y recibimiento que se le hizo, fue como á hijo de Rey. Por otra parte el duque Valentin hacía la guerra en la Romaña con grande pujanza, ca el primer dia de enero del año de mil y 1503.
quinientos y tres se le entregó Senagalla, que era del hijo del prefecto sobrino del cardenal Julian de la Ruvere. Sobre seguro prendió alli á Francisco Ursino duque de Gravina que se fue á ver con él, junto con Pablo Ursino, Vitelocio y Oliveroto de Fermo. El Papa avisado desto al tanto hizo luego en Roma prender al cardenal Ursino. Todo se enderezaba á exemplo de los coloneses, que andaban desterrados y pobres por la violencia del Papa, á destruir asi mismo la casa de los Ursinos y apoderarse de sus estados, sin embargo que poco antes hiciera una estrecha confederacion con ellos. Poco despues cobró él mismo á Perosa y Civita Castelli, y aun pretendia apoderarse de las repúblicas de Sena, Luca y Pisa. Solo enfrenaba esta su codicia demasiada el temor del Rey de Francia, que tenia estas ciudades debaxo de su proteccion; con que podia desde Francia enviar sus gentes hasta Nápoles como por su casa sin que nadie le pusiese impedimento, dado que la guerra entre Florencia y Pisa se continuaba, y los pisanos por valerse del Rey cathólico pretendian poco antes deste tiempo ponerse debaxo de su amparo. No quiso él por entonces tratar dello por respetos que tuvo; quando quiso volver á la plática, era pasada la coyuntura. De Portugal dos primos Alonso y Francisco de Alburquerque con cada tres naves partieron para la india Oriental.

CAPITULO XVII.

Que el señor de la Paliza fue preso.

El gran Capitan en Barleta do tenia sus gentes se hallaba en grande aprieto, y era combatido de contrarios pensamientos. Por una parte no queria salir al campo hasta tanto que asegurase su partido con la venida de los alemanes y el socorro que de España venia, que aguardaba por horas. Por otra parte la falta de bastimentos le ponia en necesidad de desalojar el campo, y ir en busca del enemigo, que tenia su gente repartida en Monorbino donde el general estaba, y Canosa y Ciriñola, pueblos mas proveidos de mantenimientos. En esta perplexidad siguió el camino de en medio, que fue enviar diversas compañías y esquadrones á correr la comarca: traza muy á propósito para juntamente conservar la reputacion, exercitar su gente y entretenerse con las presas. Con esta resolucion á quince de enero salió de Barleta. Envió delante al comendador Mendoza con trecientos ginetes para que corriesen la tierra hasta Labelo, distante veinte y cinco millas de alli, y que alcanzaba buena parte de la aduana: él con la demas gente se puso á quatro millas de Monorbino para hacer rostro si los franceses saliesen contra los suyos. Arrancaron los corredores en aquella salida mas de quarenta mil ovejas. Salieron de la Ciriñola docientos hombres de armas, y otros tantos archeros para juntarse con otros tantos que alojaban en Canosa, y ir juntos á quitalles la presa. La gente del gran Capitan los quiso atajar, pero con mal orden, que fue causa que se pudiesen entrar en Canosa aunque con pérdida de alguna gente. No salió el de Nemurs, y asi los nuestros se pudieron recoger con la presa que

llevaban. Quatro dias despues por aviso que tuvieron que el señor de la Paliza salia con quinientos caballos á correr lo de Barleta, salieron el gran Capitan y don Diego de Mendoza á ponerse en dos pasos por donde los franceses forzosamente habian de pasar. Cayó el de la Paliza con su caballo al salir, que fue causa de quedarse con la mas gente; solo fue un su teniente por nombre Mota con setenta parte hombres de armas, parte archeros á hacer la correría: cayeron en la celada, y de todos no se salvaron sino dos que no fuesen muertos ó presos. Entre los demas quedó en poder de don Diego de Mendoza Mota teniente del capitan: este en pláticas que tenia, se adelantó á decir mal de la nacion italiana. Volvia Iñigo Lopez de Ayala por los italianos, y defendíalos con buenas razones: el Frances con el calor y porfia se arrojó á decir que si diez italianos quisiesen hacer armas con otros tantos franceses, que él sería uno dellos, y les probaria ser verdad lo que decia. Llegó esta plática á orejas de los italianos que estaban alli en servicio de España: quexáronse al gran Capitan, y pidieron licencia para volver por su nacion. El se la dió de buena gana. Hobo demandas y respuestas sobre asegurar el campo, y sobre el número de combatientes: en fin señalaron el campo entre Andria y Quarata; juntamente acordaron que de cada parte peleasen trece. Salieron á los trece de febrero los unos y los otros, y el gran Capitan por lo que pudiese suceder, se puso con toda su gente cerca de Andria. Los jueces señalaron los puestos á los unos y á los otros. Hacía grande viento y ayudaba á los italianos. Pidieron los franceses que el viento se dividiese; no se acordaron los jueces en esto. Encontráronse con las lanzas, y dado que casi á todos los franceses se les cayeron por el gran viento, nin-

gun caballo fue muerto, ni caballero derribado. Vinieron á los estoques y hachas, en que los italianos se aventajaron tanto que en espacio de una hora á los franceses todos echaron del campo y los rindieron: quedó uno dellos muerto, y otro muy mal herido; de los italianos uno solo quedó herido ligeramente. Con esta victoria entraron aquellos caballeros aquella noche en Barleta, los doce prisioneros delante. Fue grande el contento de todos, y mas del gran Capitan, que para mas honrallos los hizo cenar consigo. A la misma sazon salieron de Taranto Luis de Herrera y Pedro Navarro con su gente: tomaron por trato á Castellaneta y otros muchos lugares por aquella comarca. Ofrecíase otra empresa de mayor importancia. Alojaban el señor de la Paliza que se llamaba virrey del Abruzo, y el lugarteniente del duque de Saboya en un pueblo que se llama Rubo, diez y ocho millas distante de Barleta: tenia pasados de quinientos soldados entre hombres de armas y archeros. Deseaba el gran Capitan dar sobre ellos. Tuvo aviso que el duque de Nemurs iba á recobrar á Castellaneta, y que con el príncipe de Melfi quedaba en Canosa la fuerza del exército frances, y que de nuevo otros ciento y cincuenta soldados eran idos á Rubo por asegurar mas aquella plaza. Con este aviso un miércoles á veinte y dos de febrero salió al anochecer el gran Capitan con mil caballos y tres mil infantes y algunas piezas de artillería. Con esta gente y aparato amaneció sobre Rubo. Asestaron la artillería. Los soldados antes que el muro estuviese abatido del todo, sin orden acometieron con deseo de tomar el pueblo á escala vista. Fueron por los de dentro rebatidos, y retiráronse, aunque sin daño. Prosiguieron la batería y derribada buena parte del muro, tornaron los de España á acometer. Los de

dentro se defendian muy bien; y el combate fue muy sangriento; mas en fin los de España entraron por fuerza. Murieron docientos franceses, y quedaron heridos otros muchos. El señor de la Paliza con una herida en la cabeza, al salir del lugar, ca pretendia salvarse, fue preso. El teniente del duque de Saboya se retiró al castillo para defenderse hasta que llegase el socorro; pero como se plantase la artillería para batille, se rindió á merced. Fueron asi mismo presas otras personas de cuenta que hacían grande falta en el campo frances. De los vencedores murieron pocos: don Diego de Mendoza á la entrada fue herido en la cabeza con una piedra que le sacó de sentido; pero todo el daño quedó en el almete. Con esta victoria y con el saco se retiraron luego los nuestros porque no cargase la gente francesa que no estaba lexos, mayormente que el de Nemurs, avisado que fue de la resolucion del gran Capitan, sin tomar á Castellaneta dió la vuelta para juntarse con el príncipe de Melfi y acorrer á Rubo. Su venida fue tarde, por donde ni en lo uno ni en lo otro hizo algun efecto; y desde este tiempo sus cosas comenzaron á ir de caida, en especial que un Perijuan caballero de San Juan, provenzal de nacion, el qual con quatro galeras y dos fustas era venido de Rhodas en favor de franceses, y impedia á los nuestros las vituallas, y aun tomaba los baxeles que andaban desmandados por aquellas riberas de la Pulla, fue desarmado por los nuestros. Lezcano cabo de quatro galeras que andaban por aquellas costas de Pulla, hombre diestro en el mar, las reforzó de remeros y puso en ellas quinientos soldados para acometer al enemigo. Fue en su busca la vuelta de Brindez: él aunque tenia mas número de baxeles, no se atrevió á pelear, metióse en el puerto de Otranto fiado en

el amparo de venecianos. Lezcano no se curó desto; tomó primero una nao y una carabela que halló fuera del puerto con otros baxeles: con esto fue tanto el miedo de Perijuan, que, sin aventurar á defenderse, de noche sacó la gente y la ropa que pudo, y echó á fondo las galeras y fustas con la artillería porque dellas no se aprovechasen los enemigos. El almirante Vilamarin se tenia en el puerto de Mecina con algunas galeras para asegurar aquella costa y acudir á la parte que fuese necesario. Para reforzarse aguardaba la venida de Luis Portocarrero. Por otra parte pretendia el gran Capitan viniese á surgir en algun puerto de la Pulla, porque no se detuviese en lo de Calabria, como lo hizo Manuel de Benavides contra el orden que él tenia dado, es á saber que fuese á juntarse con él. Este mismo orden se dió á Luis de Herrera y Pedro Navarro que guardaban á Taranto, y á Lezcano (que desarmado el contrario, luego desembarcó los quinientos soldados) y al obispo de Mazara que estaba en Galipoli, que con sus gentes acudiesen á Barleta: todo á propósito de rehacerse de fuerzas para dar la batalla de poder á poder á los franceses, y de una vez concluir con aquella guerra.

CAPITULO XVIII.

Que el marques del Vasto se declaró por España.

El mismo cuidado de rehacerse de fuerzas tenia el duque de Nemurs en Canosa, tanto mas que los españoles en diversos encuentros le mataban mucha de su gente, ca en San Juan Redondo el capitan Arriaran que se tenia en Manfredonia, pasó á cuchillo docientos franceses; Luis de Herrera y Pedro Navarro cerca de las Grutallas mataron otros docientos, y

prendieron cincuenta que les tenian tomado un paso al salir de Tarantó, segun que les fuera ordenado. Mas adelante estos dos capitanes y Lezcano entre Conversano y Casamáxima desbarataron y prendieron al marques de Bitonto, el qual con obra de quinientos hombres de á pie y de á caballo se iba á juntar con el duque de Nemurs: murieron en la refriega entre otros muchos Juan Antonio Aquaviva tio del marques, y un hijo suyo. Lo mismo sucedió al capitan Oliva, que se encontró con una compañía de franceses y los desbarató con muerte de treinta dellos. Don Diego de Mendoza dió sobre cincuenta caballos y setenta de á pie que salieron de Viseli contra los forrageros del campo español en cuya guarda él iba. Los caballos se retiraron á Viseli, los de á pie á una torre en que fueron combatidos y muertos. Movido destos y otros semejantes daños el duque de Nemurs envió á avisar al señor de Aubeni y á los príncipes de Salerno y Bisiñano que dexado el mejor órden que pudiesen en Calabria, se viniesen á juntar con él para dar la batalla á los contrarios: no obedecieron ellos por entonces á este orden por causas que para ello alegaron. El gran Capitan tenia el mismo deseo de venir á las manos, y los unos y los otros eran forzados á aventurarse por la gran falta de bastimentos que padecian; y retirarse de los alojamientos en que estaban, fuera perder reputacion, que temian que la tierra se les rebelase. Verdad es que una nave de venecianos á esta sazon llegó á Trana cargada de trigo que vino á poder de los nuestros, y otras cinco en dos veces arribaron de Sicilia con seis mil salmas de trigo: ayuda con que el gran Capitan se pudo entretener algun tiempo junto con las presas que de ordinario de ganados se hacian. Traía de dias atrás sus inteligencias con las ciudades del Abruzo, y en parti-

cular con la ciudad del Aguila: por otra parte Cápua, Castelamar, Aversa y Salerno se le ofrecian; acordó con todas que luego que saliese en campaña, se levantarian por España. Recibió á concierto al conde de Muro, dado que fue el primero á alzarse por los franceses en Basilicata do tenia su estado. El de Salerno trató de pasar á la parte de España, y aun ofrecia de casar con hija del gran Capitan. Poco se podia fiar de su constancia, ni de la del príncipe de Melfi, que al tanto daba muestra de querer reducirse. La cosa de mas importancia que en este propósito se hizo, fue que don Iñigo Dávalos se declaró del todo por el Rey cathólico con la isla de Iscla en que se entreténia á la sazon. Era el origen deste caballero de España, ca don Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos, gran Camarlengo del reyno de Nápoles, casó con Antonela de Aquino hija heredera de Bernardo Gaspar de Aquino marques de Pescara. Deste matrimonio nació don Alonso Dávalos marques de Pescara, al que mató sobre seguro un negro en un fuerte de Nápoles, y dexó un hijo niño que se llamó don Fernando. Nació asi mismo don Iñigo, á quien el Rey don Fadrique hizo marques del Vasto, y le dió por toda su vida el gobierno de la isla de Iscla con la tenencia de la fortaleza, rentas de la isla y minas de los alumbres. Hermana destos dos caballeros fue doña Costanza Dávalos condesa de la Cerra, y despues duquesa de Francavila. Tuvieron asi mismo otro hermano que se llamó don Martin y fue conde de Montedorosi, sin otros dos que se nombraron en otro lugar. Concertó el gran Capitan que se le daria al marques todo lo que antes tenia, y de nuevo se le hizo merced de la isla de Prochita, demas de una conducta que le ofrecieron de cien lanzas, y docientos caballos ligeros, y á su sobrino

se concedió el marquesado de Pescara, y el oficio de gran Camarlengo; ademas que si los españoles fuesen echados de aquel reyno, se les prometia recompensa de sus estados en España, condiciones todas muy aventajadas. Gastóse algunos meses en concedellas, y por esto tardó tanto el marques en declararse, como en lo demas fuese muy español de aficion y muy averso de Francia. Hijo deste marques fue don Alonso, muy valeroso capitan los años adelante, y que heredó el marquesado de Pescara por muerte de su primo don Fernando que no dexó hijo alguno. Nieto del mismo fue don Fernando Dávalos marques de Pescara, al qual los años pasados vimos virrey de Sicilia casado con hermana del duque de Mántua. Alzó el marques en Iscla las banderas por España el mismo dia de Pascua de Resurreccion. Por el mismo tiempo que el marques se pasó á la parte del Rey cathólico, el comendador Aguilera desembarcó en Cotron con trecientos soldados, que envió últimamente desde Roma el embaxador de socorro. El comendador Gomez de Solís al tanto socorrió el castillo de Cosencia, y entró por fuerza la ciudad: echó al conde de Melito que alli estaba con quatro tanta gente que la que él llevaba. Sobre los prisioneros que se tomaron en Rubo, hobo duda; y entre franceses y españoles anduvieron demandas y respuestas. Tenian concertado que se hiciesen guerra cortés, y para esto entre otras cosas acordaron que los prisioneros de á caballo perdiesen armas y caballo, y se rescatasen por el quartel del sueldo que ganaban. Prendieron los franceses los dias pasados en cierto encuentro á Theodoro Bocalo capitan de albaneses, y á Diego de Vera que tenia cargo de la artillería, y á Escalada capitan de infantería española con otros hasta en número de treinta. Soltaron á los

demas conforme á lo concertado: detuvieron los tres con color que eran capitanes, y que no se comprehendian en el concierto, ni era justo que pasasen por el orden que los otros. Sin embargo al presente hacían instancia que los prisioneros de Rubo se rescatasen conforme á lo que de los demas tenian asentado, sin mirar que eran los mas gente muy principal y muchos capitanes. Avisaron al gran Capitan que aquella ley guardada en la milicia neapolitana quanto á los prisioneros de á caballo, que se rescatasen por el quartel de su sueldo, no se estendia á los que en batalla campal eran presos, ó en lugar que se tomase por fuerza de armas. Consultóse el caso con soldados y caballeros ancianos de la tierra, y como quier que todos conformasen en este parecer, conforme á él se respondió á los franceses, y los prisioneros quedaron para rescatarse cada qual segun su posibilidad y como se concertasen con los que los rindieron y los tenian en su poder. El principal intento fue entretenellos para que no pudiesen servir al duque de Nemurs en la batalla, que segun el término en que las cosas se hallaban, se entendia no se podia escusar.

CAPITULO XIX.

De las paces que el archiduque asentó con Francia.

Al tiempo que el archiduque partió de Madrid, hizo grande instancia con el Rey su suegro para que le declarase su determinada voluntad en lo que tocaba á tomar algun medio de paz con Francia, y que le diese comision para tratar della, caso que el Rey de Francia viniese en lo que era razon. Rehusó el Rey cathólico de hacer esto al principio, sea por no fiarse del todo de su yerno, y menos de los que

tenia á su lado que eran tenidos por muy franceses. ó por no desanimar á los que se tenian de su parte en Italia, si se entendiese que el archiduque por su orden y con su beneplácito pasaba por Francia. Sin embargo la instancia fue tal que finalmente le dió la comision con una instruccion muy limitada que prometió de no exceder en manera alguna, y aun despues con fray Bernardo Boyl abad de San Miguel de Cuxa le envió el poder para concluir con nueva instruccion. Dióle orden que no diese parte á nadie que llevaba aquel poder, sino solo al archiduque debaxo de juramento que lo tendria secreto; y que si no se guardase la instruccion, no diese el poder hasta dar aviso de todo lo que pasaba. Llegó el archiduque á Leon por el mes de marzo en sazon que la guerra se hacía en la Pulla y Calabria con el calor que queda mostrado, y en Alcalá de Henares la princesa parió un hijo que se llamó don Fernando á los diez de aquel mes: bautizóle el arzobispo de Toledo, fueron padrinos el duque de Najara y el marques de Villena. Estaba en Leon el legado del Papa el cardenal de Ruan y el mismo Rey. Comenzóse á tratar del negocio, pero muy diferente de la instruccion que llevaban de España. El abad avisó al archiduque que no se debia pasar adelante sin avisar primero á su Rey. No dieron lugar á ello, ni comodidad de despachar un correo como lo pedia; antes le pusieron tales temores que le convino entregar el poder que tenia; y aun al príncipe estrecharon tanto sobre el caso que buenamente no se pudo escusar por estar en poder del Rey de Francia, y porque los de su consejo eran de parecer que concluyese sin tener cuenta con la instruccion que llevaba: creyóse que los franceses con dinero que les dieron, los cohecharon y ganaron. La suma desta concordia fue que se tomasen uno de dos medios, ó que el Rey ca-

thólico renunciase la parte que le pertenecia del reyno de Nápoles en su nieto don Carlos, y el de Francia la suya en su hija Claudia que tenia concertados: que entretanto que los dos no se casaban, la parte del Rey cathólico se pusiese en tercería en poder del archiduque y de los que él nombrase, y la otra quedase en poder de franceses; ó que el cathólico tuviese su parte, y el de Francia la suya, y la Capitinata sobre que contendian, se pusiese en tercería. Eran estos medios muy fuera de propósito, pues por el primero los franceses se quedaban con su parte, y quitaban al Rey cathólico la suya, pues le forzaban á sacar los españoles de aquel reyno; y por el segundo se quedaban las cosas en la misma reyerta que antes. Esto se trataba en sazon que el Rey cathólico era vuelto á Zaragoza para dar conclusion en las cortes que alli se continuaban. En ellas al principio del mes de abril en presencia suya fue acordado que Aragon sirviese para aquella guerra por tres años con docientos hombres de armas, y trecientos ginetes á sus expensas, con tal que los capitanes y gente fuesen naturales del reyno. Pusiéronse en breve en orden, y fue acordado que marchasen la via de Ruysellon, por asonadas de guerra que de Francia se mostraban, para defender aquella frontera si intentasen de romper los franceses por aquella parte como se temia á causa que el mariscal de Bretaña capitan general de Francia, y el señor de Dunoes y el gran Escuyer se acercaban á Carcasona con los pensionarios del Rey; y otras muchas gentes se esperaban alli de diversas partes. Por esto el Rey proveyó que su gente se acercase á Figueras, y don Sancho de Castilla capitan general de Ruysellon apercebia todas aquellas plazas para que no le hallasen descuidado. El mismo Rey acordó acercarse á aquellas fronteras. Llegó á Poblete quando por una

del abad fray Boyl tuvo aviso de la premia que al príncipe se hacía, para que asentase la concordia contra el orden que llevaba. Respondióle el Rey lo que debia hacer. Todo no prestó nada, que las paces se publicaron y el archiduque despachó á Juan Edin su aposentador mayor, y el Rey de Francia un Eduardo Bulloto ayuda de cámara para que cada qual por su parte avisasen al gran Capitan y al de Nemurs como quedaban las paces concluidas, y que por tanto sobreseyesen, y no se pasase mas adelante en la guerra. Con tanto el archiduque se partió de Leon la via de Saboya para verse con su hermana madama Margarita con quien y con aquel duque tuvo las fiestas de Pascua. Apresuraron Juan Edin y Eduardo su camino por Roma publicando que las paces eran hechas. Llegaron á Barleta en sazon que los dos generales se aprestaban á toda furia para venir á las manos, en especial el gran Capitan despues que dos mil y quinientos alemanes que se embarcaron en Trieste, y sin contraste pasaron por el golfo de Venecia, á los diez de abril aportaron á Manfredonia: socorro que esperaba con grande deseo. Dióle Juan Edin la carta que le llevaba del archiduque, en que le encargaba y mandaba de parte del Rey que sobreseyese él y todos los demas en todo auto de guerra porque esto era lo que convenia. Estaba el gran Capitan prevenido por cartas de su Rey en que le avisaba de la ida del archiduque por Francia, y porque della podria resultar que se hiciese algun asiento de paz ó tregua, le ordenaba que puesto que el archiduque le escribiese alguna cosa en este propósito, no hiciese lo que le ordenase sin su especial mandato: así respondió que no se podia cumplir aquel orden sin que primero el Rey su señor fuese informado del estado en que las cosas de aquel reyno se hallaban: que los franceses rompieron la guerra á tuerto, y que

al presente que tenian perdido el juego, no podia ni debia aceptar semejante paz: que él sabía bien lo que debia hacer, y en persona iría á dar la respuesta al duque de Nemurs. Como lo dixo asi lo cumplió. El Rey cathólico asi mismo no quiso venir en esta concordia, si bien para cumplir con todos tornó á mover la plática de restituir el reyno al Rey don Fadrique; mas el Frances no quiso oir al embaxador que para este efecto le enviaron, antes le despidió afrentosamente por el sentimiento que tenia grande de que la concordia no se guardase.

CAPITULO XX.

Que el señor de Aubeni fue vencido y preso.

Con la armada que se aprestó en Cartagena, partió Luis Portocarrero mediado febrero. La navegacion conforme al tiempo fue trabajosa en el golfo de Leon, y despues en el parage de la costa de Palermo tuvieron dos tormentas muy bravas. Llegaron en veinte dias al puerto de Mecina con la armada entera y junta, dado que hombres y caballos padecieron mucho. Tratóse alli á qué parte del reyno irian á desembarcar: algunos eran de parecer que conforme á los avisos del gran Capitan pasasen á la costa de la Pulla para juntarse con la masa del exército español; á Luis Portocarrero pareció que la navegacion era muy larga para gente que venia cansada y maltratada del mar. Pasó á Rijoles con su armada con intento de hacer la guerra por la Calabria conforme al orden que traía de España. El señor de Aubeni despues de la rota que dió á Manuel de Benavides y á don Hugo de Cardona, tenia sus alojamientos en la Mota Bubalina con esperanza de tomar por hambre á Girachi que está distante tres leguas, y buena parte de los

vencidos despues de la rota se recogió á aquella plaza. Era ido el príncipe de Bisiñano á su estado, y el de Salerno y conde de Melito se partieron para Nápoles. Determinó Portocarrero de salir en campaña, y con este intento hizo alarde de su gente en Rijoles, quando le sobrevino una fiebre mortal. Antes que falleciese fue avisado que algunos capitanes de cuenta se entraron en Terranova, lugar que con otros muchos desampararon los franceses luego que supieron que la armada era llegada. Supo mas que el de Aubeni, sabida la enfermedad, acudió á ponerse sobre ellos, y los tenia muy apretados por ser aquel lugar flaco. Con este aviso Luis Portocarrero nombró en su lugar á don Fernando de Andrada para que con la gente de á pie y de á caballo fuese á socorrer á los cercados, y al almirante Vilamarin dió orden que enviase sus galeras delante Ioya para desmentir á los franceses, que entendiesen iba el socorro por mar y por tierra. Apresuráronse los españoles porque tenian entendido que los de Terranova padecian gran falta de bastimento. Llegaron á Semenara: tuvo el de Aubeni noticia del socorro que iba, alzóse del Burgo de Terranova do alojaba, y pasóse á los Casales. Don Fernando contento de haber socorrido á los cercados, se detuvo en Semenara: alli le acudieron otras compañías de gente, en particular Manuel de Benavides, Antonio de Leyva, Gonzalo Dávalos, don Hugo y don Juan de Cardona, cada qual con su gente, con que se formó un buen exército bastante para romper al enemigo al tiempo del retirarse la via de Melito. Deste parecer era don Hugo; que le acometiesen, pues todas las veces que se reconoce notable ventaja, los prudentes capitanes se deben aprovechar de la ocasion, que si la dexan pasar, pocas veces vuelve; mas don Fernando se escusó con el orden que llevaba

de no dar en manera alguna la batalla. Falleció finalmente Portocarrero: su cuerpo depositaron en la iglesia mayor de Mecina enfrente de la sepultura de don Alonso el Segundo Rey de Nápoles. Por su muerte resultó alguna diferencia entre los capitanes sobre quién debia ser general: acordaron de remitirse al virrey de Sicilia, el qual se conformó con la voluntad del difunto y tornó á nombrar á don Fernando de Andrada. Sintiéronse desto y agraviáronse don Hugo y don Juan de Cardona, que un caballero mozo y de poca esperiencia fuese antepuesto á los que en nobleza no le reconocian ventaja, y en las cosas de la guerra se la hacían muy conocida; pero no por eso dexaron de acudir con los demas, ca venció el deseo de servir á su Rey, y hacer lo que debian, al sentimiento y pundonor. Tenia toda la gente española mucho deseo de venir á las manos: las estancias muy cerca de las de los contrarios. El de Aubeni mostraba no menor voluntad de querer la batalla, y envió un trompeta á requerilla. Los españoles la rehusaban por el orden que tenian. Cobró avilenteza con esto; y por entender que nuestros soldados estaban descontentos, porque no les pagaban. Salió de Rosano y Ioya para acercarse á los contrarios, tanto que se adelantó á dar vista á Semenara: pasó el rio, y entró por la vega adelante, que fue grande befa. Habian estado los gallegos poco antes amotinados porque no les pagaban. Podíase temer algun desman: el virrey de Sicilia con algun dinero, y los capitanes con las joyas y plata que vendieron, los aplacaron en breve. Los franceses eran trecientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros, y mil y quinientos infantes y mas de tres mil villanos. Los españoles con buen orden salieron de Semenara en número ochocientos caballos, y cerca de quatro mil peones. Retiróse el de Aubeni á Ioya sin atre-

verse á esperar la batalla. Siguiéronle los contrarios con intento de combatir el lugar. Pasaron algunas cosas de menor cuenta hasta que un viernes de mañana á veinte y uno de abril los unos y los otros, como si la batalla estuviera aplazada, sacaron sus gentes al campo. El de Aubeni animaba á los suyos, traíales á la memoria la victoria que los años pasados ganáran en aquel mismo lugar y puesto del Rey don Fernando de Nápoles y del gran Capitan: «Si contra exército »tan pujante, y capitanes los mas valerosos de Italia, »salistes con la victoria, y distes muestra de la ven»taja que hacen los franceses á las demas naciones; »será razon que contra unos pocos y mal avenidos »soldados perdais el ánimo? perdais el prez y gloria »que poco ha ganastes? no lo permitirá Dios, ni »vuestros corazones tal sufrirán: morir sí, pero no »volver atrás: acordaos de vuestra nobleza; del nom»bre y gloria de Francia." Esto decia el de Aubeni. Adelantábanse los campos por aquella llanura al son de sus atambores y trompetas. Cada parte pretendia aventajarse en tomar el sol. Pasaron los de España con este intento el rio un poco mas arriba. Antojóseles á los franceses que se retiraban. Arremetieron con poco orden, y con menos dispararon el artillería antes que la contraria, que no hizo daño alguno, ni desbarató la ordenanza que los de España llevaban; los quales á la mano izquierda pusieron la infantería, á la derecha los ginetes, en medio los hombres de armas. Rompieron los caballos con tanto denuedo en los contrarios que casi no quedó hombre dellos á caballo: con esto el segundo esquadron de los enemigos en que iba la gente de á pie, sin aventurarse se puso luego en huida; siguieron los españoles el alcance hasta las puertas de Ioya, do la mayor parte de los vencidos se retiraron. Fueron presos casi todos los capitanes de

los franceses, y dentro de Joya se rindieron Honorato y Alonso de Sanseverino, el primero hermano, y el segundo primo del príncipe de Bisiñano: al de Aubeni en la Roca de Angito, donde se retiró, apretaron de manera que se rindió al tanto por prisionero. Con esta victoria, que fue una de las mas señaladas que se ganaron en toda aquella guerra, toda la Calabria en un momento quedó llana por España.

CAPITULO XXI.

De la gran batalla de la Cirinola.

Hallábase el gran Capitan en tal aprieto por falta de vituallas que no tenia provision para mas que tres dias, ni orden para proveerse y traellas de otra parte: temia no se rebelasen los lugares de aquella comarca forzados de la hambre que todos padecian igualmente. Acordó de salir á buscar al enemigo, y en primer lugar enderezarse contra la Cirinola pueblo muy flaco, pero que tenia en el castillo bastante número de soldados, y alojado á seis millas todo el campo frances, por donde sería forzoso venir á las manos. Antes de partir socorrió á los hombres de armas con cada dos ducados, y á los infantes con cada medio: los soldados estaban muy animados, y no hacian instancia por ser pagados. El primer dia por baxo de la famosa Cannas á la ribera del rio Ofanto se fueron á poner á tres millas del campo frances. El dia siguiente prosiguieron su viage la vuelta de la Cirinola muy en orden por tener los enemigos tan cerca. Fabricio Colona y Luis de Herrera iban con los corredores que eran hasta mil caballos ligeros: la avanguardia se dió á don Diego de Mendoza con dos mil infantes españoles; con los alemanes y algunos hombres de armas y caballos ligeros quedó el gran Capitan en la reta-

guardia para hacer rostro á los contrarios, si los quisiesen seguir. La tierra era muy seca, el dia muy caluroso, la jornada larga; fatigóse tanto la gente que murieron de sed algunos hombres de armas y peones de los alemanes y españoles. Tuvieron los franceses aviso desta incomodidad: acordaron aprovecharse de la ocasion, y sacar la gente de su fuerte en que se tenian muy pertrechados, á dar la batalla. Eran los franceses quinientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros y quatro mil suizos y gascones repartidos en esta forma. El príncipe de Salerno llevaba en la avanguardia docientos hombres de armas y dos mil infantes: la retaguardia se dió al príncipe de Melfi con una compañía de hombres de armas, mil villanos y algunos gascones; con lo demas en la batalla iba el duque de Nemurs. Los de España se aventajaban en la infantería, si no fuera tan fatigada: los contrarios se señalaban en la caballería, que la tenian muy buena y muy lucida. Con este orden comenzaron los franceses á picar en nuestra retaguardia. Parecia cosa imposible llegar los de España á la Cirinola, do tenian fortificados sus reales, sin perder el carruage, y aun mucha parte de la infantería, que quedaban tendidos por el suelo por la sed y calor grande. En este aprieto el gran Capitan no perdió el ánimo; antes hizo que los de á caballo tomasen en las ancas los peones que tenian necesidad, y él mismo hacía lo que ordenaba á los otros, y daba con su mano de beber á los que padecian mas sed. Con este orden llegaron al fin á sus estancias sin que se recibiese algun daño dos horas antes que se pusiese el sol. En esto asomó la caballería enemiga. Los de España sin dificultad dentro de sus trincheas se pusieron en ordenanza; el miedo muchas veces puede mas que el trabajo. Entonces el gran Capitan comenzó á animar á los suyos con estas razo-

nes: «La honra y prez de la milicia, señores y sol-
»dados, con vencer á los enemigos se gana. Ninguna
»victoria señalada se puede ganar sin algun afan y pe-
»ligro. Los que estais acostumbrados á tantos trabajos,
»no debeis desmayar en este dia, que es en el que
»habeis de coger el fruto de todo el tiempo pasado.
»La causa que defendemos, es tan justificada, que
»quando nos hicieran ventaja en la gente, se pudiera
»esperar muy cierta la victoria, quanto mas que en
»todo nos adelantamos, y mas en el esfuerzo de vues-
»tros corazones acostumbrados á vencer: la gana que
»mostrábades de venir á las manos y el talante será
»razon que en tal ocasion la perdais? Este dia si sois
»los que debeis y soleis, dará fin á todos nuestros afa-
»nes." Tras esto se comenzó la batalla. El de Nemurs por ser tan tarde quisiera dexalla para el otro dia; el señor de Alegre hizo instancia que no se dilatase, ca tenia por cierta la victoria. De cada parte habia trece piezas de artillería, los franceses jugaron la suya primero sin hacer algun daño en nuestros esquadrones; la española, que como de lugar mas alto sojuzgaba á los contrarios, hizo en ellos grande estrago. No pudo tirar sino una vez por causa que un italiano pensando que los españoles eran vencidos, puso fuego á dos carros de pólvora que llevaban. La turbacion de la gente fue grande, y la llama se esparció tanto que se entendió eran todos perdidos. Estuvo el gran Capitan sobre sí en este trance, que dixo á los que con él estaban con rostro alegre: «Buen anuncio amigos, que »estas son las luminarias de la victoria que tenemos »en las manos." Por el daño que nuestra artillería hizo, el duque de Nemurs quiso luego trabar la pelea: arremetió con ochocientos hombres de armas contra los que estaban en ordenanza, la infantería por frente y los hombres de armas por los costados. Tenian el

race y la cava delante, reparo que los franceses no advirtieron; por donde les fue forzoso sin romper lanza dar el lado para volver á enristrar. Entonces los arcabuces alemanes que cerca se hallaron, descargaron de tal manera sobre los contrarios, que hicieron grande estrago en aquel esquadron. Seguiase tras los hombres de armas el señor de Chandea coronel de suizos y gascones con su infantería. Contra estos salieron los españoles, y les dieron tal carga que al punto desmayaron. Adelantáronse los príncipes de Salerno y Melfi que venian este dia en la retaguardia: recibióles el gran Capitan con su esquadron como convenia. Finalmente los de España por todas partes cargaron de tal suerte que los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida. Siguiéronlos los vencedores hiriendo y matando hasta meter los franceses por sus reales, que tenian seis millas distantes, y fueron con el mismo ímpetu entrados y ganadas las tiendas con la cena que aparejada hallaron, y era bien menester para los que aquel dia tanto trabajaron y tenian tanta falta de vituallas. El despojo y riquezas que se hallaron, fue grande. Dióse esta batalla, de las mas nombradas que jamás hobo en Italia, un viernes á veinte y ocho de abril. Murió en ella á la primera arremetida el duque de Nemurs general, cuyo cuerpo mandó el gran Capitan sepultar con toda solemnidad en Barleta en la iglesia de San Francisco: murieron otrosí el señor de Chandea, el conde de Morcon, y casi todos los capitanes de los suizos; los príncipes de Salerno y Melfi y marques de Lochito salieron heridos. Perdieron toda la artillería y casi todas las banderas. Muy mayor fuera el daño, si la noche que sobrevino y cerró, con su escuridad no impidiera la matanza. Reposaron los vencedores aquella noche: el dia siguiente se entregó Cirinola, y to-

dos los que en el pueblo tenian de guarnicion, se rindieron á merced; lo mismo hicieron trecientos que de los vencidos se recogieron al castillo. Canosa asi mismo alzó banderas por España. Los que en esta batalla se señalaron, fueron los españoles, ca los alemanes fuera de la rociada que dieron á los hombres de armas franceses, no pusieron las manos en lo demas. Entre todos ganaron grande honra, de los italianos el duque de Termens, de los españoles don Diego de Mendoza, de quien dixo el gran Capitan que aquel dia obró como nieto de sus abuelos. Mandaron enterrar los muertos. Hallóse que de la parte de Francia murieron tres mil y setecientos, y de los españoles no faltaron sino nueve en la pelea, y ninguna persona de cuenta. Verdad es que en el camino muchos de los del campo español murieron de sed; y aun mil y quinientos no se pudieron sacar del agua que hallaron en ciertos pozos, ni fueron de provecho alguno aquel dia: por lo qual la batalla fue muy dudosa, y la victoria por el mismo caso mas alegre y mas señalada, y de mayor gloria para los vencedores.

LIBRO VIGÉSIMOOCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Que la ciudad de Nápoles se rindió al gran Capitan.

Despues que los españoles ganaron la batalla de la Cirinola, casi todo lo demas de aquel reyno se les allanó con facilidad. El gran Capitan no se descuidaba con la victoria como el que sabia muy bien que la grande prosperidad hace á los hombres afloxar, por donde suele ser víspera de algun desastre, y que es menester ayudarse quando sopla el viento favorable sin perdonar á diligencia ni á trabajo hasta tanto que

la empresa comenzada se lleve al cabo, tanto mas que un dia despues que ganó aquella victoria, le llegaron cartas de la batalla que los suyos vencieron junto á Semenara, y de la prision del señor de Aubeni. No llegaron estas nuevas antes á causa que don Fernando de Andrada no se tenia por sugeto al gran Capitan por haber sucedido en aquel cargo á Luis Portocarrero; de que él se sintió tanto que envió á pedir licencia para volverse á España. El Rey cathólico mandó á don Fernando desistiese de aquella pretension, y el gran Capitan le diese una compañía de hombres de armas para que ayudase en lo que restaba. Con la nueva destas dos victorias, y con enviar diversos barones á sus tierras para que allanasen lo que restaba alzado, muy en breve se reduxeron la Capitinata y Basilicata casi todas; y aun en el principado muchos barones y pueblos se declararon por España. De los que escaparon de la batalla, la mayor parte se retiró la vuelta de Campaña con intento de fortificarse en Gaeta, ciudad de sitio inexpugnable, ca todo lo demas lo daban por perdido. Siguiólos Pedro de Paz con algun número de caballos. Con ocasion de su ida por aquella comarca Cápua alzó banderas por España, y aun gente de aquella ciudad ayudó á seguir los franceses, de los quales antes que entrasen en Gaeta, mataron y prendieron hasta cincuenta hombres de armas que alcanzaron. El marques de Lochito luego que llegó á su casa, aunque maltratado de la pelea, con su muger y la hacienda que pudo recoger, se partió la via de Roma para el cardenal de Sena su tio hermano de su madre: otros se reduxeron á otras partes, en especial monsieur de Alegre y el príncipe de Salerno se recogieron á Melfi, de donde el dia siguiente se partieron la via de Nápoles. El conde de Montela al pasar estos señores por su estado les mató y pren-

dió mas de docientos caballos de quinientos que llevaban. Luis de Arsi se fortificó en Venosa confiado en el castillo que tenia muy bueno. Acudió luego el gran Capitan con su campo: hizo sus estancias en la Leonesa que está cerca de aquellos dos pueblos, Melfi y Venosa. Alli se movieron tratos con el príncipe de Melfi para que se rindiese, como lo hizo á condicion que le dexasen residir en otra villa de su estado, hasta entender si el Rey cathólico le recebia en su servicio con las condiciones que tenian tratadas, magüer que de su ingenio se pudo presumir tenia tambien puestos los ojos en lo que pararia el partido de Francia. Fabricio Colona y los condes del Pópulo y Montorio fueron enviados al Abruzo para dar calor á los que en aquella provincia se declaraban por España, y para allanar lo restante: al almirante Vilamarin se envió orden que con sus galeras y los demas baxeles que pudiese juntar, partiese con toda presteza la vuelta de Nápoles para do el gran Capitan se pensaba encaminar, y con este intento fue con su gente á Benevento, y de alli pasó á Gaudelo. Desde este pueblo escribió una carta muy comedida á la ciudad de Nápoles, en que ofrecia á aquellos ciudadanos todo buen tratamiento y cortesía, y les rogaba no diesen lugar para que su gente entrase en su territorio de guerra y hiciese algunos daños. Salieron á tratar con él el conde de Matera y los síndicos de aquella ciudad. Hicieron sus capitulaciones, y con tanto ofrecieron de entregarse. A la sazon monsieur de Vanes hijo del señor de Labrit avisado del destrozo de los franceses pidió licencia al duque Valentin, ca le servia en la guerra que continuaba contra los ursinos, para acudir al reyno de Nápoles. Diósela el duque, y con docientos caballos y alguna gente de á pie que pudo recoger, se fue á juntar con el campo de los franceses; los

quales con la gente que de la Pulla y Calabria y del Abruzo se les allegó, formaron cierta manera de campo, y se alojaron junto al Garellano. Por esta causa se pusieron á las espaldas en Cápua y en Sessa de los españoles hasta quatrocientos de á caballo. Al presente acordó el general enviar toda la demas gente para el mismo efecto de hacer rostro á los enemigos y asegurarse por aquella parte, y quedarse solo con mil soldados que le parecia bastaban para el cerco de los castillos de Nápoles. Los soldados españoles con el deseo que tenian de verse en Nápoles, la noche antes se desmandaron á pedir la paga que decian les prometiera el gran Capitan de hacelles en Nápoles. Mostrábanse tan alterados que por escusar mayores inconvenientes fue forzado el general de llevar consigo la infantería española, y se contentó con enviar á Sessa los hombres de armas y caballos ligeros y los alemanes, con orden que le aguardasen alli que muy en breve sería con ellos, ca no pensaba detenerse en aquella ciudad. La entrada del gran Capitan en Nápoles fue á diez y seis de mayo con tan grande aplauso y triumpho como si entrára el mismo Rey. Llevaba delante la infantería y las banderas de España. Los barones y caballeros de la ciudad le salieron al encuentro. Todo el pueblo, que es muy grande, derramado por aquellos campos con admiracion miraban aquel valeroso Capitan, que tantas veces venció y domó sus enemigos. Acordábanse de las hazañas pasadas y proezas suyas en tiempo y favor de sus Reyes don Fernando y don Fadrique, y comparábanlas con las victorias que de presente dexaba ganadas. Pareciales un hombre venido del cielo, y superior á los demas. Lleváronle por los Sejos, como se acostumbraba llevar á los Reyes quando se coronaban, por las calles ricamente entapizadas, el suelo sembrado y cubierto

de flores y verduras: los perfumes se sentian por todas partes; todo daba muestra de contento y alegria. Los mas aficionados á Francia eran los que en todo género de cortesía mas se señalaban y mas alegres rostros mostraban con intento de cubrir por aquella manera las faltas pasadas. La ciudad de Nápoles, que dió nombre á aquel reyno, es una de las mas principales, ricas y populosas de Italia. Su asiento á la ribera del mar Mediterráneo, y á la ladera de un colladó que poco á poco se levanta entre Poniente y Septentrion. Las calles son muy largas y tiradas á cordel, sembradas de edificios magníficos á causa que todos los señores de aquel reyno, que son en gran número, tienen por costumbre de pasar en aquella ciudad la mayor parte del año, y para esto edifican palacios muy costosos como á porfia y competencia. Los mas nombrados son el del príncipe de Salerno y el del duque de Gravina. Convídales á esto la templanza grande del ayre, la fertilidad de los campos, y los jardines maravillosos y frescos que tiene por todas partes: asi no hay ciudad en que vivan de ordinario tantos señores titulados. Está la ciudad dividida en cinco Sejos, que son como otras tantas casas de ayuntamiento, en que la nobleza y los señores de cada quartel se juntan á tratar de lo que toca al bien de la ciudad, de su gobierno y provision. Los templos, monasterios y hospitales muchos y muy insignes, especialmente el hospital de la Anunciata cada un año de limosnas que se recogen, gasta en obras pías mas de cincuenta mil ducados. Los muros son muy fuertes y bien torreados, con quatro castillos que tiene muy principales: el primero es Castelnovo, muy grande y que parece inexpugnable, puesto á la marina cerca del muelle grande que sirve de puerto: el segundo la puerta Capuana, que está á la parte del

Septentrion, y antiguamente fue una fuerza muy señalada; al presente está dedicada para las audiencias y tribunales reales: el castillo del Ovo en el mar sobre un peñol pequeño, pero inaccesible: el de Santelmo se vee en lo mas alto de la ciudad, que la sojuzga, y de años á esta parte está muy fortificado. Destas quatro fuerzas las dos se tenian á la sazon por los franceses, es á saber Castelnovo, do tenian de guarnicion quinientos soldados, y Castel del Ovo. Luego que el gran Capitan se apeó en su posada, fue con Juan Claver y otros caballeros á reconocer aquellos castillos y dar orden en el cerco, que se puso luego sobre Castelnovo. Batíanle con grande ánimo y minábanle: los de dentro se defendian muy bien. Llegó Vilamarin con su armada siete dias despues que el gran Capitan entró en Nápoles: surgió cerca de Nuestra Señora de Pie de Gruta. Esto era en sazon que en Roma postrero de mayo creó el Papa nueve cardenales, los cinco del reyno de Valencia (1). Apretaron los españoles á los cercados por tierra y por mar; y en fin despues de muchos combates se entró el castillo por fuerza, y fue dado á saco á los doce de junio. El primero al entralle Juan Pelaez de Berrio natural de Jaen, y gentilhombre del gran Capitan. Los que mucho se señalaron en el combate, fueron los capitanes Pedro Navarro, excelente en minar qualquiera fuerza, y Nuño de Ocampo, al qual en remuneracion se dió la tenencia de aquel castillo. Entre los otros prisioneros se halló en aquel castillo Hugo Roger conde de Pallas, que por mas de quarenta años fue rebelde al Rey cathólico y al Rey don Juan su padre. Enviáronle al castillo de Xátiva, prision en que fene-

(1) Onufr. de Card. en la décim. creacion.

ció sus dias. Venian algunas naves francesas y ginovesas de Gaeta en favor de los cercados; pero llegaron tarde, dado que duró aquel cerco mas de tres semanas. Túvose aviso que la armada francesa venia, que era de seis carracas y otras naves gruesas, y cinco galeras, sin otros baxeles menores. Vilamarin por no ser bastante á resistir se retiró al puerto de Iscla. Alli estuvo cercado de la armada contraria; defendióse empero muy bien de suerte que muy poco daño recibió: hallóse presente el marques del Vasto, que acudió muy bien á la defensa de la isla y de la armada. Restaba el castel del Ovo: no pudo esperar el gran Capitan que se tomase. Dexó el cuidado principal de combatille á Pedro Navarro y Nuño de Ocampo. Ellos con ciertas barcas cubiertas de cuero se arrimaron para minar el peñasco por la parte que mira á Picifalcon: con esto y con la batería que dieron al castillo, mataron la mayor parte de los que le defendian; solos veinte que quedaron vivos, al fin se rindieron á condicion de salvalles las vidas. Dióse la tenencia á Lope Lopez de Arriaran que se halló con los demas en el cerco, y se señaló en él de muy esforzado. Con esto la ciudad de Nápoles se aseguró y quedó libre de todo recelo al mismo tiempo que Fabricio Colona con ayuda de ochocientos soldados que le vinieron de Roma, enviados por el embaxador Francisco de Rojas, entró por fuerza la ciudad del Aguila cabeza del Abruzo: con que se allanó lo mas de aquella provincia. Fracaso de Sanseverino, y Gerónimo Gallofo cabeza de los angevinos en aquella ciudad se escaparon y recogieron á las tierras de la iglesia.

CAPITULO II.

Del cerco de Gaeta.

Partió el gran Capitan de Nápoles á los diez y ocho de junio la vuelta de San German con intento de hacer rostro á los franceses que alojaban con su campo de la otra parte del rio Garellano llamado antiguamente Lyris, y de allanar algunos lugares de aquella comarca que todavia se tenian por Francia. Pasó por Aversa y por Cápua á instancia de aquellas ciudades que le deseaban ver, y mostrar la aficion que tenian á España. Entretanto que se detenia en esto, por su orden se adelantaron Diego García de Paredes y Christóval Zamudio con mil y quinientos soldados para combatir á San German. Rindiéronse aquella ciudad y su castillo brevemente, si bien en Monte Casino que está muy cerca, se hallaba Pedro de Médicis con golpe de gente francesa; mas desconfiado de poderse allí defender, se partió arrebatadamente, y docientos soldados que dexó en aquel monasterio, se concertaron con los de España y le rindieron. Por otra parte el gran Capitan rindió á Roca Guillerma que era plaza muy fuerte, y á Trageto que está sobre el Garellano, y otros lugares por aquella comarca. En particular se rindieron Castellon y Mola, pueblos que caen muy cerca de Gaeta, y se tiene que el uno de los dos sea el Formiano de Ciceron. Hecho esto, el gran Capitan pasó adelante con su campo, que le asentó en el Burgo de Gaeta primero de julio. Es aquella ciudad muy fuerte por estar rodeada de mar casi por todas partes, solo por tierra tiene una entrada muy estrecha y áspera, y sobre la ciudad el monte de Orlando, de subida asimismo muy ágria, en que los franceses tenian asen.

tada mucha artillería de suerte que no se podia llegar cerca. Tenian dentro quatro mil y quinientos hombres de guerra, los mil y quinientos de á caballo recogidos alli de diversas partes. Sobre todo eran señores del mar por la armada francesa que era superíor á la de España: asi no se podia impedir el socorro ni las vituallas, dado que Vilamarin acudió alli con sus galeras, y el gran Capitan hizo traer la artillería que dexó en Nápoles, para combatir el monte de donde los suyos recebian notable daño por tener sus estancias á tiro de cañon, y estar descubierta gran parte del campo español y sojuzgada del monte. Fueron muchos los que mató el artillería, y entre los demas gente de cuenta, en particular murió don Hugo de Cardona caballero de grandes partes. Los de dentro padecian falta de mantenimientos, y mas de harina por no tener con que moler el trigo. Llególes socorro á seis de agosto de vituallas, y mil y quinientos hombres en dos carracas y quatro galeones y algunas galeras en que iba el marques de Saluces, nombrado por visorrey en lugar del duque de Nemurs. El mismo dia que llegó este socorro, Rabastein coronel de los alemanes que tiraba sueldo de España, fue muerto de un tiro de falconete. Por todo esto el dia siguiente el gran Capitan retiró su campo á Castellon, que es lugar sano y está cerca, y no podian ser ofendidos del artillería enemiga. En tantos dias no se hizo de parte de España cosa de consideracion á causa que ni se pudo acometer la ciudad, si bien la artillería derribó buena parte de la muralla, que fortificaron muy bien los de dentro, ni los cercados salieron á escaramuzar. Solo el mismo dia que se retiró nuestro campo, salieron de Gaeta dos mil y quinientos soldados á dar en la retaguardia de los alemanes: dexáronlos que se cebasen

hasta sacallos á lugar mas descubierto y tenellos mas lexos de la ciudad; entonces revolvieron sobre ellos tan furiosamente quatrocientos españoles, que los hicieron volver luego las espaldas sin parar hasta metellos por las puertas de Gaeta, con muerte de hasta docientos que á la vuelta despojaron muy de espacio. A la sazon que esto pasaba en Gaeta, por la una parte y por la otra se hacían todos los apercebimientos posibles: el Rey de Francia procuró que el señor de la Tramulla fuese en favor de Gaeta con seiscientas lanzas francesas y ocho mil suizos, sin otros quatro mil franceses que eran llegados por mar á Liorna y Telamon y puerto Hércules. Hacíase esta masa de gente en Parma: acudieron allí el duque de Ferrara y marques de Mántua y otros personages italianos. El chânciller de Francia y el baylío de Mians que se halló en la batalla de la Cirinola, de Gaeta fueron á Roma para solicitar que el campo frances se apresurase. Pretendíase que el marques de Mántua fuese junto con el de la Tramulla por general de aquella gente, y si bien al principio se escusó por persuasion y diligencia que usó Lorenzo Suarez que estaba en Venecia, y solicitaba que aquella señoría se declarase por España; en fin como se supo que el de la Tramulla por enfermedad que le sobrevino, no podia ir, se encargó de servir al Rey de Francia. Por el contrario el Rey cathólico envió á Nápoles seis galeras con dineros y gente, y por su general á don Ramon de Cardona. Con su venida la armada de España aun no igualaba á la de Francia, que llegaba entre naves y galeras y otros baxeles á treinta velas: por otra parte el gran Capitan procuraba con todas fuerzas traer los ursinos al servicio del Rey cathólico, plática que se movió primero por el conde de Pitíllano que era el mas principal de aquella casa, y

ofrecia de servir con quatrocientas lanzas; lo qual se concluyó, y fue por capitan de los ursinos Bartholomé de Albiano, caudillo que los años adelante se señaló grandemente en las guerras de Italia, y en las cosas prósperas y adversas que por él pasaron, dió muestra de valor. Tratábase asi mismo que el César rompiese la guerra por Lombardía: para facilitar le ofrecian cantidad de dineros, y juntamente se procuraba que el Papa se declarase por España, ca en este tiempo se mostraba neutral: negociacion que la traían muy adelante, si se podia tener alguna confianza del ingenio del duque Valentin. Desbaratólo la muerte del Papa, que le sobrevino á los diez y ocho de agosto de veneno con que el duque Valentin pensaba matar algunos cardenales en el jardin del cardenal Adriano Corneto, donde cierto dia cenaron y conforme al tiempo se escanció asaz. Fue asi que por yerro los ministros trocaron los frascos, y del vino que tenian inficionado, dieron á beber al Papa y al dicho cardenal. El duque luego que se sintió herido, ayudado de algunos remedios y por su edad escapó: en particular dicen que le metieron dentro del vientre de una mula recien muerta, aunque la enfermedad le duró muchos dias. El Papa y cardenal como viejos no tuvieron vigor para resistir á la ponzoña. Tal fue el fin del Pontífice Alexandro, que poco antes espantaba al mundo, y aun le escandalizaba. Muchas cosas se dixeron y escribieron de su vida, si con verdad, ó por odio, no me sabria determinar, bien entiendo que todo no fue levantado, ni todo verdad. Con su muerte nuevas esperanzas y pretensiones se tramaron, y muchos acudieron para sucedelle en aquel alto lugar, que hacian mas fundamento en la negociacion que en las letras y santidad. Sucedió esto en el mismo tiempo que el Rey don Fadrique se

vió en Macon con el de Francia, do se le dieron grandes esperanzas de volvelle su reyno, y las mismas pláticas se movian por parte de España: palabras que todas salieron al cabo vanas. Secretario del Rey don Fadrique y compañero en el destierro fue Actio Sincero Sanazario insigne poeta deste tiempo. Este y Joviano Pontano, que fue asi mismo secretario de los Reyes pasados de Nápoles, escribieron con la pasion muchos males y vituperios del Papa Alexandro. El Rey de Francia hizo muchos favores á Sanazario, y por su intercesion le restituyeron los bienes que por seguir á su señor en el destierro dexó perdidos; y alcanzó finalmente licencia de volver al reyno de Nápoles.

CAPITULO III.

Del cerco que los franceses pusieron sobre Salsas.

Grandes recelos se tenian que la guerra no se emprendiese en España por la mucha gente que de Francia acudia á las partes de Narbona. Con este cuidado el Rey cathólico fue á Barcelona para desde mas cerca proveer en todo lo necesario; y para la defensa alistaba toda la gente que podia, y aun nombró por general de Ruysellon á don Fadrique de Toledo duque de Alba. No faltaba quien aconsejase al Rey que ganase por la mano, y con sus huestes hiciese la guerra en Francia. La poca satisfaccion que de los Rey y Reyna de Navarra se tenia, todavia continuaba á causa que toda aquella casa era muy francesa, tanto que el señor de Vanes hermano de aquel Rey seguia con su gente el partido de Francia en el reyno de Nápoles, y su padre el señor de Labrit de nuevo fue nombrado por gobernador de la Guiena, que era hacelle por aquella parte frontero de España. Demas desto el se-

y para este efecto hizo que el cardenal Juan de Colona que se hallaba en Sicilia por la persecucion del Papa Alexandro contra aquella su casa, viniese al cónclave; y juntamente despachó con gente desde Castellon á Próspero Colona y don Diego de Mendoza con voz que no permitiesen que por la parte de Francia se hiciese alguna fuerza á los cardenales. Ninguno destos pretensores, ni el cardenal de Nápoles que así mismo estuvo adelante, pudo salir con el pontificado, si bien detuvieron la eleccion por espacio de treinta y cinco dias. Concertaron los cardenales entre sí que qualquiera que saliese Papa, dentro de dos años fuese obligado de juntar concilio general para reparar los daños, y despues se celebrase cada tres años perpétuamente. Juraron esta concordia todos los cardenales. Hecho esto, se conformó la mayor parte del colegio en nombrar por Pontífice al cardenal de Sena Francisco Picolomino: que tenia muy buena fama de persona reformada. Hízose la eleccion á los veinte y dos de setiembre: llamóse Pio Tercero en memoria de su tio el Papa Pio Segundo hermano que fue de su madre. Tuvo gran deseo de reformar la iglesia, y en particular la ciudad de Roma y la curia: con este intento en una congregacion que juntó antes de coronarse, declaró su buena intencion, ademas que para juntar concilio no queria esperar los dos años, sino dar priesa desde luego para que con toda brevedad se hiciese. Sus santos intentos atajó su poca salud y la muerte que le sobrevino muy en breve á cabo de veinte y seis dias despues de su eleccion. A los demas dió contento la eleccion deste Pontífice, y les parecia muy acertada para reparar los daños pasados, en particular al Rey cathólico: otros sentian de otra manera, y entre ellos el gran Capitan, que se recelaba por lo que tocaba al marques de Lochito su sobrino

ño se pusiese de la parte de Francia, con que las cosas de España en el reyno de Nápoles empeorasen. En este cónclave tuvo poca parte el duque Valentin á causa de su indisposicion que le trabajó muchos dias; y aun los señores de la Romaña y barones de Roma que tenia despojados, con tan buena ocasion hicieron sus diligencias para recobrar sus estados, y salieron con ello. Los venecianos asi mismo se apoderaron de algunas de aquellas plazas, de suerte que en pocos dias no quedó por el duque en la Romaña sino solos los castillos de Forli y de Arimino, ó poco mas; que lo mal adquirido de ordinario se pierde tan presto y mas que se gana.

CAPITULO IV.

Que se alzó el cerco de Salsas.

Hacían los franceses sus minas, y con la artillería batian los muros del castillo de Salsas con tanta furia que derribaron una parte de la torre maestra y de un baluarte que no tenian aun acabado. Cegaron las cavas, con que tuvieron lugar de llegar á picar el muro. Grande era el aprieto en que los de dentro estaban: acordaron desamparar aquel baluarte, pero en ciertas bóvedas que tenian debaxo, pusieron algunos barriles de pólvora con que le volaron á tiempo que le vieron mas lleno de franceses, que fue causa que murieron mas de quatrocientos dellos parte quemados, parte á manos de los que salieron á dar en ellos. Acudian al duque de Alba cada dia nuevos soldados, con que llegó á tener quatrocientos hombres de armas, mil y quinientos ginetes, y hasta diez mil infantes. Con esta gente un viernes trece de octubre llegó á ponerse junto al real de los franceses, y es-

tuvo allí hasta puesta del sol. No quisieron los contrarios dexar su fuerte, ni salir á dar la batalla: porende nuestra artillería descargó sobre ellos, y les hizo algun daño. En esta sazon el Rey acudió á Girona para recoger la gente que le venia de Castilla, no menos en número que los que tenia en Perpiñan, y mejor armados que ellos. Publicaba que queria acometer á los franceses dentro de su fuerte, si no querian salir á la batalla. Tenia asi mismo apercebida en aquellas marinas una armada para acudir á lo de Ruysellon y por su general Estopiñan, que aun no era llegado por falta de tiempo. Como las fuerzas del Rey acudian á aquella parte, diez y nueve fustas de moros tuvieron lugar de hacer daño en las costas de Valencia y de Granada. Encontró con ellas Martin Hernandez Galindo general por mar de la costa de Granada: pelearon cerca de Cartagena, los moros quedaron vencidos y las fustas tomadas ó echadas á fondo. El Rey alegre con esta nueva partió de Girona con su gente: llegó á Perpiñan un jueves diez y nueve de octubre. Allí visto el aprieto en que los cercados se hallaban acordó abreviar, y que parte de su exército se pusiese por las espaldas de los contrarios á la parte de Francia, resuelto con la demas gente de combatillos por la otra banda. Para que esto mejor se hiciese, el mismo dia que llegó, hizo combatir un castillo de madera que los franceses tenian levantado en el agua para impedir á los contrarios el paso porque no les atajasen las vituallas que de Francia les venian. La pérdida de aquel castillo, la llegada y resolucion del Rey puso gran espanto en los franceses, tanto que aquella noche sin ruido y sin que los del Rey lo pudiesen entender sacaron su artillería al camino de Narbona, y el dia siguiente levantaron su campo, dexando parte de us municiones y bagage; y dado que baxaron á lo

llano, y dieron muestra de querer la batalla, mas luego revolvieron la vuelta de Narbona. Acometieron la retaguardia los ginetes de Aragon y gente de á caballo de Cataluña: diéronles tal carga que les fue forzado desamparar parte de la artillería, de las municiones y tiendas que llevaban. Acudió el Rey con todo su campo: los franceses llevaban ventaja y se daban priesa, y la acogida que tenian cerca; asi no les pudo dar alcance, si bien se metió dentro de Francia, donde los nuestros ganaron á Leocata y otros lugares de aquella comarca. Esto era en sazon que la infanta doña Isabel nació en Lisboa á los veinte y quatro dias de octubre, que fue Emperatriz adelante y Reyna de España. Pocos dias despues vinieron embaxadores de Francia, por cuyo medio se concertaron treguas por espacio de cinco meses entre los dos Reyes y sus reynos, fuera de lo que tocaba al reyno de Nápoles: con esto se dexaron las armas. Quedó por general de aquella frontera don Bernardo de Rojas marques de Denia, y en su compañía mil hombres de armas, dos mil ginetes y tres mil peones: por alcayde de Salsas don Dimas de Requesens. Hecho esto, el Rey dió la vuelta á Barcelona. Dende despachó á Francia por sus embaxadores á Miguel Juan Gralla y Antonio Augustin por estar asi tratado, y juntamente para que procurasen tomar algun asiento en las cosas del reyno de Nápoles, que tenian puesto en mucho cuidado al Rey cathólico por el socorro que iba de franceses, y sobre todo por las nuevas que le vinieron de la muerte del Papa Pio Tercero, y de la eleccion del cardenal de San Pedro en Pontífice, que fue á primero de noviembre, y se llamó en su pontificado Julio Segundo. Era ginoves de nacion, de aficion muy frances, y de ingenio bullicioso: temíase no fuese parte para revolver á Italia. Tuvo gran parte en esta eleccion el duque

Valentin: por la mala voluntad que tenia al cardenal don Bernardino Carvajal, y entender que tenia parte en los votos, procuró con los que eran hechura del Papa Alexandro, que sacasen por Papa al que salió. Esto era en sazon que el archiduque partió de Saboya para ir á verse con su padre, que le persuadió no insistiese en llevar adelante la paz que se concertó en Francia: ofrecia otrosí, si el Rey cathólico le proveía de dinero, de hacer la guerra por la parte de Lombardía; empresa sobre que le hacian instancia don Juan Manuel y Gutierre Gomez de Fuensalida embaxadores del Rey cathólico en Alemaña. El Rey cathólico no se aseguraba de la condicion del César ni de su constancia, y hacía mas fundamento en su dinero para todo lo que sucediese, que en el socorro que por aquella parte le podia venir: con esto sin concluir nada se pasaba el tiempo en demandas y respuestas. En la princesa doña Juana se veían grandes muestras de tener ya turbado el juicio, que fue una de las cosas que en medio de tanta prosperidad dió mayor pena á sus padres, y con razon: quán pobre de contento es esta vida! Daba grande priesa que se queria ir á su marido: entreteníala su madre con buenas razones por no ser el tiempo á propósito. Llegó tan adelante que un dia se quiso salir á pie de la Mota de Medina do la entretenian: no tuvieron otro remedio sino alzar el puente. Ella visto que no podia salir se quedó en la barrera; y en una cocina allí junto dormia y comia sin tener respeto al frio ni al sereno que era grande. Ni fueron parte don Juan de Fonseca obispo de Córdova que se halló en su compañía, ni el arzobispo de Toledo que para este efecto sobrevino, para que volviese á su aposento hasta tanto que vino la Reyna, que estaba doliente en Segovia. Desde alli al fin por contentalla y aplacalla man-

dó aprestar una armada en Laredo para llevalla luego que el tiempo abriese, á Flandes, do ya era llegado su marido el archiduque á cabo de tantos meses que en Francia y en Saboya se entretuvo.

CAPITULO V.

De las rotas que dieron los de España á los franceses junto al Garellano.

El campo frances que estaba en Italia marchaba la vuelta del reyno muy despacio. Pasó por Florencia y por Sena sin hallar impedimento alguno. Llevaba por general al marques de Mántua. El de la Tramulla por estar doliente de quartanas se quedó atrás, si bien seguía á los demas con parte de la gente. Apretóle la indisposicion, y no pasó adelante de Roma; en la qual ciudad no acogieron el campo frances, solo dieron lugar que pasase el Tiber por el puente Molle, que está dos millas de Roma. El gran Capitan se hallaba en gran cuidado como podria continuar el cerco de Gaeta, y atajar el paso á aquella gente que le venia de socorro. Acudióle muy á tiempo el embaxador Francisco de Rojas con dos mil soldados que pudo recoger en Roma entre españoles, alemanes é italianos, y cien caballos ligeros; y puso en orden otros docientos alemanes y quinientos italianos para enviallos en pos de los primeros. Iba con esta gente don Hugo de Moncada, que dexó una conducta de cien hombres de armas que tenia del duque Valentin, con deseo de servir á su Rey y acudir en aquel aprieto. Fue este socorro muy á tiempo por quanto el cerco de Salsas impedia que de España no pudiese acudir alguna ayuda de gente ni de dineros. El gran Capitan luego que supo que los enemigos

eran pasados de Roma, y que llegaban á los confines del reyno, arrancó con todo su campo de Castellon en busca dellos. Llegó el primer dia á ponerse en la ribera del Garellano. Dexó alli á Pedro de Paz con buen golpe de gente para guarda de cierto paso, y él fue adelante camino de San German. Llegó en sazon que el campo frances alojaba en Pontecorvo, lugar de la iglesia, distante de alli solas seis millas. Era fama que en él se contaban hasta mil almetes, dos mil caballos ligeros, y nueve mil infantes la mayor parte italianos. Tenian treinta y seis piezas de artillería, las diez y seis gruesas, las demas girifaltes y falconetes. Adelantóse con parte de la gente Pedro Navarro para combatir el castillo de Monte Casino, que todavia se tenia por los franceses. Tomóse por fuerza de armas, que fue gran befa para los franceses por estar á vista de su campo y no se atrever á socorrelle. Publicóse que el de Mántua se jactaba que deseaba verse en campo con aquella canalla, ó marranalla. El gran Capitan con su hueste se puso á una milla de Mántua y á su vista. Envióle desde alli á requerir con la batalla, pues tanto mostraba desealla. El respondió que en el Garellano se verian, que él pasaria á su pesar. Este famoso rio tiene su nacimiento en el Abruzo, y pasa por entre San German y las tierras de la iglesia muy recogido. Lleva tanta agua que apenas se puede vadear. No tenia por alli otra puente sino la de Pontecorvo. Hace con su corriente grandes revueltas y muchas, por donde con estar Gaeta desta parte del rio como se va de Roma, para socorrella por camino mas breve era menester pasalle por dos veces. Acudió desde Gaeta el señor de Alegre con hasta tres mil hombres para juntarse con el campo frances. Daba él priesa que pasasen el rio, y viniesen á las manos, sin quedar escarmentado de la batalla de la Cirinola

como queda apuntado. Pasó pues el campo de los franceses el rio por el vado de Ceprano un domingo mediado octubre. El primer lugar que encontraron de los que se tenian por España pasado el rio, era Rocaseca. Estaban en él de guarnicion los capitanes Christóval Villalva, Pizarro y Zamudio con mil y docientos soldados. Con esta gente dieron en la avanguardia de los franceses que venian mal ordenados, y mataron y prendieron mas de trecientos dellos. Acudieron los franceses á combatir aquella plaza. Los de dentro mostraban tanto ánimo, que no contentos con defender el lugar salieron á pelear con los franceses, y aun dellos mataron sobre docientos y á los demas hicieron retirar dentro de sus reparos. Otro dia les entraron tres mil hombres de socorro con Próspero Colona y Pedro Navarro. Por otra parte marchaba el gran Capitan con todo su campo para acudir á los cercados. Los enemigos si bien hicieron ademan de querer volver al combate, por miedo de perder la artillería si les sucediese algun desman, y por ser el tiempo muy lluvioso, alzado su campo, volvieron á alojarse de la otra parte del rio. Desde á dos dias segunda vez pasaron el rio, y fueron á asentar su campo en Aquino que está seis millas de San German, donde era vuelto con su gente el gran Capitan. La tempestad de agua era tan grande que impidió que no se viniese á las manos. Retraxéronse los franceses ácia Pontecorvo. El gran Capitan por atajalles el paso del rio, que pretendian ponelle de por medio, caminó en su seguimiento hasta de la otra parte de Aquino, do les tornó á presentar la batalla. Ellos se cerraron en un sitio asaz fuerte con la artillería, y los de España fueron forzados á dar la vuelta á San German. Los franceses tornaron á pasar el Garellano en sazon que entrado noviembre se concertaron lo.

ursinos con los coloneses en Roma en servicio del Rey cathólico por medio de los embaxadores de España y de Venecia, ca á los venecianos desplacía la prosperidad de Francia, y no querian tener por vecino príncipe tan poderoso. Obligáronse los ursinos de servir con quinientos hombres de armas á tal que el Rey cathólico les acudiese con sesenta mil ducados por año. Por su parte Bartholomé de Albiano principal entre los ursinos, y que se halló en toda esta faccion del Garellano, ofrecia de servir en aquella guerra con tres mil de á caballo y de á pie. Fabricio Colona con golpe de gente española que le dieron, combatió y tomó por fuerza á Roca de Vandra con grande afrenta del campo frances que lo veía, y no pudo socorrer á los cercados; antes rio abaxo se fue á poner diez y ocho millas de San German, y doce no mas de Gaeta con intento de pasar el rio por una puente de piedra que alli hay. Pedro de Paz puesto para guardar aquel paso con mil docientos infantes y algunos ginetes, con su gente y con otros docientos ginetes que llegaron de socorro, peleó tres dias y tres noches con los franceses sin que le pudiesen ganar la puente. En esto llegó el gran Capitan con todo el campo, y con su llegada hizo pegar fuego á una parte de la puente que era de madera, y asentó su real junto á su entrada. Aqui hobo gran desorden en la gente de España, que por ser el tiempo tan recio, y no estar los soldados pagados, se desmandaban en robar por los poblados y caminos, demas que muchos asi de los hombres de armas, como de la infantería desamparaban las banderas; y aun los mas principales capitanes eran de parecer que el campo se retirase. Un dia llegó el negocio á tanto rompimiento que un soldado sobre el caso puso la pica en los pechos al gran Capitan; pero él llevaba todo esto con grande

esfuerzo y corazon. Juntó el dinero que pudo, con que socorrió á cada soldado con cada dos ducados; y á los capitanes que le instaban en una junta con grande porfia que se retirase, respondió: «Yo sé muy »bien lo que al servicio del Rey importa esta jornada, »y estoy determinado de ganar antes un paso, aunque »sea para mi sepultura, que volver atrás, aunque »fuese para vivir cien años. Aqui se ha de rematar »esta contienda como fuere la voluntad de Dios y »como pluguiere á su Magestad: nadie pretenda otra »cosa." Los coloneses fueron los que hicieron mas instancia que el campo se retirase. Sospechóse y díxose que por inteligencias secretas que traían con los franceses, de que resultaron disgustos y enemistades formadas. Todavia se fue mucha gente del campo español, y quedó muy menguado: con que los franceses tuvieron lugar de echar sin ser sentidos una puente bien trabada sobre ciertas galeras y barcos, por la qual hasta mil y quinientos franceses pasaron los primeros, y por estar los de España descuidados y tomalles de sobresalto, les ganaron un reparo como fuerte. Dieron alarma en el campo, que era todo de pocos caballos y como cinco mil infantes. Subió el gran Capitan en un caballo, y puesta en orden su gente, se apeó, y con una alabarda fue el primero que comenzó á pelear con los contrarios, que ya eran pasados hasta en número de cinco mil, y continuaban á pasar con muy buen orden, y la artillería francesa que tenian plantada de la otra parte del rio, no cesaba de jugar contra los nuestros. Sin embargo fue tanto el denuedo de la infantería española y su corage, y cargaron tan furiosamente sobre los contrarios, que les forzaron á dar las espaldas y recogerse á la puente. Con la priesa del pasar quedaron muertos y ahogados mas de mil y quatrocientos hombres. Llegó

de artillería, tomáronles mil y quinientos caballos. Una parte de los franceses que echaron por la via de Fundi, y otros que por alli alojaban, fueron muertos y presos de los villanos de la tierra, que salieron contra ellos y les atajaron los pasos de suerte que fueron muy pocos los que dellos se salvaron. Señaláronse mucho de valerosos en estos encuentros y toda esta jornada Bartholomé de Albiano, y don Hugo de Moncada.

CAPITULO VI.

Que la ciudad de Gaeta se rindió.

Quisiera el gran Capitan aprovecharse de la turbacion y miedo de los franceses para subir con su gente que iba en el alcance, en el monte Orlando que está sobre Gaeta y la sojuzga. El dia fue tan áspero por lo mucho que llovia, y los soldados venian tan fatigados del camino y de la hambre por no haber comido la noche pasada ni todo aquel dia (que parece solo el herir y matar los sustentaba) que le fue forzoso desistir por entonces de aquel intento, y volver con su campo á Castellon do antes alojaba. Tenian los franceses acordado de fortificarse en Mola con la artillería menuda que les quedaba, por temor no les acometiesen ante todas cosas en aquel lugar; pero el gran Capitan luego que tuvo la gente refrescada y descansada, revolvió sobre Gaeta que era lo mas principal, por aprovecharse del miedo y desmayo que tenian los contrarios. El combate fue aun mas facil de lo que se pensaba, ca por la batería que la artillería hizo los meses pasados, se halló tan poca resistencia que sin dificultad les ganaron el monte, y los que le guardaban, apenas

se pudieron recoger á la ciudad. Con esto acabaron de perder lo que les quedaba de la jornada pasada. Tomáronles otros mil caballos, y dos cañones que hicieron todo el daño á los nuestros en el primer cerco. Lo que mas es, perdieron de todo punto el ánimo, en especial quando vieron que los de España pasaron sus alojamientos junto á los adarves de la ciudad sin que les pudiesen ir á la mano. Salieron luego á rendirse cincuenta hombres de armas de Lombardía, cuyo capitan era el conde de la Mirandula. Tras esto aquella misma noche acudieron de la ciudad tres personages á tratar de parte del marques de Saluzes de algun concierto. Pidieron en primer lugar que los prisioneros se rescatasen por dineros: respondió el gran Capitan que no se podia hacer. Pasaron adelante con la plática: vinieron á ofrecer que por los prisioneros franceses é italianos serían contentos de entregar la ciudad y castillo de Gaeta, y la Roca de Mondragon plaza asentada en las ruinas de la antigua Sinuessa, demas de dar libertad á los prisioneros españoles é italianos que tenian de nuestra parte. El gran Capitan oyó de buena gana esta oferta. Todavia no venia en soltar los prisioneros italianos, en especial al marques de Bitonto, Matheo de Aquaviva, y Alonso de Sanseverino primo del príncipe de Bisiñano, cuyas culpas y deslealtad eran mas notables, y pretendia reservar al Rey cathólico el conocimiento de su causa. Anduvieron demandas y respuestas; y los franceses en lo que tocaba á los prisioneros italianos afloxaron. Al fin á primero de enero
del año de nuestra salvacion de mil y quinientos y 1504
quatro fueron de acuerdo que el señor de Aubeni con los demas franceses se pusiesen en libertad: quanto á los italianos, que no se pudiese hacer justicia de ninguno dellos, ni el Rey cathólico determinase sus

causas antes que el de Francia tuviese lugar de enviar á España embaxador sobre el caso para interceder por ellos. Con esto se permitió á los soldados que se fuesen con sus bagages y armas: á los naturales de Gaeta, que quedasen con sus haciendas; y que á todas las demas ciudades de aquel bando no fuese en algun tiempo imputado, ni parase perjuicio el haber seguido el partido de Francia. Tomado este asiento, á la hora se comenzaron á embarcar á toda priesa los que querian ir por mar: Theodoro Trivulcio salió luego con la gente italiana y francesa que pretendia ir por tierra. Hecho esto, miércoles á tres de enero se hizo la entrega de la ciudad y castillo de Gaeta, y los prisioneros de nuestra parte se pusieron en libertad. El cargo del castillo y gobierno de aquella ciudad se encomendó á Luis de Herrera, premio muy debido á sus servicios: la tenencia de Taranto que él tenia, se dió á Pero Hernandez de Nicuesa. Dos dias despues de la entrega llegó alli monsieur de Aubeni y hasta mil y docientos prisioneros franceses: el de Aubeni se embarcó luego, los demas con salvo conducto se encaminaron por tierra. Los mas murieron en el camino: el mismo marques de Saluzes falleció en Génova. El señor de la Paliza uno de los prisioneros franceses no entró en esta cuenta por estar ya puesto en libertad á trueque de don Antonio de Cardona hermano de don Hugo, que prendieron los franceses los meses pasados. Fue don Antonio muy buen caballero, y sirvieron él y sus hermanos muy bien: por esto el Rey cathólico le hizo merced de la Padula que era del conde de Capacho, con título de marques. Algunos fueron de parecer que el gran Capitan no se debiera apresurar tanto en el asiento que tomó, y que no fue buen consejo por una ciudad poner en libertad tan gran número de

prisioneros, y entre ellos personas de mucha calidad. A la verdad quién podrá contentar á todos? enfrenar los juicios y lenguas de tantos? Decian que con paciencia, pues era señor del campo, pudiera sugetar aquella plaza y las demas, y no ponerse al riesgo de que tales capitanes podian ser ocasion, si la guerra se renovase. A esto el gran Capitan respondia que de pólvora y balas se gastaria mas de lo que importaba aquel peligro: que era mas conveniente cerrar aquella llaga presente, que recelar las que el de Aubeni y los otros prisioneros podrian hacer con sus lanzas: que perro muerto no ladra, y huido no hace mal: que de ser muertos, ó idos, no podrian los prisioneros escapar; en fin los grandes caudillos tienen sus razones que les hacen fuerza, y nadie sabe donde les aprieta el calzado. Las razones principales que se puede entender le movieron, eran: la primera la falta de dinero para pagar y socorrer á los soldados, y de bastimentos para sustentallos; receläbase por esta causa de alguna nueva borrasca, y deseaba concluir y asegurar su partido: la segunda que el Papa era muy frances y en Civitavieja tenia armadas dos naves para enviar á los cercados municiones y bastimentos, fuera de otras dos carracas que estaban á la cola en Aguasmuertas para lo mismo: sobre todo se sabía que daba todo favor á los angevinos, y que tenia enviado el marques del Final á Francia con intento de casar el hijo del duque de Lorena con una hija suya, y procuraba por el derecho que pretendia, tomase la conquista del reyno; y para ello le ofrecia de ayudalle hasta echar los españoles de todo él y aun para cobrar á Sicilia: quando este casamiento no se concertase, remontaba en su fantasía de casar el prefecto su sobrino con hija del Rey don Fadrique, con oferta de ayudalle para recobrar el reyno. La

postrera consideracion y mas grave fue que se tuvo por cierto se concluiria la plática tantas veces movida entre los dos Reyes, de la restitucion del Rey don Fadrique que el Papa apretaba con todas sus fuerzas: nueva que para las cosas de aquel reyno hizo increible daño, ca los aficionados á la parte de España se encogian, y aun se retiraban, como los que pensaban tener en breve otro dueño; y los aversos se desenfrenaban en palabras y aun en obras; sobre todo que los pagamentos se detenian á causa que las comunidades y oficiales querian reservar aquel dinero para el Rey don Fadrique, si allá volviese: asi la falta y necesidad apretaba de cada dia mas. Por esto, concluido lo de Gaeta, con deseo de acabar antes que hobiese alguna novedad que desbaratase todo lo hecho, luego despachó al duque de Termens para gobernar el Abruzo, y allanar en él las tierras del marques de Bitonto: á Bartholomé de Albiano contra Luis de Arsi que todavia se hacía fuerte en Venosa; contra el conde de Conversano fueron el conde de Matera y Pedro de Paz. Sitiaron dentro de Laurino al conde de Capacho Gil Nieto y Pedro Navarro, que le dieron licencia para que con su muger, hijas y ropa comun de su casa se fuese á Trana que se tenia por venecianos; pero que dexase los ganados, artillería y municiones. En Calabria Gomez de Solís despojó al príncipe de Rosano de su estado: solo le quedaba Sanseverina y la ciudad de Rosano, sobre la qual estaba la gente de España y en ella le tenian cercado. Pretendia otrosí el gran Capitan acometer el estado que el prefecto tenia en el reyno. Previno él este daño, ca luego se vino á reducir, é hizo alzar las banderas de España en todos sus lugares. Recibióle el gran Capitan en su gracia, si bien entendia quán frances era, y que venia á dar la obe-

diencia mas forzado que de grado; en que no se tuvo respecto á sus deméritos, sino á ganar ó entretener al Papa su tio para que no hiciese algun daño. La ciudad de Rosano al fin se rindió á partido por los naturales, donde fue preso el príncipe con otros muchos barones. Sanseverina hizo poco despues lo mismo: á Conversano tomó Pedro de Paz por combate. Con esto toda la Calabria quedó llana: para gobernalla nombraron en lugar del conde de Avelo poco á propósito por su vejez á don Hugo de Moncada.

CAPITULO VII.

De las treguas que se asentaron entre España y Francia.

Dado que hobo asiento á las cosas de Gaeta, y dexado orden que aquella ciudad por escusar el gasto de guardalla, que fuera mucho, se poblase de españoles; el gran Capitan se fue sin dilacion á Nápoles, donde le recibieron con tan pública alegría y fiesta como si fuera su Rey natural muy amado, y que entrára victorioso. Alli hizo llamamiento general de los barones del reyno y universidades, porque muchos aunque dieron obediencia al Rey, no prestaron los homenages. A los que sirvieron bien en aquella guerra, daba las gracias y los gratificaba, en particular á Bartholomé de Albiano señaló en el principado de Bisiñano ocho mil ducados de renta, y entre sus deudos repartió otros dos mil y docientos conforme á los méritos de cada qual. Estos favores que hacia á los ursinos, escocian á los coloneses grandemente, tanto que entraron en algunos desgustos: mas enemigos engendra la envidia que la injuria. Pasó esto tan adelante que Próspero Colona se determinó ir á España

para dar alli sus quexas y hacer mudar el gobierno. Fabricio desde Roma envió á pedir al gran Capitan licencia para servir á la señoría de Florencia. El la dió, porque no se la tomase y fuese mayor el rompimiento. Tratóse muy de veras de poner en orden lo que tocaba á la buena execucion de la justicia: negocio muy necesario, porque las revueltas, enemistades y roturas del tiempo pasado dieran ocasion á que se hiciesen muchos agravios y grandes. Procuraba con agrado de los pueblos que el Rey fuese servido con alguna suma de dineros para ayuda de los grandes gastos pasados y presentes, y pagar la gente que pretendia conservar y entretener, y la repartia por los lugares en que cuidaba darian menos molestia. Algunas compañías de españoles que sabía era gente muy perdída y de poco provecho, y costaban mucho, envió en dos naves á España con algun dinero que les dió y las vituallas necesarias; que fue descargar aquel reyno, como cuerpo enfermo, de malos humores. Juntamente con esto entendia en reparar los daños de la guerra, igualar los muros, fortificar los castillos, en especial los de Nápoles, en que puso gran cuidado, y el de Gaeta. A Cápua fortificaba de tales reparos y baluartes que se tenia por mas fuerte que si la ciñeran de muros: todo á propósito de estar apercebido, si los enemigos de nuevo acometiesen alguna novedad en aquel reyno, en que tenia tanta autoridad que todo lo hallaba facil, y salia con todo lo que intentaba; y aun en toda Italia ganára tanta reputacion que á porfia las ciudades della se le ofrecian para pasarse al servicio de España; en especial Génova en conformidad de las dos parcialidades de Adornos y Fregosos queria concertarse con España, y con dos mil soldados que les enviase, ofrecian levantarse contra Francia. Julian de Médicis her-

mano de Pedro de Médicis el que se ahogó en el Garellano, ofrecia por ser restituido en Florencia, de donde andaba foragido, de servir cada un año entre él y los suyos con cien mil ducados. La comunidad de Pisa por defenderse de florentines, con quien traían guerra, ofrecia darse por vasallos, ó meterse debaxo de la proteccion del Rey cathólico, como él mas quisiese. Lo mismo pretendia la ciudad de Arezo en Toscana por salir de sugecion de florentines; y aun por este tiempo el señor de Pomblin se puso y fue recebido en la proteccion de España: ciudad aunque pequeña, importante, llave y escala para la defensa del reyno. Finalmente Pandolfo de Petrucis por sí y por Sena su ciudad, y Pablo Ballon por sí y por Perusa movieron los mismos tratos. Hasta de Milán se le ofrecieron seiscientos ciudadanos della de ayudar y servir, si quisiese conquistar aquel estado y hacer guerra en Lombardía. Pero todas estas pláticas se atajaron con la tregua que los embaxadores Gralla y Antonio Augustino asentaron en Francia por espacio de tres años, en que se comprehendia el reyno de Nápoles. Juróla el Rey cathólico en la Mejorada do estaba por fin de enero. Asentóse entre otras cosas que la dicha tregua se pregonase en Nápoles á los veinte y cinco de febrero; no se hizo empero á causa que el gran Capitan quiso se notificase primero á los que quedaban rebeldes. El príncipe de Rosano no la quiso aceptar, antes porque el comendador Solís, sabido el asiento, afloxó en el cerco de Rosano, él se fue con su gente á poner sobre Cherintia, en que hizo daños y robos. Luis de Arsi sin embargo que aceptó la tregua, robó los ganados de Andria y Barleta, y tomó los prisioneros que pudo. Pretendian los nuestros que conforme á las capitulaciones de la tregua se podia tomar emienda de los barones que de

nuevo hiciesen algun exceso: asi apretaron al uno y al otro, y tomaron á Venosa con su castillo con facilidad á causa que Luis de Arsi les dexó poco recado quando pocos dias antes determinó retirarse á Trani y de alli por mar á Francia; lo qual hizo con sus soldados, banderas tendidas, y á son de sus caxas y pifanos para muestra de braveza. Quedaban con esto por Francia solos seis pueblos en aquel reyno, todos apartados de la marina. El Rey de Francia pretendia que todo lo que tomaron los españoles despues del dia señalado para pregonar la tregua, se debia volver como lugares mal ganados, y sospechaba que la dilacion del pregon se hiciera con malicia, y que no era razon les valiese; en conclusion se tenia por cosa cierta que en todas maneras no guardaria la tregua, y que solo pretendia entretener á los contrarios para tomallos desapercebidos. Todo se podia muy bien presumir á causa que al mismo tiempo que se tomó aquel concierto, nombró por su general en Italia á Juan Jacobo Trivulcio, persona que ninguna cosa menos deseaba que la concordia. Esperábanse cinco mil suizos, y quinientas lanzas que traían en Francia el de Aubeni y el de Alegre. El marques de Mántua y el duque de Ferrara alistaban toda la gente italiana que podian. El gran Capitan en esta sazon se hallaba muy aquexado de una dolencia que le puso á punto de muerte. Con esto, y con la nueva que se tornó á divulgar de la restitucion del Rey don Fadrique, y aun se decia que el Papa pretendia viniese por general del campo frances, se dió ocasion á largos discursos en materia de estado y revoluciones; y brotaron no pocos disgustos que muchos tenian contra el gran Capitan en sus pechos cubiertos, particularmente los coloneses se dexaron decir palabras y razones descompuestas; pero todo se so-

segó, ó reprimió con la mejoría que tuvo el gran Capitan: con que atendió luego á hacer todas las provisiones que pudo y le parecieron necesarias para la guerra, que á juicio de todos muy brava amenazaba á aquel reyno, donde y por toda Italia y España se padeció grande hambre; y á cinco de abril, que fue viernes Santo, hobo en Castilla y Andalucía grandes temblores de tierra que hicieron notable estrago en los edificios: la mayor fuerza destos daños cargó en algunos pueblos que estan ribera de Guadalquivir. De Lisboa partió para la India con una gruesa armada Lopez Suarez Alvarenga para llevar adelante aquella navegacion y trato. Este mismo año el Rey cathólico hizo su mayordomo mayor á don Bernardo de Sandoval y Rojas marques de Denia en lugar de don Enrique tio que era del mismo Rey, y suegro del marques, donde por quanto diversas veces se hace mencion de los señores desta casa, será bien poner en este lugar su descendencia; cuyo principio tomarémos no desde los tiempos muy antiguos, sino desde algunos años y no pocos antes deste en que vamos. Fernan Gutierrez de Sandoval, que dicen fue comendador mayor de Castilla, casó con doña Inés de Rojas hermana de don Sancho de Rojas arzobispo de Toledo. Deste matrimonio nació don Diego Gomez de Sandoval primer conde de Castro y adelantado mayor de Castilla, caballero muy conocido por su valor y tambien por sus desgracias. Casó con doña Beatriz de Avellaneda: sus hijos don Fernando, don Diego, don Pedro, don Juan, doña María, doña Inés. Don Fernando el mayor de sus hermanos, y la cepa de su casa, casó con doña Juana Manrique de la casa de los condes de Treviño, de do vienen los duques de Najara. Deste matrimonio nació don Diego Gomez de Sandoval, á quien el Rey don Fer-

nando dió título de marques de Denia, estado que ya antes poseían sus antepasados. Casó con doña Cathalina de Mendoza de la casa de Tendilla y de Mondejar: sus hijos don Bernardo, el que se dixo fue mayordomo del dicho Rey don Fernando, en que sirvió hasta la muerte del mismo Rey, y aun adelante lo fue en Tordesillas de la Reyna doña Juana: sus hermanas doña Elvira y doña Madalena. Casó el dicho don Bernardo con doña Francisca Enriquez: sus hijos don Luis, don Enrique, don Diego, don Fernando, y seis hijas. Demas destos tuvo fuera de matrimonio en una vizcaina natural de Fuente-Rabía (donde algun tiempo residió el dicho marques) á don Christóval de Rojas y Sandoval, que por sus partes fue y murió arzobispo de Sevilla. Hijo de don Luis hijo mayor del marques don Bernardo fue don Francisco conde de Lerma que murió en vida de su padre; pero dexó á don Francisco Gomez de Sandoval hoy duque de Lerma y cardenal de Roma, de quien se hablará en otro lugar. Don Fernando el menor de los hijos del dicho marques tuvo muy noble generacion, muchos hijos; entre los demas á don Bernardo de Rojas y Sandoval cardenal y arzobispo benemérito de Toledo. Débele mucho su iglesia y su dignidad por la restitucion que le hizo del adelantamiento de Cazorla á cabo de tantos años.

CAPITULO VIII.

Que el duque Valentin fue preso y enviado á España.

Tenian los venecianos diversas ciudades de la Romaña, de que se apoderaron luego que murió el Papa Alexandro, y aspiraban á las demas. El duque

Valentin como quier que se viese desamparado del favor de la Sede Apostólica, y no tuviese bastantes fuerzas para resistir á venecianos, contrató con el Papa Julio que le entregaria las fuerzas que se tenian por él. Hízose el asiento; y con este intento enviaron de comun acuerdo á Pedro de Oviedo cubiculario que era del Papa, y que fuera ministro del duque, con los contraseños para que aquellas fuerzas se le entregasen. El duque era muy vario. Arrepintióse luego de lo concertado, y con trato doble escribió al alcayde que tenia en Cesena, que se llamaba Diego de Quiñones, que prendiese á Oviedo y le ahorcase. Hízolo asi. El Papa tuvo esto por gran desacato, como lo era. Mandó detener al duque en palacio hasta que con efecto se entregasen aquellas fuerzas, en especial las de Cesena, Forli y Bertinoro. Movióse de nuevo aquella plática, y el Papa ofreció de poner en libertad la persona del duque luego que aquellas plazas se entregasen á sus nuncios. Entretanto que esto se cumplia, acordaron estuviese detenido en Ostia en poder del cardenal don Bernardino de Carvajal: el mismo duque pidió que asi se hiciese, ca no se aseguraba en otra parte ni poder, por los muchos y poderosos enemigos que tenia; que eran los principales Guido de Montefeltro duque de Urbino, y el prefecto sobrino del Papa. Concertóse que el Papa, entregadas las fuerzas, le diese dos galeras para pasarse á Francia, y caso que no se entregasen, la persona del duque se restituyese en poder del Papa. El gran Capitan luego que supo estos conciertos, envió á Ostia á Lezcano para que tratase con el cardenal, y le advirtiese que sería de grande importancia si pudiese persuadir al duque se fuese á Nápoles, por escusar que aquel tizon no pasase á otra parte, de do hiciese mas daño; que á la verdad el duque Valentin tenia mejor que

nadie entendidos y calados los humores de Italia, era temido de todos, y muy estimado de la gente de guerra, en especial de los mas atrevidos y arriscados. Ofreció el cardenal de hacer sus diligencias: con tanto Lezcano le entregó un salvo conducto que traía para el efecto del gran Capitan. En este medio Cesena y Bertinoro se entregaron sin dificultad: el alcayde de Forli, que se llamaba Gonzalo de Mirafuentes, y era de nacion navarro, no quiso entregar aquel castillo, si no le contaban quince mil ducados. El duque por verse libre, especial que supo trataban sus enemigos de matalle, libró en Venecia aquella suma de dineros: con tanto el cardenal le puso en su libertad, y él á su persuasion, dexado el camino de Francia, se fue á Nápoles y se puso en poder del gran Capitan. Recibióle él muy bien, y regalóle; sin embargo como era bullicioso y inquieto, y tenia tanto crédito con la gente de guerra, luego que llegó á Nápoles, trató de enviar gente y dinero para defender el castillo de Forli, que aun no estaba entregado: tramaba otrosí en un mismo tiempo por diversos caminos de apoderarse de Pomblin y de Perosa, y aun de Pisa, dado que estaba en la proteccion del Rey cathólico, y de Nápoles para su defensa se le enviára gente de á pie y de á caballo; comenzó asi mismo á sonsacar las compañías de alemanes y españoles que residian en el reyno de Nápoles, con muchas ventajas que les ofrecia. Supo el gran Capitan estas tramas: hizo las prevenciones necesarias para que no fuesen adelante y atajar aquel mal. El duque mandó poner caballos en sus parages para salirse del reyno por la posta muy arrepentido de aquella resolucion que tomó de ir á Nápoles, principalmente quando supo que dos dias despues de su partida de Ostia llegó á Roma el marques del Final con orden que traía de atraelle al ser-

vicio del Rey de Francia, y para esto ofrecelle partidos muy honrosos y aventajados. Para atajar todos estos deseños que podian acarrear nuevos daños, el gran Capitan mandó detener la persona del duque en Castelnovo, do estuvo á buen recaudo algun tiempo, si bien el Papa pretendia que se volviese á poner en la prision de Ostia, ó en su poder, con color que el castillo de Forli no se entregaba como quedó concertado. Pero el gran Capitan obró tanto que para contentar al Papa alcanzó del duque con buenas palabras que con efecto hiciese entregar aquella fuerza. Para executallo enviaron un camarero del duque llamado Artes y don Juan de Cardona, enderezados al embaxador Francisco de Rojas para que siguiesen su orden. Finalmente aquella fuerza, bien que con alguna dilacion, se entregó al Papa. Poco tiempo adelante el gran Capitan acordó que don Antonio de Cardona y Lezcano llevasen al duque Valentin á España por quitarse de cuidado, y escusar las novedades que por su ocasion se pudieran intentar en Italia. De la prision del duque y de envialle á España se dixeron muchas cosas: los mas cargaban la fé y palabra del gran Capitan, y aun el Rey cathólico al principio estuvo muy dudoso, y le pesó que se hobiese empeñado en negocio semejante. Los daños que pudieran resultar, si el duque estuviera en libertad fueran notables: por esto mas quiso el gran Capitan como tan prudente que era, tener cuenta con lo que convenia para el bien comun, sin hacelle agravio, que con su fama, ni con lo que las gentes podian imaginar y decir: resolucion que los grandes príncipes deben tener en sus pechos muy asentada, obrar lo que conviene y es justo, sin mirar mucho á la fama y qué dirán. Mucho sintió el Rey de Francia la prision del duque por la falta que hacía en sus cosas; y luego que le avisa-

ron de su ida á España, dixo: De aqui adelante la palabra de españoles y la fé cartaginesa podrán correr á las parejas, pues son del todo semejables. Tratábase en esta sazon por el Rey y Reyna de Navarra con una solemne embaxada que sobre ello enviaron á Castilla, que Enrique de Labrit su hijo príncipe de Viana casase con doña Isabel hija segunda del archiduque. Los Reyes cathólicos dieron oidos al principio de buena gana á esta demanda; y parecia medio conveniente para asegurarse de aquella parte de Navarra que tanto cuidado les daba: tanto mas que poco despues falleció en Medina del Campo doña Madalena infanta de Navarra puesta como en rehenes de las alianzas que los años pasados concertaron entre sí los Reyes de Castilla y los de Navarra. Don Juan Manuel, embaxador del Rey cathólico acerca del Emperador, por mandado del archiduque y por su orden vino á Flandes. Adelante tuvo con aquel príncipe gran cabida, y de presente se ordenó que todos los negocios de España se le comunicasen: acuerdo que dió mas contento al Emperador que pensaba por su medio componer algunas diferencias que con su hijo tenia, que al Rey cathólico que pretendia viniese don Carlos su nieto á España por muchas razones y convenientes que para ello representaba. El César y su hijo entretenian su venida por el deseo que tenian que se efectuase el casamiento con Claudia hija del Frances, de antes tan tratado, por parecelles este camino el mejor para componer todas las diferencias que entre España, Francia y Borgoña andaban; demas que el Rey de Francia ofrecia que los estados de Orliens, Bretaña, Milán y Borgoña los jurarian como legítimos sucesores, y para seguridad de todo ofrecia las prendas que pareciesen necesarias. La Reyna madre de la novia mas se inclinaba á que casase con Fran-

cisco Valoes duque de Angulema que sucedia en aquel reyno; y ningun medio bastaba para asegurar bastantemente que hobiese de permitir, hecho Rey, se desmembrasen de aquella corona tantos y tales estados, si no era que desde luego se entregasen en poder de los desposados, de que no se podia tratar.

CAPITULO IX.

Que los poderes del gran Capitan se reformaron.

En medio de tanta prosperidad y honra como el gran Capitan tenia ganada, no le faltaron sus azares y borrascas, por ser cosa natural que tras la bonanza se siga la tempestad, y muy ordinario que los particulares armen lazos de calumnias y de envidia á los que les van delante, y que los príncipes paguen con ingratitud los servicios de los hombres valerosos, especial quando son tan grandes que apenas se pueden bastantemente recompensar: míranlos como deudas pesadas, y huelgan de hallar ocasion para alzarse con la paga. No era posible satisfacer á todos los que en aquella guerra sirvieron, especialmente que cada qual se adelanta y engaña en estimar sus cosas y servicios mas de lo que son. Estos formaron grandes quexas contra el gran Capitan, y por ellas acudieron al Rey cathólico quién con sus personas, quién por memoriales que enviaron á España, que hallaron mas entrada de la que fuera por ventura razon. Los capítulos que le pusieron fueron muchos, los mas notables eran: Lo primero que ayudó al cardenal Julian de la Rovere para que saliese con el pontificado, por lo menos que tuvo noticia que se trataba por cartas que se tomaron, y por una firma en blanco, que el dicho cardenal le envió con grandes promesas de acu-

dir al servicio del Rey cathólico, y en particular del interese de su persona, que le prometia muy grande si salia con su pretension. La verdad en esto era que él pretendió saliese Papa el cardenal don Bernardino de Carvajal, y el embaxador Francisco de Rojas el de Nápoles, que era no menos frances que el de la Rovere, porque le prometió, segun se dixo, de dalle el capelo. Como no salió el uno ni el otro, sino el que menos era á propósito para las cosas de España, tuvieron ocasion los maliciosos de cargar al que por ventura no tuvo parte alguna en aquella eleccion. El segundo cargo era que la gente de guerra hacía muchos desafueros y que no eran castigados, por donde la nacion española era muy aborrecida en aquel reyno, de que se podia temer algun desman. Respondia el gran Capitan: que él no podia alabar aquella gente de religiosos, pues los mas eran tales que por sus delitos no los podian sufrir en España, y les fue forzado desembarazalla, todavia que la principal causa de sus desórdenes era no tenellos pagados, y que antes era maravilla cómo en tantos trabajos, hambre y desnudez estuvieron tan obedientes, en particular en el Garellano y sobre Gaeta, sazon en que llegaron á debérseles catorce pagas, sin que ningun motin se levantase, sin embargo que si hacían algun desafuero, eran castigados, sin permitir algun insulto que no llevase su pago: que acudir á todo en tiempo de guerra era imposible, y mas enfrenar las lenguas de tanta diversidad de gentes. Cargábanle en tercer lugar que se tenia poca cuenta con la hacienda del Rey, y que por poco recado se desperdiciaban y robaban grandes sumas de dineros, pues ni las rentas reales que eran muy gruesas en aquel reyno, ni las confiscaciones que eran muchas y grandes, y todas aplicadas para los gastos de la guerra, no bastaban para pagar á la gen-

te: sobre todo le cargaban que no se hallaba cuenta del dinero que se le remitió de España. Mas esta culpa era de Francisco Sanchez despensero mayor del Rey, y de otros oficiales en cuyo poder entraba el dinero, y por cuya mano se gastaba. Las rentas reales de Nápoles en limpio no pasaban de quatrocientos y cincuenta mil ducados, y en solas las pagas de la gente se gastaron en un año pasados de ochocientos mil ducados. De las confiscaciones no se pudo sacar tanto dinero á causa de las gratificaciones y mercedes que forzosamente se hicieron á tanta gente principal como sirvió en aquella guerra. De que resultaba otro cargo contra el gran Capitan, y el mayor de todos y que mas se sentia, es á saber que repartia pueblos y estados y tenencias como si en efecto fuera dueño de todo: que enviaba al Papa suplicaciones para proveer las iglesias á quien le parecia; cosas que todas pertenecian al príncipe, y no al que tenia su lugar. Por otra parte decian no executaba las mercedes que el Rey hacía, como á Juan Claver, que no le dexaba tomar posesion del estado de Alonso de Sanseverino, de que el Rey le hizo gracia: lo mismo en otros órdenes particulares que se le enviaban, no los obedecia ni executaba; que si las cosas no daban lugar á ello, por lo menos debiera dar cuenta y razon de las causas y motivos que para suspendellos tenia. La verdad era que en esto pudo tener algun descuido el gran Capitan; y como su buen pecho y mucha lealtad le aseguraba, por ventura se estendió mas de lo que la malicia de los tiempos sufria, y la condicion de los príncipes, que quieren se cumpla enteramente su voluntad y que se les dé cuenta de todo; en fin no hay hombre que no tenga faltas. Estos capítulos encarecieron mucho los coloneses, y en particular Próspero Colona, que se partió para España con intento de

quexarse al Rey de los agravios que pretendia recibió, y alcanzar que se mudase el gobierno por razones que representaba para que se enviase otro en lugar del gran Capitan. Lo que mas sentia, era que Bartholomé de Albiano tuviese mejor conducta que él ni su primo Fabricio Colona, y que se le hiciesen mas ventajas. El gran Capitan en esto aconsejaba al Rey que enviase contento á Próspero quando volviese, mas que fuese sin agravio de los Ursinos, por lo mucho que importaba conservar en su servicio aquellas dos casas. En suma las quexas contra el gran Capitan menudeaban. Pasaron tan adelante que el Rey se determinó envialle un caballero criado de la Reyna, llamado Alonso Deza, para avisalle de todos estos cargos que le hacían, encargalle y mandalle que en adelante se proveyese que la hacienda real fuese bien administrada, la gente de guerra reprimida, que mandaba sacar en buena parte para servirse della en la guerra de Africa que pensaba hacer. La execucion de la justicia queria se reduxese á los términos que solia tener; y que Juan Bautista Espinelo no usase del oficio de conservador por ser aquel nombre muy odiado en aquel reyno. Finalmente que se abstuviese de entremeterse en otras cosas sino en aquellas que tocaban al cargo de virrey. Esto postrero sintió mucho el gran Capitan, que al que conquistó aquel reyno con tanta reputacion y gloria de España, reduxesen á las reformaciones y ordenanzas ordinarias, y que atasen las manos al que con tanta fatiga les ganó victorias tan señaladas. Agravióse otrosí grandemente que la tenencia de Castelnovo que él tenia dada á Nuño de Ocampo, se mandase dar á Luis Peixo sin dalle parte dello, que fue novedad y disfavor notable. Tratábase en Francia de mudar la tregua en paces. Tornóse otrosí á mover plática de la restitucion del Rey don Fa-

drique, á que mas se inclinaba el Rey cathólico; pero á tal que el duque de Calabria casase con su sobrina doña Juana la Reyna de Nápoles. El Frances queria que si este medio de la restitucion se tomaba, el duque casase con Germana de Fox su sobrina, dado que le parecia mejor se volviese á lo del matrimonio de don Carlos hijo del archiduque con Claudia su hija. Sobre todo hacía mucha fuerza en que los españoles saliesen de Nápoles, y el reyno se pusiese en tercería y en poder del archiduque. En estos tratados se gastaron algunos meses. El de Francia queria dexar aquellas diferencias en manos del Papa: el Rey cathólico venia en que con el Papa juntasen el colegio de los cardenales. En fin en ningun medio se conformaban; mas cómo podian? La mayor dificultad que se ofrecia para tomar qualquiera destos medios, era la restitucion que se habia de hacer á los angevinos, ca el Rey de Francia por escritura pública que otorgó á los príncipes de Salerno, Bisiñano y Melfi, quando vencidos y despojados vinieron á su corte, se obligó que no se harian paces con España en ningun tiempo sin que primero les fuesen vueltos sus estados. Anduvieron demandas y respuestas. Por conclusion como quier que no se hacía nada en aquello, y por otra parte llegó nueva que Pisa tenia alzadas banderas por España, indignado el Rey de Francia desto mandó despedir de su corte á los embaxadores Gralla y Antonio Augustin. Visitaron ellos á la Reyna y al legado: otro dia con el Rey don Fadrique pasaron muchas razones en que le aseguraron de la buena voluntad que el Rey cathólico tenia á sus cosas; que por lo que pasaba podia entender quién era la causa, y por quién quedaba que no volviese á su reyno. Hecho esto, se salieron de aquella corte á los veinte y seis de agosto camino de España.

CAPITULO X.

De una liga que se hizo contra venecianos.

Una de las principales causas porque de Francia fueron despedidos los embaxadores del Rey cathólico, era porque no impidiesen la concordia que se trataba muy de veras de asentar entre el César y el archiduque su hijo con el Rey de Francia. Del qual intento fue bastante indicio que pocos dias despues de su partida se juntaron en Bles los embaxadores de los dos príncipes padre y hijo, y á los veinte y dos de setiembre concertaron en su nombre con el Rey de Francia una liga, que ellos llamaron verdadera y indisoluble amistad de amigo de amigo, y enemigo de enemigo. Las capitulaciones principales eran que el César no intentase ni emprendiese cosa alguna en el ducado de Milán, ni en los estados de los señores de Italia confederados de Francia, antes que les perdonase todos los excesos que contra el imperio tenian cometidos despues que el Rey Carlos pasó los Alpes hasta aquel dia; pero que si de alli adelante hiciesen lo que no debian, pudiesen ser castigados sin que el Rey de Francia los defendiese. Que la investidura de Milán se diese dentro de tres meses al Rey de Francia para sí y para sus sucesores, con cargo que por ella pagase al César docientos mil francos. Que el de Francia no tomaria con España algun asiento sobre el reyno de Nápoles si no fuese con voluntad y consentimiento del César; y que caso que no quisiese el Rey cathólico concordarse, el César acudiria y daria ayuda al Rey de Francia para recobralle. Que á los hijos de Ludovico Esforcia postrero duque de Milán se diesen tierras y rentas en Francia cada y quando que allá fuesen á residir. Item

que se volviesen sus bienes á los desterrados de aquel ducado, y el Rey los recibiese en su gracia. Señalaron quatro meses para que el Rey cathólico pudiese entrar en esta amistad, con tal que renunciase desde luego en su nieto don Carlos el reyno de Nápoles con las condiciones tratadas otras veces, y que dentro de tres meses cada qual de las partes señalase sus confederados para que se comprehendiesen en esta alianza. Fue cosa de maravilla, y aun de mala sonada, que ni el César ni el archiduque nombraron al Rey cathólico entre los suyos; que dió ocasion á muchos de hablar y al Rey de desabrimiento. Esta confederacion se trató y concluyó muy en público. De secreto el mismo dia se asentó otra nueva liga de los tres príncipes susodichos y del Papa. La voz era para juntar las fuerzas contra las del Turco en defensa de la religion christiana: el intento verdadero se enderezaba contra la señoría de Venecia para que cada qual de las partes recobrase con ayuda de los demas lo que venecianos les tenian ocupado injustamente, á lo que decian. La Sede Apostólica pretendia á Rabena, Servia, Faenza, Arimino, Cesena y otros lugares de Imola, de la mayor parte de los quales se apoderaron venecianos despues de la muerte del Papa Alexandro y prision del duque Valentin. El César queria recobrar á Rovereto, Verona, Pádua, Vicencia, Treviso y el Friuoli, ciudades que pertenecian al imperio y casa de Austria. Del ducado de Milán tenian usurpadas á Bresa, Crema, Bergamo, Cremona y Geradada con todos sus territorios en que el de Francia debia ser restituido. Grande borrasca y torbellino se armaba contra aquella nobilísima señoría. Muchos juzgaban que se les empleaba muy bien qualquiera desman por la atencion que siempre tenian á solo engrandecer y ensanchar su señorío.

Avisóles Lorenzo Suarez de Figueroa destas tramas con intencion que se ligasen con España por lo que tocaba á las cosas del reyno. El enemigo era poderoso, y el Rey cathólico se hallaba muy gastado, por cuyos libros se averiguó que hasta los trece de octubre tenia remitidos para la guerra de Levante en este segundo viage pasados de trecientos y treinta y un cuentos. Pero ellos ni acababan de creer lo de la liga, ni de resolverse, antes conforme á su costumbre pretendian conservarse neutrales, y estar á la mira para como los negocios se encaminasen, seguir el partido que mejor les estuviese; mas hay quien no lo haga asi? Y aun en el mismo tiempo trataban muy de veras con el Soldan de Egipto de impedir á los portugueses la navegacion de la India por el mar Océano y el trato de la especería, de que su república recebia perjuicio notable por quitárseles en gran parte el trato de Alexandría en que consistia buena parte de sus riquezas. Para esto enviaron de secreto al Cayro un embaxador, y maestros que fundiesen artillería y labrasen navíos á nuestro modo; demas desto gran copia de metal para que todo se encaminase al Rey de Calicut, donde es el mayor mercado de la especería de todo el Oriente, y que con aquella ayuda echasen los portugueses de aquellos mares. Trataron otrosí con el Rey cathólico que en estas diferencias se interpusiese con los portugueses, y los acordase; pero como era negocio de tanto interese, no se podia hallar camino para concordarse: asi con acuerdo del mismo Lorenzo Suarez su embaxador en Venecia disimuló, y no quiso interponer su autoridad entre venecianos y portugueses: resolucion muy acertada y prudente.

CAPITULO XI.

Que el Rey don Fadrique y la Reyna doña Isabel fallecieron.

Poco contento tenian los mas de los príncipes de suso nombrados; que tal es la condicion desta vida. El César pobre y poco avenido con su hijo: la princesa muger del archiduque no tenia el juico cabal. A la Reyna doña Isabel apretaba cierta enfermedad fea, prolixa y incurable que tuvo á lo postrero de su vida, de que se decia acabaria muy en breve; con su muerte se temian daños y revoluciones, por lo menos mudanza en el gobierno. El Rey de Francia qué reposo podia tener viéndose despojado de un reyno tan principal que por tan suyo tenia? El Rey don Fadrique no cesaba de revolver en su pensamiento trazas para volver á su casa y corona; de que resultó como quier que todos le faltasen, y le entretuviesen con buenas esperanzas solamente, que (mal pecado) cargó sobre él tan mal humor que enfermó de quartanas, y con ellas de Bles, despues de partidos los embaxadores del Rey cathólico, volvió á Turs su residencia mas ordinaria. Afligíale verse pobre y de todos desamparado, y en poder de sus mortales enemigos: entendia que era imposible concordarse los dos Reyes de Francia y el cathólico, y que en lo de su restitucion no procedian con llaneza; antes por mostrar voluntad de lo que no pensaban hacer, y por este modo engañar al mundo y entretenelle á él, ponia cada qual de las partes condiciones que sabian muy bien no se aceptarian por la otra parte; que todo era burlarse de su mala suerte y traelle al retortero. Lo que mas sentia, era que en su hijo el duque de Calabria no se veía aquel

valor y maña y virtudes que eran necesarias para salir del aprieto en que estaban; y persuadíase que muerto él, se acomodaria con el estado presente sin trabajarse mucho para pasar mas adelante. Sobre el qual sugeto á los postreros dias de su vida le escribió una carta larga y discreta, llena de avisos para que se supiese gobernar conforme al estado presente, y aspirase con valor á mas, sin envilecerse con los deleytes, ni acobardarse por las dificultades que se representaban. Encomiéndale que se muestre animoso y liberal, y exercite su cuerpo en obras militares y de caballería. Por estas razones se vee que á este príncipe ni le faltó cordura ni ánimo: su desastrada suerte le reduxo á aquellos términos, que como acontece á los desgraciados le siguió tanto que una noche se quemaron las casas en que posaba, con tanta furia que apenas él, su muger y hijos se pudieron salvar desnudos. Este accidente le agravó la enfermedad, de que falleció en aquella ciudad á los nueve de noviembre. Dexó de su primera muger una hija que tenia casada en Francia: de la segunda cinco hijos, es á saber doña Isabel, doña Julia, don Alonso y don César, y el mayor don Fernando duque de Calabria, que á la sazon que llegó la nueva de la muerte de su padre, estaba en Medina del Campo, do la corte se hallaba. Mandó el Rey á Próspero Colona que de su parte se la llevase y le consolase, bien que el mismo Rey se hallaba muy congoxado por la dolencia de la Reyna que la traía muy al cabo. Daba ella mucha priesa para que el archiduque y su muger viniesen á España con toda brevedad; y Gutierre Gomez de Fuensalida embaxador en Flandes hacía sobre ello grande instancia: escusóse el archiduque con la guerra que le hacía el duque de Gueldres; la verdad era que no gustaba de venir, y

mostraba tener en poco la sucesion de tan grandes estados. Agravóse la enfermedad, y falleció la Reyna en aquella villa á los veinte y seis de noviembre. 1504.
Su muerte fue tan llorada y endechada quanto su vida lo merecia, y su valor y prudencia y las demas virtudes tan aventajadas, que la menor de sus alabanzas es haber sido la mas excelente y valerosa princesa que el mundo tuvo no solo en sus tiempos sino muchos siglos antes. Mandóse enterrar en Granada. Alli porque la capilla real no la tenian labrada, como se pretendia hacer, su cuerpo se depositó en el Alhambra. Mandó que en su entierro y por su muerte nadie se vistiese de xerga como se acostumbraba; y desde aquel tiempo se desusó aquel luto tan estraño. En su testamento revocó algunas donaciones que en perjuicio de la corona real se hicieron mas por fuerza que de grado, al principio de su reynado. Item declaró que la donacion que se hizo á don Andres de Cabrera y á su muger del marquesado de Moya, procedió de su voluntad por los servicios muy señalados que le hicieron. Nombró por su heredera á su hija la princesa doña Juana, y con ella al archiduque su marido. Pero por su poca salud y ausencia, en conformidad de lo que por cortes dos años antes le suplicaron sus vasallos, mandó y ordenó que si la princesa su hija por su ausencia, ó por otro respeto, no pudiese ó no quisiese entender en el gobierno de sus reynos, en tal caso el Rey don Fernando tuviese la administracion dellos por su hija la princesa hasta tanto que su nieto el infante don Carlos fuese de veinte años cumplidos. Demas desto mandó que ultra de la administracion de los maestrazgos que tenia por concesion de la Sede Apostólica el Rey don Fernando, llevase la mitad de los proventos que resultasen de las islas y Tierra firme que tenian des-

cubierta, sin otros diez cuentos que le mandó cada un año situados en las alcabalas de los maestrazgos. Nombró por testamentarios al Rey y al arzobispo de Toledo, y á don Diego de Deza obispo de Palencia, Antonio de Fonseca y Juan Velazquez sus contadores mayores, y á su secretario Juan Lopez de Lezarraga. No faltaron personas señaladas que no embargante esta disposicion de la Reyna, aconsejaban al Rey se tuviese por legítimo sucesor de aquellos reynos, pues descendia por línea de varones de la casa real de Castilla; que este era camino mas derecho y mas firme que la via de la administracion: que los pueblos le amaban mucho, y con quitar algunas gravezas y premáticas odiosas á la gente ninguno de aquella corona le faltaria. El Rey sin embargo en este punto estuvo tan sobre sí, que con estar ofendido de su yerno en muchas maneras, y la princesa tan impedida, y tener el camino muy llano para apoderarse de todo, el mismo dia que falleció la Reyna, salió á la tarde, y en un cadahalso que se armó en la plaza de aquella villa, mandó alzar los pendones reales por doña Juana su hija como Reyna propietaria de Castilla, y por el Rey don Philipe como su marido: alzó los estandartes el duque de Alba don Fadrique de Toledo. En las demas ciudades y villas en que se acostumbra alzar los pendones, solo se nombraba la Reyna doña Juana sin hacer memoria de su marido: lo mismo en los pregones y provisiones que por todo el reyno se hacían, todo con fundamento que el archiduque les debia primero jurar sus privilegios y leyes; señaladamente querian asegurar que en los consejos y audiencias, y gobiernos y tenencias no se sirviese de estrangeros sino de naturales, como tambien la Reyna doña Isabel lo dexó expresado en su testamento. En este

mes y en el siguiente de diciembre y aun mas adelante cargaron tanto las aguas, que los sembrados se perdieron, y se padeció grande hambre asi bien el año siguiente como el presente se padecia.

CAPITULO XII.

De las diferencias que hobo sobre el gobierno de Castilla.

La muerte de la Reyna doña Isabel dió ocasion de disgustos y diferencias. El Rey don Fernando conforme á la cláusula del testamento de la Reyna pretendia mantenerse en el gobierno de Castilla, atento que la impotencia y enfermedad de la Reyna doña Juana su hija era muy notoria, hasta tenella en Flandes recogida. Para salir con este intento usó de dos medios, el uno fue escribir al Rey Archiduque su yerno, y avisalle que no se le permitiria entrar en Castilla sin su muger: que los del reyno deseaban conocer por las obras si era falso el impedimento que se decia, ó si daba lugar para poder gobernar y reynar; el otro fue que convocó cortes del reyno para la ciudad de Toro. Alli á los once de enero del año mil y quinientos y cinco Garcilasso de la Vega co- 1505.
mendador mayor de Leon, que presidia en las cortes, y los procuradores vieron la cláusula del testamento de la Reyna doña Isabel que tocaba á la sucesion en aquellos sus reynos y á la administracion dellos, y conforme á ella de comun consentimiento juraron por Reyes á doña Juana como á Reyna propietaria de Castilla y heredera legítima de su madre, y al Rey Archiduque como á su marido, y al Rey cathólico como administrador dellos. Pocos dias adelante se declaró por las mismas cortes el impedimento

notorio de la Reyna doña Juana: por tanto suplicaron al Rey cathólico que conforme á lo dispuesto en el dicho testamento se encargase del gobierno de aquellos reynos, y no los desamparase. En conformidad desto despacharon sus mensageros á Flandes con cartas en que avisaban de todo lo hecho, su data á los once de febrero. Sin embargo se levantaron grandes contradicciones sobre la administracion. Los grandes, conforme á la condicion del ingenio humano, deseaban mudanza en el gobierno, y en particular por estar á la sazon desabridos con el Rey cathólico, quién por lugares que les quitára, de que el Rey don Enrique les hiciera merced, quién por no haber salido con lo que pretendian, y todos porque los enfrenaba, y con administrar igualmente justicia impedia que no pudiesen agraviar á los pequeños. El que entre todos mas se adelantó y señaló, fue don Pedro Manrique duque de Najara, que con sus deudos y aliados hacía en palabras y en obras toda la contradiccion que podia. Despues dél se mostró mucho don Diego Lopez Pacheco marques de Villena, por tenerse por agraviado á causa de los pueblos de aquel marquesado que le quitaron los años pasados, y á rio vuelto se prometia los recobraría. Los demas grandes casi todos eran del mismo parecer, si bien contemporizaban y no se declaraban tanto; solo el duque de Alba don Fadrique de Toledo estuvo siempre de parte del Rey cathólico. El nuevo Rey otrosí y los del su consejo formaban agravio y quexas contra el gobierno del Rey cathólico: decian que á qué habia de venir á Castilla el Rey, ó á qué propósito se lo llamaban? pues llamalle Rey y no tener reyno, ó venir al reyno de que se llamaba Rey, y no mandar en él como Rey, qué sería sino burla y juego de niños? A los unos y á los otros incitaba y

encendia don Juan Manuel, caballero aunque pequeño de cuerpo, muy vivo, de grande ingenio y dichos muy agudos. Pretendió el Rey cathólico apartalle del Rey Archiduque por prevenir este daño: mandóle primero volviese á Alemaña para servir su oficio de embaxador acerca del César. El Rey Archiduque no quiso venir en ello ni lo consintió, antes hizo en adelante mas caso dél y le dió parte de todas sus cosas sin encubrille alguna de sus puridades. Despues visto que este medio no salia, procuró el Rey cathólico ganalle con grandes ofrecimientos que hizo á doña Cathalina de Castilla su muger señora de muy gran punto: prometia para él y para sus hijos grandes ventajas. Todo no prestó ni fue de provecho, ca él como sagaz mas caso hacía de la privanza de un príncipe mozo y dadivoso que de las promesas de un viejo astuto y limitado. No pararon estas alteraciones en esto, antes llegaron á Italia, tanto que el Rey cathólico comenzó á tener grandes recelos del gran Capitan: temia no se inclinase á la parte de su yerno y del César, por donde el reyno de Nápoles se pusiese en balanzas. Atizaba estas sospechas Próspero Colona, sin embargo que para sí y para sus sobrinos alcanzó con su venida á España todo lo que pretendia, en particular que la conducta de Bartholomé de Albiano, que era de quatrocientas lanzas, se reformase á docientas. Demas desto mandó el Rey cathólico que para guarda del reyno de Nápoles quedasen mil y docientos hombres de armas y seiscientos ginetes y tres mil infantes españoles; y se enviasen á España otros dos mil, y se despidiesen los alemanes: todo á propósito de escusar gastos y enflaquecer las fuerzas de aquel reyno, que no le pudiesen con ellas empecer, si las cosas viniesen á rompimiento. Formóse otrosí consejo particular en corte de Castilla para la

provision de las cosas del gobierno y de justicia de aquel reyno. En él intervenian Micer Thomás Malferit que presidia en el consejo de Aragon, el licenciado Luis Zapata, Luis Sanchez tesorero general, Juan Bautista Espinelo, y por secretario Miguel Perez de Almazan. De Navarra enviaron aquellos Reyes á Ladron de Mauleon para tratar se renovasen las alianzas que tenian concertadas, y se confirmasen con el matrimonio del príncipe de Viana con hija del Rey Archiduque. Hacían otrosí instancia por la libertad del duque Valentin preso en la Mota de Medina, que procuraban asi mismo gran número de cardenales como hechuras que eran del Papa Alexandro. El Rey fue contento que las alianzas con Navarra se renovasen, y dió intencion del casamiento que se pedia: quanto á la persona del duque respondió que por entonces no habia lugar, dado que en su pecho vacilaba mucho, y por la desconfianza que tenia concebida del gran Capitan, pensaba á las veces de servirse del duque para las cosas de Italia: los ánimos sospechosos se suelen remontar á medios estraños. Solo queria seguridad que le serviria y acudiria: plática que se llevó tan adelante, que Alonso de Este duque de Ferrara su cuñado (ca su padre falleció por este tiempo) se ofrecia á la seguridad. De Portugal el Rey don Manuel envió al obispo de Portu don Diego de Sousa y á Diego Pacheco para dar la obediencia al Pontífice Julio. Junto con esto despues que los años pasados envió á la India diversas armadas para el trato de la especería, acordó de enviar uno con nombre y autoridad de gobernador á quien todos obedeciesen, y él con su valor adelantase lo comenzado. Nombró para este cargo á Francisco de Almeyda, y mandó aprestar una gruesa armada en que fuese. No carecia este negocio demas de ser la navega-

cion tan larga de grandes dificultades: una era la contradiccion que venecianos hacian como queda dicho, otra que el Soldan de Babylonia sea á instancia de aquella señoría, sea de su voluntad, tomó aquel negocio por propio. Despachó al guardian de Jerusalem, que se llamaba Mauro, para este efecto con cartas enderezadas al Sumo Pontífice, en que daba grandes quexas contra el Rey cathólico por lo que tocaba á la conquista del reyno de Granada y á la conversion de los moros, que decia se hizo por fuerza, y contra el Rey de Portugal á causa que con sus navegaciones quitaba á los suyos el trato de la India, y le tomaba á él sus naves. Rogábale se interpusiese para que esto no pasase adelante: donde no, amenazaba de destruir el Santo sepulcro, y dar la muerte á todos los christianos que moraban en sus reynos. Movieron estas amenazas al Papa: el mismo religioso con sus cartas y con las del Soldan envió á España para que los Reyes á quien esto tocaba, le avisasen de su parecer y de lo que sería bien responder al Soldan. Lo que el Rey cathólico respondió, no se sabe: como las quexas contra él eran viejas, debió disimular. El Rey de Portugal contra quien esta embaxada se enderezaba principalmente, escribió al Papa con el mismo religioso una carta deste tenor: «Recibí de »vuestra Santidad con la copia de la del Soldan, »y »vi las quexas que forma contra el Rey mi señor y »contra mí, que son alabanzas mas verdaderamente »que baldones, porque qué mayor gloria puede ser »á un príncipe christiano que ser aborrecido su nom»bre de la morisma? Las amenazas que añade, se en»derezan á hacernos desistir del intento que tenemos »de ensalzar el nombre de Christo. Yo no tengo que »responder por el Rey mi señor: él mismo responde»rá por sí como se puede esperar de su mucha pru-

»dencia. De mí sé decir con verdad que quisiera ha-
»ber dado ocasion al Soldán de mucho mayores que-
»xas; y aseguro que mi principal intento, quando
»hice abrir el viage de la India, fue echar por tierra
»y asolar la casa de Meca do está el sepulcro de Ma-
»homa; lo qual espero con la gracia de Dios que al-
»gun dia se pondrá en efecto. Entonces se podrá el
»Soldan quexar de veras, y no ahora que los daños
»son tan pequeños. Lo que amenaza de dar la muerte
»á los christianos y destruir el Santo sepulcro, no le
»tengo por tan inconsiderado que se quiera privar
»de las rentas tan gruesas que le pagan los christianos,
»ni por tan temerario que quiera irritar contra sí todo
»el christianismo, y forzallos á que se junten para
»vengar semejantes injurias. Por esto yo suplico á
»Vuestra Santidad ponga su pensamiento en unir los
»príncipes christianos para que con sus fuerzas desha-
»gan aquella malvada secta y su memoria: cosa que
»algunos príncipes suplicaron al Papa Alexandro; y
»por ventura Dios, Padre Santo, reserva esta gloria
»para vuestro tiempo. Lo que será bien responder al
»Soldan, verá vuestra prudencia junto con ese sacro
»colegio; que no es razon yo interponga en esto mi
»juicio. Lo que deseo y pretendo hacer con el ayuda
»divina, sin tener cuenta con amenazas ni espantos,
»me pareció declarar en estos pocos renglones.”

CAPITULO XIII.

Los desgustos entre el Rey cathólico y su yerno fueron adelante.

En estas cortes de Toro se publicaron las leyes de Toro que quedaron ordenadas desde antes que la Reyna doña Isabel falleciese. Despidiéronse las cor-

tes, y sin embargo se detuvo el Rey cathólico en aquella ciudad hasta fin del mes de abril con intento de enterarse, como de tan cerca, si acudiria bien á sus cosas el Rey don Manuel, y si recibiria bien lo de su gobierno. Los grandes por la mala voluntad que le tenian, divulgaron que traía tratos de casarse con doña Juana hija del Rey don Enrique para seguir su derecho que tanto antes contradixo, y por este camino en despecho de los nuevos Reyes sus hijos no solo mantenerse en el gobierno de Castilla, sino en el título de Rey que antes tenia. No se puede pensar quánto se enconaron los ánimos de muchos con estas hablillas: las revueltas dan siempre ocasion que se digan, y aun se crean falsamente muchas patrañas, qual parece fue esta. Averíguase que su vicechânciller Alonso de la caballería pretendia fundar y aun persuadille que dexase el nombre de gobernador, y tomase el nombre de administrador y usufructuario, como de derecho lo son los padres de los bienes de sus hijos que heredan de sus madres antes de ser emancipados, y aun despues han parte en el usufructo. Que la Reyna doña Juana no era emancipada, y quando lo fuera, se podia tener en la misma cuenta de menor edad, fuese por su indisposicion, ó por tenella su marido oprimida y sin libertad. Junto con esto que se debia llamar Rey de Castilla asi por el título de usufructuario, como porque fue marido de la ínclyta Reyna doña Isabel. Alegaba á este propósito el exemplo del Rey don Juan su padre, que despues de muerta su primera muger se continuó á llamar y fue verdadero Rey de Navarra, si bien quedaron hijos del primer matrimonio y el reyno era de la madre. Decia que título de gobernador era flaco y movible: que para bien gobernar era necesario llamarse Rey: que don Enrique conde de Trastamara hasta que se

llamó Rey, tuvo muy poca parte en el reyno y muy pocos le siguieron. Los grandes de Castilla y los del consejo del Rey Archiduque iban por camino muy diferente: pretendian que la administracion del reyno le pertenecia como á marido de la Reyna propietaria, y que esto no se lo podian quitar: decian que no era razon viniesen los nuevos Reyes para no gobernar, sino ser gobernados; y que no era conveniente, ni podrian sufrir que dos gobernasen, ni sería posible concertallos: que el Rey cathólico acertaria mucho en comedirse con tiempo, y hacer de grado lo que sería forzoso, es á saber retirarse á su reyno de Aragon, y desde alli ayudar á sus hijos en lo que él pudiese y ellos quisiesen. En lo que tocaba á los reynos de Nápoles y Granada, tampoco se concordaban los pareceres: el Rey cathólico pretendia tener parte en el de Granada como bienes adquiridos durante el matrimonio, y ser suyo el de Nápoles por el derecho que la casa de Aragon tenia á aquella corona; y sentia mucho que su yerno en los asientos que tomaba con Francia, dispusiese dél como si fuera cosa suya, sin dar parte al que pretendia ser el todo. Por el mismo caso se recelaba del gran Capitan, que era castellano, especial que fue requerido por un secretario del César que fue á Nápoles para saber su intencion en caso de rompimiento; y el Papa le hizo preguntar caso que se ligase con el César y Rey de Francia contra el Rey cathólico, á quién pensaba acudir. Respondió al César y á sus ofertas con palabras generales, al Papa muy resolutamente que no debia su Santidad saber quién eran los suyos, y la obligacion que tenian al Rey su señor y á no hacer vileza ni cosa que no debiesen. Partió el Rey cathólico de Toro, y por Arévalo pasó á Segovia. Desde alli envió á Flandes á don Juan de Fonseca que ya era obispo de

Palencia, para que hiciese compañía á la Reyna su hija; y á Lope de Conchillos, deudo del secretario Miguel Perez de Almazan para que le sirviese de secretario. Asi mismo de parte del César y de su hijo vinieron por embaxadores al Rey cathólico Andrea del Burgo Cremones, y Filiberto señor de Vere, que tenia mucha cabida con el Rey Archiduque, y mucha noticia de las cosas de Castilla. Con este comunicó sus quexas el Rey cathólico, y pretendió de nuevo apartar á don Juan Manuel del archiduque; pero él no obedeció, antes se envió á despedir del servicio del Rey cathólico, que eran nuevos desabrimientos; ademas que el archiduque mandó echar en prision á Lope de Conchillos en que le tuvo mucho tiempo muy apretado. La causa fue que la Reyna le mandó escribiese al Rey su padre que era su voluntad tuviese el gobierno de sus reynos, conforme á lo que su madre dexó ordenado. Esta carta vino á poder del archiduque, de que recibió mucho enojo: mandó prender al secretario, y ordenó que ninguno de sus criados españoles la pudiesen hablar. La Reyna su muger tomó tanta pena destas cosas que se alteró en gran manera, por do su indisposicion se le aumentó tanto que fue necesario recogella. No se descuidaba el gran Capitan en lo que tocaba á Italia, antes con mil soldados españoles de los que por orden del Rey cathólico se mandaban despedir, envió á Nuño de Ocampo para la defensa de Pomblin y de Pisa. Cercaron los florentines á Pisa: Nuño de Ocampo con los suyos se fue desde Pomblin á meter dentro della; con que los florentines se enfrenaron de manera que les convino alzar el cerco que tenian muy apretado sobre aquella ciudad, y no pudieron tomalla, como sin duda á faltalle este socorro lo hicieran. Instaban los coloneses se reformase

la conducta de Bartholomé de Albiano. El gran Capitan lo entretenia por conocer el valor y condicion de aquel caballero: despues por entender que tenia sus inteligencias con el Papa en deservicio de España, y que pretendia hacer guerra á los florentines en favor de los Médicis, se hizo la reformacion, lo qual luego que vino á su noticia, trató de apoderarse de Pomblin; mas por estar dentro Nuño de Ocampo pretendió entrarse en Pisa con color de defendella. Tuvieron aviso desto por una parte del gran Capitan, por otra los florentines: el gran Capitan le envió á mandar no pasase mas adelante so pena de perder la conducta y estado que tenia del Rey cathólico: los florentines debaxo la conducta de Hércules Bentivolla se pusieron en cierto paso junto á la torre de San Vicente cinco millas distante de Campilla, pueblo del estado de Pomblin. Alli le desbarataron é hirieron; y en Nápoles porque no obedeció, se mandó executar la pena incurrida; que todo fue ocasion de declararse y seguir diferente partido. No se podia presumir otra cosa de su natural en demasía bullicioso é inquieto. La gente de guerra española que se debia despedir conforme á lo mandado por el Rey, puesto que se dió voz que la enviaban á la conquista de los gelves, se amotinó de manera que puso al gran Capitan en mucho cuidado; mas él usó de tal maña que los apaciguó, y envió á España conforme al orden que tenia.

CAPITULO XIV.

De diversas confederaciones que se hicieron con el Rey de Francia.

Deseaba el Rey Archiduque que la concordia que el año pasado se asentó en Bles con el Rey de Fran-

cia, la confirmase el César su padre: para esto concertó de verse con él en Haghenaú ciudad del imperio. Acudieron allí el César y el Rey Archiduque, que llevó consigo al cardenal de Ruan Jorge de Amboesa, que era por quien en todas las cosas se gobernaba el de Francia, con poderes bastantes que llevaba de su señor. Acordóse que se diese la investidura de Milán, como pusieron, al Rey de Francia para sí y sus hijos varones; y á falta dellos para Claudia y Carlos de Austria su esposo. Púsose por condicion que si por culpa del Rey de Francia no se efectuase aquel matrimonio, cayese del derecho que pretendia á aquel ducado, y recayese en los de Austria: declaróse otrosí que la investidura que se le daba, era sin perjuicio del derecho de tercero. En esto segundo hicieron fundamento los hijos de Ludovico Esforcia para ser restituidos en aquel estado. Por la primera condicion pretendió el dicho príncipe don Carlos, ya que era Emperador, que despues de la muerte de los Esforcias se podia quedar con aquel ducado; verdad es que en tal caso se mandaban volver al Rey de Francia los docientos mil francos que dió por la investidura. Hizo el juramento y homenage de fidelidad en nombre de su Rey el cardenal de Ruan por ser aquel estado feudo del imperio. Del reyno de Nápoles no se trató cosa nueva en estas vistas; mas en confirmar como lo acordaron que el matrimonio del príncipe don Carlos y Claudia se efectuase, se entendia le debian llevar por dote, segun que entre los tres lo tenian acordado. Sintió mucho el Rey cathólico todas estas tramas, que claramente se enderezaban contra él. Quexóse gravemente de los malos consejeros que su yerno tenia, y que sin dalle parte se concluyesen cosas tan grandes. Lo que mas era, que saneaban los derechos de Francia en lo de

Milán sin que se saneasen los suyos así en lo de Borgoña como en lo que tocaba al reyno de Nápoles. Revolvia en su pensamiento la forma que podria tener para ganar de su parte al Rey de Francia, y por este medio prevenirse para todo lo que le podria suceder. Parecióle que el mejor camino de todos sería casar en Francia con Germana de Fox, que era sobrina de aquel Rey hija de su hermana. Envió para tratar esto á fray Juan de Enguerra de la orden de San Bernardo, é inquisidor en Cataluña. Gustó mucho el Frances deste casamiento, tanto que por contemplacion dél renunciaba el derecho que tenia al reyno de Nápoles en su sobrina y en sus hijos varones y hembras junto con el título de Rey de Nápoles y Jerusalem. Por el contrario el Rey cathólico vino en que, caso que no tuviesen hijos, aquel reyno volviese al Rey de Francia y á sus herederos: demas que se obligó de pagalle por los gastos de la guerra quinientos mil ducados en término de diez años por pagas iguales: item que á los barones Angevinos se volverian sus estados, cosa muy dificultosa; y los prisioneros que tenia en su poder el gran Capitan, se pondrian en libertad, nombradamente el príncipe de Rosaño y marques de Bitonto; solo se exceptuaron el duque Valentin y el conde de Pallas. Con esto el Rey de Francia se obligaba de asistir al Rey cathólico contra el César y su hijo, caso que intentasen á removelle de la gobernacion de Castilla (1). El Guiciardino dice que se concertó asi mismo ayudaria el Rey cathólico á Gaston de Fox su cuñado á conquistar el reyno de Navarra, á que pretendia tener derecho: item que el de Francia enviaria á España la viuda Reyna de

(1) Al fin del l. 6.

Nápoles con sus hijos; y si no quisiese venir, la despidiria de su reyno. Los unos conciertos y los otros se hicieron este verano y estío; y desde Segovia á los veinte y cinco de agosto se enviaron á Francia para concluir don Juan de Silva conde de Cifuentes, Micer Thomás Malferit y el mismo fray Juan de Enguerra, que llevaron las provisiones para libertar á los prisioneros de Nápoles, y seguridad para que los desterrados pudiesen ir á sus casas. En particular se trató de casar á Roberto de Sanseverino príncipe de Salerno, cabeza de los foragidos de Nápoles, con doña Marina de Aragon hija de don Alonso de Aragon duque de Villahermosa y conde de Ribagorza, y hermana de don Alonso duque de Villahermosa y de don Juan conde de Ribagorza: trazas que dieron mucho contento al Rey de Francia, tanto que procuró impedir que el Rey Archiduque no viniese á España, y se lo envió á requerir con un su secretario que hasta que las diferencias que tenia con su suegro se determinasen, no se pusiese en camino: para necesitalle á ello trató con el duque de Gueldres que con mas gente hiciese la guerra en Flandes. Este asiento por una parte causó gran turbacion en el reyno de Nápoles, y los barones que poseían las tierras de los foragidos, se apellidaron para defenderse unos á otros, en particular Próspero Colona, que se salió del reyno, y llegó á ofrecer al Papa que si el Rey de Francia le renunciase el derecho que pretendia á aquel reyno, él y los suyos se le conquistarian; por otra alteró de nuevo á los grandes de Castilla tanto mas que se publicaba que la Reyna cathólica para dexar al Rey cathólico por gobernador de sus reynos le tomó primero juramento que no se casaria; y procuraron estorbar al conde de Cifuentes que no fuese con aquella embaxada so pena que le tendrian por mal castella-

no. Algunos cargaban al gran Capitan de que no se declarase por el Rey Archiduque, pues por aquel matrimonio del Rey cathólico con doña Germana se quitaba la sucesion del reyno de Nápoles al príncipe don Carlos, hora tuviesen hijos, hora no. El Rey Archiduque asi mismo sintió mucho que le quitasen del todo lo de Nápoles, y le pusiesen en condicion la corona de Aragon, si el Rey su suegro tuviese hijo varon. El Rey cathólico por prevenir desgustos despachó á Flandes al protonotario don Pedro de Ayalà, que fue antes embaxador en Inglaterra, para que juntamente con Gutierre Gomez de Fuensalida su embaxador ordinario avisasen al Rey su yerno de aquellas paces y conciertos, é hiciesen de su parte instancia que Lope de Conchillos fuese puesto en libertad, ca le tenian en Villaborda muy apretado. Hicieron ellos lo que les fuera mandado, y el Rey Archiduque en lo que tocaba al matrimonio, dixo con palabras generales que se holgaba dél que el Rey su señor era libre, y se podia casar donde mas gusto le diese; en lo de Lope de Conchillos dió por respuesta que era su criado y tenia acostamiento de su casa; que por sus deméritos le tenia preso, y no le pensaba dar libertad. Venecianos en todas estas tramas se estaban á la mira sin echar de ver la borrasca que se les armaba; verdad es que se concertaron con el Papa de manera que se quedaron en la Romaña con lo de Faenza y Arimino, y le restituyeron lo que tenian de los condados de Imola y de Cesena. Con esto tomaban en su proteccion al duque de Urbino y al prefecto de Roma sobrino del Papa, á quien el duque tenia adoptado, y para que le sucediese en aquel estado, le casó con hija del marques de Mántua su cuñado. Al gran Capitan se envió aviso de las paces que el Rey cathólico hizo con el Rey de Fran-

cia, con orden se viniese luego á España para dar asiento en cosas que pedian la presencia de su persona; y de secreto tuvo al arzobispo de Zaragoza nombrado para el gobierno de Nápoles. El gran Capitan mostró holgar de las paces, y las hizo pregonar y regocijar en Nápoles: quanto á su venida respondió que estaba presto y que muy en breve se partiria; mas ya el tiempo, ya las cosas no dieron á ello por entonces lugar. Por esto las sospechas que se tenian dél, se aumentaban: menudeaban los chismes, y cada qual tomaba ocasion de pensar y decir lo que le parecia, dado que él envió á su secretario Juan Lopez de Vergara á dar razon de sí y de todo lo que pasaba.

CAPITULO XV.

Que Mazalquivir se ganó en Africa de moros.

No se apartaba del lado del Rey cathólico el arzobispo de Toledo, antes en todas estas diferencias le acudió siempre con grande lealtad, y fue gran parte para que muchos reprimiesen sus malas voluntades. Era este prelado de gran corazon, y pensamientos mas altos que segun el baxo estado en que se crió. Persuadia al Rey y hacía grande instancia, aun en vida de la Reyna, que acabada la guerra de Nápoles la hiciese en Berbería contra los moros. Llegó el negocio tan adelante que el Rey dió orden como buena parte de los soldados españoles que tenian en Nápoles, para acometer esta empresa volviesen á España, y asi se hizo. Por otra parte el conde de Tendilla se ofrecia con quarenta cuentos de maravedís que el Rey le consignase, de dar conquistada Orán y su puerto de Mazalquivir y otras villas comarcanas: que si de aquel dinero sobrase algo, se volviese al Rey,

y si faltase, lo supliria él de su casa. Este asiento que estuvo muy adelante, se desbarató con la muerte de la Reyna; mas porque del todo no cesase este intento, y los soldados de Nápoles no estuviesen ociosos, el arzobispo prestó al Rey once cuentos para ayuda al gasto. Con esto en las costas del Andalucía se aprestó una armada, primero con intencion de ganar por trato que se traía, un pueblo de Berbería que se llama Tedeliz, y está sobre el mar entre Bugia y Argel, despues por entender que no era lugar importante, ni plaza que se debiese sustentar, acordaron acometer á Mazalquivir, que quiere decir en arábigo puerto grande: nombre que tenia antiguamente, y asi le llama Ptolemeo Portus magnus. Está muy cerca de Orán, contrapuesto á la ciudad de Almería, bien que algo mas á Levante. Luego que la armada estuvo á punto, en que iban seis galeras y gran número de carabelas y otros baxeles que llevaban hasta cinco mil hombres, don Diego Fernandez de Córdova alcayde de los Donceles caballero de mucho valor, que estaba nombrado por general de aquella empresa, de la playa de Málaga se hizo á la vela un viernes á veinte y nueve de agosto. Llevaba cargo de las cosas del mar don Ramon de Cardona: tuvieron tiempo contrario, y fuéles forzoso entretenerse en el puerto de Almería. Desde alli alzadas las velas se partieron, y á once de setiembre con toda la armada surgieron en aquel puerto de Mazalquivir. Tenia en la punta el puerto un baluarte con mucha artillería y sus traveses y torreones, debaxo de la qual entraron los nuestros. Acudieron ciento y cincuenta caballos y tres mil peones para estorbar que no saltasen en tierra. El desembarcadero era malo, y el dia muy tempestuoso. Todas estas dificultades venció el grande esfuerzo de los christianos: el primero que saltó en tierra, fue

Pero Lopez Zagal un muy valiente soldado. Peléaron con los moros; hiciéronlos retirar á Orán, y quedaron solos quatrocientos soldados en la fuerza de Mazalquivir: combatiéronlos, y en el primer combate fue muerto de un tiro de artillería el alcayde de aquel castillo con otros muchos, y le descabalgaron los mejores tiros que tenian asestados. Desanimados con esto los moros se rindieron al tercero dia á partido, y se alzaron en aquella fuerza las banderas de España. Túvose á gran ventura lo uno el detenerse la armada, ca con la nueva que era salida de Málaga, cargó gran morisma por aquellas partes; pero á cabo de ocho dias por faltalles provision y entender que nuestra armada iba á otra parte, se derramó aquella gente: lo otro que el mismo dia que el castillo se rindió, por la sierra acudió gran muchedumbre de moros para dar socorro á los cercados, que hicieran mucho daño si no llegáran tan tarde. Estos se juntaron con los de Orán, y salieron al campo con intencion á lo que parecia de venir á las manos; no se atrevieron empero, dado que el alcayde de los Donceles sacó su hueste en orden para dalles la batalla. Solo hobo algunas escaramuzas con los nuestros, que salian con escolta á hacer agua ó leña, de que padecian falta. Dióse la tenencia de aquella fortaleza con cargo de capitan general de la conquista de Berbería al alcayde de los Donceles: con tanto don Ramon de Cardona con su armada dió la vuelta á Málaga á veinte y quatro del dicho mes. Los que quedaron en guarda de aquel puerto, trataron con los de Orán y tomaron con ellos su asiento en que concertaron treguas para poder contratar unos con otros: cosa que á los moros les venia muy bien para no perder la contratacion de Levante, que se les comunicaba por medio de las galeazas venecianas que traian á aquel puerto

y por todas las costas de Africa, España, Francia, Flandes y Dinamarca la especería de que en Alexandría cargaban. Grande fue la reputacion que con esta empresa ganó el Rey cathólico, pues no contento con lo que en Italia hizo, volvia su pensamiento á la conquista de Africa y al ensalzamiento del nombre christiano. Verdad es que los maliciosos se persuadian que debaxo aquel color juntaba sus fuerzas no contra los infieles, sino para resistir al Rey su yerno, si pretendiese venir á Castilla y quitalle el gobierno. El arzobispo de Toledo con tan buen principio se animó mucho para ayudar á llevar adelante aquella santa empresa, y gastar en ella buena parte de sus rentas, hasta revolver en su pensamiento de pasar en persona á Africa para dar mayor calor á aquella conquista, como lo hizo poco adelante. Mediado este mes parió en Bruselas la Reyna doña Juana una hija que llamó doña María. Para visitalla envió el Rey cathólico un caballero de su casa que se decia Carlos de Alagon, con orden de avisar algunas cosas al Rey don Philipe enderezadas á que entendiese quánto mejor le estaba la concordia que venir á rompimiento. El Rey don Manuel se retiró á Almerin por huir la peste que por este mismo tiempo comenzó á picar en Lisboa do con su corte residia. En Castilla otrosí la chancillería de Ciudadreal se pasó este año á Granada, y por su presidente fue nombrado el obispo de Astorga.

CAPITULO XVI.

De la concordia que se asentó entre los Reyes suegro y yerno.

Entretúvose el Rey cathólico en Segovia y en el bosque de Balsain algunos meses hasta tanto que á

los veinte de octubre partió de alli para Salamanca. Alli mandó pregonar las paces que tenia asentadas con Francia, que en Castilla comunmente no fueron tan bien recebidas como en Aragon. Lo mismo que á los unos daba pesadumbre, es á saber que los reynos se dividiesen, á los otros era causa de grande contento, que deseaban tener Rey propio y natural: asi van las cosas. Todo se enderezaba á enfrenar las demasías del Rey Archiduque y hacelle resistencia, si llegasen á rompimiento, por quanto en esta sazon desde Brusselas mandaba apercebir los grandes de Castilla para que le acudiesen, en especial el marques de Villena, duque de Najara, Garcilasso de la Vega, duque de Medina Sidonia, conde de Ureña; y aun el almirante y condestable de Castilla, sin embargo del deudo que tenian con el Rey cathólico, andaban en balanzas. Don Juan Manuel con sus cartas atizaba este fuego, puesto que siempre daba á entender que deseaba y procuraba la concordia, y que sería facil concertar las diferencias: si el Rey cathólico se pusiese en lo que era razon, y se contentase con lo suyo y dexar á sus hijos desembarazado el reyno y el gobierno, todas las cosas se encaminarian bien; donde no, perderia lo que tenia en Castilla, y aun pondria en condicion lo de Aragon: que la venida del Rey Archiduque sería muy cierta y muy en breve, quier fuese con voluntad de su suegro, quier sin ella. En conformidad desto aprestaban una armada en Gelanda, en que tenian ya juntas sesenta naves; y si bien el Rey de Francia por dos veces envió á requerir al Rey Archiduque no emprendiese aquel viage antes de concertarse con su suegro, á ocho de noviembre partió de Brusselas junto con la Reyna para ir á Gelanda. Dilatóse la embarcacion, y todo iba despacio: asi se tuvo entendido que se pretendia se

declarasen primero los que habian de dar favor á su venida y entrada en Castilla, cuya cabeza que era el marques de Villena, como en esta sazon entrase en Toledo, se tuvo por cierto llevaba poderes del Rey don Philipe para apoderarse de aquella ciudad: de que el pueblo se alteró, y los Silvas que eran muy aficionados al servicio del Rey cathólico, se juntaron con el corregidor don Pedro de Castilla para hacelle resistencia; mas el marques acordó de partirse sin intentar novedad alguna. Fuera de los Silvas y el duque de Alba y el arzobispo de Toledo, los que mas se señalaban por el Rey cathólico, eran don Bernardo de Rojas marques de Denia, don Gutierre Lopez comendador mayor de Calatrava, Antonio de Fonseca y Hernando de Vega, que eran muy aceptos al Rey y de su consejo. Estos eran de parecer que se debia impedir en todas maneras la entrada del nuevo Rey, si intentase de venir á Castilla antes de componer y asentar aquellas diferencias. El Rey cathólico se resolvia en esto, dado que se le hacía muy de mal usar de fuerza y tomar las armas contra sus hijos, y no se aseguraba que los pueblos llevarian bien que se usase de aquel término contra sus Reyes naturales. Todavia al mismo tiempo que las cosas estaban para romper, el Rey Archiduque se inclinó á que se diese algun corte en aquellos negocios, y para ello envió poderes bastantes á sus embaxadores. Conforme á esto en veinte y quatro de noviembre se asentó en Salamanca concordia y amistad entre los dos Reyes con las capitulaciones siguientes: que todos tres los dos Reyes y la Reyna juntamente gobernasen; y con las firmas de todos tres y en sus nombres se despachasen las provisiones y cartas reales, y al refrendallas se dixese; por mandado de sus Altezas; lo mismo se guardase en los pregones. Que

luego que los Reyes don Philipe y doña Juana llegasen á estos reynos, fuesen jurados por Reyes y por gobernador el Rey cathólico; y don Carlos por príncipe y sucesor en los reynos de Castilla, de Leon y de Granada. Item que las rentas y servicios de los dichos reynos, pagados los gastos ordinarios y extraordinarios, se dividiesen en dos partes iguales, la una parte al Rey cathólico, y la otra para sus hijos. Lo mismo ordenaron se hiciese en los oficios; que se proveyesen por mitad: capítulo que estendian asi mismo á las encomiendas de las tres Ordenes, dado que la administracion dellas sin contradiccion pertenecia al Rey cathólico. Con estas condiciones se concluyó esta confederacion. Para cumplimiento de lo capitulado nombraron por conservadores al Papa y al César, y á los Reyes de Inglaterra y Portugal. Declaróse demas desto que si la Reyna no quisiese entender en el gobierno, las provisiones se expidiesen en nombre de los tres, y con las firmas de los dos Reyes; y en caso de ausencia de qualquiera de los dos los negocios se despachasen con la firma sola del uno. Enviaron á Flandes una copia destas capitulaciones, que descontentaron al Rey Archiduque y á los suyos; mas sin embargo la concordia se aceptó y juró, ca el favor del Rey de Francia era gran torcedor para los de Flandes, ademas que tenian por cierto que con su llegada á España todo se haría como fuese su gusto. Con esto soltaron al secretario Lope de Conchillos que hasta entonces tuvieron en muy esquiva prision. Pregonóse esta confederacion en Salamanca á los seis de enero principio del año mil y quinientos y 1506
seis; y dos dias adelante se hicieron á la vela desde Gelanda los nuevos Reyes. El tiempo no era á propósito para meterse en el mar: cargó tan gran tormenta que algunas naves se perdieron, y con las de-

mas les fue forzoso tomar un puerto en Inglaterra que se llama Weymouth. Con aquella ocasion se vieron los Reyes don Philipe y el de Inglaterra en Windsor, do hicieron sus alianzas, y se concertó que Margarita de Austria viuda del duque de Saboya casase con el Ingles, y con María hija del mismo don Carlos de Austria: casamientos que despues no se efectuaron. Entregó el archiduque al Ingles el duque de Suffolck, que le tenia en su poder, y él se habia fiado de su palabra: estraña resolucion. En esto y fiestas que se hicieron, se detuvieron hasta por todo el mes siguiente que volvieron al puerto de Flamua para embarcarse. El Rey cathólico luego que tuvo aviso de la tormenta que sobrevino á sus hijos en el mar, mandó recoger las mejores naves en las marinas de España para enviárselas, y por general á don Carlos Enriquez de Cisneros, que por este mismo tiempo junto con su muger doña Ana de Sandoval fundó el mayorazgo que hoy poseen los de su casa en Portugalete, los bienes en el arciprestazgo de San Roman merindad de Saldaña, su hijo mayor Philipe Enriquez de Cisneros. Al tiempo que la concordia se asentó en Salamanca, escribió el Rey cathólico á don Juan Manuel que procurase con el Rey Archiduque se olvidasen las cosquillas pasadas, y se reconciliasen las voluntades como era razon y el estrecho deudo lo pedia. La respuesta que hizo á esta carta, será bien poner aqui para que se conozca la libertad y viveza deste caballero: «Recibí la de vuestra Alteza, y cum»pliré lo que en ella me manda, que es procurar »quanto en mí fuere que los disgustos se olviden, y »la concordia asentada vaya adelante; pues no se »puede negar sino que de tal escuela como la de »vuestra Alteza, y tales discipulos como los Reyes, »godos esos reynos recebirán mucho bien. Lo qual

»Dios y mi conciencia son buenos testigos he siempre »procurado con todas mis fuerzas, si bien algunos, »y por ventura vuestra Alteza, por el mal tratamien»to que se me ha hecho, podrá haber juzgado diver»samente; pero no se pueden enfrenar las lenguas, »ni los juicios; ni yo pretendo por este oficio algun »galardon. Bastaríame que mis servicios y fatigas pa»sadas no estuviesen puestos en olvido de la manera »que estan; que me parece por mi vejez y por la po»ca cuenta que dello se tiene, que vuestra Alteza no »me quiere pagar en este mundo sino en oraciones »para quando esté en el otro. La qual paga yo no pre»tendo, pues muchas veces he oido decir que un prín»cipe puede llevar sus ministros al infierno, y nunca »que algun Rey, aunque sea tan christianísimo como »el de Francia, haya sacado algun privado suyo del »purgatorio. Yo por esto no dexaré de hacer lo que »debo, ni de suplicar á vuestra Alteza para que la »concordia sea mas firme, que en lo que della queda »por declarar, use de la bondad y prudencia que sue»le en todas sus cosas."

CAPITULO XVII.

Que el Rey cathólico se casó segunda vez.

Envió el Rey cathólico sus embaxadores para dar aviso á los príncipes que se nombraron por conservadores de la concordia que asentó con el Rey su yerno, en particular hizo recurso al Rey de Portugal don Manuel para entender lo que tendria en él, si todavia no se guardase lo capitulado. Respondió por palabras generales, y secamente, por tener trabada estrecha amistad con el Rey don Philipe; para cuyo recebimiento (que se entendia desembarcaria en el Anda-

lucía, y pensaba haría escala en alguno de sus puertos) se apercibió con grande cuidado, y hacía labrar mucha plata hora fuese para festejalle, hora para se la presentar, dado que la peste le tenia puesto en cuidado, que cundia por su reyno, y picaba en Santaren. Por esto de Almerin, do estaba, se fue á Abrantes pueblo asentado en un altozano, y que goza de ayres limpios. Alli parió la Reyna á tres de marzo al infante don Luis, príncipe que fue de gran valor, señalada virtud y piedad, especialmente á lo postrero de su vida que no fue larga; verdad es que en su mocedad de una muger baxa tuvo un hijo bastardo por nombre don Antonio, que fue prior de Ocrato, famoso asaz á causa que por la muerte de su tio el Rey y cardenal don Enrique los años adelante se llamó Rey de Portugal, y fue á su patria ocasion de grandes males. Bautizaron el infante al octavo dia de su nacimiento: los padrinos el duque de Berganza y el conde de Abrantes, la madrina la duquesa de Berganza la vieja. Esta alegria se aguó con un alboroto que se levantó en Lisboa muy grande por una causa ligera. En la iglesia de Santo Domingo estaba un crucifixo que sobre la llaga del costado tenia puesto un viril. Los que oían cierto dia alli missa, pensaron que el resplandor del vidrio era milagro. Contradíxolo uno de los que alli se hallaron, nuevamente convertido del judaismo, con palabras algo libres. El pueblo como suele en semejantes ocasiones furioso y indignado que tal hombre hablase de aquella manera, echaron mano dél, y sacado de la iglesia, le mataron y quemaron en una hoguera que alli hicieron. Acudióles un frayle de aquel monasterio, que hizo al pueblo un razonamiento en que los animó á vengar las injurias que los judíos hicieron y hacían á Christo; que fue añadir leña al fuego, y acuciar á los que estaban furiosos,

para que llevasen adelante su locura. Apellidáronse unos á otros: arremeten á las casas de los conversos: llevaban una Cruz delante dos frayles de aquella orden como estandarte. La furia fue tal que en tres dias que duró el alboroto, dieron la muerte á pasadas de dos mil personas de aquella nacion; y aun á vueltas por yerro ó por enemistades fueron muertos algunos christianos viejos. Acudieron flamencos y alemanes de las naves que surgian en el puerto, á participar del saco que en las casas se hacía. Tuvo el Rey aviso deste desorden: envió á Diego de Almeyda y á Diego Lopez para que hiciesen pesquisa sobre el caso: los dos frayles caudillos de los demas fueron muertos y quemados, y sin ellos justiciados otros muchos; los estrangeros, alzadas velas, escaparon con la presa que llevaba muy gruesa. Por esta manera se alteró y sosegó aquella nobilísima ciudad; que tan fáciles son los remedios como ligeras las causas de alborotos semejantes. En Castilla por una parte se esperaba por horas la venida de los nuevos Reyes, por otra se festejaban las bodas del Rey cathólico y de doña Germana. Fueron desde Salamanca á Fuente-Rabía á recebir y acompañar á la novia el arzobispo de Zaragoza y otras nobles dueñas y caballeros. El Rey y con él las Reynas de Nápoles madre y hija, y el duque de Calabria sin otros muchos señores fueron otrosí á Valladolid, y dende á Dueñas: alli á los diez y ocho de marzo se hicieron las velaciones. Era la Reyna sobrina del Rey cathólico, nieta de su hermana doña Leonor Reyna que fue de Navarra: dispensó el Papa, aunque con dificultad por la contradiccion que el César y su hijo hicieron. Venian en compañía de la Reyna, Luis de Amboesa obispo de Albi, Hector Piñatelo y Pedro de Santandrea por embaxadores de Francia: venian asi mismo los príncipes de Salerno y Melfi y otros mu-

chos barones Angevinos con deseo de tomar asiento en sus cosas. Con todo este acompañamiento luego otro dia despues que las bodas se hicieron, dieron los Reyes la vuelta para Valladolid. El Rey en aquella villa hizo solemne juramento en presencia de gran número de prelados y de señores, y se obligó por sí y por sus sucesores de cumplir y guardar todo lo contenido en los capítulos de la paz y concordia que tenia asentada con Francia. Algunos dias despues los barones Angevinos por sí y en nombre de los ausentes hicieron pleyto homenage al Rey y Reyna como á verdaderos y legítimos Reyes de Nápoles. Acabadas las fiestas, el Rey se partió para Burgos con intento de recebir á los nuevos Reyes, que pensó aportarian á Laredo, ó á alguno de los puertos de aquella costa. Iban en su compañía los arzobispos de Toledo y Sevilla, el duque de Alba, condestable y almirante, y el conde de Cifuentes: todos dispuestos á lo que mostraban á procurar que lo que la Reyna doña Isabel dexó establecido acerca del gobierno de aquellos reynos, se guardase. Era el Rey cathólico llegado á Torquemada quando le vino aviso que los Reyes sus hijos desembarcaron en la Coruña, que fue á los veinte y ocho de abril. La causa de llegar tan tarde fue que en Inglaterra se detuvieron mucho, primero en las vistas con aquel Rey y fiestas despues en esperar tiempo en el puerto de Flamua, en que estuvieron detenidos muchos dias. Desembarcaron en la Coruña, por estar el Rey don Philipe persuadido que le convenia entrar en Castilla lo mas lexos que pudiese de donde el Rey su suegro se hallase, con intento de saber en su ausencia lo que en los grandes y pueblos tendria, para acomodarse y acomodar las cosas segun la disposicion que hallase y la manera que le acudiesen: ca resuelto venia de no pasar por las capitulaciones de

la concordia hecha en Salamanca, si no fuese á mas no poder. Esto le aconsejaba don Juan Manuel, y por lo mucho que con él podia, se lo persuadió; y aun pretendió con este intento llevalle á desembarcar al Andalucía, y lo hiciera, si el tiempo diera lugar. Por este tiempo Gonzalo Mariño de Ribera alcayde y capitan de Melilla por el duque de Medina Sidonia por trato se apoderó de la villa de Cazaza, que está situada en el reyno de Fez con un buen puerto á cinco leguas de Melilla; la qual villa como era razon quedó en poder del mismo duque de Medina.

CAPITULO XVIII.

Que el Rey cathólico procuró verse con el Rey Archiduque.

La venida del Rey don Philipe, que debiera ser causa de contento y sosiego universal, pudiera reducir las cosas á total rompimiento, si la prudencia y sufrimiento del Rey cathólico no supliera las faltas, y apagára este fuego de desabrimientos que se emprendia por todas partes. Los humores y trazas de los dos Reyes eran diferentes, y aun de todo punto contrarios. Luego que llegó el Rey don Philipe, envió á requerir á los condes de Benavente y Lemos y otros señores de Galicia, y á los grandes de Castilla para que se declarasen por sus servidores y parciales; lo qual qué otra cosa era sino comenzar á sembrar disensiones y albototos en lugar de paz? Como vió que esta primera diligencia le succedia á su propósito, y que comenzaban con gran voluntad á declararse por él muchos; lo segundo que hizo fue declararse que no estaria por la concordia que se asentó en Salamanca. Comenzó otrosi á desfavorecer á los criados del

Rey su suegro en tanto grado que un dia habló á don Pedro de Ayala, y le avisó que advirtiese que si bien disimuló lo que en Flandes y Inglaterra trató en deservicio suyo, que de alli adelante no lo sufriria; que pues era su vasallo, mirase como se gobernaba. A los alcaldes y alguaciles de corte que por orden del Rey cathólico vinieron á la Coruña á servir sus oficios como era razon, despidió, y no se quiso servir dellos por imaginar que su suegro le queria poner en su casa y corte oficiales de su mano. Venia muy advertido de no sufrir tutor alguno ni padrastro como decia don Juan Manuel. Los suyos publicaban grandes quexas contra el Rey cathólico, y la mas grave era sobre el casamiento con la Reyna doña Germana y las condiciones dél, en que decian hizo grave daño á sus hijos y nietos por desmembrar el reyno de Nápoles; en que parece tenian alguna razon, por lo menos apariencia della, si su mal término no pusiera en necesidad al Rey cathólico de valerse por aquel camino del Rey de Francia y sacar un clavo con otro. Por el contrario luego que el Rey cathólico tuvo aviso de la venida de sus hijos, envió á don Ramon de Cardona y á Hernando de Vega á visitallos de su parte; y él mismo dió la vuelta camino de Leon para ir en persona á verse con ellos, si bien reparó en Astorga hasta saber su voluntad. Al marques de Villena que era llegado á Burgos con grande acompañamiento, y al duque de Najara que juntaba sus deudos y mucha gente para ir en son de guerra á la Coruña, avisó dexasen aquel camino, y fuesen con su acompañamiento ordinario; que semejantes asonadas y juntas siempre fueron prohibidas, y al presente no eran necesarias pues todos iban de paz. Con su yerno hizo instancia por medio de don Pedro de Ayala para que despidiese dos mil alemanes que traia en su comp-

ñía: recelábase que aquella novedad no fuese ocasion de que los naturales se ofendiesen y escandalizasen. Por otra parte envió á su secretario Almazan para que se juntase con don Ramon y Hernando de Vega, don Pedro de Ayala y Gutierre Gomez de Fuensalida sus embaxadores para concertar las vistas con sus hijos, que deseaba él mucho abreviar, y los del Rey don Philipe las dilataban quanto podian. Tratóse que se viesen en Sarria primero, despues en Ponferrada; ningun lugar empero contentaba á los que las aborrecian ni á don Juan Manuel, que todo lo meneaba, y se recelaba mucho que si los dos Reyes se viesen, por ser el uno muy sagaz y el otro muy facil, ademas del deudo y sangre y respeto de padre que suele allanar grandes dificultades, muy fácilmente se concertarian, que era lo que sobre todo aborrecia y desviaba, tanto que un dia dixo á don Pedro de Ayala que el Rey cathólico se desengañase de tres cosas, sobre que al parecer armaba grande edificio: la primera que en las vistas no se trataria de negocio alguno: la segunda que serían en el campo, y no con igual acompañamiento, antes con grande ventaja de gente de parte del Rey su hijo: la tercera que el Rey cathólico no hiciese fundamento en el favor de la Reyna su hija, porque no se daria á ello lugar, y se hallaria burlado. Tornaron de nuevo á acometer á don Juan Manuel con grandes ofrecimientos para él y para sus hijos: su brio era tan grande que no fue de efecto alguno. Era esto en sazon que en Valladolid por el mes de mayo falleció Christóval Colon almirante de las Indias, primer descubridor del nuevo mundo. Por otra parte el marques de Villena y conde de Benavente, y el duque de Najara eran llegados á la Coruña, y cada dia se juntaba mas gente y venian mas señores, como el duque de Bejar

los marqueses de Astorga y de Aguilar, y Garcilasso de la Vega, y últimamente el duque del Infantado, con que á los parciales del Rey don Philipe crecia mas el ánimo para pretender aventajar su partido. El Rey cathólico se detuvo en Astorga hasta los quince de mayo: desde alli se partió para el Ravanal con intento de irse á Santiago, y que alli fuesen las vistas. Algunos de su consejo eran de parecer que no se apresurase, porque con la tardanza como suele acontecer en las trazas mal encaminadas, se descubriria la hilaza, y resultarian tales desabrimientos de los grandes entre sí y con los privados de aquel príncipe, por su grande ambicion y deseo que cada qual llevaba de gobernallo todo, que el nuevo Rey se veria presto en tales dificultades y aprietos que le harian entender mal su grado la necesidad que tenia de ser ayudado y aconsejado de su suegro. En este estado se hallaban las cosas de Castilla, que fuera de rompimiento no podia ser peor. Los potentados de Italia y las otras naciones estaban á la mira de lo que resultaria de la venida del Rey don Philipe: parecia á todos que por lo menos el Rey cathólico que era tan temido, desta hecha quedaria descompuesto y sin fuerzas. Movíales mucho á pensar esto, entre otras cosas, ver que el gran Capitan contra el orden de su Rey se entretenia en Nápoles; y no acababa de arrancar: y por su gran valor y prudencia pensaban que no carecia esto de algun grande mysterio; mas el gran Capitan advertido destas sospechas envió delante sus caballos y recámara, y juntamente á Pedro Navarro para que le descargase con el Rey cathólico, y le diese informacion de todo y las causas verdaderas por qué se detenia, que era dexar en orden los presidios, y contentar la gente de guerra que andaba alborotada por falta de dinero. Por el contrario Juan Bautista Espinelo se partió juntamente para España para dar

quexas contra el gran Capitan, y poner dolencia en todo lo que hacía: intento que era facil por tener cabida y crédito con el Rey cathólico. La calumnia á las veces tiene mas fuerza que la verdad, á lo menos sus primeros encuentros son muy bravos: asi las cosas se pusieron en términos que el Rey cathólico se resolvió en todas maneras de sacar de Nápoles al gran Capitan. El negocio llegó tan adelante que tuvo nombrado y despachado á su hijo el arzobispo de Zaragoza para que con toda brevedad fuese á tomar el cargo de aquel reyno: por otra parte con Juan Lopez de Vergara secretario del gran Capitan le envió una cédula en que le prometia debaxo de juramento y de su real palabra de dalle luego que llegase á España, el maestrazgo de Santiago: parecia á muchos que para engañalle; porque por el contrario dió orden á Pedro Navarro, á quien diera el condado de Olivito, y de quien hacia mucha confianza, que fuese en compañía del arzobispo y con su buena traza y valor le prendiese dentro de Castelnovo: estraña resolucion, que desbarató Dios porque no se descompusiese por este modo un caballero que era la honra de España. La causa de mudar parecer y templarse fue una carta que á la sazon llegó del gran Capitan en que con muy discretas razones, y sobre todo con la verdad, que al cabo tiene gran fuerza para convencer, aseguró al Rey; y le juró como christiano y hizo pleyto homenage como caballero de guardalle toda lealtad, y en qualquiera ocurrencia acudille y tener en su nombre aquel reyno; sin embargo prometia que sería muy presto en España: con que sosegó por entonces esta nueva borrasca de que podian resultar grandes males.

CAPITULO XIX.

Que el Rey cathólico mandó juntar gente para poner á su hija en libertad.

Apenas los grandes y señores llegaron á la Coruña, quando entre ellos mismos nacieron competencias y repuntas, y con los flamencos envidias y poca conformidad. El marques de Villena se adelantaba á los demas, y como mayordomo mayor, quando el Rey don Philipe oía missa, se ponia junto á la cortina de la una parte, y de la otra monsieur de Vere como mayordomo mayor por Flandes. En las vistas de los Reyes no se concordaban: los castellanos pretendian impedillas, porque los Reyes no se concertasen; los flamencos como gente mas sin doblez juzgaban que sería bien se viesen sin dar lugar á tantos mysterios. El que mas en esto se señalaba y insistia, era el señor de Vere, bien que los maliciosos entendian que lo hacía por la envidia que tenia á don Juan Manuel y á su privanza con aquel príncipe, dado que él daba mas muestras de descontento en esta sazon que de privanza, y con la ida de tantos grandes andaba como turbado y deslumbrado, y parecia temer no le echase alguno el pie adelante y le hiciese caer. En lo que todos se concordaban, era en dar quexas del Rey cathólico: quien tenia por cosa grave que quisiese llevar la mitad de las rentas reales, y no traxese á particion lo que rentaban los maestrazgos: quien encarecia que cómo se podian sufrir tres Reyes en Castilla? y aun don Juan Manuel mostraba una escritura otorgada en Francia en que el Rey cathólico se intitulaba Rey de Castilla: quien estrañaba que las fortalezas y guardas se tuviesen en nombre del Rey cathólico, sin que el Rey don Philipe en mucho tiempo pudiese proveer ninguna de aquellas plazas, y que él mismo continuaso

á proveer corregidores en diversas ciudades. Sobre todo estrañaban que hacía levas de gente con voz de poner en libertad la Reyna su hija, ca por su indisposicion la tenian muy retirada sin dar lugar que persona alguna la viese; el qual cargo era verdadero, que el Rey cathólico con este color despachó sus cartas á diversas partes para apercebirse de gente en caso que llegasen á rompimiento; y aun el duque de Alba tenia levantado golpe de gente en el reyno de Leon para acudir al Rey cathólico; que solo entre todos los grandes se tuvo siempre por él, si bien veía el peligro que sus cosas corrian por esta causa, y que todos desamparaban al Rey cathólico: hasta el mismo condestable que era su yerno, y el almirante que era su primo, acordaron que les estaba mejor acudir al Rey don Philipe y hacelle compañía. No se contentó el Rey cathólico con intentar de hacer juntas de gentes en Castilla, sino que despachó un caballero aragones por nombre Jayme Albion para dar cuenta de todo lo que pasaba al Rey de Francia, y le pedir que por medio del duque de Gueldres y obispo de Lieja diese á su yerno guerra en Flandes, para con este torcedor hacer se humanase mas en lo que tocaba á Castilla y á las diferencias que con él tenia. Sin embargo de todo esto se continuaba la plática de las vistas. La resolucion se dilataba. El Rey don Philipe se determinó de salir de la Coruña la via de Santiago: las compañías de los alemanes marchaban delante con su artillería tan en orden como si entráran por tierra de enemigos y de conquista. Aquel mismo dia, que fue á los veinte y ocho de mayo, partieron el Rey cathólico y la Reyna para Betanzos. Estaba don Alonso de Fonseca arzobispo de Santiago declarado de parte del Rey cathólico tanto como el que mas: por esta causa los del Rey Archiduque no vinieron en que alli fuesen

las vistas, ni se quisieron detener alli mucho, antes tomaron la via de Orense, que era torcer el camino; y el Rey cathólico reparó en Villafranca. Entonces el Rey don Philipe envió á decir al Rey su suegro que si le enviase al arzobispo de Toledo con poderes, esperaba se asentarian bien y á gusto los negocios: hízose asi, y el arzobispo trabajó lo que pudo para concordar las diferencias; pero poco se hacía por la contradiccion que halló en los grandes, á quien pesaba que aquellos príncipes se concertasen. El Rey cathólico de Villafranca se pasó á la Bañeza, y de alli á la Matilla en sazon que muchos de los prelados y de los caballeros que iban con él, le dexaron inducidos por los grandes que se mostraban muy declarados contra él. Esta soledad y desamparo hizo que el Rey cathólico perdiese la esperanza de poder resistir, si las diferencias llegaban á rompimiento: asi procuró por qualquier manera concertarse con su yerno. Con este intentó le escribió una carta en que le pedia que sin dar lugar á mas pláticas y malicias tuviese por bien que se viesen. Lo que respondió, fue dar grandes quexas como de que juntaba el Rey cathólico gente contra él, y ponia mala voz en sus cosas con decir que traia presa á la Reyna, y que ponia estorbo en el exercicio del oficio de la inquisicion y favorecia á los deudos de los que ella tenia presos: todo á propósito de hacelle malquisto con los pueblos y con sus vasallos. El punto de la dificultad de las vistas consistia en que los del Rey don Philipe querian saber el pecho del Rey cathólico en lo que tocaba á la concordia, y si vendria en que se alterasen algunos capítulos de la de Salamanca, y quáles; en fin que todo esto estuviese asentado antes de las vistas. El Rey cathólico iba en esto muy recatado sin descubrir su pecho á nadie antes de verse con su yerno.

CAPITULO XX.

De las vistas que hobo entre los Reyes suegro y yerno.

Trataban el arzobispo de Toledo por una parte, y por la otra monsieur de Vila y don Juan Manuel, y conferian entre sí por comision de sus príncipes de conformallos, y tomar algun asiento en las diferencias que tenian. Las intenciones eran muy diversas, y asi no se acababan de concertar. El arzobispo procedia con sinceridad y verdad como lo pedia su dignidad y la buena fama de su vida, los otros con cautela pretendian hacer la concordia muy á ventaja de su amo, por lo menos entretener el tiempo; que segun eran muchos los que acudian al nuevo Rey, tenian por cierto que el Rey cathólico se veria en breve tan solo que le sería forzoso dexar el reyno desembarazado, y retirarse á su tierra. Llegó el arzobispo por la poca confianza que tenia de concluir cosa alguna, á aconsejar al Rey cathólico se retirase al reyno de Toledo: ofrecia le mandaria alli entregar todos sus lugares y castillos: que segun la distancia, y tiempo que sería menester para llegar allá, y el sobrado vicio de aquellas gentes, que conforme á su costumbre escanciaban muy largo, el calor y falta de otros mantenimientos sería causa que recibiesen mucho daño; y aunque no fuese sino el de la enemistad que cada dia se descubria mas entre castellanos y flamencos, haria mucho efecto; en fin que el tiempo y dilacion suelen adobar muchos daños. El Rey cathólico no venia en esto, y aun sospechaba no quisiese el arzobispo como los demas faltalle y acomodarse con el tiempo; que esto aventuran á ganar los que tercian en semejantes negocios. Resolvióse de verse en todas

maneras con su yerno, que en este tiempo era llegado á Verin: dende envió á don Diego de Guevara al Rey cathólico que esperaba en Rionegro, para rogalle sobreseyese en su ida por quanto esto era lo que convenia para los negocios. Mas no dexó el Rey cathólico persuadirse, antes persistia en lo que tenia determinado: decia que su yerno no se podia agraviar de que le fuese á ver, pues iba desarmado, y él venia á punto de guerra. Vista esta resolucion, desde Nellasa, do era llegado el Rey don Philipe, determinaron monsieur de Vila y don Juan Manuel de ir á verse con el Rey cathólico, y concertar el dia y lugar para las vistas, pues no se podian escusar. Para seguridad de don Juan fue enviado el duque de Alba al Rey don Philipe, si bien la voz era que iba para ayudar á dar buena conclusion y corte en los negocios. Pasáronse en el entretanto los Reyes don Philipe á la puebla de Sanabria y el Cathólico á Asturianos, que estan distantes poco mas de dos leguas. Venidos don Juan y monsieur de Vila á Asturianos, el Rey les habló dulce y amorosamente sin dar quexa alguna ni muestra de sentimiento. En lo de la concordia y particulares della respondió de manera que se entendió no quedaria por él que no se concluyese muy á gusto de su yerno. Acordaron que las vistas fuesen otro dia en un robledal que está entre la puebla de Sanabria y Asturianos cerca de una alquería que se llama Remessal. Partieron los Reyes de sus posadas segun que dexaron acordado, bien que con muy diferente acompañamiento: el Rey cathólico con los suyos que eran hasta docientos, en trage de paz y en mulas y desarmados: el Rey don Philipe á punto de guerra. A la parte de la Puebla quedaban en ordenanza hasta dos mil picas, sin la gente de la tierra y buen golpe de gente de á caballo de los que fueron en compañía de

los grandes. Pasaron delante hasta mil alemanes como para reconocer el campo. Despues desto seguian los cortesanos del Rey don Philipe, y él á la postre en un caballo y con armas secretas. A su mano derecha venia el arzobispo de Toledo, y á la siniestra don Juan Manuel. Antes que él llegase, el Rey cathólico se puso en un alto para ver los que pasaban. Llegaron los grandes y señores á besalle la mano, que él recogia de muy buena gracia. Echó los brazos al conde de Benavente: sintió que iba armado, díxole riendo: Conde cómo habeis engordado tanto? él respondió: señor, el tiempo lo causa. A Garcilasso dixo: García, y tú tambien? él respondió: señor, por Dios asi venimos todos. En esto llegó el Rey don Philipe, que aunque con semblante de algun sentimiento, hizo muestra de querer echarse del caballo y besar la mano á su suegro: él le previno y abrazó y besó con muestra de mucho amor, y la boca llena de risa. Para hablarse se entraron en una ermita que alli estaba, y en su compañía el arzobispo de Toledo y don Juan Manuel. El arzobispo con la resolucion que solia tener, dixo á don Juan: «No es buen comedimiento »que los particulares se hallen presentes á la habla de »sus príncipes: vamos de aqui entrambos." Don Juan no osó replicar. Como estuviesen junto á la puerta, díxole el arzobispo que se saliese, que él queria servir de portero: con esto cerró la puerta, y asentóse en un poyo que alli halló. Los Reyes despues de las palabras ordinarias de cumplimiento entraron en materia: tomó la mano el Rey cathólico como era razon, y habló en esta sustancia: «Si yo mirára solo mi con»tento y sosiego, y no lo que era mas pro y cumpli»dero, no me hobiera puesto á la afrenta y desvíos »que he pasado; pero el amor, y mas de padre, es »muy sufrido, y pasa por todo á trueque que sus hijos

»sean mejorados. Lo que yo y la Reyna mi muger »pretendimos, ella en encargarme el gobierno destos »reynos, y yo en conformarme á tiempo con su vo»luntad, no fue deseo de hacienda, que Dios loado »no tengo falta de ella, ni de desautorizar á nadie; »porque qué se podia interesár en hacer mal á nues»tros hijos? Vuestra edad y la poca experiencia que »teneis de los humores desta gente, nos hizo temer »no os engañasen, y usasen mal de vuestra noble con»dicion para acrecentarse, y enriquecer á costa destos »reynos y vuestra á los suyos, de que resultasen di»sensiones y revueltas semejables á las que por la fa»cilidad de los Reyes se levantaron los años pasados. »Mas pues esta nuestra voluntad no se recibe como »fuera razon, lo que yo siempre pretendí hacer en»caminadas las cosas, muy fácilmente alzaré desde »luego la mano del gobierno, ca mas estimo la paz »que todo lo al; que no falta á que acudir, cosas no »menos forzosas y que piden nuestra presencia. Solo »os quiero advertir y amonestar que desde luego pa»reis mientes quiénes son de los que debeis hacer con»fianza; que si esto no mirais con tiempo, sin duda »os vereis (lo que yo no querria) en aprietos y po»brezas muy grandes. Este arzobispo he hallado siem»pre hombre de buen zelo, y bien intencionado y de »valor: dél y de otros semejantes os podeis servir se»guramente; y advertid que no es oro todo lo que lo »parece, ni virtud todo lo que se muestra y vende »por tal." El Rey don Philipe respondió en pocas palabras como venia enseñado de sus privados: mostró estimar los consejos que le daba el Rey su suegro; y con tanto se despidieron, sin que en dos horas que estuvieron solos, ni el Rey cathólico hiciese mencion de su hija por escusar desabrimientos, ni el Rey don Philipe le ofreciese que la viese: sequedad estraña,

que dió mucho que maravillar, y aun que murmurar; y fue ocasion que se despidieron y volvieron á los pueblos de que salieron, mas disgustados que antes. Fueron estas vistas un sábado á veinte del mes de junio deste año en que vamos.

CAPITULO XXI.

Que los Reyes se vieron segunda vez en Renedo.

Prosiguieron los Reyes su camino á tres y quatro leguas el uno del otro. Llegó el Rey don Philipe á Benavente la víspera de San Juan, el Rey cathólico por su camino apartado no dexaba de solicitar que el tratado de la concordia se continuase y concluyese. Concordaron los comisarios en que el Rey cathólico desembarazase el gobierno á su yerno, y se fuese á Aragon con retencion de los maestrazgos; y que se cumpliesen los demas legados que le hizo la Reyna doña Isabel: con esto hacian confederacion entre sí de amigo de amigo, y enemigo de enemigo sin alguna escepcion. Juró esta concordia el Rey cathólico en Villafafila, donde estuvo á los veinte y siete de junio, presentes el arzobispo de Toledo don Juan Manuel, el de Vila, y luego otro dia la juró el Rey su yerno en Benavente: asiento para él muy aventajado, tanto mas que de secreto hicieron y firmaron una escritura en que se declaraba la impotencia de la Reyna para gobernar, que era lo mismo que alzarse el Rey su marido con todo, y quedar él solo con el gobierno sin competidor. Hizo sus protestaciones el Rey cathólico de secreto, presentes Thomás Malferit y Juan Cabrero, y su secretario Miguel Perez de Almazan, declarando que venia forzado en aquel concierto por estar en poder de su

yerno sin armas, y él rodeado de gente de guerra, y no poder hacer otra cosa. Hecho esto, se partió para Tordesillas. Desde alli despachó sus cartas, y las publicó, su data á primero de julio, en que daba cuenta de su recta intencion, y que siempre la tuvo de dexar á sus hijos el gobierno luego que llegasen á Castilla: que en conformidad, y para muestra desta su voluntad se salia destos reynos para tener cuenta con los que á su cargo estaban y por su ausencia padecian. Envióle el Rey don Philipe á avisar antes que partiese de Tordesillas, diversas cosas que pasaron entre él y la Reyna en Benavente, y á suplicalle mandase como padre poner en ello remedio: á esta embaxada por ser materia tan peligrosa, y tener entendido que el Rey don Philipe la pretendia encerrar, no quiso responder en particular cosa alguna mas de remitirse á su virtud y conciencia; que si él era padre, él era su marido, y ella madre de sus hijos, y por todos respetos tenia por muy cierto escogeria lo mejor y mas honesto, lo qual le rogaba afectuosamente. De Tordesillas se pasó el Rey cathólico á una aldea junto de Valladolid, que se llama Tudela, y el Rey don Philipe se fue á Mucientes. Procuraba por el camino atraer los grandes á su opinion, y sacaba dellos firmas para encerrar á la Reyna. Envió á pedir al almirante hiciese lo mismo: respondióle que si su Alteza mandaba firmase aquel papel, le dexase ver la causa con que se justificaba aquella resolucion, y para esto le diese lugar de ver y hablar á la Reyna. Respondió que decia muy bien, y asi fueron el almirante y el conde de Benavente á la fortaleza de Mucientes, do tenian á la Reyna. Halláronla en una sala muy escura, vestida de negro, y un capirote en la cabeza que le cubria casi el rostro, y debia ser el chaperon que se

usa en Francia: á la puerta de la sala Garcilasso, y dentro con ella el arzobispo de Toledo. Levantóse al almirante, y hízole la cortesía que le hiciera su madre, salvo que se quedó en pie. Preguntóle que si venia de donde su padre estaba, y cómo le dexó. Respondió que otro dia antes se partió de Tudela, y que le dexó muy bueno y de partida para sus reynos de Aragon. Díxole que Dios le guardase, y que holgára mucho de velle. Pasó el almirante algunas pláticas con la Reyna, y nunca respondió cosa que fuese desconcertada. El Rey don Philipe instaba que luego se encerrase. El almirante le dixo que mirase lo que hacía, que ir sin la Reyna á Valladolid sería cosa de grande inconveniente, y sería mal contado: que la gente estaba alterada y á la mira, y los grandes tendrian ocasion de alborotar el reyno con voz de poner en libertad á su Reyna: que su parecer era no la apartase de sí, y pues el principal mal eran celos, encerralla sería aumentar la enfermedad y pasion. Comunicólo el Rey con los de su consejo: salió decretado que la llevasen á Valladolid. Pero antes que esto se hiciese, acordaron que los dos Reyes se viesen segunda vez en Renedo, que es una aldea á legua y media de Tudela, y dos y media de Mucientes. Avisó el Rey cathólico á su yerno que por no dar que decir, procurase que estas vistas fuesen con mas muestras de amor que las pasadas, pues á todos venia á cuento para la reputacion se entendiese quedaban muy conformes. A cinco del mes de julio despues de comer partieron los Reyes para Renedo. Llegó primero el Rey cathólico, apeóse en la iglesia, y allí esperó á su yerno: las muestras de amor fueron muy grandes; estuvieron dentro de una capilla por espacio de hora y media. Avisó el Rey cathólico á su yerno mas en particular de lo que debia hacer, y de

lo que se debia guardar para gobernar sin tropiezo aquellos reynos. Por fin de la plática llamaron al arzobispo de Toledo, y en su presencia se dixeron palabras de grande benevolencia. Con esto se despidieron, y el Rey cathólico sin tratar de negocios algunos, ni aun de ver á su hija, se partió de Renedo y continuó su camino de Aragon. Suplicóle el duque de Alba le dexase acompañalle hasta Nápoles, donde pensaba ir en breve; mas aunque hizo mucha instancia, no lo consintió, antes le dixo recibiria mas servicio se quedase en Castilla para acudir á sus cosas como sobrestante de los á quien las dexaba encomendadas, que eran don Gutierre Lopez de Padilla comendador mayor de Calatrava y Hernando de Vega, que quedaban con cargo de presidir en el consejo de las órdenes, y Luis Ferrer que dexó por su embaxador; á todos los quales mandó obedeciesen al duque como á su misma persona. Esta salida del Rey cathólico, que pareció á todo el mundo muy afrentosa, llevó él con la grandeza de ánimo que solia las demas cosas. A los grandes que vinieron á despedirse, recibió con muy buena gracia sin dar muestra de algun sentimiento. Si alguno le hablaba de la ingratitud que mostraron á quien debian lo que eran, respondia que antes de todos ellos tenia recibidos muchos servicios, y que los tenia muy presentes en su memoria para gratificalles en lo que pudiese: finalmente su partida fue como si dentro de pocos dias pensára volver. A la verdad conocida la condicion del príncipe, y los humores de la gente, claramente se dexaba entender que las cosas de Castilla no durarian muchos dias en un ser; y que en breve sentirian el daño, y aun clamarian por el gobierno del que tantos años con su valor los mantuvo en paz y justicia.

CAPITULO XXII.

De las novedades que sucedieron en Castilla.

Apenas el Rey don Fernando volvió las espaldas, quando en Castilla se vieron grandes novedades. Por donde los naturales comenzaron á entender quánta falta hacía el gobierno pasado, ca es de grande importancia para todo una buena cabeza. Tenia el Rey don Philipe convocadas cortes para Valladolid. Intentó de nuevo llevar adelante su traza, que era encerrar á la Reyna con color de su enfermedad y que no queria entender en el gobierno. Los grandes tenia él negociados y venian en ello, y aun el arzobispo de Toledo pretendia que se la entregasen, y buscaba votos para salir con ello. Solo el almirante de Castilla de los que alli se hallaban, fue el primero que lo contradixo, y no quiso dar consentimiento á tan grande novedad. Habló con los procuradores de cortes, díxoles que no viniesen en cosa tan fea, que era grande deslealtad tratallo. Ellos le ofrecieron que lo harian asi, y seguirian su consejo, si algun grande les asistiese. Entonces el almirante les hizo pleyto homenage de estar con ellos á todo lo que sucediese por aquella querella. Con esto lo contradixeron la mayor parte, y solo juraron lo que en las cortes de Toro, es á saber á doña Juana por Reyna propietaria de aquellos reynos, y por Rey al archiduque como á su legítimo marido, y por príncipe y sucesor en aquella corona despues de los dias de su madre á don Carlos su hijo. Sirvió el reyno en aquellas cortes con cien cuentos pagados en dos años para la guerra de los moros, si bien la derrama desta suma se tuvo por muy grave á causa de la hambre que se padecia en Castilla muy grande, tanto que de Silicia se proveía

España de trigo, la Mancha y reyno de Toledo por el puerto de Cartagena, y por Málaga el Andalucía, cosa inaudita. Otra novedad fue que los del consejo comenzaron á entremeterse en los negocios de la inquisicion como si fueran profanos. Daban oidos en particular á los que se querellaban del inquisidor de Córdova llamado Diego Rodriguez Lucero, el qual y los demas oficiales pretendian se debian remover de los oficios. Favorecian á los presos el conde de Cabra y marques de Priego. Llegaron los del pueblo á tomar las armas. Prendieron al fiscal, y aun notario de la inquisicion, y aun entraron en el alcázar do residian los inquisidores. Quexábanse asi mismo del inquisidor mayor, que era el arzobispo de Sevilla don Diego de Deza y de los del consejo de la general inquisicion, que eran el doctor Rodrigo de Mercado, el maestro Azpeytia, el licenciado Hernando de Montemayor, el licenciado Juan Tavera, que adelante fue cardenal y arzobispo de Toledo, y el licenciado Sosa, todos personas muy aprobadas; y en esta sazon residian en Toro, donde tenian presos buen número de judayzantes personas ricas y principales. Otra novedad fue que de una vez se removieron todos los corregidores de las ciudades, y los alcaydes de las fortalezas hasta los generales de las fronteras, en que hobo tres daños notables: el uno, que se proveyeron en las tenencias y oficios muchos flamencos: el segundo, que como eran tantas las provisiones, no se pudieron hacer las diligencias para poner personas idóneas en los gobiernos; solo el favor de los cortesanos y grandes era bastante para poner cada qual sus criados, allegados y deudos sin mirar otras partes, y el dinero con que hacian feria y mercados de los oficios, en particular los flamencos que pensaban por esta via medrar: el tercero daño fue que los de-

puestos se tuvieron por agraviados les quitasen sin algun demérito el premio dado por sus servicios, que era cantera de enemigos y quexosos. La indignacion destos y la poca habilidad de los nuevos oficiales y ministros, sobre todo la fama de que andaban en venta los oficios y judicaturas, y el mal tratamiento de la Reyna fue ocasion que los pueblos se alborotasen en gran parte, y aun comenzasen á apellidarse para poner remedio en aquellos daños presentes, y prevenir otros mayores que se esperaban. Casi todos echaban ya de ver la falta que el Rey cathólico les hacía, y piaban por él con tanto despecho, que si volviera á Castilla, se entendia le acudiera la mayor parte della y casi todos. Con esto comenzaban á tener en poco al nuevo Rey, tanto que pretendió hacer presidente del consejo real á Garcilasso, y despues nombralle por ayo del infante don Fernando, y los grandes no consintieron lo uno ni lo otro, y don Juan Manuel hacía oficio de presidente hasta tanto que aquella plaza se proveyese. En la Andalucía se juntaron el duque de Medina Sidonia, el conde de Ureña, el marques de Priego y conde de Cabra: entendióse que pretendian tratar de que la Reyna se pusiese en libertad. Todos eran nublados que amenazaban grande tempestad. Partieron el Rey y Reyna por el mes de agosto de Valladollid para Segovia por causa que los marques y marquesa de Moya no querian, como les era mandado, entregar la tenencia de aquel alcázar á don Juan Manuel; pero como supieron la determinacion del Rey, y que se juntaba gente de guerra para ir contra ellos, obedecieron á aquel mandato; y el Rey antes de llegar á aquella ciudad con este aviso dió la vuelta á Tudela de Duero con intento de pasar á Burgos, y de alli á Victoria, porque se publicaba que gente francesa venia

para acometer aquella frontera. Para asegurarse por la parte de Navarra hizo el Rey don Philipe dos cosas: la una que en lugar de don Juan de Ribera nombró por general de aquella frontera al duque de Najara, la otra que hizo confederacion con aquellos Reyes muy estrecha por los reynos de Castilla y de Leon, sin hacer mencion del Rey su suegro, ni del reyno de Aragon; que fue traza muy notable, y en que contravenia á la concordia que se asentó con el Rey su suegro en Villafafila, y aun á todo el buen respeto que debe el hijo á su padre.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del Rey don Philipe.

Salió el Rey cathólico de Castilla por Montagudo, y entró en Aragon por Hariza la via de Zaragoza, donde primero la Reyna y despues el Rey fueron recebidos con grande alegria como de gente que esperaba por medio de aquel matrimonio tener su Rey propio, y ser gobernados con la moderacion é igualdad que pedian sus leyes y lo usaron los Reyes pasados. Antes que saliese de Castilla y desde el camino hizo diversas veces instancia con el Rey su yerno le entregase al duque Valentin como prisionero suyo para tenelle á buen recado en algun castillo de Aragon, ó llevalle consigo á Nápoles por ser de tanta importancia para las cosas de Italia do pensaba pasar en breve, y con este intento se aprestaba en Barcelona una armada. El Rey don Philipe se inclinaba á entregársele; mas los de su consejo fueron de parecer que se debia primero averiguar cuyo prisionero era, pues fue preso y enviado á España por el gran Capitan y en vida de la Reyna doña Isabel: este parecer se siguió, que fue otro nuevo disfavor y muy

notable desvío. Crecian las sospechas que se tenian contra el gran Capitan. Daba ocasion á los maliciosos ver que se detenia tanto, y nunca acababa de arrancar: quién decia que esperaba la venida del César, que se queria embarcar en el golfo de Venecia con ocho mil alemanes para apoderarse de aquel reyno: quién le cargaba que traía secretas inteligencias con el Rey de Francia por medio del cardenal de Ruan: quién con el Papa por medio del cardenal de Pavía; y que deliberaba de aceptar el cargo de general de la iglesia que le ofrecian para echar de Boloña á Juan de Bentivolla que tenia tyranizada aquella ciudad. No faltaba quien dixese que trataba de emparentar con Próspero Colona, y casar una hija suya con el hijo de Próspero con intento de favorecerse de los coloneses para se conservar: cada qual se persuadia que queria todo lo que podia, midiendo por ventura por su corazon el ageno. Envió el gran Capitan á España á Nuño de Ocampo por la posta para descargarse y certificar al Rey de su venida; pero como lo que se decia, era tanto y por tantas partes, no se aseguraba con esto, antes determinó partir para allá con toda brevedad. Nombró por virrey de Aragon al arzobispo de Zaragoza, y de Cataluña al duque de Calabria, dado que le quitó los criados italianos que tenia, y algunos dellos mandó que fuesen en su compañía á Nápoles, y aun procuró con el Rey de Francia le enviase la Reyna madre del duque con sus hijos. Ella no quiso venir en manera alguna; antes se fue á un lugar del marquesado de Mántua acompañada de Luis de Gonzaga su sobrino hijo de Antonia de Baucio su hermana, con acostamiento de diez mil ducados que le ofreció el Rey de Francia cada un año. Envió el Rey cathólico á Carlos de Alagon á Nápoles para avisar de su ida,

con orden de asegurar en particular á los coloneses que no serían agraviados, y que se tendria mucha cuenta con sus servicios. Hecho esto, desde Barcelona se hizo á la vela á los quatro de setiembre: en su compañía la Reyna doña Germana, y las dos Reynas de Nápoles madre é hija, de mas de gran número de caballeros castellanos y aragoneses que le hicieron compañía en aquel viage. La armada era muy gruesa, en que iban las galeras de Cataluña, y por su general don Ramon de Cardona, y las de Sicilia, cuyo capitan era Tristan Dolz, fuera de otras muchas naos. Las galeras de Nápoles quedaron en aquel reyno de respeto para que el gran Capitan se embarcase en ellas y viniese en busca del Rey. Asi lo hizo, que á los siete del mismo mes salió de Nápoles por tierra por ser el tiempo contrario para salir las galeras. Detúvose en Gaeta hasta los veinte de aquel mes: traía en su compañía al duque de Termens y muchos caballeros italianos y españoles, y por prisioneros al príncipe de Rosano, al marques de Bitonto, á Alonso de Sanseverino y Fabricio de Gesualdo, sin otros que dexó enfermos en Nápoles. En este mismo tiempo el Rey don Philipe luego que llegó á Burgos, y se aposentó en las casas del condestable, lo primero que hizo, fue mandar salir de palacio á doña Juana de Aragon muger del condestable á fin que la Reyna su hermana no tuviese con quien comunicar sus cuitas. Comenzaron asi mismo á hacer proceso contra el duque de Alba, y se mandó al almirante que para asegurar al Rey le entregase una de sus fortalezas, porque se comenzó á tener dél alguna desconfianza: él comunicado el negocio con el marques de Villena, duque de Najara y conde de Benavente, se escusaba de hacello. Amenazaban las cosas alguna gran mudanza, y parece se

enderezaban á disensiones y revueltas, quando al Rey don Philipe le sobrevino una fiebre pestilencial que le acabó en pocos dias. Algunos tuvieron sospecha que le dieron yerbas: sus mismos médicos y entre ellos Ludovico Marliano milanes, que despues fue obispo de Tuy, averiguaron la verdadera causa, que fue exercicio demasiado. Estuvo la Reyna siempre con él en su dolencia, y aun despues de muerto no se queria apartar de su cuerpo, dado que los grandes se lo suplicaron, y que demas de su ordinaria indisposicion quedaba preñada. Falleció á los veinte y cinco de setiembre, una hora despues de medio dia, en edad de veinte y ocho años. Mandóse enterrar en Granada. Depositáronle en Miraflores monasterio de Cartuxos cerca de Burgos. Tal fue el fin que tuvo aquel príncipe en el mismo principio de su reynado, sin poder gozar de la gloria que se pudiera esperar de su buen natural. Qué le prestó su nobleza? qué su edad y gentileza que fue grande? qué las riquezas y poder, en que ningun príncipe christiano se le igualaba? qué la casa real y tanto número de cortesanos? todo lo acabó la muerte cruel arrebatada y fuera de sazon. Sola la virtud no falta, que tiene muy cierto su galardon y muy hondos sus cimientos. Maravilloso Dios en sus juicios! grande inconstancia y variedad de las cosas humanas y de toda su prosperidad! Qué de esperanzas mal fundadas cayeron por tierra y se acabaron? qué de trazas comenzaron de nuevo? Fue de estatura mediana, rostro blanco y colorado, poca barba, belfo, ojos medianos, cabello largo, toda la composicion de su cuerpo muy honesta y muy amable: el ánimo muy generoso, la condicion facil (falta notable) y de que sus privados usaban mal: enemigo de negocios, aficionado á deportes, muy sugeto al parecer de los

que tenia en su casa y á su lado. En el mes de agosto se vió un cometa por espacio de ocho dias, que revolvia con su llama entre Poniente y Mediodia: entendióse despues del desastre, que amenazaba á la cabeza deste príncipe; y que pronosticaba se seguiria con su muerte en sus reynos alguna gran revolucion y mudanza.

LIBRO VIGÉSIMONONO.

CAPITULO PRIMERO.

Que el Rey cathólico supo la muerte del Rey don Philipe.

Con la muerte del Rey don Philipe las cosas del reyno y los ánimos de los principales y del pueblo grandemente se alteraron: repentina mudanza, confusion y peligro, uno de los mayores en que jamás Castilla se vió. Quién pudiera creer ni pensar que un gobierno fundado con tantas fuerzas, y por tan largo discurso de tiempo continuado en paz y justicia, en que ninguna nacion en el mundo se le aventajaba, en un instante de tiempo se hallase en términos de desbaratarse de todo punto, y trocarse en una tyranía y revuelta miserable? inconstancia grande de las bienandanzas de los mortales, y muestra clara de nuestra fragilidad. Lo que en muchos años se gana, en una hora se pierde; y la nave quanto es mayor y mas fuerte, tanto corre mas peligro, si le falta el gobernalle, como le sucedió al presente á este reyno. Los grandes desconformes, y aun en gran parte descontentos; porque quién pudiera satisfacer á la ambicion y hartar la codicia de tantos? Gran parte

de las tenencias y de los cargos del reyno en poder de flamencos en recompensa de sus servicios y de haber desamparado su patria: estos buscaban todas las maneras y caminos que podian para allegar dineros, aunque fuese con gemido y agravio manifiesto de la gente vulgar; y como no pensaban arraygar en España largo tiempo, con deseo de enriquecer todo lo ponian en venta, y de todo procuraban sacar interés. Los pueblos ofendidos con esto, y por persuasion y á exemplo de los grandes comenzaban á dividirse en parcialidades: los mas suspiraban por el gobierno pasado, y aun se quexaban del Rey cathólico que hobiese dexado á los que le desampararon y ellos mismos pusieron en necesidad de salirse afrentosamente del reyno. Todos estos desabrimientos y pasiones enfrenaba la presencia y autoridad de su Rey, aunque mozo; mayormente que no podian quexarse sino de sí mismos, que entregaron el gobierno al que menos convenia, y quitaron la vara al que tantos años los gobernára, honrára y acrecentára con grandes reynos y estados que ganó. Muerto el Rey don Philipe, luego comenzaron á brotar las pasiones, sin que se hallase quien les fuese á la mano, ni quien pusiese remedio á los males que amenazaban. La Reyna, á quien esto mas que á nadie tocaba por ser señora legítima, impedida por su indisposicion. Su hijo el príncipe don Carlos era niño y criado fuera de España. Si entraba en lugar de su madre, era forzoso que los que por él gobernasen, fuesen estrangeros en gran perjuicio del reyno y de los naturales. De dos abuelos que tenia, el Emperador lexos, y de su gobierno se podia temer con razon el mismo inconveniente de ser Castilla gobernada por los que ninguna noticia de sus cosas ni de sus humores alcanzaban. Restaba solo el Rey

don Fernando, de cuya prudencia y valor aun los que le desamaban, no dudaban; pero hallábase fuera de España, y grandemente desgustado por los malos tratamientos pasados: sobre todo que los que fueron desto causa, por su mala conciencia se recelaban que si volviese, sus demasías serian castigadas, y conforme á la costumbre de los hombres, tomado el mando, querria satisfacerse de los que le maltrataron. Este era el mayor recelo que tenian, y por esta causa remontaban su pensamiento algunos á cosas y medios estraños, tanto que el dia antes que muriese el Rey don Philipe, por entender que no podia vivir, hobo gran alboroto y escándalo entre los grandes que amenazaba guerra civil y sangrienta. Por prevenir estos inconvenientes se juntaron el condestable y almirante y duque del Infantado, que luego se declararon por el Rey cathólico, con el duque de Najara y marques de Villena cabezas del bando contrario en la posada del arzobispo de Toledo, y conferido el negocio, fueron de acuerdo que para todas las diferencias nombrasen por jueces al mismo arzobispo con otros seis que escogieron de la una parcialidad y de la otra, y que todos pasasen por lo que ellos ordenasen. Con esto primero de octubre capitularon una concordia, y la hicieron jurar á los grandes, que durase por todo el mes de diciembre fin deste año, en que entre otras cosas mandaban que ninguno hiciese levas de gente: que las personas, tierras y castillos de los unos estarian seguros que no recebirian daño de los otros: item que ninguno se apoderaria de la Reyna que quedó en Burgos, ni del infante don Fernando que á la sazon se criaba en Simancas. Su ayo era Pero Nuñez de Guzman clavero de Calatrava: él por prevenir lo que podia acontecer, y porque aun antes que el Rey falleciese, don Die-

go de Guevara y Philipe Ala con cartas que traian del Rey, á lo que se entendió, fingidas, quisieron sacar al infante de poder de su ayo, acudió al presidente y oydores de Valladolid: ellos fueron á Simancas, y traxeron al niño á aquella villa, y alli le pusieron á buen recado en el colegio de San Gregorio que fundó don Alonso de Burgos obispo de Palencia de la orden de Santo Domingo; diligencia con que se atajaron intentos no bien encaminados. El mismo dia que se ordenó y capituló la concordia entre los grandes en Burgos, el Rey cathólico aportó al puerto de Génova. La navegacion fue larga por ser el tiempo contrario, que le forzó á tocar en Palamós y Portuvendres y en Tolon, desde donde siguió despacio la via de Saona y de Génova. Antes que el Rey cathólico llegase á aquella ciudad, se juntó con él el gran Capitan que venia en busca suya con las galeras de Nápoles. Acogióle el Rey muy graciosamente; y con gran contentamiento acabó de desengañarse y entender que todo lo que se habia dicho y sospechado de la lealtad de aquel caballero, era invencion y falso. Dixo en público y en secreto grandes alabanzas de su persona; que no era razon que la fama de un tan valeroso capitan quedase injustamente manchada. La gente, particularmente los italianos, no acababan de creer ni persuadirse que persona tan prudente, y que podia tomar partidos tan aventajados, se pusiese en manos y en poder de un Rey tan sagaz y en remunerar servicios limitado. Hizo aquella ciudad muchos regalos al Rey, dado que no quiso saltar en tierra; solo avisó á los ancianos que le vinieron á visitar, sosegasen la ciudad que andaba muy alborotada y para mudar el gobierno: apercibióles que en qualquiera ocurrencia acudiria con todas sus fuerzas á su hermano el Rey de Francia.

Esto fue de tanto efecto que los que estaban para tomar las armas y para rebelarse, se enfrenaron por entonces con temor de la armada de España, si bien poco despues se alborotaron de manera que forzaron al Rey de Francia á volver á Italia para sosegallos. De Génova siguió su viage, y por continuar los vientos contrarios le fue forzado detenerse en Portofi. En aquel puerto á los cinco del mes de octubre le llegó la nueva de la muerte del Rey don Philipe su yerno. Escribíale el arzobispo de Toledo y todos sus servidores sus cartas en que le hacían instancia que olvidados todos los desgustos pasados, diese la vuelta á Castilla, en que le ofrecian lo hallaria todo tan llano como en Aragon: que no diese lugar para que con la dilacion las cosas empeorasen, y se pusiesen en término que despues no tuviesen remedio. Lo mismo le suplicaba don Alvaro Osorio, que iba en su compañía con cargo de embaxador del Rey don Philipe; pero fue tan grande su corazon, que sin embargo destos ruegos y del peligro que mejor que nadie conocia corrian las cosas de Castilla, y que volver al gobierno de Castilla era todo lo que podia desear, determinó pasar adelante en su viage. Escribió á los prelados, grandes y ciudades el sentimiento que tenia de la muerte del Rey su hijo, y que los encargaba continuasen en la lealtad que aquellos reynos siempre guardaron á la corona real, y obedeciesen á la Reyna como eran obligados: que él no les podia faltar, y dexado orden en las cosas de Nápoles, daria la vuelta en breve, resuelto de abrazar y hacer mercedes á todos como era razon y sus servicios lo merecian.

CAPITULO II.

Que el Rey cathólico entró en Nápoles.

Partió el Rey cathólico de Portofi, y si bien el tiempo no era favorable, llegó con toda su armada á surgir en el puerto de Gaeta. Alli y en Puzol se entretuvo algunos dias para dar lugar á los de Nápoles (que nunca se persuadieron llegára allá, especialmente despues que se supo la muerte del Rey don Philipe) que aprestasen el recibimiento que pretendian fuese con toda la magnificencia posible. De Puzol se pasó á Castel del Ovo. Alli á primero de noviembre, aderezadas todas las cosas necesarias, salieron del muelle de Nápoles veinte galeras, y muy en orden llegaron do el Rey los atendia, que se entró en la capitana. Dispararon primero la artillería las galeras, despues los castillos de la ciudad y naves que en el puerto se hallaban. Hecha esta salva, las galeras se acostaron al muelle. El Rey y la Reyna desembarcaron en una puente de madera que tenian para esto hecha. Salieron á recebillos el gran Capitan y toda la nobleza de aquel reyno. Llegaron al arco en que se remataba la puente, hasta donde el gran Capitan llevó de la mano á la Reyna; y el Rey juró alli los privilegios de aquella ciudad. Hecho esto, subieron á caballo debaxo de un pálio que llevaban los electos del pueblo. El Rey iba en un caballo blanco con una ropa de terciopelo carmesí: la Reyna en una hacanea con cota de brocado y un capote sembrado de lazos verdes. El estandarte real llevaba Fabricio Colona, que le dió el Rey de su mano, y le nombró por su alferez mayor; en su compañía los reyes de armas. Seguíase el gran Capitan con ropa de raso carmesí aforrada en brocado, y á su mano derecha

Próspero Colona: tras ellos los demas grandes y embaxadores; los que mas alegria dieron á todos, fueron los prisioneros, que ya iban puestos en libertad. Cerraban todo este acompañamiento muy lucido y grande los cardenales de Borgia y de Sorrento que se seguían despues del pálio. Con este orden los llevaron por las calles principales, y por los sejos, do los aguardaban los caballeros y damas de Nápoles, paradas muy ricamente con música de voces y instrumentos y toda muestra de alegria. Llegaron á la iglesia mayor, en que la clerecía y órdenes los recibieron en procesion. En Castelnovo, do fueron á parar, les salieron al encuentro las dos Reynas de Nápoles y la Reyna de Hungría. Otro dia el Rey salió por toda la ciudad acompañado de todos los grandes y barones, y por mas honrar al gran Capitan se apeó en su posada. Luego se comenzó á dar asiento en las cosas, y tratar de restituir sus estados á los barones segun que lo tenian acordado. Celebróse parlamento general. Dióse orden que jurasen al Rey y á su hija la Reyna doña Juana y á sus sucesores, sin hacer mencion de la Reyna doña Germana; que fue notable resolucion, y contra lo capitulado con Francia: el color que se tomó, fue que la Reyna se hallaba indispuesta; y que ya en Valladolid la juraron por Reyna de Nápoles. En este comedio Castilla se abrasaba en disensiones y parcialidades de secreto, puesto que en lo público todos se enfrenaban; y no era maravilla por estar el reyno sin cabeza. La Reyna ni podia ni queria atender al gobierno: las provisiones del consejo real no eran obedecidas sino de quien queria. Algunos para nombrar gobernadores eran de parecer que se juntasen cortes del reyno. En esto hacian gran fundamento el arzobispo de Toledo, el condestable y almirante: acudieron á la Reyna; pero no pudieron

acabar con ella firmase las provisiones convocatorias que llevaban los de su consejo ordenadas. Acordaron tomar testimonio desto, y que los del consejo las convocasen para Burgos como lo hicieron: no venian en esto; en especial el duque de Alba, aunque no se hallaba en la corte, decia que solo el Rey podia juntar cortes. Por esto dado que acudieron algunos procuradores al llamado del consejo, en fin no se hizo nada. Todo estaba suspenso y lleno de confusion: los pareceres de los grandes eran muy diferentes y contrarios, los mas venian en que el Rey cathólico debia tener el gobierno; los principales eran el arzobispo de Toledo, el condestable, el almirante y los duques de Alburquerque y de Bejar. Entre estos los unos no querian que se encargase del gobierno, si no venia en persona: otros juzgaban que podia gobernar en ausencia. Con esto se conformaba el arzobispo de Toledo, tanto que procuraba le enviase poderes tan bastantes para todo como quando le envió á concertar las diferencias que tenia con el Rey don Philipe; y aun por otra parte trató con la Reyna que ella se los diese. El duque de Najara y don Alonso Tellez hermano del de Villena, y don Juan Manuel juzgaban que la Reyna doña Juana por su impotencia se debia tener por muerta; y para que esto se declarase, pretendian se debian juntar las cortes. Con esto sucedia su hijo el príncipe don Carlos; mas tampoco estos no concordaban en todo, ca el duque pretendia le traxesen á España para que en su nombre gobernasen los que el reyno señalase: don Alonso fundaba en derecho que la gobernacion pertenecia al César como abuelo paterno del príncipe don Carlos y por consiguiente tutor suyo, la qual opinion andaba mas valida que la del duque; y aun el mismo Emperador tuvo gran deseo de tomar á su cargo el gobierno has-

ta dar intencion de venir á España, pospuestas todas las otras cosas que del cargaban. No faltaban personas que querian llamar para el gobierno al Rey de Portugal, y casar al infante don Fernando con su hija doña Isabel con intento de alzallos por Reyes de Castilla, por estar hostigados del gobierno de estrangeros. Quien acudia á los Reyes de Navarra, y querian se hiciese el matrimonio que pretendian, entre hija del Rey don Philipe y el príncipe de Viana para entregalles el reyno y su gobierno: con qué título? con qué color? mas se gobernaban por sus antojos, y miraban mas sus intereses que la razon. Del arzobispo decian pretendia el capelo para sí, y para su compañero fray Francisco Ruyz una iglesia: el duque del Infantado queria el obispado de Palencia para un hijo suyo: el duque de Alburquerque que el alcázar de Segovia se volviese al marques de Moya: al duque de Najara pesaba que el condestable tuviese tanta mano con el Rey cathólico, y al de Villena que el duque de Alba: el conde de Benavente queria le concediesen la feria de su villa de Villalon, como se la concedió el Rey don Philipe, sin embargo que era en perjuicio de Medina del Campo: otros tenian otras pretensiones, prestos de acudir á la parte de donde se les diese mas esperanza dellas, sin tener respeto al bien comun, si se apartaba de sus particulares. Para prevenir estos inconvenientes el arzobispo de Toledo y los deputados con él para componer todas las diferencias acordaron que los grandes jurasen que hasta tanto que se juntasen las cortes, no llamarian algun príncipe, ni se concertarian con él en manera alguna; y aun el Rey cathólico desde Nápoles escribió á los mas de los grandes, y les prometió las mas de las cosas que pretendian, con deseo de ganallos y de sosegallos en su servicio; en particular al marques de

Villena prometió daria á Villena y Almansa, y al duque de Najara las alcabalas de la merindad de Najara. Mas en el entretanto la poca conformidad que los grandes que andaban en la corte, entre sí tenian, dió ocasion á que por mal gobierno sucediesen notables desórdenes. Uno fue que por el mismo tiempo que en Nápoles se aprestaba la entrada del Rey cathólico, el duque Valentin una noche se descolgó de la Mota de Medina en que le tenian preso, y aunque fue sentido de los de dentro, no lo pudieron impedir. Recogióse primero al estado del conde de Benavente, con cuyo favor se libró: despues se fue á Navarra; caso que pudiera ser de grande inconveniente, especial para las cosas de Italia donde tanta mano tenia. Otro desorden fue que el duque de Medina Sidonia don Juan de Guzman envió á su hijo don Enrique con gente sobre Gibraltar, plaza de que hiciera merced á su padre el Rey don Enrique, y los Reyes cathólicos se la quitaron, en lo qual pretendia estar agraviado, y queria por fuerza restituirse en el señorío de aquella plaza. El alcayde que estaba en el castillo por Garcilasso, por una parte, y por otra el conde de Tendilla desde Granada y otras comunidades del Andalucía hicieron sus diligencias pora socorrer á los cercados: asi el cerco se alzó, en especial que el arzobispo de Sevilla prometió acabaria con la Reyna y con el Rey su padre estuviesen con el duque á justicia. Despues se juntaron estos personages en Tocina con los condes de Ureña y Cabra y marques de Priego, en que se concertaron entre sí y hicieron de comun acuerdo una escritura de concordia en que se obligaron de acudir á lo que fuese servicio de su Alteza y pro del reyno: obedecer las cartas que viniesen firmadas de la Reyna ó de su consejo; quanto á las cortes que tenian llamadas, protestaban que si lo

que en aquel ayuntamiento se determinase, no fuese servicio de Dios, y de su Alteza, pro y bien comun del reyno, no se tendrian por obligados á pasar por ello. Sucedió demas desto que don Rodrigo de Mendoza marques de Cenete pretendia casar con doña María de Fonseca. Levantóse pleyto sobre este matrimonio. En tanto que se sentenciaba por el juez eclesiástico, los Reyes cathólicos depositaron aquella señora en diversas partes para aseguralla de toda violencia: el marques con las revueltas la sacó por fuerza de las Huelgas de Valladolid donde últimamente la tenian puesta, que fue otro nuevo desorden. En Toledo se levantó un grande alboroto por causa que el conde de Fuensalida tomó la vara de su alguacilazgo mayor para quitar del gobierno á don Pedro de Castilla que pretendia no se debia tener por corregidor. Acudieron soldados que envió desde Ocaña Hernando de Vega: con esto, y que los Silvas se arrimaron al corregidor, el de Fuensalida desistió por entonces de su intento y la ciudad se apaciguó. En Madrid se pusieron en arma los Zapatas y don Pero Lasso de Castilla servidores del Rey cathólico de una parte, y por otra Juan Arias con los del bando contrario. En Segovia se apoderaron de las puertas y iglesia mayor los marqueses de Moya, que pretendian recobrar el alcázar cuya tenencia les quitaron. Todo ardia en alborotos y disensiones, sin que nadie fuese parte para apagar el fuego.

CAPITULO III.

La Reyna doña Juana salió de Burgos.

La indisposicion de la Reyna era de suerte que mas era impedimento que ayuda para remediar los daños. Tuvo la fiesta de Todos Santos en el monaste-

rio de Miraflores, y oida la missa y sermon, despues de comer mandó abrir la sepultura en que yacía el cuerpo del Rey su marido: entró dentro, y mandó al obispo de Burgos abriese la caxa en su presencia. Miró y tocó el cuerpo sin alguna señal de alteracion ni echar lágrimas. Esto hecho, aquel mismo dia se volvió á la ciudad. Entendióse tenia recelo no le hobiesen llevado á Flandes la gente flamenca de su casa, que hacian instancia por ser pagados, y que para esto se vendiese alguna parte de la recámara del difunto con que se pudiesen volver á su tierra. Propusieron esto á la Reyna: ninguna otra respuesta dió á su peticion tan justa sino que ella tendria cuidado de rogar á Dios por su marido. Tratóse diversas veces de sacalla de Burgos, donde estaba por una parte en poder del condestable en cuyas casas posaba, y tenia la ciudad toda de su mano, por otra don Juan Manuel tenia mucha mano en aquella ciudad por estar en su poder el alcázar; de la qual tenencia y de las de otros muchos castillos le hizo merced el Rey don Philipe. Tomaban color para sacalla que la peste comenzaba á sentirse y picar en aquella ciudad: el marques de Villena hacía instancia la llevasen á la su villa de Escalona. Su condicion no daba lugar á que le persuadiesen otra cosa mas de lo que se le ponia en la cabeza. Tenia en su compañía á doña Juana de Aragon su hermana, que la hizo volver á palacio luego que falleció el Rey don Philipe, y á la marquesa de Denia, á la condesa de Salinas con su nuera doña María de Ulloa, con las quales holgaba de hablar y se entretenia. Sentíase cargada con su preñez, salióse á la casa de la vega. De alli determinó partir de aquella ciudad, y llevar consigo el cuerpo del Rey su marido á Torquemada con voz que de alli le queria enviar á Granada. Con esta resolucion un dia antes que par-

tiese de Burgos, es á saber á los diez y nueve de diciembre, mandó á Juan Lopez de Lazarraga su secretario ordenase una provision en que revocaba todas las mercedes que el Rey su marido hizo despues de la muerte de la Reyna doña Isabel: cosa que á muchos tocaba, y tenia grandes inconvenientes. Como el secretario se entretuviese, llamó á quatro del consejo para que hiciesen despachar aquella provision: á los mismos juntamente dió orden que quedasen en el consejo los que lo eran en vida de los Reyes sus padres, y los demas se tuviesen por despedidos. Acudieron los procuradores del reyno el mismo dia que se partió, que fue el luego siguiente. Dixéronle entre otras cosas, si fuese servida, enviarian dos dellos á suplicar al Rey cathólico viniese para ayudalla en el gobierno. Respondió que holgaria mucho con la venida del Rey su señor para su consolacion: y en lo del gobierno no dixo palabra: antes les mandó se fuesen á sus posadas, y no entendiesen en cosa alguna de las cortes sin su mandado; que fue desbaratar aquellos ayuntamientos, y atajar los inconvenientes que dellos á juicio de muchos podian resultar. Fue la Reyna al monasterio de Miraflores un domingo veinte de diciembre. A la tarde sacaron el cuerpo del Rey y pusiéronle en unas andas. Acompañáronle los obispos de Jaen y Mondoñedo, y el de Málaga que era don Diego Ramirez de Villascusa. Poco despues salió la Reyna, y en su compañia el marques de Villena y el embaxador Luis Ferrer, y el condestable que acudió luego con otros muchos. El camino era de noche y con hachas. Llegaron á media noche á Cavia. Desde alli fueron á Torquemada do reparó la Reyna. En Burgos quedaron los del consejo real, el arzobispo de Toledo, el almirante y el duque de Najara. Espiraba el tiempo que en la concordia que capitularon los grandes en Burgos, se señaló: sobre

si se debia alargar hobo diferencias. El condestable no venia en que se prorogase por ser en perjuicio de la Reyna: el almirante queria que se hiciese la prorogacion, y deste parecer era el arzobispo de Toledo, que hacía asi mismo mucha fuerza en que el consejo real fuese favorecido y obedecido, pues no quedaba otro camino para entretener el gobierno hasta tanto que el Rey cathólico viniese. Otros grandes por impedir su venida trataban de casar á la Reyna: el de Villena queria casalla con el duque de Calabria: asi mismo se puso en plática que la casasen con don Alonso de Aragon hijo del infante don Enrique, que era el que quedaba solo de la casa real de Aragon y Castilla por línea legítima de varon. Llegó el negocio á que ofrecieron grande estado á doña María de Ulloa, que tenia mucha cabida con la Reyna, si lo acabase con ella: la Reyna no vino en ello, antes lo rechazó y echó muy lexos. No faltaba quien la quisiese casar con el Rey de Inglaterra, el qual dado que era de edad, lo deseó grandemente. Divulgóse otrosí que el Rey su padre la pretendia casar con Gaston de Fox su cuñado y sobrino, señor de Narbona: rumor que alteró á muchos, y fue causa que los servidores del Rey cathólico y su partido algun tanto enflaqueciese.

CAPITULO IV.

Que los barones Angevinos fueron restituidos en sus estados.

Con la ida del Rey cathólico á Italia grandes humores se removieron: acudieron á Nápoles embaxadores de los mas príncipes y potentados de Italia. Tratóse por medio del Rey de Francia de impedir al Emperador que no se apoderase del gobierno de

Flandes: traza con que se aseguraba que ni el príncipe don Carlos ni el Emperador podrian venir á España, el príncipe por estar detenido en lo de Flandes, el Emperador por estar tan lexos. Por otra parte el de Francia pretendió que con él y con el Papa se ligase el Rey cathólico para recobrar de venecianos lo que les tenian usurpado de sus estados. Daba el Rey cathólico oidos á esto por recobrar lo que poseían en aquel reyno de Nápoles; pareciale empero era necesario asentar primero las cosas de Castilla y de su gobierno, y entretanto conservarse en la buena amistad que tenia con aquella señoría. Para todo mucho ayudó la buena industria de Lorenzo Suarez su embaxador, que falleció los dias pasados en Venecia con gran sentimiento de aquella señoría, como lo mostró en el enterramiento y exêquias que le hicieron con aparato extraordinario. Quedó en aquel cargo su hijo Gonzalo Ruyz de Figueroa. Pretendia el Papa echar de Bolonia á Juan de Bentivolla que tenia tyranizada aquella ciudad. Y puesto que hacía principal fundamento para esto en la ayuda del Rey de Francia, que le enviaba gente de á pie y de á caballo para esta empresa, y el mismo Papa fue á ello en persona; todavia se quiso valer de la sombra del Rey cathólico, que hizo avisar á Juan de Bentivolla que no podia faltar al Pontífice, antes pondria su persona y estados por la restitucion del patrimonio de la iglesia. Entonces ofreció el tyrano que recebiria al Papa en la ciudad con ciertas condiciones. Envió al Papa desde Imola, do estaba, al arzobispo de Manfredonia, y fue en su compañia el embaxador Francisco de Rojas para tomar asiento con aquellos ciudadanos: con que el tyrano se salió de la ciudad últimamente, y el pueblo prestó la obediencia al Pontífice y le entregó las fuerzas y castillos. Envió el Rey cathólico á Antonio de Acuña

á dalle el parabien de aquella victoria y suceso. Juntamente pretendió confederarse en estrecha amistad con él mismo con intento que le diese la investidura del reyno para sí y para sus sucesores, sin embargo de la concordia que tenia asentada con Francia; que los Reyes á ninguna cosa tienen respeto sino á lo que les viene á cuenta. Esto se trataba muy en secreto, si bien en fin deste año envió á Boloña donde el Papa se hallaba, á fray Egidio de Viterbo vicario general de la orden de San Agustin y excelente predicador para ofrecelle sus fuerzas en defensa de su persona y dignidad, y juntamente para hacer guerra á los turcos en que él mucho deseaba emplearse, y en particular queria ayudar á despojar á los tyranos que tenian usurpadas algunas tierras de la iglesia. En este mismo tiempo se trataba muy de veras que los barones Angevinos fuesen restituidos en sus estados. Empresa era esta muy dificultosa por estar repartidos entre los que sirvieron en la conquista de aquel reyno. La prudencia del Rey y su presencia fue bien necesaria para allanar las dificultades: quitó á unos los pueblos que tenian, á los quales recompensó en otros pueblos ó juros que les dió; compró estados enteros á dinero. Todo esto no fuera bastante segun eran muchos los despojados, si no supliera con estados que sacó para este efecto de la corona real. Los principales que fueron restituidos, eran los príncipes de Salerno, Bisiñano y Melfi: el duque de Trageto, el duque de Atri, que se llamaba antes marques de Bitonto; los condes de Conza, Morcon y Monteleon, demas destos Alonso de Sauseverino. Compróse el ducado de Sessa, que se dió al gran Capitan, recompensa muy debida á sus servicios: el principado de Theano, el condado de Cirinola y Montefósculo, y la baronía de Flume, todo del duque de Gandía, que poseía muy grande es-

tado en aquel reyno. A muchos italianos y españoles se quitaron los pueblos que tenian en remuneracion de sus servicios: entre estos fueron de los principales el embaxador Francisco de Rojas, Pedro de Paz, Antonio de Leyva, Hernando de Alarcon, Gomez de Solis y Diego García de Paredes: todos llevaron de buena gana que su príncipe por quien pusieron á riesgo sus vidas tantas veces, en aquel aprieto los despojase de sus haciendas. Era mas facil de llevar este daño, que por pretender los mas volverse á sus tierras qualquiera recompensa en España anteponian á mayores riquezas en aquella tierra que ellos ponian á cuento de destierro, dado que á algunos ninguna recompensa se hizo; en particular los herederos y deudos del embaxador Francisco de Rojas, condes al presente de Mora, pretenden que por la ciudad de Rapola que le dieran por sus servicios y otros pueblos en el principado de Melfi, y en esta ocasion se la quitaron, ninguna cosa se le dió en España ni en otra parte. El privilegio original tienen los dichos condes. Túvose muy particular cuenta de contentar y conservar los Coloneses y Ursinos, casas las mas nobles y ricas de Roma. Junto con esto se hizo gran fundamento en ganar á los Seneses y al señor de Pomblin, fuerzas de importancia para todo lo que pudiese suceder en las cosas de Italia. Llegaron á esta sazon á Nápoles el obispo de Lubiana y Lucas de Reynaldis que enviaba el Emperador para tomar algun asiento con el Rey cathólico sobre el gobierno de Castilla. Estos, habida audiencia, dieron al Rey el parabien de su llegada á aquella ciudad y reyno: despues le pidieron diese algun corte sobre el gobierno de Castilla; que al Emperador su señor parecia sería buen medio quedasen con aquel cargo los que estaban diputados por gobernadores: asi mismo hicieron instan-

cia que nó sé restituyesen los estados á los barones Angevinos por el gran daño que sería tener dentro de su casa tantos enemigos: item que el Rey procurase se efectuase el matrimonio concertado del príncipe don Carlos con Claudia hija del Rey de Francia; que para asentar todo esto sería bien que se viesen. Pretendia el César pasar á Italia: la voz era para coronarse, el intento principal resistir al Rey de Francia, de quien avisaban queria ir á Roma para hacerse coronar Emperador, y dar el pontificado al cardenal de Ruan: sospechas de que se quexó gravemente el Emperador en una dieta del imperio que juntó en Constancia. Oidos los embaxadores, el Rey sin pedir tiempo respondió luego que la Reyna su hija era á quien tocaba el gobierno de Castilla; y caso que no quisiese, ó no estuviese para gobernar, pertenecia á solo él como á su padre, y que lo mismo sería en caso que muriese; que hasta entonces ningunos gobernadores tenian nombrados en Castilla: á lo de los barones respondió que tenia prometido de volvelles sus estados, y no podia faltar á su palabra: quanto al casamiento del príncipe, que el Rey de Francia le envió á avisar de la contradicion que su reyno hacía, por llevar mal que lo de Milán y Bretaña se desmembrase de aquella corona; y que todos los estados le suplicaban la casase con el duque de Angulema á quien pertenecia la sucesion de aquel reyno despues de sus dias: á lo de las vistas respondió con palabras generales que holgaría dellas quando hobiese disposicion para ello. Tuvieron segunda audiencia los embaxadores, en que llegaron á ofrecer al Rey cathólico que el César le daria título de Emperador de Italia, y renunciaria en él todos sus derechos que tenia sobre aquella provincia, y le ayudaria á hacerse señor della: á esto dixo que no convenia disminuyese el Emperador su auto-

ridad, que de Italia él no queria mas de lo que era suyo. Movieron despues desto la plática de ligarse los príncipes, Emperador, Reyes de Francia y el Cathólico con el Papa contra venecianos: á esto dixo que como los demas se concertasen, no quedaria por él. Entónces envió el Rey al César por su embaxador á don Jayme de Conchillos obispo de Girachi con cargo en lo público y órden de allanar á los flamencos para que admitiesen al Emperador á la gobernacion de aquellos estados como á tutor del príncipe don Carlos su nieto: otro tenia en el corazon, como queda ya tocado.

CAPITULO V.

Que la Reyna doña Juana parió en Torquemada.

La Reyna doña Juana se hallaba en Torquemada
1507. principio del año mil y quinientos y siete. Alli un jueves á los catorce de enero parió una hija que se llamó doña Cathalina, y adelante fue Reyna de Portugal. Vióse en gran peligro por falta de partera, oficio que hobo de suplir doña María de Ulloa su privada y camarera. Todos eran efectos de su indisposicion ordinaria que no daba lugar á medicinas ni á consejos. Hallábanse alli el arzobispo de Toledo, el condestable y otros grandes. Los de su consejo con su presidente el obispo de Jaen se quedaron en Burgos. Deseaban los de su consejo componer las diferencias que se continuaban entre los grandes, y sosegar la llama de los alborotos que por todas partes se encendia; pero tenian sus provisiones y mandatos poca fuerza, de suerte que quien no queria obedecer, se salia con ello; todo era violencias y males: miserable estado, y avenida de escándalos y desórdenes. El alboroto de Córdova contra los inquisidores iba

adelante. El motivo principal era que los presos, por revolver el pleyto, tenian encartada gran parte de la nobleza como cómplices en sus delitos. El pueblo atribuía esto á la malicia de los inquisidores. En Toledo los Silvas y Ayalas se pusieron en armas, los Ayalas en favor de un pesquisidor que venia nombrado por el consejo con suspension de varas del corregidor y sus oficiales; los Silvas pretendian que el pesquisidor no entrase, y que el corregidor quedase con su oficio. Eran gran parte para salir con todo lo que querian, por tener en su poder las puertas y las puentes; mas prevalecieron los Ayalas porque los seguía el pueblo; y el corregidor don Pedro de Castilla fue echado de la ciudad, en que hobo sobre el caso muertos y heridos. A Madrid traían alborotado don Pedro Lasso de Castilla, que estaba por el Rey cathólico, y Juan Arias cabeza del bando contrario. El corregidor de Cuenca Philipe Vazquez de Acuña tenia oprimido el regimiento para que no obedeciesen á la Reyna. Diego Hurtado de Mendoza le echó fuera de la ciudad, y se dió orden que el regimiento nombrase alcaldes ordinarios que gobernasen en nombre de la Reyna. En Segovia el marques de Moya tenia cercado el alcázar, y hizo salir de la ciudad todos los vecinos que no eran de su opinion, hasta quemar la iglesia de San Roman en que algunos de sus contrarios se hicieran fuertes. La Reyna no servia de otra cosa mas de embarazar. Para prevenir que el fuego no pasase adelante en el Andalucía, se ligaron el marques de Priego y conde de Cabra con el conde de Tendilla capitan general de Granada, y el adelantado de Murcia en servicio de la Reyna, y para conservar en justicia aquellas tierras hasta tanto que el Rey cathólico volviese. Vino el conde de Ureña á la corte. Pretendió interponer su autoridad para sosegar los grandes,

dado que asi bien él, como los demas, daba sus quexas y tenia sus pretensiones, que venian á parar todas en el alcaydía de Carmona que le habian quitado, y en una encomienda que pedia para su hijo don Rodrigo. Los grandes sin embargo se armaban. El almirante juntaba gente para apoderarse de Villadada y Villavicencio, villas que decia le tenia usurpadas el duque de Alba. El duque de Najara andaba en la corte muy acompañado de gente de armas; y llegó á tanto su atrevimiento que ocupó las posadas que en Villamediana se dieron á los del consejo, que por esta causa se fueron á Palencia. Don Juan Manuel vino á Torquemada con sesenta lanzas. El marques de Villena y el condestable asi mismo se apercebian de gente. El arzobispo de Toledo, vistos estos desórdenes, comenzó á traer gente de guarda, y juntó cien lanzas y trecientos alabarderos, y dió orden como de su dinero se pagasen las compañías de las guardas ordinarias: y aun por esta causa quiso jurasen obediencia á la Reyna y á él mismo: todo á propósito de enfrenar la insolencia de los grandes por una parte, y por otra que el consejo no despachase algunas provisiones poco á propósito para tiempos tan revueltos. Alteróse por esta causa el duque de Najara. Juntó mas gente para su seguridad. Las cosas llegaron á término que una noche en Torquemada bobieran de venir á las manos los del duque y los del arzobispo Para atajar estos daños se dió orden que en aquella villa solo quedase la gente de la Reyna y del arzobispo: con que el duque se partió mal enojado. Antes que don Juan se saliese de Torquemada, se juntaron con él en Grijota el almirante, el de Villena, el de Benavente y Andrea del Burgo embaxador del Emperador: concertaron de impedir la venida del Rey cathólico, si primero no satisfacia á sus demandas y pretensio-

nes. Despues se juntaron algunos dellos en Dueñas: alli acordaron echar fama que el arzobispo de Toledo y condestable tenian á la Reyna presa; últimamente se fueron á Villalon con intento de juntar gente para socorrer el alcázar de Segovia que tenia apretado el marques de Moya. El Rey de Portugal tenia asi mismo sus inteligencias con el marques de Villena para impedir la venida del Rey cathólico, y procurar que el Emperador traxese al príncipe, y como su tutor tomase á su mano el gobierno. Vino por este tiempo de Roma don Antonio de Acuña proveido del obispado de Zamora. Cometióle el Rey como á deudo que era del marques de Villena, que le asegurase en su servicio, y le ofreciese le darian á Villena y Almansa que tanto él deseaba. No bastó esta diligencia, ni fue de mayor efecto la que hizo don Alvaro Osorio con el duque de Najara y con don Juan Manuel, con los quales se fue á ver para sosegallos y atraellos al servicio del Rey cathólico. De la provision del obispado de Zamora en la persona de don Antonio de Acuña se quexó el condestable, que fuese premiado el mayor enemigo que tenia, y á él no se hiciese merced alguna. Resultó asi mismo otra nueva revuelta. Los del consejo por haberse hecho aquella provision sin preceder suplicacion de la Reyna ni del Rey su padre como era de costumbre, juzgaron que sería en gran perjuicio de la preeminencia real, si se consintiese llevar adelante. Despacharon sus provisiones enderezadas al dean y cabildo de aquella iglesia para impedille la posesion; y si la posesion fuese tomada, mandaban que no la dexasen continuar, ni acudiesen con los frutos del obispado á don Antonio. Llegaron las provisiones á tiempo que don Antonio estaba en pacífica posesion. Despacharon al alcalde Ronquillo que hiciese executar sus mandatos. Don Antonio que so-

brevino con gente una noche, le prendió dentro de su posada y llevó á la fortaleza de Formosel. Acudieron el corregidor de Salamanca para castigar aquel desorden y desacato, y el duque de Alba mandó juntar sus vasallos para lo mismo. Pero ninguna diligencia bastó para remover á don Antonio, y que no quedase con su obispado. Todo el reyno ardía en alborotos, tramas, quexas y pretensiones. Los mejores querian vender lo mas caro que pudiesen, su lealtad y servicio, acomodar sus cosas: para sí, sus deudos y amigos sacar lo que mas pudiesen. El Rey cathólico como quier que no pretendia traer la espada desnuda contra los que le ofendieron, asi parecia cosa dura y afrentosa comprar con dádivas lo que de derecho se le debia, bien que desagraviar á los que injustamente padecian, á todos parecia muy conveniente. En esta sazon los del consejo prorogaron las cortes por espacio de quatro meses: con que los procuradores del reyno, que se entretenian en Burgos, se volvieron á sus casas.

CAPITULO VI.

Que el duque Valentin fue muerto.

Las cosas de Castilla se hallaban en esta confusion, y por las fronteras de Navarra se comenzaron á mover algunas novedades. El Rey don Juan con la ocasion de la ausencia del Rey cathólico que le tuvo siempre enfrenado, determinó tomar enmienda de los desacatos que su condestable el conde de Lerin le tenia hechos en muchas maneras por las espaldas que de Castilla le hacian. Para este su intento vino muy á propósito la huida del duque Valentin su cuñado. Luego que se acogió á su reyno, le nombró por su capitan general; con cuya ayuda pretendia despojar

de todo su estado al conde de Lerin, y echalle de todo aquel reyno como á notorio rebelde y enemigo de su corona. Juntó sus gentes que eran docientos ginetes y ciento y cincuenta hombres de armas, y hasta cinco mil infantes. Con este exército un miércoles á diez de marzo se puso sobre la fortaleza de Viana, cuya tenencia se habia dado al condestable, y tenia dentro para su defensa á don Luis de Biamonte su hijo, y yerno del duque de Najara. Otro dia despues que llegó esta gente á Viana, por ser la noche muy tempestuosa tuvo comodidad el condestable de acudir desde Mendavia, que era una su villa á tres leguas de alli, á favorecer y proveer á los cercados. Llevó en su compañía docientas lanzas, y dexó fuera de Mendavia en un barranco á la cubierta de un viso hasta seiscientos de á pie. Entró en la fortaleza, y basteciola lo mejor que pudo. A la mañana al dar la vuelta fueron sentidos. Salieron del campo del Rey hasta setenta lanzas en compañía del duque Valentin, que por la priesa iba mal armado. Seguía el Rey con la demas gente, aunque despacio y no muy en orden. El duque como era arriscado acometió á los que se retiraban, mató y prendió hasta quince hombres. Adelantóse en seguimiento de un caballero hasta el lugar en que tenian la celada. Revolvieron otros quatro caballeros sobre él: hirióle el uno con una lanza sobre el faldar, fue el golpe tal que le arrancó del caballo. Acudieron los de la celada, y sin ser conocido, aunque peleó muy bien á pie con una lanza de dos hierros, al fin le mataron, y le despojaron en un momento hasta de la camisa. Con la muerte del duque toda la demas gente se volvió con poca honra á sus estancias: el condestable de Mendavia por estar mas seguro se pasó á Lerin. Asi acabó sus dias el que poco antes ponia espanto á toda Italia, y en cuya mano esta-

sobre el alcázar; y dado que los de dentro se defendieron muy bien por espacio de seis meses, al fin con minas que se sacaron por diversas partes, reduxeron los de dentro á término que le rindieron á los quince de mayo. Ayudaron al marques en esta empresa el duque de Alburquerque que fue allá en persona, y el condestable, duque de Alba y Antonio de Fonseca con gentes que de socorro le enviaron.

CAPITULO VII.

Que el Emperador y Rey cathólico trataban de concertarse sobre el gobierno de Castilla.

Los embaxadores del César que fueron á Nápoles, hacían grande instancia sobre las vistas de los dos príncipes consuegros. Ofrecian que el Emperador vendria á Niza, ó que el Rey cathólico fuese á Roma, donde el César en breve pensaba venir á coronarse: que en un dia se podrian mejor conformar por sus personas que en mucho tiempo por medio de terceros. El Rey cathólico daba diversas escusas para no venir á las vistas; la mas principal que los reynos de Castilla padecerian mucho daño con aquella tardanza que forzosamente sería de algunos meses. Como se resolvió en esto, los embaxadores le requirieron no volviese á Castilla sin que primero se concertasen todas las diferencias; que de otra manera el Emperador sería eso mismo forzado de ir allá, y los males que dello resultasen se imputarian y estarian á cuenta del que diese la causa. Pareció este término mas desafio que voluntad de concierto; todavia se comenzó á tratar por los embaxadores sobredichos de una parte, y de otra el gran Capitan, el camarero y el secretario del Rey cathólico de los derechos que cada uno pre-

tendia tener por su parte; y de los medios que se representaban para conformarse. Muchas cosas se alegaron como en negocio tan grave. Los principales puntos en que el Rey cathólico se fundaba, eran ser padre y por consiguiente tutor de la Reyna, y su voluntad que siempre dió muestra de querer que su padre gobernase, y el testamento de la Reyna doña Isabel que asi lo disponia. De parte del Emperador se oponia que en caso que la Reyna estuviese impedida, sucedia el príncipe su nieto en cuya tutela debia ser preferido el abuelo paterno. Que el Rey cathólico se casó segunda vez, por do perdió la tutela, especialmente que prometió á la Reyna doña Isabel no lo haria, por lo menos era cierto que si entendiera se pretendia casar, no le dexára el gobierno. Lo tercero que los grandes, cuyo consentimiento se requeria, no venian en su gobernacion; y no era razon poner el reyno en condicion de revolverse: otras razones alegaron, mas estos eran los nervios fundamentales. Pasaron á tratar de medios. Los del Emperador decian que su señor holgaria se cometiese el gobierno á veinte y quatro personas: dellas las diez y seis nombrase él, y las ocho el Rey cathólico, y que estos gobernasen en compañía del Rey. Y quanto á las provisiones de oficios y beneficios, que de tres partes el Rey proveyese la una, y las dos los del gobierno: las rentas dividian en quatro partes, las tres partes para la Reyna, y la una para el Rey. Item para asegurar la sucesion del príncipe don Carlos querian que todas las fortalezas del reyno estuviesen en poder del Emperador: todas eran demasías y exôrbitancias á propósito de revolvello todo. Pedian otrosí que se enviasen á Flandes algunos hijos de grandes y personas principales de Castilla y Aragon para criarse con el príncipe; y que se diese seguridad para los que si-

nombre de la Reyna doña Juana sin hacer mencion de la Reyna doña Germana, como fuera razon para conformarse con lo que tenian capitulado.

CAPITULO VIII.

Que el Rey cathólico partió de Nápoles.

Importaba mucho que el Rey cathólico abreviase en su venida para atajar inconvenientes y sosegar malos humores que cada dia por acá se levantaban, lo qual él no ignoraba; mas las cosas de Nápoles le detenian hasta dexallas bien asentadas. Hacía instancia con el Papa por medio de su embaxador Gerónimo Vic le diese la investidura de Nápoles. Anduvieron sobre el caso demandas y respuestas. El Pontífice se resolvió de dársela con condicion que le recobrase con sus gentes las ciudades de Faenza y Arimino que tenian los venecianos usurpadas en la Romaña. No se podia hacer esto en poco tiempo, y las revueltas de Castilla no sufrian tanta dilacion. Resolvióse de abreviar su partida de qualquiera manera que fuese. Para prendar mas al gran Capitan otorgó un instrumento en que daba fé de la lealtad que siempre en su persona halló, y de su mucho valor y servicios señalados; cuya copia se envió á todos los príncipes para que si alguno habia dél concebido, ó sospechado otra cosa, quedase con tal testimonio desengañado. Era venido á Nápoles Juan de Lanuza virrey de Sicilia: á este caballero por la mucha confianza que hacía dél, y sus buenas partes, determinó dexar por visorrey de Nápoles. Pero porque antes que el Rey se embarcase, él y su hijo Juan de Lanuza que era justicia de Aragon, fallecieron, nombró por virrey de Nápoles á su sobrino don Juan de Aragon conde de Ribagorza, y

á Sicilia envió á don Ramon de Cardona con cargo de teniente general. Para el consejo de estado de Nápoles nombró á Andres Garrafa conde de Santaseverina y á Hector Piñatelo conde de Monteleon y á Juan Bautista Espinelo, al qual quitó entonces el cargo y nombre de conservador general por ser muy odioso en aquel reyno. Dexó orden al virrey que conservase los coloneses y ursinos; y á Bartholomé de Albiano se restituyó su estado porque se reduxo á la obediencia del Rey. Proveyóse que demas de la gente de guerra docientos gentiles hombres residiesen en la corte con nombre de continos y acostamiento por año de cada ciento y cincuenta ducados. A los venecianos que se mostraban sospechosos de la voluntad del Rey, para asegurallos envió á Philipe Ferraras que hiciese con aquella señoría oficio de embaxador. Proveido todo esto, el Rey se hizo á la vela un viernes á los quatro de junio con diez y seis galeras. Ocho dias antes partió la armada de las naos, y por su general el conde Pedro Navarro. El reyno de Portugal florecia por este tiempo en todo género de prosperidad, y estendia su fama por todas las partes: merced de Dios, que les dió un Rey tan señalado como el que mas en valor y prudencia y en noble generacion. Parió la Reyna en Lisboa á los cinco de junio un hijo que se llamó don Fernando. Las grandes esperanzas que daba su buen natural, y aficion á las letras cortó la muerte arrebatada que le sobrevino en la flor de su mocedad. Algunos grandes de Castilla, en especial el marques de Villena, pusieron los ojos en este príncipe para que se encargase del gobierno de aquel reyno, con intento de impedir por este modo la venida del Rey cathólico; mas él no quiso aventurar su sosiego por promesas de pocos y mal fundadas, si bien de secreto deseaba tener mano en las cosas de Castilla

por casar sus hijos con los de la Reyna, y por este medio tomar uno de dos caminos, ó como tutor en tal caso del príncipe don Carlos su yerno encargarse del dicho gobierno, que le venia muy á cuento para proseguir la navegacion de la India y la conquista de Africa con la ayuda que podia tener de Castilla, ó por lo menos obrar con el Emperador que tomase á su cargo lo que el derecho le daba. A esto mismo convidaba al César el Rey de Navarra, y aun le ofrecia el paso por su tierra, que decia sería camino muy facil, y esto por estar muy sentido del Rey cathólico, y aun receloso que si volvia á su antiguo poder, no pararia hasta apoderarse de aquel reyno: es cosa cierta que á estos dos Reyes pesaba de la prosperidad del Rey cathólico, y no querian tener vecino tan poderoso conforme á la costumbre de todos los príncipes. La misma instancia hacian al Emperador los grandes sus aficionados y parciales; y él mismo estuvo muy determinado de ponerse en camino y pasar en España, como consta de una que escribió desde Constancia, do se tenia la dieta del imperio, deste tenor á don Juan Manuel: «Por otras cartas vos he hecho saber »mi determinacion, que era de ir en persona á esos »reynos y llevar conmigo al príncipe don Carlos mi »nieto: é si las cosas dellos no estuviesen en la paci»ficacion que convenia al servicio de la serenísima »Reyna mi hija, daria tal orden que ella fuese servi»da é obedecida, é la sucesion del príncipe asegura»da. Pero despues he sido informado que ha habido »algunas novedades; por lo qual me tengo de dar »mas priesa para ir á esos reynos y llevar conmigo al »príncipe. E ansi yo partiré de aqui para Bravante de »hoy en catorce ó quince dias; é ya he mandado ade»rezar las cosas que para mi ida á esos reynos son ne»cesarias. Entretanto yo vos ruego y encargo que os

»junteis con nuestro embaxador y con los otros ser»vidores del príncipe, como hasta aqui habeis hecho, »y no se dé lugar á que se haga cosa contra la liber»tad de la Reyna, ni contra la sucesion del príncipe; »que idos allá, habiendo respeto al amor que el Rey »mi hijo que haya santa gloria, os tenia, é á la vo»luntad que tenia de os hacer mercedes, é á vuestros »servicios, se hará con vos lo que el Rey mi hijo de»seaba hacer. De la mi ciudad imperial de Constancia »á doce de junio de mil y quinientos y siete."

CAPITULO IX.

De las vistas del Rey cathólico con el Rey de Francia.

Hallábase el Rey de Francia en Italia, donde abaxó los meses pasados con un grueso exército para sosegar en su servicio los ginoveses que con las armas pretendian recobrar su libertad y salir de la sugecion de Francia; en que pasaron tan adelante que el año pasado el pueblo se alborotó contra los nobles. Abatieron las armas de Francia de todos los lugares en que estaban, y sacaron por duque á un tintorero de seda por nombre Paulo de Nove. Para sosegar estos movimientos el Rey de Francia envió primero su gente, despues él mismo pasó á Italia. Tratábase con esta ocasion que á la vuelta del Rey cathólico para España los dos Reyes se viesen. Pareció la ciudad de Saona lugar á propósito para esta habla. Detuviéronse las galeras en Gaeta y por las costas de Roma y de Toscana algunos dias por ser el tiempo contrario. Llegó el Rey cathólico a Génova á los veinte y seis de junio. Allí le salió á recebir Gaston de Fox señor de Narbona su sobrino y cuñado con quatro galeras.

Aguardaba ya el Rey de Francia en Saona su llegada. Salió el Rey cathólico vigilia de San Pedro del puerto de Génova para ir allá. Fue grande el recebimiento que se le hizo. Salió el Rey de Francia á la marina, y despues de haberse recogido y abrazado con toda muestra de alegria, los dos Reyes el Cathólico á manderecha, el Frances á la izquierda, y en medio la Reyna fueron debaxo del pálio al castillo, do tenian hecho el aposento á los huéspedes (1). El de Francia por mas honrallos se pasó á las casas del obispo. El dia de San Pedro oyeron missa juntos. Los cortesanos á porfia andaban muy lucidos, en especial los españoles con las riquezas de Nápoles iban en estremo arreados y bravos. Aquella noche cenó la Reyna con el Rey de Francia su tio, y con el Rey cathólico dos cardenales, el de Santa Praxedis, que vino por legado del Papa á las vistas, y el de Ruan legado de Francia. Otro dia cenaron los dos Reyes y Reyna juntos, y con ellos por quarto el gran Capitan á instancia del Rey de Francia, que le honró con todo género de favor, palabras y cortesía. Lo mismo hizo el Rey cathólico con el señor de Aubeni, tanto que él entró en esperanza le mandaria restituir el condado de Venafra que poseía al tiempo que se rompió la guerra. Grande resolucion fue la del Rey cathólico ponerse libremente en poder de su competidor, y hacer dél tanta confianza: larga materia de discursos, especial para italianos. En estas vistas lo que principalmente se trató, fue de tomar la empresa contra la señoría de Venecia, plática comenzada otras veces. Despedidas las vistas, continuó el Rey cathólico su viage, que por ser los vientos contrarios la nave-

(1) Guic. lib. 7.

gacion fue larga. Llegó al puerto de Cadaques en Cataluña á los once de julio; y por huir la peste de que se harían muchos por aquella comarca, no paró hasta llegar á la playa de Valencia, que fue á los veinte del mismo mes, donde dias antes era aportado Pedro Navarro con los navíos. Fueron grandes las fiestas que en aquella ciudad hicieron á los Reyes. La Reyna entró debaxo del pálio por ser alli su primera entrada. Con la nueva de la venida del Rey lo de Castilla se allanó con facilidad, en particular el marques de Villena de su voluntad se reduxo y puso en las manos del Rey, con promesa que se le hizo de estar con él á justicia, y hacelle razon en todo lo que pretendia estar agraviado. Y dado qué esta reduccion la hizo mas forzado que de grado, todavia se estimó en mucho; y aun su primo el conde de Ureña obró y ayudó muy bien para que se reduxese á mejor partido: en premio deste buen oficio, y por asegurallc mas le dieron la tenencia del castillo de Carmona que pretendia se le debia y era suya. Al duque de Medina Sidonia con el mismo intento por medio del condestable se le dió intencion de hacelle recompensa por lo de Gibraltar en dinero y juros. Para todo daba calor el arzobispo de Toledo, muy contento, demas de las mercedes recibidas, que el Rey cathólico le traxese impetrado del Papa el capelo, y el oficio de inquisidor general en los reynos de Castilla y Leon por cesion que hiciera de aquel cargo el arzobispo de Sevilla, como consta todo por una carta que le escribió el Rey cathólico poco antes de su partida de Nápoles; cuyo original se guarda en su colegio mayor de Alcalá de Henares (1). In-

(1) Alvar Gom. en su vida, lib. 3.

quisidor general en la corona de Aragon era fray Juan de Enguerra confesor del Rey. Con estos medios tan fáciles se sosegaron los ánimos de casi todos los grandes, y quedó tan llano lo de Castilla quanto se podia desear. Una cosa dió mucho que murmurar á todo el reyno y maravillarse. Esta fue que impetró del Papa la iglesia de Santiago para don Alonso de Fonseca mozo de pocas letras; y lo que era mas feo, por resignacion que en su favor hizo su mismo padre con título que se le dió á él de patriarchá de Alexandría: negocio de muy mala sonada, que tal iglesia pasase de padre á hijo, especialmente bastardo, y novedad nunca oida. Verdad es que los servicios del padre fueron siempre muy grandes; y la revuelta de los tiempos, y que el mismo don Alonso el mozo acompañó al Rey en aquel viage de Nápoles, pudieron escusar algun tanto este hecho, de que sin embargo toda la vida tuvo este príncipe gran pesar: mas quién hay que no yerre en algo? en algo digo, y no en muchas cosas? Restaba por allanar el duque de Najara y don Juan Manuel, y de nuevo el conde de Lemos, que los dias pasados se apoderó por fuerza en Galicia de la villa de Ponferrada que era de la corona real, y de gran parte del marquesado de Villafranca; á lo qual todo, si bien pretendia tener derecho, era grande desacato proceder por via de hecho. Tratóse en Hornillos do la Reyna residia de atajar este daño. Los del consejo, el arzobispo y otros grandes acordaron que el duque de Alba y conde de Benavente con gente fuesen contra el conde. Hizose así, juntaron como dos mil lanzas y tres mil infantes para esto. El duque de Berganza dió muestra de querer acudir á socorrer al conde, inducido por su hermano don Dionis yerno del conde, casado con su hija heredera; mas el Rey de Por-

tugal no dió lugar á ello. Trató empero con el arzobispo de Toledo que no se procediese por via de fuerza contra el conde, sino que le diesen lugar para alegar de su derecho. En fin el conde se allanó, restituyó á Ponferrada y los lugares que tenia tomados del marquesado de Villafranca, porque con la nueva de la llegada del Rey cathólico á Valencia todos le desamparaban, y él mismo con el miedo, que es gran maestro, cayó en que iba por camino errado. Don Juan Manuel, caudillo de aquella su parcialidad, resuelto de partirse para Alemaña y Flandes, do ya eran idos el de Vila y el de Vere y los demas flamencos, encomendaba el castillo de Burgos al duque de Najara, y el de Jaen al conde de Cabra. Por este tiempo vino nueva al Rey cathólico que el alcayde de los Donceles que residia en Mazalquivir, con cien caballos y tres mil infantes que llevó de España, los mas de los que vinieron de Nápoles, hizo una entrada muy larga en tierra de moros la via de Tremecen, y que al dar la vuelta con grande presa de ganados y cautivos no lexos de Orán fue roto por el Rey de Tremecen que salió en su seguimiento con grande morisma. Pelearon los nuestros muy bien, pero no pudieron contrastar á tanta muchedumbre: perdieron la presa toda, y las vidas los mas. El alcayde con setenta de á caballo rompió por los enemigos, y se metió en Mazalquivir: de todos los demas solos quatrocientos se salvaron por los pies, y otros tantos quedaron cautivos, que fue una pérdida muy grande. El Rey con la nueva desta rota envió desde Valencia algunas galeras y naos para socorrer á Mazalquivir, si fuese necesario. En Nápoles Diego García de Paredes dió en ser cosario por el mar, exercicio soez. Lo mismo Diego de Aguayo y Melgarejo. Diego Garcia pasó á Levante, donde hizo

grandes daños: los otros dos desde Iscla robaban lo que podian. Un valeroso soldado catalan por nombre Michalot de Prats, que envió el virrey contra ellos, junto á Belveder tierra del príncipe de Bisiñano les tomó las fustas, y ellos se salvaron la tierra adentro. Apenas hizo esto el Michalot quando por una sobrevienta muy brava se anegó con una carabela en que iba, sin poder ser socorrido, dado que estaba á vista de tierra; que fue un caso muy notable. Por este tiempo Alonso de Alburquerque, que fue el año pasado enviado en compañía de Tristan de Acuña á la India de Portugal para suceder en el cargo á Francisco de Almeyda, antes de llegar á verse con él sugetó la isla de Ormuz, una de las plazas mas importantes de aquellas partes, puesta á la boca del sino Pérsico, y aunque estéril y calurosa en estremo, sin agua, y tan pequeña que boxa solas quatro leguas, por la contratacion de Levante á causa de dos puertos que tiene, muy rica y abundante en toda suerte de regalos y comodidades. En la costa de Africa á la parte del mar Océano los portugueses se apoderaron de Safin, ciudad grande y abundante, que fue otro tiempo del Rey de Marruecos, y á la sazon tenia sus señores particulares.

CAPITULO X.

El Rey cathólico se vió con la Reyna su hija.

Quedó la Reyna doña Germana en Valencia con cargo de lugarteniente general, aunque en breve pasó á Castilla. El conde Pedro Navarro fue delante con la mayor parte de los soldados que venian en el armada, la via de Almazan. Con tanto partió el Rey de aquella ciudad á los once de agosto. Salióle al camino el arzobispo de Zaragoza, los duques de Medi-

naceli y de Alburquerque. Llegó á Montagudo que es el primer pueblo de Castilla, un sábado veinte y uno de agosto. De alli pasó á Almazan y Aranda. Acudian por todo el camino á la hila grandes, prelados y señores para visitalle y hacelle reverencia, los mas con deseo de recompensar con la presteza los deservicios pasados, y con fingida alegria. La Reyna estuvo hasta este tiempo en Hornillos con harta incomodidad sin querer salir de alli, dado que se quemó el techo de la iglesia, y fue necesario pasar el cuerpo del Rey don Philipe, que en ella le tenian, á palacio. Pero con el aviso que tuvo de la venida del Rey su padre, salió de aquel lugar y fue á parar á Tórtoles, aldea que está no lexos de Aranda, de do se fue el Rey á Villavela, que está media legua de Tórtoles do su hija le esperaba; y un sábado veinte y ocho de agosto, oidas vísperas, fue á Tórtoles. Salieron al camino el condestable y marques de Villena con los otros grandes que asistian con la Reyna: asi mismo el arzobispo de Toledo, y nuncio apostólico con otros prelados. Llegó el Rey á su posada, en que le esperaba la Reyna. El Rey se quitó el bonete, y la Reyna el capirote que traia: echóse á los pies de su padre para besárselos, y él hincó la rodilla para levantalla. Despues que estuvieron un rato abrazados, entráronse en un aposento. Acabada la plática, la Reyna se volvió á su palacio. Alli el otro dia la vió el Rey, y estuvieron juntos mas de dos horas. Entendióse por el semblante que mostró el Rey, no la halló tan falta como se pensaba, y que le encomendó todo el gobierno del reyno; vióse esto por el efecto, porque luego comenzó á dar orden en todo, y proveer oficiales como le pareció. Estuvieron en aquel lugar siete dias, los quales pasados, se fueron á Santa María del Campo. Quisiera el Rey que

en aquel lugar se diera el capelo al arzobispo de Toledo: la Reyna no lo consintió, ca decia no era razon se hallase ella do se hiciesen alegrias y fiestas. Por esta causa se le dió en la iglesia de Mahamud: el pueblo era pequeño, la solemnidad fue grande. Intitulóse cardenal de España, dado que su título particular era de Santa Balbina. Hallábase en la corte en Santa María del Campo Andrea del Burgo embaxador por el César, hombre sagaz, atrevido y mañoso en tanto grado que aun despues de la venida del Rey cathólico no cesaba de solicitar á muchos que se declarasen contra su gobierno. Mandóle el Rey despedir con color que llevase respuesta de lo que le fue encomendado. Envió en su compañía á Juan de Albion para que avisase al Emperador de su parte y de la Reyna le pluguiese de enviar persona por embaxador suyo, que tuviese buen fin y zelo á la paz de aquellos reynos, que era lo que á todos convenia. Junto con esto trató de conformar entre sí al condestable, almirante y duque de Alba, y asegurarse dellos y de los otros grandes. Procuró otrosí sosegar las alteraciones del Andalucía, porque en Córdova el marques de Priego tomó las varas á los oficiales de don Diego Osorio corregidor: en Ubeda los del bando de Molina desasosegaban la tierra con el favor que les diera el corregidor don Antonio Manrique, sobrino y parcial del duque de Najara: en Sevilla don Pedro Giron hijo del conde de Ureña por muerte del duque de Medina Sidonia don Juan pretendia que no sucedia en aquel estado don Enrique hijo del difunto, sino doña Mencia su muger. Dióse orden que los puertos de Vizcaya y de Galicia estuviesen muy seguros, y que de Galicia saliesen el conde de Lemos y don Hernando de Andrada, que tenian gran mano en aquella tierra. Lo mismo

se hizo en los puertos de Cadiz, Gibraltar y Málaga, y aun para asegurarse de los moriscos les mandaron despoblar la tierra por espacio de dos leguas de la costa del mar del reyno de Granada por quanto se estiende desde Gibraltar hasta Almería, con intento que en aquella parte se heredasen y la poblasen christianos viejos, dado que esto no se pudo executar. Tenia en su poder don Juan Manuel las fortalezas de Burgos, Jaen, Plasencia y Miravete; mandó el Rey cathólico que las rindiesen los alcaydes y se las entregasen. El de Burgos, que se llamaba Francisco de Tamayo, dilataba la execucion y entreteníase con buenas palabras. Por esto el Rey acordó pasar adelante camino de Burgos, y juntamente dió orden al conde Pedro Navarro que con la gente de guerra que traía, y la artillería de Medina del Campo fuese á combatir aquella fortaleza. El alcayde, sabida esta determinacion, sin esperar mas entregó la fuerza: lo mismo se hizo de las demas. Don Juan Manuel por la via de Navarra pasó en Francia con intento de irse á Alemaña á valerse del Emperador. Restaba el duque de Najara: con qué fuerzas? en cuya confianza? por qué medios pensaba sustentarse en Najara, do se hizo fuerte y mandó juntar toda la gente que pudo? Estaba sin duda persuadido que el Emperador muy en breve sería en España con gente, y traería en su compañía al príncipe don Carlos. Por esta confianza no solo no quiso jurar la cláusula del testamento de la Reyna doña Isabel tocante á la gobernacion de Castilla en las cortes de Toro, sino de alli adelante no obedecia á los mandatos del consejo real; y aun dió orden que en sus lugares no recibiesen los alcaldes de corte que iban á executallos. Hizo levas de gente en forma de alboroto, y aun se adelantó á publicar que tenia poderes del príncipe don Carlos,

en cuya virtud se llamó virrey, y como tal dió sus provisiones para que los corregidores exerciesen la justicia en su nombre, señaladamente se hizo esto en Ubeda, en que era corregidor don Antonio Manrique su sobrino. Para prevenir estos inconvenientes, y otros mayores que podian resultar, partió el Rey cathólico de Santa María del Campo camino de Burgos. Llegó á Arcos: desde alli envió á los veinte y tres de octubre á Hernan duque de Estrada su maestresala para que dixese al duque de su parte le entregase sus fortalezas para asegurarse dél por aquel medio, y para que no fuese necesario pasar á otros remedios mas ásperos: escusóse el duque de hacer lo que se le mandaba. El Rey dexando á la Reyna en Arcos, porque no queria ir á Burgos donde perdió su marido, pasó adelante con determinacion de proceder contra el duque. Llegó el negocio á términos que el conde Pedro Navarro tuvo orden de ir con su gente y las de la compañías de las guardas y artillería para ocupar todo el estado del duque y prender su persona. Interpusiéronse los grandes, en particular el condestable y duque de Alba que suplicaron al Rey templase aquel rigor y el mismo duque con este miedo se allanó á rendir las fortalezas de Navarrete, Treviño, Ocon, Redecilla, Davalillo, Ribas y la tenencia de Valmaseda, castillo de la corona real que tenia en su poder. Todas se entregaron al duque de Alba, y á las personas que él señaló por alcaydes para que las tuviesen en tercería. Con esto perdonó el Rey al duque los yerros y enojos pasados, y aun no mucho despues hizo poco á poco entregar las fortalezas á don Antonio Manrique conde de Treviño hijo del duque: con que se sosegaron aquellos nublados que amenazaban alguna tempestad. Para mas obligar al duque de Alburquerque trató el Rey de casar á

doña Juana de Aragon hija del arzobispo de Zaragoza con el hijo mayor del duque, matrimonio que no se efectuó, y ella casó adelante con don Juan de Borgia duque de Gandía.

CAPITULO XI.

De diversos matrimonios que se trataron.

Mostrábase el Emperador muy sentido contra el Rey de Francia y el Rey cathólico. Quexábase del Rey cathólico, que se apoderase del gobierno de Castilla tan absolutamente antes de concordarse con él. Decíase que para vengarse queria enviar como tres mil alemanes al reyno de Nápoles para alterar los naturales, y ayudar las inteligencias del cardenal de Aragon que pretendia llevar á Nápoles al duque de Calabria, y para alzalle por Rey ayudarse de qualquiera que pudiese; y aun se tuvo sospecha del gran Capitan que ponia la mano en este negocio con intento de casar su hija mayor con el duque, y que pretendia aceptar el cargo de capitan general de la iglesia que le ofrecian con sesenta mil ducados de entretenimiento al año; pero estas eran sospechas, las demas sea tramas, sea sospechas, salieron en vano á causa que el César se declaró en breve que queria romper la guerra por el ducado de Milán, y con todas sus fuerzas proseguilla contra la señoría de Venecia; y el Rey cathólico puso mas diligencia en guardar al duque de Calabria que traía consigo en la corte. Juntamente para atajar inconvenientes mandó al conde de Ribagorza hiciese que el cardenal se partiese de Nápoles para Roma. Del Rey de Francia se tenia el César por agraviado por la ayuda que daba contínuamente al duque de Gueldres, y la guerra que le dió por Borgoña al

en lo que pedia, y quedó desterrado de Castilla, y aunque desfavorecido, con mas mano por su grande agudeza y maña de lo que fuera razon, para sembrar entre aquellos príncipes disensiones y no dar lugar á que se concordasen, especial que se entendia del cardenal don Bernardino de Carvajal, legado á la sazon del Papa en la corte del Emperador, que él asi mismo no terciaba bien en los negocios: sospecha fundada en la inquietud de su ingenio, y poca aficion que sus deudos en estas ocasiones mostraban al servicio y gobierno del Rey cathólico; llegó esto á tanto que el Rey trató con el Papa le removiese de aquella legacía, y hiciese volver á la corte romana, como al fin lo alcanzó.

CAPITULO XII.

Tratóse que el príncipe don Cárlos viniese á España.

Declaróse el Emperador que los aparejos que hacía, se enderezaban no para emprender lo del reyno de Nápoles, como se sospechaba y decia, sino para romper la guerra contra el Rey de Francia por el estado de Milán, dado que por parte del Rey cathólico y del Papa se hacía instancia para que se asentase la paz entre aquellos príncipes, por lo menos se concertasen treguas; en que el Emperador no venia sino con partidos muy aventajados, y que no se admitian. Para el gobierno de Flandes que tenia á su cargo, dexó á la princesa Margarita su hija. Púsose en camino para pasar en Italia por el mes de enero principio del
1508. año que se contaba de nuestra salvacion de mil y quinientos y ocho, y por el mes de hebrero llegó á Trento. En aquella ciudad, hecha cierta ceremonia que

suelen alli hacer los Reyes de romanos quando se van á coronar, se intituló electo Emperador, ca hasta este tiempo solo se intitulaba Rey de romanos. Llevaba por su general al marques de Brandemburg: la gente que con él iba, era tan poca que poco efecto se podia della esperar; asi en muy breve se desbarató todo el campo. Comenzóse la guerra por el valle de Cadoro que era de venecianos. El Emperador tuvo aviso, que cinco mil suizos pasaban al sueldo del Rey de Francia. Para impedir esto dió la vuelta á Suevia, do se tenia dieta de la liga de Suevia y sin hacer nada acudió luego á Lucemburg porque sabía que el Rey de Francia enviaba gente por aquella parte: vergonzosa variedad en príncipe tan grande, que era la causa de no acabar cosa alguna. Con su ida la mayor parte de los alemanes que quedaba en Cadoro, se derramaron, y dos mil que restaban, fueron desbaratados y muertos por la gente de venecianos que cargó un dia sobre ellos antes del alba. De muy diferente manera encaminaba sus acciones el Rey cathólico: no obstante que estaba muy arraygado en la posesion del gobierno de Castilla, no se descuidaba, como el que sabía muy bien las mudanzas que suelen tener las cosas, ademas que muchos obstinados en su opinion antigua deseaban novedades. Entre estos se señalaban mucho los obispos, el de Badajoz que se llamaba don Alonso Manrique hijo del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, y el de Catania, hermano de Pero Nuñez de Guzman clavero de Calatrava, los quales despues que se declararon por el Rey don Philipe, nunca tuvieron aficion al Rey cathólico, conforme al refran: Despues que te erré, nunca bien te quise. Por el mismo caso no tenian esperanza de medrar en tanto que el gobierno no se mudase. El Papa á peticion del Rey cometió al arzobispo de Toledo y obispo

de Burgos procediesen contra estos dos prelados. El de Badajoz se quiso huir á Flandes: prendióle cerca de Santander por orden del Rey Francisco de Luxan corregidor de las quatro villas de la costa en la merindad de Trasmiera. Estuvo algun tiempo detenido en la fortaleza de Atienza, despues fue remitido al arzobispo de Toledo conforme al orden del Papa. Hacía oficio de embaxador por el Rey cathólico en Alemaña el obispo de Girachi don Jayme de Conchillos, y conforme al orden que tenia, hacía grande instancia con el Emperador que enviase al príncipe don Carlos á España para que se criase en ella y aprendiese las costumbres de aquella nacion, que era el verdadero camino para asegurar la sucesion en aquellos reynos tan grandes: que en los dias del Rey cathólico no corria peligro; mas si Dios le llevase, ausente el príncipe, nadie podia asegurar que los grandes no acudiesen al infante don Fernando que conocian, y que revuelto lo de España, no se perdiese lo de Italia. Prevenia el Rey cathólico con su grande seso los inconvenientes que despues resultaron por no conformarse con él en esto el Emperador, que nunca quiso dar lugar que el príncipe viniese á España, si no fuese que le diese á él parte en el gobierno y en las rentas del reyno, con que pensaba remediar su pobreza, y acudir á sus empresas que eran muchas y sobrepujaban su posibilidad. Para esto entre otras cosas pretendió que mil y quinientos soldados que por orden del Rey cathólico servian al de Francia, se pasasen á su servicio; pero el Rey cathólico envió á Alonso de Omedes para que sosegasen, y no hiciesen alguna novedad. Obedecieron ellos no obstante que el marques de Brandemburg los declaró por rebeldes como si fueran vasallos del Emperador. Todo esto se enderezaba á la pretension que tenia

del gobierno de Castilla. Enconáronse los negocios de nuevo por causa que el Rey cathólico no quiso que Andrea del Burgo que volvia con cargo de embaxador, entrase en España: desvío que el Emperador tomó muy mal. Por este mismo tiempo el Rey de Portugal don Manuel con gran gloria de su nacion estendia su fama por todas las partes de Levante: continuaba su navegacion con las armadas que cada año enviaba; y sus capitanes no cesaban de ganar cada dia nuevas victorias por aquellas partes tan distantes. Los Reyes de Calicut y Cambaya eran los mayores contrarios que los portugueses tenian por aquellas tierras, y por consiguiente declarados enemigos de el Rey de Cochin y otros Reyes pequeños que los acogian en sus puertos y contrataban con ellos.

CAPITULO XIII.

Que el Rey cathólico fue al Andalucía.

Los grandes del Andalucía mostraban estar sentidos del Rey cathólico por el poco caso que dellos hacía, con ser no menos poderosos en aquella provincia que los otros grandes en Castilla, á los quales gratificó y hizo mercedes para asegurar su venida. Los que mas se señalaban en este sentimiento, eran el marques de Priego don Pero Fernandez de Córdova y el conde de Cabra. Sucedió que por cierto ruido que en Córdova se levantó, la justicia prendió á uno de los culpados. Acudieron ciertos criados del obispo don Juan de Aza, y con violencia y mano armada quitaron el preso á los oficiales reales. El Rey cathólico desde Burgos, donde estaba, envió al licenciado Hernan Gomez de Herrera alcalde de corte con gente para hacer pesquisa y castigar aquella

fuerza. Comenzó á hacer su oficio segun el orden que llevaba. El marques de Priego le envió á decir que no pasase mas adelante, y que hasta tanto que el Rey fuese avisado, se saliese de la ciudad. El alcalde no lo quiso hacer, antes de parte del Rey y conforme á la instruccion que llevaba, mandó al marques y á su hermano que desembarazasen, y se saliesen de Córdova. Tuvo esto el marques por grande injuria: juntó gente armada, comunicó el negocio con el ayuntamiento de la ciudad: resolvióse de poner mano en el alcalde, y envialle preso á su fortaleza de Montilla, bien que despues le soltó con mandamiento y debaxo de condicion que no entrase en Córdova. Este desacato, que sucedió á los catorce del mes de junio, sintió el Rey mucho, como era razon; por ser tiempo tan peligroso. Determinó ir en persona á tomar emienda dél. Salió de Burgos por fin del mes de julio, pasó por Arcos do la Reyna vivia. Entonces sacó de su poder al infante don Fernando para llevalle en su compañía con color que convenia asi para su salud, puesto que la Reyna lo sintió mucho. Detúvose algunos dias en Valladolid. Alli dió orden para seguridad de la Reyna que don Juan de Ribera frontero de Navarra se alojase con sus compañías cerca de Arcos, y que en qualquiera necesidad hiciese recurso al condestable ó almirante, ó al duque de Alba, que quedaban por aquella comarca. Hizo llamamiento de gente para que le acompañasen, y publicó iba en persona á castigar aquel desacato, que era en ofensa de la justicia y podia perturbar la paz y sosiego del reyno. En conformidad desto en Sevilla el asistente don Iñigo de Velasco hizo pregonar que todos los de sesenta años abaxo y veinte arriba estuviesen apercebidos para quando se les ordenase ir con el Rey, ó con quien

él mandase, á castigar al marques. El gran Capitan luego que supo aquel caso, escribió al marques estas palabras precisas: «Sobrino, sobre el yerro pasado »lo que os puedo decir, es que conviene que á la »hora os vengais á poner en poder del Rey; y si asi »lo haceis, sereis castigado, y si no, os perdereis." Determinaba el marques de hacer lo que su tio le aconsejaba. Los grandes procuraban de amansar la ira del Rey como negocio que á todos tocaba, y en particular el gran Capitan se agraviaba que se hiciese tan fuerte demostracion contra el marques, que si erró, ya estaba arrepentido, y en señal desto se venia á poner en sus manos: que era razon perdonar la liviandad de un mozo por los servicios de su padre don Alonso de Aguilar, que murió por hacer el deber, ya que los suyos estuviesen olvidados. El Rey iba muy resuelto de no dar lugar á ruegos. El marques sabida la resolucion del Rey, y que no tenia otro remedio, al tiempo que llegaba á Toledo, se vino á poner en sus manos. Mandóle estuviese á cinco leguas de la corte, y entregase sus fortalezas. Obedeció en todo lo que le fue mandado. Llegaron á Córdova con el Rey mil lanzas y tres mil peones. Prendieron al marques: acusóle el fiscal de haber cometido el crímen de lesa magestad. El marques no quiso responder á la acusacion ni descargarse, solo suplicaba al Rey se acordase de los servicios que sus pasados hicieron á aquella corona. Sustancióse el proceso, y llegóse á sentencia. Algunos caballeros que hallaron mas culpados, fueron condenados á muerte, otros del pueblo justiciados. Derribaron las casas de don Alonso de Carcamo y las de Bernardino de Bocanegra, que se hallaron en la prision del alcalde. Al marques sentenciaron en destierro perpétuo de la ciudad de Córdova y toda su tierra, y

del Andalucía quanto fuese la voluntad del Rey, en cuyo poder estuviesen sus fortalezas y castillos fuera de la casa fuerte que tenia en Montilla, que mandaron allanar. Desta sentencia tan rigurosa se agravió el gran Capitan: decia que todo lo que el marques tenia, estaba fundado en la sangre de los muertos sin los méritos de los vivos. Mucho mas al descubierto el condestable se mostraba sentido por muchas razones: las dos mas principales, que nunca á los grandes se puso acusacion, ni los del consejo real castigaron sus delitos, y que pues á su persuasion el marques se puso en las manos del Rey, él mismo se tenia por castigado. Estuvo tan sentido deste caso que se quiso salir del reyno, y se temió no se apartase por esta causa del servicio del Rey cathólico, de que resultasen nuevos bullicios y males. De Córdova envió el Rey á don Enrique de Toledo y al licenciado Hernando Tello á dar la obediencia en nombre de la Reyna su hija al Papa. Entonces se revocó la legacía al cardenal don Bernardino de Carvajal, de quien se tenia sospecha inclinaba á la parte del Emperador. En Nápoles á trece de setiembre falleció la Reyna de Hungría en tanta pobreza que el virrey hobo de proveer como se le hiciesen las exéquias. Enterróse en San Pedro Martyr de aquella ciudad, en que yace el cuerpo de su madre. Pasó el Rey á Sevilla: fue alli recebido con grande fiesta y aparato, arcos triumphales y toda muestra de alegría. Llevaba en su compañía á la Reyna su muger y al infante don Fernando. El duque de Medina Sidonia don Enrique era de poca edad. Dexóle concertado su padre con doña María Giron, y por su tutor á don Pedro Giron hermano de aquella señora y hijo mayor del conde de Ureña, y que tenia por muger á doña Mencia hermana de padre y ma-

dre del duque don Enrique. Era este caballero muy brioso y de gran punto. Tenia la tierra alborotada, y aun intentó de acudir con gente á la defensa del marques de Priego. Para aplacar al Rey al tiempo que iba camino del Andalucía y se detuvo en Valladolid, su padre el conde ofreció que se le entregarian las principales fuerzas de aquel estado del duque, y el condestable se obligó por el duque su sobrino que se mantendria en su servicio. Con todo esto el duque y don Pedro no acudieron á hacer la reverencia debida al Rey, antes se tenian en Medina Sidonia, y aunque fueron avisados, no vinieron sino con grande premia. Mandó el Rey privar á don Pedro de aquella tutoría, y que saliese desterrado de Sevilla, y de todo el estado de Medina Sidonia, y al duque mandó entregase sus fortalezas. Huyéronse los dos una noche á Portugal agraviados deste mandato, especial que se entendia del Rey pretendia casar al duque con hija del arzobispo de Zaragoza. Mandó el Rey á los alcaydes entregasen todas las fortalezas. El de Niebla y el de Trigueros no quisieron obedecer: al alcalde Mercado que fue á requerir que las diesen, cerraron las puertas de Niebla. Indignado el Rey envió gente que tomó la villa á escala vista, y la saqueó toda. Con este término tan riguroso todas las fortalezas y estados se allanaron, cuyo gobierno se cometió al arzobispo de Sevilla y á otros caballeros, y se dió orden á los del consejo que procediesen contra don Pedro Giron. Deste rigor se agraviaron los grandes, en especial el condestable, que escribió una carta muy sentida al Rey sobre el caso; pero él tenia determinado de allanar el orgullo de los grandes y amansar sus brios. Ayudaba el arzobispo de Toledo, que se quedó en Tordesillas, el qual dixo diversas veces al Rey que debia

continuar aquel camino y hollalle bien, pues era el que convenia para asegurarse y sosegar la tierra.

CAPITULO XIV.

De las cosas de Africa.

Detúvose el Rey cathólico todo el otoño en dar asiento en las cosas del Andalucía. Desde alli daba calor á la guerra que se hacía en Africa, y enviaba ayuda á los portugueses, que estuvieron en aquellas partes muy apretados. Súpose que el reyno de Fez andaba alborotado por disensiones que resultaron entre aquel Rey Moro y dos hermanos suyos. Pareció buena ocasion para acometer alguna buena empresa en Africa. Juntóse una buena armada en el puerto de Málaga. Las fustas de Velez de la Gomera hicieron á la sazon mucho daño por la costa de Granada como lo tenian de costumbre. Salió el conde Pedro Navarro general de nuestra armada en su alcance. Ganóles algunas fustas: dió caza y corrió las demas hasta llegar á la isla que está enfrente de Velez, acogida ordinaria de cosarios. La fortaleza de aquella isla que llamaban el Peñon, guardaban docientos moros. Estos por entender que el conde queria saltar en tierra y combatir á Velez, por acudir á la defensa de la ciudad desampararon la isla. Vista esta ocasion, el conde se apoderó sin dificultad de aquel castillo que sojuzga aquel puerto y toda la ciudad, de manerá tal que con la artillería se les hizo gran daño, tanto que los moros por estar seguros se metian en las cuevas y soterraños. Fue esto en veinte y tres del mes de julio. Túvose por muy importante la toma del Peñon, y dióse orden que se fortificase y pusiese en defensa con su guarnicion de soldados. Los

portugueses hacían en la misma Africa la guerra por las costas del otro mar Océano. Ofrecia un moro llamado Zeiam primo del Rey de Fez que daria orden como tomasen á Azamor, ciudad muy nombrada en aquellas marinas. El Rey don Manuel confiado en que trataba verdad, juntó una armada en que iban quatrocientos de á caballo, y mas de dos mil infantes: nombró por general á don Juan de Meneses por ser muy diestro en la guerra contra moros. Partió la armada de Lisboa á los veinte y seis del mismo mes: hallaron las cosas muy al contrario de lo que pensaban, porque los de la ciudad que eran muchos, se defendieron muy bien, y el moro Zeiam se concertó con ellos: con que los portugueses se vieron en punto de perderse, y sin hacer efecto se volvieron á embarcar. El tiempo era contrario y la luna menguante, que fue causa de dar en seco algunos baxeles y una galera por ser la creciente pequeña: con las demas naves aportaron al estrecho. Este daño fue causa de un gran bien, y pareció providencia del cielo, porque el Rey de Fez quier fuese por satisfacerse deste atrevimiento de los portugueses, quier por ganar reputacion, con gran gente que juntó de á pie y de á caballo, se puso sobre la ciudad de Arzilla un jueves á diez y nueve de octubre. Tenia dentro por capitan á don Vasco Coutiño conde de Borva. Defendióse el primer dia con mucho esfuerzo, mas el siguiente los moros aportillaron el muro y entraron la ciudad por fuerza. El conde puesto que peleó como bueno, fue herido de una saeta en un brazo. Por esto le fue forzoso retirarse con todos los que pudo, á la fortaleza que no estaba bien proveida. Combatieron el castillo, y mináronle por todas partes. Túvose aviso deste aprieto en Tanger, donde se hallaba don Juan de Meneses, y en Sevilla do

el Rey cathólico. Don Juan de Meneses acudió con su armada: peleó dos dias con los enemigos que halló ya apoderados de un baluarte del castillo, y echados de alli, socorrió á los cercados que se hallaban en el último aprieto. El Rey cathólico dió orden al conde Pedro Navarro que desde Gibraltar do tenia surta la armada, fuese á socorrer á Arzilla. Adelantóse Ramiro de Guzman corregidor de Xerez con una nave en que llevaba trecientos peones y algunos caballeros de aquella ciudad. Entraron en el castillo don Juan de Meneses y Ramiro de Guzman. Con esto animados los de dentro no solo se defendieron, sino salieron fuera y echaron los moros de las barreras y cavas. Asegurólo todo la llegada del conde Pedro Navarro que fue á los treinta de octubre: con la artillería de las galeras dió tanta priesa al campo enemigo que tenia sus estancias á la marina, que forzó á los moros á desamparallas, y al Rey de Fez, quemado el pueblo, retirarse con su gente la via de Alcazarquivir. Fue esta defensa de Arzilla de grande importancia para la conservacion de las fuerzas de Africa. En Tanger estaba don Duarte de Meneses, que tenia aquella fuerza en nombre de su padre don Juan de Meneses conde de Taroca, y don Rodrigo de Sosa en Alcázar, ambos con grande miedo de no poderse defender si Arzilla se perdia. El Rey don Manuel alegre con esta buena nueva envió á Pedro Navarro en reconocimiento de su trabajo y valor seis mil cruzados, lo mismo al corregidor de Xerez. Ellos se escusaron de recebir estos presentes con decir que servian al Rey cathólico, y no querian otra gratificacion mas de la que de su liberalidad esperaban. Al Rey cathólico dado que dió las gracias por el socorro que le envió en tan buena sazon y con tanta voluntad, todavia se mostró estar agraviado de la toma

del Peñon, que decia era de su conquista como perteneciente al reyno de Fez. El Rey cathólico se escusaba con que Velez era reyno de por sí, y que en mantener el Peñon por entonces no se sacaba otro provecho sino gasto, y asegurar las costas de Granada; y todavía si se averiguase pertenecer al reyno de Fez, se allanaba de entregalle aquella fuerza cada y quando que pretendiese por aquella parte emprender la conquista de Africa. Por el mes de noviembre falleció el conde de Lerin en Aranda de Xarque pueblo de Aragon: aunque cargado de años, la mayor ocasion de su muerte fue el poco favor que halló en el Rey cathólico. Quedó por su heredero don Luis de Biamonte su hijo.

CAPITULO XV.

De la liga que se hizo en Cambray.

Partió el Rey cathólico de Sevilla en lo mas recio del invierno, y dió vuelta á Castilla por dos causas: la una que don Pedro hermano de don Diego de Guevara, que estaba en Alemania en servicio del Emperador, viniendo de Alemaña para entrar en Castilla por la parte de Vizcaya en hábito de lacayo, fue preso en Pancorvo, y puesto á qüestion de tormento en Simancas donde le llevaron; por cuya deposicion se entendió que muchos grandes de Castilla traían inteligencias con el Emperador, los mas señalados el gran Capitan, el duque de Najara y el conde de Ureña: la segunda causa era que el duque del Infantado y otros grandes se confederaban contra su servicio, y lo que mas importaba, que el cardenal de España sabía aquellas práticas y aun intervenia en ellas, pero de tal manera que ni bien soplaba el

fuego, ni bien le apagaba. Lo que causaba mas sospecha, era ver al gran Capitan y al condestable muy confederados y unidos por tenerse ambos por agraviados, y ser personas de gran punto y muy altos pensamientos. Ayudó mucho para con el duque del Infantado y toda aquella parentela que era muy grande, la prudencia del conde de Tendilla, que les avisó del malo y peligroso camino que llevaban, y como muchos se perdieron y muy pocos medraron de los que echaron por él. A los demas aplacó el Rey cathólico con su buena maña, ya con miedo, ya con regalos y buenas obras. En particular luego que llegó por Estremadura á Salamanca, se acabó de concertar con el marques de Villena, ca en recompensa de Villena y de Almansa demas de lo que valian de renta, le dió á Tolox y Monda en el reyno de Granada, con que el marques mostró quedar muy contento. El Emperador trataba de concordar las diferencias que tenia con el Rey de Francia: entendíase que su intento era apartalle de la amistad del Rey cathólico por confiar que por este camino se satisfaria mejor de los agravios que dél tenia recebidos, en particular por no querer admitir á Andrea del Burgo por embaxador, y mucho mas por la prision de don Pedro de Guevara. Tenia tratado que la princesa Margarita en nombre de su padre, y el cardenal de Ruan en nombre del Papa y del Rey de Francia se viesen para asentar todas estas haciendas. Acordaron que la junta fuese en Cambray: acudió asi mismo Jayme de Albion embaxador por el Rey cathólico en Francia, y dado que la intencion era de concordarse el Emperador y Rey de Francia, y excluir al Rey cathólico desta alianza, de parte del Papa se hizo grande instancia, y se acabó lo que diversas veces platicaron, que los tres príncipes se confederasen con él

contra venecianos para efecto que cada qual de los confederados recobrase las tierras que aquella señoría les tenia usurpadas. Añadian que el que primero recobrase su parte, ayudase á los demas á conquistar lo que les tocaba: que el Rey de Francia y el Emperador hiciesen la guerra personalmente. Para dar principio á esta guerra señalaron el primero dia de abril del año siguiente. Ofrecia el Emperador de dar para entonces al Frances la investidura de Milán á condicion que le contase por ella cien mil escudos, y que le ayudase á recobrar las tierras que los venecianos le tenian usurpadas, sin que por esto quedase el Emperador obligado á ayudalle para recobrar las que le pertenecian por el ducado de Milán: item para que las diferencias entre el César y el Rey cathólico no fuesen parte para impedir esta empresa, se acordó que desde luego se señalasen árbitros que las determinasen amigablemente despues que la guerra contra venecianos fuese concluida. Determinóse que convidasen al duque de Saboya para entrar en esta liga por la pretension que tenia al reyno de Chipre, de que venecianos estaban apoderados: lo mismo al duque de Ferrara y marques de Mántua, que pretendian ser suyas algunas tierras de aquella señoría. Lo que es mas, que los Reyes de Francia y el Cathólico, en cuyas manos los pisanos y florentines tenian puestas sus diferencias, entregaron la ciudad de Pisa en poder de sus enemigos los florentines con voz que convenia asi para la paz de Italia: la verdad era que pretendian ayudarse de Florencia contra venecianos, y de cien mil ducados con que ofreció servir, si le adjudicasen aquella ciudad; que era vender por muy vil precio la libertad de aquella república que hizo dellos confianza: cosa vergonzosa y indigna de tan grandes príncipes, en que quedó mas

quedó por los portugueses. Murieron de los enemigos quatro mil, y entre ellos de los ochocientos mamelucos que iban en aquella armada, quedaron vivos solos veinte y dos. Echáron á fondo los nuestros tres naves gruesas sin otro gran número de baxeles pequeños de los enemigos. Tomaron dos galeones, dos galeras y otras quatro naves gruesas. Salváronse los capitanes Mirocem y Melichiazio. De los nuestros murieron treinta y dos, los heridos llegaron á trecientos. Victoria señalada, y que se puede comparar con qualquiera de las que en la India se ganaron. Con tanto Almeyda se volvió á Cochin. Continuábase la diferencia entre él y Alonso de Alburquerque, y los parciales de la una parte y de la otra. Los escándalos que desta competencia pudieran resultar, atajó Fernando Coutiño, que este año de Lisboa en una armada de quince naos pasó á la India con orden de enviar á Almeyda á Portugal, y poner en el cargo de virrey á Alonso de Alburquerque segun que estaba ordenado. Hízolo asi, y con tanto aquellas alteraciones se sosegaron. El Rey cathólico de Salamanca pasó á Valladolid y á Arcos, do halló la Reyna su hija mal acomodada, y con poca seguridad por ser el lugar pequeño, y el aposento tan malo que el diciembre pasado adoleció de frio. Fue mucho de considerar el gran respeto que siempre tuvo á su padre, pues solo él pudo acabar que mudase lugar y vestido. Llevóla por el mes de febrero á Tordesillas, y en su compañía el cuerpo de su marido que tomaron de la iglesia en que le tenian, y los años adelante por orden del Emperador don Carlos su hijo le llevaron á sepultar á la capilla real de Granada. La Reyna pasó en aquella villa todos los dias de su vida sin que jamás alloxase su indisposicion, ni quisiese en tiempo alguno poner la mano

en el gobierno de sus reynos que de derecho le pertenecia, y con que todos la convidaban.

CAPITULO XVII.

De la muerte del Rey de Inglaterra.

Tal era el estado de la Reyna doña Juana, que mas se podia contar por muerta que por viva, mas por sierva en su trage y acciones que por Reyna. La suerte de sus dos hermanas era muy diferente. La Reyna de Portugal gozaba de mucho regalo y contento rodeada de hijos, y abundante en riquezas y prosperidad, y aun este año en Ebora parió un hijo que se llamó don Alonso y fue cardenal, pero falleció mozo. La princesa de Gales que se hallaba en Inglaterra, ni viuda del todo, ni casada, pasaba con grande ánimo muchos disfavores y malos tratamientos que se le hacían de ordinario por el Rey su suegro, que pensaba por este camino poner en necesidad á su padre para que se efectuasen los casamientos suyo y de su hija, cuya conclusion él mucho deseaba: mal término y indigno de la grandeza real. Pasó la princesa todos estos desvíos con gran valor como la que entre sus hermanas en presencia y costumbres mas semejaba á la Reyna su madre. Atajó por entonces estos desgustos la muerte que sobrevino al Rey de Inglaterra un sábado á veinte y uno de abril. Con esto poco adelante se concluyó y celebró el matrimonio que tenian concertado desta señora con el príncipe de Gales, que por la muerte de su padre sucedió en aquella corona y se llamó Enrique Octavo. No gustaba la princesa de casar segunda vez en Inglaterra, que parece pronosticaba las grandes desgracias que por esta ocasion les sobrevinie-

ron á ella y á todo aquel reyno. Asi lo dió á entender al Rey su padre quando le escribió que le suplicaba en lo que tocaba á su casamiento, no mirase su gusto ni comodad sino solo lo que á él y á sus cosas estuviese bien; mas al Rey cathólico venia muy á cuento tener por amigos aquel reyno y príncipe, y al Ingles fuera dificultoso hallar tal partido en otra parte, ademas del dote que le era necesario restituir, si aquel matrimonio desgraciado no se efectuára. A la verdad las edades no eran muy á propósito, ca la princesa era de algunos mas años que su esposo, cosa que suele acarrear grandes inconvenientes, dado que poca cuenta se tiene con esto y mas entre príncipes. Fue este Rey de muy gentil rostro y disposicion: las costumbres tuvo muy estragadas, particularmente los años adelante en lo que toca á la castidad, se desbarató notablemente, tanto que por esta causa se apartó de la obediencia de la iglesia, y abrió la puerta á las heregías que hoy en aquel reyno estan miserablemente arraygadas. Pasó tan adelante en esto que en vida de la Reyna doña Cathalina con color que fue casada con su hermano mayor, y que el Pontífice no pudo dispensar en aquel matrimonio, dado que tenia en ella una hija llamada doña María que reynó despues de su padre y hermano, hecho divorcio, públicamente se casó con Ana Bolena que hizo despues matar por adúltera. Deste casamiento, sea qual fuere, quedó una hija por nombre Isabel, que al presente es Reyna de Inglaterra. Por su muerte casó con Juana Semera que murió de parto; pero vivió el hijo, que reynó despues de su padre y se llamó Eduardo Sexto. La quarta vez casó con Ana hermana del duque de Cleves: con esta hizo divorcio, y para este efecto ordenó una ley en que se daba licencia á todos de apartar los casamientos. La quinta

muger del Rey Enrique se llamó Ana Havarda, que fue convencida de adulterio y degollada por ello, y porque antes que casase con él, perdió su virginidad. Ultimamente casó con una señora viuda por nombre Catharina Parra: desta no se apartó ni tuvo hijos, porque en breve cortó la muerte sus mal concertadas trazas: desta manera por permision de Dios ciegan las pasiones bestiales á los que se entregan á ellas, sin parar hasta llevallos al despeñadero y á la muerte. La nueva del casamiento de su hija regocijó el Rey cathólico en Valladolid el mismo dia de San Juan en que se celebró en Inglaterra con grandes fiestas; y él mismo salió á jugar con su quadrilla las cañas: dió otrosí su consentimiento para que el príncipe don Carlos casase con la hermana de aquel Rey como tenian concertado, y en señal desto mandó á Gutierre Gomez su embaxador la fuese á besar la mano. En aquella villa de Valladolid la Reyna doña Germana á tres de mayo parió un hijo que llamaron don Juan, príncipe de Aragon: gran gozo de sus padres, y aun de todos aquellos reynos, si viviera, pero murió dentro de pocas horas: depositaron su cuerpo en el monasterio de San Pablo de aquella villa; despues le trasladaron al de Poblete, entierro antiguo de los Reyes de Aragon. Apercebíase el Rey cathólico para hacer la guerra contra venecianos: juntamente trataba de justificar su querella y empresa contra aquella señoría. La suma desta justificacion consistia en dos puntos: por el primero publicaba que las ciudades que en Pulla poseían venecianos, las tenian empeñadas del Rey don Fernando el Segundo de Nápoles, y que ni cumplieron las condiciones del empeño, ni despues querian restituir aquellas plazas, dado que les ofrecían el dinero que prestaron, antes se agraviaban que tal cosa se tratase: el segundo que

el Rey cathólico gastó mayor suma sea en defensa de aquella señoría quando les dió la isla de Cephalonia, sea en romper por España con Francia á persuasion de aquella ciudad, y con promesa de acudille con cincuenta mil ducados cada un año para los gastos, deuda que si bien fueron requeridos, nunca la quisieron reconocer ni pagar.

CAPITULO XVIII.

El cardenal de España pasó á la conquista de Orán.

Hacíanse por toda Castilla grandes aparejos de gente, armas, vituallas y naves para pasar á la conquista de Africa. Entendia en esto el cardenal de España con tanta aficion y cuidado como si desde niño se criára en la guerra. Para dar mas calor á la empresa no solo provehía de dinero para el gasto, sino determinó pasar en persona á Africa. La masa del exército se hacía en Cartagena, las municiones y vituallas se juntaron en los puertos de Málaga y Cartagena. Acudieron hasta ochocientas lanzas de las guardas ordinarias, sin otra mucha gente que se mandó alistar de á pie y de á caballo hasta en número de catorce mil hombres. Los principales caudillos Diego de Vera, que llevaba cargo de la artillería, y don Alonso de Granada Venegas señor de Campo Tejar, que llevó á su cargo la gente de á caballo y de á pie del Andalucía por mandado del Rey cathólico. El coronel Gerónimo Vianelo, de quien se hacía gran caudal para las cosas del mar, y por general el conde Pedro Navarro. Iban demas desto muchos caballeros aventureros. Estuvo la armada junta en el puerto de Cartagena el mes pasado, en que iban diez galeras y otras ochenta velas entre pequeñas y grandes. Antes

de hacerse á la vela resultaron algunos desgustos entre el cardenal y el conde Pedro Navarro: la principal causa fue la condicion del conde poco cortesana y sufrida, en fin como de soldado; y porque el cardenal nombró por capitanes algunos criados suyos de compañías que tenia ya el conde encomendadas á otros: pusiéronse algunos de por medio, concertaron que el conde hiciese pleyto homenage de obedecer en todo lo que el cardenal le mandase. Con tanto se hicieron á la vela: salieron del puerto de Cartagena un miércoles á diez y seis del mes de mayo, y otro dia que era la fiesta de la Ascension, tomaron el puerto de Mazalquivir. Declaróse que la empresa era contra Orán, ciudad muy principal del reyno de Tremecen, de hasta seis mil vecinos, asentada sobre el mar, parte estendida en el llano, parte por un recuesto arriba toda rodeada de muy buena muralla; las calles mal trazadas como de moros, gente poco curiosa en edificar. Dista de la ciudad de Tremecen por espacio de ciento y quarenta millas, y está enfrente de Cartagena. Solia ser uno de los principales mercados de aquellas costas por el gran concurso de mercaderes ginoveses y catalanes que acudian á aquella ciudad. La riqueza era tan grande que de ordinario sustentaban armada de fustas y bergantines, con que hacían grandes daños en las costas del Andalucía. Llegaron los nuestros al puerto ya de noche: otro dia al alba comenzaron á desembarcar; en esto y en ordenar la gente se gastaron muchas horas. Formaron quatro esquadrones quadrados de cada dos mil y quinientos hombres, y los caballos por los lados. Entretanto que esto se hacía, el cardenal se entró en la iglesia de Mazalquivir: al tiempo que los esquadrones estaban para acometer á los moros que acudieron á tomalles el paso para la ciudad, é impedilles que no subiesen

á la sierra, salió en una mula muy acompañado de clérigos y frayles, y por guion un fray Hernando, religioso de San Francisco, que llevaba delante la Cruz, y ceñida su espada sobre el saco como todos los demas que alli se hallaron por orden del cardenal, que antes de acometer habló á los soldados desta manera: «Si »yo pensára, soldados, que mis palabras fueran me»nester, ó parte para animaros, hiciera que algunos »de vuestros capitanes exercitados en este oficio con »sus razones muy concertadas encendiera vuestros co»razones á pelear. Pero porque me persuado que cada »qual de los que aqui estais, entiende que esta em»presa es de Dios, enderezada al bien de nuestra pa»tria por quien somos obligados á aventurar todo lo »que tenemos y somos, me pareció de venir solo á »alegrarme de vuestro denuedo y buen talante, y ser »testigo de vuestro valor y esfuerzo. La braveza, sol»dados, que mostrastes en tantas guerras y victorias »como teneis ganadas, será razon que la perdais con»tra los enemigos del nombre christiano? digo contra »los que nos han talado las costas de España, robado »ganados y hacienda, cautivando mugeres, hijos y »hermanos, que hora esten por esas mazmorras aher»rojados, hora ocupados en otros feos y viles servi»cios, pasan una vida miserable, peor que la misma »muerte. Las madres que nos vieron partir de España, »esperan por vuestro medio sus hijos, los hijos sus »padres, todos postrados por los templos no cesan de »ofrecer á Dios y á los Santos lágrimas y suspiros por »vuestra salud, victoria y triumpho. Será justo que »las esperanzas y deseo de tantos queden burladas? »no lo permita Dios, mis hermanos, ni sus Santos: »yo mismo iré delante y plantaré aquella Cruz, es»tandarte real de los christianos, en medio de los es»quadrones contrarios. Quién será el que no siga á su

»prelado? y quando todo faltáre, dónde yo podré »mejor derramar mi sangre, y acabar la vida, que »en querella tan justa y tan santa?" Esto dixo. Cercáronle los soldados y capitanes, suplicáronle volviese á rogar á Dios por ellos, que confiaban en su Magestad cumplirian todos muy enteramente con lo que era razon, y su razonamiento les obligaba: condescendió con sus ruegos, volvióse á Mazalquivir, y en una capilla de San Miguel continuó en lágrimas y gemidos todo el tiempo que los suyos pelearon. Eran ya las tres de la tarde. El conde por quedar tan poco tiempo estuvo dudoso si dexaria la pelea para el dia siguiente: acudió al cardenal; él fue de parecer que no dexase resfriar el ardor de los soldados. Luego dada la señal de acometer comenzaron á subir la sierra, y dado que los moros que se mostraban en lo alto en número de doce mil de á pie y á caballo, sin los que de cada hora se les allegaban, arrojaban piedras y todo género de armas, llegaron los nuestros á encumbrar. Adelantáronse algunos soldados de Guadalaxara contra el orden que llevaban. Destos uno por nombre Luis de Contreras fue muerto, y los otros forzados á retirarse. Cortaron la cabeza al muerto: lleváronla á la ciudad, entregáronla á los mozos y gente sohez, que la rodaban por las calles apellidando que era muerto el Alfaqui, que asi llamaban al cardenal. Vióla uno de los cautivos que otro tiempo estuvo en su casa, advirtió que le faltaba un ojo y que las facciones eran diferentes. Dixo: no es esta cabeza de nuestro Alfaqui por cierto, sino de algun soldado ordinario. Los de á caballo que iban por la falda de la sierra, comenzaron á escaramuzar. Descargó la artilleria, que hizo algun daño en los enemigos. Los peones llegaron á las manos con los contrarios, y poco á poco les ganaron parte de la sierra que era muy agria, hasta llegar

á unos caños de agua. Reparó alli la gente un poco. Pasaron la artillería á lo mas áspero de la sierra, con que y con las espadas echaron della los moros, y les hicieron volver las espaldas. Siguieron los nuestros el alcance sin orden hasta pasar de la otra parte de la ciudad á causa que los moros hallaron cerradas las puertas. Acudió número de alarabes con el Mezuar de Orán, que era el gobernador. Mientras estos con los que pudieron recoger, peleaban, parte de los nuestros intentó de escalar el muro: acudieron los de dentro á la defensa. Los de las galeras que acometieron la ciudad por la parte del mar, tuvieron con tanto lugar de apoderarse de algunas torres y de toda el alcazaba. Desta manera fue la ciudad entrada por los christianos y puesta á saco. Los moros que peleaban en el campo, como vieron la ciudad tomada, y las banderas de España tendidas por los muros, intentaron de entrar dentro. Salieron por las espaldas algunas compañias de soldados, con que los tomaron en medio y hicieron en ellos grande estrago. Murieron este dia quatro mil moros, y quedaron presos hasta cinco mil. Túvose en mucho esta victoria, y casi por milagrosa lo uno por el poco orden que guardaron los christianos, lo otro porque apenas la ciudad era tomada quando llegó el Mezuar de Tremecen con tanta gente de socorro que fuera imposible ganalla. Atribuyóse el buen suceso comunmente á la fé zelo del cardenal, y á su oracion muy ferviente; el qual con grande alegria entró en aquella ciudad, y consagró la mezquita mayor con nombre de Santa María de la Victoria. Esto hecho, luego otro dia con las galeras dió la vuelta á Cartagena. Dexó á Pedro Navarro encomendada aquella ciudad hasta tanto que el Rey proveyese de capitan. De Cartagena envió á avisar al Rey de aquella victoria, y él se partió para la

su villa de Alcalá, donde entró dentro de quince dias despues que Orán se ganó, mas como religioso que como vencedor, sin permitir se le hiciese fiesta ó recibimiento alguno. Pretendia el cardenal criar una dignidad en la iglesia de Toledo con nombre de abad de Orán, y dexar aquella ciudad sugeta en lo espiritual al arzobispo de Toledo. Un obispo titular, que se llamaba el obispo Auriense, pretendia que era la silla de su obispado. Respondia el cardenal que Orán nunca fue cabeza de obispado: que Auria estaba mas oriental, y pertenecia á la provincia Carthaginense en Africa: que Orán y toda aquella comarca se comprehendia en la provincia Tingitana, que caía mas al Poniente. Esto se siguió. Demas desto el Rey cathólico los meses adelante en un capítulo que tuvo en Valladolid á los caballeros de Santiago, ordenó que se pusiese en Orán convento de aquella orden para que alli fuesen los caballeros á tomar el hábito. Con este intento impetró del Papa que se le anexasen las rentas de los conventos de Villar de Venas y de San Martin, que son en las diócesis de Santiago y Oviedo: resolucion muy acertada, si se pusiera en execucion; pero nunca faltan inconvenientes y impedimentos que no dan lugar á que los buenos intentos se lleven adelante, como tampoco se executó que en Bugia y Tripol de Berbería que ganó el año siguiente el conde Pedro Navarro de moros, se pusiesen otros dos conventos de Calatrava y Alcántara, segun que el mismo Rey cathólico lo tuvo determinado, y lo hiciera, si las guerras de Italia no lo estorbáran.

CAPITULO XIX.

De la guerra contra venecianos.

En la confederacion de Cambray quedó acorda-

do y capitulado que los príncipes confederados comenzasen la guerra contra venecianos cada qual por su parte, y todos á lo mas tarde á primero de abril. Apercebia el Rey cathólico una armada en España, en que envió al coronel Zamudio con dos mil infantes, gente escogida, para que con los que tenia en el reyno de Nápoles, se supliese el exército hasta en número de cinco mil. Pero todo procedia despacio por la condicion del conde de Ribagorza, que se tenia por persona poco á propósito para aquella empresa, y aun para el gobierno, y por cierto aviso que tuvo de que los barones de aquel reyno se confederaban entre sí con intento de sacudir el yugo del señorío español; demas desto por consejo de Fabricio Colona, que pretendia no se debia emprender la guerra contra las ciudades que los venecianos tenian en la Pulla, antes que la armada estuviese en orden para impedir que la veneciana no les pudiese ayudar: consejo que se tuvo por trato doble, por lo menos por muy errado. El primero que rompió la guerra, fue el Rey de Francia, que envió al de Tramulla á levantar número de suizos, y la demas gente hizo pasar los Alpes luego que el tiempo dió lugar. El mismo el primero de mayo hizo su entrada en Milán, donde tenia por su general y gobernador á Luis de Amboesa señor de Chamonte, y gran maestre de Francia, sobrino de el cardenal de Ruan: iba en su compañía el duque de Lorena. Junto que tuvo su exército, que llegaba á quarenta mil hombres, rompió por tierra de venecianos: ganóles con facilidad los lugares que poseian en la ribera de Abdua ó Adda. Los venecianos tenian alistados hasta cincuenta mil hombres, y por sus generales el conde de Petillano y Bartholomé de Albiano, grandes caudillos, entrambos de la casa Ursina, y vasallos del Rey cathólico por los estados que dél tenian en el

reyno de Nápoles. Junto á Revolta se dieron vistas las dos huestes con resolucion de venir á las manos. Los primeros á acometer fueron los venecianos. Trabóse la pelea, que estuvo al principio muy dudosa á causa que la infantería italiana cargó con mucho esfuerzo sobre la de Francia. Tenia el Rey plantada la artillería entre unos matorrales. Llegaron los venecianos descuidados de semejante suceso: recibieron gran daño de las balas que con una furia infernal descargaron sobre ellos. Acudió la caballería francesa, cuyo ímpetu no pudieron sufrir los contrarios y todos se pusieron en huida. Los muertos fueron muchos: escapó el conde de Petillano con pocos, quedó preso con otros el general Bartholomé de Albiano. Esta victoria que se llamó de la Geradada, fue muy famosa, en cuya memoria hizo aquel Rey edificar en el lugar de la batalla una ermita con advocacion de Santa María de la Victoria. Juntamente fue de grande consideracion, porque con ella quedaron las fuerzas de aquella señoría tan quebrantadas que sin dificultad se dieron al Frances las ciudades de Crema, Cremona, Bergamo y Bressa, que era todo lo que podia pretender conforme á lo capitulado. Demas desto la gente del Papa Julio, y su general Francisco María de la Ruvere su sobrino, ya duque de Urbino por muerte de su tio materno Guido Ubaldo, que rompió la guerra por el mismo tiempo por la Romaña, ganó á Solarolo primero, y despues á Faenza (en cuyo condado está Solarolo) y Arimino, sin parar hasta apoderarse de Ravena y de Servia, que era lo que los venecianos tenian de la iglesia, y todo lo que el Pontífice podia dellos pretender. El conde de Ribagorza magüer que despacio, juntaba su gente en Nápoles para dar sobre las ciudades de la Pulla. Estuvo el exército en orden por fin de mayo. Iban con el virrey Próspero y Fa-

bricio Colona, el príncipe de Melfi, el duque de Atri, los condes de Morcon y de Nola. Al conde de Petillano que era abuelo del de Nola, y á Bartholomé de Albiano antes que fuese preso, se hizo requerimiento que so las penas que incurren los feudatarios inobedientes, acudiesen á servir á su Rey; pero ellos no quisieron dexar la conducta de Venecia. El cargo de la artillería se dió al conde de Santaseverina, y el de proveedor general á Bautista Espinelo conde de Cariati. Tenia el almirante Vilamarin conde de Capacho en Mecina doce galeras y diez naves bien en órden, esperando la armada de Francia que venia, y por su general el duque de Albania, para acudir á las costas de la Pulla, dado que ninguna destas diligencias fue menester, porque luego que el virrey se puso sobre Trana, con cuyos ciudadanos tenia secretas inteligencias para que la rindiesen como al fin lo hicieron, la señoría envió los contraseños para que los gobernadores que tenia en Brindez, Otranto, Trana, Mola, Poliñano y Monópoli rindiesen sin ponerse en defensa todas aquellas plazas. El duque de Ferrara y el marques de Mántua ocuparon asi mismo algunas tierras de venecianos á que pretendian tener derecho. Parece que todos los elementos se conjuraban en daño de aquella ciudad, que estuvo á punto de acabarse. El aprieto en que aquella señoría se via, fue tan grande que se dixo trataba de darse á Ladislao Rey de Hungría para que con sus fuerzas los sacase de aquel peligro. Restaba el Emperador, el qual por principio del mes de junio estaba á siete leguas de Inspruch camino de Italia; á los ocho del qual mes los florentines á cabo de guerra tan larga sugetaron la ciudad de Pisa, y tomaron la posesion della. Llevaba el Emperador por general de la gente de armas italiana á Constantino Cominato príncipe de Macedonia. Servíanle

en esta jornada Luis de Gonzaga primo del marques de Mántua, el conde de la Mirándula y otros caballeros italianos: asi mismo los mil y quinientos españoles que solian servir al Rey de Francia. Luego que llegó á Esteran trataron los venecianos de concertarse con él, hasta envialle carta en blanco, segun se decia por la fama, para que les pusiese la ley que quisiese, á tal que los amparase y defendiese en aquel trance tan peligroso en que sus cosas estaban. Como se iba su exército acercando á las tierras de venecianos, asi se le rendian todas sin contraste, primero los que estan cerca del lago de Garda, y tras ellos se dieron sin ponerse en defensa Verona, Vicencia y Pádua; que casi no quedaba á aquella señoría almena alguna en Italia fuera de su ciudad, que el Emperador pretendia asi mismo sugetar con ponelle cerco por mar y por tierra. Con este intento queria se juntasen las armadas de España y de Francia para combatilla por mar, y que por la Brenta su gente y la de Francia le hiciesen el daño que pudiesen, y le atajasen las vituallas. Pasó en esto tan adelante que remontaba su pensamiento á que ganada aquella ciudad, se dividiese en quatro partes con otros tantos castillos para que cada uno de los príncipes confederados tuviese el suyo: traza muy extravagante quales eran algunas de las que este príncipe tramaba. El Rey cathólico al principio dió oidos á esta plática, y con este intento despues de entregadas las ciudades de la Pulla, si bien mandó despedir los soldados españoles fuera de quinientos de las guardas ordinarias que dió orden al coronel Zamudio traxese á España, todavia quiso que la armada se quedase en Italia. Despues ni el Papa ni él vinieron en que aquella señoría se destruyese, porque mirado el negocio con atencion, demas de ser la traza qual se ha dicho, advertian que todo lo que

se pasase adelante de lo que tenian capitulado, sería en pro de solo el Rey de Francia, que por caer tan cerca el estado de Milán, y las tierras de los otros príncipes tan lexos, no dudaria vueltas las espaldas de apoderarse con la primera ocasion de toda aquella ciudad, y por el mismo caso hacerse señor de toda Italia, y aun poner en la silla de San Pedro Pontífice de su mano: miedo de que el Pontífice estuvo con gran recelo no lo quisiese efectuar en su vida del mismo Papa, y le dió grande pesadumbre quando supo que el cardenal de Ruan fue á Trento á verse con el César, y que se tratase de que tuviesen vistas el Emperador y Rey de Francia: negociacion que él procuró impedir con todas sus fuerzas; lo mismo el Rey cathólico por medio de su embaxador don Jayme de Conchillos á la sazon obispo de Catania.

CAPITULO XX.

Que los venecianos cobraron á Pádua.

Luego que el Rey de Francia acabó su empresa con tanta reputacion y presteza, dió la vuelta á Milán y desde alli á su reyno. Dexó mil y quinientas lanzas repartidas por las ciudades de nuevo conquistadas, y por general Carlos de Amboesa señor de Chamonte y gran maestre de Francia, oficio mas preeminente en aquel reyno que el de condestable. La mayor parte de la gente imperial cargó sobre Treviso y el Friuoli que no se querian rendir, y no le quedaba á aquella señoría otra cosa en tierra firme por la parte de Italia. Con esta ocasion y por el descontento grande que los de Pádua tenian de los gobernadores y gente que dexó el Emperador en aquella ciudad, los venecianos tuvieron tratos secretos con algunos de

aquellos ciudadanos. Resultó que Andrea Griti con mil hombres de armas y alguna infantería se apoderó de las puertas; y con los de su devocion, que luego acudieron, cargaron sobre los alemanes de guisa que los forzaron á recogerse á la fortaleza, y otro dia se la ganaron. Desta manera se recobró aquella ciudad quarenta y dos dias despues que se perdió. Quando llegó la nueva desta pérdida al Emperador que se hallaba en Marostica, pueblo á la entrada de los Alpes á veinte y quatro millas de Pádua; por no tenerse por seguro que no le atajasen el paso, se fue á un castillo que se llama Escala, junto á los confines de su condado de Tirol. Con la misma facilidad tomaron á Assula, do pasaron á cuchillo ciento y cincuenta españoles que alli hallaron de guarnicion. Lo mismo hicieron de otros docientos que hallaron en Castelfranco, en que prendieron al capitan Alvarado. En esta furia de los mil y quinientos españoles que del servicio del Rey de Francia en fin se pasaron al Emperador, los mas fueron muertos ó presos. Verona asimismo pretendia rebelarse, mas previno el señor de la Paliza este inconveniente, que acudió con gente y la aseguró en tanto que el Emperador proveía; que se detuvo algunos dias por esperar gente que le venia de Flandes y de Alemaña: con esto y con las demas gentes que se le allegaron, formó un campo de treinta mil hombres. Enviáronle el Rey de Francia mil y trecientas lanzas, y el Papa trecientas, y despues otros mil soldados españoles. Con toda esta gente movió contra Pádua, y se puso sobre ella á los cinco de setiembre. Entraron en la ciudad el conde de Petillano y todos los principales capitanes de aquella señoría. La gente mas útil eran dos mil caballos albaneses por causa que con sus correrías hacían grande daño á los imperiales. Plantóse la artillería, der-

ribaron un lienzo del muro. Pretendian por la batería entrar la ciudad, mas fueron rechazados dos veces por gentes que cada hora entraban á los cercados por la Brenta, hasta llegar á número de veinte y cinco mil combatientes. En el primer combate murieron muchos españoles en un baluarte que ganaron, ca le tenian minado con barriles de pólvora. Eran estos á la sazon los mejores soldados que se hallaban en Italia, como quier que eran las reliquias del exército del gran Capitan. Con esto los imperiales desmayaron, y deseaban alguna honesta ocasion para sin vergüenza levantar el cerco: hiciéronlo finalmente principio del mes de octubre. Esta retirada del campo imperial tan fuera de sazon, y con tan poca reputacion, fue causa que las cosas se trocasen. Los de Vicencia cobraron avilenteza, y con gente que hicieron venir de Pádua, tomaron las armas, y á Gaspar de Sanseverino que con tres mil alemanes tenia por el Emperador aquella ciudad, apretaron de manera que se dieron muy vergonzosamente. La gente de venecianos asi mismo no se descuidaba, antes salieron á combatir los lugares que cerca de Pádua les tomára el duque de Ferrara. Entregáronse luego Este, Monsilice y Montañana. Por otra parte acudieron á poner cerco á Ferrara con una buena armada que enviaron por el Po arriba. La gente que iba por tierra, ganaron todo el Polés, y Robrigo que el mismo duque les tenia tomado. Estrecharon el cerco de Ferrara hasta tanto que con gente que vino de socorro del Papa y de Francia, el duque y el cardenal su hermano salieron al campo, y con su artillería que plantaron en la ribera del Po, hicieron mucho daño en el armada de venecianos, tanto que de diez y siete galeras perdieron las quince, y fueron forzados con alguna quiebra de su reputacion alzar el cerco. Antes desto el marques de Mántua

Francisco de Gonzaga á tiempo que con gente de á caballo pasaba á su ciudad, fue atajado y preso por Andrea Griti. Trataban de trocalle por Bartholomé de Albiano, persona de quien hacían grande estima, si bien le cargaban comunmente que por su priesa y temeridad se perdió la jornada de Abdua. Verona andaba en balanzas, y queria asi mismo entregarse á venecianos. Estaba en ella don Juan Manuel con dos mil españoles mal pagados, pequeño reparo: acudieron soldados franceses con cuya venida se aseguró aquella plaza. Iba por capitan desta gente el señor de Aubeni sobrino del que se señaló tanto en la guerra de Nápoles. El gran maestre con la fuerza del exército frances tenia su alojamiento entre Bressa y Verona, presto para acudir adonde fuese necesario. Juan Jacobo Trivulcio estaba en Bressa. El cargo de don Juan Manuel por instancia que él mismo hizo, se dió á cierto Luis de Biamonte que de años atrás andaba en servicio del Rey de Francia.

CAPITULO XXI.

Que el Emperador y Rey cathólico se concertaron.

Despues que el conde de Lerin condestable de Navarra falleció, tanto con mayor calor el Rey cathólico al mismo tiempo que la guerra de Lombardía andaba mas encendida, hacía instancia con el Rey de Navarra por don Luis de Biamonte hijo del difunto para que le restituyese sus estados, por ser don Luis su sobrino y viva su madre. No se pudo acabar cosa alguna con aquel Rey, si bien se alegaba que de los cargos que se hacían al difunto, ninguna culpa tenia su hijo. Llegaron los de Sangüessa á desvergonzarse, y hacer entrada en las fronteras de Aragon con co-

lor de apoderarse de Ul y Filera, pueblos que decian pertenecelles. Por el contrario los aragoneses para satisfacerse rompieron por tierra de Sangüessa, y les talaron la vega hasta dar vista á la misma villa. Principios eran estos de rompimiento; pero como eran querellas particulares, no se tenia la guerra por declarada, dado que don Luis pretendia con las armas apoderarse de su estado y recobralle. Trataban asi mismo de concordarse el Emperador y Rey cathólico sobre lo del gobierno de Castilla: concierto que el Rey cathólico, aunque estaba muy arraygado en la posesion, deseaba mucho concluir por sosegar á los grandes, que todavia muchos deseaban novedades. Verdad es que no se contentaba ya con que la cláusula del testamento de la Reyna doña Isabel se cumpliese, antes queria conservarse en el gobierno por todos los dias de la vida de su hija la Reyna, pues toda razon le daba aquella tutela; al qual derecho no pretendió ni pudo perjudicar la Reyna su muger; mas caso que muriese, ofrecia que entregaria el gobierno al príncipe luego que cumpliese los veinte años, segun que la Reyna doña Isabel lo mandó, y por las leyes estaba establecido. Acordaron de nombrar por jueces árbitros para esta concordia al Rey de Francia y al cardenal de Ruan, con que pretendian ganallos y obligallos. Para concluir y capitular volvió á España Andrea del Burgo, y fue muy bien recebido. Acerca del Emperador entendia en esto mismo el obispo de Catania. Por medio destos dos embaxadores se convinieron los príncipes en los capítulos siguientes: Que el Rey cathólico tuviese la gobernacion perpétua de la manera que queda dicho; todavia, caso que tuviese hijo varon, se diese seguridad que la sucesion del príncipe don Carlos en los reynos de Castilla no se perturbaria. Sobre la mane-

ra de seguridad hobo debates; pero en fin se vino en que en tal caso de nuevo el príncipe fuese jurado en cortes, y en las primeras se ordenó jurase el Rey cathólico de gobernar aquel reyno bien y como era razon. Pedia el Emperador que se acudiese al príncipe con las rentas del principado de Asturias, pues era suyo. El Rey decia que nunca fue costumbre que se diesen á ningun príncipe de Castilla antes de ser casado; solo vino en acudille con treinta mil ducados por año, y aumentar esta suma quando se casase como pareciese justicia. Pretendia el Emperador de las rentas reales se le diesen á él de contado cien mil ducados; el Rey se escusaba con que la hacienda de la corona real se hallaba adeudada en ciento y ochenta cuentos; vino sin embargo en que los cincuenta mil ducados que debian los florentines por la entrega de Pisa, se diesen al Emperador. Demas desto ofreció que ayudaria para la guerra contra venecianos con trecientos hombres de armas pagados por quatro ó cinco meses. Acordaron asi mismo que cada y quando que el príncipe don Carlos quisiese pasar á estas partes, se le enviaria armada en que viniese, en que luego que llegase, partiria para Flandes el infante don Fernando. Con esto hicieron entre sí una nueva confederacion y liga, que pretendieron desbaratar don Juan Manuel y los otros caballeros castellanos que andaban en Alemaña; pero no pudieron, ni se les dió parte, antes para escusar inconvenientes la conclusion se remitió á la princesa Margarita, con cuya intervencion de todo punto se concordaron aquellas diferencias, si bien por manera de cumplimiento acordaron que se llevasen al Rey de Francia para que juntamente con el cardenal de Ruan como jueces árbitros las confirmasen. Acudieron á Bles, donde residia aquella corte, por parte del César Mercurino de

Gatinara presidente de Borgoña, y Andrea del Burgo, que hizo en lo de adelante en Francia oficio de embaxador ordinario. Por parte del Rey cathólico intervinieron Jayme de Albion su embaxador ordinario en aquella corte, y Gerónimo de Cavanillas que le sucedió en aquel cargo. Vieron el Rey y cardenal el tratado, y dieron su sentencia como jueces árbitros á los doce de diciembre. Hecho esto, á los que siguieron el partido del Emperador y del príncipe, se restituyeron sus bienes patrimoniales, y don Pedro de Guevara fue puesto en libertad, segun que se capituló entre las demas condiciones de aquella concordia: ocasion con que algunos caballeros se salieron de Castilla con voz de ir á servir al príncipe; entre los demas el que mucho se señaló en esto, fue don Alonso Manrique obispo de Badajoz. En esta sazon el conde de Pitillano general de venecianos falleció de enfermedad en Lonigo tierra de Vicencia. Proveyó asi mismo el Rey cathólico que el conde de Lemos, que no acababa de sosegar y traía inteligencias en Portugal y en Flandes, entregase las fortalezas de Sarria y de Monforte al señor de Poza gobernador á la sazon de Galicia. En lugar del conde de Ribagorza fue proveido por virrey de Nápoles don Ramon de Cardona que lo era de Sicilia, y en su lugar se dió aquel cargo de Sicilia á don Hugo de Moncada. Muchas cosas se dixeron desta mudanza de virrey de Nápoles: los mas cargaban al conde de Ribagorza de poco hábil para cosa tan grande, otros decian que los ursinos le hicieron mudar: á la verdad quién podrá enfrenar las lenguas de la gente? quién atinar los deseños y trazas de los príncipes? sus disgustos, sus aficiones quién las sabrá averiguar?

CAPITULO XXII.

Que Bugia y Tripol se ganaron de los moros.

Grande deseo mostraba el Rey cathólico de emplear sus fuerzas contra los infieles: empresa de mayor honra y provecho que las que contra christianos se intentaban con tanta porfia. Por esto siempre hizo instancia que concluida la guerra contra venecianos, y recobrados los estados que cada qual de los confederados pretendia, no se pasase á destruir de todo punto aquella señoría; antes era de parecer se recibiese en la liga para que con las fuerzas de todos acometiesen por mar y por tierra al Turco comun enemigo de christianos. Era dificultoso conformar voluntades tan diferentes y encontradas, y juntar en uno intenciones tan contrarias. Trató con sus fuerzas, y con la ayuda con que los otros príncipes le acudiesen, de encargarse de aquella santa guerra y pasar en persona á Levante. Comunicó este intento con el Papa, que venia bien en ello y se ofrecia de ayudar de su parte. El reyno de Nápoles y el de Sicilia eran de gran comodidad para emprender esta conquista, por la facilidad de se proveer de gente y mantenimientos. A los que con atencion miraban todos los particulares, les parecia no llevaba camino que el Rey en la edad que tenia, y la poca seguridad que se podia tener en su ausencia que lo de Castilla no se alterase, se apartase tan lexos destos reynos. Pareció era mas á propósito dar calor á la conquista de Africa, que con tan buen principio tenian comenzada. El conde Pedro Navarro en el puerto de Mazalquivir tenia trece naos muy bien artilladas y armadas. Embarcóse en ellas con gente muy escogida la vuelta de Ibiza, donde con otra parte de la armada le esperaba Geróni-

mo Vianelo. Detuviéronse allí algunos dias por ser lo mas áspero del invierno. Publicóse que la armada iba sobre la ciudad de Bugia. Salieron de Ibiza primero de enero del año que se contaba de nuestra sal-
1510. vacion de mil y quinientos y diez. Los principales capitanes Diego de Vera, los condes de Altamira y Santistevan del Puerto, Maldonado, y dos hermanos cabreros: la gente hasta cinco mil hombres, la artillería mucha y muy buena. Está Bugia puesta en la costa de Numidia, no muy distante de los confines de la Mauritania Cesariense. Fué antiguamente del reyno de Tunez, despues de los Reyes de Tremecen, que la poseyeron hasta que la recobró Abuferriz Rey de Tunez. Este la dexó á un hijo suyo llamado Abdulhazis con título de nuevo reyno. Deste Rey Moro descendia Abdurrahamel que era el que de presente la poseía, dado que la quitó á un sobrino suyo por nombre Muley Abdalla, hijo de su hermano mayor y por consiguiente legítimo Rey. Su sitio es á las faldas de una alta montaña con una buena fortaleza á la parte mas alta. Ceñia la ciudad toda un muro aunque antiguo muy fuerte. Solia tener mas de ocho mil vecinos, y era la principal universidad de philosophía en África. Su territorio es mas á propósito para frutales y jardines que para sementera, por ser muy áspera la tierra y doblada. Llegó la armada á Bugia víspera de los Reyes. No pudo la gente desembarcar aquel dia por ser el viento contrario. El Rey Moro por lo alto de la sierra se mostró con diez mil peones y algunas quadrillas de á caballo. Comenzaron á baxar ácia la marina para impedir que los nuestros no saltasen en tierra; pero la artillería de la armada los hizo arredrarse y dexar libre el desembarcadero. Ordenó el conde su gente repartida en quatro esquadrones. Subió la sierra para pelear con los moros, mas

ellos no se atrevieron á aguardar, antes se metieron en la ciudad. Los nuestros parte por una ladera de la ciudad vieja que hallaron despoblada, otros por lo alto de la sierra con grande orden se arrimaron al muro y le escalaron en breve espacio. Dentro de la ciudad no hallaron resistencia á causa que como entraban los christianos, el Rey y los soldados moros se salian por la otra parte. Puso esta victoria gran espanto en toda Africa; mayormente que Muley Abdalla el legítimo Rey se soltó de la prision en que su tio le tenia, y se vino á poner en poder del conde. Tomada la ciudad, el conde salió al campo, y acometió á los reales de Abdurrahamel que estaban á ocho leguas de la ciudad, y le hizo huir segunda vez con toda su gente. Con esto muchas ciudades de aquella costa á porfia se ponian en la obediencia del Rey. La primera fue Argel, mas occidental que Bugia, llamada de los moros Gezer, que significa isla, por la que tiene delante en el mar: terror adelante de España, rica y poderosa con los despojos de nuestras desgracias. Tras Argel el Rey de Tunez y la ciudad de Tedeliz hicieron lo mismo. Hasta el Rey de Tremecen y los moros de Mostagan trataron de ponerse y se pusieron en la obediencia del Rey: tan grande era la reputacion que ganaron los nuestros. Con todos se hicieron capitulaciones, en que se les mandaba diesen libertad á todos los christianos, y acudiesen con ciertas parias cada un año. En asentar estas cosas se detuvo algun tiempo el conde Pedro Navarro, sin descuidarse de aparejar lo necesario para pasar adelante en la conquista, en el tiempo que en la India de Portugal Alonso de Alburquerque por comenzar con buen pie se apoderó de la ciudad de Goa, nobilísima por ser la silla del imperio portugues en la India. Esta ciudad está en una isleta del

mismo nombre que hace un rio al desaguar con su corriente en el mar. Boxa cinco leguas poco mas. Era sugeta á Zabaim Idalcan; y á la sazon tenia pequeña guarnicion por causa que su señor para otras guerras que tenia, llevó de alli la gente de guerra. Dió aviso desto al gobernador un cosario por nombre Timoya, que andaba con catorce fustas robando por aquellos mares. Halló el gobernador ser verdad lo que el cosario le dixo. Entró con su armada en el puerto, y sin dificultad se apoderó de la ciudad, en que entró á los diez y seis de febrero. Muy diversa suerte fue la de su predecesor Francisco de Almeyda, que no pudo llegar á Portugal á causa que antes de doblar el cabo de Buena Esperanza, como saliesen algunos de sus navíos á hacer agua y proveerse de algun refresco, se levantó cierta qüestion con los cafres, que asi se llaman los naturales de la tierra. Acudió Almeyda á socorrer á los suyos, y fue en la pelea muerto miserablemente. Esta notable desgracia sucedió primero de marzo. Tenia el Rey cathólico proveido por general para la conquista de Africa á don García de Toledo hijo mayor del duque de Alba, con intento que aquella guerra se hiciese con mayor reputacion, y porque queria servirse del conde Pedro Navarro en la guerra de Italia. Detúvose algunos meses antes de partir de España. El conde por no perder tiempo, y porque Bugia se picaba de peste y dolencias, salió á siete de junio con ocho mil hombres la vuelta de Faviñana, que es una isleta puesta delante de Trapana ciudad de Sicilia: alli acudieron como lo tenian ordenado las galeras de Nápoles y Sicilia que eran once por todas, sin otros muchos baxeles, de suerte que llegaba la gente á catorce mil hombres. Con toda esta armada llegaron en pocos dias á vista de Tri-

pol, ciudad de la provincia que antiguamente se llamó Africa, mas adelante de la Numidia, sugeta á los Reyes de Tunez, aunque de presente alzada con su propio señor, que llamaban Xeque. La mayor parte está rodeada de mar, y por la tierra tenia una cava muy ancha llena de agua con su cerca bien torreada. Acudieron muchos alarabes y otros moros á la defensa, que entre todos llegaban á catorce mil. Desembarcó el conde con su gente que dividió en dos partes, la una para pelear con los moros que salieron á la marina para impedir que no saltasen en tierra, á los demas mandó combatir la ciudad. Fuera desto por la parte del mar salieron algunos soldados y marineros con escalas para entralla por aquel lado. La pelea fue muy brava. En dos horas que duró, los moros de fuera se pusieron en huida, y la ciudad por junto á la puerta que llaman de la Victoria, se entró á escala vista. Un infanzon aragones que se decia Juan Ramirez, fue de los primeros que subieron en el muro. No quedó con esto rendida la ciudad, antes fue menester ganalla palmo á palmo, y pelear por las calles con los moros que se defendian como gente desesperada, y que no pretendian vencer, sino dexar sus muertes vengadas. Murieron cerca de cinco mil moros, y quedó preso el Xeque. De los nuestros faltaron algunos muy valientes soldados, entre ellos uno de los Cabreros, sobrinos del camarero del Rey cathólico, y el coronel Ruy Diaz de Porres, y Christóval Lopez de Arriaran que era el almirante de la armada. Dieron la ciudad á sacomano: los despojos se dieron á los que pelearon, á los que quedaron en guarda de la armada, consignaron los cautivos y las mercadurías que en la ciudad se hallaron: traza del conde á propósito que todos quedasen contentos y ricos.

CAPITULO XXIII.

De lo poco que se hacia en la guerra de Italia.

La guerra con los venecianos se llevaba adelante, aunque con poco calor: la causa, que el Rey de Francia se retiró á su reyno, cobradas las ciudades que le pertenecian; el Emperador se fue á Alemaña sin dexar acabada su empresa, porque todavia le quedaba por ganar lo de Treviso y del Frioli, y lo de Aquileya, Pádua rebelada: Verona con su comarca en poder de franceses empeñada por sesenta mil ducados con que el Frances socorrió al Emperador y á su pobreza que era grande. Púsose condicion que se quedase con la prenda, si dentro de un año la deuda no se pagase. Acordóse que los príncipes confederados ayudasen con gente, conforme á las capitulaciones de Cambray, hasta tanto que el Emperador quedase entregado en todo lo que le pertenecia de venecianos. Era general de los imperiales el príncipe de Analth, poca la gente y menos la reputacion, y no tenia dineros para pagalla. De parte de Francia le asistia con buen número de soldados Carlos de Amboesa gran maestre de Francia, con cuya ayuda se recobró por el César la ciudad de Vicencia, que se rindió á voluntad y merced del vencedor. De Nápoles por orden del Rey cathólico acudió el duque de Termens Vincencio de Cápua persona de valor y confianza con quatrocientos hombres de armas, muy lucida gente, todos españoles escogidos de los que en aquel reyno tenian. El Papa no acudió sea por no tenerse por obligado á pasar adelante, sea por el disgusto que tenia con el Rey de Francia por el favor que daba al duque de Ferrara su enemigo, en que muy declarado se mostraba. Llegó el negocio á tér-

mino que el Papa dió la absolucion de las censuras en que venecianos incurrieran, y se confederó con ellos, ca no queria que aquella nobilísima república se acabase de destruir, cosa en que se conformaba el Rey cathólico; ademas que se pretendia valer de sus fuerzas para despojar de su estado al duque de Ferrara con quien estaba muy indignado, tanto que le hizo citar, y en rebeldía le condenó por sentencia fuese privado de aquel feudo: razones quándo á los príncipes faltaron para executar su saña? El principio destos disgustos fue la sal que el duque hacía en Comachîo en perjuicio de la que se beneficiaba en Cervia tierra del Papa, y las imposiciones que de nuevo hacía cobrar de las mercadurías que por el Po se llevaban á Venecia. Desto tuvo el Frances tanto sentimiento, que mandó embargar y secrestar todas las rentas de los cardenales franceses y de los curiales de su señorío; y les mandó salir de Roma, y que viniesen á residir en sus iglesias. Iban en aumento estos disgustos por quanto el Papa por una parte intentó con favor de las galeras de venecianos hacer que el comun de Génova, en que tenia mano por ser natural de Saona, se levantase contra el gobierno de Francia. Envió con las galeras á Octaviano de Campofregoso y otros foragidos de aquel estado, y á Marco Antonio Colona dió orden que de Luca, donde asistia, se acercase á Génova con gente de á pie y de á caballo. No se hizo efecto por no estar las cosas sazonadas. Por otra parte alcanzó de venecianos que pusiesen en libertad al marques de Mántua, de cuya persona pretendia servirse en la guerra contra Francia, á tal que para seguridad le entregase á su hijo. Dióse libertad al marques á los catorce de julio. Asi mismo acometió las tierras del duque de Ferrara, y pretendia apoderarse de la misma ciudad, y como

las demas restituilla á la iglesia por ser aquel estado feudo suyo, sin tener respeto al Rey de Francia en cuya proteccion estaba, y el mismo duque ocupado en su servicio. Nombró por general de la iglesia para esta guerra al duque de Urbino: tuvieron las gentes del Papa tomadas todas las tierras del ducado de Ferrara que estan en la Romaña de la otra parte del Po: acudió un capitan frances llamado Chatillon con trecientas lanzas á los veinte y nueve del mes de julio. La gente del Papa alzado el cerco que tenian sobre Lugo, con la nueva del socorro, se retiró á Imola. Recobró el de Ferrara lo perdido; pero la gente del Papa en breve lo tornó luego á ganar, y aun el cardenal de Pavía por trato que tuvo con algunos ciudadanos de Módena, se apoderó de aquella ciudad por el Papa. Corria el mismo peligro Regio. Metió dentro el duque gente, y monsieur de Chanmonte envió para su defensa docientas lanzas. El duque de Urbino que se hallaba á la sazon en Boloña, pretendia fortificar aquella ciudad, ca se temia acudiria sobre ella el campo frances. Asi mismo el Papa por medio del obispo Sedunense que era suizo de nacion, y para mas obligalle le dió intencion del capelo, levantó hasta en número de doce mil de aquella gente, los ocho mil á su sueldo y el resto al de la señoría de Venecia: todo con intento de hacer la guerra en el ducado de Milán, y poner en aquel estado á Maximiliano Esforcia que andaba despojado en la corte del Emperador. Todos pensamientos si bien mas altos que sus fuerzas, muy conformes á su natural, de suyo muy desasosegado y brioso, como lo mostró en toda la vida pasada, porque en el pontificado del Papa Sixto su tio nunca entendió sino en sembrar discordias, y en el del Papa Inocencio se dixo fue la causa que los barones del reyno tomasen las armas contra su

Rey; y en tiempo de Alexandro fue el principal caudillo para traer los franceses en Italia : de suerte que nunca supo vivir en paz, y siempre procuró contienda. Los intentos del Papa forzaron al gran maestre de Francia á retirarse con su campo la via de Milán para guardar aquel estado, y acudir si fuese necesario á lo de Génova. Verdad es que publicaba retirarse de aquella guerra á causa que el Emperador estaba ausente, y que sin él no se podia hacer efecto de momento, tanto mas que los venecianos se reforzaban cada dia con gente que les acudia de la Romaña y de otras partes. Todavia quedó Juan Jacobo Trivulcio con buen golpe de gente de armas, porque sin ella lo demas del exército imperial apenas pudieran ser señores del campo. Llegó á tanto grado esta mengua que los alemanes acordaron de sacar de Vicencia su artillería y municiones, y pasallas á Verona, por ser aquella ciudad y castillo muy flacos, y no tener ellos fuerzas bastantes para tenerse. Por este tiempo la duquesa de Terranova se detenia todavia en Génova, y como el Papa continuaba en hacer instancia que su marido el gran Capitan fuese á serville, los franceses se recelaron de su estada alli. Por esto proveyó su marido que á la hora se partiese para España, donde los de Fuente-Rabía y los de Hondaya pueblo de la Guiena tenian contienda sobre á quál de las partes pertenecia el rio Vidasoa, con que parten término España y Francia. Llegaron diversas veces á las manos, y el pleyto á términos que se nombraron jueces por los Reyes, los quales acordaron que cada qual de las partes quedase con la ribera que caía ácia su territorio, y el rio fuese comun. Solo se vedó á los franceses tener alli y usar de baxeles con quilla, es á saber grandes, con que finalmente se sosegaron.

CAPITULO XXIV.

Que el Papa dió la investidura del reyno de Nápoles al Rey cathólico.

Tenia el Rey cathólico convocadas cortes generales de Aragon, Valencia y Cataluña para la villa de Monzon: y para los veinte de abril, con intencion que aquellos sus reynos le hiciesen algun servicio para proseguir la guerra de Africa que era de su conquista. Salió de Madrid la primavera para hallarse al tiempo aplazado. Quedó en aquella villa el infante don Fernando, y en su compañía el cardenal arzobispo y los del consejo real. Llevó consigo al duque de Medina Sidonia y don Pedro Giron, ca les tenia dado perdon, dado que se retuvo las fortalezas de Sanlucar, Niebla y Huelva. Iban otrosí en su compañía el condestable, el marques de Priego y el conde de Ureña. Llegó á Zaragoza, y dende pasó á Monzon. Concurrió mucha gente por ser las primeras cortes generales que tenia despues que reynaba, como antes fuesen particulares de cada uno de aquellos tres estados pertenecientes á la corona de Aragon. Ocupábase el Rey en esto, y no se descuidaba en acudir á la conquista de Africa y á la guerra de Italia; mas particularmente hacía grande instancia con el Rey de Francia para que se reformase aquella condicion que capitularon, tocante á la sucesion en el reyno de Nápoles caso que la Reyna doña Germana no tuviese hijos. No daba el Frances oidos ni lugar á esta demanda, con la esperanza que siempre tuvo de recobrar aquel estado por el camino que pudiese, en especial que á esta sazon falleció el cardenal de Ruan que estuvo siempre muy apoderado de la voluntad de aquel Rey, y no terciaba mal en las cosas que tocaban al

bien comun y se enderezaban á la paz. Tenia este negocio puesto en mucho cuidado al Rey cathólico por lo que importaba: acordó de valerse del Papa, y ayudarse de la enemistad que tenia con el Rey de Francia para alcanzar la investidura de aquel reyno. Al Papa al principio se le hizo de mal concedella: despues como se vió embarazado en negocios tan graves, por valerse de la ayuda de España acordó de dar la investidura de la manera y tan ámplamente como se pudiera pintar. Habia el Papa Alexandro concedido al Rey de Francia la investidura de la parte de aquel reyno, como queda dicho, con el título de Rey de Nápoles y de Jerusalem. Era dificultoso despojalle de aquel derecho, mayormente sin oille. Acordó declarar que el Frances perdió la investidura por no acudir, como no acudió en tantos años, con el reconocimiento que debia, y mas porque enagenó aquel feudo quando se concertó con el Rey cathólico, sin consentimiento del Pontífice señor directo de aquel estado. Con esto le concedió la investidura de todo aquel reyno para sí y para sus sucesores; y señalóse que pagase cada un año la fiesta de San Pedro y San Pablo ocho mil onzas de oro, y cada trienio un palafren blanco. Demas desto por una vez debia dar cincuenta mil ducados, y lo mismo contasen sus sucesores cada y quando que se les diese la investidura; que eran todas las mismas condiciones que se impusieron al Rey Carlos el Primero quando se le dió la investidura. Esto se concedió por el Papa y colegio de cardenales por principio del mes de julio. Poco despues á siete del mes de agosto el Papa hizo relaxacion del censo y de los cincuenta mil ducados, y se contentó con que cada un año le presentasen un palafren blanco decentemente adornado, y le sirviesen con trescientas lanzas cada y quando que se hiciese

guerra en el estado de la iglesia; que era una de las condiciones de la investidura, de que no quiso el Papa alzar mano por servirse dellas para la empresa de Ferrara. Despues en tiempo del Papa Leon Décimo se impuso un censo de siete mil ducados cada un año por la licéncia que dio al Emperador don Carlos para que juntamente con el imperio pudiese tener aquel reyno contra lo que tenian de tiempo antiguo capitulado con las casas de Anjou y de Aragon. Mostró gran sentimiento el Rey de Francia por esta concesion, y sobre ello su embaxador el obispo de Ruis hizo grande negociacion, y formó grandes quexas acerca del Rey cathólico á tiempo que las cortes de Monzon se continuaban. En ellas a los trece de agosto se acordó que sirviesen para la guerra de Africa con quinientos mil escudos, que fue un servicio muy grande, considerado el tiempo y la libertad de aquellas provincias; pero era muy encendido el deseo de todos que aquella conquista se prosiguiese, que se aumentó con las nuevas que entonces llegaron de la toma de Tripol. Demas desto por si otras ocupaciones forzasen al Rey de ausentarse antes de concluir las cortes, habilitaron á la Reyna doña Germana para presidir en ellas, y aun si fuese necesario, convocallas de nuevo, á tal que fuese proveida por teniente general de aquellos reynos y principado. Decretóse otrosí que se extinguiese en aquellos reynos la hermandad que se instituyó los años pasados. Asistieron á estas cortes como era costumbre el vicechânciller Antonio Augustin y Juan de la Nuza justicia de Aragon. Los embaxadores que se hallaron en Monzon, los señores de Castilla y de Nápoles y Sicilia fueron en gran número; y muchos mas los que tenian voto en cortes de los tres brazos. En el eclesiástico tenia el primer lugar don Alonso de Aragon arzobispo de

Zaragoza; entre los ricos hombres se asentaban los primeros los condes de Belchit y de Aranda; entre los infanzones don Miguel de Gurrea y don Miguel Perez de Almazan. Sin estos asistieron los procuradores de los reynos de Aragon y Valencia, y de todas las ciudades y villas que suelen acudir y tienen en cortes voto y lugar.

CAPITULO XXV.

Que don Garcia de Toledo fue muerto en los Gelves.

Aprestóse en la ciudad de Málaga una armada en que partiese don García de Toledo con gente á la conquista de Africa. Solicitaba el Rey cathólico su ida; mas entretúvose por causa de estar Bugia inficionada de peste. Hízose á la vela con siete mil hombres ya que los calores del verano iban adelante. Aportó á Bugia: para guarda de aquella ciudad dexó parte de su armada con tres mil hombres. Diego de Vera al tanto, dexado orden en las cosas de Bugia, siguió la armada, y juntos llegaron al puerto de Tripol con diez y seis velas en coyuntura que el conde Pedro Navarro tenia embarcada su gente que eran mas de ocho mil hombres, con resolucion de ir sobre los Gelves, que es la mayor y mas importante isla que hay en la costa de África, mas occidental que Tripol en distancia como de cien leguas. Es muy llana y arenosa, cubierta de bosques de palmas y de olivos, tan allegada á tierra firme que por una parte se pasa de una á otra por una puente. Boxa mas de diez y seis millas, tiene falta de agua, no hay en ella pueblos, sino caserías, y á la marina un castillo estancia del señor. Solia ser del Rey de Tunez, mas entonces tenia su propio Xeque á quien obedecian. Partieron de Tripol con toda brevedad: llegaron á los Gelves un

miércoles veinte y ocho de agosto dia de San Agustin. Desembarcó la gente sin hallar impedimento ni contraste entre la isla y tierra firme, en un lugar que llaman la puente quebrada. Ordenaron de toda la gente siete esquadrones. Quiso don García, sin embargo que era general, ir delante de todos con los caballos que llevaba en su compañía: quien dice con voluntad y acuerdo del conde Pedro Navarro, quien afirma que á pesar suyo. El Xeque tenia hasta ciento y cincuenta de á caballo y dos mil de á pie, gente mal armada, y tan medrosa que ofrecieron partidos muy aventajados por no venir á las manos. Era pasado medio dia quando nuestros esquadrones comenzaron á marchar. El calor fue tan excesivo, y el polvo de los arenales tan grande, que todo parecia echar de sí llamas. Apenas caminaron dos leguas quando algunos de pura sed se caían muertos, y todos la padecian estrema. Llegó el primer esquadron á unos palmares, donde por entender que junto á unas casas caidas habia ciertos pozos, la gente toda se desordenó por beber: aqui descubrieron los moros, que advertidos del aprieto de nuestra gente se fueron para ellos. Apeóse don García y algunos otros que iban á caballo. Decíanle algunos que se retirase. «Adelante (dixo él) caballeros: somos llegados »aqui para volver las espaldas? si la suerte fuere con»traria, á lo menos no nos hará olvidar de nuestra »nobleza, ni faltar á lo que es razon." Esto dixo: tomó á un infanzon aragones una pica que llevaba, y arremetió con ella á los moros. No se pudo detener nuestra gente con el valor de su general, antes luego se puso en huida. Acometieron los moros de tropel, y de los primeros mataron á quatro de los que se apearon. Estos fueron don García, Garci Sarmiento, Loaysa y Christóval Velazquez, todos nobles capita-

nes. Era tanta la turbacion de la gente que huía, que sin remedio se lanzaban por los otros esquadrones y los desbarataban, de suerte que todos volvian las espaldas. Entonces el conde proveyó que los esquadrones de don Diego Pacheco y de Gil Nieto que quedaron con él en la retaguardia, atajanse el paso por do huía la gente, para que hiciesen reparar los moros, que fue el remedio para que todos no pereciesen: cosa maravillosa, en este trance el conde se halló tan turbado que como sin consejo ni valor fue de los primeros á embarcarse; puesto que pudo pretender que las galeras, las surtas mas cerca de tierra, recogiesen la gente, ca muchos por no querellos admitir se ahogaban en el mar. Entre muertos y cautivos faltaron de los nuestros hasta quatro mil. Gente de cuenta demas de los ya dichos murieron don Alonso de Andrada, Santangel, Melchor Gonzalez hijo del conservador de Aragon, sin muchos otros capitanes y gentiles hombres. El cuerpo de don García fue llevado al Xeque, que despues de algunos dias escribió á don Hugo de Moncada virrey de Sicilia que por entender era aquel gran señor pariente del Rey, le tenia en una caxa para hacer dél lo que ordenase. Dexó don García un hijo pequeño que se llamó don Fernandalvarez de Toledo, que fue adelante uno de los mas señalados guerreros y capitanes de todo el mundo. Padre de don García fue el duque don Fadrique primo hermano del Rey cathólico de parte de las madres: abuelo don García, el primero que de aquella casa alcanzó título de duque, cuyo padre don Fernandalvarez de Toledo, sobrino de don Gutierre de Toledo arzobispo de Toledo, fue el primer conde de Alba. El conde Pedro Navarro antes que partiese de los Gelves, despachó á Gil Nieto y al maestro Alonso de Aguilar para dar cuenta al Rey de lo que pasó en

aquella jornada, y de aquel revés tan grande. Las galeras envió á Nápoles conforme al orden que tenia, con el resto de la armada se encaminó la vuelta de Tripol; y dado que corrió fortuna por espacio de ocho dias, finalmente llegó á aquel puerto á los diez y nueve de setiembre. Puso para guarda de aquella ciudad á Diego de Vera con hasta tres mil soldados: despidió otros tres mil por mal parados y enfermos; y él con otros quatro mil y con la parte del armada que le quedó, salió para correr la costa de Africa entre los Gelves y Tunez. El tiempo era contrario, y tal que le forzó á detenerse lo mas del invierno en la isla de Lampadosa, una de las que caen cerca de la de Sicilia. Sobre la ciudad de Safin que era de portugueses, en la costa de Africa, se puso por fin deste año una morisma innumerable: acudieron socorros de la isla de la Madera. Con esta ayuda Atayde capitan de aquella fuerza, y con la gente que tenia, la defendió muy bien, y alzado el cerco, hizo con los suyos entrada en tierra de moros hasta llegar cerca del Almedina, pueblo distante de Safin no menos que treinta y dos millas: tuvo diversos encuentros con los moros, ganóles mucha presa y cautivos, á la vuelta empero cargó sobre él tanta gente que le fue forzoso dexalla. Hizo adelante otras muchas entradas y correrías hasta llegar á las puertas de Marruecos algunos años despues deste: hazaña memorable de mas reputacion que provecho. Lo mismo hacían don Juan Coutiño capitan de Arcilla en lugar de su padre don Vasco Coutiño conde de Borba, y Pedro de Sousa capitan de Azamor, caudillos todos valerosos y muy determinados de ensanchar el señorío de Portugal por aquellas partes de Africa, provincia dividida en muchos reynos poco conformes entre sí, y á propósito para ser fácilmente conquistados.

LIBRO TRIGÉSIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Que algunos cardenales se apartaron de la obediencia del Papa.

Casi á un mismo tiempo el Rey cathólico, despedidas las cortes de Monzon, por Zaragoza dió vuelta á Castilla, y el Papa Julio salió de Roma la vuelta de Boloña. El mismo Rey pretendia hallarse en las cortes que tenia aplazadas para la villa de Madrid, y acudir á la conquista de Africa, donde publicaba queria pasar en persona para reparar el daño que se recibió en los Gelves. Demas desto la guerra de Italia le tenia puesto en cuidado á causa que todos los príncipes se querian valer de su ayuda. El Pontífice desde Boloña, en que entró por fin de setiembre, queria dar calor á la guerra de Ferrara, por quanto su sobrino el duque de Urbino con la gente de la iglesia hacía poco progreso; antes por estar el enemigo muy apercebido, y con el arrimo de Francia alentado, llevaba lo peor, y con su campo retirado cerca de Módena. Hallóse el Rey cathólico en Madrid á los seis de octubre, dia en que presentes los embaxadores del Emperador y del príncipe don Carlos, y el nuncio del Papa, conforme á lo capitulado en Bles hizo el juramento en pública forma de gobernar aquel reyno con todo cuidado, hacer y cumplir todo aquello que á oficio de verdadero y legítimo tutor y administrador incumbia. Junto con esto para cumplir con el Papa por la obligacion de la investidura que le dió, mandó que Fabricio Colona con trescientas lan-

zas del reyno de Nápoles, gente escogida, fuese á juntarse con la de la iglesia, con instruccion de ayudar en la guerra de Ferrara, mas no contra el Rey de Francia; antes para tenelle contento y á su instancia mandó al almirante Vilamarin que con once galeras que volvieron de los Gelves á Nápoles, acudiese á las marinas de Génova para junto con la armada de Francia asegurar aquella ciudad en el servicio de aquel Rey, de suerte que no hiciese novedad como se recelaba. El duque de Termens tenia en Verona sus quatrocientas lanzas en servicio del Emperador, y aun fue el todo para que aquella ciudad no viniese en poder de venecianos, que en esta sazon la tuvieron muy apretada con cerco que sobre ella pusieron con mucha gente. Acudió el gran maestre con quatrocientas lanzas á dar socorro á los cercados; pero antes que llegase, los enemigos eran idos. El Papa á su partida mandó que todos los cardenales le siguiesen: algunos por recelarse de su condicion, ó por inteligencias que traian con Francia, pretendieron recogerse á Nápoles; mas como quier que el virrey no les acudiese, pasaron á Florencia. Alli el principal don Bernardino de Carvajal cayó malo: con esta ocasion se detuvieron, dado que el Papa les daba priesa para que fuesen donde él estaba. Ellos dilataban su ida hasta ver qué camino tomaban las cosas de la guerra, porque en esta sazon que el Papa se hallaba en Boloña y su exército en Módena, el gran maestre de Francia acometió una empresa muy estraña. Esto fue que con las quatrocientas lanzas que llevaba al socorro de Verona, y con otras docientas que tenia en Rubiera, revolvió sobre Boloña confiado en los Bentivollas que iban con él, y le prometian de dalle entrada en aquella ciudad. El Pontífice y todo el colegio estuvieron en grande peligro. Proveyó Dios que á muy buen tiem-

po llegó Fabricio Colona y su gente; con cuya llegada los del Pontífice se reforzaron, y los franceses fueron forzados de alzar su campo y cerco sin hacer algun efecto, y sin que los nuestros les hiciesen otro enojo por guardar el orden que llevaban, y el respeto que al Rey de Francia se debia. Sucedió que el Papa adoleció en aquella ciudad de suerte que poca esperanza se tenia de su vida, que dió ocasion á nuevas esperanzas, y pláticas no muy honestas que pasaron entre los cardenales. El Papa avisado deste desorden á los once del dicho mes los llamó á consistorio. Alli publicó una bula muy rigurosa contra los que cometiesen simonía en la eleccion del Pontífice, que tenia ordenada desde el principio de su pontificado, y por diversos respetos se dilató su promulgacion hasta esta coyuntura. Con todo esto estaba muy receloso de los cardenales que se quedaron en Florencia, tanto que por atajar las inteligencias que tenian con Francia, se contentaba y venia en que se retirasen á Nápoles como al principio ellos mismos lo deseaban, pero ellos tenian sus pretensiones tan adelante que no vinieron en ello; antes los cardenales don Bernardino y el de Cosencia se pasaron á Pavía con voz que pretendian juntar concilio general para tratar de la reformacion de la iglesia, y aun proceder hasta deponer al Papa: camino y traza de grandes inconvenientes y daños. Hacian espaldas á estos cardenales y á sus intentos el Rey de Francia y el Emperador, y aun procuraron atraer á su partido al Rey cathólico: tanto que entre el Emperador por medio de Matheo Lango su secretario ya obispo de Gursa, que tenia gran cabida con aquel príncipe, y le despachó para este efecto, se asentó confederacion con el Rey de Francia en Bles á los catorce de noviembre, en que intervino el embaxador del Rey cathólico Cabanillas

con poderes limitados, é instruccion que no viniese en cosa alguna que se intentase contra el Papa. En aquella junta demas de declarar que todos los príncipes confederados, conforme á lo capitulado en Cambray, quedaban obligados á ayudar al Emperador á cobrar la parte que del estado de venecianos le tocaba, se acordó de procurar con el Papa estuviese á justicia y á derecho con el duque de Ferrara; y para apremialle á que viniese en esto, ordenaron que el Emperador en sus estados, y lo mismo en Aragon y Castilla se juntasen concilios nacionales para determinar las mismas cosas que poco antes se establecieron en la iglesia Gallicana que se juntó primero en Orliens y despues en Tours, es á saber que todas las personas eclesiásticas de aquel reyno sin exceptar ni cardenales, ni los familiares del Papa, fuesen á residir en sus beneficios, con apercebimiento, si no obedecian, que todas sus rentas se secrestasen y gastasen en pro de las mismas iglesias: resolucion muy perjudicial, principio y puerta de alborotos y de scisma, y que forzó al Papa á publicar sus censuras contra los que obedeciesen aquel mandato, y declarar por descomulgados al gran maestre de Francia, á Trivulcio y á todos los capitanes que en Italia estaban á servicio y sueldo del Rey de Francia, y á los que intervenian en las congregaciones de la iglesia Gallicana. El Rey cathólico nunca quiso ser parte en la nueva avenencia de Bles, y mucho menos aprobar ni seguir aquel exemplo de la iglesia Gallicana tan descaminado; antes procuró con todas sus fuerzas apartar al Emperador de aquel intento, y hacer se reconciliase con el Papa y concertase con venecianos. Tratábase en esta sazon de casar la Reyna de Nápoles sobrina del Rey cathólico con Carlos duque de Saboya. Llegó el tratado á señalar en dote de la Reyna docientos

mil ducados; y áun se halla que aquella señora se intitulaba por este tiempo duquesa de Saboya. Sin embargo este matrimonio no se efectuó, y el duque casó adelante con doña Beatriz infanta de Portugal. En Nápoles se alborotó el pueblo á causa que intentaron de asentar en aquella ciudad y reyno la inquisicion á la manera de España. Comenzaba á exercer el oficio el inquisidor Andres Palacio juntamente con el ordinario. La revuelta fue tan grande que por atajar mayores males el virrey publicó un edicto en que mandaba que los judíos y los nuevamente convertidos, que vinieron en gran número de España huidos, saliesen de aquel reyno, y desembarazasen por todo el mes de marzo. Junto con esto proveyó que atento la religion y observancia de aquella ciudad y de todo el reyno, la inquisicion se quitase: con que todos sosegaron. El mismo Papa era deste parecer, que por entonces no debian alterar la gente con poner en aquel reyno aquel nuevo y severo tribunal.

CAPITULO II.

Que los franceses tomaron á Boloña.

No se aseguraba el Rey de Francia del Rey cathólico, antes sospechaba se queria ligar con el Papa en daño suyo. Los suizos asi mismo, que tiraban sueldo del Pontífice, le hacian dudar no volviese la guerra contra Milán. Trató de concertarse con el Papa por medio del cardenal de Pavía que podia mucho con él: ofrecia buen número de gente de á pie y de á caballo para la guerra contra el Turco, y que acabaria con el duque de Ferrara dexase á Cento y la Pieve, y que tornase á pagar el censo que solia de quatro mil ducados por año, dado que el Papa Alexandro le re-

laxó el censo, y entregó aquellos lugares en parte del dote con Lucrecia de Borgia; demas desto que alzaria mano de las tierras que tenia en la Romaña. Todos eran buenos partidos, si el Papa no tuviera por cierto que tomaria al duque todo el estado: estaba ya apoderado de Módena, y pretendia hacer lo mismo de Regio y Rubiera, pueblos principales de su condado. Agraviábase desto el Emperador á causa que todo aquel condado de Módena era feudo del imperio, y dél le tenian los duques de Ferrara. Hízole requerir que no pasase adelante, y que restituyese á Módena. Venia el Papa bien en ello, solo queria seguridad que no la entregaria á aquel duque, ni menos al Rey de Francia. El Rey cathólico tenia puesto su pensamiento en la empresa de Africa, dado que no se descuidaba de las cosas de Italia. Mandó al duque de Termens que con su gente diese vuelta al reyno de Nápoles, pues en el Veronés no se hacía efecto de momento por estar el Emperador ausente, y no tener exército bastante. Hizolo asi, y de camino visitó al Papa en Boloña, y dél fue muy bien recebido y acariciado. El Rey cathólico, pospuesto todo lo
1511. al, por principio de enero del año de mil y quinientos y once pasó de Madrid á Sevilla para dar calor á los aparejos que se hacian para la guerra de Africa. Queria reparar el daño y mengua que se recibió en los Gelves, tanto mas que en la isla de Querquens puesta entre los Gelves y Tunez fue muerto por los moros que sobrevinieron de sobresalto de noche, el coronel Gerónimo Vianelo con quatrocientos soldados que salieron á hacer agua: sucedió esta desgracia el mismo dia de Santo Mathia. Lo mismo hizo el Papa, que en el corazon del invierno que fue muy recio, continuaba la guerra contra Ferrara, y porque sus gentes y las de la señoría hacian poco efecto, de-

terminó ir en persona á cercar la Mirándula. Apretóla tanto que la condesa, muger que fue del conde Ludovico Pico, la entregó. Vióse el Papa en este cerco en peligro de la vida, porque una bala abatió la tienda en que estaba con otros cardenales: grande fue el espanto, el daño ninguno. Para memoria deste milagro mandó colgasen la bala, que es como la cabeza de un hombre, delante la imágen de nuestra Señora de Loreto, y alli está hasta el dia de hoy al lado de la Epístola (1). De Mirándula el Pontífice dió la vuelta á Boloña, pero mandó pasar su exército contra Ferrara: acudióle Andres Griti con parte del exército de venecianos, todos con intento de ponerse sobre aquella ciudad. Toda esta diligencia fue de poco efecto á causa que la gente del duque se hallaba muy en orden, y el gran maestre de Francia con la gente que tenia en el Veronés, se acercó á la ribera del Po con muestra de dar la batalla si fuese necesario para defender á Ferrara. Por esto los de la iglesia dieron la vuelta, y el gran maestre fue á Regio do tenia puesto á Gaston de Fox duque de Nemurs. Desde alli cargó sobre Módena que se tenia ya por el Emperador, ca el Papa á persuasion del Rey cathólico se la restituyó por este mismo tiempo. Estaba en ella con gente de la iglesia Marco Antonio Colona, que la defendió muy bien y con mucho valor. El Papa acordó intentar de nuevo de entrar en el Ferrarés por la via de Ravena, por donde pensaba hallar el camino mas facil y ayudarse mejor de la armada veneciana. Con esta resolucion partió con su exército de Boloña; mas tampoco esta entrada fue de provecho, antes la gente del duque desbarató la del Papa, y las galeras vene-

(1) Turselin, Hist. de Loreto, lib. 2. cap. 12.

cianas no se atrevieron á subir por el Po arriba por miedo del artillería que tenian plantada en la ribera de aquel caudaloso rio. Falleció en Regio en esta sazon el gran maestre de Francia señor de Chamonte: su muerte fue á los once de febrero. Por el mes de marzo el Papa entre nueve cardenales que crió en Ravena, dió el capelo á los obispos Sedunense suizo de nacion, y al de Gursa secretario del César, que era venido de Italia de parte de su señor á dar corte en los negocios y diferencias que tenia con venecianos, y con Francia y con el Papa. Quedó por general en lugar de Chamonte Juan Jacobo Trivulcio padre de la condesa de la Mirándula. Prometiéronle los Bentivollas que le darian las puertas de Boloña, do hallaria la gente de guarnicion muy descuidada de trama semejante. Acudió Trivulcio con sus gentes, y sin dificultad se apoderó de aquella ciudad, porque el duque de Urbino que alli quedó por su tio, avisado de su venida, y de las inteligencias que tenia con aquellos ciudadanos, se salió con la gente que alli tenia de guarnicion y los demas capitanes. Salióse asi mismo el cardenal de Pavía Francisco Alidosio, y fuése á Ravena donde halló al Papa, en cuya presencia cargó la culpa de la pérdida de Boloña al duque; y aun decia que tenia inteligencias con el de Ferrara, y por estar casado con hija de su hermana le pesaba de todo su daño (1). No faltó quien avisase desto al duque de Urbino, que se indignó desto tanto que un dia á tiempo que iba el cardenal á palacio, si bien le acompañaba mucha gente y algunos capitanes, salió con gente, y á estocadas le mató á los veinte y quatro de julio. Fue grande este atrevimiento: valióle ser sobri-

(1) Onuph. de los cardenales.

rio del Papa, que si bien mostró gran sentimiento de aquella desgracia y exceso, no faltó quien dixese que por su orden se cometió aquel caso.

CAPITULO III.

Que algunos cardenales convocaron concilio general.

En el cónclave en que fue elegido el Pontífice Julio, todos los cardenales antes de la eleccion se obligaron por juramento que qualquiera dellos que saliese Papa, dentro de dos años juntaria concilio general. Demas desto en los concilios de Constancia y de Basilea quedó establecido que cada diez años se juntase el dicho concilio, so graves penas que ponen á los que lo impidiesen. El Papa Julio despues que se vió con el pontificado señor de todo, mostró no hacer caso ni del juramento que hizo, ni de lo por aquellos concilios decretado; que parecia poco miramiento y poca cuenta con lo que era razon. Alegábanse muchos desórdenes que en los tiempos en particular de los Papas Alexandro y Julio se veían en la corte romana y en el sacro palacio. Deseaban muchas personas zelosas algun remedio para atajar un daño tan comun y un escándalo tan ordinario, pero no se hallaba camino para cosa tan grande. Este zelo junto con la indignacion que el Emperador y el Rey de Francia tenian con el Papa, dió alas á los dos cardenales que estaban en Pavía, es á saber don Bernardino y Cosencia, y al de Narbona que se juntó con ellos, para que en su nombre y de otros seis cardenales intentasen un remedio muy áspero, y de mayores inconvenientes que la misma dolencia que pretendian curar. Despacharon sus cartas en Milán, do se pasaron de Pavía, en la misma sazon que la guerra de

Ferrara andaba mas encendida, para convocar concilio general. En ellas declaraban los motivos que tenian, y las razones con que se justificaba aquel medio tan estravagante. Acudiéronles el obispo de París y otros prelados de Francia: asi mismo el conde Gerónimo Nogarolo y otros dos vinieron de parte del Emperador, y otros tantos en nombre del Rey de Francia para asistilles. Estos despacharon al tanto sus edictos en nombre de sus príncipes, en que decian que los Emperadores y Reyes de Francia siempre fueron defensores y protectores de la iglesia romana; y como tales para obviar de presente los escándalos públicos, y procurar el aumento de la fé y paz de la iglesia, se determinaban de acudir al remedio comun que era juntar el concilio. En todos estos edictos se señalaba para celebrar el concilio la ciudad de Pisa para que todos acudiesen, y se hallasen primero de setiembre. El Emperador en todo lo demas se conformaba; solo pretendia que el concilio se transfiriese á Alemaña, y se señalase la ciudad de Constancia por caer Pisa tan lexos, y estar alborotada y falta por la guerra que tantos años los pisanos continuáran con los florentines. El Rey cathólico luego que supo tan gran desorden, se declaró por contrario á estas tramas, tanto con mayor voluntad que los cardenales en sus edictos le querian hacer parte en aquella resolucion. Procuró con el Emperador desistiese de un camino tan errado: advertíale de los malos sucesos y efectos que de semejantes intentos otros tiempos resultaron: que no podia este negocio parar en menos que alborotos de la iglesia y scisma. A su embaxador Cabanillas mandó que aunque con palabras muy corteses, en forma de requirimiento suplicase al Rey de Francia de su parte fuese contento que el condado de Boloña se restituyese al Papa, y no se procediese adelante

ni en invadir las tierras de la iglesia, y mucho menos en la convocacion del concilio. Escusábase el Rey de Francia con que el Papa habia innovado, y no queria pasar por lo que tenian capitulado: que el suceso de las guerras está en las manos de Dios, y él da las victorias de su mano á quien le place; todavia seria contento de aceptar la paz con partidos honestos y razonables, en particular queria que se guardase la capitulacion de Cambray: que los cardenales que salieron de la corte romana, volviesen á su primer estado: que al marques de Mántua que servia de general de la gente veneciana, se le relaxase el juramento con que como tal se obligó á aquella señoría, y se le restituyese un hijo que para seguridad desto entregó en poder del Papa: que recibiese en su gracia al duque de Ferrara, y revocase las sentencias que se dieron contra él, sin que restituyese las tierras que tenia de la otra parte del Po, ni Cento y la Pieve, pues se le dieron en dote, como queda apuntado. Las mismas cosas se pedian al Papa de parte del Emperador; él empero las tenia por muy graves, y como era de pensamientos tan altos no sufria que nadie para obedecelle y hacer lo que era obligado, le pusiese ley. El Rey cathólico visto que no se hallaba remedio para atajar aquel escándalo tan grande, se resolvió de declararse por el Papa con tan grande determinacion que alzó la mano de la conquista de Africa á que pensaba pasar en persona, y despidió mil archeros ingleses que le envió el Rey de Inglaterra para que le acompañasen: asi desde Cadiz, do llegaron por principio de junio, los mandó volver á su tierra contentos y pagados. Demas desto hizo asiento con aquel Rey que caso que el de Francia no restituyese á Boloña á la iglesia, ni desistiese de la convocacion del concilio, el Rey cathólico acudiese al Papa; y si en

tanto el de Francia rompiese por las fronteras de España, y en efecto para que no rompiese, el Ingles le hiciese guerra por la Guiena. Con esta resolucion partió el Rey de Sevilla para Burgos. Desde Guadalupe dió orden que el conde Pedro Navarro fuese con la gente que tenia á Nápoles, do el virrey don Ramon de Cardona con color de la guerra de Africa tenia muy en orden toda la gente de á caballo que tenia en el reyno. Proveyóse asi mismo que Tripol quedase encorporada en el reyno de Sicilia para que desde alli los virreyes la defendiesen y proveyesen de lo necesario; para cuyo gobierno envió á don Jayme de Requesens con una buena armada. Esto se hizo á causa que pretendia servirse de Diego de Vera, que alli quedó por capitan, en su cargo de capitan general de la artilleria. Gozó poco de aquella tenencia don Jayme, ca por un alboroto de los soldados que tenia en aquella ciudad, el virrey de Sicilia los sacó de alli con su caudillo, y envió á trueque por gobernador de Tripol y por capitan á su hermano don Guillen de Moncada.

CAPITULO IV.

Que el Papa convocó concilio para San Juan de Letran.

Mucho procuraba el Rey cathólico de sacar al Emperador de la amistad que tenia con el Rey de Francia, que tan mal estaba á su reputacion. Envió para desengañalle, y procurar se concertase con venecianos, y ligase con el Papa, á don Pedro de Urrea, y para que sucediese en el cargo de embaxador al obispo de Catania don Jayme de Conchillos. El Emperador no acababa de resolverse por ser muy vario

en sus deliberaciones: acordó de enviar al de Guisa al Padre Santo para tomar algun asiento, y á don Pedro de Urrea á Venecia. Ofrecia el Pontífice en nombre de aquella señoría que quedasen por el Emperador Verona y Vicencia, y lo demas que pretendia, por venecianos: que por la investidura le contarian docientos y cincuenta mil ducados, y de pension treinta mil por año, y las demas diferencias quedasen en sus manos y en las del Rey cathólico para que las echasen á un cabo: partidos aventajados, pero que el de Guisa no quiso aceptar. Ni la ida de don Pedro de Urrea fue de algun efecto á causa que aquella señoría entendia, por los humores alterados que andaban, que en breve se revolveria Italia, con cuya revuelta ellos podrian respirar y repararse de los daños pasados. Hacíase instancia de parte del Emperador y la princesa Margarita que el Rey cathólico acudiese con socorro de gente ó de dineros para contra el duque de Gueldres, porque confiado con las espaldas que el de Francia le hacía, no cesaba de molestar las tierras del señorío de Flandes, y apoderarse de algunos lugares sin que nadie le fuese á la mano; mas el Rey cathólico estaba tan puesto en acudir á lo de Italia, que poco caso hacía de todo lo al, y aun el mismo Emperador por no romper con el de Francia le parecia por entonces disimular. El verano iba adelante en sazon que las cosas de portugueses en la India se mejoraban asaz por el valor y diligencia de Alonso de Alburquerque. Tuvo los años pasados el Rey don Manuel noticia que mas adelante de Goa y Calicut está situada Malaca, ciudad de gran contratacion. Dió orden á Diego Lopez Siqueira, que partió de Lisboa con cinco naves tres años antes deste, fuese á descubrilla. Hizo su viage en su compañía García Sousa y Hernando Magallanes. Descubrió primero la isla de Somatra

que está contrapuesta á Malaca y debaxo de la línea equinoccial, muy grande y fértil, dividida en muchos reynos, habitada parte de moros, parte de gentiles. Contrató con aquella gente, y de alli pasó á Malaca, ciudad grande y rica por el mucho trato que tiene, sugeta antiguamente al Rey de Siam, y á la sazon tenia Rey propio, que se llamaba Mahomad. Tuvo Siqueira sus hablas con este Rey. Hicieron sus alianzas y con tanto el capitan puso en una casa á Rodrigo Araoz con cierto número de portugueses para continuar el trato. El Moro temeroso de los portugueses intentó de apoderarse de las naves: no le salió esto, prendió los que halló descuidados en la ciudad. No tenian fuerzas bastantes los portugueses para satisfacerse de aquel agravio: alzaron las velas, y con la carga que pudieron tomar, desde Cochin do tocaron dieron la vuelta á Portugal. Alonso de Alburquerque, que ya tenia el gobierno de la India, determinó juntar su armada para vengar esta injuria. Partió de Goa y llegó á tomar puerto en la isla de Somatra. De alli enderezó su viage á Malaca. Sucedió en el viage que encontró con una nave: acometióla y tomóla; ya que los portugueses la entraban, se emprendió tan grande llama que fueron forzados á retirarse por no ser quemados: entendióse despues que aquella llama se hacía con cierto artificio sin que hiciese algun daño. Poco adelante se vió otra nave: embistiéronla los christianos, y tomáronla, dado que un moro que iba en ella por nombre Nahodabeguia, grande enemigo de portugueses, con otros la defendió valientemente hasta tanto que de las muchas heridas que le dieron, cayó muerto. Notóse que con estar tan herido no le salia sangre ninguna. Despojáronle, y luego que le quitaron una manilla de oro, brotó la sangre por todas partes. Súpose que en aquella manilla traía engas-

tada una piedra (1) que en el reyno de Siam se saca de ciertos animales llamados Cabrisias, y tiene maravillosa virtud para restañar la sangre. Llegó la armada á Malaca primero de julio. Hobo algunos encuentros con los de dentro, que se defendieron con todas sus fuerzas; pero en fin la ciudad quedó por el Rey de Portugal. Desta manera se dilataba el nombre christiano en los últimos fines de la tierra. En Italia la autoridad de la Sede Apostólica andaba en balanzas por el scisma que amenazaba. Acordó el Papa, dexada la guerra, dar la vuelta á Roma: allí por atajar los intentos de los cardenales scismáticos publicó sus edictos á los diez y ocho del mismo mes, en que mandaba á los prelados y á todos los demas que se deben hallar en semejantes juntas, acudiesen á Roma para celebrar un concilio general en la iglesia de San Juan de Letran, que se abriria lunes á los diez y nueve de abril del año luego siguiente. Publicaba el Papa que en el concilio queria tratar algunas cosas de grande importancia, como era que la Reyna de Francia no era legítima muger de aquel Rey: que los estados de Guiena y Normandía pertenecian al Rey de Inglaterra, y se debia dar á los naturales absolucion del juramento que tenian prestado á los Reyes de Francia, todo á propósito de enfrenar al Frances y ponelle espanto. El con este recelo no dexaba de dar oido á la plática de la concordia, y estuvo para concertarse con venecianos con las condiciones que ofrecian antes al Emperador; mas al fin le pareció mejor continuar el camino comenzado del concilio de Pisa, que pretendia de nuevo el Emperador se trasladase á Ve-

(1) Osorio en la vida del Rey don Manuel, libro 7. Mafeo lib. 5. de la histor. de la Ind.

rona, ó á Trento, sobre que hacía grande instancia. El Frances que era el que guiaba esta danza, no venia en ello por estar Verona mal sana, y Trento ser lugar pequeño para tanta gente como pensaban acudiria; antes solicitaba á los cardenales para que sin mas dilacion abriesen el concilio en Pisa, y de los florentines tenia alcanzado entregasen aquella ciudad en poder de los cardenales. Sin embargo ellos no se aseguraban de entrar en ella antes que el Emperador y Rey de Francia enviasen sus embaxadores, y acudiesen algun buen número de prelados de aquellas naciones; y aun daban muestra de quererse reducir, y pedian seguridad para hacello, y que les señalase el Papa lugar en que pudiesen retirarse: todo era trato doble y entretener para con el tiempo asentar mejor sus cosas. Procedíase en Roma contra ellos: sustancióse el proceso y cerróse. Venido á sentencia fulminó el Pontífice sus censuras, y condenó en privacion de todas sus dignidades á cuatro cardenales, es á saber Carvajal, Cosencia, Samalo, Bayos: lo mismo pretendia hacer con los cardenales Sanseverino y Labrit. Esta sentencia contradixo al principio el colegio. Llegaron algunos á escusallos: alegaban que solo pretendian se celebrase concilio en lugar seguro, en que se tratase de la reformacion de la iglesia en la cabeza y en los miembros; y no faltaba quien dixese que el Papa por impedir la tal congregacion podia ser depuesto de su dignidad conforme á lo que el concilio de Basilea decretó en la sesion oncena.

CAPITULO V.

De la liga que el Rey cathólico hizo con el Papa y con venecianos.

Andaban las pláticas entre el Papa y Rey cathóli-

co para concertarse: apretábase el tratado cada dia mas. El Rey queria se le acudiese con dinero para pagar la gente; al Papa se le hacía muy de mal de privarse de aquella poca sustancia que para su defensa le quedaba. Esto sentia tanto que á las veces revolvia en su pensamiento, y aûn movia partidos para concertarse con Francia; pero como quier que no le sucediese á su propósito, acudió al socorro de España como á puerto mas cierto y mas seguro. Llevóse el negocio tan adelante que el Rey determinó enviar á Nápoles buena parte de la gente que tenia junta para pasar á Africa: quinientos hombres de armas, trecientos caballos ligeros, y otros tantos ginetes y dos mil infantes se embarcaron en Málaga. Llevaba cargo de toda esta gente Alonso de Carvajal, señor de Xodar: de los infantes iba por cabeza el coronel Zamudio. La voz era que iban á la conquista de Africa: no venia bien ni se creía, porque al mismo tiempo que esta gente partió de España, que fue á principio de agosto, el conde Pedro Navarro llegó á Nápoles con hasta mil y quinientos soldados maltratados y desarrapados, reliquias de las desgracias pasadas. Entreteníase el Rey de Francia con la plática que movió de casar su hija menor con el infante don Fernando, en que daba intencion de alzar la mano de la pretension que tenia á la sucesion de Nápoles. El Rey cathólico dado que venia bien en el casamiento, todavia instaba que Boloña se restituyese á la iglesia. El Frances se escusaba por razones que alegaba para no hacello. Las cosas amenazaban rompimiento. El Frances se concertó con los Bentivollas de tomar aquella ciudad debaxo de su amparo; y para todo lo que podia suceder, mandó á Gaston de Fox su sobrino, que era duque de Nemurs y le tenia puesto por su general y gobernador de Milán, enviase quatrocientas lanzas á

Boloña, y si fuese necesario, pasase con su exército en persona á socorrella. Por otra parte un embaxador de Inglaterra que fue á Francia para este efecto, y el embaxador Cabanillas hicieron un requirimiento en pública forma al Rey de Francia sobre la restitucion de Boloña, que era tanto como denuncialle la guerra, si en cosa tan justa no condecendia. Alteróse mucho el Frances desto: respondió por resolucion que determinaba de defender á Boloña de la misma manera que á Milán. Sucedió que el Papa adoleció de guisa que se entendia no podia escápar. El Emperador asi mismo vino á Trento por el mes de setiembre: desde alli el obispo de Catania se despidió para dar la vuelta á España. Habia este príncipe entrado en pensamiento de ser puesto en la silla de San Pedro en lugar del Papa. Fomentaba esta imaginacion el cardenal de Sanseverino uno de los scismáticos que andaba en aquella corte en ayuda y en nombre de su parcialidad, y le allanaba el camino no solo para salir con el pontificado, sino para hacerse señor del reyno de Nápoles con favor de los señores de su casa y aun de toda Italia, si se determinase ir en persona á dar calor al concilio de Pisa en que ya estaban los otros cardenales sus consortes: todas eran trazas en el ayre, y muy diferentes de las que el Rey su consuegro con mas fundamento tramaba. Concluyóse pues la liga, que llamaron Santísima, entre él y el Papa y venecianos á los quatro de octubre por la restitucion de Boloña y de las otras tierras de la iglesia, y por la defensa de la Sede Apostólica contra los scismáticos y el concilio de Pisa. Las condiciones fueron que el Rey dentro de veinte dias despues de la publicacion desta alianza enviase mil y docientos hombres de armas, mil caballos ligeros, diez mil infantes españoles á esta empresa: el Papa quedó de acudir con seiscien-

tos hombres de armas debaxo la conducta del duque de Termens: la señoría con su exército y con su armada para que se juntase con las once galeras del Rey cathólico. Mientras la guerra durase, el Papa y venecianos se obligaron de pagar para la gente del Rey por mes quarenta mil ducados, y de dar el dia de la publicacion desta liga ochenta mil por la paga de dos meses. Quedó á cargo del Rey nombrar general de todo el exército, y señaló á don Ramon de Cardona su virrey de Nápoles. En este tratado los venecianos renunciaron qualquier cantidad que hobiesen prestado á los Reyes de Nápoles que fueron de la casa de Aragon. El Emperador no entró en esta liga; declaróse empero en las capitulaciones en particular que se hizo con su sabiduría, y con participacion del Rey de Inglaterra. Resolvióse el Papa de venir en estas condiciones, á lo que se entendió, por tres causas: la una que estando él doliente, los barones de Roma y el pueblo se alteraron y pusieron en armas con intento que les guardasen sus privilegios, y que eran gobernados tyránicamente: la otra que los florentines se tenian por Francia, que daba ocasion de temer que cada y quando que quisiese podria aquel Rey sin resistencia llegar á Roma, y enseñorearse de todo hasta poner Pontífice de su mano: lo que sobre todo le hizo fuerza, era el concilio de Pisa, ca tenia gran recelo no procediesen á deponelle y á criar Antipapa, como se publicaba lo pretendian hacer. En esta misma sazon Diego García de Paredes que hizo mucho tiempo oficio de cosario, y por esta causa cayó en desgracia de su Rey, andaba en servicio del Emperador, y fue por dos veces preso, una junto á Verona en cierto encuentro que con los imperiales tuvieron los albaneses, la segunda en Vicencia do estaba enfermo al tiempo que aquella ciu-

dad se reduxo á la obediencia de la señoría. El almirante Vilamarin que era ido con sus galeras á España, por orden del Rey dió vuelta á Nápoles para acudir á las cosas de la liga. Quedó en la costa de Granada Berenguel de Olms con algunas galeras. Por otra parte Rodrigo Bazan con otros capitanes y gente iban á quemar ciertas fustas que se recogian en el rio de Tetuan. Túvose aviso que el Rey de Fez venia muy poderoso sobre Ceuta: acudieron los unos y los otros al socorro. Quando llegaron á Ceuta, supieron que el de Fez era pasado á ponerse sobre Tanger, plaza que tenia por capitan á don Duarte de Meneses muy buen caballero. Acudieron luego á aquella parte: llegaron un sábado diez y ocho de octubre. Tenian los moros el lugar en mucho aprieto, porque hicieron gran daño con su artillería en las murallas y gente, y pasaron sus estancias junto á las minas que tenian hechas para batir la ciudad. Salieron del pueblo Rodrigo Bazan y sus compañeros. Dieron sobre una de las estancias de los enemigos, que les hicieron desamparar con muerte de muchos de los principales moros que alli estaban. Otro dia salieron los portugueses de á caballo á escaramuzar con los moros: hiciéronlo tan valientemente y con tanta destreza (como muy exercitados contra moros) que el Rey de Fez perdió la esperanza de salir con su empresa, tanto que el dia siguiente mandó levantar sus reales. Asi los capitanes de Castilla volvieron á Gibraltar con la honra de haber socorrido aquella ciudad, y librádola de enemigo tan poderoso y bravo.

CAPITULO VI.

La guerra se comenzó en Italia.

Apercebíase el virrey de Nápoles para salir con

su gente. El conde Pedro Navarro iba por general de la infantería, que tenia alojada en Gaeta y por los lugares de aquella comarca: la caballería muy en orden y todos prestos para marchar. Escusóse de ir á esta jornada Próspero Colona: parecíale no lo podia hacer con reputacion sin llevar algun cargo principal. Por esta causa se dió á Fabricio Colona nombre de gobernador y teniente general. El conde de Santa Severina Andres Garrafa asi mismo no quiso ir. Notóse que los que con mas voluntad se ofrecieron, fueron los barones de la parte Angevina. Entre ellos se señalaron el marques de Bitonto hijo del duque de Atri, el marques de Atela hijo único del príncipe de Melfi, el duque de Trageto, los hijos de los condes de Matalon y de Aliano. El príncipe de Bisiñano dado que se quedó por doliente, por ser la guerra contra Francia envió el collar y orden de San Miguel á aquel Rey: lo mismo hicieron los de Melfi y Atri y Matalon. Partió primero el conde Pedro Navarro con su infantería la via de Pontecorvo: poco despues á dos de noviembre salió la caballería, que era muy lucida gente, en compañía del virrey. En este medio el ánimo del Emperador combatian varios pensamientos y contrarios: por una parte el cardenal Sanseverino continuaba en sus promesas mal fundadas; por el contrario el embaxador don Pedro de Urrea ofrecia, si entraba en la liga para atajar los males que amenazaban, le ayudarian con el exército comun y á su costa para enseñorearse del ducado de Milán, y aun para allanar lo de Gueldres. Este camino parecia á aquel príncipe mas seguro y mas llano, si bien conforme á su condicion nunca acababa de resolverse. Tornaba á querer concierto con venecianos con las condiciones y partido que ofreció el Papa al de Gursa. Era ya tarde, en

sazon que los venecianos demas de estar muy confiados en el exército de la liga tenian de su parte mil hombres de armas, fuera de otros docientos con que fue á servilles Pablo Ballon caudillo de fama: tenian otrosí mas de tres mil caballos ligeros, en buena parte albaneses gente muy diestra, y nueve mil infantes. Verdad es que el embaxador de Roma Gerónimo Vic se dió tal maña que concertó treguas entre aquella señoría y el Emperador: cosa que aunque no sirvió para que los venecianos se juntasen con el exército de la liga, para lo de adelante importó mucho. El Rey de Francia no se descuidaba en dar orden que su general Gaston de Fox saliese á combatir el campo de la liga con toda su gente y la que de nuevo le proveyó de Francia; y aun de los suizos pretendia levantar gran número, y divertillos que no entrasen en la liga, ni aun acudiesen á la defensa de la iglesia como se procuraba por medio del cardenal Sedunense. Juntamente por entretener al Emperador le ofrecia por medio de Andrea del Burgo de hacelle Papa, si lo quisiese ser, y si no, que se elegiria Pontífice de su mano: tan poco miramiento se tenia en negocio tan grave. Demas desto que recobraria las tierras que de la iglesia pertenecian al imperio; y del reyno de Nápoles le daria la parte que en él quisiese, y el ducado de Milán y ciudad de Génova le acudirian perpétuamente con cierto número de gente siempre que tuviese guerra. Las diferencias de Gueldres ofrecia se comprometerian en las personas que el mismo César nombrase: partidos todos tan grandes, que nadie se podia asegurar del cumplimiento. Entonces el cardenal de Sanseverino se despidió del Emperador con poco contento por la poca resolucion que en sus pretensiones llevaba. Queria el virrey llevar su exército la via de Floren-

cia para de camino asegurarse de aquella ciudad que seguía la voz de los scismáticos y de Francia; mas el Papa no lo consintió, y mandó que por el Abruzo pasase á la Romaña, y desde allí á Boloña. El tiempo era muy recio, y la tierra muy áspera: adolecieron muchos del exército, murieron pocos. Llegó con toda su gente á Imola, do se detuvo por esperar la artillería de batir que venia por mar, y de Manfredonia donde la embarcaron, aportó á Arimino el mismo dia de Navidad, principio del año de mil y 1512.
quinientos y doce: de allí se llevó á Imola. El conde Pedro Navarro con la infantería se hallaba mas adelante en Lugo y Bañacabalo: acordó por no perder tiempo de pasar á combatir la Bastida, que era una fortaleza del duque de Ferrara puesta sobre el Po, y tenia dentro de guarnicion docientos y cincuenta italianos. Aprobó el virrey esta resolucion del conde: comenzaron á combatilla postrero de diciembre, defendiéronse los de dentro muy bien; pero al tercero combate fue entrada por fuerza: murieron casi todos los que tenia en su defensa, con su capitan Vestitelo. Ganóse en esto reputacion á causa que en cinco dias ganaron aquella fuerza que se tenia por inexpugnable: entregáronla al cardenal Juan de Médicis, que iba en el exército por legado del Papa. Deseaba el Rey de Francia tener en su poder á don Alonso de Aragon hijo segundo del Rey don Fadrique. Hizo tantas diligencias sobre ello que la Reyna doña Isabel su madre, aunque era de solos doce años, se le entregó. Publicaban los franceses que en breve con la armada de Francia le llevarian al reyno de Nápoles, para con esta traza alterar el pueblo y alzalle por Rey. Parecia esta empresa facil por quedar Nápoles desnuda de soldados, y la gente del reyno muy deseosa de ser gobernados por sus Reyes

naturales y propios como de antes; que siempre lo presente dá fastidio, y lo pasado parece á todos mejor: juicio comun, mas que muchas veces engaña.

CAPITULO VII.

Del cerco de Boloña.

Ganada la Bastida, el conde Pedro Navarro con su gente dió vuelta á Imola. En Butri donde pasó todo el campo se trató en consulta de capitanes de la manera con que se debia hacer la guerra. Fabricio Colona y los demas de la junta eran de parecer que el exército se fuese á poner en Cento y en la Pieve que ganára aquellos dias Pedro de Paz con los caballos ligeros, y que combatiesen á Castelfranco, plaza importante por ser fuerte, y estar entre Carpi do alojaba la gente francesa, y boloña. Decian que desde alli discurriese el exército por los lugares del condado de Boloña, y ganados, se podia poner el cerco sobre la ciudad, ca siempre las empresas se deben comenzar por lo mas flaco; ademas que se tenia aviso como Gaston de Fox con gente de á pie y de á caballo venia en socorro de aquella ciudad, y que estaban dentro el bastardo de Borbon, el señor de Alegre y Roberto de la Marca con trecientas lanzas francesas y la gente de la ciudad, que era mucha y belicosa asaz. El conde Pedro Navarro porfiaba se debia ir luego sobre Boloña, pues distaba solas quince millas; que divertirse á otras partes seria perder reputacion. Hacía la empresa muy facil, como hombre que por su atrevimiento tanteaba el suceso de lo demas. Este parecer se siguió por tener el conde gran crédito entre la gente de guerra, y aun porque servia de mala gana quando no se exe-

cutaba lo que él queria: propiedad de cabezudos. Salió de Roma el duque de Termens con la gente del Papa, y porque murió en el camino, y el duque de Urbino no quiso por entonces acetar aquel cargo (aunque poco despues envió su teniente) ordenó el Papa á los capitanes obedeciesen al legado, y entregasen la gente al virrey, al qual envió la espada y bonete junto con las banderas que bendixo en la missa de Navidad. Los venecianos ni acudian con el dinero segun tenian concertado, ni con su gente; antes con la sombra de la liga pretendian recobrar las tierras de su estado que se tenian por el Emperador, y aun si pudiesen, las que por Francia. Salió el virrey de Butri: llegó á poner su campo á quatro millas de Boloña: reconoció la tierra, que es muy fuerte, y por el riego muy mala de campear, mayormente en tiempo de invierno. Otro dia, que fue á diez y seis de enero, pasó con toda la gente delante para reconocer en qué parte haria sus estancias. Llegó hasta una casa de placer que decian Belpogio, y era de los Bentivollas, á tiro de cañon de la ciudad. Dentro de Boloña se hallaban ya en esta sazon quinientas lanzas y dos mil soldados, y por capitan principal monsieur de Alegre. Sucedió que el mismo dia que el virrey partió de Butri, el duque de Ferrara acudió con gente á la Bastida. Dióle tanta priesa que en veinte horas la forzó, y la mandó echar por tierra. Asentó el virrey con su gente en aquella casa de placer: mas adelante con parte de la infantería se pusieron el marques de la Padula y el conde del Pópulo, que se apoderaron de un monasterio que llamaban San Miguel del Bosque, y apagaron el fuego que los mismos de dentro le pegaron por quitar aquel padrastro. Alli plantaron algunos tiros de artillería, y los demas se plantaron en

un cerró que se levanta mas adelante, por donde acordaban que se diese la batería. Antes desto se tuvo aviso que Gaston de Fox duque de Nemurs en Parma juntaba su gente, que eran ochocientas lanzas, mil caballos ligeros y tres mil infantes; y que en el Final, pueblo á veinte millas de Boloña, se juntaria con él la gente del duque de Ferrara, que eran dos mil gascones y algun número de caballos, con determinacion de hacer alzar el cerco. Alojaba Fabricio Colona en Cento y en la Pieve con la avanguardia del exército para impedir el paso á los franceses. Ordenóle el virrey que con toda su gente viniese á ponerse por la otra parte de la ciudad ácia la montaña. Acordaban de nuevo se pasase alli la artillería, y se diese la batería por ser el muro mas flaco por aquella parte; pero poco despues acordaron que el campo estuviese todo junto en lugar que se asegurase la artillería, y se atajase el paso á los que venian de socorro. Asentóse la artillería entre San Miguel y la puerta de Florencia. Comenzóse la batería á los veinte y ocho de enero, con que abatieron parte del muro, y algunos soldados pudieron subir á una torre, en que pusieron sus banderas. Acudieron los de dentro, y al fin los echaron fuera. Sacaba una mina el conde Pedro Navarro. Pegaron fuego á los barriles para volar los adarves. Con la fuerza de la pólvora se alzó el muro, de manera que los de dentro y los de fuera se vieron por debaxo (1); tornó empero luego á asentarse tan á plomo como antes. Túvose por milagro y favor del cielo por una devota capilla que tenian por de dentro pegada á la muralla y se llamaba del Baracau, que voló y se

(1) Guiciard. lib. 10.

asentó como lo demas. Hallábase sin embargo la ciudad en mucho aprieto y peligro de ser tomada, quando sobrevino una nieve que continuó tres dias. Con esto el general frances tuvo comodidad de meterse una noche dentro de Boloña con gran golpe de gente, no solo sin que le impidiesen los contrarios por estar algo apartados, sino sin ser sentido de las centinelas. Por esto, y por la aspereza del tiempo, y las nieves que continuaban, acordaron los de la liga de alzar el cerco y retirarse todo el campo con la artillería á San Lázaro, que está á dos millas de Boloña. La gente del Papa no paró hasta que llegó á Imola: el virrey se pasó al castillo de San Pedro, y los demas capitanes alojaron su gente por aquella comarca: en esto paró aquel cerco tan famoso y de tan grande ruido. Los mas, como suele acontecer en casos semejantes, cargaban al general que sin tener consideracion á la aspereza del tiempo dexó pasar ocho dias en que se pudiera hacer efecto: que los reales se asentaron muy lexos de donde debian estar: las minas y trincheas para batir el muro se sacaron no como debian; finalmente que el recato era tan poco que el enemigo se les pasó sin ser sentido. A la verdad el tiempo era muy áspero, y ni los suizos vinieron como se cuidaba, ni los venecianos acudieron con su gente. Halláronse en este cerco con los demas Antonio de Leyva, el capitan Alvarado, el marques de Pescara don Hernando Dávalos, que fue adelante muy famoso capitan. El de Inglaterra se apercebia para luego que el tiempo diese lugar, romper con Francia por la parte de Guiena: pretension antigua de aquellos Reyes, sobre que en nombre del Rey cathólico hacía instancia don Luis Carroz su embaxador. Tenia nombrado por general para aquella guerra á Thomás Graye marques de Orset, primo

hermano del mismo Rey. Acordó asi mismo el Rey cathólico que se sobreseyese por entonces en la conquista de África, y se sacase la gente de guerra que tenia en Orán, quedando alli sola la necesaria para la defensa. Entonces se ordenó que se hiciese repartimiento de aquella ciudad: señalaron seiscientas vecindades, las doscientas de gente de á caballo, y las otras de á pie: repartieron entre los pobladores las casas, huertas y tierras de la ciudad, todo á propósito que con mas facilidad se pudiese sustentar aquella plaza. Para que de mejor gana acudiesen á poblar, se concedió á los vecinos franqueza de tributos y alcabalas ademas del sueldo que á todos les mandaban pagar. En esta misma sazon postrero de enero parió en Lisboa la Reyna doña María un hijo que se llamó el infante don Enrique, y fue adelante cardenal, y últimamente por muerte de su sobrino el Rey don Sebastian murió Rey de Portugal: ocultos y altos juicios de Dios. El mismo dia que nació este infante, nevó mucho en Lisboa, cosa muy rara en aquella ciudad. Los curiosos decian que pronosticaba aquella nieve la blancura de sus costumbres, que fueron muy santas, y la pureza de la castidad, en que perseveró toda la vida: en el rostro fue el mas semejante á su padre entre todos sus hermanos. Hallábase el Rey cathólico en Burgos: alli á los diez y seis de febrero por muerte del condestable don Bernardino de Velasco concertó que su hija doña Juliana, nieta del mismo Rey por parte de su madre doña Juana de Aragon, casase con Pero Hernandez de Velasco hijo mayor de don Iñigo, que sucedió á su hermano don Bernardino en aquel estado de Haro y en el oficio de condestable.

CAPITULO VIII.

Que el Papa descomulgó al Rey de Navarra.

La ausencia del duque de Nemurs dió avilentezá á los de Bressa y á los de Bergamo para levantarse contra Francia, y volver á poder de venecianos, excepto los castillos. Era este negocio muy grave, y principio de que todas aquellas ciudades de nuevo conquistadas hiciesen lo mismo. Acordó el duque luego que socorrió á Boloña, de acudir á aquella parte: llevó consigo al señor de Alegre. Quedó en Boloña un capitan frances, por nombre Fulleta, con trecientos hombres de armas y tres mil infantes en defensa de aquella ciudad. Al encuentro del de Nemurs salió Griti con el exército de la señoría y todo el pueblo de Bressa. Retiróse él á la montaña, y pasada la media noche entró en la ciudad por la parte del castillo. Desde alli pasó á dar en el real de los venecianos. Trabóse una batalla muy reñida y herida: murieron muchos de ambas partes, mas la victoria quedó por Francia con prision de Andres Griti, de Antonio Justiniano gobernador de aquella ciudad, y Pablo Manfron. El conde Luis Bogaro, que entregó aquella ciudad á venecianos por ser natural, y tener gran parte en ella, no solo fue preso, sino por sentencia justiciado por traydor. El duque de Nemurs con este suceso tan próspero recobró sin dificultad á Bergamo. Dexó á monsieur de Aubeni en guarda de Bressa con golpe de gente: lo demas del exército repartió por el Veronés, y él se fue á Milán á festejar las carnestolendas, y como á gozar del triumpho de la victoria. El Rey de Francia sintió mucho su ida en tal coyuntura: ordenóle que sin dilacion saliese con su gente para hacer rostro al exército de la liga,

que á esta sazon se hallaba menguado de soldados, y con poca reputacion y en mucho aprieto. Esto dió ánimo al concilio de Pisa para nombrar por sus legados á los cardenales, al de Sanseverino de Boloña, y al de Bayos de Aviñon; y fue ocasion que ni los venecianos se concertasen con el Emperador, si bien el Papa hacía grande instancia que aceptasen las condiciones diversas veces tratadas, ni el Emperador se declarase por la liga; verdad es que poco despues por diligencia del embaxador Gerónimo Vic concertaron treguas con ciertas capitulaciones con que aquella señoría se obligó á contar cierta suma de dineros al Emperador. El Rey de Francia fortificaba sus fronteras de Normandía primero, y despues de la Guiena por miedo del Ingles. Juntamente procuraba tener muy de su parte al Rey de Navarra, dado que de secreto daba grandes esperanzas al duque de Nemurs que concluida la guerra de Italia, le pondria en posesion de aquel reyno. Esta alianza tan estrecha del Rey de Navarra con Francia fue causa de su perdicion; lo qual se encaminó desta manera: el Papa supo que aquel Rey favorecia y ayudaba á los enemigos de la iglesia, y hacía las partes de Francia y del concilio de Pisa: acordó con consejo del colegio de los cardenales de acudir al remedio que se suele tener contra príncipes scismáticos, esto es que pronunció sentencia de descomunion contra el Rey y Reyna de Navarra: privólos de la dignidad y título real, y concedió sus tierras al primero que las ocupase. Dióse esta sentencia á los diez y ocho de febrero: entendióse que la solicitó el Rey cathólico; lo cierto que la tuvo muchos dias secreta con esperanza de asegurarse por otro camino de aquellos Reyes. Con este intento por fin del mes de marzo desde Burgos do se hallaba, despachó á Pedro de

Hontañon para que de su parte avisase á aquellos Reyes del camino errado que llevaban; y para asegurarse que ni darian ayuda á Francia en aquella ocasion, ni paso por sus tierras á sus enemigos y de la iglesia, pedia le entregasen á su hijo el príncipe de Viana, con promesa que les hacía de casalle con una de sus nietas, es á saber con doña Isabel, ó con doña Cathalina. Ellos no quisieron venir en nada desto, antes continuaban en maltratar á los servidores del Rey cathólico, hacer alardes y juntas de gentes. Y si bien por don Juan de Silva frontero de Navarra fueron avisados no diesen lugar á aquellas novedades, á sus saludables amonestaciones no daban oidos. Animábanlos las nuevas que venian de Italia de la pujanza de los franceses, y del aprieto en que se hallaba el campo de la liga. Entreteníase el virrey con su gente en el condado de Boloña, sin retirarse por la reputacion, ni atreverse á pasar adelante, ó acometer alguna empresa, si bien el Papa queria que rompiesen por las tierras del ducado de Milán. Temian ellos no les atajasen las vituallas que les venian de Ravena; y de la gente que tenian, por la aspereza del tiempo unos eran muertos, y otros desamparaban las banderas. Lo que mas es, que á tiempo que los enemigos estaban muy cerca, el teniente del duque de Urbino y las seiscientas lanzas del Papa se salieron del real con achaque que no les pagaban, y que tenian sospecha de alguna gente española. La verdad era que el duque traía inteligencias con el Rey de Francia, y tenia letras suyas sobre un cambio de Florencia para levantar gente en su nombre. Llegó la mengua de nuestro campo á términos que el virrey y el legado acordaron de tomar á sueldo quatro mil italianos para reforzalle; y aun el Papa pretendia los llegasen á ocho mil, y

libró para ello luego el dinero. Era su parecer que sin dilacion se viniese á las manos con los franceses: su grande corazon le quitaba todo temor. El Rey cathólico al contrario queria se entretuviesen hasta tanto que la gente de Venecia les acudiese, pues lo podian hacer con la tregua que se asentó entre ellos y el Emperador: ordenaba otrosí que se proveyesen de número de suizos, y á falta destos de alemanes. Para persuadir esto despachó á Hernando de Valdés, capitan de su guarda, que fuese primero á Roma á tratallo con el Papa, y desde alli pasase al campo de la liga á mandallo al general de su parte. Hizo él lo que se le mandó muy cumplidamente. Llegó á do el virrey alojaba á los veinte y nueve de marzo en sazon que los campos alojaban el uno á vista del otro, de tal suerte que sin gran nota con dificultad se podia escusar de venir á las manos.

CAPITULO IX.

De la famosa batalla de Ravena.

El exército de la liga todavia se entretenia en el castillo de San Pedro en Butri, en Cento y la Pieve, pueblos todos del condado de Boloña: el virrey determinaba de esperar alli los franceses, y si quisiesen, dalles la batalla. La disposicion del lugar ayudaba mucho á los de la liga, y el deseo de venir á las manos era grande. En esta sazon llegó el campo de Francia, y con él el duque de Ferrara muy acompañado de gente lucida y brava. Estuvieron los unos á vista de los otros tres dias sin que se viniese á la batalla. Los franceses no se atrevieron á acometer nuestro campo en lugar tan desaventajado:

el virrey queria guardar el orden que le traxo Hernando de Valdés. Detuviéronse los franceses en aquel puesto hasta postrero de marzo. Este dia alzaron sus reales, y se encaminaron la via de Ravena, de la qual ciudad deseaban mucho apoderarse por ser el mercado de do los nuestros se proveían de vituallas. Habia enviado el virrey los dias pasados para la defensa á don Pedro de Castro con cien caballos ligeros, y á Luis Dentichi gentil-hombre neapolitano con mil soldados italianos. La plaza era tan importante, que se determinó de levantar luego el real y seguir por la huella el enemigo tan de cerca que solas tres millas iban distantes los dos campos: acordó asi mismo que Marco Antonio Colona se adelantase de noche con cien lanzas de su capitanía y quinientos españoles para meterse dentro de aquella ciudad. Está Ravena puesta á la marina del golfo de Venecia entre dos rios que entrambos se pueden vadear, el uno se llama Ronco, y el otro Monton: corren muy pegados á los muros, el Monton á mano izquierda, el Ronco á la derecha, dicho antiguamente Vitis. Llegaron los franceses el jueves Santo á poner su real sobre aquella ciudad entre los dos rios. Dióse el combate el dia siguiente que fue muy bravo. Defendiéronla los de dentro con mucho ánimo, en particular Luis Dentichi que perdió un hermano en la batería, y él quedó mal herido de que murió en breve. El virrey acordó arrimarse á un lado de la ciudad, y seguir el rio Ronco abaxo que bate con los muros, y dividia los dos campos. Llegó el sábado Santo á ponerse á dos millas de los enemigos en un lugar que se llama el Molinazo, en que se fortificaron con un foso que tiraron delante su campo. Sobre el pasar adelante hobo diversos pareceres: Fabricio queria que reparasen en aquel lugar, pues tenian seguras las vi-

tuallas, y los enemigos en breve padecerian necesidad, ademas que desde alli aseguraban la ciudad, ó si los enemigos se desmandasen á tomalla, la victoria. El conde Pedro Navarro como hombre muy arrimado á su consejo y enemigo del ageno, aunque fuese mejor y mas seguro, persuadió al virrey que pasase adelante. Mostró siempre gran deseo de pelear, y hacía el principal fundamento en la infantería española, que queria aventurar contra todo el exército de los enemigos; gran temeridad y locura. Con esta resolucion se adelantaron los nuestros: salieron á escaramuzar con nuestra avanguardia algun número de caballos franceses, pero no se hizo cosa de momento aquella tarde mas de que los enemigos volvieron á sus estancias, y los del virrey aquella noche se quedaron casi á vista de los reales contrarios. Luego el otro dia, que fue el domingo de Pascua á los once de abril, los unos y los otros se pusieron en orden de pelear. Tenian los franceses veinte y quatro mil infantes entre franceses, gascones, alemanes y italianos, dos mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros: las piezas de artillería eran cincuenta. Guiaban la avanguardia el duque de Ferrara, y monsieur de la Paliza: en la batalla iban el gran senescal de Normandía y el cardenal Sanseverino legado del concilio Pisano: regía la retaguardia Federico de Bozoli; el de Nemurs con golpe de caballos escogidos quedó de respeto para acudir á do fuese mas necesario. El exército de la liga que en la fama era de diez y ocho mil infantes, no llegaba con mucho á este número. Los españoles eran menos de ocho mil, los italianos quatro mil, mil y docientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros, y veinte y quatro piezas de artillería. Debiera el virrey partir antes del alba y sin estruendo para atajar á los enemigos el

paso, y no dalles lugár que se pusiesen en ordenanza, como lo aconsejaba Fabricio; pero él no quiso venir en esto, y asi dió lugar á que los enemigos, pasado un puente que tenian en aquel rio, estuviesen muy en orden. La avanguardia de nuestro exército llevaba Fabricio Colona con ochocientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros, y quatro mil infantes. De toda la demas gente se formaron dos esquadrones, que quedaron á cargo del virrey y del conde Pedro Navarro. Adelantáronse con esta orden al son de sus caxas. Animaban los generales cada qual á su gente, el de Nemurs en particular habló á los suyos en esta manera: « Lo que por tanto tiempo, »señores y soldados, habeis deseado, que es pelear »con los enemigos en campo raso, la fortuna ó fuer»za mas alta como benigna madre, demas de las vic»torias pasadas que nos ha dado, nos lo concede »este dia, en que nos presenta ocasion de la mas »gloriosa victoria que jamás exército alguno haya al»canzado. Con la qual no solo Ravena y toda la Ro»maña os quedarán rendidas como en parte del pre»mio debido á vuestro valor; antes no quedando en »Italia cosa que haga contraste á vuestro esfuerzo, »ni lanza enhiesta, quién amigos será parte para que »no sigamos la victoria sin parar hasta apoderarnos »de Roma, ciudad y corte rica y soberbia con los »despojos de toda la christiandad? botin y presa que »á todo el mundo pondrá envidia juntamente y es»panto. Tomada Roma, quién os estorbará el paso »para Nápoles? donde vengareis las injurias recebi»das los años pasados muchas y graves: grande feli»cidad, y que la tengo por muy cierta quando consi»dero vuestro valor, vuestras hazañas, y sobre todo »esos semblantes alegres y denodados. Y no me ma»ravillo que os mostreis animosos contra los que de

»noche afrentosamente os volvieron las espaldas luego que llegastes á Boloña: los mismos que por no »venir á vuestras manos, ni fiarse de sus brazos, se »arrimaron á los muros de Imola y de Faenza, y »se valieron de la aspereza de los lugares en que »asentaron sus reales. Jamás esta canalla se os atre»vió en el reyno de Nápoles sino con ventaja de lu»gar, de reparos, rios y fosos: toda su confianza la »tienen puesta en sus mañas. Fuera de que estos no »son los exercitados en las guerras de Nápoles, sino »gente allegadiza, y lo mas acostumbrados á contras»tar con los arcos y lanzas despuntadas de los moros; »y aun poco há quedaron de esos mismos vencidos »en los Gelves y destrozados: ó grande mengua! y »Pedro Navarro su caudillo de tanto valor es á saber »y fama aprendió mal su grado quán diferente cosa »sea batir los muros con la fuerza de la artillería y »con las minas secretas, ó llegar á las manos y á »las espadas. No catais el foso que esta noche han »tirado, y cómo se han cerrado con sus carros? nun»ca se olvidan de sus artes. Mas sed ciertos que no »les valdrán, ni la batalla se dará como ellos deben »pensar. La artillería los sacará de sus manidas y ca»vernas á lo raso, donde se entenderá la ventaja que »el ímpetu frances, la ferocidad alemana y la noble»za de italianos hace á las astucias de los españo»les. El número de nuestra gente es casi doblado »que el de los contrarios, cosa que parece alguna »mengua para gente tan esforzada; mas si bien se »mira, nadie tendrá por cobardía que nos aproveche»mos desta ventaja, antes á los contrarios por teme»rarios y locos, pues se mueven á pelear solo á per»suasion de Fabricio Colona, que á costa suya quiere »librar de nuestras manos á su primo Marco Anto»nio. Por mejor decir la justicia de Dios los ciega

»para castigar la soberbia y enormes vicios del falso »Pontífice Julio: los engaños y trayciones de que se »vale contra la bondad de nuestro Rey el fementido »Rey de Aragon. Mas para qué son tantas palabras? »á qué propósito, soldados, entreteneros la victoria »con alargar razones? arremeted pues y cerrad sin »dudar que este dia á mi Rey dará el señorío, y á »vos las riquezas de toda Italia. Yo acudiré á todas »partes sin tener cuenta con la vida como lo acos- »tumbro, el mas dichoso capitan que jamás hubo en »el mundo, pues tengo tales soldados, que con la »victoria deste dia quedarán los mas famosos y mas »ricos que algunos otros de trecientos años á esta »parte." Comenzó á jugar la artillería, y como quiera que la del virrey al principio hizo grande daño en la avanguardia enemiga al pasar el rio, pero la de los contrarios por ser en número doblada, y asentarse en lugar mas abierto, hizo muy mayor estrago en la gente de armas, que no tenia algun reparo. Arremetió el marques de Pescara con los caballos ligeros solo porque se comenzase la pelea. Mezcláronse los hombres de armas de todas partes con poca orden. Estuvo la pelea en peso un buen espacio sin que se reconociese ventaja. Cargó mucha gente francesa, y los de la liga comienzaron á desmayar y desordenarse. En este trance fue herido el caballo del marques de Pescara y él preso, y muerto Pedro de Paz capitan muy señalado. El conde Pedro Navarro que siempre pretendió llevar el prez de la victoria, visto esto se adelantó con la infantería española con espaldas de trecientos hombres de armas españoles que pudo recoger. Al tiempo de romper con la infantería tudesca vió el coronel Zamudio que iba en la primera hilera un capitan aleman por nombre Jacobo Empser, que se adelantó de los demas para desafialle. «O

»Rey (dixo Zamudio) quán caras cuestan las merce»des que nos haces, y quán bien se merecen en se»mejantes jornadas." Dichas estas palabras, terció su pica, fuese para el Tudesco, y dió con él muerto en tierra. Los demas hirieron con tal denuedo en los alemanes que los desbarataron: con la misma fuerza pasaron por los gascones y por los italianos sin hallar en ellos resistencia, de manera que con un ímpetu y furor estraño, pasados á cuchillo los mas de los tudescos, tanto que de doce capitanes alemanes murieron los nueve, pusieron en huida toda la demas infantería francesa. No pararon hasta llegar á la artillería y ganalla, si bien los franceses dicen que la defendió con gran esfuerzo Jenolaco Galeoto capitan de la artillería. Lo que consta, es que la caballería francesa, visto aquel estrago y peligro, revolvió sobre nuestra infantería: la carga fue tan brava que aunque los españoles se defendieron gran rato, como ni tenian caballería que les acudiese, y estaban muy cansados de pelear, fueron desbaratados. Allí murieron el coronel Zamudio y otros capitanes, y quedó preso el conde Pedro Navarro: los demas soldados se retiraron en ordenanza. Acudióles la infantería que iba en la avanguardia: defendíalos por un lado el rio, y por otro la calzada del camino real. Deseaba mucho el duque de Nemurs desbaratar aquel esquadron por quedar de todo punto con la victoria: adelantóse con pocos contra el parecer de monsieur de la Paliza, que le decia se contentase con lo hecho. Revolvieron sobre él los contrarios, y derribado del caballo fue muerto por un soldado español, sin aprovechalle decir mirase que tenia por prisonero al hermano de la Reyna de Aragon. Murieron asi mismo monsieur de Alegre y su hijo, y monsieur de Lautreque quedó por muerto

tendido en el campo. Con esto dexaron pasar el rio abaxo hasta tres mil soldados españoles. Peleaba todavia Fabricio con su gente y la demas que pudo recoger, contra todo el campo frances hasta tanto que le dieron dos heridas, y cayó con el caballo en poder de la gente del duque de Ferrará. Desta manera los franceses quedaron señores del campo y la victoria por ellos, pero tan destrozados, que no pudieron executalla, ni seguir el alcance ni hacer empresa de momento. Del número de los muertos no se puede decir cosa cierta por la diversidad que hay en los autores; que parece siguieron cada qual sus aficiones particulares mas que la verdad. Lo que consta, es que la pelea duró por espacio de cinco horas, y que fue mayor el daño que recibieron los vencedores, no solo por perder su general y casi todos los alemanes y aun las personas de cuenta, fuera del duque de Ferrara y de monsieur de la Paliza, sino porque de nuestra caballería se perdió poca, tanto que aquella noche se recogieron la vuelta de Arimino y Ancona hasta tres mil entre hombres de armas y caballos ligeros, y se pusieron en salvo pasados de quatro mil españoles de infantería: el virrey de Pésaro do se retiró pasó á Ancona para recoger la gente. Personas de cuenta se salvaron: el duque de Trageto, el conde del Pópulo, Ruy Diaz Ceron, Alonso de Carvajal, Antonio de Leyva, si bien en la batalla le mató la artillería dos caballos, Hernando de Valdés que se quiso hallar en esta batalla, Julio de Médicis caballero de San Juan. Quedaron presos demas de los dichos el legado y don Juan de Cardona hermano del marques de la Padula, que murió de las heridas, Hernando de Alarcon, los marqueses de Bitonto y de Atela, sin otras muchas personas de respeto que llevaron á Milán:

solos Fabricio y Alarcon y don Juan de Cardona quedaron en Ferrara. Con esta victoria los franceses acudieron á Ravena que se entregó luego á partido, en que no se guardó lo capitulado, porque salidos Marco Antonio Colona y don Pedro de Castro con la gente de su cargo la via de Cesena, la pusieron á saco sin perdonar á templos ni monasterios. Los escritores franceses cargan la culpa deste desorden á Jaquin, capitan de infantería, el qual del despojo de las iglesias de Bressa andaba vestido de brocado; y regostado á la ganancia, que le costó la vida, incitó á los soldados á que hiciesen lo mismo en Ravena, donde hallaron mas despojos y riquezas de lo que se pudiera pensar. Diéronse á los vencedores las ciudades de Imola, Forli, Cesena y Arimino con casi todos los castillos de la Romaña, que los recibió el legado en nombre del concilio Pisano. La nueva desta batalla, que fue de las mas famosas de Italia, se derramó por todas partes. El Papa averiguada la verdad no perdió ánimo, dado que el pueblo de Roma estaba para alborotarse, especialmente que el duque de Urbino se le envió á ofrecer con deseo de enmendar los yerros pasados. Julio de Médicis desde Cesena, donde se acogió, con licencia se vió con el legado su primo, y por su orden fue á Roma para dar razon al Papa del estado en que las cosas quedaban, y animalle á pasar adelante. Al Rey cathólico dieron á entender que el daño era muy menor de lo que de verdad fue, porque en sus cartas refiere que por los alardes se halló no faltaban de su campo mil y quinientos hombres entre la gente de á caballo y de á pie. Sin embargo acordó de enviar al gran Capitan á Italia, cuya presencia se tenia por cierto bastaba á soldar aquella quiebra: asi lo publicó y es-

cribió á diversas partes, y despachó luego para Nápoles al comendador Solís con dos mil soldados españoles. El Rey de Francia luego que supo lo que pasaba, dixo: oxalá yo perdiera á Italia, y mi sobrino y mis buenos capitanes fueran vivos: tales victorias dé Dios á mis enemigos; que por ellas se dixo: el vencido vencido y el vencedor perdido. La señoría de Venecia se alteró tanto que tuvo por cierto con esta victoria se harian señores los franceses no solo de Nápoles sino de toda Italia. Llegaban á querer mudar partido. El conde de Cariati Juan Bautista Espinelo, embaxador á la sazon del Rey cathólico en aquella ciudad, con sus buenas razones y con mostralles quán pequeño fue el daño, los sosegó para que no se declarasen contra la liga. El cardenal de Sorrento, que quedó en Nápoles en lugar del virrey durante la ausencia de don Ramon de Cardona, requirió á don Hugo de Moncada virrey de Sicilia acudiese con toda la gente que pudiese juntar, para asegurar las cosas de Nápoles, y para cumplir con el cargo que tenia á la sazon de capitan general de los dos reynos Nápoles y Sicilia; lo qual él hizo con los soldados que vinieron de Tripol y otra gente de á caballo. Asi mismo don Ramon de Cardona de Ancona se partió para Nápoles, do entró á tres de mayo, con intencion de rehacer el exército lo mejor que pudiese, y proveer de todo lo necesario.

CAPITULO X.

Que el concilio Lateranense se abrió.

Antes que esta batalla se diese, el Papa en Roma se ocupaba en aprestar lo que era necesario para celebrar el concilio Lateranense al tiempo aplazado en sus edictos. Nombró en consistorio ocho cardenales

y otras personas que atendiesen á esto, y mucho mas á dar orden en lo que á la reformacion de la ciudad de Roma y de su corte tocaba; que no era justo los prelados estrangeros hallasen desórdenes y vicios donde debia estar el albergue de toda virtud y honestidad. Juntamente hacía instancia que los obispos de Sicilia y de Nápoles acudiesen; eso mismo los de España, en particular queria se hallasen en el concilio los arzobispos de Toledo y de Sevilla, que eran dos prelados muy notables y grandes. Pretendia con su presencia autorizar aquel concilio, y llegaba á ofrecer el capelo al de Sevilla. Su mayor ansia era descreditar por estos medios el conciliábulo de Pisa que tenian junto los cardenales scismáticos. Ellos por este mismo tiempo trasladaron su junta á Milán, y con la nueva de la victoria ganada por los franceses, que sonaba mas de lo que era, pasaron tan adelante que publicaron sus cartas contra el Papa, en que se contenia en sustancia: que atento que una y muchas veces le suplicaron y amonestaron asistiese en el concilio, ó señalase una de diez ciudades que nombraban, para que libremente se pudiese celebrar, por lo menos no impidiese ni molestase la prosecucion de aquel synodo; y que en lugar de hacello asi habia sido causa de derramarse infinita sangre, sin dar esperanza alguna de reformar sus graves escándalos y vicios: por tanto le declaraban por suspenso de toda administracion espiritual y temporal del pontificado, y la adjudicaban al santo concilio, conforme á la determinacion de la sesion undécima del concilio de Basilea, y de la quarta y quinta del concilio de Constancia. Fixóse esta declaracion en las iglesias de Milán, Florencia, Génova, Verona y Boloña: atrevimiento y desacato que hizo maravillar á todo el mundo, y al Papa sirvió de espuelas para abreviar en dar

principio al su concilio Lateranense. Abrióse á los diez de mayo. Halláronse presentes los cardenales de Roma, muchos prelados que concurrieron de diversas partes. El mismo Pontífice quiso presidir en él para que todo tuviese mas autoridad y peso. En la primera junta Egidio de Viterbo general de los Augustinos, y de los mayores predicadores que hobo en su tiempo en Italia, hombre erudíto y grave, hizo un sermon muy elegante á propósito de lo que se debia tratar y remediar por los padres que alli estaban congregados, desta sustancia: «Años há que por toda Italia á propósito de la revelacion de San Juan tengo »predicado que se verian grandes trabajos en la igle»sia, y últimamente podiamos esperar su enmienda »y reformacion. Alégrome que mi profecía no haya »salido vana, pues casi en un tiempo nos vemos pues»tos en el estremo de los males y peligros, y tras ellos »nos amanece la esperanza del remedio y de la bonan»za despues de un tan recio temporal. Esta diferencia »hay entre las cosas del cielo y las terrenas, que »aquellas como son eternas no tienen necesidad de »reparo, las humanas piden contíauo cuidado para »reformarse, por las alteraciones y mudanzas á que »son sugetas. Lo que es la labor y riego en las plan»tas, lo que el sustento á los animales, esa necesi»dad tienen las costumbres de ser cultivadas. Que si »esto pueden hacer los pastores, cada qual en su re»baño, la experiencia desde el tiempo del gran Cons»tantino acá nos ha enseñado con quánta mas efica»cia se executa quando los prelados juntos en uno se »animan y esfuerzan ayudados del espíritu de Dios »que les asiste, á poner la mano en la labor. Quién »desarraygó las heregías que de todo tiempo se levan»taron? los concilios. Quién tuvo á raya los príncipes, »é los hizo temblar para que no hiciesen desaguisados

»y males? los concilios: por abreviar, qué otra cosa »sustenta hoy el lustre de la iglesia, tiene en pie la »religion y las ceremonias sagradas, hace que el pue»blo se mantenga en piedad y obedezca á las leyes »eclesiásticas? por ventura no son los concilios? Que »si el fruto es menor de lo que fuera razon, y los da»ños y vicios se veen crecer mas de lo que quisiéra»mos, mirad, Padres, no sea la causa el haber aflo»xado en costumbre tan loable. Grande fuerza tienen »estas juntas y grande eficacia; pero si las ayudamos »con el exemplo de la vida y nuestra modestia en »todo á imitacion de nuestra cabeza, que comenzó á »hacer y á enseñar, como dice la Escritura. Buena »es la enseñanza, y el trabajo que en ella se pone »bien empleado; mas es menester esforzalla con el »buen exemplo y con la buena vida del que tiene ofi»cio de enseñar. No me quiero detener en cosa tan »clara. Quién no vee los trabajos y males deste mi»serable siglo? las costumbres del pueblo tan sueltas? »la ignorancia, ambicion y deshonestidad en quien »menos era razon? las demasías y robos, diré de los »príncipes ó de sus soldados, ó de los unos y de los »otros? esos campos bañados con la sangre derrama»da mas que con las lluvias del cielo, quién los pue»de mirar sin lágrimas? Estos y otros muchos males »ó en este concilio se han de remediar, ó no nos que»da alguna esperanza. Grandes cosas habeis empren»dido y acabado, Padre Santo: asegurar los caminos, »castigar los salteadores, restituir á la iglesia tantas »ciudades quantas ningun otro Pontífice: todavia la »mayor os queda por hacer, esta es pacificar los prín»cipes christianos y acabar con ellos vuelvan sus fuer»zas contra el enemigo comun. Dexemos las armas »corporales: con las que son proprias nuestras, ha»gamos guerra á los vicios y á los males que son mu-

»chos y grandes, porque quándo la vida fue mas suel-
»ta? quándo la ambicion mas desenfrenada? quándo
»mayor libertad de hablar y sentir como cada qual
»quiere de las cosas divinas? quándo se vió mayor
»carnicería entre paganos y fieras que la de Bressa
»primero, y despues la de Ravena, cuya sangre
»aun no está del todo enxuta? Todo lo qual qué son
»sino voces del cielo que amonestan y dicen la nece-
»sidad que teníamos de acudir á este postrer reme-
»dio, y á esta sagrada áncora? El provecho para que
»sea mas colmado, se debe dar orden que en él se
»use de modestia, no haya voces ni ruidos; y sin
»embargo todos tengan la libertad de hablar que an-
»tiguamente se tenia, aunque se traten cosas que to-
»quen á qualquier persona por grande que sea. Haced,
»Padres, lo que es de vuestra parte, que Christo os
»acudirá con su espiritu y todos los Santos del cielo
»con su ayuda. San Pedro y San Pablo claras lumbre-
»ras del cielo, y patrones de la iglesia santa y desta
»ciudad, oid nuestros gemidos: poned los ojos de
»vuestra benignidad en nuestros daños: ayudad á
»vuestra iglesia, viña de vuestra labranza, y pose-
»sion de Dios; y la que librastes de la crueldad de los
»tiranos, no permitais perezca á manos de los que
»se llaman sus hijos y familiares. Comunicad fuerza
»del cielo á todos estos Padres y Santos prelados para
»que puestos los ojos en Dios, y sin tener respeto
»á nadie, provean del remedio que tantas miserias
»piden y á todos nos es necesario."

CAPITULO XI.

Del principio de la guerra de Navarra.

La tregua que se asentó entre el Emperador y

venecianos, y la diligencia del cardenal Sedunense obraron tanto que los suizos se resolvieron de pasar en Italia en ayuda de la liga y de la iglesia. Lo que les pudiera entibiar, que era la batalla de Ravena, eso les hizo apresurar tanto que se halla que á los diez y nueve de mayo estaban en Valcamónica tierra de Bressa en número diez y seis mil: traían diez y ocho piezas de artillería de campo: sin otros seis mil que baxaban á la parte de Milán la via de Novara, y dos mil por la via de Bergamo. Venia por general desta gente el baron de Altosaxo, y en su compañía Matheo el cardenal Sedunense. Los franceses sea por acudir á la parte de Guiena, y por mandamiento de su Rey como dicen sus historiadores, sea por miedo de tanta gente que acudia contra ellos de refresco en gran número, desamparada Italia se volvian á su tierra. Quedaba el de la Paliza con alguna gente en lo de Lombardía, pero cada dia se le despedian soldados. Llegaron á Verona á los veinte y siete de mayo pasados de veinte mil suizos: tomáronla sin dificultad á causa que los franceses desampararon la ciudad y el castillo. Aqui se acordó que Pablo Capelo con el exército de la señoría, que era setecientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y quatro mil infantes, se juntase con los suizos. Fueron sobre Valesio, do se recogieron los franceses de Verona, que tambien desampararon esta plaza sin acometer á defenderse, ni atajar el paso á los enemigos, que fuera fácil por estar el rio Mincio en medio. Siguieron los suizos el campo de Francia, que se retiró á Pontevico y desde alli á Cremona, sin hallar lugar seguro en que afirmarse, ni arriscarse á venir á las manos, tanto mas que el Emperador tuvo forma para que los alemanes que quedaban en el exército frances, se despidiesen: cosa que puso tanto miedo al de la Paliza que no paró hasta

retirarse á Aste en lo postrero del ducado de Milán con intencion de desamparar á Lombardía. Con esto las ciudades se levantaron, en particular Cremona que se dió al cardenal Sedunense en nombre del imperio: Milán con casi todas las demas ciudades de aquel estado se rindió á los vencedores: Ravena otrosí volvió á poder del Papa; todos los elementos parece se conjuraban en daño de Francia. Con estos principios tan prósperos el de Gursa, y don Pedro de Urrea que venian con este exército, pretendian haber á Maxîmiliano Esforcia para restituille en aquel ducado, y hacer la guerra con mas calor, y proceder en aquella empresa con mayor justificacion. Los cardenales scismáticos por no estar seguros en Milán se pasaron á Francia. En esta revolucion tan grande de cosas las ciudades de Placencia y Parma se dieron de su voluntad al Papa, que pretendia le pertenecian como miembros del antiguo exârchâdo de Ravena, que donaron á la Sede Apostólica los Reyes de Francia segun de suso queda notado (1). En España continuaba el Rey cathólico en requerir al de Navarra le asegurase bastantemente que por aquella parte no le haria daño alguno. Como no venia en dar á su hijo el príncipe de Viana, contentábase que pusiese sus fortalezas en poder de alcaydes naturales de aquel reyno, pero que fuesen á su contento. Vino á Burgos Ladron de Mauleon de parte de aquel Rey, mas sin poderes bastantes ni comision para concluir. Ofrecia el embaxador de Navarra que se daria seguridad que por aquel reyno no se haria ofensa á la causa de la iglesia: no venia en asegurar que por los demas estados que tenian en Francia, se

---

(1) Lib. 7. cap. 6.

baria lo mismo. Dióselc por resoluta y final respuesta que diesen seguridad que estarian neutrales, ó si ayudaban al Frances por lo de Bearne, que lo mismo hiciesen con la liga por lo de Navarra, Tenia aquel Rey gran recelo que despues de la muerte de Gaston de Fox el Rey cathólico pretenderia apoderarse de aquel reyno por la Reyna doña Germana como heredera de su hermano, y de sus acciones y derechos. Prometia monsieur de Orbal embaxador en Navarra del Rey de Francia que en tal caso su señor acudiria á aquellos Reyes con todas sus fuerzas; y aun ofrecia que daria al príncipe de Viana por muger á su hija menor. Estas y otras ofertas mal fundadas engañaron aquel Rey para que pospuestas las obligaciones que tenia á Dios, y sin respeto del deudo tan cercano con España, entrase en la liga de Francia, que fue despeñarse en su perdicion. En esto el marques de Orset con su armada de Inglaterra en que venian mas de cinco mil archeros, llegó al Pasage puerto de Guipúzcoa á los ocho de junio. Fue á verse con él don Fadrique de Portugal obispo de Sigüenza, que atendia en San Sebastian por orden del Rey para proveer á los ingleses de todo lo necesario. Juntábase en Castilla buen número de gente para hacelles compañía en aquella empresa, y por su general el duque de Alba. Pretendia el Rey cathólico acometer primero á Navarra por asegurar las espaldas, y tener el paso y las vituallas seguras para la empresa de Guiena. Con este intento mandó juntar cortes de la corona de Aragon en Monzon, y por presidente la Reyna doña Germana; y que se alistase toda la gente que ser pudiese de aquellos estados, para ayudalle en aquella guerra, á que decia queria ir en persona. Resolvieron en aquellas cortes de servir á su Rey por espacio de dos años y ocho meses con docientos hombres de armas y tre-

cientos ginetes. El Rey de Navarra vista la tempestad que le amenazaba, envió á su mariscal don Pedro de Navarra al Rey cathólico para dar algun buen corte. Venia en que para la seguridad que se pedia, se entregasen algunas fortalezas suyas, como no fuesen la de Estella y San Juan de Pie de Puerto, que eran las mas importantes. Acordó el Rey cathólico que su gente ante todas cosas fuese sobre Pamplona, y pedia al marques de Orset hiciese lo mismo; mas él se escusó con que no tenia comision de su Rey para hacer la guerra en Navarra, antes formaba quexa contra el Rey porque no tenia á punto la gente, como tenian concertado, para romper por la Guiena. Decia que si acudieran luego, se apoderáran sin dificultad de Bayona por hallarse desapercebida, y con la dilacion dieron lugar á que le acudiese gente, y se pusiese de tal manera en defensa que con gran dificultad se podria ya ganar.

CAPITULO XII.

El Rey cathólico se apoderó de Navarra.

Entreteníase el duque de Alba en Victoria hasta que le viniese orden de lo que debia hacer. Tenia en Alava, y en la Rioja y Guipúzcoa su gente, que eran mil hombres de armas, mil y quinientos ginetes y seis mil infantes. Iban por coroneles de la infantería Rengifo y Villalva: llevaban veinte piezas de artilleria, y por capitan della Diego de Vera. Llegó al duque orden del Rey, en que le mandaba se encaminase con toda su gente á Pamplona cabeza del reyno de Navarra. Hízose asi: entró en aquel reyno un miércoles á veinte y uno de julio. Lleva-

ba la avanguardia don Luis de Biamonte foragido de Navarra, y despojado de su estado. Era la Reyna doña Cathalina ida con sus hijos á Bearne, y el Rey se quedó en Pamplona con intento de defender aquella ciudad; pero como quier que el duque halló la entrada y camino llano, el Rey por ver las pocas fuerzas que tenia, se retiró á la villa de Lumbierre. Con su ausencia los de Pamplona hicieron sus conciertos, y se entregaron al duque el mismo dia de Santiago. Querian hacer lo mismo casi todos los lugares de aquel reyno. El Rey don Juan por prevenir este daño y reparar sus haciendas lo mejor que pudiese, envió tres comisarios al duque con poderes bastantes para concertarse, resuelto de aceptar las leyes que le pusiesen. Hízose el asiento, que en sustancia era remitirse á la voluntad del Rey cathólico para cumplir todo lo que ordenase y por bien tuviese; cuya resolucion fue que aquel Rey le entregase todo el reyno de Navarra para tenelle en depósito hasta tanto que las cosas de la iglesia se asentasen, y despues lo que su voluntad fuese: asi mismo que entregase al príncipe de Viana su hijo para que estuviese y se criase en Castilla: condiciones tales y tan ásperas quales se podian esperar de un vencedor. Con esto el Rey don Juan, perdida la esperanza de poderse valer en Navarra, pasó los puertos. Las villas y lugares luego que fueron requeridas de paz, enviaron sus procuradores á entregarse: sola la fortaleza de Estella y los del val de Escua confiados en la aspereza de la montaña no vinieron en lo que los demas. Los roncaleses venian en rendirse, pero pedian se les concediesen los fueros y libertades de Aragon. En esta sazon la gente francesa que venia en socorro de aquel reyno, era llegada á Bearne. El Rey cathólico, para demas cerca dar órden en todo, de Burgos do estuvo

muchos meses, pasó á Logroño. Acudieron con gente Manuel de Benavides y don Luis de la Cueva, y don Iñigo de Velasco condestable de Castilla á servir en aquella guerra. El obispo de Zamora don Antonio de Acuña en nombre de la Sede Apostólica fue á Pamplona los dias pasados para avisar al Rey don Juan tuviese por bien de apartarse de los que alborotaban la iglesia; y dado que aquella su ida no hizo efecto alguno, el Rey cathólico acordó de envialle de nuevo á Bearne para declarar á aquel Rey las condiciones que se le habian puesto y amonestalle las guardase. Prendiéronle en Salvatierra sin tener respeto ni á su dignidad, ni á que iba por embaxador; y luego por mandado del Rey don Juan fue entregado al duque de Longavila general de la gente francesa, que alojaba en Bearne, y era gobernador de Guiena. Hacíanle algunos cargos para justificar aquella prision, en particular que se halló en la batalla de Ravena: verdad es que poco despues le enviaron á proseguir el tratado de la paz con rehenes, que dexó tres sobrinos, para seguridad de volver cada y quando que dello fuese requerido. La conquista de Navarra fue tan facil que los franceses entraron en sospecha de algun trato doble y maña. Para quitar esta sospecha el Rey don Juan fue á verse con el de Francia para dar razon de todo; y en poder de los franceses entregó á Salvatierra para que se asegurasen de su voluntad, y la pusiesen en defensa. Estaba el Rey de Francia resuelto de acudir con todo su poder á las partes de Guiena hasta enviar allá, si necesario fuese, el delphin con todos sus buenos capitanes y toda la gente que era vuelta de Italia: al contrario el Rey don Fernando ponia todo cuidado en asegurarse de los pueblos de Navarra. Hizo que los de Pamplona le jurasen y le prestasen sus homenages no ya como

depositario de aquel reyno, sino como á Rey. La causa que para esto se alegaba, fue que el Rey don Juan no cumplió con lo capitulado, y por tanto quedaba el reyno por el vencedor. Trataba con el mariscal de Navarra y con el conde de Santistevan, que se le rindiesen: el de Santistevan que poco despues llamaron marques de Falces, se acomodó con el tiempo: el mariscal comunicado el negocio con sus deudos respondió que no hallaba camino para salvo su honor faltar á su Rey. La ciudad de Tudela si bien entre las primeras envió sus procuradores para rendirse, no acababa de prestar los homenages: entendíase deseaba ser recebida con los fueros y privilegios de Aragon. No desistió desta porfia hasta tanto que el arzobispo de Zaragoza con gente que juntó, se presentó delante aquella ciudad, y hizo que pasase por lo que los demas pueblos de aquel reyno: pretendian otrosí los vencedores asegurar el paso para Francia. Con este intento mandó el duque de Alba que el coronel Villalva con la gente de su regimiento que eran tres mil infantes, y con trescientas lanzas pasase los montes y se apoderase de San Juan de Pie de Puerto. Hízose asi, y poco despues el mismo duque con todo su exército se fue á poner en el mismo lugar. Alli vinieron por orden del Rey cathólico Hernando de Vega comendador mayor de Castilla, y Diego Lopez de Ayala, varones de gran prudencia, y de quien se hacía gran confiauza. Con la ida del duque á aquel pueblo se hicieron dos efectos el uno atajar el paso á los franceses para que no alterasen lo de Navarra, lo segundo abrir el camino para pasar á la conquista de Guiena. Hacíase instancia con el marques de Orset para que se viniese á juntar con nuestro campo, y dar principio á la guerra de Guiena: alegaban muchas

razones por donde fue necesario asegurarse de Navarra. El general ingles se escusó con decir que era ya tarde para dar principio á nueva conquista, ca el otoño iba muy adelante: que el calor con que su gente vino, con aquella tardanza se apagára, y muchos dellos enfermos. Esto decia en lo público: de secreto y entre los suyos se quexaba que los burlaron en efecto, y que el Rey cathólico solo pretendia con su venida hacer su negocio, que era apoderarse de Navarra sin curar de la conquista de Guiena: que sus acciones y término daban bien á entender su intencion; finalmente que se resolvia, como lo hizo, de dar la vuelta á Inglaterra, pues el invierno se acercaba, y por estas partes no se hacía cosa alguna sino gastarse la gente y consumirse. Bien es verdad que algunos sospecharon, segun que Antonio de Nebrixa lo escribe (1), que el marques buscó estos achaques por estar él y los suyos prendados con el oro de Francia.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Italia.

Las cosas de Italia se trocaron no de otra suerte que si los franceses quedáran vencidos en la batalla de Ravena. Movió el duque de Urbino con la gente del Papa para dar la tala á Boloña. Saliéronse los Bentivollas de la ciudad, y los boloñeses alzaron las banderas del Papa. Los cardenales de Estrigonia y Nantes que se hallaban en Francia, y el del Final que sobrevino, trataban de reconciliar aquel Rey con

(1) Lib 1. de la guerra de Nav. cap. 7.

la iglesia, de que al principio tuvieron buenas esperanzas; mas el Papa acordó de publicar su bula en que ponia entredicho en el reyno de Francia, descomulgaba á su Rey, y absolvia del juramento de la fidelidad á los de Guiena y Normandía. Y porque en la ciudad de Leon dieron acogida á los cardenales scismáticos, mandó pasar las ferias á Ginebra, do antiguamente solian estar. Trataba el embaxador Gerónimo Vic de concertar al duque de Ferrara con el Papa por medio de Fabricio Colona. Concertóse que pusiese en libertad los prisioneros que tenia en su poder, y viniese á Roma á pedir perdon. Hízolo asi. Vinieron en su compañía Fabricio Colona y Hernando de Alarcon. Entró en consistorio público con ropa de terciopelo negro y sin bonete. Tratóle muy mal de palabra el Papa; pero en fin le absolvió, aunque no le hizo restituir á Regio, como tenian concertado que se le daria su estado enteramente, antes trató de poner su persona en prision, y todavia queria le diese á Ferrara. Segun era su condicion no desistiera desta pretension. Ganó Fabricio por la mano, y le acompañó hasta le poner en salvo. El virrey de Nápoles rehizo un muy buen exército en pocos dias. Partió la via del Abruzo con intento de hacer alli alarde de la gente que llevaba: halló que con los dos mil españoles que traxo á la sazon el comendador Solís, llegaban á siete mil infantes. Llevaba cargo de la infantería el marques de la Padula, y porque en el Aguila en cierto ruido él mismo se hirió en la mano, se encomendó aquel cargo al comendador Solís. Los hombres de armas eran hasta mil y docientos, los caballos ligeros quinientos y cincuenta. Sin estos Próspero Colona se ponia en orden con otros quatrocientos caballos: diósele cargo de la avanguardia. En la batalla iban el conde de Golisano y el duque

de Trageto y Antonio de Leyva. En la retaguardia Alonso de Carvajal señor de Xodar con otros buenos caudillos. Entre los capitanes de la infantería uno era Juan de Urbina, que se señaló mucho adelante en las guerras de Italia. Con esta gente se hallaba el virrey quando le vino mandato de parte del Padre Santo que no pasasen adelante á causa que lo de Lombardía quedaba llano, y no era menester mas gente para acabar. Fue siempre su intencion de echar todos los transmontanos de Italia: y como para echar los franceses se ayudó del poder de España, asi con ayuda de los potentados de Italia queria hacer lo mismo de los españoles; mas sin embargo el virrey con todo su campo por la Marca de Ancona pasó á Fermo. Desde alli entre Forli y Faenza se encaminó la vuelta de Boloña. Llegó al castillo de San Pedro en sazon que le vinieron embaxadores de parte de los suizos para requerille no pasase adelante, que de otra manera le saldrian al camino: que los franceses ya salieron fuera de Lombardía, y para sugetar las plazas que se tenian por Francia, ellos tenian fuerzas bastantes: todas trazas del Papa. Respondió el virrey que él era general de la liga, y no podia dexar de hacer lo que los príncipes confederados le mandasen. Con esto pasó á Boloña: desde alli á Módena para verse con el de Gursa en Mántua, segun que tenian acordado. Acudieron á las vistas el conde de Cariati y don Pedro de Urrea. Fue esta junta por mediado agosto. Querian tomar alguna buena resolucion á causa que los venecianos asi mismo se declaraban en que el virrey no pasase á Lombardía; y con su gente tenian acordado de ir sobre Bressa, que se tenia por Francia, y en su guarda el señor de Aubeni con mas de tres mil soldados. Los embaxadores del Emperador y Rey cathólico querian se ganase con el

campo de la liga, y se tuviese en su nombre; acordaron empero que no se rompiese por entonces con Venecia, sino que el virrey tomase la empresa de Florencia en favor de los Médicis, que andaban desterrados de aquella ciudad. Hízose asi: dió la vuelta á Módena, do quedaba su gente. Llevaba en su compañía á Julian de Médicis; y el cardenal Juan de Médicis su hermano, ya libre por cierto accidente de la prision, le esperaba en Boloña con la artillería. Asi mismo Próspero Colona últimamente se juntó con los demas: detúvose tanto, porque en la Marca por orden del Papa se le impidió el paso. En esta sazon se acordó que Maximiliano Esforcia que ya se intitulaba duque de Milán, pasase á Italia para acabar de allanar con su presencia lo de Lombardía, donde la gente del Papa se apoderó de Parma y Placencia ciudades de aquel ducado, con color que pertenecian de tiempo antiguo, como queda tocado, á la iglesia. En Roma falleció don Pasqual obispo de Burgos, de la orden de Santo Domingo, varon de muy santa vida, que ordinariamente todos los años iba á Roma en peregrinacion, y á la sazon se hallaba alli por causa del concilio: fallecieron otrosí los arzobispos de Aviñon y el de Rijoles, prelados notables. Estas enfermedades y otras causas hicieron que el concilio, celebradas solas dos sesiones, se prorogase hasta principio de diciembre. El Papa pretendia mucho se tratase en él de hacer guerra al Turco por estar divididos los hijos de Bayacete; lo qual pasó tan adelante que Selin el hijo menor de aquel príncipe con favor de los genízaros en vida de su padre se apoderó de aquel grande imperio, y poco adelante dió la muerte á Achômate y Corcuto sus hermanos mayores. Parecia esta buena ocasion para tomar los christianos aquella empresa, dado que

los maliciosos decian que esta pretension del Papa se enderezaba á sacar los españoles de Italia con aquel color y maña.

CAPITULO XIV.

Que el gran Capitan no pasó á Italia.

Pasó el virrey con su campo la via de Florencia, segun que quedó acordado. La voz era que pretendia restituir aquella república en su libertad, y hacer que se reconciliase con la iglesia y no diese favor á los scismáticos. Llegó sin hallar resistencia hasta Prato, que es una villa á diez millas de Florencia. No se quisieron rendir los de dentro, confiados en el gran número de soldados que tenian. Plantóse la artillería: aportillaron el muro, y á los veinte y nueve de agosto entraron por fuerza al pueblo. La alteracion de Florencia por esta pérdida fue grande. Acordaron concertarse con el virrey. Para hacer esto mas libremente quitaron el cargo de Confalonier, que era como gobernador ó capitan, á Pedro Soderino. Recibiólos el virrey con muestras de mucha benevolencia. Asentaron su confederacion, que en suma era perdonar á los de Médicis y de Pacis, y restituillos en sus bienes: demas desto entrar en la liga, apartarse de Francia, y ponerse debaxo la proteccion del Rey cathólico. Entonces ellos para muestra de mayor voluntad nombraron por su capitan general al marques de la Padula: sirvieron con alguna cantidad de dinero para el gasto de la guerra. Lo mismo hicieron las ciudades de Sena y Luca, que se pusieron en la proteccion de España. Sucedió por el mismo tiempo que Jano María de Campofregoso entró con los de su bando en Génova, y en favor de la liga fue elegido

por duque de aquella ciudad, con que los pueblos de aquel estado se comenzaron á desviar de la sugecion de Francia. Para que esto se llevase adelante, mandó el Rey cathólico que el capitan Berenguel de Olms con sus galeras acudiese á aquellas marinas. Todas las cosas de Italia le sucedian tan prósperamente como él mismo las pudiera pintar; que fue causa de sobreseer en la ida del gran Capitan á Italia, y principio de desbaratalla del todo, lo qual pasó desta manera. Luego que se perdió aquella memorable jornada de Ravena, todos pusieron los ojos en el gran Capitan, cuyo crédito era tan grande que sola su presencia entendian sería bastante para soldar aquella quiebra. Comunmente cargaban al virrey de poca experiencia, y al conde Pedro Navarro de temerario, y que por esta causa sucedió aquel revés. El mismo Rey cathólico si bien se recelaba de la voluntad de aquel caballero por el mal tratamiento que le hizo, acordó de envialle á Italia. Llamóle para esto á Burgos, do á la sazon residia. Aceptó el cargo de buena gana, y para aprestarse partió para Málaga. Fue cosa maravillosa la gente que le acudia de todas partes luego que se publicó este viage: parecia que se despoblaba España. El Rey que tenia intento de proseguir la empresa de Navarra, y no gustaba de tanto aplauso, limitó el número: mandó que pasasen con él solos quinientos hombres de armas, y dos mil infantes. Sin embargo los mismos de la guarda y infantería ordinaria del Rey se despedian por pasar á Italia con tan buen caudillo, y tan dichoso que parece era el artífice de su buena ventura. La mayor parte de los caballeros de Castilla y Andalucía se apercebian para servir á su costa: tan grande era la reputacion del gran Capitan, y tan grande la voluntad que todos tenian de hacelle compañia. Quanto mayor era el calor con que todo se

aprestaba, tanto mas se entretenia el Rey con esperanza que el virrey con algun buen suceso se repararia en su crédito; á quien él amaba tanto que algunos se confirmaban en la imaginacion que se tenia de que era su hijo. Como las cosas de Italia tomaron el término que se ha dicho, el Rey se determinó de envialle á mandar resolutamente que sobreseyese en su pasada por todo el invierno; y entretanto se descargase de toda la costa ordinaria, y diese orden que todos los caballeros y contínuos de su casa que iban con él, le fuesen á servir en la guerra de Navarra. Este mandato, que recibió el gran Capitan en Córdova á los primeros de setiembre, le dió la pena que se puede pensar. El sentimiento de la gente fue tan grande que ningun capitan de hombres de armas quiso ir á servir en aquella guerra de Navarra, fuera de Gutierre Quixada. El gran Capitan escribió cartas muy sentidas sobre el caso, en que se quexaba de los malsines, de cuyas celadas quién se puede guardar? y de su desgracia, que tales servicios se recompensasen con tal paga. Sobre todo mostraba sentir dos cosas, la una su honra, que todos sospecharian por aquel disfavor algun mal caso de su parte, y á él sería forzoso pasar por la grita de lo que todo el mundo dixese y imaginase; la segunda que no se hiciese gratificacion á aquellos caballeros que gastaron sus haciendas y se empeñaron por acompañalle. Llegó el disgusto á término que envió un caballero de su casa á pedir licencia para irse á su estado de Terranova como en destierro; mas el Rey respondia con palabras blandas como lo sabía muy bien hacer, gran maestro en disimular: decia que su ida no era necesaria por estar ya los franceses fuera de Italia, y que no era conveniente enviar de nuevo gente de España en sazon que el Papa trataba de echar todos los españoles de Italia: quanto

á la ida de Terranova se mostró mas duro, y le persuadia sería mejor retirarse á su casa en Loxa. Pasó tan adelante este disfavor, que no le quiso proveer la encomienda mayor de Leon que le envió á pedir por muerte de Garcilasso de la Vega, y se proveyó á don Hernando de Toledo: lo mismo sucedió en la encomienda de Hornachos que vacó por el mismo tiempo; que fue notable desden y desvío. De que hallo yo dos causas las mas verdaderas: la una particular, que el Rey don Fernando no estaba satisfecho de la voluntad deste caballero, y aun se quexaba de inteligencias que diversas veces traxo en su deservicio, en que le parecia disimular por lo que sirvió los tiempos pasados; la segunda es comun á todos los príncipes, que quando los servicios son muy grandes, miran á los que los hicieron, como acreedores; y quando llegan á ser tales que no se pueden pagar buenamente, se suelen alzar con la deuda y responder con ingratitud, como quier que sea cosa mas ordinaria castigar la ofensa que remunerar el servició: á la verdad ningun premio ni honra se debia negar á un tan excelente varon; pero quién acabará con los Reyes que con estas consideraciones enfrenen sus desgustos? quién irá á la mano á sus sospechas, mayormente avivadas con la malicia de sus cortesanos?

CAPITULO XV.

Del cerco de Pamplona.

Entreteníase el duque de Alba en San Juan de Pie de Puerto. Hacía su gente algunas salidas, y ganaban algunos lugares de poca consideracion. Diego de Vera con gran trabajo hizo pasar allá la artillería. Pusiéronse los duques de Borbon y Longavila, el de

Mompensier, el de la Paliza, y Lautreque en Salvatierra villa de Bearne, y otros lugares comarcanos para hacer rostro á nuestro campo. Tenian ochocientos hombres de armas y ocho mil infantes. El delphin tenia otro gran número de gente en Garriz para ayudar á esta empresa. Esperaban de cada dia que el Rey don Juan acudiese con su gente que ponia en orden para pasar á Navarra: con esta esperanza los del valle de Salazar y Roncales se alzaron contra los de Castilla. El mariscal de Navarra que hasta entonces estuvo neutral, se declaró al tanto por Navarra, y de Tudela donde vino el Rey cathólicó á recebir la Reyna, que despedidas las cortes de Monzon se volvia, se fue á juntar con los franceses. Apresuróse con esta nueva el Rey don Juan. Hay dos puertos para pasar de Navarra á la parte de Francia: el uno se dice Valderroncal, el otro Valderronzas. A la entrada de Valderronzas está San Juan de Pie de Puerto, do se hallaba el duque de Alba. Por la otra parte aquel Rey con su gente subió los montes mediado octubre: llevaba en su compañía á monsieur de la Paliza. No tenian los de España tanta gente que pudiesen aventurarse á dar la batalla; acudieron empero diversos capitanes con su gente para atajalles el paso donde quiera que se estrechaban los montes. Entre los demas Hernando de Valdés se fue á poner en Burgui con intento de defender aquella plaza, que era muy flaca: acudió el campo enemigo; combatiéronla muy fuertemente, y dado que perdieron en el combate quatrocientos hombres, la entraron con muerte de algunos de los de dentro. Entre los otros el mismo Hernando de Valdés murió como buen caballero: díxose que se puso en aquel peligro como despechado de que el Rey quando volvió de la de Ravena, le dixo: allá se quedan los buenos. El duque de Alba visto el pe-

ligro en que estaba Pamplona, acordó dexar en San Juan á Diego de Vera con ochocientos soldados y docientas lanzas, y veinte piezas de artillería, y él con la demas gente volver á pasar el puerto para proveer á la defensa de lo de Navarra. Pudieran los enemigos atajalle el paso: cegábales su suerte asi en esto como en no acudir luego á Pamplona, que se entiende la tomáran sin dificultad. Su tardanza dió lugar á que le acudiese gente, y el duque con su campo se metiese dentro, con que mucho se aseguraron las cosas, junto con la venida del arzobispo de Zaragoza, que llegó en esta sazon á Exea con hasta seis mil hombres de guerra. Entre los lugares que se rebelaron, uno era Estella: acudió don Frances de Navarra, y por trato que tuvo con los de dentro, entró y saqueó el lugar. Para cercar el castillo acudió con mas gente el alcayde de los Donceles, que le rindió; y asi mismo los castillos de Cabrega, Monjardin y el de Tafalla, que estaba tambien alzado, se entregaron. Por el val de Broto, que es en las montañas de Xaca, entró con gente el senescal de Bigorra. Cargaron sobre Torla, ganaron el lugar, y al tiempo que le saqueaban, los de aquel valle se apellidaron, y dieron sobre ellos con tal fuerza que juntados con los que del lugar quedaban, los desbarataron con muerte de mas de dos mil dellos, y pérdida del fardage y de algunos tiros de campo que traían. El Rey don Juan con su gente llegó á dos leguas de Pamplona. Asentó y fortificó su campo en Urroz. Esperaba que los de Pamplona se declarasen por él. Los nuestros tenian prevenido este peligro con hacer salir de la ciudad docientos vecinos, gente sospechosa. Por otra parte en la Puente de la Reyna que está cerca de alli, se juntaba mucha gente para dar socorro á Pamplona, y si fuese necesario, dar la batalla á los franceses. Acudieron mil

y quinientos soldados de Trasmiera y Campos, y novecientos que de Bugia aportaron á Barcelona en compañía de Lope Lopez de Arriaran: acudió poco despues al mismo lugar la gente de Aragon. Por general deste campo señaláran al duque de Najara. Servia muy bien el conde de Santistevan don Alonso de Peralta: por tenelle mas obligado le dió el Rey cathólico título de mariscal de Navarra, y poco despues de marques de Falces. Aun no se ponia cerco á Pamplona á causa que los franceses aguardaban golpe de gente que les enviaba el delphin. El de la Paliza andaba descontento por ver que ninguna cosa le sucedia conforme á su pensamiento. Púsose el campo frances en parte que pudiese atajar los mantenimientos que venian á la ciudad: otra parte del exército frances que quedaba allende los montes, para divertir las fuerzas del Rey cathólico entró por la frontera de Guipúzcoa. Dió vista á Fuente-Rabía: púsose sobre San Sebastian. Venia por caudillo desta gente monsieur de Lautreque, que se determinó de combatir aquella villa. A la sazon se hallaba dentro don Juan de Aragon hijo del arzobispo de Zaragoza, que pasaba á Flandes para asegurar que no le queria el Rey cathólico dexar el reyno de Nápoles como sospechaba el Emperador. En su compañía iba Juan de Lanuza para residir en la corte del príncipe con cargo de embaxador. Con su presencia la gente de dentro se defendió con tanto esfuerzo, que aunque era poca, los franceses se volvieron á Rentería, y desde alli porque los naturales no les tomasen el paso, se recogieron á Guiena. Este acometimiento fue en sazon que el duque de Calabria trataba secretamente de pasarse de Logroño, do á la sazon estaba, al campo frances con promesa que le hacía el Rey de Francia de ponelle en posesion del reyno de Nápoles. Fue preso con otros quatro por-

cuyo medio se traían estas inteligencias. Lleváronle primero al castillo de Atienza, despues al de Xátiva en que estuvo algunos años: los medianeros fueron arrastrados y muertos, en que paran las desgracias y las trazas mal concertadas. El tiempo iba muy adelante, y era poco á propósito para estar en el campo. Acordaron los franceses que se hallaban sobre Pamplona, de abreviar. Estan dos monasterios de monjas fuera de los muros, el uno de Santa Engracia, el otro de Santa Clara: en estos exercitaron su crueldad los franceses, que los saquearon sin tener respeto á ninguna cosa sagrada. Llegó la irreverencia á término que un capitan aleman, abierto el tabernáculo por robar la custodia, con sus manos sacrílegas echó el Santísimo Sacramento en el altar. Díxole la sacristana: cómo os atreveis á hacer tal desacato? respondió el aleman: este no es Dios de los alemanes, sino de los españoles: principio de las heregías que poco despues brotaron; sacrilegio que pagó el miserable con la vida, ca en breve como otro Judas reventó. Asentaron su artillería: dieron por dos veces el combate á la ciudad con tanta furia de artillería que estuvo en gran peligro de ser entrada; mas los de dentro se defendieron muy bien. Señaláronse entre los demas el coronel Villalva y don Hernando de Toledo, Hernando de Vega, Antonio de Fonseca y otros muchos; murió Juan Albion caballero principal de Aragon. El duque de Najara por lo alto de la sierra que llaman Reniega, se mostró con su gente, que eran seis mil infantes sin la caballería, con intento de acometer el real de los enemigos, por lo menos atajalles las vituallas: en su compañía iban los duques de Segorve y Villahermosa, el marques de Aguilar, los condes de Montagudo y Ribagorza, el alcayde de los Donceles. Acordaron los franceses dexar el cerco y vol-

verse á Francia por el puerto de Maya. Levantaron sus reales postrero de noviembre: siguiéronlos el condestable de Navarra y el coronel Christóval de Villalva; matáronles alguna gente, y tomáronles trece piezas de artillería. Con esto se remató aquella guerra que fue muy reñida. Los agramonteses acabaron de entregar todas las fuerzas que quedaban en su poder. La ciudad de Pamplona se reparó con todo cuidado, y aun se señaló lugar en que para su defensa se levantase un castillo. Quedó nombrado por virrey el alcayde de los Donceles, al qual se dió título entonces de marques de Comares. Entretanto que venia á tomar el cargo, dexó el duque de Alba para el gobierno á su hijo don Pedro de Toledo marques de Villafranca que se halló con los demas en aquel cerco, y fue adelante muchos años virrey de Nápoles, persona en valor y prudencia muy señalada.

CAPITULO XVI.

El virrey ganó la ciudad de Bressa.

El virrey don Ramon de Cardona, concluida con tanta prosperidad la guerra de Toscana, y asentadas las cosas de Florencia muy á su gusto, revolvió con su campo la via de Lombardía. En Módena, que se tenia por el Emperador, se juntaron con él el de Gursa, don Pedro de Urrea y Andrea del Burgo para consultar lo que se debia hacer. La ciudad de Bressa, que todavia se tenia por Francia, la sitiaban venecianos con esperanza de apoderarse della. El Emperador la queria para sí: los suizos porfiaban que se diese al duque Maximiliano Esforcia cuya defensa tomáran. Por evitar los inconvenientes que desta discordia podrian resultar, acordaron en aquella junta que el vir-

rey entrase de por medio, y la tomase por la liga para dalla á quien de derecho pertenecia. Quedóse el de Gursa en Módena: don Pedro de Urrea y Andrea del Burgo fueron á Roma para entender del Papa su voluntad, y persuadille acudiese con el dinero que concertó, para la paga de la gente de la liga que de meses atrás no se pagaba. El Papa no venia en ello: escusábase con que desde que se dió la batalla de Ravena, espiró aquella obligacion y paga: todavia daba intencion de proveer de dinero, si dexada la empresa de Lombardía, el virrey revolviese sobre Ferrara, de la qual en todas maneras pretendia apoderarse. Con este intento el duque de Urbino era salido en campaña, y tenia dos mil suizos en Luco y Bañacabalo: poca gente para aquella empresa: si no era ayudado, mayormente que por no pagalla la mas se despidió brevemente. Daban don Pedro de Urrea y su compañero al Papa buenas palabras sin concluir nada: acordó de enviar á Bernardo de Bibiena, que fue adelante cardenal, para que avisase al virrey de su voluntad. Llegó á la sazon á Módena el marques de Pescara, libre por rescate de la prision en que franceses le tenian. Diéronle cargo de la compañía de hombres de armas de Gaspar de Pomar que mataron en Milán en cierto ruido, y era la mejor gente que á la sazon de españoles se hallaba. Partió el virrey para la Mirándula primero de octubre al mismo tiempo que la guerra de Navarra andaba mas encendida: pasó el Pó por Ostia. Halláronse al pasar mas de nueve mil infantes, y por su general el marques de la Padula. Venia Próspero Colona con pasados de quatrocientos hombres de armas y mil infantes para juntarse con el virrey. Procuró el Papa impedille el paso por las tierras de la iglesia, mas no salió con ello. Pretendió asi mismo por medio del cardenal Seduneuse que los suizos no

dexasen entrar al virrey en Lombardía. Decia que los españoles se querian hacer señores de Italia: qué prestaria echar los franceses, y quedar en su lugar los españoles, gente pobre, y mas mala de sugetar? Llegó el campo á Verona, do esperaba Rocandulfo capitan del Emperador con dos mil alemanes y quatrocientos caballos ligeros. Tenia á punto la artillería, que eran seis cañones, una culebrina, veinte piezas de campo. Partieron todos la via de Bressa. Monsieur de Aubeni apretado del cerco de venecianos, y del miedo del nuevo exército que venia, alzó en aquella ciudad banderas por el Emperador. En esta sazon llegó Bernardo de Bibiena al campo. Dió al virrey el recado que le traía. Respondió él á esta embaxada con palabras comedidas, que holgára ser avisado antes de pasar el Pó para obedecer aquel mandato: que ya tenia la empresa tan declarada y adelante, que sin hacer falta á la reputacion no se podia volver atrás: que acabada, se haria como era razon todo lo que á su Santidad pluguiese. Partieron de Verona los de la liga: de camino rindieron la villa de Pesquera y su fortaleza, que se tenian por Francia. Antes que llegasen á Bressa, envió el virrey á hacer sus cumplimientos con la señoría, y con Pablo Ballon que tenian por general en aquel cerco. Decia que como general de la liga venia á cumplir con su obligacion, y pues iba para este efecto y en servicio de la liga, y queria dar á cada qual lo que era suyo, diesen orden como sus gentes se juntasen con él. Los intentos eran muy diferentes, y asi no se podian concordar. Llegó nuestro campo á ocho millas de aquella ciudad quando movieron los franceses pláticas de concierto. Acordaron que el señor de Aubeni con su gente, que eran quatrocientas lanzas y dos mil infantes, con sus armas, caballos y bienes se fuesen donde por bien tuviesen, á tal que

no se recogiesen al castillo de Milán ni otros lugares que se tenian por Francia: honrado asiento para tener sobre sí dos campos; el de Gursa fue el todo para que se les concediese. Con las mismas condiciones se obligaron los del castillo de entregar aquella fuerza con la artillería y municiones, si dentro de veinte y un dias no fuesen socorridos bastantemente. El mismo dia que se concluyó este asiento, que fue á los veinte y cinco de octubre, se hizo alarde de la gente de armas y de la infantería española en Castanetola que está junto á Bressa: halláronse mas de ocho mil infantes con los que llegaron á esta sazon en compañía de Próspero Colona. Quedó en el gobierno de aquella ciudad el comendador Solís con hasta mil soldados que parecieron bastantes para su defensa: lo demas del campo acudió sobre el castillo de Bergamo, que la ciudad ya estaba rendida. De Nápoles partió el almirante Vilamarin con siete galeras para juntarse con las del Papa que esperaban en Civitavieja, é ir á Génova, y poner cerco sobre el castillo de la Lanterna que se tenia por Francia. Hallaron en aquel puerto otras tres galeras de la señoría de Venecia enviadas para el mismo efecto: tenia el duque de Génova otras quatro galeras, pero muy faltas de gente y de artillería; todo procedia floxamente, y por esto el cerco iba á la larga. Los franceses tenian en Marsella solas seis galeras y un galeon: armada pequeña. Los cardenales scismáticos en Leon de Francia continuaban su concilio: ofrecian á los príncipes grandes partidos como si en su mano lo tuvieran todo. El virrey de Sicilia don Hugo de Moncada con una buena armada que juntó, pasó á la ciudad de Tripol para dar orden en la fortificacion de los castillos, y dexar en buena defensa aquella ciudad por lo que importaba para proseguir la conquista de Berbería. El duque de Urbino

se hallaba en la Romaña entre lo de Ravena y Boloña con quinientos hombres de armas y mil suizos: la gente italiana que tenia en mayor número, cada dia se desmandaba; la tierra y los naturales eran robados, sin que se hiciese efecto de alguna consideracion.

CAPITULO XVII.

Que Maxîmiliano Esforcia entró en Milán.

Entretúvose Maxîmiliano Esforcia algunos meses en Trento y en el Veronés. Esperaba que los franceses acabasen de salir de aquel su estado, en especial procuraba se ganasen los castillos de Milán y de Cremona que se tenian por Francia. Pretendia otrosí que los milaneses contentasen á los suizos, los quales dado que se mostraban mucho de su parte, y no venian en que se desmembrase parte alguna de aquel ducado, sino que se le diese lo de Placencia y Parma que tenia el Papa, y lo de Aste que pretendia, y lo de Cremona y Geradada que se dió los años pasados á venecianos; todavia querian tener parte en la presa. Concertaron los milaneses de dalles en dos años ciento y cincuenta mil ducados, y perpétuamente por año quarenta mil. Para seguridad de la paga ofrecieron que tuviesen en su poder tres fortalezas de aquel ducado. Las voluntades de los príncipes no iban conformes, y las trazas eran contrarias. El Emperador quisiera mas lo de Milán para uno de sus nietos; no se aseguraba empero de podello sustentar contra el poder de Francia y de toda Italia, que deseaban se pusiese señor propio y natural en aquel estado. Llegó este deseo comun á término que el obispo de Lodi, hijo bastardo del duque Galeazo, se puso en la fantasía de hacerse duque de Milán. No le desayudaba el

cardenal Sedunense para esto, por conservarse en el gobierno que de aquel estado á la sazon tenia, y en nombre ageno mandallo todo. Persuadíase que quanto el duque fuese mas flaco, tanto tendria mayor necesidad de su ayuda, ni al Papa le desplacía en lo secreto aquella traza, por no asegurarse del duque Maximiliano, que venia muy prendado del Emperador y Rey cathólico. Por cortar todas estas tramas despues que se acabó lo de Bressa, se dió orden en la ida de Maximiliano Esforcia á Milán. Entró en aquella ciudad á los veinte y nueve de diciembre principio
1513. del año mil y quinientos y trece. Acompañáronle el cardenal Sedunense, el virrey de Nápoles, el de Gursa y don Pedro de Urrea. Fue recebido con toda la magestad y muestra de alegria con que se solian recebir los duques pasados. Los embaxadores de los suizos le presentaron las llaves de la ciudad con grande ceremonia. Concluidas las fiestas se trató de allanar lo que quedaba por Francia. El marques de la Padula fue con la infantería española contra Trezo, castillo muy fuerte á la ribera del rio Abdua, y le rindió en pocos dias: el de Novara que era mas importante, se entregó á la gente del duque. Tratábase de concluir las paces entre el Emperador y venecianos; y por quanto la tregua asentada espiraba por todo el mes de enero, concertó el conde de Cariati que se prorogase por todo febrero y despues hasta en fin de marzo. El de Gursa venia en las condiciones que le ofrecia el Papa el año pasado de parte de venecianos; pero ellos no aceptaban ningun partido si no les daban á Verona. Pareció sería necesario hacelles la guerra con las fuerzas del Emperador, de España y de Milán, sin hacer mencion de los suizos por tener entendido en breve se concertarian con Francia por medio de monsieur de la Tramulla que fue envia-

do para este efecto: principio de nuevas revoluciones. Pretendia el virrey que ante todas cosas se asegurasen del estado de Milán, en que á los franceses quedaba la mayor parte; y Trivulcio tenia juntos cinco mil infantes para volver á aquella empresa, y cada dia se le juntaban mas. Por esto puso á Próspero Colona en Aste con buen número de gente para atajar á los franceses el paso. El Rey cathólico quiso valerse de Inglaterra para enfrenar el poder de Francia; y visto por lo que pasó el año pasado, que los ingleses no hacían buena mezcla con otra gente, por ser tal su condicion que mal se concierta con nadie, hacía instancia con aquel Rey que por la parte de Calés acometiese lo de Normandía, y él ofrecia con su gente tomar la empresa de Guiena para entregalla al Ingles luego que fuese ganada: partido honroso y provechoso, si se cumpliera: asi lo entendia aquel Rey. Con este intento aprestó una armada de cincuenta naves, en que pensaba pasar á Francia nueve mil infantes, gente bien armada y lucida, y aun hacía instancia con el Rey cathólico le enviase otras cincuenta naves desde España para ayudarse dellas en aquella guerra. No era facil cosa acudir á tantas partes, porque demas de ser las empresas muy graves el Rey cathólico andaba enfermo y la Andalucía alborotada. La ocasion de la dolencia fue cierta bebida extravagante que le hizo dar la Reyna en Medina del Campo por el deseo que tenia de concebir: asi lo refieren el doctor Carvajal en sus Memorias, y Pedro Mártyr como cosa que se tenia por averiguada. Lo que resultó fue que se debilitó el Rey de manera que ninguna cosa apetecia sino andarse por los bosques. Aumentábase el mal de cada dia mas con desmayos ordinarios y muestras de hydropesía. La Andalucía se alteró por la muerte de don Enrique duque de Medina Sidonia. Tenia una herma-

na de padre y madre por nombre doña Mencía casada con don Pedro Giron, y un hermano de padre, que se llamaba don Alonso Perez de Guzman. Nombró en su testamento por sucesora en el estado á su hermana, afirmando que el segundo matrimonio de su padre no fue válido. Con este fundamento tan flaco pretendió don Pedro Giron tomar posesion de aquel rico estado, y se apoderó de Medina Sidonia. Doña Leonor de Zúñiga madrastra de don Enrique y de doña Mencía, hacía las partes de su hijo, que demas de ser justificadas á juicio de todos, le ayudaba el favor del Rey, que pretendia casar al nuevo heredero con doña Ana de Aragon hija del arzobispo de Zaragoza. Llegaron las cosas á término de guerra, á causa que cada qual de los pretensores tenia sus valedores, y les acudian señores y caballeros sus aliados. Don Pedro era un caballero muy brioso, y que estuvo á punto de aventurallo todo, todavia prevaleció la razon, y el estado quedó por el hermano del difunto. En Bugia estaba por capitan Gonzalo Mariño, y en Orán Martin de Argote como teniente del marques de Comares. Sucedieron con los moros algunas revueltas, en que no se hizo cosa de momento mas de que Muley Abdala con gente que traía consigo, llegó á dar vista á Bugia y quemó el arrabal de aquella ciudad: el daño fue grande, no quedó en pie sino una torre en que se recogieron los judíos. La causa deste desman fue el mal orden de Gonzalo Mariño, por romper el primero los capítulos de la paz que con los moros tenian puesta; que fue causa de removelle de aquel cargo, y en su lugar fue proveido por capitan don Ramon Carroz.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del Papa Julio.

Traía asi mismo el Papa Julio muy quebrada la salud. Su flaqueza y cuidados le acarreaban diversas enfermedades: divulgóse que de aquella no escaparia, y que no podria vivir muchos dias. Teníase gran recelo que los cardenales scismáticos con su muerte no intentasen alguna novedad, por lo menos quisiesen hallarse en el cónclave. Dióse aviso al duque de Milán, á Florencia, Sena y Luca que mandasen guardar los pasos. Falleció el Papa á los veinte de febrero. Alteróse el pueblo romano como suele en las vacantes, y mas entonces por quedar comunmente todos resabiados del gobierno pasado, y muy encontrados los Coloneses, aborrecidos el Papa y los Ursinos sus allegados. Saquearon el monasterio de San Pablo, que es de monges Benitos, y hicieron otros insultos. Ayudó mucho la industria y autoridad del embaxador Gerónimo Vic para que se sosegasen. Entraron los cardenales en cónclave á los quatro de marzo habiendo primero enviado á su padre el hijo del marques de Mántua que estaba en rehenes, y á los once de conformidad de casi todos salió elegido el cardenal Juan de Médicis, que se llamó Leon Décimo. Declaróse el mismo dia que queria perseverar en la liga, y hacer que el Emperador y el Inglés entrasen en ella. Los cardenales Carvajal y Sanseverino, que se entretenian en Leon con menos reputacion que nunca, acordaron de pasar á Italia y hallarse en el cónclave. Favorecíalos Próspero Colona, que asi mismo pretendia ir á Roma y ofrecia sacar Pontífice de su mano; el virrey empero no le dexó ir por recelo con su ida no se alborotase Roma, y se quitase la libertad al cónclave. Apor-

taron los dos cardenales con un galeon á Liorna. Por las guardas que tenian puestas y á la mira, fueron detenidos y llevados á Pisa. Dió aviso luego al Papa Julio de Médicis su primo: mandó llevallos á Viterbo, y de alli á Civita Castellana que tenia un muy buen castillo, hasta que su causa se determinase. Hizo Julio de Médicis mucha honra á estos cardenales, y al señor de Solier que venia con ellos por embaxador del Rey de Francia. Por medio dellos se declaró por servidor de aquel príncipe, que fue principio de mayores males y daños. Con la vacante del pontificado y con la sombra del virrey tuvo el nuevo duque comodidad de apoderarse de Placencia, y procurar de hacer lo mismo de Parma. Acudió el virrey á aquella parte con su campo por estar receloso del poder de Francia que se juntaba en daño de Milán, y por entonces no era sazon de comenzar la guerra contra venecianos. La falta de dinero para la gente era grande; y no se hallaba camino para socorrerse en aquella necesidad, mayormente que se continuaba la plática de asentar las paces entre el Emperador y venecianos, y para concluir eran idos á Alemaña primero el cardenal de Gursa, y despues don Pedro de Urrea y el conde de Cariati. No se conformaban en las condiciones de la paz, porque el César queria quedarse con Bressa y Verona: los venecianos pretendian recobrar todo su estado como le tenian antes de la guerra. Entró de por medio el Rey de Francia, y concertóse con aquella señoría: terció Andrea Griti en favor del Frances, ya puesto en libertad, y tambien Bartholomé de Albiano. Las condiciones fueron: que aquella señoría quedase con todo el estado que antes tenia excepto Cremona y Geradada que fuesen del Rey de Francia, y se volviesen á incorporar en el ducado de Milán. Obligábanse para recobrar aquel ducado y las

tierras de venecianos que la señoría acudiria con mil lanzas y con seis mil infantes, y por su capitan Bartholomé de Albiano, y el Rey con mil y docientas lanzas y doce mil infantes, y por capitan general de la infantería nombró á Roberto de la Marcha, y por lugarteniente de general al señor de la Tramulla, y en su compañía Juan Jacobo Trivulcio. Luego que se publicó esta avenencia, Trivulcio con la gente italiana que tenia alistada por el Rey de Francia, se puso dentro de la ciudad de Aste. Bartholomé de Albiano acudió al exército de la señoría para acometer á Verona, ó pasar á juntarse con los franceses. Esta novedad, junto con la ausencia del virrey, causó tan gran mudanza que los mas pueblos de Lombardía se declararon contra el duque Maximiliano. Quán grandes son los vayvenes desta vida! apenas era entrado en posesion de aquel estado quando todo se le volvia al revés: asi sucede á los desgraciados. La causa porque el Rey de Francia se apresuró en concluir esta confederacion, fue tener muy adelante otro tratado, que se comenzó los meses pasados á persuasion del cardenal don Bernardino de Carvajal, es á saber de asentar treguas con el Rey cathólico para sobreseer de todo auto de guerra desta parte de los Alpes. Venia muy á cuento á estos dos Reyes este concierto, al Cathólico para asegurarse en la posesion de Navarra, al Frances para recobrar lo de Milán, ca de los interesados el Rey de Navarra y el duque Maximiliano poco caso se hacía: propia condicion de poderosos para con los que poco pueden. Para concertar esta tregua enviaron á Francia los meses pasados á don Jayme de Conchillos obispo de Catania, y á la sazon electo de Lérida. Pasó de Fuente-Rabia á Bayona para verse con Odeto de Fox señor de Lautreque, que era capitan general de Guiena. Trataron con poderes que

de sus Reyes mostraron, de concertarse mediado el mes de marzo: quedaron desconformes. Juntáronse segunda vez en el castillo de Ortuvia, que está en el término de Francia dos leguas de Fuente-Rabía. Allí concertaron primero de abril que la tregua entre el Rey don Fernando y sus confederados el Rey de Inglaterra y el príncipe don Carlos, y el Frances con el Rey de Escocia y duque de Gueldres durase por espacio de un año á contar desde aquel dia: que en este tiempo hobiese comercio de un reyno á otro desta parte de los Alpes por donde se sobreseía de las armas. El Rey don Juan de Navarra quedó excluido deste concierto; que era como entregalle á su enemigo para que con sus agudas uñas hiciese en él presa. Quanto al Emperador y Rey de Inglaterra se puso por condicion que si dentro de dos meses no firmasen las treguas, fuesen excluidos della, como lo quedaron. Sintióse mucho el Emperador deste concierto, tanto mas que se hizo sin dalle parte como fuera razon. Decia: qué manera era aquella de querer correr la misma fortuna con él como siempre el Rey cathólico lo publicaba? Que con esta tregua en ocho dias el Frances se haria señor de Milán, y con la ayuda de las potencias de Italia, que luego se le allegarian como á vencedor, se haria señor del reyno de Nápoles y de todo lo al de aquellas partes: con que revolveria sobre los dos que eran sus verdaderos enemigos, y se vengaria dellos á toda su voluntad. Lo que sobre todo encarecia, era que por consejo y traza del cardenal Carvajal que en tantas maneras habia deservido, se hobiese tomado aquel camino: á la verdad la traza fue muy aguda y como del ingenio de aquel prelado. Mas era muy claro que si esto se llevaba adelante, se perderian todas las ciudades que en Lombardía se tenian por el imperio;

que era el mayor sentimiento que en este caso el César tenia, si bien alegaban otras razones y agravios.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Navarra.

Antes que se asentase la tregua con Francia, monsieur de Lautreque en Bayona ponia en orden la gente de guerra que tenia y juntaba otra de nuevo, y fundia artillería con intento á lo que se entendia, de dar al improviso sobre San Juan de Pie de Puerto que no era plaza muy fuerte; la qual ganada pensaba por aquel paso subir los puertos y meterse dentro de Navarra. Con este recelo el marques de Comares envió á Valderroncal algunas personas para asegurarse de aquella gente, que andaba muy recatada, y no se tenia bastante confianza que no diesen paso por sus tierras al campo frances. Proveyó asi mismo la gente de á pie y de á caballo que pedia Diego de Vera para defender aquella villa. No se pasó mas adelante á causa de la tregua que se asentó como queda dicho: con que los nuestros tuvieron comodidad no solo de mantenerse en lo que poseían, sino de pasar adelante en su conquista, si bien el Rey don Juan tenia juntos hasta cinco mil hombres para hacer el daño que pudiese, y aun hizo sus requerimientos al obispo de Zamora para que volviese á la prision; mas el Rey cathólico declaró estar libre de la palabra que dió, lo uno por ser preso de mala guerra, pues iba como embaxador y en servicio de la Sede Apostólica, lo otro por la muerte del de Longavila, á quien él se obligó personalmente. Por otra parte el mariscal de Navarra que se llamaba tambien marques de Cortes, rompió

por las fronteras de Guipúzcoa con otros dos mil hombres; pero la gente de la tierra por orden de don Luis de la Cueva que guardaba á Fuente-Rabía por su padre, le hicieron resistencia. Acogíase esta gente al castillo de Maya que era muy fuerte, puesto en tierra de Vascos por do se pasa á Guiena. Tuvo aviso el señor de Ursua servidor del Rey cathólico que el alcayde estaba ausente: acudió sobre el castillo con gente, mas como era poca, y el alcayde á la sazon sobrevino, no pudo salir con la empresa. Proveyó el marques de Comares que Diego de Vera y Lope Sanchez de Valenzuela que envió de nuevo con gente, fuesen á cercar aquel castillo para atajar los daños que los dél hacían por aquellas montañas. Hiciéronlo así, pero tampoco le pudieron tomar; antes por aviso que les vino de que el mariscal acudia al socorro de los cercados con gente, y asi mismo el Rey don Juan, se retiraron, y quedó la artillería en Azpilcueta á peligro de perderse. El marques acordó de acudir en persona con mas de dos mil soldados y artillería mas gruesa que la que llevaron antes. Los de dentro visto que de Francia no les podia venir socorro, y que su Rey no tenia fuerzas bastantes para resistir, rindieron aquella fuerza dentro de muy pocos dias: negocio de grande importancia, ca con esto quedó llana toda la tierra de Vascos y Cisa, que estan de la otra parte de los puertos. Poseían los condes de Fox de tiempo muy antiguo en lo de Cataluña lo de val de Andorra y vizcondado de Castelbó, que cae cerca de Urgel, y entonces eran de la ya Reyna de Navarra doña Cathalina, habidos por herencia de sus padres: esto todo por el derecho de la guerra perdieron aquellos Reyes, y vino á poder del Rey cathólico. Por la ausencia del cardenal de Sorrento que fue á Roma al cónclave, quedó en el gobierno de

Nápoles el almirante Vilamarin. Las provincias de Calabria y Pulla se hallaban sin gobernadores, porque Hernando de Alarcon que lo era de Calabria, y el marques de la Padula que tenia cargo de Pulla, andaban en el exército. Esto y la falta de gente de guerra dió ocasion á muchos insultos que por todas partes resultaban sin remedio ni sin término; en particular se levantaban los vasallos contra los barones, movidos de los malos tratamientos que les hacían, y algunos pueblos enteros se alzaron, en que acontecieron cosas notables, y enormes delitos. Demas desto venian nuevas que el gran Turco armaba en daño de christianos y puesto que se entendia pretendia pasar á Rhodas, todavia se temia no acudiese á Sicilia, ó á lo de Pulla. Los venecianos otrosí despues que se ligaron con Francia, tenian puestos los ojos en recobrar las ciudades que poseyeron en la Pulla. Era necesario acudir á todo esto. Dióse orden como todas aquellas marinas estuviesen bien proveidas, y aprestada el armada del almirante para todo lo que sucediese. A Berenguel de Olms, que vuelto á España salió á principio de abril de Sevilla con quatro galeras muy en orden con intento de dar sobre ciertas fustas de moros que por aviso del capitan general de Portugal que residia en Tanger, se entendió tenian los moros recogidas en el rio de Tetuan, se le mandó que pospuesto todo lo al, se encaminase á Italia para juntarse con el almirante y con la armada de allá. Por este mismo tiempo el estado de Génova grandemente se alteró. Los Adornos que andaban desterrados de aquella ciudad, y hasta aqui se mostraban aficionados á la corona de Aragon, concertaron con el Rey de Francia de echar los Fregosos de Génova y volvella á su sugecion. Súpose que el conde de Flisco y sus hermanos tenian parte en esta prática. Los her-

manos del duque mataron al conde por esta causa dentro de palacio. Juntáronse los hermanos del muerto con los Adornos, y con gente que levantaron, se acercaron á Génova. La armada francesa en su ayuda hizo lo mismo por mar. Salió el duque con sus galeras en seguimiento de aquella armada, que no le osó esperar. Mientras seguia el alcance, los Adornos y Fliscos se apoderaron de la ciudad, y el duque fue forzado á retirarse á Pomblin. Su armada se recogió á Portovenere. Entonces nombraron por duque de Génova á Octaviano Fregoso que era gusto de todo el comun, y hermano del arzobispo de Salerno, y aun tenia deudo con el Papa. Duró poco esta prosperidad á los Adornos. Los Fregosos se concertaron con el virrey que los restituyese en sus casas con promesa de poner aquella ciudad y señoría en la proteccion del Rey cathólico. Hicieron sus capitulaciones. Envió el virrey con gente al marques de Pescara, que cumplió lo que se concertó con aquel linage y parcialidad. Quanto al duque de aquella señoría no pareció se hiciese mudanza. Sucedió esto algunos dias adelante: volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XX.

Los suizos vencieron á los franceses junto á Novara.

La masa del exército frances se hacía en Aste y en el Piamonte. Su general monsieur de la Tramulla se aprestaba con todo cuidado, y de Francia le vinieron hasta quatrocientos caballos ligeros. Tenia en su compañía á Juan Jacobo Trivulcio, y á Sacromoro vicecomite, que desamparado el duque de Milán, en cuyo servicio anduvo, se pasó á la parte de Francia.

Bartholomé de Albiano asi mismo con el exército de la señoría se ponia en orden para sitiar á Verona. Era cosa maravillosa que fuera destos dos campos en un mismo tiempo se hallaban otros tres en diversas partes de Lombardía: muestra de su abundancia, en que no tiene par. Dentro de Verona se contaban cinco mil tudescos y seiscientos caballos ligeros, que corrian la tierra hasta cerca de Vicencia no de otra guisa que si fueran señores del campo. Junto á Placencia alojaba el virrey con mil y quatrocientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros, y siete mil infantes, gente muy escogida y lucida. El duque de Milán se hallaba acompañado de los suizos que eran hasta ocho mil y esperaba otros cinco mil que pasasen en su ayuda los Alpes. Sin embargo los de Milán y casi todas las demas ciudades de aquel estado cobraron tanto miedo que se rebelaron contra el duque y alzaron banderas por Francia. El mismo duque no se confiaba de venir á las manos con los enemigos, y dexado el campo se fue á meter dentro de Novara: entró alli último de mayo sin recatarse que por aquella gente en aquel mismo puesto fue vendido su padre á los franceses. El virrey mostraba voluntad de juntarse con el duque; pero como quier que de Roma no le enviaban dinero segun que el embaxador Vic lo prometia, y por otra parte tenia aviso de España que se volviese al reyno, no se atrevia á empeñarse mucho en aquella guerra. Tomó por resolucion de estarse á la mira, y con su presencia dar algun calor á la defensa de Lombardía. Llamó al comendador Solís para que tuviese cargo de la infantería por la ausencia del marques de la Padula, que fue proveido por capitan general de Florencia. Envió en su lugar á Luis Icart para la defensa de Bressa. En guarda de Cremona puso la gente del Papa, y despues para mayor se-

guridad envió allá á Ferramosca con quarenta hombres de armas, trecientos soldados españoles y quinientos italianos. No bastó esta diligencia para defender aquella ciudad: luego que Albiano llegó alli con su campo, la entró con muerte de todos los hombres de armas que llegaban á docientos; y á los españoles quitó las picas. Con la nueva deste suceso los franceses se determinaron de sitiar á Novara. Eran por todos ochocientas lanzas y ocho mil infantes, los tres mil alemanes, los demas gente sohez y de poca cuenta. Hicieron ademan de combatir la ciudad. Vino aviso que los suizos venian en favor del duque hasta llegar á doce mil en número, y que el baron de Altosaxô traía otros cinco mil. Por esta causa los franceses se volvieron á su fuerte que tenian entre Gaya y Novara. Luego que llegó el primer socorro, cobraron tanto ánimo los suizos que sin esparar al de Altosaxô salieron en busca del enemigo. Quisieran los franceses escusar la batalla, mas no podian. Salieron de mala gana á la pelea. Los hombres de armas y caballos ligeros de Francia no curaron de pelear. La batalla que duró dos horas, fue muy reñida entre la gente de á pie. Los alemanes se defendieron ferocísimamente, pero finalmente el campo quedó por los suizos. Murieron de la parte de Francia pasados de siete mil y entre ellos todos los alemanes, y de gente principal Coriolano Trivulcio y Luis de Biamonte. Despues desta victoria que fue á los seis de junio, llegó el baron de Altosaxô, y se levantaron por el duque de Milán y Pavía; y casi todo aquel estado se puso en su obediencia. En la prosperidad todos acuden: el Virrey envió al duque quatrocientas lanzas con Próspero, porque tenia gran falta de gente de á caballo, y la caballeria enemiga quedó entera. El resto de su campo se quedó como le tenia antes junto al rio Trebia

cerca de Placencia. Entendióse hizo grande efecto para alcanzar aquella victoria el impedir, como impidió, que Albiano no pudiese ir á juntarse con el campo frances. Albiano luego que tuvo aviso de la rota de Novara, se retiró con su gente, que era por toda mil lanzas y trecientos caballos ligeros, y cinco mil infantes los mas número, gente vil. Aquella señoría se hallaba muy apretada y falta de dinero, tanto que se socorria con la décima de las rentas de los particulares, y uno por ciento del dinero que empleaban en mercaderías. De camino ganó Albiano á Liñago que guardaba el capitan Villada con docientos soldados. Desde alli pasó á Verona con intento de combatilla; los de dentro empero salieron á él, y le mataron alguna gente de la poca que llevaba. A esta sazon los dos cardenales scismáticos se reduxeron á penitencia pública, y abjuraron la scisma que introduxeron en grave escándalo de la iglesia. Hecho esto, fueron á los veinte y siete de julio restituidos á la union de la iglesia y en su primera dignidad de cardenales. Hacía grande instancia el duque de Milán que el virrey se fuese á juntar con su campo porque los franceses se rehacían á toda furia. Determinó de partir luego y en tres jornadas llegó á Sarrasina. Entonces envió el marques de Pescara á Génova como queda dicho, y él pasó á socorrer á Verona que todavia la apretaba Albiano. Luego que entró por el término de Bressa, se le rindieron Pontevico y Ursonovo, y toda la ribera de Salo. De alli pasó á Bergamo, que se le entregó y ayudó con algun dinero para la paga de la gente, dado que la principal fuerza de aquella ciudad quedaba por venecianos. Pasó el virrey á Pesquera, y dexó á mosen Puch en Bergamo para acabar de cobrar el dinero de la composicion. Tuvo aviso un capitan de la señoría que estaba en Crema, y se llama-

ba Renzo, de todo. Concertó que de noche le diesen una puerta. Entró en la ciudad, tomó el dinero, prendió algunos de la compañía del Puch, y apenas él mismo se pudo salvar en una casa fuerte. Ganó el virrey á Pesquera que es muy fuerte, pasó la via de Pádua: acudióle con gente que traxo de Alemaña, el de Gursa; con que se pusieron sobre aquella plaza por principio de agosto. Es Pádua ciudad grande y fuerte, y tenia dentro á Bartholomé de Albiano, que acudió alli alzado el cerco de Verona. Por esto los del virrey dentro de algunos dias fueron forzados á dexar el cerco. Fue preso durante este cerco Alonso de Carvajal en un encuentro que tuvo con los albaneses, y con él los capitanes Cárdenas y Espinosa. Hicieron gran falta en esta empresa los caballos ligeros que fueron á Génova en compañía del marques de Pescara. Hallábase el Rey cathólico viejo, enfermo y cansado con tantas guerras. Trató de hacer paces con Francia; y para esto se movió que el infante don Fernando casase con la hija menor de Francia y en dote el Frances diese á su hija lo de Milán y Génova que tenia por ganado, y el Rey cathólico á su nieto el reyno de Nápoles: todos entretenimientos y trazas, mayormente de parte del Rey de Francia que se recelaba mucho de la tempestad de ingleses que por Calés cargaba sobre Picardía. Hallábase el Rey de Inglaterra con quarenta mil infantes y mil y quinientos caballos sobre Teruana por el mes de agosto. Tomó la villa por combate sin embargo que el delphin se hallaba en Abevilla muy cerca de Teruana. Antes que se tomase aquel pueblo, salió el exército de Francia á socorrella. Vinieron á batalla, en que fueron rotos los franceses, y presos el duque de Longavila y otros grandes capitanes. De alli, abatida la fortaleza y baluarte y torres, pasó el Ingles sobre Tornay en

sazon que en Inglaterra el conde de Sorré á los nueve de setiembre venció y mató al Rey de Escocia, que en favor de Francia acometió aquellas fronteras. Con la nueva desta victoria se rindió Tornay. Alli vino el Emperador á verse con el Ingles, y la princesa Margarita, y despues el príncipe don Carlos. Pasaron á Lisle, donde se concertaron entre los embaxadores y comisarios del Emperador, Ingles y Rey cathólico, que pasada la tregua cada qual por su parte acometiese el reyno de Francia; en particular se encargó al Rey cathólico de conquistar lo de Guiena en provecho del Ingles: qué manera de hacer paces? No parece aprobó el Rey cathólico este concierto ni dió comision para hacelle, por lo que se vió adelante. Confirmóse el matrimonio ya otras veces tratado entre el príncipe don Carlos y la hermana del Ingles: solo se asentó de nuevo que luego el año siguiente se consumase. Iba el otoño adelante: por esta causa se dexó la guerra de Picardía por entonces, y el Rey de Inglaterra se pasó allende el mar. Grande era el aprieto en que se vieron las cosas de Francia, mayormente que los suizos por orden del Emperador rompieron por la parte de Borgoña. Vino el de la Tramulla desde Lombardía contra ellos, y sin embargo que los venció en batalla, se concertó con aquella gente. Capitularon que el Rey de Francia se apartase de dar favor al concilio Pisano, y sacase la gente que tenia de guarnicion en los castillos de Milán y Cremona; demas desto que á ciertos plazos les contase quatrocientos mil ducados: qué mayores partidos pudieran sacar si fueran vencedores? tan grande era la reputacion de aquella nacion, y el deseo que tenian los franceses que se volviesen á sus casas. Verdad es que fuera de dar la obediencia á la iglesia los demas capítulos desta concordia no se executaron.

CAPITULO XXI.

De la batalla que dió el virrey á venecianos junto á Vicencia.

En tanto que los demas príncipes christianos andaban revueltos entre sí, y consumian sus fuerzas en vano, el Rey don Manuel dentro de Portugal gozaba de una muy grande paz, fuera dél en Africa y en la India continuaba sus conquistas, y con ellas estendia la fé y religion christiana. A la salida del estrecho de Gibraltar en la costa de Africa á la parte del mar Océano está puesta la ciudad de Azamor perteneciente al reyno de Fez, grande y rica, y de muy fértiles campos. Riégalos y pasa por la ciudad el rio que los naturales llaman Omirabili, que algunos piensan acerca de los antiguos sea Asama. Pretendió el Rey don Manuel los años pasados apoderarse de aquel pueblo, como queda apuntado. Engañóle un moro llamado Zeiam, que partidos los portugueses que venian fiados en su palabra, se hizo señor de aquella ciudad, que era el intento que llevaba. Esta injuria era razon se vengase. Ofrecíase buena comodidad por el desgusto que los ciudadanos tenian contra aquel tyrano. Mandó el Rey aprestar una gruesa armada, en que se embarcaron veinte mil infantes, dos mil y setecientos caballos. Nombró por general á don Jayme duque de Berganza su sobrino. Iban en su compañía don Juan de Meneses y otros principales hidalgos. Hiciéronse á la vela entrados los calores. La navegacion fue larga. Llegaron á Azamor por fin del estio. Tuvieron algunos encuentros con los de dentro que eran muchos, y con los que vinieron á socorrellos. Combatieron la ciudad con tanta fuerza de artilleria, que muertos algunos de los mas principa-

les moros, los demas sin esperar el segundo combate por una puerta que no se pudo guardar, se salieron de noche y se pusieron en salvo. Ganóse la ciudad á los primeros de setiembre. Rindiérouse algunos lugares de la comarca, efecto ordinario de grandes victorias, en particular las ciudades de Tite y Almedina. Dexó el duque número de gente en guarda de aquella plaza, y por sus capitanes á Rodrigo Barreto y Juan de Meneses, y con tanto dió la vuelta á Portugal, si bien muchos eran de parecer que acometiesen la ciudad de Marruecos, empresa que hacian ellos muy facil. El duque se escusó con que no tenia orden para acometer cosa tan grande. El Rey don Manuel animado con aquel buen suceso determinó continuar la conquista de Africa por aquella parte, y por esta causa alzó mano de la pretension que tenia al Peñon y ciudad de Velez, á tal que los Reyes de Castilla la alzasen de todas aquellas marinas que corren desde lo postrero del reyno de Fez hasta el cabo de Non y cabo del Boyadór que eran de su conquista. Proseguíase la guerra de Italia. El virrey don Ramon de Cardona por complacer al de Gursa, de Albareto do se retiró, alzado el cerco de Pádua, pasó á correr las tierras de venecianos. Lo primero que hizo, fue por la via de Montañana ir á Buvolenta, pueblo á la ribera de Bachillon. Halló alli muchas barcas y carros cargados de ropa que por miedo de su venida retiraban á Venecia, presa para los soldados. Pasaron á Pieve de Saco, lugar muy apacible, y todo el regalo de venecianos por ser todo de sus casas de placer: saqueáronle y pegáronle fuego. Echaron un puente sobre la Brenta por do pasaron á Mestre, que es como arrabal de Venecia, distante solas cinco millas, del qual asi mismo se apoderaron. Al cabo de los canales hay cier-

tas casas, que llaman las Palizadas, puestas á tiro de cañon de Venecia. Dende la bombardearon no de otra forma que si la tuvieran cercada. Llegaban las balas al monasterio de San Segundo: la befa fue mayor que el daño, si bien dió ocasion de recebir otro mayor el gran sentimiento que tuvieron aquellos ciudadanos de que los enemigos se hobiesen adelantado tanto. Hallábanse los nuestros rodeados de sus contrarios. Por una parte tenian á Treviso, por otra á Pádua, y Albiano con su exército, que se acercaba resuelto de dar la batalla y confiado de alcanzar la victoria. Acordó el virrey retirarse la via de Vicencia. El dia que salieron de Mestre, marcharon catorce millas, dado que llevaban mas de quinientos carros con el bagage y despojos. Acudió Pablo Ballon de Treviso, y la gente de Pádua á juntarse con Albiano. Llegaban entre todos á siete mil infantes y mil y docientos caballos, sin los villanos de la tierra que se mostraban por la montaña, pasados de diez mil. Pretendió el enemigo impedir á los del virrey el paso de la Brenta. Ellos de noche sin ser sentidos la vadearon seis millas mas arriba de donde los enemigos se mostraban. Avisado desto Albiano acudió á atajar el camino de Vicencia. Asentó su campo en un paso muy estrecho junto á un lugar que se llama Olmo. Viéronse los nuestros en gran aprieto: ni podian pasar adelante, ni era seguro volver atrás: acordaron dar la vuelta por sacar al enemigo á campo raso por si se pudiesen aprovechar dél. Pensaron los contrarios que huian: dexaron su puesto, alargaron el paso porque no se les fuesen de las manos. El virrey visto que los contrarios por la prisa iban desordenados, consultó con el marques de Pescara general en esta sazon de la infantería española, y que regía la retaguardia, lo que se debia hacer.

su parecer fue que se diese la batalla. Lo mismo juzgó Próspero Colona, que llevaba cargo de los hombres de armas en el cuerpo de la batalla. Desta resolucion avisaron á los alemanes, á los quales aquel dia cupo llevar la avanguardia, ca todos los dias se trocaban con los españoles. Luego que fueron avisados, revolvieron con tanto ímpetu que muy fácilmente rompieron la gente veneciana. Siguió el alcance el marques de Pescara hasta la ciudad: los que huían hallaron cerradas las puertas, que fue causa de ahogarse muchos en el rio, y entre ellos Sacromoro vicecomite. Recogió el virrey el campo: acometió con los alemanes y algunas compañías de españoles una parte de la infantería y caballería enemiga que tenia fortificado un recuesto con cinco piezas de artillería; sin embargo con el mismo ímpetu fueron rotos y puestos en huida. Dióse esta batalla á los siete dias de octubre. Murieron de los venecianos setecientos hombres de armas: quedó toda la infantería destrozada, y preso Pablo Ballon con otros muchos, ganáronles veinte y dos piezas de artillería. De la gente de cuenta escaparon Albiano que se recogió á Pádua, y Griti que no paró hasta Treviso. Señaláronse de valerosos en esta jornada Hernando de Alarcon, Diego García de Paredes, García Manrique. No se halló en ella Antonio de Leyva por estar con alguna gente puesto por frontero de Cremona. Pasó el virrey á Vicencia: alli se entretuvo el campo algunos dias. Al mismo tiempo el castillo de Bergamo que se tenia por venecianos, se entró por fuerza de armas. Soltaron á Pablo Ballon sobre pleytesía que hizo de volver caso que los venecianos no viniesen en dar por él á Alonso de Carvajal. Lo que sucedió, fue que Alonso de Carvajal murió en la prision, y Pablo Ballon no volvió mas.

Las cosas sucedian tan prósperamente como se pudiera desear. El castillo de Milán con un cerco muy apretado se rindió á los veinte de noviembre: lo mismo hizo el de Cremona; con que acabaron los franceses de salir de Lombardía. Solo les quedaba el castillo de la Lanterna, gran freno de la ciudad de Génova. Acordó el duque de aquella ciudad de apretalle con cerco que le puso. Los Adornos y Fliscos en su defensa se pusieron sobre Génova, fiados que los de su parcialidad les darian alguna puerta. Los del duque estaban muy recatados. Asi á los de fuera fue fuerza retirarse con mengua y pérdida de alguna parte de su artillería. Hallábase en aquella ciudad por orden del Rey cathólico don Lucas de Alagon, y con quinientos españoles que tenia dentro, fue gran parte para que aquella ciudad se defendiese. El Papa continuaba su concilio de Letran. Fueron admitidos los embaxadores de Francia, que renunciaron en nombre de su Rey el concilio Pisano y la proteccion de los scismáticos, y la iglesia gallicana se sugetó á la romana. Tratábase de casar á Julian de Médicis hermano del Papa con la hija de la duquesa de Milán doña Isabel de Aragon. La duquesa no vino en ello, antes se afrentó que tal plática se le moviese: inclinábase mas á casar á su hija con el duque Maxìmiliano Esforcia, y por este camino recobrar aquel ducado que á su marido á tuerto quitaron. Como valerosa hembra en su pobreza no se olvidaba de su dignidad y de la grandeza de su casa: á la sazon se entretenia en el reyno de Nápoles. Sentia el Papa que la señoría de Venecia estuviese á punto de perderse, y de secreto trataba de ampararla. Envió á requerir al virrey no pasase adelante en hacelle guerra hasta tanto que se tomase algun buen apuntamiento con venecianos. Todo era

en sazon que Aragon andaba alborotado por pasiones entre los condes de Ribagorza y de Aranda. Púsose el Rey cathólico de por medio. Tratóse la diferencia por via de justicia. Dió su sentencia, en que condenó por culpado al conde de Ribagorza, y le mandó que saliese desterrado de todo el reyno de Aragon por lo que fuese su voluntad. En el reyno de Nápoles algunos pueblos estaban alzados por los malos tratamientos de sus señores, en especial Santa Severina, Policastro y Maturan, lugares muy fuertes. Para allanar á Calabria fue enviado don Pedro de Castro, que lo sosegó todo, aunque con dificultad y tiempo. Al conde de Muro, que era gobernador de la Pulla, se ordenó fuese á residir en su gobierno; y á la montaña del Abruzo enviaron á Miguel de Ayerve para que la tuviese en defensa, todos con orden diesen calor á la justicia.

CAPITULO XXII.

Que el Rey cathólico prorogó la tregua que tenia con Francia.

La Reyna de Francia falleció á los nueve de enero del año que se contaba de mil y quinientos y 1514.
catorce. Su muerte fue muy sentida de todos, mayormente del Rey su marido, que en Bles se sentia muy agravado de la gota, y recelaba no se rebelase lo de Bretaña. Entre otros príncipes que enviaron á visitar aquel Rey y consolalle de aquella muerte, la Reyna doña Germana envió á fray Bernardo de Mesa obispo de Trinópoli para hacer este oficio, y juntamente solicitar lo que de dias atrás pretendia, es á saber le entregasen el ducado de Nemurs y el señorío de Narbona con los demas es-

tados que fueron de Gaston de Fox su hermano, pues era su legítima heredera. Pasó asi mismo en Italia Ramiro Nuño de Guzman por orden del Rey cathólico para hacer oficio de su embaxador en Roma. De camino asentó en Génova confederacion con aquella señoría. La sustancia era que se obligaron el Rey cathólico de amparar aquella ciudad, y su duque Octaviano Fregoso y los ginoveses de ayudar al Rey en cierta forma para la defensa de sus estados. Hízose este concierto á los cinco del mes de marzo en sazon que los Adornos trataban con los suizos y con su ayuda de mudar el estado de aquella ciudad. En Francia por medio del obispo de Trinópoli se volvió á la prática de casar el infante don Fernando con Renata la hija menor del Rey de Francia. Por medio deste casamiento se pretendia asentar entre aquellos príncipes una firme paz, cosa que á entrambos estaba bien por hallarse cansados y enfermos. Llevóse este tratado tan adelante que se platicó que el Rey de Francia por estar viudo, y deseoso de tomar estado por tener hijo varon, casase con la infanta doña Leonor hermana del príncipe don Carlos. Por otra parte se hacía instancia que el Emperador y venecianos se concordasen. Acordaron de comprometer sus diferencias en manos del Pontífice. Llevó el compromiso el cardenal de Gursa, en que expresamente se declaraba que ninguna cosa se determinase en este caso sin el beneplácito del Rey cathólico. Aceptó el Papa el compromiso, oyó lo que por las partes se alegaba, finalmente á diez y ocho del dicho mes pronunció sentencia en que mandó que el Emperador quedase con Verona y Vicencia, venecianos con Bressa y Bergamo, y que contasen al Emperador docientos y cincuenta mil ducados por una vez, y por año

treinta mil. Restaba el consentimiento del Rey cathólico; pero antes que viniese, los venecianos se declararon que no pasarian por la sentencia del Papa. Llegábase el término en que la tregua puesta con Francia espiraba: asentóse por medio del secretario Quintana, que estaba en Francia por parte del Rey cathólico, que entre tanto que las paces no se concluían, la tregua se prorogase por otro año. Las condiciones fueron las mismas que pusieron el año antes, sin añadir ni quitar. Esta prorogacion de la tregua no se recibió por los otros príncipes de una misma manera. El delphin de Francia no la quisiera por recelarse se encaminaba á la paz, que él mucho aborrecia por no quedar privado por esta via del ducado de Milán. El Emperador no curó mucho della por tener vuelto su pensamiento á continuar la guerra contra venecianos, antes holgaba se llegase á la conclusion de la paz. Al Rey de Inglaterra se atajaron los pensamientos de continuar sus empresas por Picardía y Guiena, que sintió gravisímamente. Llegó á tanto su desgusto que se resolvió de ganar por la mano y hacer paces con el Rey de Francia. Concertó de casalle con su hermana María esposa del príncipe don Carlos. Juntáronse en Londres por parte del Ingles Thomás Volseo arzobispo de Eboracense, que fue poco despues cardenal, el mariscal de Inglaterra, y el obispo Vintoniense: por parte de Francia el de Longavila y el presidente del parlamento de Normandía. Concluyeron el concierto y amistad á siete del mes de agosto. Obligáronse que se acudirian entre sí con cierto número de gente contra todos los que pretendiesen ofendellos. Notóse mucho que el Ingles entre sus confederados no nombró al Rey su suegro: tan grande era la saña que contra él tenia. Hacía en aquella corte oficio

de embaxador todavia don Luis Carroz, que procuró con todo cuidado atajar aquellos desabrimientos. La Reyna doña Cathalina, por ser muy amada en aquel reyno, hacía todo lo que podia por aplacar á su marido, pero toda su diligencia era de poco efecto. Poco adelante don Luis Carroz volvió á España; y en su lugar fue por embaxador el obispo de Trinópoli desde Francia do era ido. En Lombardía se continuaba la guerra: los sucesos eran varios, dudoso el remate. El virrey con su campo entró en una villa por fuerza, muy fuerte, que se llama la Citadela, dos millas de la Brenta entre Pádua y Treviso. Próspero Colona con la gente del duque de Milán se puso sobre Crema. Defendióla muy bien Renzo Cherri que la tenia por Venecia. García Manrique con algunas compañías de gente de armas tenia su alojamiento en Robigo. Albiano que deseaba mucho satisfacerse en parte de los daños pasados, tuvo aviso del gran descuido que tenian: efecto de la prosperidad. Cargó sobre ellos una noche al improviso: los españoles aunque procuraron defenderse lo mejor que el tiempo daba lugar, al fin por no poder hacer mas resistencia se rindieron. García Manrique y los capitanes que con él se hallaron, fueron llevados presos á Vicencia. Renzo Cherri animado con este suceso, y por ser de suyo muy esforzado, salió una noche de Crema y dió sobre una parte de la gente del duque, que estaba á cargo de Silvio Sabelo muy descuidada, con tal brio que los desbarató, y en prosecucion desta victoria pasó á Bergamo, y se entró en ella sin hallar alguna resistencia. Los españoles se recogieron á la fortaleza: acudió el virrey con su gente para socorrellos primero de noviembre; Renzo que vió no se podia defender, rindió la ciudad á partido. Por este mismo tiempo el

castillo de la Lanterna que todavía se tenia por Francia, y era gran freno para la ciudad de Génova, se dió al duque Octaviano Fregoso. Volvamos atrás.

CAPÍTULO XXIII.

De las cosas de Portugal.

El gran Turco desembarazado de la guerra que tuvo con sus hermanos y con el Sofi Ismael que hacía sus partes, armaba pasadas de ciento y cincuenta galeras con intento, á lo que se publicaba, de volver la guerra contra Italia que era la cabeza de la christiandad. Entendíase queria acometer por la Marca de Ancona que es del patrimonio de la iglesia. Suele el miedo de fuera ser causa que los ciudadanos se conformen en una voluntad, olvidadas sus pasiones particulares; pero andaban nuestros príncipes tan encarnizados entre sí que ninguna cosa bastaba para desenconallos. Hizo el Papa sus diligencias: trató que el Emperador y Rey cathólico se ligasen con él para tener sus fuerzas unidas contra un tan poderoso enemigo. Recebian en esta alianza al duque de Milán y á la señoría de Génova. Confiaban que los demas Reyes, en especial los de Francia, Inglaterra y Portugal no faltarian en tan santa demanda: Hicieron sus capitulaciones; cuya sustancia era que qualquiera quo acometiese á alguno de los confederados, fuese tenido por enemigo comun, y todos saliesen á la causa y á la venganza: para la defensa de qualquiera provincia de christianos contra el Turco todos acudiesen con cierto número de caballos conforme á la posibilidad de las partes, y con el dinero que señalaron para levantar y pagar la infantería: en particular expresaban que tomasen á sueldo

por lo menos diez y seis mil suizos; verdad es que toda esta prática desbarataron las pretensiones particulares de los príncipes, demas de otras guerras que tuvieron ocupado al Turco, y no le dieron lugar de emprender contra christianos. Solo el Rey de Portugal se hallaba muy sosegado y contento con las riquezas que le venian de la India, y con el progreso que hacía en la conquista de Africa. Acordó por fin del año pasado enviar á Roma una solemne embaxada para prestar la obediencia al Pontífice. Envió juntamente para muestra de su grandeza muy ricos presentes al Papa, es á saber un pontifical de brocado sembrado de perlas y pedrería, el mas rico que se vió jamás en la recámara y palacio de San Pedro: de Persia una Onza, de espantosa ligereza; de que los antiguos romanos gustaban mucho en sus juegos y cazas. Un indio que la llevaba á las ancas de un caballo, la tenia amaestrada, quando le hacía señal, de correr los bosques y cazar. Venia asi mismo un elefante encubertado de brocado, con su castillo, enseñado demas de otros juegos á hincar la rodilla delante el príncipe, y danzar al son de un pífano, henchir la trompa de agua, con que por burla rociaba los circunstantes. Finalmente traían un rhinoceróte, bestia feroz y brava de siglos atrás nunca vista en Italia. Pretendian sacalle á pelear con el elefante, por la enemistad que entre sí tienen estas fieras naturalmente, en representacion de la antigua magnificencia del pueblo romano; pero el que desde lo último de la tierra vino libre de las furiosas ondas del Océano, se anegó en la costa de Génova con un recio temporal con que se quebró la nave sin podelle librar, ni salir á nado á causa de las cadenas en que le llevaban. El embaxador principal Tristan de Acuña, caballero muy exercita-

do en aquellas partes de la India, hizo su entrada en Roma á los doce del mes de marzo, y á los veinte, el dia que le señalaron para dalle audiencia pública, habló al Papa en esta sustancia uno de sus dos compañeros por nombre Diego Pacheco, gran jurista: «El Rey don Manuel de Portugal, Padre Santo, nos »envia á dar el parabien á vuestra Santidad de su felice »asumpcion al pontificado, que sea por largos años y »para mucho bien de la iglesia como todos esperamos, y á prestar la obediencia acostumbrada: oficio »debido, pero hecho muy de voluntad, que debe es»cusar la tardanza ocasionada de impedimentos pre»cisos y graves. Junto con esto suplica á vuestra San»tidad ponga los ojos de su paternal providencia en »soldar las quiebras del christianismo, pacificar los »príncipes christianos, y unir sus fuerzas contra el »enemigo comun, que siempre crece con nuestros »daños, y de nuestras ruinas edifica y engrandece »su casa. Porque qué empresa puede ser ni mas glo»riosa ni de mayor interés que esta? basta la locura »pasada; que tal nombre merecen los que contra sí »mismo vuelven sus armas furiosas y desatinadas. Pa»ra todo ayudará mucho que el sagrado concilio se »lleve adelante, y no se disuelva; lo qual desea en »gran manera. Lo que es de su parte, ofrece no fal»tará á la causa comun, y si fuere necesario, derra»mará en esta querella su sangre. El que todo su cui»dado emplea en adelantar la religion christiana, sea »en la India por donde con gran gloria ha levantado »el estandarte real de la Cruz entre naciones fieras »y bárbaras hasta los fines últimos de las tierras, »sea en la conquista de Africa, en que tiene gasta»dos sus tesoros, y empleados sus valerosos solda»dos; de los despojos de la India y de sus riquezas »me mandó traxese aqui la cata y las primicias:

»presente que debe ser estimado por el lugar de »donde viene, y por la devocion con que se ofre»ce, demas de la esperanza que nos dan aquellos »anchísimos reynos de ponerse en breve á los pies de »vuestra Santidad. En lugar de los despojos de Afri»ca, que por ser mas ordinarios no fueran tan agra»dables, presento á vuestra Santidad una peticion á »mi parecer muy justificada, esto es que atento »lo que importa llevar adelante aquella conquista, »y que para continualla no son bastantes las rentas »reales de Portugal, vuestra benignidad se digne »ayudar al Rey mi señor con su bendicion y indul»gencias, fuera desto se sirva que en aquella em»presa se ayude de alguna parte de las rentas ecle»siásticas; porque en qué mejor se pueden emplear »ni mas conforme á la intencion de los que las die»ron, que en destruir los enemigos de Christo? Y »pues del provecho y honra cabe á todos parte, justo »es que todos ayuden á llevar la carga. No creemos »querrá esta Santa Silla negar á tal necesidad y inten»to lo que á otros príncipes ha otorgado en diversos »tiempos." Oyó el Pontífice con mucha alegria al embaxador: respondió benignamente que estimaba la persona del Rey de Portugal, y recebia con mucha voluntad sus presentes; y ayudaria sus intentos por todas las vias que pudiese. Mandó despachar sus bulas en que concedió la cruzada: otorgó otrosí que el Rey se aprovechase para aquella empresa de las tercias de las iglesias consignadas es á saber á las fábricas; de las demas rentas eclesiásticas mandaba se le acudiese con la décima parte. En la execucion destas gracias se hallaron grandes inconvenientes á causa de los malos ministros. Por esto las iglesias se compusieron en ciento y cincuenta mil cruzados que pagaron en junto, y pasados tres años se al-

zó la mano de todas ellas. El pueblo llevaba mal que las rentas consignadas para el sustento de los ministros de Dios y ornato del culto divino se divirtiesen á otros usos: principio de parar en el regalo de cortesanos y palaciegos. Decian era justo escarmentar con el exemplo de Castilla; á cuyos Reyes despues que estendieron la mano á los bienes de las iglesias, no solo no les lucía aquel interés sino tampoco las rentas seglares que tenian, antes los que con poca hacienda acabaron grandes empresas, echaron los moros de España, y conquistaron otros reynos, al presente sin embargo que tenian el pueblo consumido con tributos, y se aprovechaban en gran parte de la renta de las iglesias, apesgados con su misma grandeza se iban á tierra sin remedio. Quexábanse que los testamentos de particulares se guardasen, y se defraudasen por esta via los de aquellos que dexaron á Christo por su heredero: que el dote, tan privilegiado en lo demas por las leyes, se quitase á las esposas de Christo contra la voluntad dellas y de los que las dotaron. Los ministros del Rey como suelen, sea por adulalle, sea porque asi lo sentian, defendian su partido con decir que pues el Rey defendia no solo los bienes de seglares sino los de las iglesias era razon que todos acudiesen á los gastos necesarios y cargas del reyno, de cuyos bienes poseen gran parte las iglesias; y es averiguado que en tiempo de San Ambrosio las posesiones de las iglesias pagaban tributo á los Emperadores (1). Lo cierto es estar muy puesto en razon que los eclesiásticos no acudan al príncipe con mayor quota que conforme á las haciendas que tienen de la república: de suerte que si tie-

(1) Lib. 5. epist. 32. Cod. de Episcop. & Cleric. leg. 3.

nen la quarta, ó la quinta parte, no les saquen mayor porcion que esta, ni de sus rentas ni de los tributos que se pagan á los Reyes. Ademas que esto se debe hacer por autoridad del que tiene poder para ello, que es el Papa: y aun parece allegado á razon se juntase con esto el beneplácito del clero, como á las veces se ha hecho. Tal fue el suceso desta embaxada. Por el mismo tiempo de parte del Preste Juan, grande Emperador de Ethiopia, aportó á Lisboa un embaxador armeno de nacion, de profesion religioso, por nombre Matheo. Tenia aquel príncipe, por nombre David, desde el tiempo que Pedro Covillan pasó á aquellas partes como arriba se dixo, noticia del Rey de Portugal: despues la tuvo de las armadas que enviaba á las Indias, y de las proezas de su gente. Deseaba comunicarse con él para ayudarse de sus fuerzas. Acordó envialle este embaxador, que fue recebido muy bien de Alonso de Alburquerque. Envióle con la primera ocasion á Portugal. Los que le llevaban, por tenelle en figura de burlador, le hicieron muchos desaguisados: prendiéronlos porende en Lisboa; y los castigáran si el mismo embaxador no se pusiera de por medio. Recibióle el Rey muy amorosamente. Vió las cartas que le traía en las lenguas Abissina y Persiana. Gustó mucho asi dellas como de un pedazo de la verdadera Cruz que le presentó de parte de aquel Rey engastado en otra Cruz de oro. Deste embaxador se entendieron los ritos de aquella gente, que son asaz extravagantes para tener nombre de christianos. No quiero relatallos por menudo: basta saber que al octavo dia se circuncidan asi hombres como mugeres, y á los quarenta se bautizan: guardan la purificacion de las paridas: abstiénense de los manjares que veda la vieja ley: ayunan hasta puesto el sol. Comulgan en las dos espe-

cies de pan y de vino: los sacerdotes se casan, mas no los monges, ni los obispos que sacan de los monasterios: usan la confesion y veneran los Santos; en conclusion algunas cosas tienen loables, otras fuera de camino. Volvamos á Italia. Teníase por el Papa la ciudad de Regio de Lombardía: prestó al Emperador quarenta mil ducados con cargo que le diese en empeño la ciudad de Módena. Estas dos ciudades junto con Placencia y Parma se entendia queria dar en feudo á Juliano su hermano, y aun juntar con ellas si pudiese á Ferrara, y aun poco despues le casó con Filiberta hermana de Carlos duque de Saboya. Dotóla el mismo Papa en cien mil ducados.

CAPITULO XXIV.

Que el reyno de Navarra se unió con el de Castilla.

El casamiento de Inglaterra acarreó en breve la muerte al Rey Ludovico de Francia; que asi suele acontecer quando las edades son muy desiguales, mayormente si hay poca salud. Falleció el primer dia del año que se contaba del nacimiento de Nuestro Salvador de mil y quinientos y quince. Sucedióle su 1515.
yerno Francisco de Valoes duque de Angulema, Primero deste nombre, príncipe de prendas aventajadas y de pensamientos muy altos. Todos entendian que no reposaria hasta recobrar el estado de Milán, y aun el reyno de Navarra, de que daba intencion á aquellos Reyes despojados. Lo de Italia le tenia en mayor cuidado. Para poder acometer aquella empresa trató de asegurarse que no le acometiesen por las espaldas y le divirtiesen. La paz entre Inglaterra y Francia iba adelante: acometió á casar al príncipe don Carlos con Renata su cuñada. Púsose el negocio en térmi-

nos que por medio del conde de Nassau y de Miguel de Croy, camareros del príncipe, que vinieron á París sobre el caso, se concertó el casamiento á los veinte y quatro de marzo. Señaláronle en dote seiscientos mil ducados, los docientos mil en dinero, y por los quatrocientos mil el ducado de Berri. Esto era en sazon que el príncipe era salido de tutela, y el Emperador y princesa Margarita sus tutores le emanciparon y pusieron en el gobierno de aquellos estados de Flandes. Restaba de ganar al Rey don Fernando. El de Lautreque gobernador de la Guiena movió plática al marques de Comares que la tregua se continuase por término de otro año. El Rey cathólico por entender el juego, como no era dificultoso, no quiso venir en ningun sobreseimiento de guerra con aquel príncipe, si no fuese universal por estas fronteras y por Italia; antes para prevenirse hacía instancia que se asentase la liga general ya platicada para hacer guerra al Turco, y para defensa de los estados de cada qual de los confederados. Junto con esto venia en que se concertase otra nueva alianza que el Papa movió al Emperador por medio del cardenal de Santa María en Pórtico Bernardo Bibiena en daño de venecianos, cuyas condiciones eran que Verona, Vicencia, el Frioli y el Treviso quedasen por el Emperador: Bressa, Bergamo y Crema se entregasen al duque de Milán en recompensa de Parma y Placencia, ciudades con que el Papa se queria quedar para dallas á Julian su hermano. Con esto parecia al Rey cathólico se aseguraba el duque de Milán, y venia en que casase con una de las hermanas del príncipe don Carlos, ó con la princesa Margarita, ó con la Reyna de Nápoles su sobrina, todos casamientos muy altos. Tuvo el Rey cathólico la semana santa en la Mejorada con resolucion de juntar á un

mismo tiempo cortes de las dos coronas, las de Castilla en Burgos, las de Aragon en Calatayud. Despachó sus cartas en Olmedo á los doce de abril, en que mandaba se juntasen las de Aragon para los once de mayo. Para presidir en ellas envió á la Reyna, para lo qual estaba habilitada, con orden que concluidas aquellas cortes, pasase á Lérida á hacer lo mismo en las de los catalanes, y despues á Valencia á las de los valencianos. Con esto partió el Rey para Burgos por hallarse allí al tiempo aplazado. Todo se enderezaba á recoger dinero para la guerra que amenazaba por diversas partes. Acordaron las cortes de Burgos de servir con ciento y cincuenta cuentos, grande servicio y derrama. Movióles á hacer esto la union que el Rey cathólico entonces hizo del reyno de Navarra con la corona de Castilla; si bien de tiempo antiguo estuvo unido con Aragon, y parecia se podia con razon pretender le pertenecia de presente pues ayudó para la conquista, y el mismo que la conquistó, era Rey propietario de Aragon. El Rey empero tuvo consideracion á que los navarros no se valiesen de las libertades de aragoneses, que siempre fueron muy odiosas á los Reyes: ademas que las fuerzas de Castilla para mantener aquel estado eran mayores, y en la conquista, en gente, en dinero y capitanes sirvió mucho mas. Lo que da á entender este auto tan memorable, es que el Rey cathólico no tenia intencion de restituir en tiempo alguno aquel estado, y que le tenia por tan suyo como los otros reynos, sin formar algun escrúpulo de conciencia sobre el caso; asi lo dixo él mismo diversas veces. Las razones que justificaban esta su opinion, eran tres: la primera la sentencia del Papa en que privó á aquellos Reyes de aquel reyno: la segunda una donacion que hizo á los Reyes de Castilla del derecho que tenia á aquel rey-

no, ó corona, la princesa doña Blanca primera muger del príncipe don Enrique, que despues fue Rey de Castilla el Quarto de aquel nombre, quando el Rey don Juan de Aragon su padre la entregó en poder de Gaston de Fox y de su hermana doña Leonor sus enemigos declarados, que no pretendian otra cosa sino dalle la muerte para asegurarse ellos en la sucesion de Navarra, y era justo vengar aquella muerte con quitar el reyno á los nietos de los que cometieron aquel caso tan feo, especial que doña Blanca era hermana del Rey don Fernando: otra razon era el derecho que pretendia tener á aquella corona la Reyna doña Germana despues de la muerte de su hermano Gaston de Fox; que si por este derecho no pudo el Rey su marido unir aquel reyno con Castilla, puédese entender que se hizo con su beneplácito, pues se halla que tres años adelante en las cortes de Zaragoza renunció aquel su derecho y traspasó en el príncipe don Carlos ya Rey de Castilla y Aragon (1): la suma de todo, que Dios es el que muda los tiempos y las edades, transfiere los reynos y los establece; y no solamente los pasa de gente en gente por injusticias y injurias, sino por denuestos y engaños. Tratábase que aquel reyno de Aragon sirviese con alguna buena suma de dineros para los gastos de la guerra en las cortes que se hacían de aragoneses en Calatayud. Los barones y caballeros para venir en ello porfiaban que se quitase á sus vasallos todo recurso al Rey. Estuvieron tan obstinados en esto que las cortes se embarazaron algunos meses. Trabajaba el arzobispo de Zaragoza loque podia en allanar estas dificultades, y visto

---

(1) Eccle. 10. versic. 8.

que por cortes no se podia alcanzar se otorgase servicio general, dió por medio que se tratase con cada qual de las ciudades le concediesen en particular. El Rey dado que se hallaba en Burgos muy agravado de su dolencia, tanto que una noche le tuvieron por muerto, acordó partir para Aragon: creía que con su presencia todos vendrian en lo que era razon. Envió á mandar á su vicechânciller Antonio Augustin que se fuese para él, porque tenia negocios que communicalle. Luégo que llegó á Aranda de Duero do halló al Rey, fue preso en su posada por el alcalde Hernan Gomez de Herrera, y llevado al castillo de Simancas. Muchas cosas se dixeron desta prision: quien entendía que tenia inteligencias con el príncipe don Carlos en deservicio del Rey; quien que no tuvo el respeto que debiera á la Reyna doña Germana. Puédese creer por mas cierto que en aquellas cortes no terció bien con los barones, y que con su castigo pretendió el Rey enfrenar á los demas. Dexó en Segovia al cardenal con el consejo real. Apresuróse para Calatayud, y en su compañía llevó al infante don Fernando. No pudo acabar con los barones que desistiesen de aquella porfia tan perjudicial al exercicio de justicia (1). Apretábale la enfermedad; y aun se dice que la famosa campaña de Vililla daba señal de su fin: mensagera de cosas grandes y de muertes de Reyes. Asi se tiene en Aragon comunmente: la verdad quién la averiguará? quánta vanidad y engaños hay en cosas semejantes? Por esto sin concluir cosa alguna en lo del servicio general por el otoño dió vuelta á Madrid. La Reyna, despedidas las cortes de Calatayud, pasó á Lérida á tener

(1) Zorit. libro 10. cap. 93.

las cortes de Cataluña. Al mismo tiempo que las cortes de Castilla y Aragon se celebraban, en Viena de Austria se juntaron el Emperador y los hermanos Sigismundo Rey de Polonia y Ladislao Rey de Hungría con el hijo del Húngaro, Luis, Rey que ya era de Bohemia. Llegaron á aquella ciudad á los diez y siete de julio. La causa desta junta fueron los casamientos que se celebraron el dia de la Madalena, de los infantes don Fernando y doña María su hermana con los hijos del Rey de Hungría Ana y Luis Rey de Bohemia. Halláronse presentes á las fiestas, que fueron grandes, los tres desposados. La ausencia del infante don Fernando suplió como procurador suyo el Emperador su abuelo. Desposólos Thomás cardenal de Estrigonia legado de la Sede Apostólica. Es de notar que como los infantes don Fernando y doña María eran nietos del Rey don Fernando, bien asi Luis y Ana su hermana eran bisnietos de doña Leonor Reyna de Navarra, hermana del Rey don Fernando; ca Cathalina hija de doña Leonor casó con Gaston de Fox señor de Candala, cuya hija por nombre Ana casó con Ladislao Rey de Hungría; y parió á Luis y Ana. Tan estendida estaba por todo el mundo la sucesion y la sangre del Rey don Juan de Aragon padre del Rey don Fernando.

CAPITULO XXV.

De la muerte de Alonso de Alburquerque.

Grandes fueron las cosas que Alonso de Alburquerque gobernador de la India oriental hizo en el tiempo de su gobierno: mucho le debe su nacion por haber fundado el señorío que tiene en provincias tan apartadas. Hallábase viejo, cansado y enfermo:

muchos émulos, como no era posible contentar á todos, acudian con quexas á Portugal. Acordó el Rey don Manuel de proveer en todo con envialle sucesor en el cargo que tenia. Escogió para ello á Lope Xuarez Alvarenga, persona de prendas y esperanzas, y muy inteligente en las cosas de la India. En su compañía iba Matheo embaxador del Preste Juan, y juntamente Duarte Galvan para que fuese en embaxada de parte suya á aquel príncipe. No pudo ir por la muerte que le sobrevino. En su lugar fue los años adelante Rodrigo de Lima, y llevó en su compañía á Matheo, que falleció antes de llegar á aquella corte, y á Francisco Alvarez sacerdote, cuyo libro anda impreso de todo este viage, curioso y apacible. El nuevo gobernador en menos de cinco meses, que fue navegacion muy próspera, partido de Lisboa llegó á Goa á los dos de setiembre, en sazon que la Reyna de Portugal cinco dias adelante parió un hijo que se llamó don Duarte, príncipe dotado de mansedumbre, y muy cortés en su trato, dado á la caza y á la música: falleció mozo, y todavia dexó en su muger un hijo de su mismo nombre, y dos hijas de las quales doña María casó con Alexandro Farnesio príncipe entonces, y despues duque de Parma, doña Catalina fue y es hoy duquesa de Berganza. Quando Lope Xuarez aportó á Goa, Alonso de Alburquerque se hallaba en Ormuz muy trabajado de una enfermedad y desconcierto de vientre que le acabó. Compuestas las cosas de aquella isla, con deseo antes de su muerte de ver á Goa, en que tenia puesta su aficion, se embarcó. En el mar tuvo aviso de la llegada de su sucesor. Alteróse grandemente de primera instancia. «Dios eterno, dixo, de quántas »miserias me hallo rodeado? si contento al Rey, los »hombres se ofenden; si miro á los hombres, incur-

»ro en la desgracia de mi Rey. A la iglesia triste vie-
»jo, á la iglesia, que ningun otro refugio te queda."
Mostró esta flaqueza á lo que yo creo, por la congoxa de la enfermedad que todo lo hace desabrido, ó por sentir mucho que las calumnias hobiesen tenido fuerza contra la verdad; porque luego como vuelto en sí: « Verdaderamente (añadió) Dios es el que go-
»bierna el corazon de los Reyes, revuelve y ordena
»con su providencia todas las cosas. Qué fuera de la
»India si despues de mi muerte no se hallára quien
»me sucediera en el cargo? quán gran peligro cor-
»riera todo?" Dicho esto se sosegó. Aumentósele con la navegacion la dolencia. Mandó que de Goa que estaba cerca, le traxesen su confesor, con quien comunicó sus cosas, y cumplido con todo lo que debia á buen christiano, una mañana dió su espíritu. Señalado varon, sin duda de los mayores y mas valerosos que jamás España tuvo: su valor, su benignidad, su prudencia, el zelo de la justicia corrieron á las parejas, sin que en él se pueda dar la ventaja á ninguna destas virtudes. Gran sufridor de trabajos, en las determinaciones acertado, y en la execucion de lo que determinaba, muy presto: á los suyos fue amable, espantoso á los enemigos. Mucho favoreció Dios las cosas de Portugal en dar á la India los dos primeros gobernadores tan señalados en todo género de virtud, de gran corazon y alto, muy semejables en la prudencia, y no menos dichosos en todo lo que emprendian. Verdad es que si bien se enderezaban á un mismo fin, que era ensalzar el nombre de Christo, y ponerse á qualquier peligro por esto, y por el servicio de su Rey y honra de su nacion; pero diferenciábanse en los pareceres y en los caminos que tomaban para alcanzar este fin. Francisco de Almeyda, que fue el primer gobernador de la India, era de parecer

que las armadas de Portugal no se empleasen en ganar ciudades en aquellas partes. Las fuerzas de los portugueses eran pequeñas, Portugal estaba muy lexos. Temia que si se dividian en muchas partes, no podrian ser tan poderosos como era de menester para tan grandes enemigos. Parecíale que les estaria mejor conservar el señorío del mar, con que todas aquellas provincias los reconocerian. Alburquerque por el mismo caso que la gente era poca, y el socorro caía lexos, pretendia que en la India debia tener tierras propias que sirviesen como de seminarios para proveerse de gente, de mantenimientos y madera para fabricar baxelés. Sin esto entendia no se podrian mantener largo tiempo en el señorío del mar, ni conservar el trato de la especería; pues una vez ó otra, quier por la fuerza del mar, quier por el poder de los enemigos se podrian perder sus armadas. Finalmente que para asegurarse sería muy importante tener en su poder algunos puertos y tierras por aquellas marinas, do pudiesen acudir á tomar refresco y en qualquiera ocasion acogerse. Quán acertado haya sido este parecer, el tiempo que es juez abonado, lo há bastantemente mostrado. Nunca se casó Alonso de Alburquerque, solo dexó un hijo que tuvo en una criada: en cuyo favor poco antes que espirase, escribió al Rey don Manuel estas pocas palabras: «Esta será la postre»ra, que escribo con muchos gemidos y muy ciertas se»ñales de mi fin. Un hijo solo dexo, al qual suplico »que atento á mis grandes servicios se le haga toda mer»ced. De mis trabajos no diré nada mas de remitirme »á las obras.» Sepultaron su cuerpo en la ciudad de Goa en una capilla que él fundó con advocacion de Nuestra Señora. El enterramiento fue sumptuoso, las honras reales, las lágrimas de todos los que se hallaron presentes, muy de corazon, y muy verda-

deros los gemidos. El Rey quando llegó esta nueva á Portugal, sintió su muerte tiernamente. Mandó llamar á su hijo: llamábase Blas, quiso que en memoria de su padre de alli adelante se llamase Alonso de Alburquerque. Heredóle como era razon y debido, y casóle muy honradamente: vivió muchos años, y poco tiempo há era vivo; y á su costa hizo ensanchar y adornar la iglesia en que á su padre enterraron. En Africa intentó el Rey don Manuel de edificar un castillo á la boca del rio Mamora, que otro tiempo se llamó Subur, y junto á un estero que por alli hace el mar, y está cien millas distante de Arzilla. Juntó una armada de docientas velas en que iban ocho mil soldados, y por general Antonio Noroña. Partieron de Lisboa á los trece de junio, y llegaron á la boca del rio á los veinte y tres. Comenzaron á levantar el castillo. Cargó tanta morisma que fueron forzados á dexar la empresa y dar la vuelta á Portugal con vergüenza y pérdida de quatro mil hombres y de la artillería, que dexaron en aquella fortaleza comenzada.

CAPITULO XXVI.

Que el Rey de Francia pasó á Milán.

Luego que el nuevo Rey de Francia Francisco Primero deste nombre se vió en pacífica posesion de aquel rico y poderoso reyno, juntó un grueso exército, resuelto de pasar en persona á la empresa de Lombardía. Acudieron á la defensa del duque de Milán quince mil suizos. Próspero Colona con la gente de armas que tenia, acordó de atajar cierto paso á los franceses. Estaba en Villafranca descuidado y cenando, quando fue preso por la gente que sobrevino del señor de la Paliza. El virrey tenia su campo

junto al rio Abdua; con la gente del Papa alojaba en Placencia Lorenzo de Médicis hijo de Pedro de Médicis, el que se ahogó en el Garellano. Importaba mucho para asegurar la victoria que los unos y los otros se juntasen con los suizos: asi lo entendia el duque de Milán, y hacía grande instancia sobre ello tanto con mayor ansia que las cosas comenzaban á suceder prósperamente al Frances, ca Alexandría se le dió, y tomó á Novara; y su castillo se ganó por industria del conde Pedro Navarro, que atediado del descuido que se tenia en rescatalle, se concertó con el Rey de Francia, que pagó veinte mil ducados de su rescate. Envió el Rey cathólico á convidalle con grandes partidos: llegó tarde el recado; el conde se hallaba ya tan prendado que se escusó. Entonces envió la renunciacion del condado de Olivito que tenia en el reyno de Nápoles. El virrey ni se aseguraba de los suizos por ser gente muy fiera, y tener entendido traían inteligencias con Francia, ni tampoco hacía mucha confianza de la gente del Papa á causa que por no perder á Parma y Placencia que los suizos les querian quitar, sospechaba se concertarian con los contrarios. Acordó dexar en Verona á Marco Antonio Colona, y en Bressa á Luis Icart con buen número de gente, y él con lo demas del campo pasar de la otra parte del Pó por una puente que hizo de barcas, y fortificarse junto á Placencia y al rio Trebia. Los suizos que se hallaban con el duque en Milán, llevaban mal aquellas trazas y tardanza, que sin duda iban erradas, y fueron la total causa de perderse la empresa. Acordaron de salir solos con unos pocos italianos á dar la batalla á los franceses, que tenian sus reales muy fortificados junto á San Donato y á Mariñano. Pretendian prevenir la venida de Albiano, que se apresuraba para juntarse con el

campo frances con novecientos hombres de armas, mil y quatrocientos caballos ligeros y nueve mil infantes. Salieron los suizos de la ciudad muy en orden. Los franceses para recebillos ordenaron sus haces. En la avanguardia iba Carlos de Borbon, en la retaguardia monsieur de la Paliza, el Rey tomó á su cargo el cuerpo de la batalla. La artillería francesa, que era mucha y muy buena, hacía grande daño en los suizos. Cerraron ellos con intento de tomalla. Combatieron con tal corage y furia, que rompieron el fuerte de los enemigos y se apoderaron de parte de la artillería. Sobrevino la noche, y no cesó la pelea por todo el tiempo que la claridad de la luna dió lugar, que fue hasta entre las once y las doce. El Rey se adelantó tanto que le convino hacer la guarda sin dormir mas de quanto como estaba armado se recostó un poco en un carro: no se quitó el almete, ni comió bocado en veinte y siete horas: grande ánimo y teson. Entendió que los suizos querian acometer otra vez la artillería: encomendó la guarda della á los alemanes. Al reir del alba volvieron al combate con no menos fiereza que antes. Ienolaco Galeoto asestó la artillería de tal suerte que de través hacía gran riza en los contrarios. Con esto y con la llegada de Albiano, que sobrevino con algunas compañías de á caballo, los suizos por entender que era llegado todo su campo, desmayaron, y en buen orden se recogieron á Milán. Desde alli se partieron luego la via del lago de Como. Dióse esta famosa batalla á los trece y catorce de setiembre. Los milaneses rindieron luego al vencedor la ciudad. Sobre el castillo á que se retiró el duque con la gente que pudo, se puso cerco muy apretado. Combatianle con la artillería y con minas que el conde Pedro Navarro hacía sacar. Rindióse el duque á los treinta dias del cerco,

y fue llevado á Francia. Concertaron le darian cada un año para su sustento treinta y seis mil escudos á tal que no pudiese salir ni ausentarse de aquel reyno. Quán cortos son los plazos del contento? quán poco gozó este príncipe de su prosperidad? si tal nombre merecen los cuidados y miedos de que estuvo combatido todo el tiempo que poseyó aquel estado. Tras esto todas las ciudades y fuerzas de aquel ducado se entregaron al Frances. El virrey don Ramon de Cardona dió luego la vuelta á Nápoles por asegurar las cosas de aquel reyno, y enfrenar á los naturales alborotados con deseo de novedades. Tenia orden para entretener la gente de guerra de emprender la conquista de los Gelves. El Pontífice fácilmente se acomodó con el tiempo. Resuelto de temporizar se vió con el Rey vencedor en Boloña. Concedióle todo lo que supo pedir: alcanzó asi mismo dél que abrogase la Pregmática Sanction en gran ofensa del clero de Francia. En España al Rey cathólico, no faltaban otros cuidados. Publicóse que el gran Capitan queria pasar á Flandes, y en su compañia los condes de Cabra y Ureña y el marques de Priego. Indignóse desto de suerte que envió á Manjarrés para prendelle, con orden que le impidiese el pasage, y si menester fuese, le echase la mano. Proveyó Dios para evitar un caso de tan mala sonada que el gran Capitan adoleció de quartanas por el mes de octubre en Loxa donde residia: no creían que la enfermedad fuese verdadera, sino fingida para asegurar. La indignacion del Rey de Inglaterra pasaba adelante. Importaba mucho aplacalle, y mas en esta sazon. Envióle el Rey con el comendador Luis Gilabert un rico presente de joyas y caballos. Llegó en sazon que se confirmó estar la Reyna preñada, grande alegria de aquel reyno; y á Thomás Volseo llegó

el capelo que fue muy festejado. Subió este prelado de muy baxo lugar á tan alto grado por la grande privanza que alcanzó con aquel Rey: despeñóle su vanidad y ambicion, que fue adelante muy perjudicial á aquel reyno. Este cardenal y el embaxador del Rey cathólico se juntaron, y asentaron á diez y ocho de octubre una muy estrecha confederacion y amistad entre sus príncipes. Antes desto Luis de Requesens con nueve galeras que tenia á su cargo, venció junto á la isla Pantalarea trece fustas que hicieran mucho daño en las costas de Sicilia y por todo aquel mar. Otro capitan turco por nombre Omich, y vulgarmente llamado Barbaroxa, con la armada que llevaba, se puso sobre Bugia: acudiéronle muchos moros de la tierra: apretóse el cerco que duró algunos meses. Don Ramon Carroz capitan de aquella fuerza la defendió con gran valor: vino en su socorro don Miguel de Gurrea visorrey de Mallorca; y sin embargo el cerco se continuaba y llevaba adelante. Padecian los cercados gran falta de vituallas. Llególes á tiempo que se querian rendir, una nave cargada de bastimentos que le envió el virrey de Cerdeña: socorro con que se entretuvieron hasta tanto que el Turco, perdida la esperanza de apoderarse de aquella plaza, alzó el cerco por fin deste año.

CAPITULO XXVII.

De la muerte del Rey don Fernando.

La hidropesía del Rey cathólico y las quartanas del gran Capitan iban adelante, dolencias la una y la otra mortales (1). Salió el gran Capitan de Loxa con

(1) Garib. l. 20. c. 23. dice que falleció á diez de diciembre.

las bascas de la muerte. Llevaronle en andas á Granada donde dió el espíritu á los dos de diciembre: varon admirable, el mas valeroso y venturoso caudillo que de muchos años atrás salió de España. La ingratitud que con él se usó, acrecentó su gloria, y aun le preservó que en lo último de su edad no tropezase, como sea cosa dificultosa y rara navegar muchas veces sin padecer alguna borrasca: á muchos grandes personages con el discurso del tiempo se les escureció la claridad y fama que primero ganaron. El tiempo le cortó la vida: su renombre competirá con lo que el mundo durare. Por su muerte vacó el oficio de condestable de Nápoles: dióse á Fabricio Colona, y hoy le poseen los de su casa. Los demas estados quedaron á doña Elvira hija mayor y heredera de la casa de su padre. El Rey cathólico desde Madrid con intento de pasar á Sevilla, por ser el ayre muy templado, era ido á Plasencia: alli si bien muy agravado de su mal fue muy festejado y se detuvo algunos dias. Mandó al infante don Fernando se fuese á Guadalupe, do pensaba volver. Iban en su compañía Pero Nuñez de Guzman clavero de Calatrava su ayo, y su maestro don fray Alvaro Osorio, frayle Dominico, obispo de Astorga. El Rey pasó á la Serena por gozar de los vuelos de garzas, que los hay por aquella comarca muy buenos: recreacion á que era mas aficionado que á otros géneros de cazas y de altanería. Hacíanle compañía el almirante, el duque de Alba, el obispo de Burgos, tres de su consejo, es á saber el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal, que escribió un breve comentario de lo que pasó estos años, los licenciados Zapata y Francisco de Vargas su contador, cuyo hijo y de doña Inés de Carvajal, el obispo de Plasencia don Gutierre de Carvajal, fallecíó no há muchos años. Alli por

las fiestas de Navidad llegó Adriano deán de Lovayna y maestro del príncipe, que venia enviado de Flandes. Con su llegada se asentó que el príncipe fuese ayudado para sus gastos con cincuenta mil ducados por año, y que el Rey por todos los dias de su vida, aunque muriese la Reyna doña Juana, tuviese el gobierno de Castilla. Mostrábanse liberales con quien muy presto por las señales que daba la enfermedad, habia de partir mano de todo. Dió vuelta á Madrigalejo aldea de Truxillo. Agravósele el mal de manera que se entendió viviria pocos dias. Acudió el dean de Lovayna de que el Rey recibió enojo, y mandó volviese á Guadalupe, donde era ido á verse con el infante don Fernando, y alli le aguardase. Ordenó su testamento. Confesóse con fray Thomás de Matienzo de la orden de Santo Domingo su confesor. La Reyna en Lérida do estaba tuvo aviso de lo que pasaba. Partióse luego y llegó un dia antes que se otorgase el testamento. Otro dia miércoles entre la una y las dos de la noche á veinte y tres de ene-
1516. ro, entrante el año de mil y quinientos y diez y seis, dió su alma á Dios. Príncipe el mas señalado en valor y justicia y prudencia que en muchos siglos España tuvo. Tachas á nadie pueden faltar sea por la fragilidad propia, ó por la malicia y envidia agena que combate principalmente los altos lugares. Espejo sin duda por sus grandes virtudes en que todos los príncipes de España se deben mirar. Tres testamentos hizo, uno en Burgos tres años antes de su muerte, el segundo en Aranda de Duero el año pasado, el postrero quando murió. En todos nombra por su heredera á la Reyna doña Juana, y por gobernador á su hijo el príncipe don Carlos. En caso que el príncipe estuviese ausente, mandaba en el primer testamento que en su lugar gobernase el infante don

Fernando su hermano ; pero en los otros dos mudada esta cláusula ordenó que entretanto que el príncipe no pasase en estas partes, tuviese el gobierno de Aragon el arzobispo de Zaragoza y el de Castilla el cardenal de España. Esto se guardó bien asi como lo dexó mandado. Verdad es que el dean de Lovayna por poderes que mostró del príncipe fue admitido al gobierno junto con el cardenal. Al infante don Fernando mandó en el reyno de Nápoles el principado de Taranto, y las ciudades de Cotron, Tropea, la Amantia y Gallípoli, demas de cincuenta mil ducados que de las rentas de aquel reyno ordenó le diesen cada un año, qué corriesen hasta tanto que el príncipe su hermano en algun estado le consignase otra tanta renta. Mandó otrosí que el duque de Calabria sin embargo que su ofensa fue muy calificada, le pusiesen en libertad, y encargaba al príncipe le diese estado con que se pudiese sustentar. Pero esta cláusula no se cumplió de todo punto y enteramente hasta el año de mil y quinientos y treinta y tres por diversos respetos y ocasiones que contra los caidos nunca faltan. Del vicechânciller Antonio Augustin no hizo mencion alguna, si por estar olvidado de su delito, ó querer que otro le castigase, no se puede averiguar: hasta que el cardenal de España poco adelante le remitió y envió á Flandes donde fue dado por libre. Pronuncióse la sentencia en Bruselas á los veinte y tres de setiembre deste mismo año. Nombró por sus testamentarios á la Reyna su muger y al principe y al arzobispo de Zaragoza, á la duquesa de Cardona, al duque de Alba, al visorrey de Nápoles, á fray Thomás de Matienzo su confesor, y á su protonotario Miguel Velazquez Clemente. Su cuerpo llevaron á enterrar á la su capilla real de Granada, donde le pusieron junto con el de la Reyna

doña Isabel que tenian depositado en el Alhambra. De los que se hallaron á su muerte le acompañaron solos don Hernando de Aragon, y el marques de Denia don Bernardo de Sandoval y Rojas y algunos otros caballeros de su casa. Por el camino los pueblos le salian á recebir con cruces y lutos. En Córdova particularmente, quando por alli pasó el cuerpo, se señalaron el marques de Priego y conde de Cabra con los demas caballeros de aquella ciudad. Los desgustos pasados, y la severidad de que en vida usó con ellos, á sus nobles ánimos sirvieron mas aina de espuelas para señalarse con el muerto y con su memoria en todo género de cortesía y de humanidad. En Granada el clero, ciudad y chancillería á porfia se esmeraron en el recibimiento, enterramiento y exêquias que hicieron con toda solemnidad, como era razon, al conquistador y único fundador del bien y felicidad de aquella ciudad y de todo aquel reyno de Granada.

SUMARIO

DE LO QUE ACONTECIÓ LOS AÑOS ADELANTE,

POR EL MISMO PADRE JUAN DE MARIANA.

AÑO 1515.

El nuevo Rey de Francia Francisco luego que dió orden en las cosas de aquel reyno, como era mozo, y de condicion ardiente, con intento de hacer guerra en Italia juntadas todas sus fuerzas pasó los Alpes, venció y prendió al principio á Próspero Colona, que con la caballería pretendia impedirle el pasar adelante. Despues se apoderó de Novara con su castillo por industria principalmente del conde Pedro Navarro, que enfadado de la larga prision, y que no le rescataban, se habia pasado á la parte de Francia. Movió el Rey Frances con sus gentes la vuelta de Milán: estaban con el duque Maximiliano los esguízaros, Ramon de Cardona ausente en Verona, en Plasencia Lorenzo de Médices caudillo que era de las gentes del Papa; pero como no acudiesen á tiempo (lo que en todas maneras debieran hacer) los esguízaros salieron al Rey al encuentro, y dado que la batalla fue tan porfiada y tan dudosa que duró todo el dia y parte de la noche, al amanecer por cierto miedo que sobrevino á los esguízaros de que venian nuevas gentes á los enemigos, fueron vencidos y desbaratados.

El duque dentro del castillo, donde se recogió, vino en poder de los enemigos, y enviado á Francia á exemplo de su padre, estuvo alli todos los dias de su vida. Dióse esta memorable batalla á trece de setiembre.

Grande era el daño que con esto se recibió en Italia, tanto que los españoles poco antes vencedores, perdída la Lombardía y estado de Milán, comenzaban á dudar del reyno de Nápoles. El mismo Rey cathólico de todas partes se apercebia de gentes y de ayuda, dado que á la misma sazon quiso prender á Gonzalo Hernandez gran capitan porque con otros señores pretendia pasarse á Flandes.

AÑO 1516.

Siguióse la muerte del mismo Rey cathólico don Fernando, que falleció en Madrigalejo cerca de Truxillo camino que iba de Sevilla, á 23 de enero de enfermedad de hydropesía, la qual le habia trabajado no pocos meses. Dícese que la famosa campana de Vililla habia dado señal deste fallecimiento, mensagera de cosas grandes y de muertes de Reyes como se tiene en Aragon comunmente. Nombró por su heredero á don Carlos de Austria su nieto: á don Fernando su hermano mandó la ciudad de Taranto y algunas otras tierras en el reyno de Nápoles. Dexó por gobernadores hasta que don Carlos viniese, en Castilla al cardenal de España arzobispo de Toledo, en Aragon á su hijo el arzobispo de Zaragoza. Ordenó que el duque de Calabria don Fernando fuese puesto en libertad, y le señalasen rentas con que sustentase su casa y estado. Los cuerpos suyo y de la Reyna fueron enterrados en Granada en la iglesia mayor como tambien lo dexó el mismo Rey en su testa-

mento mandado. Verdad es que por letras y patentes secretas del nuevo Rey don Carlos la gobernacion de Castilla se encargó hasta su venida al cardenal de España, y junto con él á Adriano dean de Lovayna y maestro que fue del dicho príncipe, el qual no obstante que su madre era viva, en las provisiones y cartas se comenzó desde luego á llamar Rey, sin que en ello viniesen las cabezas del reyno: traza que se continuó, por ser cosa peligrosa hacer resistencia á la voluntad del príncipe y contrastar con su deseo.

Lo de Navarra tenia á los nuestros puestos en cuidado no se revolviese aquella provincia, y en aquella ocasion de la mudanza del príncipe muchos se declarasen por los Reyes antiguos. Por esta causa nombraron por capitan y gobernador de aquel reyno á don Antonio Manrique duque de Najara, persona muy á propósito para todo lo que sucediese, por los muchos aliados que tenia entre aquella gente, y estar su estado muy cerca; sin embargo don Pedro de Navarra mariscal de aquel reyno y marques de Cortes levantó algunos bullicios, pero no fueron de mucho momento, porque fue preso y enviado á Simancas, donde pasó lo que de vida le quedaba, privado de libertad. Demas desto todos estos intentos se desbarataron por la muerte del Rey don Juan de Labrit, que falleció en su estado de Bearne dia martes á diez y nueve de junio.

AÑO 1517.

Siguióse ocho meses adelante la muerte de la Reyna su muger: los cuerpos del uno y del otro sepultaron en Lescar ciudad de Bearne en la iglesia de Santa María, dado que ellos en sus testamentos se

mandaron enterrar en Pamplona como Reyes de Navarra y como en continuacion de su derecho, que era pequeño alivio del estado que les quitaban. Enrique de Labrit hijo y heredero destos príncipes, asi en sus estados como tambien en la pretension de recobrar por las armas aquel réyno, les sucedió.

En Lisboa por el mes de marzo falleció doña María Reyna de Portugal en la flor de su edad: su muerte fue de parto, el cuerpo sepultaron en el monasterio de la Madre de Dios de aquella ciudad. Dexó estos hijos: don Juan el mayor, doña Isabel, doña Beatriz, don Luis, don Fernando, don Alonso que fue cardenal, don Enrique cardenal y Rey, don Duarte, sin otros dos que murieron niños.

Adriano Florencio natural de Utrech ciudad en los estados de Flandes, dean que era de Lovayna y obispo de Tortosa en España, fue en Roma criado cardenal á los veinte y siete de junio.

El nuevo Rey don Carlos de Austria aportó á diez y nueve de setiembre con la armada en que venia, á Villaviciosa pueblo de las Asturias. Salióle al encuentro el cardenal de España, pero llegado que hubo á Roa, pasó desta vida veinte y nueve dias adelante. Su cuerpo fue sepultado en el colegio de San Ilefonso de Alcalá de Henares, el qual edificó á su costa desde los cimientos, y dotó de gruesas rentas como albergo de las letras y de toda suerte de erudicion: la traza fue la de la universidad de París, sea lícito comparar las cosas medianas á las muy grandes; el provecho á lo menos ha sido muy colmado por la mucha juventud que á aquella escuela concurre, y por las personas señaladas que de ella siempre han salido. Fue arzobispo veinte y dos años. Sucedióle en el arzobispado el cardenal Guillelmo de Croy flamenco.

Pero este año fue señalado, y no menos desgraciado, especial por dos cosas que en él sucedieron. Estas fueron haberse acabado el imperio de los Soldanes de Egypto, y levantado la heregía perjudicial de Martin Lutero. Estuvo Egypto sugeto al imperio de los romanos hasta el Emperador Heraclio, en cuyo tiempo el falso profeta Mahoma sugetó aquella provincia por las armas, despues de cuya muerte tuvieron el señorío los Caliphas, que como él lo dexó ordenado, juntamente gobernaban las cosas sagradas y la república. Duró esto hasta la guerra de la Tierrasanta quando el Rey de Jerusalem Amalarico apoderado de la ciudad de Damiata, que antiguamente llamaron Pelusio, puso en tanta apretura al Calipha que le fue necesario pedir gente de ayuda al Soldan de Syria. Fue por capitan de estos socorros y por caudillo un hombre llamado Saracon. Este en premio de su trabajo se apoderó del imperio de Egypto con dexar á los Caliphas solamente el cuidado de las cosas sagradas. Hijo de Saracon fue Saladino Soldan de Egypto y de Syria, el qual con las muchas victorias que ganó, y con apoderarse de Jerusalem reduxo en Syria las cosas de los christianos á grande apretura. No mucho despues Melechsala que sucedió en aquel imperio, por hallarse falto de fuerzas para resistir á los nuestros y á sus intentos se ayudó de muchos esclavos comanos que compró de los Scythas, y con su ayuda acabó asi muchas otras cosas como tambien prendió dentro de Damiata al Rey Luis Santo de Francia. Estos esclavos, dado que hubieron la muerte á Melechsala su señor, se apoderaron del reyno, y nombraron de entre ellos mismos por Rey uno llamado Turquemenio, con condicion que ni él dexase el imperio á sus decendientes, ni los demas esclavos el oficio de soldados á sus hijos, sino que fuesen

soldados los que siendo hijos de padres christianos, hubiesen renegado de nuestra santa fé, que llamaron Mamelucos, y que estos de entre sí eligiesen el que hubiese de ser Rey. Continuóse esta manera de gobierno por espacio de muchos años hasta tanto que Caietbeio, esclarecido por muchas victorias que ganó de los turcos, gobernó aquel imperio en tiempo del Rey cathólico don Fernando. Campson sucesor suyo despues que los turcos vencieron á los persianos cerca de la ciudad de Tarvisio, por recelo que tenia no acometiesen lo de Syria, el año pasado como hiciese guerra en la Asia, en una batalla que se dió cerca de Damasco, fue vencido y muerto por el gran Turco Selim. Pusieron en su lugar los soldados á Tomumbeio, el qual junto al Cayro en una nueva batalla que se dió, fue vencido; y tomada la ciudad por los turcos, le pusieron en un palo: con esto el gran Turco quedando vencedor sin resistencia, acabadas cosas tan grandes, se apoderó de las provincias de Syria y Egypto, y acrecentó con esto en gran manera el poder de su nacion, y su estado.

La ocasion que Lutero tuvo para su malvado intento, fue esta: el Pontífice Julio comenzó la fábrica nobilísima del templo Vaticano. Leon Décimo que le sucedió, para llevar adelante lo comenzado, hizo publicar por todo el mundo un jubileo para todos los que acudiesen con cierta limosna para aquella fábrica. Alberto arzobispo de Maguncia, que tenia á su cargo el publicalle en Alemaña, dió este cuidado á Tezelio frayle de Santo Domingo. Fue asi que en Witemberga ciudad de Saxonia el duque Federico poco antes fundó una universidad. Martin Lutero frayle de San Agustin, á la sazon cathedrático alli de escritura, desde el púlpito amonestó al pueblo no se dexasen burlar de los engaños de los bul-

deros; que la mercadería de Roma no era de tanto valor que no se pudiesen los dineros emplear en otra cosa con mas ganancia. De estos principios, como muchos le oyesen de buena gana, su locura se aumentó de tal suerte que por su medio se emprendió casi en todo el mundo tal fuego que en muchos años no se podrá apagar. El acudir muchos al remedio, por ventura no con tanta prudencia, fue ocasion que el mal se enconase; que si le despreciáran, por ventura se cayera y no pasára adelante; pero las cosas pasadas mas fácilmente se reprehenden que se mudan. De años atrás estaba aquella gente preñada por los abusos y vicios que se vian donde y en quien menos fuera razon. Brotó el mal humor con esta ocasion y por medio deste frayle: la virtud todo lo asegura, el vicio lo desbarata; no prestan armas ni repuesto quando el pueblo se levanta.

AÑO 1518.

Doña Leonor hermana del Rey don Carlos casó con don Manuel Rey de Portugal: las bodas se celebraron al fin deste año en Ocrato pueblo de Portugal con grandes regocijos y aparato. Nacieron de este matrimonio don Carlos que vivió poco, y doña María que vivió muchos años, y murió sin tomar estado.

Tratóse de dividir el arzobispado de Toledo en muchas partes por ser tan grande, y en particular de poner obispos propios en Madrid y en Talavera; sobre lo qual el Pontífice Leon expidió su bula á veinte y tres de julio, en que cometia al cardenal Adriano y al obispo de Cosencia su nuncio en Castilla, y á don Alonso Manrique obispo de Ciudadrodrigo que hiciesen informacion para ver lo que con-

venia. Halláronse muchas dificúltades, tanto que fue necesario desistir de esta plática.

AÑO 1519.

El Emperador Maxîmiliano en Belsio pueblo de Baviera pasó desta vida á doce del mes de enero. Juntáronse los electores en Francfordia para nombrar sucesor, y dado que muchos pretendian ser elegidos con grandes negociaciones, principalmente de parte de Francisco Rey de Francia, por voto de los electores fue antepuesto á todos don Carlos Rey de España á veinte y ocho de junio; mas por quanto los Reyes de Nápoles no podian aceptar el imperio por prohibicion que dello tenian de los Pontífices romanos, alcanzó dispensacion del Papa con condicion que cada un año por el reyno de Nápoles fuese obligado á pagar siete mil escudos y una hacanea blanca, como se hace. No parece se efectuó esto enteramente hasta el tiempo de algunos años mas adelante.

AÑO 1520.

Tuvo nueva de su eleccion en la ciudad de Barcelona, desde donde atravesada toda España, por el mes de marzo se hizo á la vela en la Coruña, y llegado á Flandes, en Aquisgran tomó la primera corona del imperio á veinte y dos de octubre de mano del arzobispo de Colonia como se acostumbra. Juntamente hizo de su voluntad donacion á don Fernando su hermano de Austria y de los demas estados de su abuelo el Emperador Maxîmiliano. Quedaron por gobernadores de Castilla el cardenal Adriano y el condestable Iñigo de Velasco y el almirante don Enrique Enriquez. No les faltó diligencia para sose-

gar là gente popular que andaba alterada, pero con todo su cuidado no fueron parte para que no acudiesen á las armas, de donde resultaron las comunidades, guerra muy nombrada en España. Quexábanse que por la avaricia de los flamencos todo el oro de España se habia desaparecido, y con su gobierno muy pesado y riguroso la libertad del reyno estaba oprimida, los fueros y leyes quebrantadas. Era asi que Carlos de Gevres, ayo del nuevo Rey, no contento con hacer despues de la muerte del cardenal don fray Francisco Ximenez á su sobrino hijo de su hermana Guillermo de Croy arzobispo de Toledo, con diferentes mañas rebañára la moneda de oro y doblones de dos caras muy subidos de ley. Los mas principales caudillos de las comunidades fueron Juan de Padilla, uno de los mas principales caballeros de Toledo, y don Antonio de Acuña obispo de Zamora. Juntáronse con ellos muchas villas y ciudades. Vinieron á las manos los comuneros y los reales en muchas partes sin declararse del todo la victoria por la una ni por la otra parte, hasta tanto que por fin deste año los reales ganaron á Tordesillas, donde los comuneros estaban fortificados, y tenian en su poder á la Reyna doña Juana, y poco adelante á veinte y tres de abril del año siguiente se dió la batalla del Villalar, donde los comuneros fueron vencidos y presos sus caudillos principales, es á saber Juan de Padilla, Bravo y Maldonado, de los quales se hizo justicia, y aun al mismo obispo de Zamora dieron garrote en Simancas donde le tenian preso. Con esto en gran parte se dió fin á esta guerra, y se sosegaron estas alteraciones mediante la gran prudencia y autoridad del consejo real, á quien en todo se remitia el Emperador. Y doña María Pacheco muger de Juan de Padilla con ánimo varonil en lugar

de su marido se hizo como caudillo de los comuneros en aquella demanda, y siempre los animaba, pero sin hacer efecto que sea de contar. Y tambien el duque de Segorve venció otra batalla á los germanats de Valencia junto á Morvedre: asi se llamaron las comunidades que tambien en aquella parte se levantaron.

AÑO 1521.

Guillermo de Croy arzobispo de Toledo falleció á once de enero en Alemaña antes de venir á España, sin dexar en vida ni en muerte hecha cosa alguna señalada. Sucedióle don Alonso de Fonseca, persona de pensamientos muy altos: de arzobispo que era de Santiago, fue trasladado al arzobispado de Toledo. El arzobispado de Santiago se dió al licenciado Juan Tavera sobrino de fray Diego Deza arzobispo de Sevilla, obispo que era de Ciudadrodrigo y de Osma, y del consejo de la inquisicion.

De las comunidades de Castilla resultó una nueva guerra en Navarra: la ocasion fue que los nuestros habian echado por tierra los años pasados casi todos los castillos de aquel reyno, y el año antes de este para acudir á las comunidades despojado aquel reyno de artillería y de soldados. El Rey Francisco de Francia con deseo que tenia de restituir á Enrique de Labrit en el reyno de sus antepasados, y por no dexar pasar la buena ocasion que para esto se ofrecia, envió un grueso exército por aquella parte, y por su caudillo á Andres Esparroso hermano menor de Odeto señor de Lotrech. Entrado que hubo, todo lo halló facil y llano: hasta la misma ciudad de Pamplona cabeza del reyno, por haberla desamparado el virrey don Antonio Manrique, sin dilacion la reduxo en su poder. Quedaba por España el castillo, batíanle los

franceses: Iñigo de Loyola persona noble y principal en Guipúzcoa, á la sazon soldado, y despues fundador de la compañía de Jesus, que allí estaba, fue herido: una bala arrancó una piedra que le quebró una pierna, y le hirió la otra, de que llegó á lo postrero de la vida: herido que fue Iñigo, el castillo se rindió á partido. El capitan frances ensoberbecido con la prosperidad, y no contento de recobrar aquel reyno, se metió por tierras de Castilla, y estuvo muchos dias sobre Logroño. Acudieron los nuestros, y con su venida le forzaron á levantar el cerco; y demas desto cerca de Pamplona en un lugar llamado Noayn, no lexos del puerto de Reniega, le vencieron y prendieron en una batalla que le dieron. Resultó que desbaratado el exército frances, el reyno de Navarra con la misma ciudad de Pamplona volvió y se reduxo al poder y señorío de España.

Grande fue la pesadumbre que por este mal suceso recibió el Rey de Francia. Determinó de vengarse con enviar otro exército por la parte de Vizcaya debaxo de la conducta de su almirante, que se apoderó de Fuente-Rabía villa muy fuerte en la frontera de Francia. Sucedieron grandes trances en estos encuentros: vínose muchas veces á las manos, y en conclusion la villa se recobró por los nuestros.

Doña Beatriz hija menor del Rey de Portugal, concertada con Carlos duque de Saboya, en una armada por mar fue adonde su esposo estaba. La alegria de este casamiento no duró mucho á causa que el mismo Rey de Portugal pasó desta vida por el mes de diciembre. Su cuerpo enterraron en el monasterio de Belen que él mismo edificó junto á Lisboa, y dedicó para las sepulturas de los Reyes. Sucedióle su hijo don Juan Tercero deste nombre.

Por el mismo tiempo á dos de diciembre fallecio

en Roma el Pontífice Leon, cuya memoria fue entonces y adelante agradable por haber restituido la paz á Italia, por el favor que dió á los estudios de las letras, y en particular reparado la universidad de Roma con cathedráticos de las artes liberales y de las sciencias, que con grandes premios hizo buscar y traer de todas partes. Con todo esto le tachan de ser dado á sus deportes mas de lo que aquel lugar pedia, y de haber pretendido aumentar sus parientes, primero á su hermano Juliano, y despues de él muerto á Lorenzo su sobrino hijo de otro hermano suyo llamado Pedro. Para efectuallo intentó despojar al duque de Urbino Francisco María de aquel estado; pero la muerte del uno y del otro, conviene á saber del hermano y sobrino desbarató sus trazas. La genealogía de esta familia de Médices quiero poner en este lugar.

El gran Cosme de Médices, que vivió en Florencia cien años antes de este tiempo en que vamos, tuvo un hijo llamado Pedro, y dél por nietos á Lorenzo y á Juliano. Hijos de Lorenzo fueron Pedro, y Juan que fue el Papa Leon, y el tercero por nombre Julian. El primer Julian hermano de Lorenzo tuvo un hijo natural, y que nació despues de muerto su padre, que se llamó Julio, que tambien poco adelante fue Pontífice y se llamó Clemente Séptimo. Pedro hermano del mismo Leon tuvo un hijo, que se llamó Lorenzo el mas mozo, y como lugarteniente de su tio el Pontífice Leon fue general de sus gentes. Este de una concubina tuvo á Alexandro duque de Florencia los años adelante, y de su muger Madalena de Boloña dexó á madama Cathalina, que vino á ser Reyna de Francia, por donde la familia de los Médices ha emparentado con muchas familias reales. El segundo Julian hermano del Papa Leon tuvo un hijo por nom-

bre Hypólito, que adelante fue cardenal: su tio el Papa Clemente le dió el capelo. Bastará haber desto avisado.

AÑO 1522.

A diez de enero el cardenal Adriano, aunque flamenco de nacion y ausente, fue elegido en el cónclave por Pontífice. Estaba á la sazon ocupado en el gobierno de España: tomóle la nueva de su eleccion en la ciudad de Victoria, donde estaba con intento de dar calor á la guerra contra Francia y recobrar á Fuente-Rabía; pero sabida su eleccion, luego se apresuró para pasar á Italia, dado que no llegó á Roma hasta estar ya adelante el verano. Su pontificado fue breve, porque no pasó de veinte meses; su erudicion, virtud y prudencia fueron muy grandes: no mudó el nombre que antes tenia, y asi se llamó Adriano Sexto; canonizó á San Antonino arzobispo de Florencia, y á Benon obispo que fue antiguamente de Misna. A tres de hebrero lunes dia de San Blas los reales debaxo la conducta del arzobispo de Bari vencieron en Toledo á los comuneros que tenian tyranizada aquella ciudad; con la qual victoria se puso fin á las comunidades.

El Emperador don Carlos, dexando en Alemaña á su hermano don Fernando con nombre de vicario del imperio, se partió para España con intento de sosegar estos reynos, y dar en todo orden. Llegó con su armada á Santander á diez y seis del mes de julio.

Christierno Rey de Dinamarca estaba casado con doña Isabel hermana del nuevo Emperador: privóle de su reyno Federico tio suyo, por donde fue forzado recogerse á Flandes, donde estuvo desterrado por tiempo de diez años, que fue todo lo que le duró la vida. Dexó dos hijas legítimas, Isabel y Christierna;

la primera casó con Alonso duque de Lorena, la segunda con el duque de Milán Francisco Sforcia.

AÑO 1523.

El Pontífice Adriano concedió á los Reyes de España don Carlos y sus sucesores autoridad de nombrar y presentar los que hubiesen de ser obispos en aquellos reynos: expidióse la bula á seis del mes de setiembre. Concedió otrosí que perpétuamente pudiesen tener en administracion los maestrazgos de las tres ordenes militares, cosa que los Pontífices pasados habian concedido, pero por tiempo limitado. Falleció el Pontífice en Roma á doce del mismo mes de setiembre cargado de cuidados y pesadumbre, en particular por haberse los turcos apoderado el año pasado de la isla de Rhodas con un cerco muy apretado que duró ocho meses. En esta vacante falleció en Roma á diez y seis de diciembre el cardenal don Bernardino de Carvajal obispo que fuera primero de Astorga, despues de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza y de Plasencia. Sobrino deste cardenal fue el obispo de Plasencia don Gutierre de Carvajal, el qual hubo aquel obispado por regreso y renunciacion del dicho su tio. Padres del obispo don Gutierre fueron el licenciado Francisco de Vargas tesorero del Rey, y doña Inés de Carvajal. Falleció otrosí este año don fray Diego de Deza natural de Toro y maestro del príncipe don Juan; fue obispo sucesivamente de Salamanca y de Jaen y de Sevilla, inquisidor general, y electo de Toledo. Publicó en su nombre los escritos de Capreolo sobre el Maestro de las Sentencias, añadidas pocas cosas. Pusieron en lugar de Adriano á veinte de diciembre el cardenal Julio de Médices primo hermano que era del Papa Leon Décimo: llamóse

en el pontificado Clemente Séptimo, gobernó la iglesia diez años, diez meses y siete dias. Confirmó la orden de los Teatinos con nombre de la congregacion del divino Amor: fundáronla Pedro Garrafa obispo Teatino y otras personas pias: no traen hábito diferente de los demas sacerdotes, ocúpanse en cantar las horas canónicas, el género de vida es retirado, huyen ocupaciones exteriores y cuidados.

AÑO 1525.

El Rey don Juan de Portugal casó con doña Cathalina hermana del Emperador don Carlos: las bodas y fiestas se hicieron en Estremoz á cinco de hebrero muy señaladas. Procedieron deste matrimonio muchos hijos, sus nombres Alonso, María, Cathalina, Beatriz, Emanuel, Philipe, Juan, Antonio. De todos solos el príncipe don Juan y la infanta doña María llegaron á edad de poderse casar, y aun ellos mismos murieron al principio de sus casamientos.

El Pontífice Leon el mismo año que falleció, hizo liga con el Emperador don Carlos con intento de juntar con él sus fuerzas y echar los franceses de Italia, con condicion que por el reyno de Nápoles pagase cada un año dia de San Pedro no solo la hacanea como antes solia, sino tambien siete mil escudos, y que el reyno de Sicilia reconociese el feudo sin pagar al año mas de quince mil ducados, como antes acostumbraba. Fuera desto que hasta que pagase lo que en la guerra se gastase por el Pontífice, quedasen por él las ciudades de Parma y Plasencia sin descontar del principal lo que rentasen cada año; lo demas del estado de Milán se diese á Francisco Sforcia. Con esta determinacion Próspero Colona general de todo el exército, y Federico marques de Mántua, caudillo

de las gentes del Papa, vencieron y echaron de aquel estado los franceses, y Francisco Sforcia quedó por duque de Milán. Sucedió un nuevo inconveniente á la parte de Francia, y fue que Carlos de Borbon hijo de Gilberto duque de Mompensier, desabrido con el Frances, se pasó á la parte del Emperador, y con sus gentes que le dió, se metió por la Francia hasta Marsella. Irritado el Rey de Francia por la una y por la otra causa, pasados los Alpes con un grueso exército, recobró á Milán y casi todo lo demas de aquel estado. Pero como se pusiese sobre Pavía, donde estaba Antonio de Leyva con buena guarnicion de alemanes, acudieron los capitanes del Emperador, esto es Carlos de Lanoy visorrey de Nápoles, y Carlos de Borbon y el marques de Pescara Hernando Dávalos, por cuyo valor fue el Rey vencido en batalla con gran estrago de su gente, y preso, le enviaron á España. Prendieron otrosí al Rey de Navarra Enrique Labrit, pero con dádivas que dió al que le guardaba, se escapó del castillo de Pavía donde estaba. Fue en esta batalla muerto el marques de Civita de Santangel por nombre Fernando Castrioto, bisnieto del grande Escanderberchio señor que fue de Epiro y de los turcos espanto. Cortáronle las riendas por no llevar cadenas, que fue grande descuido: el caballo desapoderado le metió en medio de los enemigos, donde el mismo Rey de Francia del golpe de una lanza le mató. Dióse la batalla á veinte y quatro de hebrero, viernes fiesta del apóstol San Mathías.

AÑO 1526.

Quedó con esto Europa sosegada y libre de los males de la guerra. El Rey Francisco de Francia estaba en España preso en el castillo de Madrid. Su

madre Aloisía que gobernaba el reyno, con deseo que tenia de ver á su hijo puesto en libertad, envió á su hija madama Margarita, que estuvo casada con Carlos duque de Alanzon, para que fuese á España á tratar de algun concierto: dióse tan buena maña que á catorce de enero se hizo asiento y confederacion entre aquellos dos príncipes con estas condiciones: que de alli adelante los flamencos no pudiesen apelar para los Reyes de Francia: que el Frances desistiese de la pretension de Milán, de Génova y de Asta: que restituyese al Emperador á Borgoña: demas desto casase con la Reyna viuda de Portugal doña Leonor hermana del mismo Emperador, y por dote le señalaron docientos mil ducados: que perdonase á Carlos de Borbon, y en lo que tocaba á las diferencias que tenian, estuviese con él á derecho.

Era Borbon casado con Susana nieta de Ludovico Onceno Rey de Francia, hija de Pedro duque de Borbon y de Ana hija mayor del dicho Rey, al qual Carlos el postrero de los duques de Angers en su testamento dexó los estados que posecía en Francia, y fuera desto el derecho que pretendia al reyno de Nápoles. El hijo de Ludovico, que fue el Rey Carolo Octavo de Francia, no dexó sucesion alguna: por esto el de Borbon dado que desistia de pretender el reyno por no ser el deudo mas cercano por línea de varon, pero pretendia que todos los estados que por otros caminos se habian allegado á aquella corona, pertenecian á su muger como á parienta mas cercana de los Reyes pasados; y muerta ella sin hijos, queria quedarse con el ducado de Borbon como el pariente mas cercano de su suegro por via de varon; pero la madre del Rey alegaba ser ella sobrina hija de hermana del susodicho Pedro de Borbon. Esto prevaleció.

Asentada la confederacion, el Rey de Francia partió de España con dexar en su lugar, como estaba concertado, en rehenes y para seguridad que cumpliria lo prometido, dos hijos suyos, Francisco el mayor que era delphin, y Enrique el segundo.

Al mismo tiempo en Sevilla á tres de marzo se celebraron las bodas del Emperador don Carlos y de doña Isabel hermana mayor del Rey de Portugal. Acompañaron á la novia desde la raya de Portugal don Fernando de Aragon duque de Calabria ya puesto en libertad, y el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca, como queda dicho, puesto en lugar del cardenal Guillermo de Croy.

Las gentes del César habian echado y despojado de Milán al duque Francisco Sforcia: achacábanle que no guardaba fidelidad, y que tenia inteligencias contra el Emperador. El Pontífice Clemente para restituille en aquel estado, y ofendido grandemente porque en España se decretára por ley que los beneficios no se diesen á extrangeros, y que el consejo real exâminase las bulas del Papa, asentó liga con el Frances y venecianos: convidó otrosí al Rey de Inglaterra, y aun demas desto dió intencion al marques de Pescara don Fernando Dávalos á la sazon gobernador de Milán, si se juntaba con ellos, de hacerle Rey de Nápoles, del qual reyno pretendia apoderarse por las armas: intentos que acarrearon muchos y grandes males. En medio destas pláticas falleció el de Pescara, y porque no dexó hijos, le sucedió en el estado su primo el marques del Vasto don Alonso Dávalos.

El gran Turco Soliman sucesor de su padre Selim en una batalla que se dió cerca de la ciudad de Buda, desbarató á Ludovico Rey de Hungría, y por su muerte, que se ahogó en una laguna huyendo despues de

la rota, no solo se perdió aquella ciudad, pero por muchas diferencias que resultaron sobre quién debia suceder á aquel Rey, toda la república padeció grandes males. Fue asi que parte de la nobleza queria á don Fernando de Austria por estar casado con hermana del Rey muerto, parte á Juan Vayvoda, donde resultaron guerras muy largas. La Reyna viuda doña María por quedar sin hijos dió la vuelta á Flandes.

AÑO 1527.

Por gentes que el cardenal Pompeyo Colona y Vespasiano Colona levantaron en la campaña de Roma, y con acudirles desde Nápoles don Hugo de Moncada visorrey que era en aquella ciudad, puso al Papa Clemente los meses pasados dentro de Roma en tanto aprieto que apenas pudo poner su persona en cobro, sin ser parte para que los soldados no saqueasen el sacro palacio. Despues este año Carlos de Borbon con parte del exército imperial partió de Lombardía la vuelta de Roma con intento de dar á saco aquella santa ciudad. Saliéronle al encuentro el duque de Urbino y Janetin de Médices, padre de Cosme que adelante fue duque de Florencia; pero venciólos al pasar el rio Mincio, donde tambien Janetin de Médices fue muerto. El mismo Borbon á la entrada de Roma de un arcabuzazo que del muro le tiraron, murió; y sin embargo los soldados siguieron su intento y saquearon la ciudad de Roma; juntamente pusieron cerco al castillo de Santangel, donde el Pontífice y los cardenales se retiraron.

Grande daño fue este, y afrenta muy grave del nombre christiano. Estaba el Emperador en Valladolid quando le llegó la nueva de este desastre: hizo alli parar los regocijos y fiestas que se hacían por ha-

berle nacido el príncipe don Philipe en aquella villa á veinte del mes de mayo, que fue muestra de su grande religion, y de que aquel tan grande desorden no sucedió por su voluntad. Al contrario los florentines por el odio que tenian al Pontífice, y por verle apretado, echaron de su ciudad la casa de Médices, principalmente á Hypólito y á Alexandro que eran las cabezas de aquel linage, que fue ocasion trocadas adelante las cosas que perdiesen la libertad, y tambien de que Enrique Rey de Inglaterra movido de la nueva de aquel caso se declarase por el Pontífice y por la liga de que se hizo mencion: el Frances envió por su general á Odeto señor de Lotrech, el qual pasado en Italia con sus gentes y las de los venecianos se apoderó en el estado de Milán de Alexandría y de Pavía ciudades harto principales.

Con Enrique de Labrit Rey que se decia de Navarra, casó Margarita hermana del Rey Frances: deste matrimonio nació Juana, que heredó los estados de su padre á falta de hijo varon. Fue grande la pertinacia que esta hembra tuvo en la heregía: creo yo por ocasion que los Pontífices romanos quitaron el reyno de Navarra á sus antepasados.

AÑO 1528.

En Madrid los estados del reyno juraron al niño don Philipe por príncipe y heredero de aquellos reynos de su padre. Quexábase el Emperador don Carlos por sus cartas que el Frances no guardaba su palabra, ni cumpliera lo que prometió tan de propósito al tiempo que estuvo preso en España. Envió el Frances un rey de armas á desmentille, y desafialle á hacer con él campo de persona á persona. Comunicóse el negocio con los grandes. Respondió el Emperador á

veinte y quatro de junio con sus cartas, en que aceptaba el desafio y señalaba lugar; pero el Frances fue mas recatado, que ni quiso abrir las cartas, ni dar audiencia al rey de armas que para este efecto iba desde España, por razones que no le debieron faltar.

Entretanto el señor de Lotrech despues que con sus gentes invernó en Bolonia, marchó la vuelta de Nápoles. Púsose sobre aquella ciudad con grande esperanza de apoderarse de todo aquel reyno, quando de repente tal peste sobrevino en sus reales que pereció gran parte de su exército hasta el mismo general: otros fueron presos, entre los quales uno fue el conde Pedro Navarro, y lo que le quedó de la vida, le hicieron pasar en una dura prision.

Movido de este desastre y desgracia Andrea de Oria ginoves de nacion, y que era general de la armada francesa, se pasó á la parte del César, y adelante puso en libertad á su patria, vencidos y echados della los Fregosos; por lo qual y por sus muchas victorias ganó renombre inmortal.

AÑO 1529.

Deseaba el Emperador don Carlos pasar por mar en Italia para tomar la corona del imperio de mano del Pontífice. Con este intento se reconcilió con él, aunque despues de tantos agravios y desabrimientos: prometió de dar por muger á su hija madama Margarita, habida fuera de matrimonio, á Alexandro de Médices sobrino del Papa, demas de esto que haria tanto que la casa de Médices volviese á su patria. Junto con esto renovó la confederacion con el Rey de Francia por sus embaxadores, que para esto fueron á Cambray ciudad de la frontera de Flandes y de Francia. Envió los hijos á su padre por dos millones

de oro que pagó el Frances por su libertad: con ellos partió tambien su hermana doña Leonor para casar con el Rey de Francia. Desde este tiempo los estados de Flandes quedaron del todo libres y exêmptos de la jurisdiccion y señorío de Francia, y al contrario los franceses se quedaron con el ducado de Borgoña.

Restaba concertarse con Portugal por la diferencia que tenian sobre las islas Malucas: pareció el mejor camino que el Rey de Portugal prestase al Emperador trecientos y cincuenta mil ducados, con tal que hasta que aquel dinero fuese pagado, los castellanos desistiesen del trato y pretension de aquellas islas.

Concluídas estas cosas, el Emperador pasó por mar á Italia. El gran Turco Soliman á instancia de Juan Vayvoda puso sitio sobre Viena de Austria; pero defendióla muy bien Philipe Conde Palatino que se hallaba dentro con buena guarnicion de soldados.

AÑO 1530.

Estaban en Roma á causa de las desgracias pasadas y del saco mal parados los ciudadanos y desabridos; por esto pareció, y acordaron que la coronacion se hiciese en Boloña: fue grande el concurso de gente que acudió, muchos los regocijos, la representacion de magestad extraordinaria, con que el mismo dia de Santo Mathía, que era en el que nació el Emperador don Carlos, fue llamado Augusto, y coronado de mano del Pontífice: intercedieron el Pontífice y venecianos para que el ducado de Milán se volviese á Francisco Sforcia. Hízose asi con darle por muger á Christierna hija del Rey de Dinamarca, sobrina del Emperador. Demas de esto se le mandó que pagase novecientos mil ducados, y que entretanto que lo cumpliese, la ciudad de Como y el castillo de Milán se tuviesen por César. Al marques de Mántua fue

dado título de duque; y por quanto el Pontífice y duque de Ferrara estaban diferentes sobre las ciudades de Regio y de Módena, el Emperador como juez árbitro oidas las partes las consignó al de Ferrara.

Con esto se partió para Alemaña donde tenia convocada dieta de los príncipes de Alemaña para la ciudad de Augusta para los ocho de abril. Lo que principalmente se pretendia, era reducir á los hereges, como en otras dietas se habia intentado. Fue poco lo que se hizo en esta parte, solamente los hereges presentaron por escrito cierta confesion de su fé, que del lugar se llamó adelante la confesion Augustana. El que la compuso, fue Philipe Melancton hombre docto, y grande herege.

Demas de esto las gentes de César con un largo cerco que pusieron sobre Florencia, quebrantaron de tal manera los brios de aquella ciudad que no solo los Médices fueron restituidos á su patria, sino tambien quedó por duque de Florencia Alexandro de Médices, y los Florentinos con tanto quedaron de todo punto despojados de su antigua libertad. Los principales caudillos en esta guerra fueron Philiberto príncipe de Oranges, y Alonso Dávalos marques del Vasto, y tambien de Pescára por muerte de su primo don Fernando.

Margarita tia del Emperador falleció en Malinas ciudad de Flandes primero de diciembre. Era gobernadora de aquellos estados: por su muerte sucedió en aquel gobierno doña María Reyna de Hungría viuda, que en lugar y por orden de su hermano el Emperador tuvo aquel cargo muchos años.

AÑO 1531.

A instancia del Emperador el arzobispo de Maguncia, á quien esto toca, convocó para la ciudad de

Colonia los electóres del imperio para que alli nombrasen Rey de romanos. Fue asi que el dia señalado por consentimiento de todos los votos salió nombrado don Fernando archiduque de Austria Rey de Bohemia y de Hungría. Solo Federico duque de Saxonia no vino á la eleccion, y por medio de su hijo protestó de nulidad en todo lo que se hizo. Siguieron este mismo partido los príncipes de Baviera, pero el año siguiente consintieron en la eleccion por respeto del Emperador. Lo mismo hizo poco despues el duque de Saxonia, luego que en la dieta de Ratisbona concedieron libertad en lo que tocaba á la religion.

En muchas partes tembló la tierra, en Flandes principalmente, rotos los diques, muchos lugares enteros quedaron anegados con las olas de la mar, donde hasta este tiempo se veen las torres de los templos que estan en pie. La mayor fuerza deste mal cargó en la ciudad de Lisboa, tanto que el Rey porque no le tomase la casa debaxo, por muchos dias fue forzado á alojarse en tiendas y pabellones en el campo. La madre por donde corre el rio Tajo se hinchó de tal manera, que apartándose las aguas de la una y de la otra parte, parecia resultar una manera de isla.

En Inglaterra la religion antigua y cathólica se comenzaba á alterar con esta ocasion. El Rey Enrique habia comenzado á poner los ojos en Ana Bolena por no saber enfrenar sus apetitos. Pretendia, repudiada su muger la Reyna doña Cathalina con color que estuvo casada con su hermano Artus, tomarla por muger: lo uno y lo otro puso en efecto el año siguiente, dado que en su legítima muger tenia una hija llamada doña María. El Pontífice contradecia todo esto, y no queria aprobar estos intentos. Por esto el Ingles mandó so graves penas á todos sus vasallos que no acudiesen á Roma; que era todo abrir la zanja,

y echar los cimientos del scisma pestilencial que se siguió, y de la desventura de Inglaterra.

Entre los esguízaros otrosí resultaron guerras civiles entre hereges y cathólicos. Vinieron á las manos en tierra de Tiguri ó Zurich, que es uno de aquellos cantones: la victoria quedó por los cathólicos, dado que eran menos en número. Murió en la batalla Zuinglio: en Basilea Ecolampadio hallaron muerto en su lecho por el mes de noviembre; eran entrambos cabezas principales de aquella secta malvada de sacramentarios.

AÑO 1532.

Trataba el gran Turco Soliman de acometer el reyno de Hungría: para hacerle resistencia el Emperador don Carlos convocó por su edicto los príncipes de Alemaña para tener dieta en Ratisbona; tratóse de acudir á esta necesidad y proveer de gentes y de dinero. Para salir con esto á los hereges se les concedió libertad de conciencia, con que se allanaron y acudieron al socorro: tambien el Pontífice envió buen número de italianos debaxo la conducta del cardenal Hypólito de Médices; lo mismo hizo el Rey de Portugal, que envió gente de socorro. Con esta diligencia se juntaron como veinte mil caballos y ochenta mil infantes: asentaron sus reales cerca de Viena donde pretendian acudir los turcos; el caudillo de toda esta gente era el mismo Emperador. El bárbaro luego que tuvo aviso de la gran voluntad con que tantas naciones acudian, dado que tenia mucho mayor número de gente, desconfiado de sus fuerzas, sin atreverse á dar la batalla, contento de haber talado y saqueado lo de Hungría y parte de Austria, sin hacer otro efecto, antes con pérdida de muchos de los suyos dió la vuelta para donde vino.

Por el mismo tiempo Andrea de Oria con la armada imperial de las galeras pasó á la Morea, donde ganó á los turcos las ciudades de Coron y Modon.

Falleció Juan Federico duque de Saxonia gran favorecedor de Martin Lutero: sucedióle su hijo que tenia el mismo nombre, y fue tan grande herege como su padre.

El César, compuestas las cosas de Alemaña, baxó en Italia, donde en Boloña se vió con el Pontífice, y hizo con él liga contra los turcos. Junto con esto para remedio de las heregías se trató de convocar un concilio general, dado que el principal intento destos príncipes era de impedir la entrada del Frances en Italia, ca se entendia que si no era recobrando á Milán, nunca sosegaria.

AÑO 1533.

No parece habia llaneza en estas pláticas, porque luego que el Emperador don Carlos se partió y volvió á España, el Pontífice Clemente por mar, y el Frances por tierra se juntaron en la ciudad de Marsella. Sospechábase que desta junta resultarian nuevas guerras y alborotos en Italia: con la muerte del Pontífice que luego se siguió, se cubrieron ó desbarataron todos estos intentos. Solo se efectuó que Cathalina hija de Lorenzo de Médices casó con Enrique hijo del Frances, que adelante por muerte del delphin su hermano mayor que se llamó Francisco, vino á ser primero delphin y despues Rey de Francia. El dote fue ciertos pueblos en Alvernia, y gran cantidad de dinero.

AÑO 1534.

Falleció don Alonso de Fonseca arzobispo de To-

ledo á quatro de hebrero: sucedió en aquella iglesia en su lugar el cardenal don Juan Tavera.

El Papa Clemente luego que dió vuelta de Francia, con una enfermedad larga que le sobrevino, dada orden en sus cosas y en las de la ciudad de Roma, falleció en aquella ciudad á veinte y quatro de setiembre. Sucedióle á quince de octubre el cardenal Alexandro Farnesio natural de Roma, exercitado en todos los grados y oficios de la corte romana. Llamóse Paulo Tercero: gobernó la iglesia quince años, y veinte y ocho dias. En su mocedad fuera de matrimonio tuvo á Pero Luis y á Constancia: hijo de Pero Luis fue Alexandro Farnesio, de Constancia Guido Sforcia, á los quales dió el capelo en la primera creacion que hizo de cardenales. Hermanos de Alexandro Farnesio fueron Octavio que fue adelante duque de Parma, y Raynucio caballero de San Juan, que los años siguientes hizo tambien cardenal.

En Inglaterra por el mes de noviembre se promulgó una ley, en que quitaban toda la autoridad y poder al Pontífice romano, y el Rey quedaba declarado por cabeza de la iglesia de Inglaterra. Los que contradixeron, como fueron los Cartuxos, Juan obispo Roffense, y Thomás Moro chânciller que fue antes de aquel reyno, pagaron con las cabezas, porque se tenia por gran pecado ser constantes en la fee verdadera. Un cosario famoso, llamado Ariadeno Barbaroxa, se habia hecho Rey de Argel, y despues siendo general de las galeras y armada turquesca, se apoderó en las riberas de Africa de la ciudad de Tunez con echar del reyno al Rey Mulcasse.

AÑO 1535.

El Emperador don Carlos con intento de ayudar

á este Muleasse que se acogió á su amparo, juntada una gruesa armada, se hizo á la vela desde Barcelona á treinta de mayo. Partió en su compañía el infante don Luis de Portugal con algunos galeones bien aprestados que el Rey su hermano le dió para este efecto. Abordaron con buen tiempo á la ribera de Africa, donde en la entrada del puerto de Tunez se apoderaron por fuerza de la Goleta, castillo muy fuerte y muy pertrechado, y tambien de la ciudad de Tunez por el mes de julio. La ciudad fue entregada al Rey Muleasse: en la Goleta quedó don Bernardino de Mendoza con mil soldados de guarnicion. Hecho esto, el Emperador dió la vuelta á Sicilia, y desde alli pasó á Nápoles.

Mientras que esto pasaba, el Rey de Francia pasados los Alpes tomó al duque Carlos de Saboya la ciudad de Turin con otros muchos pueblos del Piamonte, de donde resultaron grandes desabrimientos, especialmente que por el mismo tiempo el duque Francisco Sforcia á causa que no tenia hijos, estando á la muerte nombró por heredero de aquel estado al César don Carlos.

AÑO 1536.

Desde Nápoles pasó el César á Roma donde en presencia del Pontífice y de los cardenales con palabras muy graves se quexó del Rey de Francia: fue tanta la cólera y alteracion que le desafió á tener y hacer campo con él. Sucedió esto el segundo dia de Pascua de Resurreccion. Pocos dias despues partido de Roma se metió por la Francia con un grueso exército: llegaron hasta Marsella ciudad de la Proenza; y dado que se pusieron sobre ella, sin hacer efecto fueron forzados á dar la vuelta. En esta jornada fue

por ciertos villanos desde una torre muerto el insigne poeta castellano Garcilasso de la Vega: sintió mucho el Emperador esta desgracia; hizo abatir la torre, y ahorcar todos aquellos villanos. Tambien falleció de enfermedad Antonio de Leyva capitan de gran cuenta y fama, y general en aquella jornada.

Sucedieron en este año otras tres cosas memorables, la primera que Francisco delphin de Francia falleció á diez de agosto, dudóse si con yerbas ó de enfermedad ordinaria: la segunda, en Colonia de Alemaña se tuvo un concilio provincial en que presidió Hermano arzobispo de aquella ciudad; mas siete años adelante se declaró por los luteranos, que fue causa de que el Pontífice Paulo Tercio le privó de aquella dignidad, y puso en su lugar á Adolfo: la tercera fue la muerte de Erasmo Roterodamo, que falleció en Basilea en edad de setenta años, persona de mayor erudicion y fama que digna de ser alabada.

En Inglaterra á 29 de mayo Ana Bolena, dado que tenia el Rey en ella una hija llamada Isabel, fue acusada y convencida de adulterio, y pagó con la cabeza. Entró en su lugar Juana Semera; mas el año luego siguiente falleció de parto: el hijo vivió, y se llamó Eduardo. Casó el Rey despues desto con Ana hermana del duque de Cleves, con la qual poco despues hizo divorcio, habiendo promulgado una ley que fuese lícito apartar los matrimonios. Con esto casó la quinta vez con Cathalina Havarda; pero hízola morir por adúltera, y porque antes que el Rey se casase con ella, perdió su virginidad. Ultimamente casó con una señora viuda llamada Cathalina Parra: este matrimonio no se disolvió á causa de la muerte del Rey que poco adelante se siguió.

El duque Alexandro de Médices fue en Florencia muerto á seis de enero por traycion de Lorenzo de Médices deudo suyo. Los ciudadanos por su muerte nombraron por duque de Florencia á Cosme de Médices de aquella casa y linage, y pariente del muerto, aunque de lexos.

El Emperador don Carlos tuvo dieta del imperio en Wormacia, donde se publicó un edicto contra los luteranos; pero no fue de provecho alguno por estar aquella gente alterada y para tomar las armas. Deseaban todos un concilio general, pero ofrecíanse grandes dificultades; sin embargo el Pontífice con grande constancia señaló para tener el concilio primero á Mántua, despues á Vincencia por ser ciudades de Italia, pero no lexos de Alemaña. Los hereges pretendian que el Pontífice como reo no podia ser juez, ni tampoco los obispos como personas que le estaban por juramento obligadas. Pedian que el concilio fuese libre y en Alemaña: sus intentos y lo que pedian, no se entendia bastantemente, porque quién podia sufrir que ellos fuesen jueces, sea por ser reos, sea por ser acusadores? excluir á los obispos fuera contra todo lo que antiguamente se usó; pues hacer jueces á los príncipes seglares en negocios de la fé y de la religion aun ellos mismos no lo aprobaban, porque mal puede juzgar el ciego de lo que no sabe: lo mas cierto es que todo era entretener con engaño y querer burlarse en negocio tan grave.

Tenia el gobierno de Egypto en lugar del gran Turco un eunuco llamado Soliman. Este por mandado de su señor con una armada de ochenta velas que se aprestó en el mar Roxo, salido con ella en el mar Océano, se puso sobre el castillo de Dio fuerza muy

importante en el reyno de Cambaya, todo con intento de echar á los portugueses de la India, y quitalles el trato de la especiería: grandes combates y asaltos le dieron; pero los portugueses fueron tan valientes que los turcos sin salir con lo que pretendian, volvieron atrás.

Por el mismo tiempo el Pontífice en Roma señaló nueve cardenales para que considerasen todo lo que tenia necesidad de reformacion. Ellos compusieron un libro, en que comprehendieron muchas cabezas y materias en este propósito. Tratóse otrosí de hacer liga contra los turcos: asentaron que el Pontífice, Emperador y venecianos juntasen sus armadas para este efecto, y porque el Frances no impidiese estos intentos, se trató que se juntasen estos príncipes, y tuviesen habla en Niza ciudad de la Proenza.

AÑO 1538.

Como todos viniesen en esto, el Pontífice dado que era muy viejo, se apresuró para ir allá: el César vino de España por mar, por tierra el Rey de Francia: la junta fue por el mes de mayo. Despues de muchos dares y tomares no se pudo asentar la paz, solo se concluyeron treguas por espacio de diez años. Tampoco se pudo concluir que el Frances y el César se viesen. Solo el Emperador prometió de casar su hija madama Margarita, que estuvo casada con el duque Alexandro de Médices, con Octavio Farnesio nieto del Pontífice.

Verdad es que á la vuelta del Emperador á España, se vió de camino con el Frances en Aguas muertas. Estuvieron juntos dos dias, y habláronse en secreto diversas veces. La cosa de mayor importancia que se concluyó, fue que el Rey de Francia perdonase y recibiese en su gracia á Andrea de Oria.

El qual con las galeras imperiales, y con las del Pontífice y venecianos en el golfo Ambracio, que es en el Albania cerca de la Morea, y hoy se llama el golfo de Larta, tomó á los turcos á Castelnovo; pero como acudiese Barbaroxa con la armada turquesca, cerca de Prevesa y del promontorio Accio sin hacer cosa de momento fueron los nuestros desbaratados, y huyeron del enemigo. Desta manera todos aquellos aparejos y intentos salieron vanos, hasta el mismo Castelnovo volvió el año siguiente á poder de los turcos con grande estrago de los soldados españoles que alli quedaron de guarnicion. Los venecianos otrosí concertaron treguas con el Turco, de que les resultó con él una larga paz.

En Inglaterra quemaron los huesos do Santo Thomás Cantuariense, derribaron los monasterios, los monges y frayles forzados á mudar hábito, y vestirse como seglares ó clérigos.

AÑO 1539.

A primero de mayo en Toledo en las casas de los condes de Fuensalida falleció la Emperatriz doña Isabel: su cuerpo llevaron á Granada. El Emperador estuvo retirado en el monasterio de la Sisla, que es de Gerónimos. Quedaron desta señora tres hijos: el príncipe don Philipe, y las infantas, doña María que casó adelante con el Emperador Maxîmiliano Segundo deste nombre, y doña Juana, que fue muger del príncipe don Juan de Portugal. Los hijos del Emperador fuera de matrimonio fueron don Juan de Austria, el qual hubo despues de viudo; y doña Margarita de Austria, habida antes que el Emperador casase.

Falleció Georgio duque de Saxonia grande ene-

migo de Lutero: sucedióle su hermano Enrique que ya era luterano: hijo deste Enrique fue Mauricio del qual se hablará adelante.

AÑO 1540.

La ciudad de Gante en Flandes estaba revuelta y alterada por cierta nueva imposicion de dineros para los gastos de la guerra. El Emperador para sosegarla se determinó á pasar en aquellas partes: para mayor brevedad hizo su camino por Francia. Saliéronle al encuentro hasta la raya de aquel reyno los dos hijos del Rey, Enrique y Carlos: el mismo Rey desde Orliens hasta París le hizo compañía. Fue grande la resolucion del Emperador en fiarse de su contrario y ponerse en sus manos: dícese que se trató de detenerle; libróle Dios de un peligro tan grande. Llegado á Gante, con castigar á los culpados, y edificar una fortaleza junto á la ciudad, hizo que los demas se sosegasen.

Por el mismo tiempo falleció Juan Vayvoda, que se llamaba Rey de Hungría: dexó un hijo recien nacido llamado Stéphano, para cuya proteccion y defensa los turcos hicieron grandes estragos en el reyno de Hungría.

Ebora ciudad de Portugal fue hecha arzobispal á peticion de aquel Rey y por autoridad del Papa; señaláronle por sufragáneo al obispo de Silves: confirieron aquella iglesia al cardenal don Enrique hermano del Rey, que despues de la muerte del Rey don Sebastian su sobrino vino tambien á reynar.

El Pontífice Paulo confirmó la primera vez y aprobó la religion de la Compañía de Jesus. Expidióse la bula en Roma á veinte y siete de setiembre: fundóla el Santo Padre Ignacio de Loyola guipuzcoa-

no de nacion, persona de mucha santidad, para grande y maravilloso provecho de la república christiana. En este año á doce de setiembre sucedió la memorable batalla que venció á los turcos con armas iguales junto á la isla de Arboran don Bernardino de Mendoza general de las galeras de España, de la casa de Mondejar.

AÑO 1541.

El Emperador, sosegadas las cosas de Flandes, y castigados los de Gante, enderezó su camino para Alemaña: su intento era de reconciliar los hereges con la iglesia. Tuviéronse muchas disputas entre los theólogos, que fuera un remedio saludable, si la obstinacion de los hereges pudiese convencerse por argumento. Habíase el año pasado comenzado en Wormacia entre los theólogos un coloquio á veinte y cinco de noviembre, el qual se iba continuando este año; pero con la venida del Emperador se remitió todo para la dieta de Ratisbona que se comenzó á cinco de abril. Disputaron los theólogos escogidos por la una y por la otra parte: el principal por la parte de los cathólicos fue Juan Eckio, por la de los hereges Philipe Melancton. El cardenal Gaspar Contareno, legado del Papa en esta dieta, con el deseo que tenia de la paz, parece concedió á los contrarios algunas cosas en materia de justificacion y de la transubstanciacion, por donde vuelto á Roma en público consistorio le reprehendió ásperamente el cardenal Pedro Garrafa, que adelante fue Papa y se llamó Paulo Quarto. Todos tuvieron por entendido, por ser la reprehension tan áspera, que hablaba por boca del Pontífice que presente estaba: asi fue mayor la afrenta.

Concluida la dieta de Ratisbona, el César baxó á

Italia: tuvo habla con el Pontífice en Luca ciudad de la Toscana por el mes de setiembre: tratóse en la plática de juntar un concilio general. Partido del Pontífice, pasó á Génova, donde Andrea de Oria tenia una grande armada aprestada, á propósito de ir sobre la ciudad de Argel que está en la costa de Africa. El tiempo no era á propósito por estar el otoño adelante. Los mas y el mismo Pontífice procuraban apartalle de aquel propósito, pero el Emperador estuvo firme. Llegado á las riberas de Africa, á los postreros de octubre con una cruel tempestad que se levantó, perdída grande parte de la armada, sin hacer efecto fue forzado á retirarse á Bugia, desde donde con mucha tristeza pasó al puerto de Cartagena sin sacar provecho alguno, antes gran daño. Fernan Cortés que acompañó en aquella jornada al Emperador, como su galera se fuese á fondo, y él procurase salvarse á nado, se le cayeron de una toalla que llevaba ceñida, dos vasos de esmeralda que se apreciaban en trecientos mil ducados.

AÑO 1542.

Desbarataron el intento que los años pasados tuvo el Papa de juntar concilio, las grandes guerras que se levantaron entre los príncipes; pero al presente un nuevo edicto se publicó en que mandaba el Padre Santo que los obispos de todas partes acudiesen á la ciudad de Trento. Señaló tambien sus legados para presidir, es á saber los cardenales Parisio, Moron y Polo, pero estos intentos tambien se dilataron á causa que el Frances de nuevo hizo guerra contra el Emperador por muchas partes. La ocasion fue que él enviaba por embaxadores al gran Turco un ginoves llamado César Fregoso, y otro español llamado An-

tonio Rincon. Era gobernador á la sazon de Milán Alonso Dávalos marques del Vasto: ciertos soldados españoles conocieron á los embaxadores que iban navegando por el Pó abaxo, aunque disfrazados y en hábito de romeros: echáronles mano, y ahogáronlos en aquel rio. Esto sucedió el año pasado. Túvolo el Rey de Francia por grande desacato, sin parar hasta que se vino á las armas: acometió con un grueso exército las fronteras de Flandes. Fuera desto el mismo delphin Enrique por mandado de su padre puso en la entrada de España sitio sobre Perpiñan; pero fue tan grande el valor de los soldados castellanos del presidio, que le enclavaron la artillería, y con acudir soldados de todas partes fue forzado á retirarse, alzado el cerco.

Era en este tiempo virrey de Navarra Juan de Vega señor de Valverde, de donde en breve pasó á Roma por embaxador donde algunos años residió y hizo prudentemente su oficio: despues gobernó á Sicilia muchos años. Por conclusion vuelto en España fue presidente del consejo real de Castilla, en el qual cargo hizo cosas muy loables. Fue varon muy entero, y tuvo un ánimo muy constante contra los calumniadores, singular prudencia, y piedad y devocion extraordinaria.

A los primeros de diciembre murió el Rey de Escocia Jacobo, Quinto deste nombre: dexó sola una hija llamada María, que poco antes le nació de su segunda muger madama María hermana del duque de Guisa.

En Alemaña, Italia y España fueron tantas las langostas, que volando por el ayre, quitaban el sol.

En Sicilia un grande temblor maltrató muchas ciudades y pueblos, muchos edificios quedaron mal parados: la mayor fuerza deste mal prevaleció en Siracusa ó Zaragoza de Sicilia.

AÑO 1543.

El Emperador don Carlos nombrado que hubo por gobernador de España al príncipe don Philipe su hijo, con quien estaba desposada doña María hija del Rey de Portugal, cuidadoso de las cosas de Italia y de Alemaña pasó con su armada á Génova. Desde alli en Busseto, pueblo entre Placencia y Cremona, se vió con el Papa: tanta era la diligencia y cuidádo que estos príncipes mostraban del bien comun. Trataron sobre la junta del concilio á tiempo que ya los legados del Papa en Trento donde eran llegados, aguardaban que los obispos se juntasen. Tratóse otrosí de hacer paces entre Francia y España, pero no era llegada la sazon. Solo al duque Cosme de Médices fue otorgado que rescatase las fortalezas de Florencia y de Liorno que se tenian por el César, por docientos mil ducados. Habia el Papa dado las ciudades de Parma y Placencia á Pero Luis su hijo: pretendia que el César aprobase esta donacion por ser aquellas ciudades del estado de Milán, pero no lo pudo alcanzar.

El Rey de Francia por la parte de San Quintin trabajaba la frontera de Flandes: por otra parte el cosario Barbaroxa destruido que hubo y quemado la ciudad de Rijoles en el Faro de Mecina, pasó por las riberas de Italia hasta meterse en el puerto de Tolon. Juntóse con él el príncipe de Anguiano: acometieron la ciudad de Niza que cae cerca del estado de Génova, y dado que la tomaron, no pudieron hacer lo mismo de la fortaleza, bien que en aquel cerco gastaron la mayor parte del estío: por esto y porque se decia que Andrea de Oria en breve llegaria con su armada á dar socorro á los cercados, se volvieron á invernar al puerto de Tolon.

AÑO 1544.

Este año á veinte y quatro de enero hubo un eclipse de sol que duró todo el dia: los meses adelante tres veces se eclipsó la luna, cosa que despues del tiempo de Carlo Magno afirman no sucedió jamás.

Las cosas sucedian hora próspera, hora adversamente, porque Barbaroxa como se volviese á Levante, de camino trabajó las riberas del reyno de Nápoles en muchas partes. El miedo fue mayor que el daño, dado que saqueó la isla de Lipari y tomó aquella ciudad, y en las riberas de Sicilia se apoderó de la ciudad de Pati, y la saqueó y quemó: fueron muchos millares de ánimas las que llevó consigo cautivas. Por otra parte el príncipe de Anguiano con un grueso exército se metió por lo de Milán. Salióle al encuentro el marques del Vasto: juntáronse los reales cerca de un pueblo llamado Cariñano, dióse la batalla, que fue muy brava, á catorce de abril: quedó la victoria por los franceses, y con todo esto no pudieron apoderarse del estado de Milán.

El César y el Rey de Inglaterra habian hecho liga, y juntado sus fuerzas en daño de Francia. Entró el Emperador por las fronteras de Flandes: apoderóse de muchas plazas por aquella comarca; pasó tan adelante que llegó cerca de París. Fue tan grande el miedo que aquella gente cobró, que los mas ciudadanos de París desamparaban aquella ciudad, la mas principal de Europa, y se retiraban á otras partes, especial que por el mismo tiempo el Rey de Inglaterra por la parte de Teroana se apoderó de la ciudad de Boloña. En aquella estrechura últimamente se vino á tratar de paz; juntáronse los embaxadores destos príncipes en la ciudad de Suesson, donde asentaron las paces con estas condiciones: Que se

restituyese todo lo que de una y de otra parte habian tomado despues de las treguas que asentaron en Niza: que juntasen sus fuerzas en favor de la religion, y hiciesen liga contra los hereges y contra los turcos: que el Frances se apartase de qualquiera pretension que tuviese en Flandes, en Aragon y en Nápoles: que el César diese por muger á Carlos duque de Orliens, hijo menor del Rey de Francia, una de sus dos hijas, ó alguna de las muchas de su hermano don Fernando: caso que le diese su hija, se obligaba de darle en dote los estados de Flandes con nombre y título de Rey; caso que le diese una hija de su hermano, fuese el dote el ducado de Milán. Tomóse este asiento á veinte y quatro de setiembre, pero no se efectuó cosa ninguna, por la muerte que sobrevino poco despues al dicho Carlos duque de Orliens.

AÑO 1545.

Estaba el príncipe de España don Philipe concertado con doña María hija del Rey de Portugal: celebráronse las bodas el año pasado en Salamanca con grandes regocijos. Fue el duque de Medina Sidonia hasta la raya de Portugal para acompañar la novia, que en breve se hizo preñada, y parió en Valladolid este año á ocho del mes de julio un hijo que se llamó el príncipe don Carlos: fue parto desgraciado asi por la muerte de la princesa que falleció el quarto dia adelante, por donde la alegria de su nacimiento en todo el reyno se aguó con tristeza y con lágrimas, como tambien porque el hijo no llegó á heredar á su padre. El cuerpo de la difunta fue llevado y enterrado en Granada.

El cardenal don Juan Tavera falleció á primero de agosto: en su lugar fue puesto y hecho arzobispo de Toledo don Juan Siliceo, que ya era obispo de

Cartagena: lo uno y lo otro en pago y como premio del trabajo en enseñar las primeras letras al príncipe don Philipe, como maestro que fue suyo. Los años adelante fue tambien cardenal.

Procurábase en Alemaña que los hereges se sugetasen á lo que el concilio de Trento determinase: para este efecto se tuvo dieta imperial en la ciudad de Wormacia. Halláronse presentes el Emperador, y el cardenal Alexandro Farnesio como legado del Pontífice su abuelo. No se pudo efectuar cosa alguna, especial que Lutero con nuevos libros que publicaba, no cesaba de soplar y atizar el fuego. Los hereges pedian coloquio y disputa entre los theólogos: los cathólicos no venian en esto, y pretendian que todo el negocio se remitiese al parecer de los Padres de Trento, por la experiencia que de tantas veces se tenia de quál mal suceden las disputas que en materia de religion en particular se hacen. Todo era abrir las zanjas para la guerra de Alemaña que se siguió poco adelante.

Con esto últimamente los obispos que se juntaban en Trento, dieron principio al concilio y le abrieron al fin deste año. Promulgóse la primera sesion á trece de diciembre: presidian en todo tres legados del Pontífice, que fueron los cardenales Juan María de Monte, Marcelo Cervino y Reginaldo Polo. Los principales entre los theólogos españoles fueron los padres Diego Laynez y Alonso Salmeron de la Compañía de Jesus; de la orden de Santo Domingo los maestros fray Domingo de Soto y fray Melchor Cano: de la de San Francisco fray Alonso de Castro y fray Andres Vega, porque el maestro Francisco Vitoria y el doctor Juan de Medina cathedráticos de prima en Salamanca y Alcalá, excelentes theólogos, ya por este tiempo eran pasados desta vida.

Martin Lutero en Islebio pueblo de Saxonia, donde nació, fue hallado muerto en la cama á diez y ocho de hebrero. Lo mucho que habia comido y bebido, le ahogó en edad que era de sesenta y tres años. Su cuerpo fue enterrado en Witemberga, donde hizo lo mas del tiempo su residencia.

En Viguen falleció de enfermedad don Alonso Dávalos marques del Vasto, y á la sazon gobernador de Milán. En el gobierno le succedió Hernando Gonzaga.

Túvose dieta imperial en Ratisbona, donde hubo disputa entre los cathólicos y los hereges: por los cathólicos se señalaron Malvenda Español y Juan Cochleo, por los hereges Bucero y Brencio. Fue el Emperador á la dieta por el mes de mayo: no se sacó mas provecho con esta diligencia que otras veces, antes fue mayor el desabrimiento, porque los theólogos hereges se partieron á tiempo que apenas se habia comenzado la disputa y los negocios. Los mas de los príncipes, aunque los convidaron, no quisieron venir; los que mas se señalaron, fueron el duque de Saxonia Federico, y el Lantgrave por nombre Philipe. Pareció al Emperador era necesario acudir á las armas: mandó á Maximiliano, conde de Bura, que en Flandes hiciese las mayores levas de gente que pudiese: en Alemaña hicieron lo mismo por el Emperador los marqueses de Brandemburg Alberto y Juan, dado que ellos tambien eran hereges. Hicieron venir á los españoles de Italia juntamente á diez y siete de junio: escribió el Emperador sus cartas á las ciudades de Alemaña, en que les amonestaba no se dexasen engañar, que muchos sin tener respeto á lo que debian, usaban mal de su pa-

ciencia: por tanto le era forzado acudir á las armas. Escritas estas cartas, partió el Emperador de Ratisbona para Baviera: asentó sus reales cerca de un pueblo llamado Lanshust, donde habia llegado buen número de gente, que el Pontífice enviaba en su socorro debaxo de la conducta de sus nietos Octavio y el cardenal Alexandro Farnesio; poco despues llegaron los españoles en número de hasta seis mil. Nombró por general de todo el exército á don Fernando de Toledo duque de Alba. Los contrarios con un grueso exército acudieron á Ingolstadio: eran los principales caudillos el de Saxonia y el Lantgrave, á los quales otros muchos príncipes y ciudades favorecian ó claramente, ó de secreto. Asentaron sus reales en un collado ó ribazo, desde donde dispararon su artillería contra los reales del Emperador que estaban puestos en lugar mas baxo: fue mayor el espanto que el daño. El Lantgrave pretendia pasar adelante, y dar asalto á los reales del César, porque no estaban bien fortificados. No lo executó, que los otros le fueron á la mano: cosa en que estuvo el remedio y vida de los nuestros por no ser en fuerzas iguales á los contrarios, ni llegadas las gentes de Flandes. Luego que llegaron, el Emperador fue marchando con su campo la vuelta de Nerlingo con el enemigo que siempre le iba á las espaldas. A la misma sazon Mauricio duque de Saxonia con ayuda de gente que el Rey don Fernando le envió, se apoderaba de las tierras del duque Federico su primo, como las que estaban dadas en preda; fuera de que por tener los estados mezclados le convenia dar orden como no fuese comun el daño, ni sus vasallos mal tratados por los malos vecinos. Los hereges por acudir á este daño, y por estar muy faltos de bastimentos dieron la vuelta á Saxonia. El Lantgrave se partió para su esta-

do, y se fue á la ciudad de Francfordia. La guerra se hacía muy brava por todas partes: muchos asi príncipes como ciudades caían en la cuenta de su engaño. En particular el conde Palatino Federico, perdída la esperanza que los rebeldes venciesen, tuvo manera para que el Emperador le perdonase de haber ayudado á sus enemigos, y á su exemplo el duque de Witemberga, y las ciudades de Ulma, Francfordia y Augusta hicieron lo mismo, pero á costa de gran dinero que les mandaron pagar para los gastos de la guerra, con otras seguridades que dieron.

AÑO 1547.

Estas cosas se executaban entrante el año siguiente de quarenta y siete al mismo tiempo que Federico duque de Saxonia recobró fácilmente las plazas que el duque Mauricio le tomára, fuera de Lipsia, que della no se pudo apoderar.

Murieron tres príncipes este año, es á saber, la muger del Rey don Fernando llamada Ana, el Rey Francisco de Francia, que falleció á veinte y uno de marzo: vivió cincuenta y dos años; reynó los treinta y dos años: sucedióle su hijo el Rey don Enrique. Al tanto el Rey de Inglaterra Enrique pasó desta vida, infame por la scisma que levantó y puerta que abrió en su reyno para las heregías: vivió años cincuenta y siete, reynó los treinta y siete y nueve meses. Sucedióle Eduardo su hijo, niño de nueve años, conforme á lo que su padre dexó ordenado en su testamento, donde sustituía á María, Isabel sus hijas, para que sucediesen en el reyno caso que su hermano muriese sin hijos. En tiempo de este Rey el duque de Somerset su tio hermano de su madre, y gobernador que era del reyno, introduxo en Inglaterra las here-

gías luteranas. En París en un mismo dia diez y seis de marzo fallecieron Francisco Vatablo, y Jacobo Tusano muy doctos, el primero en hebreo, el otro en griego.

El Emperador luego que hubo penado la ciudad de Argentina en grande cantidad de dinero, y que su hermano el Rey don Fernando se juntó con él, porque hasta este tiempo se detuvo en Bohemia, marchó con su gente la vuelta de Saxonia. Llegó á Misna y al rio Albis, que pasa por aquellas partes, á veinte y quatro de abril. Estaban los enemigos de la otra parte del rio apoderados de la ribera, por lo qual y por ser el rio hondo era dificultosa la pasada. Fue grande el esfuerzo de ciertos soldados españoles, que con las espadas desnudas en las bocas se echaron á nado, y ganaron ciertas barcas á propósito de hacer un puente. Con este orden y por el vado luego que los nuestros pasaron el rio, siguieron á los contrarios, que se retiraban con intento de meterse en Witemberga. Fue tanta la priesa en el seguillos que forzosamente se vino á las manos: duró la batalla hasta la noche quando preso el duque de Saxonia, y pasados á cuchillo muchos de los enemigos, los demas se pusieron en huida; quedó el campo y la victoria por el Emperador; poco despues el Lantgrave vino de su voluntad á ponerse en sus manos. Con la prision de estos dos príncipes los demas se sosegaron: envió el Emperador para muestra y memoria de esta grande victoria la artillería que les ganó, parte á Milán, parte á Flandes, y parte tambien á España: hecho esto, dió la vuelta á Flandes.

El concilio se trasladó de Trento á Boloña, y poco despues se disolvió con gran disgusto de los cathólicos. Alegaban que la ciudad de Trento estaba muy enferma, y no era lícito resistir á la voluntad del

Pontífice; cuyo hijo Pero Luis en la ciudad de Plasencia fue muerto dentro de su misma casa por los ciudadanos de aquella ciudad: á cuya persuasion, aun quando el negocio estaba fresco, no se pudo averiguar. Lo cierto es que Fernando Gonzaga gobernador de Milán se apoderó de Plasencia con guarnicion que en ella puso. El Pontífice fortificó á Parma, y puso en ella á Camilo Ursino para que la defendiese; verdad es que despues aquel estado fue entregado á Octavio Farnesio duque de Parma hijo de dicho Pero Luis.

AÑO 1548.

Tanto mayor pena dió la disolucion del concilio, que el Emperador entre las demas condiciones de la paz hizo venir á los mas príncipes y ciudades de Alemaña en que en lo tocante á la religion se sugetasen al parecer de los Padres de Trento. Perdída esta esperanza, en la dieta de Augusta para concertar las diferencias se publicó un librillo, en que se aprueba la doctrina cathólica, dado que se permite la comunion sub utraque specie á los que quisiesen, y á los sacerdotes que se pudiesen casar. Llamóse INTERIM, que es lo mismo que entretanto, porque pretendian durase esta concordia hasta que el concilio se convocase otra vez, y determinase lo que se debia hacer. Compusiéronle Julio Phlug y Michâel Sydonia y Islebio Agrícola. En Saxonia asi mismo á instancia del duque Mauricio los hereges publicaron otro libro, cuyo título era de ADIAPHORIS, que quiere decir cosas indiferentes: su autor fue Philipo Melancton; pretendia que por el deseo de la paz se debian tolerar muchas cosas, señaladamente casi las mismas que en el otro libro sobredicho se señalaban. Escribieron contra este libro Mathía Illyrico y Nicolao Gallo, que

eran tambien hereges, y mas rigurosos que los demas.

Por el mismo tiempo Muleasse llegó á Augusta, despojado por un su hijo del reyno de Tunez, y privado de la vista.

Maxìmiliano hijo del Rey don Fernando vino á España á casarse con la infanta doña María su prima hermana, y para quedar en España por gobernador á causa que el príncipe don Philipe queria partir para Flandes, como lo hizo por el mes de noviembre en la misma armada que Maxìmiliano vino. Llegó á Génova, pasó por Milán y Mántua, y últimamente el año siguiente llegó á Brusselas, ciudad de Flandes, ya que el Emperador su padre era partido para Alemaña.

A instancia del arzobispo de Toledo Siliceo, y por bula del Pontífice se asentó en aquella iglesia cathedral que ningun decendiente de moros, judíos ó hereges pudiese tener en ella parte. Resistió á este estatuto el dean don Diego de Castilla y algunos del cabildo con él; pero prevaleció la parte mayor y mas poderosa.

Juana hija de Enrique de Labrit estuvo desposada con el duque de Cleves, pero estos desposorios no se efectuaron; y asi por este tiempo casó con Antonio de Borbon duque de Vandoma de la casa real de Francia.

AÑO 1549.

El año siguiente falleció Margarita madre desta señora Juana, Reyna que se dixo de Navarra.

Tuviéronse en Alemaña algunos concilios, en particular en Treveris, en Maguncia y en Colonia, todo á instancia del Emperador, y á propósito de reducir los pueblos que estaban tan estragados.

En Africa un hombre llamado Xerife, hijo de un mercader, y que por sí mismo fue maestro de escue-

la, con muestra de santidad hizo que gran número de gente tomase las armas, con que despojó de sus reynos á los Reyes de Marruecos, y al de Fez y al de Velez. El de Velez se fue á amparar al Emperador, y despues al Rey de Portugal; pero todo fue buenas palabras que le dieron, y con todo esto por estas diferencias se abrian las zanjas para una guerra larga y muy perjudicial en Africa.

En Inglaterra Pedro Mártir en Oxonio comenzó á enseñar públicamente la heregía de los sacramentarios: levantáronse alborotos por la mudanza de la religion; con todo esto hicieron paces con el Rey de Francia, que les habia movido guerra por la parte de Picardía, con restituille la ciudad de Boloña que los años pasados le tomaron en aquella comarca.

En la villa de Cigales nació á primero de noviembre doña Ana hija de Maximiliano de Austria y de la infanta doña María su muger: casó despues con su tio, y fue Reyna de España.

En Roma falleció el Pontífice Paulo á diez de noviembre.

AÑO 1550.

Sucedióle el cardenal Juan María de Monte á siete dias del mes de hebrero: vivió despues de su eleccion cinco años y un mes y diez y seis dias; llamóse Julio Tercero.

Juan de Vega, virrey de Sicilia, en las riberas de Africa se apoderó por fuerza de la ciudad de Africa que antiguamente se llamó Leptis, á nueve de setiembre, con echar della al cosario Dragut, que apoderado de aquella ciudad hacía muchos daños en todas las riberas de Sicilia: dexó en ella guarnicion de soldados, pero por escusar el gasto poco despues la hizo echar por tierra.

En Augusta se comenzó por el estío una dieta del imperio muy señalada, porque se halló presente el Emperador con su hijo el príncipe don Philipe, que pretendia hacer Rey de romanos; pero hizo contradiccion el Rey don Fernando su hermano por estar mas inclinado á su hijo Maximiliano que era vuelto de España, y estaba ya nombrado por Rey de Bohemia, y con su padre se halló tambien en la dieta. Tratóse de hacer que de nuevo se convocase el concilio Tridentino: que se hiciese guerra á los Melburgenses, porque no querian recebir en su ciudad y distrito la religion cathólica. Lo uno y lo otro era muy pesado al duque Mauricio de Saxonia, dado que estaba nombrado por general de aquella guerra, y lo que mas le aquexaba era ver que el Emperador no ponia en libertad á su suegro Philipe Lantgrave; que fueron los principios de la guerra que emprendió este duque, y con que puso al Emperador por estar desapercebido, y le reduxo á punto de perderse.

Fue este año señalado por ser año de jubileo, y por la mucha gente que para ganalle concurrió á la santa ciudad de Roma.

AÑO 1551.

Al principio deste año murió en Pavía en edad de cincuenta y ocho años Andres Alciato, gran jurista y humanista natural de Milán. Leyó los derechos primero en Francia, despues en Italia.

El Papa Julio por el mes pasado de diciembre convocó por sus edictos los obispos para que volviesen á Trento: estos edictos hizo el Emperador publicar en la dieta de Augusta. Dado que el duque Octavio Farnesio muy fuera de sazon se puso debaxo la proteccion de Francia, acudió Ferrante Gonzaga con

gentes para atajar estos intentos, y tuvo al duque cercado dentro de Parma. Fue esta guerra ocasion que el concilio se dilatase algun tanto, pero abrióse por el mes de mayo. Presidió en él el cardenal Crecencio legado del Papa. Halláronse presentes los arzobispos electores y otros prelados de Alemaña, España é Italia en buen número. El Rey de Francia por su embaxador el abad de Losana protestó de nulidad, y que no se procedia legítimamente. Acudieron embaxadores de algunos príncipes de Alemaña, y de algunas ciudades á pedir salvo conducto para sus ministros hereges y theólogos, pero pedian tales condiciones, que los padres las tuvieron por indignas de la autoridad y magestad del concilio.

Concluida la dieta de Augusta el príncipe don Philipe dió vuelta á España. Hízole compañía su primo Maxîmiliano hasta Génova, donde halló su muger la infanta doña María y sus hijos que eran alli aportados de España, con los quales por el mes de diciembre llegó á Inspruch, donde el Emperador estaba con intento de dar desde aquel pueblo que está cerca, mas calor á las cosas del concilio.

El Rey Enrique de Francia de repente movió guerra por la parte de Flandes y estado de Milán, ayudóse de la armada turquesca, que se apoderó en las marinas de Sicilia del pueblo y castillo de Augusta puesto mas allá de la ciudad de Catani. Desde alli pasó á la isla de Malta; y como no hiciese efecto, pasó adelante, y en las riberas de Africa se apoderó de Trípoli, que se la entregaron los caballeros de Malta que estaban en ella de guárnicion, y la tenian á su cargo despues que Rhodas se perdió. Los mas culpados en esta traycion fueron dos de aquellos caballeros, franceses de nacion. A los españoles costó caro su lealtad, porque fueron pasados á cuchillo hasta quatrocientos.

La voz era que querian los turcos vengar la toma de la ciudad de Africa: lo cierto que á persuasion del Rey de Francia los turcos baxaron y tomaron aquella empresa, cuyos embaxadores andaban en la misma armada.

AÑO 1552.

Vinieron á Trento quatro theólogos ó ministros de Witemberga, cuya cabeza era Brencio. Presentaron á los Padres un libro que contenia la confesion Witembergense: todo esto era aparencias, porque lo que de verdad pretendian, era entretener el concilio hasta tanto que el duque Mauricio se apercibiese de gente y de armas. Asi á dos de abril llegó á Trento nueva que el duque se habia apoderado de la ciudad de Augusta, y que el Emperador en Inspruch, donde estaba, corria grande peligro; que fue ocasion que los Padres á grande priesa se partiesen, y se desbaratase el concilio. Por otra parte Alberto marques de Brandemburg se apoderó de la ciudad de Treveris, y proseguía en hacer mal y daño á los lugares comarcanos: junto con esto el Frances se apoderó de Verdun, de Lorena y de Metz, y reduxo en su poder al mismo duque de Lorena. Hallóse el Emperador en gran perplexidad por no poder acudir á tantas partes: resolvióse en poner en libertad al duque de Saxonia y al Lantgrave, con que sosegó al duque Mauricio. A la raya de Italia, donde por el miedo se retirára, le acudieron gentes de diversas partes: sin embargo perdonó al marques de Brandemburg porque pretendia servirse de él contra los intentos del Rey de Francia. Hecho esto, púsose sobre Metz á veinte de octubre con un grueso exército, que la mayor parte pereció por la aspereza del invierno, tanto que sin hacer efecto fue forzado partirse del cerco.

Este año á dos de diciembre el beato padre Francisco Xavier pasó de esta vida á la entrada de la China: fue navarro de nacion, uno de los diez primeros compañeros del Santo Padre Ignacio. Predicó el Evangelio entre aquellas naciones fieras y bárbaras de la India y de Japon, y de otras partes. Fue varon sin duda admirable y santo: su cuerpo se conserva entero en Goa en la iglesia de su misma orden de la Compañía de Jesus; ya está canonizado.

Era virrey de Nápoles don Pedro de Toledo al tiempo que Hernando de Sanseverino príncipe de Salerno hizo baxar la armada turquesca debaxo la conducta de Rusten Baxá contra aquella ciudad. Descubierta la traycion, se declaró del todo por enemigo y se fue huyendo á Venecia; que fue causa que la armada, descubierto el engaño, sin hacer efecto dió vuelta á Constantinopla: solo cerca de la isla de Ponza tuvo un encuentro con Andrea Doria, y le venció y le ganó siete galeras. El de Salerno, como estaba declarado, partió para el gran Turco á solicitar que para el año siguiente enviase otra nueva armada.

Tenia el Emperador puesta guarnicion de soldados en Sena ciudad de Toscana debaxo del gobierno de don Diego de Mendoza; y esto á causa de las revueltas y bandos de aquella ciudad, de que se temia no se entregase á Francia. Don Diego para mas asegurarse levantó una fuerza donde los soldados estuviesen: los de aquella ciudad por entender se enderezaba esto á quitalles la libertad acudieron primero á Francia para que los tomase debaxo su proteccion, y luego con las armas que tomaron, echaron fuera la guarnicion, y desbarataron desde los cimientos la fortaleza que estaba comenzada, por donde les fue forzoso apercebirse para la guerra que se siguió luego, y para el cerco que por mandado del Emperador les

puso don Pedro de Toledo. Este año en Florencia falleció Paulo Jovio, en Ferrara Lilio Gregorio Giraldo, en Salamanca Hernando Pinciano comendador griego.

AÑO 1553.

El Rey Eduardo de Inglaterra pasó de esta vida á diez y seis de julio: fue puesta en su lugar la Reyna María su hermana, dado que muchos hicieron contradiccion. Ella puesta en la silla y mando restituyó la religion cathólica en aquel reyno, y castigó á gran número de hereges.

Estaba don Pedro de Toledo sobre Sena quando le sobrevino la muerte en casa de su yerno el duque de Florencia Cosme de Médices. Sus gentes dieron la vuelta á Nápoles por una nueva que llegó de la armada turquesca, que venia sobre aquella ciudad debaxo la conducta del príncipe de Salerno ya nombrado. Púsose la armada junto á Nápoles, pero como los ciudadanos no se alterasen, pasó adelante á Córcega, donde los turcos se apoderaron de buena parte de aquella isla, que era de la jurisdiccion de ginoveses.

Este año don Juan príncipe de Portugal casó con doña Juana hija del Emperador: las bodas fueron muy regocijadas, el alegria duró poco.

AÑO 1554.

Porque aun no era pasado un año entero despues que se efectuó este casamiento, quando el príncipe falleció en Lisboa á dos de enero. Su cuerpo fue sepultado en el monasterio de Belen, que está junto á aquella ciudad: su muger quedó preñada, y á veinte de enero parió en la misma ciudad un hijo, que del dia de su nacimiento se llamó don Sebastian. Fue de

condicion muy noble y real, la vida le duró poco. Su madre partió para Castilla á ser gobernadora de aquellos reynos, por ser necesario que el príncipe don Philipe su hermano partiese de España para casarse de nuevo.

Fue asi que la nueva Reyna de Inglaterra estaba deseosa de asegurar aquel reyno, y para esto tomar por marido persona de valor y fuerzas: pareció que ninguno podia ser mas á propósito para lo que pretendia que el príncipe de España don Philipe, al qual el Emperador su padre á postrero de octubre del año pasado habia nombrado por Rey de Nápoles y duque de Milán. Hechos los conciertos, pasó el príncipe á Inglaterra, donde se celebraron las bodas en la ciudad de Vintonia á veinte y cinco de julio el mismo dia de Santiago. Hallóse presente el cardenal Reginaldo Polo, enviado por legado del Pontífice por ser de la real sangre de Inglaterra y de vida muy santa, con pretension de reducir, como lo hizo, y reconciliar aquel reyno con la iglesia romana.

Volvieron los nuestros al cerco de Sena, y el marques de Mariñano general del Emperador venció en batalla cerca de aquella ciudad á Pedro Strozi foragido florentin, al qual el Frances enviaba con gentes para dar socorro á los cercados y echar de Toscana á los imperiales.

AÑO 1555.

El Pontífice Julio falleció en Roma á veinte y tres de marzo: sucedióle á diez de abril el cardenal Marcelo Cervino natural de Montepulchano sin mudar el nombre que antes tenia. Fue Pontífice solos veinte y dos dias, por cuya muerte fue puesto en la silla de San Pedro á veinte y tres de mayo el cardenal Juan Pedro Garrafa natural de Nápoles, persona

muy noble y de ánimo muy grande. Llamóse Paulo Quarto: gobernó la iglesia quatro años, y dos meses y veinte y siete dias.

Ultimamente la ciudad de Sena cansada con los trabajos de un largo cerco se rindió al Emperador. Fue enviado desde Roma el cardenal de Burgos don Francisco de Mendoza para dar asiento en las cosas y en el gobierno de aquella ciudad. Junto con esto á instancia y por intercesion del cardenal Alexandro Farnesio dió el Emperador perdon al duque Octavio su hermano, con retencion de la fortaleza de Plasencia donde quedaron soldados españoles de guarnicion, mas el Rey don Philipe Segundo los años adelante la quitó.

Era á la sazon virrey de Nápoles el duque de Alba don Fernando de Toledo: fuéle mandado pasase á lo de Milán para hacer rostro al señor de Brissac, que por aquella parte por orden del Rey de Francia hacia la guerra, aunque no con mucho calor y brio.

El príncipe don Philipe el verano bien adelante partió de Inglaterra, y llegó á Brusselas, donde el Emperador su padre le renunció y entregó de su mano todos sus estados con deseo que tenia de descansar, como lo puso en execucion luego el año siguiente, quando renunciado tambien el imperio en Ferdinando su hermano, por mar con sus dos hermanas las Reynas doña Leonor y doña María pasó á España; y en la Vera de Plasencia para su retiramiento escogió el monasterio de Iuste de la orden de San Gerónimo do murió dos años despues de su llegada: mas dichoso y mayor por menospreciar el imperio que por alcanzalle y tenelle.

Falleció este año Enrique de Labrit, Rey que se decia de Navarra; quedó por heredera su hija madama Juana, herege muy obstinada.

A los cinco de hebrero se concertaron entre Francia y España treguas por espacio de cinco años con esperanza que la concordia sería muy larga por estar ya los unos y los otros muy cansados y gastados; pero todo esto se desbarató por la guerra que el Pontífice romano movió muy fuera de tiempo. Fue asi que al principio deste año comenzó á perseguir los señores de casa Colona; prendió unos, otros huyeron, de cuyos estados se apoderó luego el Papa. El Rey cathólico mandó al duque de Alba no permitiese se les hiciese ningun agravio. Al contrario el Rey de Francia á persuasion del Pontífice, hecha liga con él, envió un grueso exército en Italia debaxo de la conducta del duque de Guisa. Pasaron estas gentes por Lombardía, y llegadas á Roma, despues que se detuvieron en aquella ciudad mucho tiempo, pasaron al reyno de Nápoles: no hicieron cosa de momento, antes la mayor parte pereció de enfermedades, y los demas dieron la vuelta á Francia. Entretanto el duque de Alba despues que se hubo apoderado de casi todo el estado del Papa cerca de Roma, llegó con su campo á ponerse sobre aquella ciudad. Pudiérala saquear otra vez con mucha facilidad, pero fue tanta su devocion y miramiento que no lo quiso hacer, antes se concertó y hizo paz con el Pontífice con condiciones muy honestas; pero esto sucedió al fin del año siguiente.

Al principio desta guerra Cosme duque de Florencia alcanzó del Rey cathólico que le entregase la ciudad de Sena: alegaba para esto los gastos que hizo en la guerra de Sena, y que se le habia dado intencion de dalle en recompensa aquella ciudad. Húbose el Rey de acomodar al tiempo y á la necesidad, que tie-

ne gran fuerza: entrególe la ciudad con que diese cierto dinero de presente, y la tuviese como feudatario de España.

AÑO 1557.

No sosegó por esto la guerra entre españoles y franceses, antes en un mismo tiempo estaba el fuego emprendido por diversas partes. Variaban las cosas de manera que poca ventaja se reconocian entre sí las partes.

El cardenal don Juan Siliceo falleció á postrero de mayo: fue puesto por su muerte en la iglesia de Toledo fray Bartholomé de Miranda de la orden de Santo Domingo: parece subió tan alto para que la caida fuese tan grave.

A la misma sazon, es á saber, á trece de junio falleció en Lisboa el Rey de Portugal don Juan el Tercero, príncipe dado al culto de la religion, y muy esclarecido por las cosas que hizo. Su cuerpo fue sepultado en el monasterio de Belen: quedó por su heredero su nieto el Rey don Sebastian. En tiempo del Rey don Juan se introduxo la inquisicion en Portugal á propósito que los hereges y apóstatas fuesen castigados. Fundó la universidad de Coimbra con gruesas rentas que le dió, y para dar principio hizo venir de todas partes profesores de todas las ciencias muy señalados con grandes salarios que les señaló. Movido por el exemplo del Rey su hermano el cardenal don Enrique fundó algun tiempo despues la nueva universidad de Ebora, la qual toda, y parte de la universidad de Coimbra entregaron aquellos príncipes á los padres de la Compañía de Jesus para que las gobernasen; carga sin duda pesada, pero el provecho es muy grande.

Tenia el Rey cathólico puesto sitio sobre San

Quintin, pueblo á la frontera de Flandes muy fuerte y que está junto al rio de Soma, que antiguamente se llamó Augusta de los Verománduos: acudieron los franceses á dar socorro, pero fueron vencidos y desbaratados por Filiberto duque de Saboya principal caudillo con gran matanza que en ellos hizo; muchos señores franceses fueron presos: acudió en persona el Rey cathólico. El daño y espanto de los franceses fue tal, y tan grande el ánimo de los nuestros que el quarto dia adelante entraron por asalto aquel pueblo. Dentro dél prendieron otros, en particular al almirante de Francia Gaspar Coliñi, á cuyo cargo estaba la defensa de la ciudad, y que poco despues fue el reclamo y trompeta de las guerras civiles de Francia. Hubo grandes crecientes de rios; principalmente en Italia por el mes de setiembre el rio Arno salió de madre y hizo grande daño en Florencia y toda aquella campaña. El Tibre se hinchó de tal suerte que cubrió casi toda Roma otro dia despues que se asentó la paz con el duque de Alba, que fue á catorce de setiembre. En Palermo ciudad de Sicilia con las muchas aguas y lluvias muchas casas cayeron por tierra, perecieron hombres y mugeres sin número: el vulgo dice que fueron quatro mil casas las que con aquella avenida cayeron por tierra.

Fue grande la carestía que este año padeció casi toda España.

AÑO 1558.

Luego el siguiente perecieron de peste muchas personas: comenzó este mal en Murcia, y desde alli saltó á la ciudad de Valencia, y no mucho adelante trabajó tambien á la ciudad de Burgos; duró algunos años sin que se apagase del todo.

El Rey de Francia movido por el daño que recibió en San Quintin, como estuviese muy apretado hizo que el duque de Guisa dexado lo de Milán donde estaba volviese á Francia. Por el mes de enero juntó el duque grandes gentes, con que se apoderó por fuerza de la ciudad de Cales: con esto ninguna cosa quedó por los ingleses en Francia.

En el mismo mes la Reyna doña Leonor hermana del Emperador falleció en Valladolid: mandó en su testamento ciertos pueblos que tenia en Borgoña, por via de dote á la infanta doña María su hija, y del Rey de Portugal don Manuel.

A diez y ocho de abril Francisco delphin de Francia casó con María Stuarda Reyna que era de Escocia. Quán grandes desventuras pasará adelante esta pobre doncella! La infeccion de la heregía se estendió en el un reyno y en el otro, es á saber en Francia y en Escocia; muchos de la gente noble estaban inficionados.

Hacíase la guerra á las fronteras de Flandes con gran calor. Entre otros encuentros la batalla de Gravelingas fue muy notable: los franceses quedaron vencidos y tan mal parados que luego trataron de paces, quando el Emperador don Carlos en el lugar de su recogimiento pasó desta vida á veinte y uno de setiembre. Su cuerpo fue depositado en aquel monasterio, de donde los años adelante por mandado del Rey cathólico su hijo fue trasladado á San Lorenzo el Real.

En Inglaterra el cardenal Reginaldo Polo legado del Pontífice y la Reyna María fallecieron en un mismo tiempo á diez y siete de noviembre, y con ellos en aquel reyno quedó sepultada la religion y piedad.

AÑO 1559.

Porque su hermana Isabel á quince de enero de-

clarada por Reyna revocó los edictos pasados, y restituyó los hereges en aquel reyno.

El Pontífice á veinte y tres del mismo mes echó de Roma á sus sobrinos hijos de Juan Alfonso su hermano. Estos fueron Juan Garrafa duque de Paliano y el marqués Antonio y el cardenal Carlos Garrafa. Eran muy graves los excesos que les achacaban, y el mas feo de todos que no dexaban entrar á hablar con el Pontífice sino los que ellos querian, con espías que tenian puestas para mirar lo que cada uno que entrase, hablaba.

A cinco de febrero casó con Carlos duque de Lorena Claudia hija segunda del Rey de Francia, porque la mayor por nombre Isabel pretendia su padre casarla con el Rey de España, y era tanta la diligencia que ponian los embaxadores de estos príncipes que se juntaron en tierra de Cambray para tratar de conciertos, que se tenia esperanza que se asentarian las paces, como se hizo con las condiciones siguientes: El Rey cathólico case con Isabel hija del Frances, y con Margarita hermana del mismo el duque de Saboya: restitúyase al de Saboya su estado; lo qual se hizo, y juntamente le dieron la ciudad de Aste, dado que fue dote de Valentina hija de Juan Galeazo duque de Milán: Córcega sea restituida á los ginoveses: todo lo que en el discurso de la guerra pasada se ha tomado, se vuelva á cuyo era antes; ni el Español pretenda lo de Borgoña, ni el Frances lo de Milán ó Nápoles: los cautivos que por espacio de diez y seis años atrás han sido presos sean puestos en libertad.

Asentadas estas cosas, el Rey cathóli co como estaba concertado casó en París por procurador á veinte y dos de junio con doña Isabel su esposa: fue el procurador en lugar de su Rey el duque de Alba. Po-

co despues á once del mes de julio se hizo el casamiento de madama Margarita y el duque de Saboya. Los regocijos no fueron puros y sin mezcla de tristeza, antes se trocaron en grande llanto á causa que en cierta justa el Rey Enrique fue herido en un ojo con las astillas de la lanza de su contrario que se la quebró en la visera, y luego el dia siguiente rindió el alma. Sucedióle su hijo Francisco Segundo de este nombre en edad de diez y seis años: tenia tres hermanos, Carlos y Alexandro Eduardo y Hércules: las hermanas eran Isabel y Claudia de quien se ha hecho mencion: la menor llamada Margarita los años adelante vino á casar con Enrique príncipe de Bearne, que se llamaba tambien Rey de Navarra.

El Pontífice Paulo Quarto falleció en Roma á diez y ocho de agosto.

El arzobispo don Bartholomé de Miranda de la orden de Santo Domingo, que dos años antes desto en lugar de don Juan Siliceo fue hecho arzobispo de Toledo, este por los inquisidores fue preso dentro de su villa de Tordelaguna á veinte y tres de agosto: duró muchos años su prision; que no es menor que esto la autoridad de la santa inquisicion en España. A la misma sazon llegó al puerto de Laredo el Rey don Philipe que venia con su armada de Flandes.

AÑO 1560.

El cardenal Juan Angelo de Médices natural de Milán fue elegido por Pontífice á veinte y seis de diciembre. Llamóse Pio Quarto, gobernó la iglesia cinco años, once meses y quince dias. Estuvo este año muy alegre y regocijada España asi por la venida tan deseada de su Rey, como por su casamiento, que se concluyó en Guadalaxara ciudad del reyno de

Toledo al principio deste año á treinta y uno de enero. Era la alegria tanto mayor que todos tenian esperanza que la paz sería muy larga. Fueron para traer á la Reyna hasta la raya de Francia el cardenal de Burgos y el duque del Infantado, padrinos los duque y duquesa de Alba. Los regocijos principales deste casamiento se hicieron en Toledo por el mes de febrero para donde de Guadalaxara se partieron los nuevos casados: los juegos y demostraciones fueron muy grandes, muchos los señores y nobleza que acudió, los trages y libreas muy costosas.

El duque de Medinaceli virrey de Sicilia acometió la isla de los Gelves, y despues que la tomó, con la venida de la armada turquesca perdió gran parte de la suya, y él apenas pudo escapar. Quedaron presos entre otros un hijo del duque, y don Alvaro de Sande, y Sancho de Avila valientes soldados.

En Francia comenzaron los alborotos y revueltas con color de la religion, que se continuaron largo tiempo: dado que para dar asiento en todo se juntaron estados generales de aquel reyno en la ciudad de Orliens, donde se hicieron órdenes provechosos y leyes que no se guardaron. En el mismo tiempo el nuevo Rey de Francia de achaque de un gran catarro falleció en aquella ciudad á cinco de diciembre. Sucedióle su hermano Carlos Noveno deste nombre en edad á la sazon de once años.

AÑO 1561.

En Roma el Papa Pio Quarto hizo justiciar al duque de Paliano y al cardenal Carlos Garrafa: al cardenal dieron garrote en la carcel, al duque cortaron en público la cabeza. El pueblo dado que confesaba lo merecian, pero con la libertad que suelen hablar, y mas en Italia, se persuadia que se hizo aquel castigo por

contemplacion del Rey cathólico. Lo cierto era que por sus delitos el mismo Papa su tio los echó de Roma, y ahora los pagaron con las vidas.

A la primavera la Reyna María de Escocia á un mismo tiempo despojada de madre y de marido se partió para Escocia, donde casó segunda y tercera vez; señora digna de mas ventura, porque en Inglaterra despues de larga prision fue justiciada con estraña crueldad.

En Francia se enconaban de cada dia los corazones, y las revueltas eran mayores; determinóse para sosegar la gente que los cathólicos y hereges se juntasen para tener disputa en Poessi, villa no lexos de París. Fue enviado desde Roma el cardenal de Ferrara Hipólito de Este, y en su compañía el padre Diego Laynez, prepósito general de la Compañía de Jesus en lugar del padre Ignacio de Loyola muerto seis años antes deste. Pretendia el Pontífice que si no se pudiese atajar aquella junta, por lo menos no determinasen en particular cosa alguna, sino que todo el negocio se remitiese al concilio de Trento, que por sus edictos mandára convocar y que se juntasen de nuevo los obispos. No se pudo atajar la junta, la disputa fue del santo Sacramento del altar. El padre Laynez quando le vino su vez de hablar, reprehendió en público á la Reyna con mucha y muy christiana libertad, porque siendo muger, se hallaba presente en las controversias de la religion: dixo le estuviera mejor tratar de su labor y su rueca. En la disputa apretó mucho á Pedro Mártyr gran herege, que siempre le llamó fray Pedro porque habia sido frayle.

AÑO 1562.

Abrióse de nuevo el concilio de Trento por el

mes de enero: legados del Papa fueron el cardenal Juan Moron y otros tres cardenales. Acudió gran número de prelados, hasta los franceses, que vinieron en compañía del cardenal Carlos de Lorena.

En el puerto de la Herradura se perdieron con un recio temporal que de noche sobrevino, veinte y dos galeras con su general don Juan de Mendoza. Cruel carnicería era la que se hacía en Francia, los templos muy sumptuosos y de gran magestad echados por tierra, muchas ciudades se rebelaron contra su Rey. Acudió entre otros al remedio el príncipe de Bearne, duque de Vandoma: puso cerco sobre Ruan, que entre las demas estaba tambien rebelada, pero fue desde la muralla muerto de un arcabuzazo á diez y siete del mes de diciembre, dado que antes que falleciese, fue la ciudad tomada por los suyos. El príncipe de Condé hermano de Vandoma caudillo de los hereges, confiado en socorros que vinieron de Alemaña, se atrevió á ponerse sobre París. Vinieron con él á las manos los cathólicos á ocho de diciembre; y en particular un buen número de españoles que el Rey cathólico desde España envió en socorro de su cuñado, lo hicieron tan bien que le fue forzado alzar el cerco. Siguiéronle hasta la ciudad de Dreux, donde en batalla le vencieron, y destrozadas sus gentes le prendieron.

AÑO 1563.

Las fuerzas y esperanza de Francia por este tiempo estaban colgadas de la casa de Guisa. La ciudad de Orliens puesta sobre el rio Loire, entre las demas rebelada, la tenia cercada el duque de Guisa como vicario que era del Rey; pero matóle un cierto Juan Poltrot que salió con este intento de la ciudad,

y á la pasada del rio le tiró un arcabuzazo, de que murió á veinte y quatro de febrero: fue preso, y puesto á qüestion de tormento el matador; confesó que el almirante Coliñi y Teodoro Beza, principal entre los ministros, le persuadieron acometiese aquel caso. Tiráronle en París públicamente á quatro caballos, con que le despedazaron.

Don Francisco de Navarra arzobispo de Valencia falleció en una aldea cerca de aquella ciudad á diez y seis de abril. Dícese dél comunmente, aunque no hay cosa averiguada, que dexó escrita la mayor parte de una historia de España en lengua vulgar hecha con mucho cuidado, bien que el estilo es poco elegante.

El concilio de Trento se concluyó á cinco de diciembre, y poco adelante fue confirmado por el Pontífice Pio Quarto. Entre los obispos españoles los que mas en letras se señalaron en aquel concilio, fueron el arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, el obispo de Leon Andres de Cuesta, don Martin de Ayala obispo de Segovia, don Diego de Covarruvias obispo de Ciudadrodrigo y el de Lérida Antonio Augustino. Entre los theólogos los mas señalados fueron los padres Diego Laynez y Alonso Salmeron, y fray Pedro de Soto de la orden de Santo Domingo, varon docto y pio, digno de mucha loa por haber perseguido los hereges. Falleció en Trento: ya muy viejo le vimos en Roma trabajado de tempestades y temporales contrarios.

Salarraez Rey de Argel sitió este año á Orán y á Mazalquivir: en Orán estaba el conde de Alcaudete, en Mazalquivir su hermano don Martin de Córdova: ambos se portaron generosamente en la defensa, pero la resistencia de Mazalquivir, que fue muy apretada, será siempre memorable. Acudieron

las galeras de España con su general don Juan de Mendoza, que finalmente hicieron alzar el cerco.

AÑO 1564.

Juan Calvino falleció en Ginebra á diez y nueve de mayo: sucedió en el cargo que tenia, Theodoro Beza: á un hombre perdido otro peor: para conocer quién haya sido Beza y quán grandes sus deshonestidades basta leer sus versos amatorios. De ellos, quando no hubiera otra cosa, se entiende claramente que fue obispo conforme y muy á propósito de la secta que profesaba.

Don García de Toledo marques de Villafranca hijo de don Pedro de Toledo, que era virrey de Sicilia y juntamente general de la mar y de todas las armadas de España, este año á seis de setiembre junto á la ciudad de Velez en las marinas de Africa ganó de los moros el Peñol, que es un castillo: edificóle los años pasados el conde Pedro Navarro; pero estaban de él apoderados los moros.

Este año á veinte y cinco de julio en Viena de Austria falleció el Emperador don Fernando: sucedióle su hijo Maximiliano Segundo deste nombre.

AÑO 1565.

Don Luis de Biamonte conde de Lerin y condestable de Navarra falleció este año sin dexar hijo varon, que fue causa que don Diego de Toledo, hijo menor del duque de Alba, con casarse con doña Brianda hija mayor del dicho conde sucediese en sus estados. Desta manera se acabó aquella casa, que por largo tiempo traxo revuelto aquel reyno, siendo contraria á los Reyes pasados de cuya sangre ella decendia.

La Reyna de España doña Isabel con voluntad del Rey su marido se partió para las fronteras de Francia: llegó á la ciudad de Bayona que está al principio de Guiena, mediado el mes de junio. Detúvose alli diez y siete dias en compañía de la Reyna su madre y de sus hermanos, y con tanto dió vuelta á España.

En el mismo tiempo la isla de Malta comenzó á ser trabajada por la armada turquesca: tres meses se gastaron en el cerco, grandes fueron los encuentros, y muertos muchos caballeros de San Juan; de los contrarios al tanto perecieron muchos, y entre los demas el cosario Dragut con un tiro de artillería que le asestaron. Finalmente como los turcos tuvieron nueva que don García de Toledo virrey de Sicilia venia en socorro de los cercados, alzado el cerco, se hicieron á la vela con pérdida de gran parte de la gente que venia en su armada.

En España conforme á lo que estaba mandado en el concilio de Trento, se tenian muchos concilios provinciales: los principales fueron el de Toledo, el de Salamanca y el de Braga. En el de Toledo se halló presente el obispo de Sigüenza don Pedro de la Gasca, y entre los procuradores por la iglesia de Cuenca el doctor Alonso Ramirez de Vergara, persona entre los demas theólogos señalada en letras y bondad, muy liberal para con los pobres, principalmente para con nuestra religion por fundar como fundó á su costa en Alcalá el colegio de la Compañía de Jesus donde sus huesos se trasladaron con mucha solemnidad á veinte y cinco de octubre de mil seiscientos veinte y uno á un templo que á costa de doña María y doña Cathalina de Mendoza se labró alli muy sumptuoso.

El cuerpo del mártyr San Eugenio, primer pre-

lado de Toledo, traido del monasterio de San Dionysio cerca de París, con solemne recibimiento y aparato entró en Toledo á diez y ocho de noviembre: hallóse presente el Rey con toda su casa, los príncipes de Bohemia Rodulfo y Arnesto hijos del César, que se criaban en España, y los obispos del concilio que hicieron la procesion y la fiesta mas señalada.

El Pontífice Pio Quarto pasó desta vida á diez de diciembre.

AÑO 1566.

El cardenal Michâel Gislerio natural del Boschô en tierra de Alexandría ciudad de Lombardía, frayle de la orden de Santo Domingo, fue hecho Pontífice á siete de enero: llamóse Pio Quinto, gobernó la iglesia seis años, tres meses y veinte y tres dias; su vida y costumbres tan santas que apenas hay quien se le compare.

Estaba el Rey cathólico en el bosque de Balsain á causa de las calores del estío, quando á doce de agosto le nació de la Reyna una hija que se llamó doña Isabel Clara Eugenia, la qual á la sazon que esto se escribe, está en edad de veinte y ocho años.

El gran Turco Soliman tenia puesto cerco sobre Segueth, un castillo muy importante de Hungría; pero antes que le tomase, falleció á quatro de setiembre, y no obstante su muerte aquella fuerza fue por los suyos tomada. Dexó por sucesor á su hijo Selim Segundo deste nombre. Gobernaba lo de Flandes por el Rey cathólico su hermana madama Margarita duquesa de Parma: menospreciábanla los hereges por ser muger, y asi comenzaron á alborotar aquellos estados; en muchas partes hicieron grandes insolencias, y en particular derribaron las imágenes de los Santos que estaban en las iglesias.

La Reyna de Escocia por miedo de los suyos que se le alteraban, se retiró á Inglaterra; donde por testimonios que se levantaron, contra las leyes divinas y humanas fue puesta en prision.

AÑO 1567.

El arzobispo de Toledo al cabo de tantos años que se trataba su causa, por mandado del Papa Pio Quinto fue enviado á Roma, donde llegó á veinte y ocho de mayo: pusiéronle en prision dentro del castillo de Santangel hasta tanto que su negocio se determinase.

Iba adelante el fuego y revueltas de Flandes, que se continuaron este año y los de adelante: acudió el duque de Alba don Fernando de Toledo enviado por su Rey para apagalle, con cuya venida madama Margarita poco despues se partió para Italia, y los condes de Egmon y de Hornos fueron presos por el duque.

Los hereges tenian cerco sobre París: salió el condestable Ana Memoranci contra ellos, dióse la batalla junto á San Denis, vencieron los cathólicos, pero con muerte del condestable: los contrarios con el almirante su caudillo fueron desbaratados y puestos en huida. Ayudó mucho para ganar la jornada el conde de Aremberg y quatro mil borgoñones que en su compañía fueron en socorro de los cathólicos desde Flandes.

AÑO 1568.

A siete de marzo los Santos mártyres Justo y Pastor de la ciudad de Huesca fueron traidos y metidos en Alcalá de Henares donde padecieron, y donde eran naturales.

El principal caudillo y movedor de las revueltas

de Flandes fue el príncipe de Oranges, el qual por miedo de lo que bien merecia, se habia huido y ausentado. Su hermano el conde Ludovico acompañado de muchas compañías de alemanes se metió por la Frisia occidental. Salióle al encuentro el conde de Aremberg, y en su compañía fuera de otras gentes el tercio de españoles de don Gonzalo de Bracamonte: la priesa de acometer y poco orden fue causa que se perdió la jornada. Muerto el conde y otros muchos, los demas por los pantanos y lagunas, por estar quebrados los diques, y todos los campos cubiertos de agua se retiraron á Groningue, ciudad principal y cabeza de Frisia. Los condes de Egmon y de Hornos convencidos de traycion por el duque de Alba fueron justiciados en Brusselas: cortáronles las cabezas á quatro de junio, y porque los naturales no se alterasen, los llevaron al cadahalso con guarnicion de soldados, que estaban puestos por todas partes, y en particular á las bocas de las calles. Este castigo mas embraveció los ánimos de los naturales que los espantó.

Egecutada esta justicia, el duque de Alba salió á buscar al de Oranges, que por otra parte habia entrado en aquella provincia con gentes; mas hízole retirar sin daño de los suyos, y recobró muchas plazas y castillos con muerte de los hereges que en todas partes hallaba.

A la misma sazon en España se alteraron los moriscos de Granada, gente que nunca fueron leales, y entonces estaban irritados por ciertas premáticas que contra ellos se ordenaron: en dos años que duraron estos alborotos, muchos dellos perecieron, y el marques de Mondejar los venció siete veces, y muchos de los nuestros por mal orden fueron muertos: últimamente siendo general don Juan de Austria,

se acabaron de apaciguar; el castigo que se dió á los rebeldes, fue quitalles la manera de poderse otra vez rebelar con esparcillos por lo demas de Castilla.

Casi aun mismo tiempo fallecieron, primero el príncipe de España don Carlos á veinte de julio en la prision donde el Rey su padre le tenia puesto, despues á tres de octubre la Reyna doña Isabel su madrastra; ella pereció de parto por ser antes de tiempo: dexó dos hijas doña Isabel y doña Cathalina, ningun hijo varon, que fue ocasion para que el Rey cathólico se casase la quarta vez. Al príncipe acarreó la muerte su poca paciencia: de la causa de su prision y del enojo de su padre se dixeron muchas cosas, como acontece en cosas tan grandes, y mas en Sicilia donde á la sazon estábamos. El de Oranges otra vez este invierno fue por el duque de Alba sin derramar sangre echado de todos aquellos estados de Flandes, y forzado á retirarse á Francia, donde dió socorro á los hereges que alli estaban levantados.

AÑO 1569.

Donde Enrique de Valoes duque de Angers, y general que era del exército frances por el Rey su hermano, desbarató dos veces en batalla á los hereges, la primera á trece de marzo junto á una aldea llamada Pasac en tierra de Potiers: en esta batalla fue muerto el príncipe de Condé, y el almirante escapó por los pies, cuyo hermano el señor de Andelot á cabo de uno ó dos meses falleció de las heridas con que salió de la pelea. La segunda vez vinieron á las manos junto á Moncontur no lexos de la misma ciudad, que fue á tres de octubre y el mismo suceso de antes, porque vencieron los cathólicos, y el estrago de los contrarios fue mayor, porque lle-

garon los muertos á diez y seis mil. Mucho ayudaron las gentes que el Pontífice envió de socorro, que fueron dos mil caballos y quatro mil infantes; y por el Rey de España fueron esta vez y otras muy buenos socorros. A esta gente despues de ganada la victoria los vimos volver á Italia desperecidos de hambre, frio y enfermedades al tiempo que de Sicilia íbamos camino de París, donde llegamos á veinte y siete de diciembre el mismo dia de San Juan, fin deste año y principio del siguiente, no sin gran riesgo de la vida por muchas causas.

El Pontífice Pio expidió este año una bula, por la qual dió en prenda el reyno de Inglaterra, declaró por descomulgada á la Reyna Isabel, absolvió á los naturales del juramento y homenage que le tenian hecho.

Muchos soldados por este tiempo se señalaron de valientes en Flandes y Italia. Los demas nombre Julian Romero, Sancho Dávila, don Alvaro de Sandi, el coronel Mondragon: poco adelante el coronel Francisco de Verdugo, natural de Talavera, item don Lope de Figueroa.

AÑO 1570.

Quarenta religiosos de la Compañía de Jesus, que iban en compañía del padre Ignacio de Acevedo al Brasil, fueron en la mar muertos por Jaques de Soria cosario frances, grande herege.

Los estados de Flandes despues de la partida del príncipe de Oranges estaban en sosiego. En Francia al tanto se hicieron paces con los hereges con condiciones poco aventajadas y honrosas: tan grande era el deseo que tenian de ver acabados los males de la guerra.

En Roma Cosme de Médices alcanzó del Pontífice título de gran duque de Toscana no sin desabrimiento de los otros potentados, que pretendian con adelantar á uno hacerse injuria y agravio á los demas; y sin embargo el Emperador Maxîmiliano confirmó aquel título á Francisco de Médices su cuñado hijo de Cosme.

Doña Ana hija del Emperador Maxîmiliano en una armada que estaba aprestada en Flandes, pasó por mar á España para casar con su tio el Rey don Philipe: el casamiento y bodas se efectuaron y festejaron á doce de noviembre en la ciudad de Segovia. Vinieron en compañía de la Reyna á España sus dos hermanos menores los príncipes Alberto y Wenceslao.

En la ciudad de Ferrara al fin deste año tembló la tierra en tanta manera que los moradores fueron forzados á alojar por muchos dias en tiendas que hicieron en la campaña: quedaron muchos edificios destrozados, muchas paredes desplomadas y torcidas.

Pero en ninguna cosa fue este año mas señalado que en la guerra de Chipre que en él se hizo, y la ocasion que della nació para asentar los príncipes christianos entre sí una liga santísima contra las fuerzas de los turcos: será bien declarar la ocasion de todo tomando el negocio de un poco mas arriba.

Tenian los venecianos una larga paz con los turcos, que se contiuuó por espacio de treinta años: el gran Turco Selim con el deseo que tenia de dar un buen principio á su imperio, sugetado que hubo en breve lo de Arabia, y hecho paces con el Persiano, trató de apoderarse de Chipre, isla contrapuesta á la provincia de Cilicia, que está en Asia la menor, con un angosto estrecho de mar que pasa por en medio de las dos. Eran señores desta isla los venecianos:

envióles el Turco sus embaxadores para que de su parte les pidiesen se la entregasen, y si no lo quisiesen hacer, les rompiesen la guerra. Pareció cosa pesada esta demanda: vinieron á las manos y á las armas; los turcos con una gruesa armada, cuyo caudillo era Mustafá, desembarcaron en Chipre por principio del mes de julio: de dos ciudades principales que hay en aquella isla, de Nicosia se apoderaron á nueve de setiembre, Famagusta, que antiguamente se llamó Tamaso ó Salamis, resistió mas largo tiempo. La armada de venecianos enviada en socorro de los cercados llegó á Gandía, donde tambien abordaron sesenta galeras que envió el Rey cathólico debaxo la conducta de Juan Andrea Doria príncipe de Melfi, pero sin hacer efecto por el mes de octubre, quando el mar ya estaba cerrado, se volvieron á invernar á sus puertos; solo Marco Quirino veneciano con doce galeras y algunas naves fue enviado para llevar como lo hizo socorro de soldados, bastimentos y municiones á Famagusta. A la misma sazon por gran diligencia que usó el Pontífice Pio V. se concluyó la liga entre su Santidad, el Rey don Philipe y venecianos para ir contra los turcos: capitularon de juntar docientas galeras, cincuenta mil infantes, quatro mil caballos: á los gastos acudian desta manera, el Pontífice pagaba la sexta parte, los venecianos la tercera, el Rey de España la mitad de todo lo que se gastase: fue nombrado por general de las galeras del Papa Marco Antonio Colona á los españoles confidente: de los venecianos era general Sebastian Venerio: de las de España y juntamente de toda la armada por consentimiento de las partes nombraron por general y caudillo á don Juan de Austria.

Asentadas estas cosas, despues de Venerio y Colona llegó á Mecina ciudad de Sicilia don Juan de Austria por el mes de agosto, á nueve dias del qual mes Famagusta en Chipre con un cerco que durára casi un año, fue forzada á rendirse á partido; pero las condiciones no las guardó el vencedor bárbaro, antes sin tener memoria de la palabra dada executaron grandes crueldades en los rendidos y miserables. Partió la armada de la liga de Sicilia á diez y seis de setiembre. Llegó á las islas Echînadas, que hoy se llaman las islas Cuzolares, contrapuestas al golfo de Lepanto, ó sino Corinthiaco, donde tenian aviso estaba la armada turquesca. Era grande el deseo que asi los capitanes como los soldados tenian de venir á las manos: aparejaron sus conciencias con la confesion, y tomadas las armas, se pusieron en orden de pelear, las galeras venecianas á mano izquierda, el príncipe Juan Andrea Doria á la derecha, en el cuerpo de la batalla se puso don Juan de Austria con las galeras de España, y en su compañía Marco Antonio Colona y el general veneciano. El comendador mayor de Castilla y el marques de Santacruz don Alvaro Bazan con treinta galeras quedaron de respeto para acudir donde fuese necesario. Salieron los enemigos de la boca del golfo, ordenaron sus galeras como lo acostumbran en forma de luna con intento de embestir con nuestra armada. Llevaban los nuestros seis galeazas por frente, las quales disparada la artillería pusieron los enemigos en desorden. Despues dellas don Juan de Austria el primero embistió con la capitana de los turcos, pero aunque con dificultad en fin la ganó. Mató en ella al general de los enemigos que se llamaba Hali Bassa, y

prendió dos hijos suyos, con que comenzó la victoria á declararse por los nuestros. Verdad es que el cosario Uchali hizo grande daño en el cuerpo derecho de nuestra armada, porque tomó diez galeras, pero vista la rota de los suyos, se alargó á la mar y escapó con buen número de sus galeras. Era un espectáculo miserable, vocería de todas partes, matar, seguir, quebrar, tomar y echar á fondo galeras; el mar cubierto de armas y cuerpos muertos, teñido de sangre: con el grande humo de la pólvora ni se veía sol ni luz casi como si fuera de noche. Fue grande el destrozo: docientas galeras de los turcos parte fueron presas, parte echadas á fondo, los muertos y presos llegaron á veinte y cinco mil, veinte mil christianos remeros puestos en libertad: de los nuestros no pocos perecieron, y entre ellos gente de mucha cuenta por su nobleza ó hazañas. En conclusion esta victoria fue la mas ilustre y señalada que muchos siglos antes se habia ganado: de gran provecho y contento, con que los nuestros ganaron renombre no menor que el que los antiguos y grandes caudillos en su tiempo ganaron: grandes fiestas y regocijos llegada la nueva se hicieron por todas partes, dado que á los hereges no les fue nada agradable. Dióse esta batalla á siete de octubre: en Toledo se hace fiesta y se celebra la memoria desta victoria cada un año el mismo dia.

AÑO 1572.

El Pontífice Pio V. por el gran deseo que tenia de llevar adelante lo comenzado, envió el verano pasado por su legado al cardenal Alexandrino Michâel Gislerio sobrino suyo, nieto de una su hermana, para tratar con los Reyes de Francia y de Por-

tugal que entrasen en esta liga. Envió en su compañía al padre Francisco de Borgia, persona santa, y á la sazon prepósito general de la Compañía de Jesus, puesto siete años antes en lugar del padre Diego Laynez. Poco sirvió esta diligencia por otras causas y por la muerte del mismo Pontífice que se siguió poco adelante: pasó desta vida á primero de mayo muy fuera de sazon para los negocios que trataba; pero luego que le fueron hechas las honras, á diez de mayo fue puesto en su lugar el cardenal Hugo Boncompaño natural de Boloña con nombre de Gregorio Décimotercio, y se gobernó de tal manera que en gran parte aplacó el lloro y tristeza que se recibió por la muerte de su predecesor, porque encaminándose por las mismas pisadas y traza, confirmó la liga hecha con venecianos, y con una presteza increible proveyó de dineros y de soldados para la guerra: gobernó la iglesia trece años menos un mes.

Al principio de la primavera Carlos Noveno Rey de Francia casó con Isabel hija del Emperador Maxîmiliano, señora de costumbres muy escogidas y de hermosura muy grande.

Tratábase de casar á Margarita, hermana del Rey Frances con Enrique duque de Vandoma, con color que por esta manera se sosegarian los alborotos de Francia. El Pontífice Pio por medio del legado que envió, pretendió desbaratar este casamiento, y que en lugar de aquel príncipe casase con el Rey Sebastian de Portugal que venia en ello, y aun en casarse con aquella señora sin dote, con condicion que el Frances entrase con los demas príncipes en la liga contra los turcos. Todas estas pláticas salieron en vano, porque antepusieron al de Vandoma. Hechos los conciertos, su madre madama Juana Reyna que se decia de Navarra, fue á la ciudad de Paris donde

falleció á diez de junio; y sin embargo aquellas bodas, estando el estío adelante, se celebraron en aquella ciudad con gran concurso de grandes que acudieron asi hereges como cathólicos. Sucedió que por mandado del duque de Guisa tiraron desde una ventana un arcabuzazo al almirante Coliñi: llamábase el que le tiró Morevelio, crióse desde pequeño en la casa de Guisa, de donde por quedar el almirante herido, y con gran deseo de vengarse, resultó necesidad de hacer una grande matanza en los hereges el mismo dia de San Bartholomé y dos dias luego siguientes. Muchos fueron los muertos, algunos por mandado del Rey, los mas por el pueblo que se alborotó y tomó las armas: fue miserable el espectáculo que aquellos dias vimos en aquella ciudad; por todas partes herian y mataban y saqueaban, á veces á los inocentes, como suele acontecer quando el pueblo está alborotado. Entre los demas perecieron el mismo Coliñi principal atizador de las revueltas de Francia, y su yerno el señor de Tiliñi. A Enrique duque de Vandoma valió el parentesco con el Rey, y porque segun se decia, él habia descubierto la conjuracion que se tramaba para matar al Rey despues que Coliñi el almirante quedó herido del arcabuzazo. Estábamos á la sazon en aquella ciudad, y vimos el miserable estrago: entre los demas murió un español por nombre Salzedo; no era cathólico como lo dice Thuano, sino grande herege, bien que á la muerte mostró convertirse.

La alegria que recibieron los cathólicos en sus ánimos por la muerte de los hereges, no poco se enturbió asi por las revueltas de Flandes, como por el poco efecto que hizo la armada de la liga. En Flandes el año pasado para el gasto de la guerra se mandó que todos pagasen el diezmo de lo que ven-

diesen: era muy pesada imposicion esta para aquella nacion, que por la mayor parte se sustenta con el comercio y trato; por esta causa la gente popular acudió á las armas, muchas ciudades y castillos se apartaron del servicio de su Rey, por donde el estado de aquella provincia se trocó en gran manera, principalmente con gran número de soldados que de Inglaterra, Alemaña y Francia acudieron en socorro de los alterados. Zelandia y Olandia fueron las primeras á rebelarse, provincias muy fuertes de aquellos estados por estar asentadas junto al mar Océano, rodeadas de agua, y con muchos baxíos ó bancos que tiene por alli la mar. Entre las demas ciudades rebeladas una era Mons de Henao ciudad fuerte y grande. Don Fadrique hijo del duque de Alba que sobre ella estaba, sin alzar el cerco salió al encuentro á quatro mil franceses que venian á dar socorro á los cercados: dióles la batalla en que mató muchos dellos, y prendió á Genlis caudillo de aquella gente, que adelante murió en la prision en el castillo de Anvers. Acudió otrosí el de Oranges poco despues con gentes de Alemaña para entrar en aquella ciudad; pero por el buen orden del duque de Alba sin hacer efecto fue forzado á volver atrás.

Estos alborotos fueron de gran perjuicio no solo por estar alterados aquellos estados, sino por haberse impedido la guerra contra los turcos, y desbaratado poco adelante la liga de los príncipes, porque don Juan de Austria con la armada que tenia á punto en Mecina mas gruesa que el año pasado, se entretuvo mucho tiempo por el cuidado en que ponian las cosas de Flandes, y esperar en qué habian de parar, principalmente que corria fama que el Frances trataba de abrir la guerra por aquella parte. Con esto, pasada la sazon de hacer efecto, últimamente salió

del puerto por fin de setiembre para que juntándose con los venecianos, tornase otra vez á probar el trance de la batalla; mas el enemigo fue mas recatado, porque se entretuvo con su armada á las riberas de la Morea, Modon, y Coron y Navarino, sin querer venir á las manos. Los nuestros perdída la esperanza de pelear, y porque el tiempo no era á propósito, sin hacer algun efecto se fueron á diversas partes á invernar.

AÑO 1573.

Hora sea por la causa susodicha del poco efecto que se hizo con la armada, hora por estar gastados los venecianos, ó porque se les impedia el trato de Levante, de donde dependen sus riquezas asi las públicas como las particulares, aquella señoría sin tener cuenta con la liga y asiento hecho renovaron por el mes de mayo con el gran Turco su confederacion, dado que ni les restituyó á Chipre, antes les quitó de nuevo algunos pueblos en la Esclavonia, demas desto los penó en trecientos mil ducados: que fueron paces afrentosas para aquella ciudad, y feas para el nombre christiano; pero tanto era lo que estimaban volverse á reconciliar con aquel bárbaro.

En este mes la misma vigilia de Pascua de Espíritu Santo Enrique duque de Anjou hermano del Rey de Francia fue nombrado por Rey de Polonia. Grande diligencia hizo Juan de Monluc obispo de Valencia en Francia, enviado para este efecto, dado que en materia de religion no tenia buena fama. Hízose la junta de aquella gente junto á Varsovia en una llanura llamada Camionense. Corrió fama, y debió de ser falsa, que compraron los votos con el oro de Francia: lo cierto es que este príncipe quando llegó la nueva, estaba sobre la Rochela ciudad

muy fuerte, y que alzado el cerco, sin hacer otro efecto al fin deste año fue á tomar la posesion del reyno que le ofrecian. Don Juan de Austria por el mes de octubre con la armada que tenia apercebida contra los turcos, partió para Tunez, donde restituyó aquel reyno á Muleasse nieto del otro Muleasse, de quien se dixo arriba que le echó del reyno, y privó de la vista á su mismo hijo. El Rey que desposeyó don Juan, por nombre Muleamide, envió á Sicilia, para donde poco despues el mismo don Juan de Austria asentadas las cosas, y dexada guarnicion, partió, y desde alli á Nápoles con intento de pasar en España.

Este invierno se vió un cometa que era como una estrella grande y resplandeciente, sin cola, cerca del polo Arctico y del Carro; lo que hizo maravillar mas á los astrólogos, y dió ocasion para muchas disputas, fue que no tenia paralaxi, que quiere decir que de todas partes parecia estar junta á unas mismas estrellas, y por el consiguiente estaba tan alta como las mismas estrellas.

AÑO 1574.

Al duque de Alba se dió licencia de volverse á su casa: fue puesto en su lugar por gobernador de Flandes don Luis de Requesens comendador mayor de Castilla. Llegó desde Milán á aquellos estados por principio deste año con esperanza que pondria remedio en las cosas que estaban muy trabajadas, y con su buena condicion y blandura adobaría lo que la severidad pasada, pensaban, habia dañado; pero sucedió de otra manera, porque los hereges franceses, flamencos y alemanes de secreto se concordaron entre sí de vengar la muerte del almirante de Francia,

y apoderarse de Anvers y de otras ciudades de Flandes. Pareciales podrian fácilmente salir con lo uno y con lo otro á causa que el Rey de Francia estaba sin fuerzas, y en Flandes los soldados españoles amotinados porque no les pagaban el sueldo que se les debia de tres años. Mucha gente de á caballo al principio de la quaresma acudió al bosque de San German, por donde el Rey de Francia que alli estaba, fue forzado á toda priesa retirarse á París que está cerca. Díxose que el autor deste acometimiento fue principalmente Francisco Memoranci, de quien el pueblo sospechaba que de secreto favorecia á los herenges. En Flandes dado que las cabezas de los españoles amotinados fueron castigadas, los demas no quedaron sosegados; bien que el conde Ludovico hermano del de Oranges, que de nuevo entrára en aquella provincia, fue por los nuestros vencido á catorce de abril.

Grandes revueltas andaban en Francia, tanto que el Rey en el bosque de Vincenas cerca de París tenia al duque de Alanzon su hermano y al de Vandoma su cuñado, segun que corria por la fama, presos en aquel castillo, y á Memoranci en París, al mismo tiempo que muy fuera de sazon le sobrevino la muerte á quatro de junio: dexó una sola hija, que no vivió largo tiempo, por donde el reyno de Francia conforme á las leyes de aquella nacion recavó en Enrique hermano del difunto, Rey que era de Polonia.

La armada turquesca abordó á Tunez á catorce de julio, donde ganó el castillo de la Goleta á veinte y dos de agosto, y pasados otros veinte y quatro dias se apoderó de un baluarte y fuerte de aquella ciudad en que tenian los nuestros puesta guarnicion española. Don Juan de Austria dado que estaba en

Trapana de Sicilia á la punta postrera de aquella isla con intento de esperar alguna buena ocasion, no pudo acudir á socorrer los cercados. Los mas echaban la culpa al cardenal Granvela que á la sazon era virrey de Nápoles, por no haber proveido con presteza de dineros, soldados y provision. Falleció el gran Turco Selim: sucedióle su hijo mayor Amurates.

Por este tiempo para los grandes gastos del Rey se subieron en gran manera las alcabalas, y con licencia del Papa se comenzaron á vender los pueblos de los obispos, y de las iglesias.

El Rey de Portugal por ser de natural brioso, cosa que se le acrecentó con la edad, pasó con una armada á Africa sin hacer efecto alguno: el deseo que tenia grande de ensanchar el nombre christiano, no le dexaba sosegar; intento por cierto honroso, pero fuera de sazon.

Alborotóse Génova, y llegó la alteracion á que los nobles nuevos echaron á los antiguos de la ciudad: acudieron para sosegarlos de parte del Papa el cardenal Juan Moron y un comisario del Emperador, y de parte del Rey cathólico don Carlos de Borgia duque de Gandía y don Juan de Idiaquez embaxador en aquella república, que despues de dos años que duraron las inquietudes, los concertaron.

AÑO 1575.

Don Juan de Austria de Italia partió para España, donde alcanzó del Rey su hermano que le nombrase por su lugarteniente en todo lo de Italia con nombre de vicario. Lo que en esto pretendian, era que por la dilacion de los virreyes no se fuese de las manos la ocasion de hacer algun buen efecto. Con esto en la misma armada en que era venido, dió

la vuelta para Italia para hacer rostro á los intentos del gran Turco, ca se decia que apercebia una gruesa armada para daño de los christianos.

Fue este ruido falso y sin propósito. Solo el Moluco ayudado de los turcos quitó los reynos de Marruecos y de Fez á un su sobrino llamado Muley Mahomad Cheribo. Pretendia por una ley que algunos años antes deste se promulgó, que los tios hermanos del Rey que moria, fuesen antepuestos á los hijos en la sucesion del reyno. Retiróse Muley á Portugal, que fue ocasion, como los nuestros pretendian restituille en el reyno de su padre, del estrago y llaga que se recibió en Africa tan grande que en muchos años no se podrá curar.

El Rey de Francia tenia detenidos en París al de Alanzon y al de Vandoma porque no le revolviesen el reyno. Huyóse el de Alanzon á Normandía, donde le acudieron hereges y cathólicos mal contentos con voz de dar orden en las cosas del reyno. Poco despues se juntó con él mismo el de Vandoma que huyó tambien de París.

AÑO 1576.

En el negocio del arzobispo de Toledo don Bartholomé de Miranda á cabo de diez y siete años de prision se vino en Roma á sentencia: pronuncióla el Pontífice Gregorio á catorce del mes de abril. Falleció el arzobispo diez y ocho dias adelante en el monasterio de su orden que se llama de la Minerva en aquella ciudad. Fue mas dichoso en estado de particular que de prelado, persona de letras y de virtud, si por su poco recato en su edad mayor no diera ocasion para que le tuvieran, y condenáran, como en efecto fue sentenciado, por sospechoso en mate-

ria de religion. Abogó por él, y aun defendióle por escrito el doctor Martin Azpilcueta navarro, que fue el jurista mas señalado de su tiempo, como se vee por los libros que dexó impresos, y de no menor bondad y piedad.

Por muerte del Emperador Maxîmiliano Segundo sucedió en el imperio su hijo Rodulfo que ya era Rey de romanos.

El príncipe de Condé y Juan Casimiro hijo del Palatino entraron en Francia por la parte de Lorena con treinta mil hombres en favor del duque de Alanzon, por cuyo miedo se hicieron las paces con los hereges poco aventajadas para el Rey.

Falleció en Flandes el comendador mayor, ocasion con que se juntaron todos los estados de aquella provincia para tratar de lo que convenia. Lo que resultó, fue que conjuraron contra su Rey, y se resolvieron de echar los españoles de la tierra, juntarse con los hereges, y tomar por cabeza al príncipe de Oranges. Verdad es que para dar algun color á estos intentos adelante hicieron venir de Alemaña á Mathías hermano del nuevo Emperador, en efecto para burlarse de él, pues con solo darle el título de príncipe ellos lo gobernaban todo á su voluntad. Por donde en breve, dexada á Flandes y aquel principado de solo nombre, dió la vuelta á Alemaña.

Los flamencos pusieron sitio sobre el castillo de Anvers á tiempo que los españoles por estar sin cabeza andaban amotinados, pero sin embargo acudieron de diversas partes al peligro y á la defensa. Los soldados del castillo y socorros eran hasta quatro mil, en la ciudad se contaban mas de quarenta mil hombres de armas tomar; la qual muchedumbre no fue parte para que los soldados salidos del castillo no acometiesen á los enemigos, donde con muerte de

catorce mil hombres, parte soldados, parte naturales saquearon y pusieron fuego á aquella muy rica y grande ciudad. La presa fue muy grande, con que los soldados quedaron ricos y sosegaron.

El mismo dia que esto sucedió en Anvers, que fue á quatro de noviembre, don Juan de Austria llegó á la ciudad de Lucemburg: enviábale el Rey desde España para remedio de las cosas de Flandes, y para mayor brevedad pasó por Francia disfrazado. Poco efecto hizo su venida, y de poco provecho fue aquel remedio, por estar las cosas de todo punto estragadas.

AÑO 1577.

La Reyna de Portugal doña Cathalina falleció en Lisboa, por cuyo respeto, reverencia y industria en alguna manera se enfrenaban los brios de su nieto el Rey don Sebastian, el qual y el Rey don Philipe se vieron en Guadalupe, donde trataron de la empresa de Africa para donde se apercebia el Portugues, y el Rey cathólico pretendia que por lo menos no fuese en persona á ella, pero no pudo alcanzar lo que deseaba.

Por el mes de noviembre se vió un cometa junto al signo de Libra y planeta de Marte con una cola notablemente larga y ancha, cosa que pocas veces se ha visto tan grande. Díxose despues de la muerte desgraciada de aquel Rey que amenazaba á Portugal; que tales son los pronósticos de los astrólogos, y la opinion del vulgo es que el cometa pronostica mudanza de Rey.

AÑO 1578.

En Madrid nació al Rey don Philipe á catorce de abril de la Reyna doña Ana su muger un hijo que se

llamó don Philipe, que fue el quarto parto de su madre: vivió mas que sus hermanos. Fue este año dichoso por el nacimiento deste príncipe; por otra parte fue muy desgraciado para Portugal y para toda España, porque el Rey don Sebastian llevado del fervor de su mocedad, y del deseo encendido que tenia de estender en África el nombre christiano, recibió debaxo de su amparo al Rey Muley. Para la empresa juntó con las fuerzas de su reyno gentes de Alemaña, de Italia y de Castilla. Apercibió una gruesa armada, en que con toda su gente por el mes de julio se hizo á la vela, y llegó á Arcilla ciudad sugeta á los portugueses en África. Lo primero que pretendia, era acometer el castillo Alarache que está á la boca del rio que hoy se llama Luco, y antiguamente se dixo Lisso. Comenzaron los portugueses á marchar por la tierra adentro: salióles el Moluco al encuentro con muy mayor número de gente. Dióse la batalla á quatro de agosto: fueron vencidos los portugueses; la matanza fue grande, los cautivos sin cuento, y entre ellos muchos de los mas nobles que alli iban. Ninguna pelea de muchos años acá se ha visto tan desgraciada: en particular perecieron aquel dia tres Reyes, el Moluco de enfermedad de que andaba trabajado de dias atrás; dexó por sucesor un su hermano llamado Hamet: el Rey de Portugal pereció en la pelea, Muley se ahogó al pasar del rio huyendo de los enemigos.

Concedió don Juan de Austria para sosegar á los flamencos que los españoles saliesen de aquellos estados, y en los castillos se pusiese guarnicion de los naturales; que fue resolucion muy perjudicial, porque apenas salieron los españoles quando los hereges trataron de prender á don Juan de Austria. El avisado de esto se huyó á la ciudad de Namur, y

hizo llamamiento de soldados. Envió por los españoles, que se encaminaban á Italia: tuvo algunos encuentros con los contrarios, ganóles algunas plazas y ciudades; pero todas sus pretensiones y intentos desbarató la muerte que le sobrevino en la flor de su edad por principio del mes de octubre. Falleció de enfermedad en la campaña y en sus reales. Sucedió en el gobierno de aquellos estados Alexandro Farnesio príncipe de Parma.

Estaban los estados descontentos del archiduque Mathías, por lo qual contra don Juan de Austria habian llamado á Francisco duque de Alanzon: él, aceptado el partido, fue á Mons de Henao, donde le dieron título de protector de Flandes.

En Portugal falleció la infanta doña María hija del Rey don Manuel y de su postrera muger doña Leonor. Era esta señora quando falleció, de buenos años y doncella, porque aunque se trató en diversos tiempos de casalla con muchos príncipes, ningun casamiento se efectuó.

AÑO 1579.

Luego que las tristes nuevas del desastre del Rey don Sebastian llegaron á Portugal, sin dilacion fue nombrado por Rey el cardenal don Enrique su tio hermano de su abuelo, dado que estaba en lo postrero de su edad y tenia poca salud: asi fue breve su reynado, solo de diez y siete meses. Para tener sucesion trataron los grandes de aquel reyno de hacelle casar, pero como esto pareciese fuera de propósito, y que no vendria á efecto, fueron muchos los que pretendieron sucederle en el reyno. El Rey don Philipe por el derecho de su madre la Emperatriz doña Isabel: Filiberto duque de Saboya por ser hijo de

doña Beatriz á causa que la una y la otra eran hijas del Rey don Manuel, mas la Emperatriz era la mayor; el príncipe de Parma pretendia por doña María su muger ya difunta, mas dexó dos hijos Ranucio y Eduardo: el duque de Berganza pretendia por doña Cathalina su muger. Eran estas dos señoras nietas del Rey don Manuel hijas del infante don Duarte su hijo, la mayor era doña María, pero era muerta, y viva la menor doña Cathalina. Don Antonio prior de Crato acudió á la misma pretension como hijo del infante don Luis, y por el mismo caso nieto del Rey don Manuel: alegaba que la bastardía no le perjudicaba á causa que su padre se casó con su madre; pero los mas tenian esto por cosa vana, ni se hallaban testigos bastantes para la probanza de cosa tan grande. La Reyna Madre de Francia madama Cathalina pretendia que aquel reyno se le debia por venir de parte de madre de la condesa de Boloña llamada Matilde, muger que fue de don Alonso el Tercero Rey de Portugal: afirmaba que dexó della sucesion. Los portugueses contra esto por bastantes testimonios negaban que la condesa Matilde hubiese dexado algun hijo ni del primer matrimonio ni de don Alonso su segundo marido, y mostraban que quando vino á muerte le sucedió en aquel estado de Boloña Roberto su sobrino hijo de su hermana Alisa, de donde tomaba principio la línea del linage materno de la Reyna Madre. Todo esto hacía el derecho dudoso, por donde los juristas tuvieron ocasion de escribir largamente sobre el caso, sin que faltase á ninguno de los pretendientes razones ni abogados; verdad es que las armas estaban en poder del Rey don Philipe, que siempre, y principalmente quando el derecho no está muy claro, tienen mas fuerzas que las informaciones de los legistas y letrados; y es asi

de ordinario que entre grandes príncipes aquella parte parece mas justificada que tiene mas fuerzas.

En Sicilia salió gran cantidad de fuego líquido de Mongibel al fin deste año con gran daño de los campos comarcanos.

AÑO 1580.

Apercebíase el Rey don Philipe para la guerra de Portugal: con este intento hizo que muchas compañías de italianos, alemanes y castellanos se acercasen á la frontera de Portugal, aparejados para acometer luego que les fuese ordenado. Pretendia el Rey don Philipe que el nuevo Rey de Portugal su tio le nombrase y hiciese jurar por sucesor por escusar reyertas, pero al mismo tiempo que se trataba de esto, el Rey don Enrique pasó desta vida en Almerin á postrero de enero.

Por su muerte parecia no se escusaba la guerra, por no tener esperanza que los portugueses de voluntad viniesen en lo que era razon. Era necesario proveer de general para aquella empresa. Estaba el duque de Alba preso en la villa de Uceda, porque su hijo don Fadrique hizo casase con hija de don García de Toledo marques de Villafranca, sin tener cuenta con otra doncella dama que fue de la Reyna, á la qual los años pasados habia don Fadrique dado palabra, y el Rey mandado que hasta que aquel pleyto se determinase, no dispusiese de sí. Pareció sacalle de la prision y envialle á Portugal. El mismo Rey, para estar mas cerca pasó á Mérida y á Badajoz, ciudad puesta á la frontera de aquel reyno. El exército no era grande, apenas llegaba á doce mil infantes y mil y quinientos caballos; pero era la flor de la milicia de España, soldados viejos, exercitados muchos años en las armas. Con esta gente y con el

buen orden del duque de Alba, don Antonio que con el favor del pueblo se llamaba Rey, fue vencido primero en la ciudad de Lisboa, y poco despues cerca de la ciudad de Portu le desbarató Sancho Dávila maestro de campo general en aquella empresa. Con esto y salirse el enemigo de todo el reyno aquella provincia quedó sosegada.

En el qual tiempo el Rey cathólico estuvo en Badajoz tan enfermo que los médicos no tenian esperanza de su vida. Dióle Dios salud, pero apenas era convalecido, quando de enfermedad falleció la Reyna su muger que en su compañía estaba, á veinte y seis de octubre. Tuvo en ella quatro hijos: á don Fernando y don Carlos, que ya eran muertos: don Diego que falleció poco despues desto, y don Philipe á la sazon niño y enfermizo, al presente vivo y sano. Tuvo tambien una hija, que fue la postrera que parió, y se llamó doña María, pero vivió muy poco.

Por esta misma sazon Gerónimo Osorio portugues, obispo que era de Silves, pasó desta vida, persona muy eloqüente (bien que en la historia no tanto) como se entiende bien por los libros que dexó escritos, y muy enemigo de la guerra que en esta ocasion se hizo; cuyo contemporáneo fue Andres Resendio de la misma nacion, muy señalado en el conocimiento de la antigüedad, y grande imitador de Horacio en los versos que compuso muy elegantes y agudos.

Falleció Emanuel duque de Saboya; sucedióle su hijo el duque Carlos.

En Flandes despues de la muerte de don Juan de Austria todavia se continuaba la guerra: muchas ciudades estaban alzadas contra su Rey, las principales eran Anvers, Gante, Brusselas, Tornay. El archiduque Mathias dexó á Flandes y se fue para Alemaña.

Los estados de aquella provincia ya que una vez tomaron las armas contra su Rey, no querian sosegar: y dado que todos casi estaban conjurados para hacer la guerra, no tenian fuerzas bastantes para resistir al Rey; por donde desde Francia hicieron venir á Francisco duque de Alanzon que se solia llamar Hércules, hermano del Rey de Francia, para que los ayudase. El despues que revolvió la Francia, y se hizo caudillo de hereges y malcontentos, acudió á lo de Flandes, y de primera llegada se apoderó de la ciudad de Cambray, que es de aquel obispo, pero estaba á devocion del Rey de España: no paró en esto, porque el año siguiente á persuasion de los estados volvió otra vez, y dentro de Anvers fue nombrado por duque de Brabante, vana sombra de nombre, pues el de Oranges estaba de todo apoderado. Duróle pues poco el mando, junto con que la esperanza de casarse con la Reyna de Inglaterra le salió vana, dado que dos veces pasó en aquel reyno; que tal era la costumbre de la Reyna Isabel, burlarse por esta manera de diversos príncipes.

AÑO 1582.

En Anvers un mozo vizcaino llamado Juan de Xáuregui se determinó de matar al príncipe de Oranges. Con esta resolucion un dia, alzadas las mesas despues de comer, le tiró un arcabuzazo: no le mató, pero hirióle debaxo la mexilla malamente. El mozo fue luego despedazado, y justiciados todos los que tuvieron noticia de aquella conjuracion. Mas dichoso fue otro mozo borgoñon, el qual como hubiese asentado por criado del dicho príncipe, con ocasion que halló á propósito, poco despues le mató en Olandia.

En Toledo se tuvo concilio provincial: juntáronse siete obispos y dos abades, presidió el cardenal arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga, hallóse presente por embaxador del Rey el marques de Velada. Los principales entre los prelados fueron el de Osma don Alonso Velazquez, que antes de acabarse el concilio fue trasladado al arzobispado de Santiago; y el de Jaen don Francisco Sarmiento, personas muy eruditas y graves, de vida y costumbres muy aprobadas. Entre los procuradores de las iglesias el que mas se señaló, fue García de Loaysa, persona de grande modestia y de grande erudicion. El Rey don Philipe poco adelante le nombró por maestro del príncipe su hijo. En este concilio se ordenaron muy buenas leyes.

El Pontífice Gregorio quitó este año del mes de octubre diez dias, á propósito que los solsticios y equinoccios volviesen á los asientos y dias donde antiguamente estaban. Demas desto se quitó del kalendario el áureo número, que mostraba las conjunciones de la luna y en su lugar fue puesto otro número ó ciclo mayor, que llamaron epactas; por el qual y con dexar los bisiestos á ciertas distancias y a cierto número de años, se mostrarán las conjunciones de la luna perpétuamente sin algun yerro ni mudanza, porque el áureo número de muchos años atrás no servia desto, dado que para esto le inventaron: correccion con que los tiempos correrán de aqui adelante mas enmendados, y con mas puntualidad y acierto que hasta aqui.

La Emperatriz doña María vino á España, y fue á Lisboa, donde el Rey su hermano estaba ocupado en asentar las cosas de Portugal, y en su compañía el cardenal Alberto hijo de la Emperatriz, príncipe de grandes partes.

Don Antonio, que se llamaba Rey de Portugal, despues de vencido no paró hasta Francia: dende con una armada que juntó, pasó á las islas Terceras, por otro nombre de los Azores, que se tenian por él: fue vencido en batalla naval que le dió don Alvaro Bazan marques de Santacruz junto á la isla de San Miguel. Los dos principales caudillos de la armada francesa, Philipe Strozi fue muerto en la pelea, el señor de Brissac juntamente con el mismo don Antonio se salvó huyendo. Los cautivos franceses que eran nobles, hasta ochenta, y otros muchos hizo justiciar el marques por orden que para ello tenia del mismo Rey de Francia; sin embargo los isleños no se quisieron rendir, digo los de la Tercera.

AÑO 1583.

Hasta que el año siguiente el mismo marques dió la vuelta contra ellos, y los sugetó á la jurisdiccion del Rey don Philipe, con que quedaron del todo sosegados.

En el mismo año el duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo pasó desta vida en Lisboa en edad de setenta y quatro años, maravilloso en sus cosas, y digno de inmortal renombre. Salió vencedor en todas las guerras que hizo, que fueron muchas. Táchanle de severo y grave: lo cierto es que fue mas esclarecido en la guerra que despues de la victoria, mas recatado en el tiempo de la adversidad que de la prosperidad: sin duda gran personage, honra de España. Fue hijo de don García, el qual antes de heredar fue muerto en los Gelves; nieto de don Fadrique primo hermano del Rey don Fernando, porque las madres de los dos fueron hermanas. El padre de don Fadrique se llamó don García: que fue el primero

de aquella casa que tuvo título de duque, cuyo padre don Fernando Alvarez de Toledo fue el primer conde de Alba de Tormes. Poco despues del duque falleció alli mismo Sancho de Avila de una coz de un caballo á ocho de junio. Fue de la casa de Velada, natural de Avila.

Habia fallecido en Madrid el príncipe don Diego hijo del Rey don Philipe: por esto á primero del mes de hebrero todos los estados de Portugal juraron al príncipe don Philipe su hermano por heredero de aquella corona. Despedida esta junta, y nombrado el príncipe cardenal Alberto su sobrino por gobernador de aquel reyno, el Rey dió la vuelta á Castilla para dar orden en negocios y necesidades que se ofrecian.

AÑO 1584.

El duque de Alanzon de Inglaterra donde fue, y de Flandes volvió á Francia con perdon y licencia que para ello le dió el Rey su hermano; pero como saliese de la corte que estaba en París, falleció de su enfermedad, ó con yerbas que le dieron, como muchos pensaron, á diez de junio; y con su muerte se desbarataron las esperanzas mal cimentadas de hacerse señor de Inglaterra, Flandes y Francia.

El príncipe de Oranges á diez de junio fue muerto de un arcabuzazo por un mozo llamado Balthasar, borgoñon de nacion, el qual con intento de hacer esto asentó por su criado poco antes. Tal fue la muerte del que causó tantos males, sin que los flamencos con todo esto se sosegasen.

Quedaron al Rey don Philipe de la Reyna Isabel su muger dos hijas, la infanta doña Isabel y doña Cathalina. Deciase que la mayor se guardaba para casar con su primo el Emperador Rodolfo; la

menor estaba concertada con Carlos duque de Saboya. Para celebrar estas bodas pareció á propósito la ciudad de Zaragoza cabeza que es de Aragon.

Pero antes que el Rey con sus hijos se pusiesen en camino, los tres estados de Castilla juraron en Madrid al príncipe don Philipe como á heredero destos reynos. Hízose la ceremonia á once de noviembre, que fue domingo y dia de San Martin, en el monasterio de San Gerónimo que está junto á aquella villa: dixo la missa el cardenal de Toledo Quiroga.

AÑO 1585.

Acabada esta solemnidad y auto, se partió el Rey para Zaragoza en tiempo muy áspero y que todavia duraban los frios del invierno. Vino alli otrosí por mar el duque de Saboya: fue grande la honra que el Rey su suegro le hizo, los juegos y aparatos y gastos, con que las bodas á diez y ocho de marzo se celebraron con grande regocijo y concurso de grandes.

Al mismo tiempo vino nueva de Roma que el Pontífice Gregorio cargado de años, muy esclarecido por las cosas que hizo, por su prudencia y piedad, falleció á doce de abril. Pusieron en su lugar el mes luego siguiente al cardenal Feliz Montalto, que fue primero general de los Franciscos claustrales, despues obispo, y últimamente cardenal. Tomó nombre de Sixto V. Gobernó la iglesia cinco años y quatro meses: tenia muchas partes, pero como no hay persona sin tacha, muchos le reprehenden de severo, y de grande diligencia que puso en allegar dinero y acrecentar y enriquecer á sus deudos, dado que los hechos de los príncipes es justo echallos á la mejor parte, principalmente de los que son ya muertos.

Canonizó á San Diego frayle de San Francisco, cuyo cuerpo se guarda y honra en Alcalá de Henares en el monasterio de su orden de San Francisco.

El príncipe de Parma hacía la guerra contra los rebeldes en Flandes, y recobrada Gante con otras ciudades que estaban alzadas los meses pasados, este año con un largo y estrecho cerco que tuvo sobre Anvers, la cansó y reduxo á necesidad de rendirse por el mes de agosto. Grandes fueron los pertrechos, grandes los ingenios de que usaron, grande la obstinacion de los cercados; pero todo lo vencieron los españoles con su valor y constancia.

Acompañó el Rey don Philipe á sus hijos los nuevos casados hasta Barcelona, donde se hicieron á la vela para pasar en Italia. A la vuelta en Monzon se tuvieron cortes de Aragon que duraron mucho tiempo: ofreciéronse grandes dificultades. Con los calores del estío, y el otoño que fue mal sano, fallecieron muchos en aquel lugar, especial de los forasteros y cortesanos. En estas cortes últimamente juraron al príncipe don Philipe por heredero de aquella corona de Aragon y de aquellos estados.

El Pontífice Sixto al principio de su pontificado á nueve de setiembre expidió una bula contra Enrique duque de Vandoma, en la qual le declaró por herege y por descomulgado, y le privó del derecho de la sucesion del reyno de Francia asi á él como al príncipe de Condé su primo hermano, llamado tambien Enrique para que no pudiesen suceder en aquella corona en caso que el Rey Enrique cuñado de Vandoma falleciese sin hijos, cosa que parecia muy probable por no haberse hasta entonces la Reyna hecho preñada.

AÑO 1586.

Sin embargo el Rey de Francia pretendió dexar

por sucesor á Vandoma, sin hacer caso del peligro en que ponia la religion y cosas de Francia: muchos señores franceses se concertaron entre sí de tomar las armas en defensa de la antigua religion. El principal de todos fue el duque de Guisa, de que el Rey recibió mucha pesadumbre por temer nuevas disensiones y guerras que resultarian de aquella liga, y que los males y estragos se aumentarian con ser ya tres las parcialidades, dado que al principio dió muestra de estar aplacado, y favorecer los intentos de los conjurados, tanto que no solo ofrecia de ayudallos, sino ser tambien su capitan y cabeza; pero duró poco esta máscara.

El Pontífice como al principio por favorecer á estos señores hubiese condenado al de Vandoma, poco despues como arrepentido de lo hecho dió muestra de aborrecer los intentos de aquellos señores y de no estar tan indignado con el de Vandoma, tanto que comunmente se decia que pretendia emparentar con él (lo que sin duda tengo por falso) lo cierto es que al embaxador de Vandoma daba mas grata audiencia de lo que los cardenales quisieran y el estado de las cosas parece pedia, pero las cosas y intentos de los Papas pocos las entienden.

AÑO 1587.

María Stuarda Reyna de Escocia en el castillo de Fodringhaye, donde estaba presa, fue justiciada: cortáronle en una sala de aquel castillo la cabeza á diez y siete de hebrero. Pronunció la sentencia en Londres contra ella la Reyna Isabel de Inglaterra su tia, prima hermana de su padre: habíase esta señora por las revueltas de Escocia, á persuasion de la Inglesa y baxo de su palabra, retirado á Inglaterra el año

vigésimo antes deste, y sin embargo la hizo entonces prender, y al presente la privó de la vida: cruel carnicería! en una maldad quántos delitos se encierran! Achacábanle que habia conjurado contra la Reyna, y tratado de huir de la prision: á la muerte confesó esto segundo, pero negó lo de la muerte de la Reyna. Lo que parece mas verisimil, es que los hereges tenian por entendido que su secta no podria pasar adelante, si ella vivia, por ser la mas cercana en deudo y que mas derecho tenia á la sucesion de aquel reyno; y estaban persuadidos que defenderia con todas sus fuerzas la religion cathólica; y castigaria la heregía.

Para vengar esta muerte parecia era justo que los príncipes tomasen las armas, y que lo habian de hacer, lo qual no ignoraba aquella hembra desapoderada y cruel; pero el Frances estaba embarazado con los alborotos de su reyno para no poder acudir á esta venganza, dado que la injuria tocaba principalmente á su corona á causa que la Reyna muerta fue muger del Rey Francisco su hermano. El Rey don Philipe se aprestaba al mismo tiempo que Francisco Draques cosario ingles, el qual los años pasados habia acometido y trabajado las marinas de las Indias de la parte del mar del Sur y del mar del Norte por tres ó mas veces, y robado y llevado á Inglaterra grande cantidad de oro, pasó tan adelante que se atrevió esta primavera de acometer la isla de Cadiz con esperanza cierta que llevaba de apoderarse de aquella ciudad por estar sin guarnicion; y los moradores descuidados; y saliera con su intento, si dos galeras que estaban en aquel puerto, no le entretuvieran algun tanto, y los comarcanos no acudieran al socorro, y entre todos el principal don Alonso de Guzman duque de Medina Sidonia.

Estaba á la sazon el Rey en Toledo para celebrar la entrada del cuerpo de Santa Leocadia vírgen y mártyr, que por muchos siglos estuvo en Flandes cerca de Mons de Henao en un monasterio de Benitos llamado San Gislen. Fue grande la fiesta que en aquella ciudad se hizo, y la procesion muy solemne á veinte y seis del mes de abril. Halláronse presentes demas del Rey su hermana la Emperatriz doña María y su hijo el príncipe don Philipe, que ayudó á llevar las andas en que venian las reliquias.

La Francia estaba dividida en tres parcialidades por la ocasion que queda dicha, quando treinta mil alemanes entraron en ella en favor del príncipe de Bearne debaxo la conducta del duque de Bullon. Fue grande el espanto y cuidado en que pusieron. Saliéronles al encuentro por una parte el Rey de Francia, por otra el duque de Guisa: como les fuese siempre á la cola, y en todas partes los apretase, demas desto por la aspereza del invierno que se siguió, muerta una gran parte desta gente, todos los demas se desbarataron. Falleció otrosí poco despues el duque de Bullon: con esto los cathólicos cobraron algun aliento. La misma España estaba en cuidado no pasase aquella peste, ayudada de tantos socorros, los montes Pyrineos, y diese que hacer en estas partes.

No solo fue trabajada la Francia por esta gente sino afligida con hambre y peste muy grave. Hacíanse grandes procesiones para aplacar la ira del cielo. Los pueblos enteros salian vestidos de blanco con cruces y pendones y vista miserable, y con voces llorosas cantaban hymnos en alabanza de Dios.

AÑO 1588.

El Rey don Philipe tenia en Lisboa una muy

grande y fuerte armada aprestada para vengar la muerte de aquella Reyna inocente, y castigar los muy ordinarios desacatos y atrevimientos contra su magestad. Era caudillo de la armada el marques de Santacruz; mas como falleciese en medio destos apercebimientos, el duque de Medina Sidonia nombrado en su lugar por el mes de julio se hizo á la vela con medianos temporales, dobló el cabo de Finisterræ, y llegado á la Coruña, con una tempestad que de repente sobrevino, la armada se desbarató de tal manera que apenas por el mes de setiembre pudo tornar á la navegacion. Llegó á las marinas de Flandes con la armada inglesa por las espaldas; con cuya artillería, y por los muchos baxíos que tiene aquella mar, se vieron los nuestros en grande peligro. Algunas naves fueron presas por los enemigos, la mayor parte maltratada con las balas que sobre ellas llovian; por lo qual, y porque para dar la vuelta á España rodearon toda aquella isla por la parte de Setentrion, fue la navegacion tan larga que gran número de naves se anegaron y fueron á fondo, y con la fuerza del frio y falta de bastimentos perecieron muchos soldados, tanto que muy pocas naves y pequeño número de soldados al principio del invierno llegaron y surgieron en diversos puertos de España: desta suerte los intentos de los hombres se desbaratan por fuerza mas alta. Sin duda la flor de la milicia de España pereció en esta empresa, y con este desastre castigó Dios muchos y muy graves pecados de nuestra gente.

No paró en España este daño; antes llegó á otras provincias, en especial en Francia el Rey Enrique pretendia castigar al duque de Guisa como el principal autor de la liga hecha entre los cathólicos, y junto con esto reprimir á los de París que estaban mucho de su parte. Con este intento hizo venir á

aquella ciudad sobre quatro mil soldados estrangeros. Vino tambien el de Guisa llamado por el Rey ó por los ciudadanos, pero sin gente, asegurado de su conciencia; y si algun engaño ó peligro resultase, pensaba que la aficion de los ciudadanos no le podria faltar. Fue asi que con su venida el pueblo tomó las armas, y hizo salir de aquella ciudad los soldados estrangeros: el mismo Rey fue forzado á retirarse: poco despues fingió querer tomar mejor camino y juntar los estados del reyno para tomar acuerdo sobre lo que se debia hacer. Expidió un edicto en este propósito; donde entre otras cosas decia tener muy averiguado que todo lo que el de Guisa y el cardenal de Borbon habian hecho, fue con buen ánimo. Poco adelante por otro edicto convocó los estados del reyno para la ciudad de Bles. Acudieron gran número de señores: comenzáronse las juntas á diez y seis de setiembre. Tratóse de nombrar sucesor para la corona: fueron de parecer que el cardenal de Borbon tio de Vandoma era el que tenia mejor derecho, y asi le nombraron en caso que el Rey muriese sin hijos, por estar en grado mas cercano que sus sobrinos, y por ser gran defensor de la religion cathólica. El Rey sin embargo de la seguridad que dió para venir á los estados, y de la que semejantes juntas suelen traer consigo, en su casa real mató al de Guisa á veinte y tres de diciembre dia viernes; y al cardenal de Lorena su hermano el dia siguiente en la carcel donde le puso. Prendió juntamente al hijo mayor del duque de Guisa, al duque de Nemurs, al cardenal de Borbon y al arzobispo de Leon por haberle hecho rostro y resistido á sus intentos en los estados.

Pareció esta gran maldad: el odio que se despertó contra el Rey, fue grande; la Reyna su madre por la pena que recibió de aquel caso, y por estar cargada de años y trabajos dentro de pocos dias rindió el alma, doce dias despues de la muerte del duque de Guisa, con pronosticar á su hijo las revueltas y males que por aquella ocasion resultarian. Las mas de las ciudades por aborrecimiento de una cosa tan fea se apartaron del servicio de su Rey. La primera y que mas se señaló, fue París, ciudad á la qual ninguna otra se iguala en grandeza, muchedumbre de gente, riquezas y estudios de todas las ciencias. Pasados algunos meses, y desbaratados los estados de Bles, el Rey pretendia apoderarse de París. Puso sitio sobre ella, quando fray Jaques Clemente de la orden de Santo Domingo, mozo de veinte y quatro años, natural de Borgoña, nacido en una aldea llamada Sarbona, salió de la ciudad con color que queria dar aviso de algunos secretos de los ciudadanos. Con esto alcanzada audiencia á primero de agosto metió al Rey por las tripas sobre la bexiga un cuchillo que traía emponzoñado. Fue este atrevimiento muy grande, dado que sin tardanza fue él muerto y despedazado por la gente de palacio. Estaba presente Enrique de Borbon príncipe de Bearne Rey que se decia de Navarra: asi sin dilacion se llamó Rey de Francia, pero las mas de las ciudades no le querian reconocer: muchas batallas se han dado hora venciendo los unos, hora venciendo los otros: muchas ciudades han sido tomadas, saqueadas y cercadas. La principal de todas París el año siguiente se vió en grande peligro de ser tomada, del qual el duque de Parma con las fuerzas del Rey don Phi-

lipe Segundo la libró y sacó de la garganta de los contrarios. Juntáronse en aquella ciudad los estados para nombrar Rey, el concurso fue grande, muchas ficciones y engaños.

Este año en que vamos de ochenta y nueve las cosas de Portugal estuvieron en peligro á causa de la armada inglesa que vino sobre aquel reyno con voz de restituir y poner en posesion á don Antonio que muchos dias estuvo desterrado en Inglaterra, en el reyno de sus antepasados. Venia en persona, y se adelantó tanto, que con buen número de gente llegó á ponerse sobre la misma ciudad de Lisboa; pero como los de dentro no se rebullesen por la diligencia y valor del príncipe cardenal, y del conde de Fuentes, fue forzado por falta de bastimentos de volver atrás, y poco adelante toda la armada, habiendo recebido mayor daño que hecho, se hizo á la vela la vuelta de Inglaterra. Con su ida España se libró de gran miedo y cuidado. Descubrióse en Lisboa que ciertos ciudadanos estaban conjurados en favor de don Antonio: fueron algunos pocos justiciados, castigo con que los demas desistieron de desear y intentar cosas nuevas; principalmente la nobleza se mostró constante y leal, porque á la verdad si el reyno se alteraba, corria mayor peligro de perder sus haciendas y estados.

En aquella ciudad cierta monja con muestras falsas de santidad tenia ganado gran renombre, y burládose no solamente del pueblo sino de personas de letras y autoridad; mas descubierto por los inquisidores el engaño, fue castigada con pena que le impusieron muy menor que su delito. Dióse la sentencia por el mes de marzo. Siguióse la muerte de fray Luis de Granada de la orden de Santo Domingo, persona muy señalada en letras y devocion, cuyo contempo-

ráneo fue el maestro Juan Dávila predicador muy señalado, y de los mas zelosos de su edad. El uno y el otro dexaron escritos libros muy provechosos en su lenguage vulgar.

En Barcelona hubo grande peste: de la causa deste mal se dixeron muchas cosas, pero ninguna se averiguó que sepamos.

En el reyno de Toledo se concluyó por este tiempo la fábrica de San Lorenzo el Real al cabo de poco menos de treinta años que por mandado del Rey don Philipe junto al Escorial tierra de Segovia se comenzó con grande magestad y pertrechos. Hay en ella un monasterio de San Gerónimo con un colegio para estudiar, y una casa real para pasar los Reyes los calores del verano. El gasto ha sido tan grande que apenas lo creerán los que vinieren, y los que hoy viven, con dificultad: obra que se iguala con los antiguos milagros y edificios soberbios por su hermosura, grandeza, ornamentos, fortaleza y por el culto divino que se hace con gran magestad: las rentas son conforme al edificio. No hay para que pasar en esto adelante: la traza desta obra y sus partes describimos bastantemente en otro lugar.

AÑO 1590.

Este año fue señalado por la muerte de dos Pontífices: de Sixto, que sucedió por el mes de agosto á los veinte y ocho dia martes; y de Urbano Séptimo, cuya eleccion fue á quince de setiembre: llamóse antes de ser Papa Juan Bautista Castaño. Fue arzobispo primero de Rosano, y nuncio de España, despues cardenal, y finalmente llegó á ser Sumo Pontífice, pero vivió solos doce dias; ni aun los pontificados de Gregorio Décimoquarto, y Inocencio Nono, que fue-

ron puestos en la silla de San Pedro, pasaron de pocos meses, hasta tanto que el cardenal Hypólito Aldobrandino fue adelante elegido por Pontífice con nombre de Clemente Octavo, natural de Roma, aunque su orígen de Florencia: sus costumbres sin reprehension, su edad entera, la salud y fuerzas de cuerpo no muy grandes.

El otoño de este año fue muy enfermo, mucha gente pereció en España: el mal cargó mas en las aldeas y en los campos sea por falta de medicinas y de regalos, sea porque el ayre corrupto tenia menos reparos. Entre los demas el doctor Juan Calderon insigne theólogo, y que por sus letras fue canónigo de Toledo, enfermó en un sitio muy fresco donde estaba retirado para pasar los calores del verano, que se llama el Piélago.

AÑO 1591.

Convaleció muy fácilmente desta enfermedad, pero dentro de pocos meses de otra que le sobrevino, falleció en Toledo: varon sin duda pio y modesto, dechado de la antigua simplicidad y gravedad. En su sepulcro hicimos entallar un letrero muy verdadero para memoria de su mucha bondad, y de la amistad que teniamos muy grande.

Antonio Perez secretario que fue del Rey, y que en algun tiempo tuvo mano y cabida en la casa real, despues que estuvo preso por espacio de mas de doce años, se huyó de la carcel donde le tenian en Madrid por el mes de abril del año pasado. Pasó á Aragon para presentarse delante el justicia de Aragon, y dar razon de la muerte que hizo dar al secretario Escobedo una noche al salir de palacio, junto con otras cosas que le achacaban. La alegria que con su llega-

da y huida recibieron algunos inquietos, en breve la trocaron en tristeza y en lágrimas: tales son las cosas humanas. Fue asi que á veinte y quatro de mayo deste año de noventa y uno de la carcel del justicia de Aragon pasaron el preso á la de los inquisidores. El pueblo tomando las armas y apellidando libertad, acometieron las casas donde estaba don Iñigo de Mendoza marques de Almenara ministro por el Rey: teníanle antes desto sobre ojos, y asi no pararon hasta que le dieron la muerte. Despues desto con el mismo furor y rabia acudieron á la inquisicion con intento de quebrantar aquella carcel, sin desistir hasta tanto que Antonio Perez fue vuelto á la primera donde estaba. Lo que resultó, fue que á veinte y quatro de setiembre se levantó otra vez el pueblo porque querian volver el preso á la inquisicion, y quebrantada la carcel de la manifestacion, le pusieron en libertad: hubo en esta revuelta algunos muertos y huidos. Antonio Perez poco despues se huyó á Francia, donde murió pasados algunos años. Aquellos ciudadanos revoltosos en breve pagaron el alboroto que levantaron, porque un buen exército fue á Zaragoza, por general don Alonso de Vargas soldado viejo y de muy gran valor, muy exercitado en las guerras de Flandes y de gran renombre, por cuya diligencia el atrevimiento de aquellos ciudadanos fue reprimido: muchos perdieron las vidas, entre otros el mismo justicia de Aragon don Juan de Lanuza fue el primero que pagó con la cabeza por salir, como salió, con gente contra el estandarte real. Tambien cortaron las cabezas á don Diego de Heredia y don Juan de Luna, que fueron los principales atizadores de aquel alboroto, sin otro buen número de personas justiciadas. El duque de Villahermosa y el conde de Aranda fueron presos y enviados á Castilla, donde en breve fallecie-

ron en la prision; mas despues los dieron por libres de traycion. Para asentar las cosas de aquel reyno se juntaron cortes en la ciudad de Tarazona, y por presidente don Andres de Bovadilla arzobispo de Zaragoza. El mismo Rey tomando el camino de Valladolid, de Burgos y de Pamplona, últimamente al fin del año mil y quinientos y noventa y dos llegó á la dicha ciudad: iban en su compañía la infanta doña Isabel y su hermano el príncipe don Philipe, al qual en Pamplona y en Tarazona juraron por heredero de aquellos estados. Por esta manera casi pasados dos años despues que las revueltas de Aragon comenzaron, castigados los culpados, y puestas guarniciones en Zaragoza y en otros lugares, concluidas las cortes de Tarazona, los alborotados últimamente se sosegaron, avisados por la experiencia y por su daño que si los ímpetus de la muchedumbre son grandes, las fuerzas del Rey son mayores: que el atrevimiento sin fuerzas es vano, y las mas veces el pueblo se alborota para su mal.

AÑO 1593.

El Papa Clemente Octavo este año entre quatro cardenales que crió, fue uno el doctor Francisco de Toledo de la Compañía de Jesus: fue natural de Córdova, de grande ingenio y letras, prudente en los negocios, en que sirvió mucho á la Sede Apostólica: murió en Roma tres años adelante, sepultáronle en la iglesia de Santa María la mayor.

Enrique que se decia Rey de Navarra, por este tiempo daba muestra de cathólico, y pretendia ser absuelto de las censuras.

El duque de Nevers enviado por él á Roma para suplicar que el Papa le absolviese, hacía para ello

grandes diligencias; mas el Padre Santo se mostraba muy severo, y reprehendia al arzobispo de Bourges porque sin orden de su Santidad le absolvió de las censuras en Francia, y aun muchos sospechaban que en esta pretension no habia llaneza, mas el tiempo los desengañó.

AÑO 1594.

En Roma á diez y siete de abril canonizó el Pontífice á San Jacinto, polaco, de la orden de los Predicadores.

En Madrid á veinte y dos de noviembre dia martes falleció el cardenal y arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga en edad de ochenta y tres años. Enterróse en un monasterio de Agustinos de la villa de Madrigal de donde era natural. Tuvo partes aventajadas de prudencia y rectitud: nadie vive sin tachas. Llegó mucho dinero por ser las rentas gruesas y el gasto moderado, no hizo testamento: por mandado del Padre Santo la hacienda se repartió por partes iguales en obras pias, y cámaras apostólica y real. Sucedió en el arzobispado el cardenal y archiduque Alberto, que adelante con licencia del Papa, y por orden de su tio el Rey cathólico mudó estado.

Este año en Hungría se perdió Javarino plaza importante: rindióse á los turcos que la tenian cercada.

AÑO 1595.

Al principio deste año murió en Flandes el archiduque Arnesto, que por el Rey su tio gobernaba aquellos estados. El archiduque Alberto su hermano á los tres de abril tomó posesion del arzobispado de Toledo: nunca vino á su iglesia ni se consagró, á causa que el Rey su tio le encargó el gobierno de Flandes para

donde partió de Madrid por fin de agosto. Quedó por gobernador del arzobispado García de Loaysa, que por su renunciacion tres años adelante le sucedió en aquella dignidad. Los estados de Flandes por la muerte de Arnesto quedaron por un tiempo á cargo de don Pedro Enriquez de Toledo conde de Fuentes, gran soldado.

El duque de Vandoma que se decia Rey de Navarra, y pretendia la corona de Francia, acudió como cathólico y como se dixo al Papa por absolucion. Ventilóse mucho la causa: finalmente el Padre Santo se resolvió, y á diez y siete de setiembre le absolvió y habilitó para aquella corona, con que todo aquel reyno se le allanó. Item á veinte y tres deste mes don Pedro de Toledo marques de Villafranca en la Morea tomó y saqueó la ciudad de Patras: partió de Mecina con veinte galeras para esta empresa.

A tres de octubre el conde de Fuentes con un largo cerco ganó á Cambray que se tenia por Francia: tres veces acudió gente de Francia para hacer alzar el cerco, y otras tantas vencidos volvieron atrás.

A veinte y cinco del mes de noviembre el Papa hizo cathedral la iglesia de Valladolid, y poco adelante el Rey hizo ciudad aquella villa: su primer obispo fue el doctor Bartholomé de la Plaza. Al fin deste año cargaron mucho las aguas: hincháronse los rios: en Sevilla aquel rio entró en la ciudad y hizo gran daño en la aduana.

AÑO 1596.

Francisco Draques cosario ingles echó gente en tierra en el nombre de Dios con intento, pasado el estrecho, de saquear á Panamá: apellidáronse los españoles, cargaron sobre él, y le forzaron á volver

á sus naves al principio de enero: otras veces dió pesadumbre por aquellas partes, y al cabo murió en Portovelo, y su armada se retiró destrozada, forzándola á dexar las Indias don Bernardino de Avellaneda.

Por el contrario el archiduque Alberto á diez y siete de abril se apoderó de Calés y la quitó á los franceses; pero poco despues por concierto se restituyó. Estaba á este mismo tiempo el Rey en Azeca cerca de Toledo muy apretado de dolencia, que le tuvieron por muerto: pasó á Toledo, donde vino nueva que la armada inglesa á primero de julio tomó y saqueó la isla y ciudad de Cadiz, quemó la flota que alli estaba á la cola para ir á México, que fue gran daño, y muchos mercaderes por todo el reyno padecieron y quebraron.

AÑO 1597.

Sigismundo Batori príncipe de Transilvania por este tiempo con gran valor hacía la guerra contra turcos y bereges: vino á Viena á verse con el Emperador: ayudóle con dineros, lo mismo hicieron el Papa y Rey cathólico; mas las esperanzas que dél se tenian, se trocaron por cierta enfermedad que le sobrevino (quien dice que fueron hechizos) por la qual dexó las armas y la muger hija que era del archiduque Carolo, y renunciados sus estados en el Emperador, pasó la vida en Praga como particular, y alli falleció de apoplexía los años adelante.

AÑO 1598.

Este año á seis de mayo renunció el Rey en favor de su hija mayor la infanta doña Isabel los estados de Flandes con intento de casalla, como se hizo, con su

primo el archiduque Alberto, que para esto renunció el capelo y el arzobispado de Toledo, y se dió á García de Loaysa maestro que era del príncipe don Philipe. Ordenó que aquellos estados fuesen feudo de Castilla, y reservóse la orden del Tuson y nombrar castellanos en algunas fortalezas, como la de Anvers, la de Gante y la de Cambray. Poco adelante concertó paces con Francia, en que el Papa puso grande diligencia: agravósele finalmente el mal, y finó en el Escurial á trece de setiembre, y alli se enterró: príncipe muy esclarecido por su grande prudencia y piedad: vivió años setenta y uno, tres meses y algunos dias. Reynó en Castilla quarenta y dos años, siete meses y veinte y ocho dias. Succedióle su hijo el príncipe don Philipe que hoy vive y reyna.

AÑO 1599.

A veinte y dos de febrero falleció en Alcalá de Henares García de Loaysa, arzobispo de Toledo, y con él cayeron las esperanzas que su buen natural y otras buenas partes prometian: enterróse en aquella villa en la capilla de los Mártires, pero sin túmulo. Fue natural de Talavera, de padres nobles, su vida muy reformada en todo tiempo, la condicion muy apacible, de estatura alto y el rostro agradable. Sucedióle don Bernardo de Rojas y Sandoval á la sazon obispo de Jaen, y que poco despues le traxeron á Toledo el capelo de cardenal: hallóse el Rey presente á la solemnidad.

El nuevo Rey quedó concertado de casar con doña Margarita hija del archiduque Carlos: vino por Milán, y en su compañía su madre y el archiduque Alberto. El Papa á la sazon se hallaba en Ferrara, la qual ciudad por muerte del último duque que no dexó sucesion, recayó en la iglesia como feudo suyo. Alli

vino la Reyna y el archiduque, y con ceremonias extraordinarias se celebraron por el Papa los dos casamientos, dado que el Rey y la infanta estaban ausentes: partieron de alli, y por mar á los veinte y cinco de marzo llegaron á los Alfaques de Tortosa: poco despues en Valencia á los diez y ocho de abril domingo de Quasimodo se hicieron las velaciones con grandes regocijos y fiestas. Pasó el Rey á Barcelona á acompañar y despedir al archiduque Alberto que con la infanta su muger se embarcaron á los siete de junio para pasar á Flandes. Los Reyes dieron la vuelta á Valencia, y de alli á Madrid.

AÑO 1600.

Este año fue muy solemne por el jubileo de Roma, al qual acudió mucha gente. Fue este invierno muy lluvioso: el Tibre salió de madre, y tuvo á Roma cubierta de agua tres dias: el daño fue extraordinario.

Entre trece cardenales que crió el Papa, uno fue Roberto Belarmino de la Compañía de Jesus, sobrino del Papa Marcelo, y por sí mismo muy reformado, de muchas letras y erudicion, como lo muestran los libros muy doctos que ha publicado.

El nuevo Rey de Francia por sentencia del Papa dexó madama Margarita su primera muger, y poco despues casó con María de Médices hija de Francisco duque que fue de Florencia.

AÑO 1601.

Este año por los meses de marzo y abril la corte de Castilla de Madrid se pasó á Valladolid: pretendian reparar aquella comarca, que se decia estaba pobre; resultaron inconvenientes, asi pasados algunos

años volvió donde antes estaba. Tañóse por muchas veces la famosa campana de Vililla en Aragon, mensagera segun se dice de cosas grandes: hasta ahora ninguna se ha visto considerable.

En Roma á 29 de abril se hizo la canonizacion de San Raymundo Peñafort de la orden de los Predicadores. A veinte y cinco de agosto el príncipe Doria general de la mar con gran armada fue sobre Argel, y llegó de noche á vista de aquella ciudad sin ser sentido, y se retiró luego por la contrariedad de los tiempos.

A veinte y dos de setiembre nació en Valladolid la infanta doña Ana, que al presente está concertada de casar con el nuevo Rey de Francia Luis Treceno deste nombre, y el cardenal de Toledo señalado para llevalla á la raya de Francia.

AÑO 1602.

Isabel Reyna de Inglaterra falleció en Londres á 23 de marzo, vivió setenta años y seis meses, y diez y siete dias: reynó como quarenta y quatro años; nunca se casó, tuvo otras buenas partes; todo lo afeó la heregía y la persecucion que levantó contra los cathólicos grande y contínua. Sucedióle Jaques Rey de Escocia como bisnieto de Margarita hermana mayor del Rey Enrique Octavo: sus padres fueron cathólicos, su madre santa, su maestro Georgio Bucanano grande herege y insigne poeta: su traduccion en verso de los Psalmos se tiene por muy elegante. Intitulóse Rey de la gran Bretaña, como señor que era de toda aquella grande y rica isla, mas no desiste de perseguir á los cathólicos.

AÑO 1603.

Don Juan de Tasis conde de Villamediana y correo mayor pasó á Inglaterra por embaxador enviado por nuestro Rey á dar el parabien del nuevo reyno de Inglaterra á aquel Rey: hizo su oficio con mucha prudencia, y fue el que dió principio y trató de las paces que poco despues se concertaron entre España y Inglaterra, como luego se dirá. Este año falleció en Madrid la Emperatriz doña María, hija, nuera, muger y madre de cinco Emperadores (cosa hasta hoy nunca vista) y por sí en todo aventajada: sepultáronla allí en las Descalzas.

AÑO 1604.

El condestable de Castilla Juan Fernandez de Velasco por mandado de su Rey fue á Inglaterra: pasó por París, donde fue festejado de aquellos Reyes: pasó de allí á Flandes y á Londres cabeza de Inglaterra: allí á los veinte y nueve de agosto asentó las paces que tenia acordadas el conde de Villamediana embaxador del Rey cathólico, que serán de provecho, si se guardaren.

AÑO 1605.

A tres de marzo finó en Roma el Pontífice Clemente Octavo: fue persona de mucha bondad y notable zelo. Sucedióle á dos de abril el cardenal Alexandro de Médices, que se llamó Leon Undécimo: era muy viejo y enfermo, murió á los veinte y siete del mismo mes: pusieron en su lugar á los diez y seis de mayo al cardenal Camilo Burgesio natural de Roma, su origen de Sena: llamóse Paulo Quinto: tuvo diferencias con venecianos, que amenazaban guerra, sobre ciertas leyes que publicaron, una de poder cas-

tigar los clérigos, otra que á iglesias ni monasterios no se pudiesen anexar bienes raices, ley que llaman de manumortüis: hubo grandes disputas y libros por una parte y por otra, pero al fin todo se sosegó con el buen orden del nuevo Pontífice. Demas desto en cierta diferencia que duró muchos años entre los padres Dominicos y de la Compañía en materia de *gratia & libero arbitrio*, decretó que hasta tanto que se decretase otra cosa, cada qual de las partes sin morderse pudiese seguir su opinion.

A ocho de abril nació en Valladolid el príncipe don Philipe Domingo Victor de la Cruz: nombraron adelante por su maestro á don Galcerán de Albanell caballero catalán, persona muy compuesta y erudíta: su ayo don Balthasar de Zúñiga caballero muy aprobado.

AÑO 1606.

En Valladolid á diez y ocho de agosto nació la infanta doña María, Dios le dé buena ventura. En Toledo falleció doña Estephanía Manrique bisnieta del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique. Con su renta y la de su hermano don Pedro que murió el año pasado, y nunca se casaron, dotaron el colegio de la Compañía y la casa profesa de la misma ciudad, do yacen con sus letras: el de la señora pareció poner aqui.

D. STEPHANIA MANRIQUE VIRGO LECTISSIMA GENERE, FORMA, INGENIO, MORIBUS IPSIS GRATIARUM DIVINIS MANIBUS FACTA. NIL AMPLIUS DICO. HANC AEDEM, ET DOMICILIUM UNA CUM PETRO FRATRE AB IMO EX CONDICTO ET TESTAMENTO. M.

VIXIT ANNOS LVIIII. PAUCIS MINUS DIEBUS. OBIIT VI. IDUS DECEMBRIS M. DC. VI.

AÑO 1607.

En Madrid á catorce de setiembre nació el infante don Carlos. El reyno sirvió á su Magestad con veinte y tres millones pagados en ocho años. Sácase este dinero de la octava parte de todo el vino y aceyte que se coge: comenzó este tributo en tiempo del Rey pasado don Philipe Segundo, pero en menor cantidad: al presente ha llegado á esta.

AÑO 1608.

En San Gerónimo de Madrid domingo trece de enero juraron al príncipe don Phelipe: dixo la missa, y hizo la ceremonia el cardenal de Toledo. Su abuela materna doña María de Baviera falleció en Gratz cabeza de Stiria en Alemaña á los 29 de abril: dexó sus hijas casadas muy altamente. Su marido fue el archiduque Carolo, su hijo el archiduque Ferdinando, hermano de nuestra Reyna doña Margarita y primo hermano del Emperador Rodolfo. Por este tiempo el adelantamiento de Cazorla despues de grandes y largos debates se restituyó á la iglesia de Toledo por la diligencia de su prelado el cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Rojas y Sandoval.

AÑO 1609.

En Flandes á 14 de abril se concertaron treguas por término de 10 años con Zelandia y Holandia, que poco se guardan: confirmólas el Rey en Segovia por el mes de julio.

A 17 de mayo nació en el Escurial el infante don Fernando. A 27 de junio el Papa beatificó á nuestro Santo Padre Ignacio de Loyola fundador de la

Compañía de Jesus, y el Papa Gregorio XV. le canonizó á 12 de marzo de 1622.

AÑO 1610.

En París á 14 de mayo un hombre muy particular, y dicen maestro de escuela, por nombre Francisco Ravayllac con un puñal mató al Rey de Francia Enrique Quarto: grande temeridad y locura! Sucedióle su hijo por nombre Luis Treeeno.

A los veinte y cinco deste mismo mes nació en Lerma la infanta doña Margarita. Item á los veinte de noviembre por trato con cierto moro se entregó á los nuestros el castillo de Alarache, fuerza importante en la costa de Africa por la parte del mar Océano: mas adelante hace el mar una cala y estero, y un rio que se llama Mamora y era nido de cosarios: por esto quatro años adelante la armada real y por general don Luis Faxardo se apoderó de aquel puesto, levantaron un castillo que quedó con buena guarnicion. Acudieron al principio los moros para desbaratar estos intentos, pero no prevalecieron. Volvamos atrás: fue este año muy notable por la expulsion que en él se hizo de los moriscos de toda España, gente obstinada, y que tenian inteligencia con los turcos y moros de Berbería: continuóse la expulsion este y los años siguientes: salió gran número dellos; dicen que algunos otros quedaron desconocidos y disfrazados.

AÑO 1611.

Fue este año desgraciado por la muerte de la Reyna de España doña Margarita de Austria, que por sus buenas partes era de todos sus vasallos muy amada: parió en el Escurial á veinte y dos de setiembre un niño que se llamó don Alonso: murió la madre

deste parto á los tres de octubre, enterráronla en el mismo Escurial; el infante vivió un año menos quatro dias. Fundó en Madrid un monasterio de monjas de la Encarnacion.

AÑO 1612.

Tratábanse y se concertaron en París y en Madrid dos casamientos, el uno de nuestro príncipe con hermana del Rey de Francia madama Isabel, el otro deste mismo Rey con la infanta doña Ana; la execucion se dilató por la poca edad de las partes. En Praga cabeza de Bohemia estuvo mucho tiempo por su poca salud retirado el Emperador Rodulfo: alli á los once de agosto del año pasado renunció los estados de Hungría, Bohemia y Austria á su hermano Mathías con cierta pension que se reservó para el gasto de su casa y corte: hecho esto, falleció en la misma ciudad á veinte de enero deste año. Juntáronse poco despues los electores en Francfordia, y por sus votos nombraron por Emperador al mismo Mathías hermano del difunto: déle Dios á él y á nos su santa gracia.

Este año á los 25 de abril falleció en Valencia Francisco Gerónimo Simon beneficiado de San Andres en aquella ciudad en edad de treinta y tres años. El pueblo le tiene por Santo, en que ha hecho muchas demostraciones. El arzobispo pretende que en esto se ha pasado mas adelante de lo que fuera razon. Sobre el caso han resultado alborotos y escándalos. El negocio está pendiente en Roma. Todos seguirán lo que el Padre Santo determinare. Con ninguna cosa el pueblo mas se mueve y altera que con color de religion, sea á tuerto ó con razon.

AÑO 1613.

Vino por este tiempo ó poco antes á España la his-

toria latina del presidente Thuano gran favorecedor de hereges, y de los cathólicos muy contrario, en especial de los que llama Jesuitas. No perdona á los Papas, ni á los Reyes de Francia. Enemigo declarado de la casa de Guisa, que en un tiempo fue el apoyo en Francia de la religion cathólica. Tiene mentiras asáz. Vedóse esta obra en Roma año 1610. En España poco despues se mandó repurgar. Augiæstabulum escribió contra ella doctamente un frances, que se llama Juan Bautista Gallo; y parece nombre fingido, creo por no atreverse el autor á manifestarse contra persona tan poderosa que era presidente en el parlamento de París. Mas daño hace el falso cathólico que el herege declarado, como lo dice San Bernardo en el sermon 65 sobre los Cantares.

AÑO 1614.

Sábado veinte y quatro de mayo en la isla Tercera tembló la tierra: el daño fue muy grande: en la villa de la Playa fue mayor, donde iglesias, monasterios y casas particulares cayeron por tierra. En la ciudad de Angla once iglesias de sacramento, y diez y nueve ermitas sin las casas particulares se abatieron.

Por el mes de agosto nuestra armada y por general don Luis Faxardo se apoderó de la Mamora como poco antes queda dicho. Está puesta sobre el mar Océano cinco leguas distante de Tanger, y de Arcilla veinte y cinco.

AÑO 1615.

De algun tiempo atrás se movió guerra en Italia entre los duques de Saboya y de Mántua. La ocasion que el duque de Mántua Alfonso pasado en hija del de Saboya á su muerte dexó una hija y ningun hijo varon. Sucedió en aquel estado su hermano Alexan-

dro, renunciado el capelo; que era cardenal. El de Saboya pretendia que su nieta, y hija del difunto, bien que por ser hembra no sucedia en el ducado de Mántua, pero sí en el estado de Monferrat, que de años atrás andaba junto con el ducado de Mántua. Vinieron á las manos, y el de Saboya se apoderó por fuerza de gran parte de aquel estado. El Rey cathólico don Philipe Tercero quisiera que no se revolviera con esta ocasion Italia, y que esta diferencia se tratára por via de justicia; y porque el de Saboya no venia en esto, tomó contra él las armas. Hobo diversos encuentros: finalmente á los veinte y uno de julio deste año se concertó que las partes desarmasen, y la diferencia se remitiese al Emperador como á juez competente por ser aquellos estados feudos del imperio. Estas paces no aprobó el Rey por razones que para ello tuvo: á la verdad las palabras y estilo no venian bien con la grandeza de España. Volvióse á las armas, y don Pedro de Toledo marques de Villafranca con un largo cerco se apoderó de la ciudad de Verceli; mas poco despues asentadas las cosas la restituyó don Gomez de Figueroa duque de Feria, que sucedió al marques en el gobierno de Milán y en el cargo de general. De venecianos se dixo asistieran de secreto al de Saboya durante la guerra: armó contra ellos el duque de Osuna virrey á la sazon de Nápoles, y en el golfo de Venecia les tomó algunas naves, y les hizo otros daños.

Poco adelante el mismo duque de Feria en tierra de Grisones se apoderó de la Valtolina, y la fortificó con soldados y otros pertrechos: plaza importante por estar en los confines de Italia y de Alemaña, y ser el paso corriente entre aquellas dos naciones y provincias.

En Burgos domingo diez y ocho de octubre por

procuradores se concertaron de todo punto y se celebraron los desposorios de nuestro príncipe don Philipe con madama Isabel hermana del Rey de Francia: otrosí el casamiento del mismo Rey Luis Trece con doña Ana infanta de Castilla se celebró en la misma forma; la qual infanta dos dias antes renunció en forma el derecho que podia pretender á falta de sus hermanos á la sucesion destos reynos y de los estados de Flandes. Hízose la entrega de las doncellas en el rio Vedaso, término de España y Francia, á los nueve de noviembre. Hallóse presente á todo el Rey, y junto con el príncipe su hijo en Burgos recibió la princesa su nuera: dende fin del año dió vuelta á Madrid. El Rey de Francia en Burdeos, donde estaba con su madre, recibió su esposa la infanta.

AÑO 1616.

Una nave que por mayo del año pasado partió de Holandia, despues de una larga navegacion y dificultosa por el mes de enero deste año mas adelante del estrecho de Magallanes descubrió en cincuenta y siete grados de altura ácia el otro Polo otro paso para el mar del Sur y para las Malucas. Los principales en este viage fueron Jacobo Mayre y Guillermo Schotem. Dió esta nave una vuelta al mundo. Llegaron los que hicieron este viage á Holandia pasados dos años y diez y ocho dias despues que de alli partieron. Perdieron en la cuenta del tiempo un dia, ca contaban por lunes el dia que en la verdadera cuenta era martes, y asi de los demas dias.

AÑO 1617.

Sábado á quince de abril en las islas Philipinas se ganó una notable victoria contra los holandeses: el

general por los nuestros don Juan Ronquillo. De diez galeones contrarios unos quemaron, otros echaron á fondo, los demas huyeron. Esta gente como rebeldes á Dios por la heregía, y á su príncipe á quien debian obedecer, por tener gran número de baxeles y ser diestros por la mar los años pasados con sus flotas han navegado á las Indias á veces por la carrera ordinaria de los portugueses, lo mas ordinario por el estrecho de Magallanes, y en el mar del Sur han hecho daños y corrido las costas del Perú y de la nueva España sin parar hasta las Philipinas y las islas Malucas de que en gran parte estan apoderados; y en ellas y en otras islas de aquel parage estan fortificados mas de lo que fuera razon. Háse deseado que juntas las fuerzas del Perú, de México y de las Philipinas con las de la India de Portugal los echen de aquellos puestos y de todos aquellos mares: algun dia se hará, que de otra suerte no hay cosa segura en aquellas partes.

AÑO 1618.

A los quatro de octubre dia de San Francisco el duque de Lerma partió de la corte y del Escurial y dexó el gobierno del reyno, en que tuvo los años antes mucha mano. Poco antes le traxeron el capelo de Roma. No mucho despues prendieron á don Rodrigo Calderon gran privado suyo, contra el qual á cabo de dos años y medio de prision salió sentencia de muerte y privacion de bienes. La prosperidad es caballo desbocado: pocos la gobiernan y se gobiernan en ella bien. El cardenal y arzobispo de Toledo don Bernardo de Rojas y Sandoval falleció de repente en Madrid á los siete de diciembre. Fuera de otras partes tuvo siempre muy buenas y nobles entrañas. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de Nuestra Señora que él mismo edificó y adornó muy lucida y

magnífica. Aquella iglesia pretendió el Rey para su hijo el infante don Fernando: gastáronse muchos meses en demandas y respuestas, causadas de la poca edad del sugeto, que era de nueve años y pocos meses.

AÑO 1619.

El Emperador Mathías renunció los meses pasados en su primo el archiduque Ferdinando los reynos de Hungría y de Bohemia. Alteráronse los bohemos, de que resultaron guerras. Siguióse la muerte del Emperador en Praga á los doce de marzo. No dexó sucesion. Juntáronse los electores como suelen. Salió por Emperador á los veinte y tres de agosto el mismo archiduque Ferdinando Rey de Bohemia y de Hungría.

A los 22 de abril partió el Rey de Madrid para Portugal. Hizo su entrada en Lisboa dia de San Pedro veinte y nueve de junio. A los catorce de julio que fue domingo, juraron al príncipe que presente estaba. El dia siguiente se abrieron las cortes para asentar las cosas de aquel reyno.

A los veinte y cinco de octubre el Papa beatificó al padre Francisco Xavier uno de los primeros compañeros del Santo Padre Ignacio, y gran apóstol de la India. Canonizóle el Papa Gregorio XV. á doce de marzo de mil seiscientos y veinte y dos junto con el Santo Padre Ignacio.

AÑO 1620.

A los cinco de mayo en Toledo se tomó posesion del arzobispado de Toledo por el infante don Fernando que ya era cardenal: déle Dios su santa gracia.

En Alemaña la guerra y los desgustos de los bo-

hemos pasaron tan adelante que nombraron por su Rey al conde Palatino elector del imperio. Favorécenle los hereges de Alemaña, no todos; el Rey de Inglaterra su suegro, los holandeses y el Rey de Dinamarca. Al Emperador acuden los electores del imperio, Flandes, el Rey cathólico, el de Polonia, el Papa y las demas potencias de Italia. El mundo está suspenso en lo que para esta guerra, si bien á los ocho de noviembre junto á Praga cabeza de Bohemia de poder á poder vinieron á las manos. La victoria quedó por el Emperador con muerte de ocho mil de los rebeldes, y el dia siguiente se ganó la dicha ciudad de Praga, y se entró por fuerza. Mal les va á los hereges de ordinario en estas contiendas, fuera de otras razones porque son gente muelle, enemigos de asperezas, muy dados al regalo como su secta les enseña.

AÑO 1621.

El Pontífice Paulo Quinto finó á los veinte y ocho del mes de enero. Sucedióle el cardenal Ludovico boloñes con nombre de Gregorio Décimoquinto. Poco despues es á saber postrero de marzo falleció el Rey de España don Philipe Tercero en la villa de Madrid en edad de quarenta y tres años: dellos reynó veinte y dos y medio, téngale Nuestro Señor en su santa gloria: su cuerpo fue llevado al convento de San Lorenzo el Real del Escurial, sepultura de sus abuelos y padres. Sucedióle su hijo don Philipe Quarto deste nombre en edad de diez y seis años: déle Dios su santa gracia. Suplicamos y esperamos serán tales los medios y los remates como los principios han sido agradables.

TABLA GENERAL.

LOS NUMEROS ROMANOS DENOTAN EL TOMO,

Y LOS ARABES SEÑALAN LA PÁGINA.

A

B

D

E

G

H

I

J

L

O

Q

R

T

U

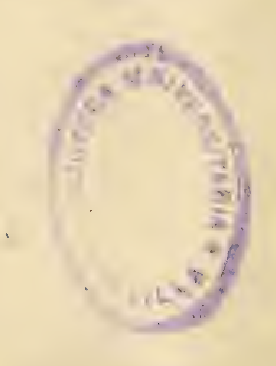
V

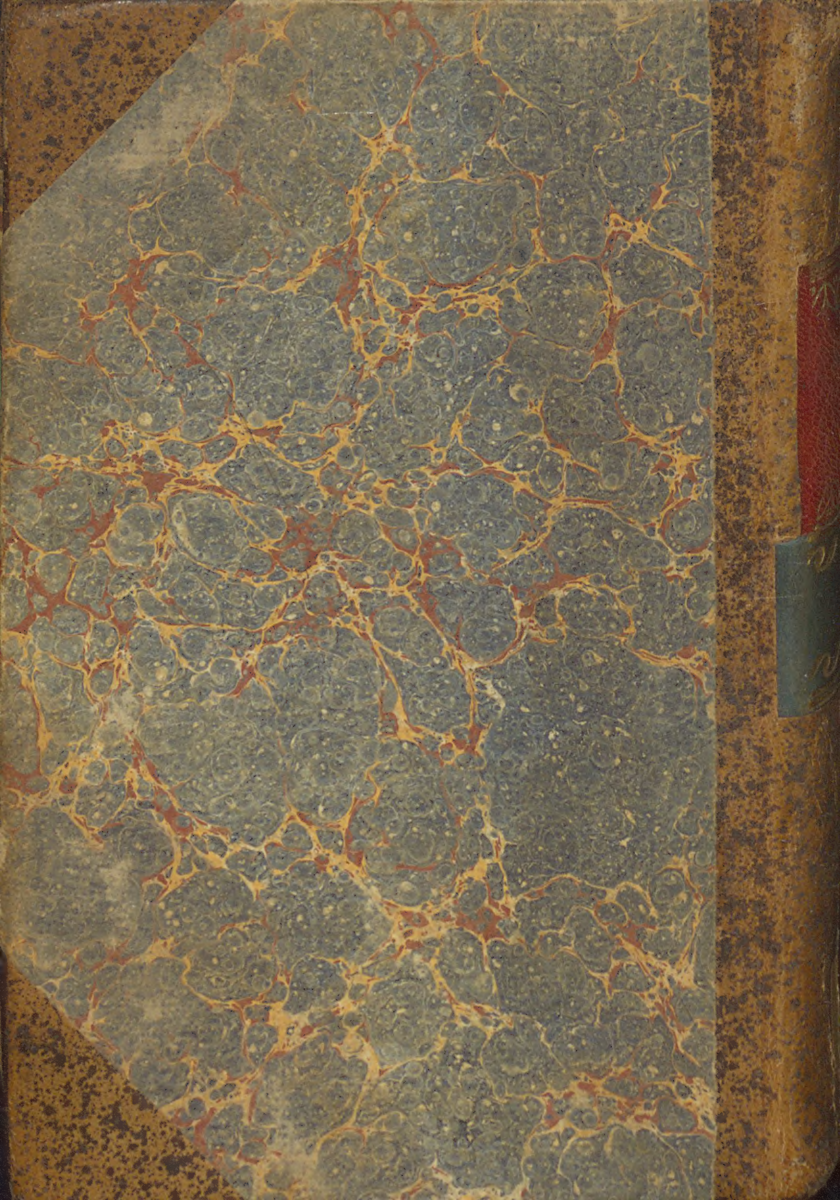
X.

Y

Z

FIN DEL TOMO SEXTO.






colorchecker CLASSIC
calibrite
mm